
Tres veces tú
Federico Moccia

Seis años después, las vidas de nuestros protagonistas han cambiado. Han conseguido ser felices, pero cuando menos se lo esperan, sus caminos se vuelven a cruzar…

Tras el éxito de *A tres metros sobre el cielo* y *Tengo ganas de ti*, llega el esperado desenlace de la historia de amor de Step, Babi y Gin.

Federico Moccia

Tres veces tú

A tres metros - 3

ePub r1.0
Titivillus 25.04.2018

Título original: *Tre volte tu*
Federico Moccia, 2016
Traducción: Maribel Campmany

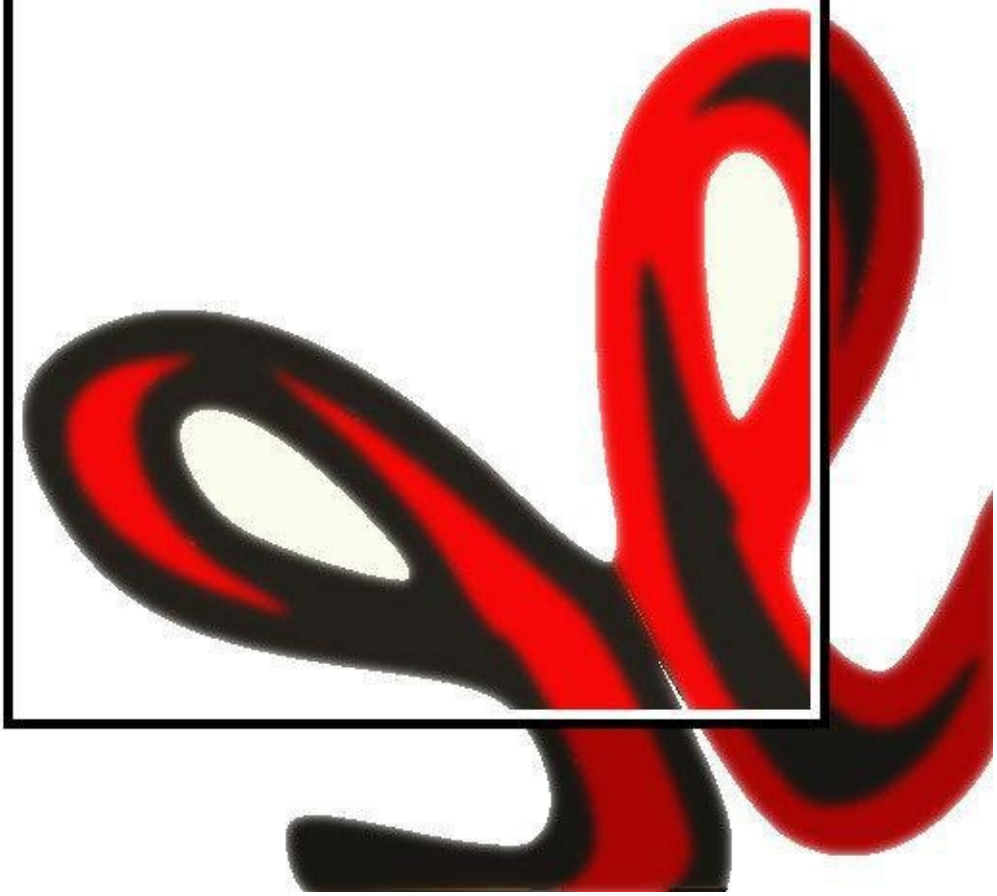
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



edición conmemorativa

5

Aniversario



A mi hijo, mi amigo del alma,
que cada día me regala
todos esos recuerdos que había perdido.

A mi preciosa hija,
que me hace reír de felicidad.

«El amor es cuando la felicidad de otra persona es más importante que la tuya».
H. JACKSON BROWN

UNO

Contemplo el mar desde esta habitación. Ahora, todo me pertenece: la terraza que desciende poco a poco hacia las rocas, esos peldaños redondeados, las duchas exteriores, protegidas con unas losetas amarillas y azules en las que destacan unos limones dibujados a mano, el mármol situado delante del ventanal que refleja el horizonte. Alguna ola del mar, rebelde, todavía sin acostumbrarse a mi presencia, o tal vez para celebrar mi nueva llegada, rompe contra las rocas que mantienen la villa engarzada en esa espectacular parte elevada de la costa. El sol se está poniendo y su luz tiñe de rojo las paredes que están a mi espalda y las del salón. Exactamente igual que aquel día de hace nueve años.

—¿Ha cambiado de idea? ¿Ya no quiere comprar la casa?

El propietario me mira con aire interrogante. Luego abre los brazos sereno, sosegado, tranquilo.

—Es libre de hacer lo que quiera, usted es quien paga. Pero si ya no está convencido, tendrá que darme el doble de las arras o meterse en uno de esos pleitos que, en vista de la edad que tengo, seguro que no me permitirán ver ni un céntimo. —Me lo quedo mirando divertido. El viejo señor es más avispado que un chiquillo. Frunce el ceño—. Claro que, si va usted con falsas intenciones, no le correrá prisa. Sin duda se saldrá con la suya, pasando por encima de mí, pero no de mis hijos o de mis nietos. ¡Ya sabe que en Italia los juicios pueden ir para largo! —Y una tos profunda y cansada lo asalta, obligándolo a cerrar los ojos y a acabar su sermón de último senador romano.

Se toma un momento para recobrar el aliento, apoya la espalda en la butaca de tela, después se frota los ojos y los abre.

—Pero usted quiere esta casa, ¿verdad?

Me siento a su lado y cojo las hojas que tengo delante. Rubrico las páginas sin siquiera examinarlas; ya lo ha revisado todo mi abogado. Y estampo mi firma en la última página.

—Entonces ¿la compra?

—Sí, no he cambiado de idea, tengo lo que quería…

El propietario recoge los documentos y se los pasa a su hombre de confianza.

—Tengo que decirle la verdad: habría aceptado incluso la mitad del dinero.

—Yo también quiero decirle la verdad: habría llegado a pagar el doble.

Acto seguido, se levanta, se dirige hacia un mueble de madera antiguo y lo abre, saca una botella de champán de la nevera y, con algo de esfuerzo, la descorcha con verdadero placer y satisfacción. A continuación, lo sirve en dos copas altas.

—¿En serio habría pagado el doble?

—Sí.

—¿No me lo dice para hacerme rabiar?

—Y ¿por qué iba a hacer eso? Me cae bien, incluso me invita a tomar un champán excelente. —Mientras hablo, cojo la copa—. Y, además, a la temperatura perfecta, como a mí me gusta. No, en ningún caso quería hacerle rabiar.

—Mmm.

El propietario alza su copa hacia mí y hacia el cielo.

—Ya le indiqué a mi abogado que podríamos haber pedido más…

Me encojo de hombros y no digo nada, ni siquiera menciono los diez mil euros que le entregué a su abogado para persuadirlo de que aceptara la oferta. Noto sus ojos preocupados sobre mí, no sé en qué está pensando. Sacude la cabeza y sonríe convencido.

—He hecho un buen negocio, estoy satisfecho… Brindemos por la felicidad que da esta villa. —Con decisión y determinación, se acerca la copa a los labios y se la bebe de un trago—. Acláreme una curiosidad. ¿Cómo lo ha hecho para tener prioridad sobre la casa en cuanto la puse a la venta?

—¿Conoce Vinicio, el supermercado que hay al final de la cuesta…?

—Sí, por supuesto.

—Pues digamos que tengo relación con el propietario desde hace bastante tiempo…

—¿Buscaba una casa por esta zona?

—No, quería saber cuándo se decidiría a vender la suya.

—¿Esta en concreto? ¿Esta y ninguna otra?

—Esta. Esta casa debía ser mía.

Y en un instante retrocedo en el tiempo.

Babi y yo nos queremos. Aquel día ella estaba en Fregene, en Mastino, celebrando los cien días que faltaban para los exámenes con toda la clase. Me ve llegar en mi moto y se acerca con esa sonrisa capaz de iluminar todas mis sombras. Voy tras ella, saco el fular azul que le había robado y le cubro los ojos. A continuación, sube detrás, en la moto, abrazada a mí y, con la música de Tiziano Ferro en los oídos, recorremos toda la Aurelia hasta llegar a Feniglia. El mar plateado, las retamas, los arbustos verde oscuro y luego aquella casa en las rocas. Detengo la moto, bajamos, en un instante encuentro la manera de entrar. Ya está, caminamos por la casa de los sueños de Babi, me parece increíble, es como si lo estuviera viendo, la llevo cogida de la mano, en el silencio de ese día, mientras se pone el sol, oyendo solo la respiración del mar y nuestras frases resonando por esas habitaciones vacías.

—¿Step? ¿Dónde estás? ¡No me dejes aquí sola! Tengo miedo…

Entonces le cojo las manos y, por un instante, se sobresalta.

—Soy yo…

Me reconoce, se deja llevar, parece más tranquila.

—Lo más curioso de todo es que te dejo hacer conmigo lo que quieras…

—¡Ojalá!

—¡Idiota! —Sigue con la venda en los ojos y golpea al aire, pero al final encuentra mi hombro y me acierta de lleno.

—¡Ay! ¡Cuando te lo propones, haces daño!

—Muchísimo…, pero lo que quería decir es que me parece absurdo estar aquí. Hemos entrado en una casa rompiendo un cristal y estoy haciendo todo esto contigo, sin discutir, sin rechistar y, por si no fuera suficiente, no veo nada, así que estoy confiando en ti…

—Y ¿no es precioso poder confiar por completo en otra persona? ¿Ponerse totalmente en sus manos, confiarle cualquier incertidumbre, cualquier duda, igual que estás haciendo tú conmigo? Me parece lo más bonito del mundo.

—¿Y tú? ¿Tú también te has abandonado a mí?

Me quedo un instante en silencio, miro su rostro, sus ojos escondidos por el

fular. Luego la veo recuperar sus manos, dejando las mías, y permanecer así, suspendida en el aire. Quieta, independiente, sola. Entonces decido abrirme a ella.

—Sí, para mí también es así. Yo también me he abandonado a ti. Y es precioso.

—¿En qué está pensando? Lo veo tan distraído… Vuelva aquí, vamos, sea feliz, acaba de comprar la casa que quería, ¿no?

—Tiene razón, he ido hacia atrás en el tiempo, a un dulce recuerdo. Estaba saboreando esas palabras que a veces se dicen al azar cuando somos jóvenes. No sé por qué, pero he tenido un pensamiento absurdo. Como si este momento ya lo hubiera vivido.

—¡Ah, sí, un *déjà vu*! A mí también suele pasarme.

Me coge del brazo y nos acercamos a la ventana.

—Mire qué bonito el mar en este momento.

Susurro un «Sí», pero, para ser sincero, no acabo de entender qué quiere decirme, ni por qué nos hemos apartado él y yo.

El aroma excesivo que emanan sus cabellos cardados me aturde. ¿Seré yo así algún día?

¿Vacilaré de ese modo al moverme? ¿Mis pasos serán indecisos e inseguros? ¿Me temblará la mano como la suya tiembla mientras me señala alguna misteriosa información más?

—Mire allí… Total, ahora ya ha comprado la villa. ¿Ve esa escalerita que conduce al mar?

—Sí.

—¡Pues hace mucho tiempo subieron por allí! Es un poco peligroso porque a veces vienen por el mar, deben tener cuidado si deciden venir a vivir aquí —me dice con la astucia de quien ha callado conscientemente.

—Pero ¿quién vino por el mar?

—Creo que una pareja de jóvenes, pero tal vez iban más. Rompieron una ventana, estuvieron por la casa, lo destrozaron todo y, por si no fuera suficiente, hasta profanaron mi cama. Había restos de sangre. ¡O sacrificaron un animal o la mujer era virgen!

Y, mientras se carcajea al decir esas palabras, se atraganta con una risotada de más. A continuación, sigue con su relato:

—Encontré unos albornoces mojados, se lo pasaron bien, también cogieron una botella de champán que había dejado en la nevera y se la soplaron, y encima robaron joyas, cosas de plata y otros objetos preciosos valorados en cincuenta mil euros… ¡Por suerte, tenía seguro! —Y me mira orgulloso de su asombrosa historia.

—¿Sabe, señor Marinelli?, habría preferido no saberlo, tal vez no debería habérmelo contado…

—¿Por qué? —Me mira con curiosidad, sorprendido, desconcertado por mis palabras, incluso ligeramente contrariado—. ¿Porque ahora tiene miedo?

—No, porque es usted un mentiroso. Porque no llegaron por el mar, porque la botella de champán se la trajeron de casa, porque no le robaron nada en absoluto y el único daño que quizá le hicieron fue romper esa ventana de allí… —Se la señalo—. Al lado de la puerta.

—¿Cómo se atreve a dudar de mis palabras? ¿Quién se cree que es?

—¿Yo? Nadie. Solo un chico enamorado. Entré en esta casa hace nueve años, bebí un poco de mi champán e hice el amor con mi novia. Pero no soy ningún ladrón y no le robé nada. Ah, sí, quizá tomé prestados dos albornoces…

Y me vuelve a la memoria la imagen de Babi y yo jugando a inventarnos nombres con las iniciales bordadas en esos albornoces esponjosos, una «A» y una «S». Después de competir por ver a quién se le ocurrían los más extraños, nos decidimos por Amarildo y Sigfrida y los abandonamos en las rocas.

—Ah…, ¿de modo que sabe la verdad?

—Sí, pero ¿quiere que le diga otra cosa? Solo la sabemos usted y yo, y lo más importante es que ya me ha vendido la casa.

DOS

Un día no cualquiera de hace algún tiempo.

Giuliana, mi secretaria, me sigue como cada mañana con su bloc de notas, en el que apunta todas las tareas importantes.

—Le recuerdo que tiene una cita dentro de media hora en Prati, en la Rete, para la compra de su programa; luego el almuerzo con De Girolami.

Se da cuenta de que no me suena ese nombre y sale en mi ayuda:

—Es el autor que trabaja para la televisión griega.

—Ah, sí, anúlalo, no vamos a firmar con ellos, hemos recibido una oferta más importante de Polonia.

—Y ¿qué debo decirle? Probablemente me preguntará…

—No digas nada.

—De Girolami ha tardado un mes en conseguir esta cita, y supongo que ahora que la ha conseguido no le alegrará ver cómo se esfuma así, sin ningún posible motivo.

Permanece en silencio esperando una respuesta por mi parte. Pero no tengo ninguna solución para De Girolami, y menos aún para ella.

—La comida está archivada; ¿qué más tenemos para hoy?

—Tiene una cita en los estudios de la Dear, luego, a las seis de la tarde, tiene que ir a esta exposición, es muy importante porque usted mismo me pidió que le recordara que no podía faltar. —Giuliana me tiende la invitación y le doy vueltas en mis manos—. Balthus, Villa Medici.

—¿Quién la envía?

—Me la entregaron en mano, usted es el único destinatario.

No hay nada escrito, ni un sello, ni una firma, ni una nota de acompañamiento. Debe de ser una de esas típicas fiestas de inauguración que

organiza Tiziana Forti o, peor aún, Giorgia Giacomini, a las que asisten críticos de arte, extrañas mujeres demasiado perfumadas y retocadas, pero también productores y directores de cadenas y programas televisivos; la gente adecuada para hacer negocios, sobre todo en una ciudad como Roma.

—No me acuerdo en absoluto de esta exposición. ¿Estás segura?

—Sí, cuando me lo dijo, yo le pregunté: «¿Tengo que apuntar algo en particular?». Y usted, como siempre hace, simplemente me contestó: «Sí, que tengo que ir a esa exposición».

Me meto la invitación en el bolsillo y cojo la bolsa negra de piel que contiene los diversos formatos de programas para presentar en la reunión con la Rete.

—Si hay cualquier cosa, llámame al móvil.

Salgo del despacho. Giuliana se queda mirándome.

Para mí esa exposición era solo la última cita de la jornada. Para ella había significado embolsarse quinientos euros y contar una pequeña mentira. Todo lo que podía suceder después no era problema suyo. No sabía cuánto se equivocaba en ambas cosas.

TRES

Entro en la gran sala de la séptima planta, donde el director me está esperando junto a otras personas.

—Buenos días, Stefano. Por favor, toma asiento…

Me hace sentar en el centro de la sala de reuniones.

—¿Puedo ofrecerte un café?

—Encantado.

Marca enseguida un número en el teléfono negro que hay en el borde de la mesa y lo pide.

—Me alegro de verte… mucho —dice, y se dirige a un responsable de área sentado al otro extremo de la mesa.

Luego vuelve a mirarme y añade sonriendo:

—He ganado la apuesta: una cena o una comida para dos. Él no creía que fueras a venir.

El jefe de área me mira sin sonreír. Permanece en silencio jugando con las uñas de sus manos terriblemente afiladas. De él, de Mastrovardi, se decía que había sido puesto allí por un político que había muerto al día siguiente de haberlo colocado, dejando ese bonito regalo a la empresa: un responsable de área tan inútil como siniestro. Tiene una nariz ganchuda, la piel amarillenta como si nunca se hubiera recuperado de una primigenia ictericia y, por si fuera poco, procede de una familia de sepultureros. No se sabía si todo ello formaba parte de la leyenda, pero en el funeral de Di Copio, el político que lo había impuesto en la empresa, Mastrovardi estaba casi irreconocible con su traje cruzado gris. Había organizado la ceremonia hasta el más mínimo detalle, sin reparar en gastos, si bien, según decía, tampoco los había habido.

Por fin llega el café.

—¿Quieres azúcar?

—No, gracias, lo tomo solo.

En ese momento, sin ningún motivo, el ganchudo responsable de área sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa.

—No te preocupes. A esa comida o cena irá con otro, seguramente con una de esas hermosas chicas con las que te veo salir en los periódicos. —Miro divertido al director, que sonríe un poco menos. Pero continúo—: Tampoco es que tenga nada de malo, ¿no? Es trabajo.

El responsable de área deja de sonreír por completo, y lo mismo hacen los demás sentados enfrente. Todos están preocupados por perder su papel, teniendo en cuenta que dentro de pocos meses habrá nuevos nombramientos y, mientras que el director parece estar ya confirmado, a su alrededor circulan rumores de grandes cambios.

—¿Y bien?, ¿qué me decís? ¿Vamos a repetir ese programa de las parejas? Los derechos caducan dentro de dos meses y ya me ha llegado una oferta de Medinews…

Cojo de mi maletín una carpeta negra, cerrada, que dejo en el centro de la mesa.

—Bien, me parece que el programa funciona mucho mejor que «Affari tuoi» y se distancia bastante de «Striscia». Es lógico que hayan hecho una oferta importante para comprarlo. ¿Estáis de acuerdo? Pero yo quiero quedarme aquí. Me gusta estar aquí…, y me gusta el programa.

Con la mano doy, despacio, tres golpes decididos sobre la carpeta, haciendo que mi producto sea todavía más imprescindible para su cadena y, sobre todo, muy grave la posibilidad de perderlo.

—Es un farol.

El responsable de área de la nariz ganchuda, la piel con ictericia y el cabello blanco aceitoso, engominado hacia atrás y cayendo hacia abajo, por detrás de las orejas, sonríe.

Yo también sonrío.

—Tal vez sí. O tal vez no. Quiero un veinte por ciento más que el año pasado sobre la cesión del formato y sobre cada episodio.

El director enarca una ceja.

—Me parece mucho, y más en estos tiempos, y principalmente porque ya lo vendiste muy bien…

—Es cierto. Pero si no obtuviera los resultados que obtiene, vosotros ya no

lo querríais, ni siquiera me cogeríais el teléfono, y tendría que oír cada vez las mismas excusas de la secretaria de turno —replico, y me quedo mirando un punto en el vacío.

Ese director estúpido, inútil, también él políticamente colocado, no me recibió durante más de un mes seguido. Tuve que llamar a un amigo de un amigo mío para obligarlo a recibirme.

Si me había convertido en alguien en el mundo de la televisión lo debía a mi tenacidad, al olfato para los buenos formatos y a toda la rabia que llevaba dentro. Un montón de dinero al año por programas comprados en varios MIPCOM y Cannes, un poco adaptados para el mercado italiano y luego vendidos lo mejor posible. Ahora ganaba más de ochocientos mil euros netos al año, tenía una gran oficina justo detrás de la Rai, dos secretarias y un grupo muy joven de guionistas que trabajaban siguiendo mis indicaciones.

—Es un farol. No tiene ninguna oferta de Medinews.

Cambio por completo de expresión. Golpeo de nuevo sobre mi carpeta de piel, ahora solo dos veces, pero con más fuerza.

—De acuerdo. Hagamos una cosa, pues… Si aquí dentro no hay una oferta de Medinews, os quedáis con la serie por ese precio, más mil euros.

Otro joven responsable de área con el pelo tan oscuro y abundante como las ideas creativas que nunca ha tenido, hijo de un famoso periodista que se habría avergonzado con esa insustancial pregunta de su hijo, dice:

—Pues entonces, si esa oferta de Medinews es cierta, ¿por qué no vas allí? ¿Solo por mil euros?

Y se ríe, demostrando lo idiota que es en realidad. Miro a mi alrededor, todos ríen excepto el director. Observo la sala, las bonitas fotos de motos, viajes, islas, alguna escultura moderna, pequeña, de hierro, un cuadro de Marilyn, uno de Marlon Brando, un premio recibido no sé dónde, algunos libros de jóvenes o maduros escritores regalados únicamente con la esperanza de salir en la Rete y de un poco de visibilidad. Cruzo la mirada con el director.

—Bonita sala.

Luego veo sobre la mesa la pistola de agua infantil con la que a veces lo he visto deambular rociando a las bailarinas, como el más alegre de los niños del planeta. Pero esto, por supuesto, me lo quedo para mí.

—Realmente, una bonita sala.

El director está complacido.

—Gracias.

Luego vuelve a ponerse serio y le explica al joven e idiota responsable de área:

—Si esa oferta de Medinews existe, podría ser justo del veinte por ciento más que nos acaba de pedir. Aquí le damos más facilidades que la Siae, clasificando el producto como clase A, por tanto, obtendría más dinero en derechos quedándose con nosotros. Además, nosotros repetimos en horario nocturno, diurno, en Rete 4 o Rete 5, en las emisiones de verano, mientras que allí no aprovechan tanto el producto. —El jefe de área está a punto de intervenir, pero el director prosigue—: Y esos mil euros son solo para burlarse de nosotros.

—Si esa oferta es cierta… —dice el ictérico—, y yo digo que no lo es, nos conviene verla.

Me vuelven a la cabeza las partidas de póquer, las noches en casa de Lucone con Pollo, Bunny, Hook y todos los demás, cuando se nos hacía de día jugando, riendo, fumando cigarrillos (yo, al menos) y bebiendo ron y cerveza. Pollo siempre gritaba: «¡Coño, Step, ya sabía que te lo llevabas tú!», y golpeaba fuerte la mesa con los puños. Y Lucone se enfadaba: «¡Ya vale, te la vas a cargar!», y entonces Pollo se ponía a bailar y arrastraba a Schello en el baile, y reía y bebía como el más feliz de los jugadores, como si la mano la hubiera ganado él. Pollo…

—De modo que tú te jugarías la posibilidad de cerrar el trato por un veinte por ciento más solo por verla, así, a ciegas…

El jefe de área ictérico se queda quieto, convencido y sonriente de su posición.

—Si es que tiene una oferta de Medinews. Pero estoy seguro de que no tiene nada. —Y me mira con determinación, sin sonreír siquiera, simplemente seguro, divertido porque lo que piensa pueda ponerme en apuros.

Y yo lo miro sonriendo y, a pesar de la antipatía que siento por él, finjo que me gusta, hasta que lo veo empalidecer con la salida del director:

—Y ¿estás tan seguro como para jugarte, además del dinero de la Rete, también tu puesto?

El responsable de área vacila, pero es solo un instante. Me mira y decide mantenerse firme:

—Sí, no tiene ninguna oferta de Medinews.

Sonrío y empujo la carpeta hacia el director, que, inmediatamente, curioso, vuelve a ser el niño con la pistola de agua. Coge la carpeta entre las manos, le da vueltas intentando quitar la goma, pero lo detengo.

—Si está, pasará a ser vuestra oferta y mil euros más.

—Y, si no, cerramos el trato como el año pasado… —dice el jefe de área ictérico, secundado por el del pelo abundante.

—Sí, sí, claro —digo yo, y le tiendo la mano al director, manteniendo la otra sobre la carpeta y esperando a que ratifique el trato antes de dejársela abrir.

—Sí, por supuesto, estamos de acuerdo. —Y me estrecha la mano con fuerza.

Así pues, se la paso con amabilidad.

Entonces él, de un modo casi frenético, quita la goma, saca las hojas, las coloca sobre la mesa y casi parece feliz de encontrar la oferta de Medinews. Quizá el responsable de área ictérico no le caía bien ni a él y solo estaba buscando la manera de quitárselo de encima.

—¡Pero es el doble de lo que te damos nosotros!

—Y mil euros más. —Sonrío divertido.

—¿Habrías aceptado cerrar el trato por el veinte por ciento?

—Sí, claro, no sabía que contaría con esta ayuda «casi divina» —digo, y miro al responsable de área ictérico. Ya no sonríe, se deja caer en el sillón que, aunque por poco tiempo, sigue siendo suyo—. Sí, quería cerrar el trato con la Rete a toda costa. Precisamente por lo que tú decías. Me habría conformado incluso con el quince por ciento.

Y pienso en Pollo, que habría golpeado con los puños esa importante mesa de reuniones y se habría puesto a bailar. Y yo con él.

«—Hemos hecho un buen trato, ¿verdad, Step?

»—¡Sí, y, sobre todo, ya no volveremos a ver a ese capullo ictérico!».

CUATRO

Entro en el Circolo Parioli y saludo a Ignazio, el portero, bajito y completamente calvo.

—Buenos días, Stefano, ¿qué tal?

—Todo bien, gracias. ¿Y usted?

—Excelente.

—He dejado el coche delante del Range Rover de Filippini.

—Ah, de acuerdo, aún así, no se irá hasta esta noche a las nueve.

Luego se me acerca para hacerme alguna que otra confesión:

—Hace lo que sea con tal de no volver a casa…

No es nada nuevo. Todo el mundo lo sabe. Pero le hago creer que me ha desvelado un secreto, le doy una palmada en el hombro y me despido, dejándole las llaves de mi coche y cinco euros.

Tener como aliado al portero del Parioli no solo es una garantía de que se ocupará de tu coche mejor que nadie. Es la seguridad de que siempre serás bien recibido en el Circolo.

Saludo a los socios con los que me cruzo mientras están charlando.

—Ah, no… Tenemos que cambiarlo, ¿cómo va a seguir siendo él el presidente? Es un gilipollas.

—Y levantan la barbilla, hacen ademán de haberme visto pero sin darme mucha importancia, ya que también podría ser un defensor del presidente.

Estoy a punto de meterme en los vestuarios cuando oigo que me llaman:

—¡Step!

Me vuelvo y la veo acercarse, elegante, con una bolsa de rayas de colores, un vestido azul, ligero, nada transparente, pero sus curvas se ven de todos modos, precisas e inconfundibles. Sus ojos verdes, ligeramente oscurecidos como si

siempre tuvieran un velo de nostalgia y tristeza, como si, a pesar de su increíble belleza, no consiguiera ser feliz. O quizá no quisiera.

—Hola, Francesca, ¿cómo estás?

Y entonces ella sonríe y, aunque parezca absurdo, es como si sus ojos perdieran toda esa velada tristeza y me saluda a su manera, con su divertida energía.

—¡Bien, ahora que te veo! —Me mira perpleja—. ¿De qué te ríes?

—Porque siempre me dices lo mismo…

Y pienso que a saber a cuántos hombres se lo dirá.

—A nadie.

Me mira seria a los ojos.

—¿Qué?

—He contestado a lo que estabas pensando. Eres previsible, Mancini. Bueno, pues no se lo digo a nadie más. ¿No me crees? ¿Quieres que demos una vuelta por el Circolo y lo preguntemos? No se lo digo a nadie, aparte de a ti. Solo a ti.

Se queda callada un instante, luego me mira y de repente aparece otra enorme y preciosa sonrisa.

—Es la verdad: estoy bien cuando te veo. Estoy bien solo cuando te veo a ti.

Me siento como el responsable de una felicidad fracasada porque yo no siento nada en absoluto por ella.

—Francesca…

Ella abre los brazos.

—No digas nada. ¿Es que no sabes que medio Circolo me va detrás y yo evito cuidadosamente cualquier invitación, mientras que el único que me gusta no me hace ni puto caso?… —Hace una pausa—. ¡Sí, ni puto caso! ¿Te gusta que me exprese como una arrabalera? A lo mejor te pone caliente… De todos modos, es inútil que te diga que el único que me gusta eres tú. Y si no lo has entendido significa que todos esos puñetazos que das y recibes deben de haberte dejado idiotizado. Y no me gustas porque hayas sido o seas un matón…

—Pero yo no lo soy ni nunca lo he sido…

—Vale, lo que fueras… Aunque lo más curioso es que debería alejarme de ti y, en cambio, todavía me gustas más.

Una mujer de la limpieza pasa por nuestro lado y nos saluda.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —Le devolvemos el saludo casi al unísono. Tal vez ha oído algo, pero no importa.

—Escucha, Francesca…

—No, escucha tú. Ya sé que estás a punto de casarte. Pero no voy a decir esa frase tonta que dicen algunos de «No soy celosa»… Soy discreta, no hablo con nadie, no lo sabría ni un alma. ¿Te has enterado de algo sobre mí?

—No, en efecto.

Entonces se lleva las manos a las caderas, mueve la cabeza dejando libre su precioso cabello, abundante y espeso, un poco al estilo de Erin Brockovich.

—Está bien, de acuerdo, hablaba por hablar; no he tenido ningún lío con nadie aquí, en el Circolo, así que puedes estar tranquilo, aunque a esos de ahí los podrías zurrar a todos, con lo mató… —ve que estoy a punto de decir algo y se corrige al vuelo— violento que puedes ser en ciertas ocasiones.

—Sí, eso ya está mejor.

—Pero, Step, ¿no podrías hacer un esfuerzo? Intentémoslo, veamos cómo va. Yo no quiero complicarte la vida, pero desde que te conozco que…, bueno, tengo ganas de tocarte…

Entonces Francesca hace un extraño movimiento: cambia el peso sobre la otra pierna y consigue quizá sin pretenderlo una posición más lasciva, en efecto, incitando al deseo. Total, que me entran ganas de reconsiderar el tema. Y luego, delante de mí, inclina un poco la cabeza hacia un lado, como diciendo: «Bueno, ¿qué quieres hacer?». Me recuerda a Kelly LeBrock al final de *La mujer de rojo*, cuando, desnuda en la cama, le dice a Gene Wilder: «Manos a la obra, vaquero».

Francesca me mira curiosa, divertida, con esa pizca de esperanza, que, sin embargo, se desvanece enseguida.

—Lo siento. Ahora discúlpame, tengo que irme, me esperan para el partido de pádel.

Y me voy así, dándole la espalda, sin volverme, y casi me entran ganas de reír por lo que ella puede haber pensado: «¡No me lo creo, prefieres una estúpida bolita a mis melones!».

CINCO

Cuando entro en la pista de pádel ya están formados los equipos y me toca jugar con un tal Alberto, a quien no conozco mucho. Los otros dos, en cambio, se miran enseguida riéndose, como si ya tuvieran la victoria en el bolsillo.

—¿Sacas tú?

—No, no, empieza tú mejor.

—¿Estáis listos?

Asienten los dos. De modo que saco y subo con rapidez a la red. Intentan defenderse tirando exactamente entre Alberto y yo, quizá también para que nuestras palas choquen, pero no me importa, como mucho se romperá, mientras que Alberto, sensible e intranquilo, ni siquiera trata de devolverla.

Respondo al vuelo y la golpeo tan fuerte que los rebasa a ambos, elevándose y haciendo que no puedan darle.

—¡Bien, 15 – 0!

Bueno, puede que el partido no vaya tan mal. Los dos intercambian una mirada, ya no parecen tan bravucones como antes de empezar. Solo se me plantea una duda: ¿no era excesiva esa sonrisa de Alberto? ¿Será gay? Pero, aunque lo sea, no me preocupo demasiado, vamos sumando puntos en una sintonía perfecta. Alberto y yo no nos solapamos, no nos estorbamos, vemos cómo cubrir los espacios, cómo no dejar huecos. Ellos sudan, insisten, corren de aquí para allá y de vez en cuando chocan y acaban en el suelo, como ahora… Y yo, con gran alegría, coloco la bola al otro lado de la pista.

—¡Punto!

Y seguimos así, sudando, corriendo, esforzándonos. Alberto se lanza sobre una bola y consigue devolverla cayendo al suelo y volviendo a levantarse. Es bueno y, sea cual sea su tendencia, es realmente rápido y atento, y también muy

intuitivo. No está gordo: es delgado y esbelto.

—¡Punto!

Y esta vez Alberto me da la derecha, chocamos los cinco con fuerza, orgullosos de ese punto logrado después de un disputado intercambio. Ahora les toca a ellos. El tipo se prepara para el servicio, hace botar la bola y la golpea hacia delante. La bola sale flechada, a una velocidad increíble. De forma instintiva, pongo la pala delante de la cara, la devuelvo por el otro lado y le doy de lleno al otro contrincante, acertándole en las partes bajas. Allí donde las bolas son otras.

—Perdona, no quería…

La pelota acaba su recorrido en el suelo, seguida del tipo tocado y hundido.

—En serio, perdona…

Alberto se acerca fingiendo preocupación, pero luego, con la excusa de recoger la bola, se agacha y me susurra al oído:

—Buen golpe, joder.

Me entran ganas de reír y, mientras oigo sus palabras, susurradas de esa manera tan íntima, tan simple, con ese aire de fanfarrón, me parece estar oyendo a mi viejo amigo de siempre, Pollo. Y me vuelvo como para buscarlo, pero solo veo a Alberto, que sonríe y me guiña un ojo. Yo le correspondo, aunque un instante después, si supiera leer bien mi cara, vería toda mi tristeza.

Pollo y yo nunca jugamos a pádel, nos habría dado asco solo pensar en un deporte con un nombre así. Pero juntos dimos reveses y derechazos a la vida que nos venía de cara. Lo recuerdo con las uñas mordidas y su vieja Kawa 550 apodada *Caja de muertos*, un nombre de broma que luego se convirtió en el espectro de un presagio. Pollo, con su miseria y su alegría, que iba a tope sin mirar nunca hacia atrás.

Sigo jugando, con los ojos velados no solo por el sudor. Hacemos el punto y nos reímos, y Alberto me dice algo más antes de sacar; ahora le toca a él. Asiento, pero no he entendido bien lo que ha dicho, quizá «Están fundidos…».

Efectivamente, parecen extenuados. Pollo, en cambio, era incansable, siempre estaba en movimiento, como si nunca quisiera pararse, como si le diera miedo pensar, tener que lidiar con algo, como si huyese. En eterna huida. Un golpe más, una secuencia interminable, un intercambio infinito, como si ninguno de los dos quisiera abandonar. Un día tengo que ir a ver a sus padres, nunca he tenido el valor de hacerlo. El dolor te vuelve inmóvil. Nos asusta lo que podemos sentir y nos encerramos en nuestra coraza, que es todavía más dura que

ese dolor que se clava en el corazón. Y, sin pensarlo más, me lanzo hacia la bola que se me acerca, la golpeo con fuerza, con tanta rabia que casi se desintegra en el suelo, pero enseguida vuelve a hincharse y rebota a lo lejos, inalcanzable para cualquier pala.

—¡Punto! ¡Partido!

Alberto grita feliz. Nos damos la mano y nos abrazamos, con verdadero entusiasmo, y hasta al cabo de un rato no saludamos a nuestros contrincantes.

—¡Tendréis que darnos la revancha!

—Sí, por supuesto.

Y sonrío. Pero ya estoy en otra parte. No sé si los padres de Pollo todavía viven allí. Y con ese último pensamiento salgo de la pista y, a pesar de haber ganado, me siento terriblemente derrotado.

SEIS

Cuando me dispongo a entrar en la ducha, Alberto se está desnudando.

—¿Qué haces?, ¿te quedas a comer? —me pregunta con amabilidad.

—Sí, pero tengo que resolver algunos asuntos…

—De acuerdo. ¡Qué buen partido!

—Siempre está bien cuando se gana.

—¡Sí, pero todavía es mejor si se gana a alguien que se lo cree demasiado! ¡Han entrado en la pista como si les aburriera tener que jugar contra dos tipos como nosotros!

—¡Es verdad, pero al final lo han pasado bien!

—¡Ja, ja, ja, sobre todo cuando la has emprendido a palazos con ellos!

Y nos despedimos encajando la mano, pero con un gesto casi fraternal, cogiéndonos por los pulgares, como si fuéramos amigos de toda la vida y no simplemente desde este partido. Entonces abro el grifo de la ducha, dejo el champú en el hueco de la pared y me meto debajo del chorro, sin preocuparme de la temperatura. Está fresca, es agradable. Luego se va calentando un poco, relajo los músculos, me abandono, cierro los ojos y siento que el agua dilata incluso las contracturas más recónditas, los repentinos dolores de los recuerdos que afloran. Esa simpatía de Pollo que todavía hoy echo de menos, su manera de quererme por encima de cualquier cosa. Cuando vi la película *El indomable Will Hunting*, pensé en la relación entre Ben Affleck y Matt Damon. Pues para mí él era parecido a Ben, a pesar de que yo nunca me he considerado ningún genio. Abrí la empresa y empecé a trabajar gracias a un golpe de suerte y a una dosis de buena intuición, me inventé una biografía laboral sin pensarlo mucho, pero cuando me di cuenta de que había puesto la marcha correcta, no volví a cambiarla y decidí dar gas al máximo. Ahora el agua sale más caliente, los

pensamientos se mezclan. Perder a un amigo tan grande cuando todavía eres joven hace que te despiertes de repente.

Te creías inmortal y te das cuenta de que eres un gilipollas. Te sientes amputado. Vivo, pero sin tu amigo. Perder un brazo me habría hecho sentir más íntegro. Me fui acostumbrando a la muerte de Pollo poco a poco. Fue como despertarse y vislumbrar la luz después de un duro período de oscuridad. Ya no buscaba emociones fuertes, los sobresaltos que te da la noche, la adrenalina de las carreras de motos. Volvía a la vida dejándome arrebatar por los pequeños detalles. Algunas veces me divierten las cosas graciosas que suceden y en las que nadie se fija. La señora que cruza por el paso de peatones y a la que se le rompe la bolsa de plástico con las naranjas; un chiquillo coge una y se la mete en el bolsillo. Una madre y su hija que discuten por la calle cuando esta última acaba de salir del colegio. «Esta noche tengo un dieciocho cumpleaños». «¿Otro?». «Mamá, me hiciste adelantar un curso; ¡este año todos cumplen los dieciocho!». «Está bien, pero a la una en casa». «¿A la una? ¡Pero si la fiesta empieza a la una!». «¡Los dieciocho se cumplen a medianoche!». «Bueno, pero quiero decir que el rollo es a la una». «¿El rollo?». «¡La farra! La otra noche no empezó la farra hasta las dos». «Pero ¿qué dices? ¡No te entiendo!». «Por Dios, mamá, de todo haces un drama…».

Dos chicos que se besan apoyados en la moto con el sol de la hora de comer mientras la gente pasa y los mira con envidia. Y sus móviles en el bolsillo tal vez sonando. Inútiles llamadas de padres preocupados se pierden en sus sonrisas, se miran a los ojos, se besan con las bocas abiertas, con las lenguas saliendo insolentes, tan orgullosos de ese amor, de esas ganas. Y sus sonrisas rebosan de deseo y de sexo, de esa promesa que él busca más que nada en los ojos de ella. Si todavía no lo han hecho. Y el agua sigue discurriendo sobre mí, como las imágenes de Pollo, que me salpican, mientras me dirijo a la fiesta de Babi. La última carrera. Luego todo se apaga. Pollo está en el suelo, caído en una competición de imbéciles, y yo le susurro las únicas palabras posibles: «Te echaré de menos», y le acaricio el rostro como nunca lo había hecho. Pollo atraviesa mis pensamientos con su moto, me observa divertido, como si estuviera al tanto de mi vida, de todo lo que ha ocurrido y ocurrirá. Y parece reírse y sacude la cabeza como diciendo: «Pero ¿de qué coño te ríes, si yo tampoco sé nada de lo que pasará?». Si Alberto entrara ahora y me viera aquí hablando con el teléfono de la ducha en la mano… Con alguien que no está. Aunque él está siempre. E inmediatamente después Pollo hace el caballito,

desaparece así de la vista de mis recuerdos, pero me encuentro a alguien más. Sí, me vuelvo y ella está ahí, en el banco, leyendo un libro. Es joven, es guapa, el pelo le llega a la altura de los hombros, lleva unas gafas grandes y de repente pone la mano sobre la página de su libro, como si no quisiera perder el punto, y luego levanta la mirada, se sube las gafas a la cabeza para ver mejor y se frota los ojos, quizá también a causa del excesivo sol. Después sonríe serena, sí, me ha visto, y yo, como para que esté más tranquila, aparezco en medio de la escena. «¡Estoy aquí, mamá! ¡Mira lo que he encontrado!». Y corro hacia ella con mi largo pelo al viento y algo que llevo en las manos. Y, cuando llego allí delante, tengo las manos entrelazadas sobre la tripa, hago una extraña mueca como si supiera ya que me va a castigar. «Vamos, déjame ver». Entonces ya no espero más, abro las manos y sonrío. «¡Una flecha antigua, de la época de los romanos o de los sioux!», y sujeto con fuerza entre el pulgar y el índice de ambas manos un trozo de madera con un extremo triangular de piedra, estropeada, antigua. «¿Dónde la has encontrado?». «Allí abajo —digo, y le señalo un lugar detrás de mí, más o menos impreciso—. ¿Puedo llevármela a casa?». «Sí, dámela…». Y todavía recuerdo que cogió un pañuelo de papel de un paquete de plástico y lo envolvió alrededor de ese trozo de flecha, dándole además cierta importancia, al menos para mí, de tal manera que quise insistir: «Mamá, con cuidado…». «Sí, sí…, con mucho cuidado, aunque te he dicho mil veces que no debes coger cosas del suelo…». Y nos la llevamos a casa y enseguida se la enseñé a papá, en cuanto llegó de trabajar, y él también se alegró de mi descubrimiento. «La he encontrado en Villa Borghese». «Pues debe de ser lo que tú dices: es de los sioux. Un día, un verano, pasaron por allí y yo los vi». «¿De verdad?». Quería saber más de esos indios y pregunté si los *carabinieri* que veía siempre a caballo en Villa Borghese los habían seguido. Papá se rio y también mamá. «Puede que sí», me dijo él, y luego la abrazó y se besaron, y yo me sentí feliz por su carcajada y por lo bien que estaban.

El agua de la ducha sale más caliente, estoy a gusto aquí. El cansancio del pádel ha desaparecido, pero este último recuerdo de mi madre persiste. Pienso en su belleza, en mi descubrimiento, en cómo se precipitó todo entre nosotros, y en cómo dejaron de quererse, en cómo ella se apagó y en cómo cambia la vida. Y en cómo todo, sin embargo, sigue adelante.

—Habéis tenido suerte…

Abro los ojos. Han entrado los dos chicos que han jugado contra nosotros, parecen haber recuperado la seguridad en sí mismos. Me da por fijarme mejor en

ellos. Tampoco son tan «apuestos». Me echo a reír.

—Sí, es verdad. Es realmente así: hemos tenido suerte.

Y salgo de la ducha. Menos mal que siempre hay alguien que consigue hacerme reír.

SIETE

—Sí, póngame ese.

Un camarero está cocinando unas piezas de carne a la brasa. Me sirvo unas verduras variadas a la parrilla y un plato de alcachofas con un poco de queso grana padano del bufet del Circolo.

Una señora excesivamente perfumada y maleducada se me cuela, pero me hago el despistado.

Después de llenarse el plato con varios filetes, se vuelve, me sonríe y, sin el más mínimo pudor, sigue picando de aquí y de allá, llenándose el plato desmesuradamente. Me quedo perplejo un instante. ¡Y esto es el Circolo Parioli, aquí debería estar la flor y nata de la sociedad romana! Pero yo veo desfilar ante mí a esa mujer llena de arrugas y morena como un trozo de chocolate. El camarero me mira, me sonríe, se encoge de hombros como diciendo: «Yo no puedo decir nada». A continuación, en un tono profesional, me pregunta:

—¿Puedo servirle?

—Sí, gracias. ¡Póngame la mitad de lo que ha cogido esa zampabollos!

Y se echa a reír, sacude la cabeza y me llena el plato con la mejor carne que encuentra en la brasa.

Me siento delante de una cristalera, como si fuera un gran cuadro. Debajo de los apliques de bronce, hay un hermoso sofá, que convierte el club en uno de los más bonitos de la capital. Miro a lo lejos entre la vegetación Alguien juega a tenis, lo veo correr por la pista, pero no oigo el ruido de la pelota.

Alberto me ve desde lejos con su plato en la mano, me saluda con un gesto de la cabeza y se une a algún otro socio; decide dejarme tranquilo. Así que doy otro bocado, me sirvo un poco de cerveza y, después de limpiarme la boca con la servilleta, le pego un buen trago. Con tranquilidad, sin prisa.

He mejorado; Gin me toma el pelo porque como demasiado deprisa, dice que tengo una inquietud de fondo, que hago las cosas de manera compulsiva, con avidez, sobre todo si tengo delante unas patatas fritas y una cerveza. Una tras otra, sin parar, a veces cambiando el ritmo para mojar una en la mostaza o en la mayonesa, pero inmediatamente después con más voracidad, incluso tres o cuatro de golpe. «¡Te vas a atragantar!». «Tienes razón…». Entonces le sonrío y aflojo, me aplaco. Como si ya no tuviera prisa y ya no estuviera inquieto. Es guapa, con su pelo negro que ahora lleva corto, con su complexión delgada, con las piernas largas y un pecho precioso, con esa sonrisa suya que a veces, en los momentos más bellos, esconde tras los cabellos, entreabriendo la boca, echando la cabeza hacia atrás, abandonándose entre mis brazos… Gin.

—¿Quiere un café?

El camarero irrumpe en mis recuerdos eróticos con una jarra en la mano, una pequeña bandeja con una taza de café que no espera más que alguien se lo tome.

—¿Por qué no?

—Aquí tiene. ¿Azúcar?

—No, gracias, está bien así.

Este camarero es perfecto, aparece y desaparece en el momento oportuno sin que te des cuenta.

El café también está rico. Sonrío acordándome de Gin, de la familia que seremos cuando quizá nos convirtamos en padres de una niña o de un niño. ¿Será la fotocopia de Gin? ¿Tendrá mis ojos?

Espero que mi carácter no. A través de la belleza de una joven sonrisa reconocerás algo de ti, te sentirás proyectado, verás tus virtudes y tus defectos, tu continuidad. «De joven era un apasionado de las motos, dejé de llevarlas porque, de lo contrario, tu abuela no se habría casado conmigo».

Recuerdo que eso me lo decía mi abuelo, el padre de mi madre, las veces que me había quedado a charlar con él. Siempre tenía algo bonito y divertido que contar. Me tomo el último sorbo de café, dejo la taza y tengo la sensación de que mi vida por fin empieza a encarrilarse.

—Señor…

Me vuelvo; el camarero está detrás de mí, se levanta después de haber recogido un sobre del suelo.

—Se le ha caído esto de la americana.

—Ah, gracias.

Cojo el sobre de sus manos o, mejor dicho, él me lo entrega y me mira un

instante, como si quemase, como si le diera miedo conocer el secreto que contiene. A continuación, recoge la taza vacía de la mesa y se aleja sin volver la espalda. Entonces abro el sobre, curioso, pero sin mucha tensión. Y veo la entrada. Qué tonto, es la que mi secretaria ha insistido tanto en que me llevara. Le doy vueltas entre las manos. «*I bei giorni*». Balthus Mostra, en Villa Medici, Accademia di Francia de Roma, viale della Trinità dei Monti. Y me quedo mirando ese trozo de papel, sin ninguna indicación, ni qué empresa lo organiza ni ningún nombre. Solo ese título: «*I bei giorni*», los hermosos días. Me gusta. Yo sabía algo de Balthus, de la exposición que le censuraron cuando ya con ochenta años se obstinaba en pintar a esa jovencita y esos cuadros polémicos. Fue acusado de usar el «tercer brazo», su Polaroid escupía gran cantidad de fotos en su viaje desordenado pero meticuloso, de rozar la pedofilia. Esa jovencita acudía a su estudio desde los ocho años, cada miércoles, con el consentimiento de sus padres, y posaba para que la retratara. Y esa situación duró hasta que ella tuvo dieciséis. Balthus, el insaciable, Balthus, indiferente al orden burgués. Y de repente me siento fascinado, extrañamente atraído, intrigado por ese hombre del que tanto he oído hablar. Conozco sus cuadros, claro, pero no muy bien. Y luego está el título de la exposición: «*I bei giorni*». Decido asistir sin saber que quedaré fascinado por esas pinturas, y que, a mi pesar, acabaré siendo el protagonista de un cuadro insospechado.

OCHO

Villa Medici es imponente, ordenada, elegante, con su sala de los pájaros y un parque precioso, encantador. Con alguna pequeña fuente y los setos cuidados que de alguna manera te obligan a seguir un recorrido. Al llegar a la verja, una azafata me sonríe y me coge la entrada, de modo que no tengo más remedio que entrar e ir tras la gente que recorre tranquilamente la alfombra roja, sin atreverse a abandonarla. Una música de fondo sale de unos buenos altavoces escondidos entre la vegetación.

Algunos camareros acompañan nuestro camino escoltándonos con champán. Una señora delante de mí, de cabello oscuro, con un vestido largo de seda de colores llamativos como si fuera una odalisca obligada a cubrirse, coge una copa y se la bebe deprisa; luego acelera el paso. Tropieza con los tacones altos, pero consigue mantener el equilibrio y se apoya en el hombro de un camarero. Él se vuelve, se para, tiene el tiempo justo de dejar la copa vacía, mientras ella se agarra a la bandeja para coger otra. El camarero se aleja y la señora se sopla de un trago la segunda copa de champán. Se me ocurre pensar que quizá ella también es socia del Parioli.

Poco después estamos en el interior de la Villa, con sus altísimos techos, la luz del atardecer, los antiguos artesonados, los grandes sofás púrpura y los suelos de pizarra, tan perfecto, tan inmaculado.

Antiguos radiadores de hierro gris reposan silenciosos en los diversos rincones de la sala. En cada puerta, dorada, frases en latín enaltecen las posibles virtudes del hombre. Y ahí está, en la primera sala destaca una espléndida pintura de Balthus. Me acerco para leer mejor la fecha y su historia.

1955, *Desnudo en el espejo*. Es una mujer desnuda delante de un espejo, pero con el rostro oculto, cubierto por sus brazos, que se obstinan en sujetar hacia

arriba los largos cabellos oscuros, ligeramente en movimiento, ondulados. Y allí al lado está su origen, el bosquejo a lápiz y algunas explicaciones: *Desnudo en el espejo* impresiona por la monumentalidad escultural de la modelo y la luz difusa, argéntea, que impregna la figura y llena la sala. Un poco más abajo, su procedencia: Pierre Matisse Gallery. Se trata de una amable cesión. Seguidamente, el nombre completo: Balthasar Klossowski de Rola, pintor francés de origen polaco. Balthus. En la misma sala, una serie de cuadros de retratos de niñas: Alice, una jovencita con el seno desnudo y la pierna apoyada en una silla, en una postura desgarbada, mientras intenta hacer pasar el tiempo recogiéndose inútilmente sus largos cabellos. Y otra niña sentada con las manos en la cabeza, las piernas un poco abiertas y la falda arremangada; todo ello sucede en una habitación de tonos cálidos, mientras un gato, con las mismas tonalidades, parece lamer leche de un platito, tan solo aburrido por lo que sea que pueda suceder.

Y sigo caminando, recorriendo estas paredes cubiertas de esbozos, de hipótesis trazadas a lápiz, que poco a poco van cobrando vida, convirtiéndose en grandes cuadros al óleo repletos de sensualidad.

El paso ligero de los visitantes parece resonar hasta que acabo en una pequeña sala con una espléndida ventana que se asoma al rojo fuego de la puesta de sol. Entonces me apoyo en la balaustrada y miro a lo lejos. Algunos pinos sobresalen del jardín y es como un manto de verde que luego da un salto sobre una alfombra de tejados y antenas, entre ellas, alguna rebelde y moderna parabólica. La cúpula de San Pedro, un poco más lejos, parece dar indicaciones precisas para que la encuentren. Y mientras me pierdo en este infinito horizonte romano, emergen pensamientos distraídos: una reunión al día siguiente, una idea de formato que tengo que leer, un posible programa de verano.

—¿Step…?

De repente, esa voz transforma todo lo que me rodea, pulveriza todas mis certezas, anula todos mis pensamientos. Mi mente se queda vacía.

—¿Step?

Pienso que estoy soñando, esa voz que me llama resuena en el cielo azul ligeramente rosado, quizá una de esas niñas de Balthus ha salido de la tela y se está burlando de mí. Quizá…

—¿Step? ¿Eres tú?

Así pues, no estoy soñando.

NUEVE

Está detrás de mí, bien arreglada, con las manos juntas sobre un bolso de Michael Kors que sujeta por las asas y apoya sobre su vientre. Me sonríe. Sus cabellos son más cortos de lo que me parece recordar. Sus ojos azules, en cambio, son intensos como siempre, y su sonrisa es preciosa como todas las veces que lo fue por mérito mío. Se queda mirándome en silencio y permanecemos allí parados, en Villa Medici, con el inmenso paisaje de todos los tejados de Roma a mi espalda y ella delante de mí, envuelta por ese sol rojizo que veo reflejado en sus ojos y en el aparador a su espalda.

Estamos solos en la sala y nadie parece interrumpir este momento mágico, especial, único. ¿Cuántos años han pasado desde la última vez que nos vimos? ¿Catorce? ¿Dieciséis? ¿Cinco? ¿Seis? Sí, tal vez seis. Y ella sigue siendo preciosa, tremendamente preciosa, por desgracia. El prolongado silencio empieza a hacerse incómodo, demasiado largo. Y, sin embargo, no consigo decir nada, continuamos mirándonos a los ojos, sonriendo, tan estúpidos, tan condenadamente jóvenes. De repente, una pequeña sombra atraviesa mi sonrisa. Justo ahora, pienso, justo ahora que mi vida ha tomado una dirección tan importante, justo ahora que estaba convencido de mis decisiones, seguro y sereno como nunca lo había estado. Y me enfado, y me gustaría estar molesto, distante, frío, indiferente ante su presencia, pero no es así. Nada es así. Siento curiosidad y dolor por todo el tiempo que he perdido, que nos hemos perdido, por todo lo que no he visto de ella, todas sus lágrimas, sus sonrisas y sus alegrías, sus momentos de felicidad sin mí. ¿Me habrá recordado?

¿Habré aparecido de vez en cuando en su mente, en su corazón? ¿Habrá sucedido? ¿O tal vez me ha deseado pero ha luchado, ha luchado más que yo, para no sentir añoranza, para dejarme atrás, para convencerse de haber tomado la

decisión adecuada, de que conmigo todo habría sido un error? Y sigo mirando esa sonrisa suya, dejando a un lado cualquier reflexión inútil, cualquier vano intento de buscar un sentido, de entender por qué estamos de nuevo aquí, uno frente al otro, como si la vida nos obligara a la fuerza a hacernos esa pregunta. Luego Babi hace una extraña mueca, ladea la cabeza y sonríe frunciendo los labios, a su manera, la que me conquistó, la que todavía llevo en el corazón como una cicatriz.

—¿Sabes que estás mejor? Los hombres sois una verdadera estafa: mejoráis con los años. En cambio, las mujeres, no.

Me sonríe. Su voz ha cambiado, se ha hecho más mujer. Ha adelgazado, lleva el pelo más oscuro, el maquillaje justo, en orden, sin excesos. Está más guapa. Pero no quiero decírselo. Sigue mirándome.

—Y tú, encima, pareces otro y, ostras, casi que me gustas más.

—¿Quieres decir que el de antes no te parecía bien?

—No, no, qué va, no es eso. Ya sabes cuánto me gustaba el de antes, solo con tocarme hacía que me electrificara…

—¡Eso fue cuando nos dio la corriente adornando el árbol de Navidad!

—¡Es verdad!

Y de repente se ríe, ligera, cierra los ojos, echando la cabeza hacia atrás, y los mantiene cerrados, como si realmente intentara recordar ese día. Hablamos de hace por lo menos seis años.

—Después del calambre nos besamos. —Sonrío. Como si fuera un detalle determinante para aclarar la naturaleza de nuestra relación—. Nos besábamos siempre. Y después nos dimos los regalos.

Me mira y sigue contándolo, es como si quisiera saber qué recuerdo de aquella noche. No sabe que he intentado con desesperación borrarla sin conseguirlo, que he intentado ver de forma obsesiva ¡*Olvídate de mí*!, la película de Jim Carrey, con la esperanza de que pudiera ocurrir en realidad.

—Así pues, ¿te acuerdas de aquel momento? —Sonríe de manera pérfida, pensando en cazarme.

—Tenían papeles distintos.

—¡Pero los regalos eran iguales!

Se pone muy contenta y deja caer al suelo su Michael Kors y luego se me echa encima y me pasa los brazos por la espalda y se pega a mí y me apoya la cabeza sobre el pecho. Y yo me quedo así, desconcertado, sorprendido, con los brazos abiertos, sin saber dónde ponerlos, como si estuvieran despegados, fuera

de sitio, como si, dondequiera que acabaran, de todos modos, fuera un error.

—¡Qué contenta estoy de verte! —dice, y al oír esas palabras, yo también la abrazo.

DIEZ

Estamos en un jardín perfectamente cuidado. El sol asoma la cabeza entre los últimos tejados al fondo de las casas más lejanas. No se mueve ni un soplo de aire. Hoy es 4 de mayo y ya hace calor.

Estamos sentados el uno frente al otro y acabamos de pedir algo. Sí, algo de beber, tal vez de comer.

No sé muy bien qué, quizá un capuchino frío.

—No has cambiado nada.

—No.

No sé de qué más hablamos. Nos quedamos un rato en silencio mirándonos las manos, la ropa, el cinturón, los zapatos, los botones, fragmentos de nuestra indumentaria que puedan decir algo de nosotros. Pero no me dicen nada, y no quiero escuchar. Me da miedo pasarlo mal, sufrir, ya no quiero sentir nada.

—¿Te acuerdas?, abrimos los paquetes y nos quedamos sin palabras, eran los mismos jerséis enormes de marinero, azul claro. Pasamos por delante de aquella tienda y nos gustaron a los dos y estuvimos hablando de ello entusiasmados. Decidí que te lo iba a comprar y que ya haría que me regalaran uno igual por mi cumpleaños. ¡En cambio, me lo encontré en tu paquete de Navidad! Fue algo precioso.

—Dentice.

—¿Qué? —Me mira sorprendida, desconcertada, piensa que estoy loco.

—Dentice, se llamaba Dentice, la tienda en la que entramos y, luego, cada uno por su cuenta compró el jersey.

—Sí, es verdad, en la piazza Augusto Imperatore. ¿Seguirá todavía abierta?

Sigue estándolo, pero no añado nada más. Luego bebe un poco de su Crodino, come una patata frita y al final se limpia la boca. Cuando deja la

servilleta sobre la mesa, se queda quieta un instante.

La otra mano se reúne con la primera y se pone a jugar con el anillo que lleva en el anular. La alianza. Lleva alianza. No ha cambiado nada, al final se casó. Y por un instante me falta el aire, tengo un nudo en la garganta, se me encoge el estómago, casi me dan ganas de vomitar. Intento controlarme, coger oxígeno, recobrar la respiración, detener las palpitaciones aceleradas del corazón y poco a poco lo consigo. «Pero ¿de qué te sorprendes? Ya lo sabías, Step, ¿no te acuerdas? Te lo dijo aquella noche, la última vez que estuvisteis juntos, que hicisteis el amor bajo la lluvia. Cuando volvisteis al coche, ella te lo confesó: "Step, tengo que decirte algo: voy a casarme dentro de unos meses"».

Y ahora, como entonces, me parece increíble que haya ocurrido realmente. Sin embargo hago como si nada, me tomo el capuchino y miro a lo lejos. Mis ojos están un poco velados, pero espero que ella no se dé cuenta y entonces bebo despacio, sin atragantarme, entorno los ojos como para disimular, para buscar no sé qué respuesta, para seguir el vuelo de alguna gaviota extraviada pero que esta vez, por desgracia, no existe.

—Seguí adelante. Sí. —Cuando me vuelvo, la encuentro sonriéndome tranquila, serena; quiere comprenderme—. No fui capaz de pararlo. —Me muestra la alianza, pasando el dedo por encima—. Quizá para nosotros fuera mejor así, ¿no crees?

—¿Por qué me lo preguntas ahora? No me preguntaste nada cuando pude responder.

Y me gustaría seguir: «Cuando pude haber detenido todo esto, cuando tu vida todavía podía ser nuestra, cuando no podíamos perdernos, cuando habríamos crecido, habríamos llorado, habríamos sido felices y en cualquier caso habríamos sido nosotros, juntos, sin este terrible agujero, este tiempo que echamos de menos, esta vida pasada, sustraída, consumida, tal vez inútil. Todo me parece tan vacío, tan terriblemente perdido y malgastado… No puedo aceptar haber desperdiciado ni un segundo de cada momento de tu vida, de cada uno de tus alientos, de cada una de tus sonrisas o de tus penas, me habría gustado estar ahí, incluso en silencio, pero ahí, cerca de ti, a tu lado».

—¿Estás enfadado?

Me mira seria, pero sin perder la calma. Pone la mano izquierda sobre la mía y me la acaricia.

—No, no estoy enfadado. —Entonces asiente, sonríe de nuevo, está contenta —. Sí, sí que lo estoy —agrego sin control.

Aparto la mano de debajo de la suya. Y ella sacude la cabeza.

—Es normal, tienes razón, no serías tú. De hecho… —Y ya no añade nada más.

Deja espacio a la imaginación, a lo que podría haber sido, sucedido, a lo que podría haber dicho, a cómo tan solo podría haberme despedido de ella nada más verla. Y volvemos a quedarnos callados.

—¿Step?

Busca mi aprobación, le gustaría que estuviera de acuerdo, que en cierto modo la perdonara. Sí, busca mi clemencia, pero yo no sé qué decirle. No me salen las palabras, no se me ocurre ninguna frase, nada que pueda arreglar de alguna manera la situación, apartar esa extraña incomodidad que se ha creado entre nosotros. Entonces vuelve a poner la mano sobre la mía y me sonríe.

—Sé a qué te refieres, sé por qué estás enfadado…

Me gustaría contestarle y decirle que no sabe absolutamente nada de nada, no puede saber lo que sentí entonces, todas las veces que pensaba en ella, y que, sin embargo, debería haber apartado su recuerdo para siempre. Pero así es como fue. No fui capaz de prohibirle la entrada en mis pensamientos. Me acaricia la mano y continúa mirándome, y sus ojos casi se humedecen, es como si estuviera a punto de llorar y su labio inferior tiembla un poco. O en este tiempo se ha convertido en una gran actriz o de verdad está sintiendo una emoción muy fuerte. Pero no lo entiendo, ¿por qué toda esta conmoción? Entonces la expresión de su rostro se recompone, abre mucho los ojos como para hacerme reír, y con una alegría repentina exclama:

—¡Te he traído un regalo!

Y saca del bolso un paquete envuelto en papel azul y un lazo celeste con rayitas blancas. Conoce mis gustos y, por supuesto, lleva una nota. Está atada con un trozo de cuerda y sujeta a la mitad de una moneda de plomo. Lo cojo y debo decir que estoy atónito, confundido. Me dispongo a abrir el paquete, pero ella me lo quita enseguida de las manos.

—¡No! Espera…

La miro perplejo.

—¿Qué?

—Antes tienes que ver una cosa, si no, no lo entenderás.

—La verdad es que te juro que no lo entiendo…

—Ahora lo entenderás y ya verás como todo será más sencillo.

Y lo dice con voz de mujer, segura y decidida. Ahora Babi mira a lo lejos,

como si buscara a alguien, como si supiera que un poco más allá, bajo los árboles, al fondo de la Villa, hay alguien esperando su señal. Pero está decepcionada, es como si no encontrara lo que esperaba, y suspira como si alguien hubiera roto un pacto.

Luego:

—¡Aquí está! —exclama, y se le ilumina la cara.

Levanta la mano, mueve los brazos para que quienquiera que sea vea dónde está; seguidamente se pone de pie y grita feliz:

—¡Estoy aquí! ¡Aquí!

Entonces miro en su misma dirección y veo a un niño correr hacia nosotros, mientras una mujer vestida de blanco se queda al fondo, con una pequeña bicicleta a su lado. Se acerca cada vez más, rozando a la gente que pasa, casi se afana por el blanco empedrado, hecho de pequeñas piedrecitas, y está a punto de perder el equilibrio y caer al suelo, pero Babi abre los brazos y él se lanza hacia ellos, haciéndola tambalearse con toda la silla.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No te imaginas, no te imaginas qué pasada!

—¿Qué ha ocurrido, cariño?

—He dado una vuelta con la bici. Leonor me ha sujetado un rato y luego me ha dejado solo y yo he seguido pedaleando y no me he caído.

—¡Muy bien, cariño!

Y se abrazan con fuerza. Los ojos de Babi buscan los míos a través de los cabellos del niño y asiente, como si quisiera hacerme entender algo. El niño de repente se aparta de ella.

—¡Soy un campeón, mamá! ¿De verdad? ¿Soy un campeón?

—Sí, cariño. ¿Puedo presentarte a este amigo mío? ¡Se llama Stefano, pero todos lo llaman Step!

El niño se vuelve y me ve, me mira un poco inseguro sobre qué decisión tomar. Luego, de repente, sonríe.

—Y ¿yo también puedo llamarte Step?

—Claro. —Le sonrío a mi vez.

—¡Pues te llamaré Step! Es un nombre bonito. ¡Me recuerda a Stitch! —dice, y se va corriendo.

Es guapo, tiene la piel oscura, la boca carnosa, los dientes blancos, perfectos, y los ojos negros.

Lleva una camiseta de rayas azul claro y azul oscuro.

—Es un niño precioso.

—Sí, gracias.

La mamá me sonríe satisfecha, y tengo que decir que no me disgusta verla tan hermosa en su felicidad, la que quizá yo no habría sabido darle. Eso es lo que debió de pensar cuando decidió acabar con lo nuestro. Babi irrumpe entonces en mis pensamientos:

—También es inteligente y muy sensible, romántico. A mí me parece que entiende muchas más cosas de las que deja entrever. A veces me maravilla y consigue que se me encoja el corazón.

—Sí —asiento, pero pienso que se trata de los pensamientos naturales de cualquier madre.

Babi sigue con la mirada a su hijo, que ha llegado junto a la tata, ha cogido la bicicleta y se ha montado en ella; intenta pedalear y al final lo consigue, recorre un trecho de camino sin caerse.

—¡Muy bien! —Babi aplaude.

Está encantada por esa hazaña que le parece magnífica, luego se vuelve hacia mí y me pasa el paquete.

—Toma. Ya puedes abrirlo.

Es verdad. Se me había olvidado. Y por un instante incluso me ruborizo.

—¡No es un libro ni un arma! ¡Vamos, ábrelo!

Entonces lo desenvuelvo y, cuando quito el papel de seda que de alguna manera lo protegía, encuentro una camiseta XL, mi talla, con el cuello blanco. Me fijo mejor. No me lo puedo creer. Es de rayas azul marino y celeste, idéntica a la que lleva su hijo. Entonces levanto la mirada hacia ella y veo que se ha puesto seria.

—Sí. Bueno, así es. Quizá por eso nunca te he echado de menos.

Y siento que me falta el aire.

—¡Mamá, mira, mira qué bien lo hago!

El pequeño pasa por delante de nosotros y sonríe, con el pelo al viento, pedaleando en su pequeña bicicleta. Lo miro y él se ríe y, por un instante, quita la mano del manillar y me saluda.

—¡Adiós, Step!

Y luego vuelve a cogerlo rápidamente con fuerza, para que no se le escape, para no caerse al suelo. Regresa hacia la tata y desaparece así, del mismo modo que ha aparecido en mi vida. Sus ojos, su boca, su sonrisa, tiene un aire a mi madre y aún más a las fotos del álbum familiar de cuando yo era pequeño. Entonces Babi me toca de nuevo la mano.

—¿No dices nada? ¿Has visto qué guapo es tu hijo?

ONCE

Un rayo ha entrado en mi vida partiéndola por la mitad. Tengo un hijo. Y pensar que siempre ha sido uno de mis deseos más profundos. Estar unido a una mujer, sin duda con una promesa de amor o con un matrimonio, y con un hijo. La unión de dos personas en la creación, ese instante casi divino que se manifiesta en el encuentro de dos seres, en una mezcla que gira vertiginosamente, que decide detalles, matices, colores, que da pinceladas aquí y allá en un pequeño cuadro futuro. Ese increíble puzle que, pieza a pieza, se va componiendo para después brotar un día del vientre de la mujer. Y desde allí alzar el vuelo como una mariposa, o una paloma, o un halcón, o un águila, hacia quién sabe qué otra increíble vida, tal vez distinta de quienes la han creado. Ella y yo. Tú y yo, Babi. Y este niño. Intento articular algo sensato.

—¿Qué nombre le has puesto?

—Massimo. Es nombre de líder, aunque por ahora solo ha conseguido gobernar una bicicleta.

Pero ya es una victoria.

Se ríe, se muestra serena y respira el aire perfumado que nos rodea, y se suelta el pelo al viento que en realidad no hace. No busca perdón, ni compartir, ni una absolución. Y, sin embargo, es nuestro hijo. Y en un instante regreso a seis años atrás, a aquella noche, a aquella fiesta en una magnífica villa a la que me llevó mi amigo Guido. Camino entre la gente, cojo al vuelo un vaso de ron, un Pampero, el mejor. Luego me soplo otro, y otro más. Y con las notas de Battisti en la cabeza, deambulo por la sala. «¿Cómo puede una roca detener el mar?»[1]. Ni siquiera ahora sé responder a esa pregunta. Me acerco a un cuadro, una naturaleza muerta de Eliano Fantuzzi; recuerdo que me atrajo la gran sandía

cortada sobre la mesa, poco definida, como su pintura, donde todo aparece como si lo viera un miope sin gafas, casi difuminado, con ese verde, ese rojo no demasiado oscuro y ese blanco y esos puntos negros que deberían ser pepitas. Y de golpe me viene a la cabeza Babi, inclinada hacia delante con la tajada de sandía en las manos, riendo, y aparece su rostro en medio del rojo, en la mitad exacta, sin titubeos. Es verano, estamos en corso Francia, por la parte de Fleming, al final del viaducto, debajo de la última águila. Hace calor, es de noche, ese quiosco está siempre abierto y un poco más allá hacen salchichas, se adivina por el olor y por el humo blanco, espeso, denso, que sale de las brasas como si se tratara del tan esperado resultado de la elección de nuevo papa. Y oímos el chisporroteo del aceite de las salchichas, cuyo olor nos queda pegado, aunque por suerte el viento lo barre, o al menos nos engañamos pensándolo.

—¡Hola, Step! Coged, coged, luego pasamos cuentas… —Y saludo a Mario con una sonrisa y Babi se lanza sobre la tajada de sandía sin que se lo tengan que repetir.

—Ah, muy bien, has elegido la más oscura, la más madura…

—Sí, pero si quieres te doy un trozo.

Y me hace gracia que quiera consolarme así.

—¡No, cogeré una entera para mí, glotona!

Doy un bocado a mi tajada de sandía, un poco más clara, pero igualmente rica, jugosa, como la espléndida noche que estamos viviendo. Babi come de derecha a izquierda, parece una ametralladora, y se divierte escupiendo alguna pepita que se le queda en la boca.

—¡Pfff! Así, como Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—¿Cómo? —Me río divertido—. ¿Qué quieres decir?

—Idiota… Cuando escupe el chicle.

Sí, así éramos, la belleza de una noche de mediados de verano. Y mientras me acuerdo de ella, como un eco de aquella fiesta, de la habitación de al lado me llega una risa familiar; la escucho con más atención y cambio de expresión. No me cabe duda. Es ella. Babi. Es el centro de atención, se ríe y hace reír mientras cuenta algo. De modo que dejo el vaso, camino entre la gente, avanzo entre personas desconocidas, entre camareros que pasan por mi lado, casi a cámara lenta, y entonces la veo bien: está sentada en el apoyabrazos de un sofá en medio del salón. No me da tiempo a retroceder, a mezclarme con los demás, a pocos metros de mí, cuando ella se vuelve, como si hubiera notado algo, como si su corazón, su mente o quién sabe qué misteriosa razón la hubieran invitado a

hacerlo. Su rostro se tiñe de estupefacción y luego de felicidad.

—¡Step…, qué alegría!, pero ¿qué haces aquí?

Se levanta y me besa suavemente en las mejillas y me quedo casi embobado, me coge del brazo y me siento transportado ante algunas personas sentadas alrededor de ese sofá. Borracho, no entiendo nada, solo sigo su Caronne.

Pero ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué he venido? Babi… Babi… Paseamos y conocemos a otras personas y de vez en cuando pica algo de la mesa del bufet o de las bandejas de los camareros; me acuerdo de que llevo el teléfono y lo saco del bolsillo, lo pongo en silencio y lo hago desaparecer olvidándome de él. Y ahora le sonrío y cojo al vuelo una copa de champán.

—No, disculpe…, dos.

Casi me sabe mal que no haya pensado en ella enseguida, y se la ofrezco.

—Perdóname…

—No pasa nada. —Y se la bebe mirando desde detrás de la copa, con esa mirada que conozco bien—. Me alegro de verte.

—Yo también.

Me sale casi sin yo quererlo. Se bebe el champán de un solo trago. Y luego deja la copa en el alféizar de una ventana.

—¡Oh, esta canción me gusta muchísimo! Me voy a bailar. ¿Me miras, Step? Muevo un poco el esqueleto y luego nos vamos juntos, por favor, espérame… —Y me da un beso en la mejilla, pero lleva tanto ímpetu que me toca también los labios. Y se va corriendo. ¿Ha sido casualidad?

Baila entre la gente, da vueltas sobre sí misma con los ojos cerrados, está sola en el centro de la terraza, abre los brazos al cielo y canta la letra de la canción a voz en cuello. *Semplicemente*, de los Zero Assoluto[2]. De modo que me termino yo también el champán y dejo la copa al lado de la suya, y querría marcharme, sí, ahora me voy, desaparezco, a lo mejor se enfada, pero es mejor así. Casi no me da tiempo a moverme cuando ella me coge del brazo.

—Esta canción me encanta. «*… e le passioni che rimangono… semplicemente non scordare… nananana! Semplice come incontrarsi, perdersi, ritrovarsi, amarsi, lasciarsi, poteva andare meglio può darsi… Semplicemente.*» «… y las pasiones que perduran…, simplemente no olvides…, ¡nananana! Tan simple como encontrarse, perderse, reencontrarse, amarse, dejarse, podía ir mejor, puede ser… Simplemente». —Me abraza, me estrecha con fuerza y casi me lo susurra—. Parece escrita para nosotros. —Y se queda callada entre mis

brazos, pero yo no sé qué hacer, qué decir.

¿Qué sucede, Babi? ¿Qué está pasando?

Ella me coge de la mano y me saca de aquella fiesta casi terminada, fuera de la villa, al otro lado del césped, del sendero, de la verja, a su coche, a la noche. Hicimos el amor como si nos hubiéramos reencontrado, como si desde ese momento ya nada pudiera cambiar. Como una señal del destino, como si esa fiesta marcara una fecha, un porqué, una reanudación. Empieza a llover y ella me hace salir del habitáculo, ya lleva la blusa desabrochada, quiere hacer el amor bajo la lluvia. Se deja acariciar por el agua que cae y por mis besos sobre sus pezones mojados. Bajo la falda está desnuda, es sensual, atrevida, libidinosa. Me dejo llevar, Babi me cabalga, me aprieta fuerte y me aferra y yo pierdo cualquier control. Me susurra: «Sigue, sigue, sigue», y se separa cuando ya me he vaciado dentro. Se desploma sobre mí y, en el momento en que me da un beso ligero, me siento culpable. Gin.

Al volver al coche sus palabras son más afiladas que un cuchillo:

—Voy a casarme dentro de unos meses.

Eso me dijo Babi, todavía con el ardor de haber estado juntos, de mis besos, de mi sexo, de nuestros suspiros.

—Voy a casarme dentro de unos meses.

Como una canción que suena en bucle.

—Voy a casarme dentro de unos meses.

Fue un instante, se me encogió el estómago, me faltaba el aire.

—Voy a casarme dentro de unos meses.

Me pareció que esa noche todo acababa. Me sentí sucio, estúpido, culpable, por lo que decidí contarle la verdad a Gin. Le pedí perdón porque quería borrar a Babi de mi vida y también a ese Step borracho de ron y de ella. Pero ¿existe perdón para el amor?

—¿Estás intentando saber cuándo fue?

La voz de Babi me devuelve al presente.

—No creo que haya muchas dudas, ni posibilidad de equivocarse. Fue la última vez que nos vimos. Cuando nos encontramos en aquella fiesta.

Y me mira con malicia. Parece que vuelve a ser la chica de entonces. Casi me resulta doloroso apartar los ojos de ella, pero debo hacerlo, sí.

—Había bebido.

—Sí, es verdad. Quizá por eso tus besos parecían todavía más apasionados. No tenías control. —Después se queda callada—. Fue aquella noche. —Y esboza

media sonrisa, esperando compartir conmigo su afirmación. Si no fuera porque inmediatamente después tiene que añadir algo cruel. De modo que baja los ojos, como si fuera más fácil dirigirse al suelo, a esa sorda grava que rodea nuestros pies. Y empieza una extraña plegaria—. Sabía que te habías quedado dentro de mí o que, en todo caso, algo había pasado, se había perdido… o recuperado. Pero estaba segura de que, si te hubiera seguido, mi vida habría dado un giro, habría cambiado mi elección, echando por tierra la decisión que había tomado. La pasión y la vida cotidiana son dos cosas distintas. Mi madre siempre me lo decía: después de unos años, todo queda excepto la pasión. ¿Te acuerdas de lo mucho que discutíamos en los últimos tiempos? Estábamos creciendo de maneras distintas.

Es verdad, nos enfadábamos a menudo, ya no la reconocía, tenía miedo de perderla y no sabía cómo retenerla. Esas olas que nos habían arrastrado nos estaban arrojando a un terreno más inseguro, más frágil. Por lo menos, así era como yo me sentía.

—Así que al día siguiente estuve con él. Me costó muchísimo, porque todavía tenía tu olor pegado, pero tuve que correr una cortina de humo. Después lloré. Sentí el vacío, la melancolía, el sinsentido. Me habría gustado ser libre para decidir sobre mi vida… Y no era libre, no sabía qué decidir.

Levanta el rostro, se vuelve hacia mí, noto que me mira, pero yo fijo la vista en el suelo. Luego también yo levanto la cabeza y miro a lo lejos, lo más remotamente posible. ¿Qué quiere decir «ser libre para decidir sobre mi vida»? Pero si tu vida no es tuya, ¿de quién es? ¿De quién puede ser?

¿Por qué Babi siempre ha tenido esas extrañas ideas, que, la verdad, nunca he entendido? Como si su vida estuviera condicionada por alguien o por algo, como si perteneciera a los demás, como si no lograra vivir hasta el fondo sus deseos, ser realmente ella misma. Solo en algunos momentos me parecía independiente, divertida, libre y rebelde: cuando perdíamos el sentido del tiempo al regresar a casa y de las obligaciones de la escuela y los exámenes, cuando estaba conmigo y decía que me quería y me estrechaba con fuerza, y cuando hacíamos el amor y enroscaba las piernas detrás de mi espalda, para ser más mía, para no dejarme marchar. Como aquella noche.

—¿Por qué piensas que puede ser mío? —Pero nada más acabar la frase lo veo venir montado en su bici.

Corre lanzado, de pie sobre los pedales, se desliza de una forma extraña, haciendo una especie de derrape, a su manera. Al final la bici se le cae al suelo,

aunque él se queda de pie, y nos mira un poco abochornado.

—Mamá, es que a ese niño le ha salido. —Señala con la barbilla hacia alguna parte a su espalda.

—¡A lo mejor es que va en bici desde hace más tiempo! Para ti es el primer día.

Y al oír esa explicación, vuelve a estar orgulloso y convencido.

—Es verdad, quiero intentarlo otra vez. —Después, como acordándose de mí, dice—: Step, ¿tú sabes montar en bicicleta?

—Sí, un poquito.

—Ah… —Parece satisfecho.

Y, como si no fuera suficiente, Babi añade:

—Es modesto: monta muy bien, sabe hacer cosas con la bicicleta que ni te imaginas…

—¡Qué guay! —Me sonríe mirándome desde una perspectiva distinta—. Pues entonces tienes que volver a venir al parque y traerte tu bici, así me enseñas. —Y, después de esa última frase, para no esperar una respuesta, para no recibir un «No» y quedar decepcionado o por cualquier otro motivo, sale corriendo.

Babi se queda mirándolo.

—¿Todavía tienes alguna duda de que no sea hijo tuyo? Es idéntico a ti, en todo y para todo, también en lo que hace. Solo hay una cosa en la que es un poco distinto.

Y de repente es como si me despertara, me vuelvo enseguida hacia ella, con una curiosidad como quizá nunca he tenido.

—¿Cuál?

—¡Es más guapo! —responde, y estalla en una carcajada, contenta de haberme tomado el pelo, y cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás y mueve las piernas, y el vestido se le levanta, mostrándolas, ahora sí, en todo su esplendor.

Es hermosa. Es preciosa, es más mujer, es más sensual, pero también es madre. ¿Será eso lo que la hace más deseable? Y me vuelven a la mente sus palabras de antes: «Tuve que correr una cortina de humo». Y de manera extraña, eso me excita, y justamente por eso me siento culpable. Después Babi deja de reír y me coloca una mano sobre el brazo.

—Perdona, no sé qué me ha dado.

Se pone seria, aunque se echa a reír de nuevo. No obstante, intenta parar, y en silencio hace stop con la mano, como diciendo: «Espera, ahora lo consigo».

Y, en efecto, hace un último amago de reír y después para.

—Ya está, me pongo seria. —Recupera el aliento—. No sabes qué contenta estoy, me he imaginado este momento cada día desde que nació. No quería más que encontrarte, que lo vieras, compartirlo contigo, cada día que lo he tenido en brazos, que lo amamanté, que lo acuné, que lo dormí, que volví a amamantarlo, de noche, sola, al amanecer. Sí, en cada uno de esos momentos tú estabas conmigo. —Y me mira conmovida, con los ojos llenos de lágrimas—. Por eso no te he echado de menos, porque nunca te has ido.

Me quedo callado y miro la camiseta idéntica a la de Massimo, nuestro hijo. Entonces Babi se levanta. Deja un papel sobre la mesa y dinero en la cuenta que nos han traído. No me da tiempo a decir nada. Lo hace todo ella.

—Déjame que invite yo… En el fondo, he sido yo quien esperaba que nos encontráramos. Aquí tienes mis números. Llámame cuando quieras. Me gustaría que volviéramos a vernos. Tengo muchas cosas que contarte.

Y se marcha así, de espaldas. Y me viene a la cabeza esa canción de Baglioni: «*E quel disordine che tu hai lasciato nei miei fogli, andando via così, come la nostra prima scena, solo che andavamo via di schiena…*». «Y ese desorden que has dejado en mis papeles, marchándote así, como en nuestra primera escena, solo que salíamos de espaldas…»[3]. Por otra parte, siempre he odiado esa canción, quizá porque siempre he temido que a mí también me llegaría ese momento. Y así es ahora. «*Se c'è stato per davvero quell'attimo di eterno che non c'è…*». «Si de verdad ha habido ese instante de eternidad que ya no está…[4]». Y la veo meter la mano entre los cabellos de ese niño, oscuros como los míos. Y miro a esa mujer, su cazadora vaquera encima de ese vestido blanco con dibujos rojos, azules y celestes, que semejan veleros y sombrillas, parecido a esos vestidos que estreché entre mis brazos una infinidad de veces, y, sin embargo, todavía no me resultaba suficiente.

Pero ¿habrá alguna vez un momento en que me sienta saciado de tu amor? Pase lo que pase, aunque un día por fin te tuviera toda para mí, ¿se aplacaría esta hambre que tengo de ti? Pero me contesto que no, nunca te tendré lo suficiente.

Estoy condenado. Babi ha sido hecha aposta para mí, es todo lo que no logro entender, elimina cualquier razón, me quita la posibilidad de ser decidido, determinado, severo, quizá de estar enfadado. Y sigo mirando cómo te marchas así, de espaldas, con tu andar que es solo tuyo, y a pesar de que han pasado seis años, nunca te he olvidado, y tal vez nunca te olvide. Tu trasero, tus piernas ya

ligeramente bronceadas y esos zapatos azules, altos, de cuerda o corcho tal vez, que acompañan cada uno de tus pasos. Y tú no te vuelves, pero lo hace ese niño, levanta la mano y me saluda y me sonríe, haciéndome todavía más daño del que he sentido hasta ahora.

DOCE

Vuelvo al coche. No me lo puedo creer, así, de repente, un día cualquiera, uno como tantos, mi vida cambia: tengo un hijo. Y no es una noticia de algo que tiene que ocurrir, que se va formando, que un día será. No, mi hijo ya está ahí, es parecido a mí, guapo, sonriente, divertido. Y de golpe me siento celoso como nunca habría pensado estarlo. Celoso de un hombre, aunque sea un chiquillo. Porque me imagino a su padre, que además no es su padre, riñéndolo, abrazándolo, besándolo, estrechándolo entre sus brazos y diciéndole palabras de amor. Palabras que son mías, que me corresponden, que deberían pertenecerme, solo a mí y a nadie más. Entonces me llega un fotograma de ese hipotético falso padre que le coge de la mano con fuerza y le levanta la suya, le pega, le grita, lo maltrata, lo humilla delante de gente desconocida, como vi hacer una vez en un restaurante mientras esperaba a mis amigos. Un hombre cogió la mano de su hijo pequeño y se la golpeó varias veces contra la mesa, haciéndolo llorar en silencio. Y la mujer, la madre de ese niño, no dijo nada, siguió tomándose su vino, se volvió y, cuando se dio cuenta de que yo había visto todo lo que había ocurrido, entonces, solo entonces, se ruborizó y susurró algo al oído de ese hombre. Me quedé mirando esa mesa, a ese niño que lloraba en silencio. Le caían abundantes lágrimas, mantenía la cabeza gacha, como hacen los niños cuando quieren esconder su tristeza. ¿Tan grave era lo que había hecho? ¿Lo habían castigado por hacer un poco de ruido? La mujer estaba visiblemente incómoda, abrió mucho los ojos hacia su marido como diciendo: «Nos están mirando». ¿Se comportó así solo porque advirtió la desaprobación de un extraño? ¿Acaso nuestro comportamiento es inadecuado tan solo cuando hay alguien que nos mira? ¿No somos capaces de juzgar el error de nuestras acciones por nosotros mismos? ¿Necesitamos que haya alguien para sentirnos avergonzados? Seguí

mirando a esa mesa.

Ella hacía como si no me viera, pero notaba el rabillo de su ojo. El hombre se volvió un instante, mirando a su alrededor, y cuando se encontró con mi mirada se encogió de hombros y siguió comiendo lo que tenía delante. Luego le propinó un brusco empujón al niño, que dio un respingo asustado. El hombre le señaló el plato y movió de nuevo la mano rudamente, como diciendo: «Venga, come, no empeores las cosas, ¿a qué esperas?». Entonces el niño, siempre con la cabeza gacha, cogió un tenedor y con la otra mano empezó a jugar un poco con lo que tenía en el plato; después, tras otro pescozón de su padre, se lo metió en la boca. Sí, todo parecía normal, pero sus hombros se sacudían de vez en cuando, siguiendo el ritmo de un sollozo que no quería abandonarlo. Me habría gustado volver a cruzar la mirada con ese hombre y levantar la barbilla en señal de desafío y, si él hubiera respondido, tal vez nos habríamos peleado allí, en el restaurante, o lo habría invitado a ir afuera.

Pero luego ese niño miró a su alrededor, me vio y, cuando le sonreí, él me devolvió la sonrisa un poco avergonzado. No, quizá por él no lo habría hecho, no habría humillado a su padre. Su padre.

Ese hombre que lo trataba así. ¿Y Massimo? ¿Cómo se comportará el hombre que se hace llamar *papá* con él? ¿Cómo será el marido de Babi con mi hijo? ¿Será paciente, solícito, jugará con él? ¿O tal vez le molestarán sus gritos, sus demandas, sus ganas de jugar? Sí, de hecho, me imagino a Massimo, se ha interpuesto entre él y el televisor durante un partido de fútbol, puede que ese hombre sea incluso de la Roma y, como no le ha dejado ver un inútil gol, porque, total, están perdiendo de tres y el partido está en los últimos minutos de descuento de la segunda parte, ese hombre le da una patada a mi hijo y luego aplasta con el pie un juego al que Massimo le tiene mucho cariño. Rompe en mil pedazos un camión de bomberos que ya no podrá ir a salvar a nadie, o el muñequito de Masha, de tal manera que el oso lo lamentará siempre, pero, sea lo que sea, lo hace con rabia, provocando que Massimo se desespere al tratar de recoger los pedazos y recomponerlo. Mis pensamientos, las dolorosas proyecciones, las imágenes de ese niño, todo estalla. Negro.

—¡Joder, mira por dónde vas, gilipollas!

Choco con alguien, su rostro delante del mío. Veo unos ojos grandes, pelo oscuro, rizado, barba, una cazadora, un adulto, un hombre gordo, esa voz gruñona. Y, de forma instintiva, mis manos salen disparadas hacia su garganta, lo arrojo contra la pared de detrás, le aprieto el cuello con fuerza y lo levanto, y

sigo empujando. Veo que sus piernas patalean en el aire a pocos centímetros del suelo, mientras aprieto, aprieto y aprieto aún más, y luego, de repente, veo que Massimo se acerca con la bicicleta y me sonríe. Y sacude la cabeza.

—Step… No, él no tiene nada que ver.

Es cierto. Me doy cuenta de lo que está sucediendo, tengo entre las manos el cuello de un hombre.

Debe de contar unos cuarenta años, mantiene los ojos cerrados, los guiña, como si se esforzara por intentar recuperar el aliento, respirar; entonces lo suelto, dejo de agarrarlo y él lentamente se desmorona, tose. Y yo me miro las manos todavía encarnadas, hinchadas. Las observo horrorizado, como si estuvieran manchadas de sangre, hasta ahora no me doy cuenta de cómo me ha cegado la rabia. Pero el hombre de mis pensamientos estaba maltratando a mi hijo. Mi hijo. Entonces me vuelvo, Massimo ya no está, ya no hay nadie. Ayudo al señor a levantarse.

—Discúlpeme… —No sé qué más decir—. No quería molestarlo… —Pero veo que me mira desconcertado y comprendo que es mejor que me vaya sin añadir nada más para no empeorar la situación.

TRECE

Entro en la oficina y me encierro en mi despacho sin saludar a nadie, abro la nevera azul y saco una Coca-Cola. Me quedo apoyado en la puerta, noto los imanes de tantos viajes detrás de la espalda, intento reconocer alguno, pero no lo consigo. Sin embargo, si me concentrara de verdad, sabría decirlos todos. Pero no lo hago. No me divierte. Me gustaría tener una botella de ron en vez de la Coca-Cola, un J. Bally, sí, y me la soplaría entera, como hacen en las películas. A pesar de que ya sé que allí el ron y el whisky no son más que agua y Coca-Cola… Aunque alguno bebe de verdad, para que sea más creíble, para ver qué pasa. Martin Sheen lo hizo en *Apocalypse Now* y la escena resulta creíble, y tanto. Cuentan que la emprendió a puñetazos con un espejo y se cortó las manos. Quizá fuera porque el día del rodaje Martin Sheen cumplía treinta y seis años y lo celebró completamente borracho. Yo tengo casi veintinueve, no es mi cumpleaños, pero tal vez también tenga algo que celebrar. Y en ese mismo rodaje, que solo tenía que durar cinco meses y al final se prolongó hasta el infinito, Martin sufrió un ataque al corazón. De modo que abro la botella y me pego a ella intentando imitar lo más posible a Martin Sheen, ¡aunque sin alcohol! Engullo toda la Coca-Cola y me viene algo a la cabeza: Martin Sheen tiene varios hijos, algunos han usado su verdadero apellido, que es Estévez. Solo uno ha utilizado el artístico: Charlie Sheen. Ha tenido mucho éxito, pero es alcohólico.

Se ha metido en diversos líos, incluso lo echaron de una serie de televisión en la que ganaba dos millones de dólares por episodio, un récord para muchísimos actores estadounidenses. Un hilo sutil y maldito liga las vidas turbulentas de Martin y Charlie Sheen, hasta su parecido físico es increíble.

¿Será también así entre Massimo y yo? Tal vez no lo sepa nunca. Ese

pensamiento me desespera, y de verdad me gustaría tener una botella de ron y bebérmela agarrándola por el cuello, sin vaso, sin parar, de un golpe, hasta desmayarme.

Oigo que llaman a la puerta. Me tomo el último trago y tiro el botellín a la basura consiguiendo, al menos eso, hacer canasta.

—¿Quién es?

—Yo.

Reconozco esa voz, su seguridad. Sí, puede que me vaya bien hablar con alguien.

—Pasa.

Abre la puerta, entra y se acerca a la nevera, él también coge una Coca-Cola y, antes de volver a cerrarla, me mira, sonríe y hace una pregunta del todo retórica:

—¿Puedo?

—Capullo… —le contesto.

Entonces sonríe, la abre y se sienta en la gran butaca de piel al lado de la ventana.

—Bueno, eso de *capullo* me hace pensar que tampoco debe de ser tan grave, que no todo está perdido…

Miro a Giorgio, que se ríe convencido de que lo sabe todo. Es al menos quince años mayor que yo, pero todavía tiene tipo de muchacho, y el pelo largo; hace surf, kitesurf, ha ganado muchísimos campeonatos por el mundo y una vez lo vi pelear. En resumen, no me gustaría llegar a las manos con él. Su especialidad es el dinero. Sabe cómo rentabilizarlo, sabe cómo hacer que se lo presten y cómo devolverlo obteniendo beneficios. Si estoy en esta oficina, es gracias a él. En el fondo, la Coca-Cola, al igual que la nevera y todo lo demás, prácticamente me lo ha regalado él. Y lo más importante es que confío en él. No es que haya sustituido a Pollo, pero hace que me sienta menos mal cuando lo echo de menos.

—¿Y bien? Cuéntaselo a tu Giorgio…

—¿El qué?

—Ah, no lo sé. Si te encierras así en el despacho debe de haber ocurrido algo; si, además, cuando entro ya te has tomado una Coca-Cola, entonces es más grave de lo previsto. Te voy a hacer una pregunta: ¿te habría gustado tener una botella de ron, whisky o cualquier clase de alcohol en vez de la Coca-Cola?

—Sí…

—Pues eso: entonces la situación es mucho más grave de lo previsto.

Cruza las piernas y bebe un trago.

—Tengo un hijo.

Se atraganta al instante. Un poco de Coca-Cola acaba en el jersey, se lo seca enseguida con la manga y se levanta de la butaca de un salto gracias a sus fuertes piernas.

—¡Joder! ¡Es una gran noticia, hay que celebrarlo! ¡Me alegro por vosotros! Es maravilloso; ¿Gin te lo ha dicho hoy?

—Tengo un hijo de seis años.

—Ah.

No dice nada más y vuelve a sentarse en la butaca, dejándose caer. Abro los brazos.

—No te he dicho que Gin esté esperando un hijo. Te he dicho «tengo»…

—Sí, no había pillado ese detalle. Entonces las cosas son más complicadas. Y ¿de quién es? ¿La conozco?

—Babi.

—¿Babi? Pero ¿cómo puede ser? Me has hablado de ella, sí, pero no creía que la vieras. ¿Cómo ha ocurrido? ¿Cómo te has enterado?

—Me la he encontrado hoy en Villa Medici… Por casualidad…

Y en el mismo instante en que lo digo me parece increíblemente claro.

—Giuliana…

—¿Qué tiene que ver Giuliana?

Y mientras Giorgio intenta entender algo, la llamo por el interfono.

—¿Puedes reunirte aquí con nosotros? Gracias.

Al cabo de unos segundos llaman a la puerta.

—Adelante.

Va vestida de manera sobria y parece tranquila. Lleva una carpeta en la mano.

—Le he traído esto para firmar, son los registros de los otros dos formatos que ha escrito Antonello siguiendo sus indicaciones.

—Sí, gracias, déjalos ahí encima. —Le señalo la mesita roja—. Cierra la puerta. Gracias.

Ella se dispone a salir.

—No, no, quédate aquí, ¿acaso tienes prisa por marcharte?

Veo que se pone colorada. También Giorgio se da cuenta y cambia de expresión, como diciendo: «Joder, no sé para qué, pero sea lo que sea tienes

razón».

—Siéntate, siéntate, por favor…

Giuliana toma asiento en la silla del centro de la habitación, frente a mi mesa. Entonces empiezo a caminar dándole la espalda.

—No me has preguntado si me ha gustado la exposición de Balthus…

—Es verdad. Pero lo he visto entrar corriendo y cerrar la puerta, he pensado que no quería que lo molestaran.

—Tienes razón, pero ahora estás aquí, puedes preguntármelo.

Me vuelvo y me la quedo mirando, ella me mira a mí y luego a Giorgio, buscando su ayuda; no encuentra ningún asidero, de modo que respira hondo y empieza a hablar:

—¿Ha ido a la exposición? ¿Le ha gustado?

Miro sus manos. Las tiene apoyadas sobre las piernas, es correcta, educada. Posee unos rasgos elegantes, pero si alguien se fijara mejor en su cuello, vería unas palpitaciones aceleradas. Sonrío.

—Me ha gustado mucho, aunque no sé cuánto ha podido costar la entrada…

Me mira, enarca una ceja, sonríe y sacude la cabeza sorprendida.

—Ah, nada. Era una entrada gratuita… Era una invitación.

De repente me vuelvo, duro, frío.

—Lo sé. Me refería a cuánto le costó a esa mujer hacer que tú me invitaras.

—De verdad que…

Le hago un gesto para que no diga más, cierro los ojos y luego vuelvo a abrirlos. La miro. Me quedo callado. Quizá está empezando a entender en qué me convierto cuando pierdo el control. Pero sigo hablándole en un tono sosegado, vocalizando claramente las palabras.

—Tienes una única oportunidad. Y te lo repetiré solo una vez más: ¿cuánto dinero te dio?

Entonces Giuliana suelta una extraña risotada, casi un bufido.

Y en un instante me precipito delante de su silla y grito a voz en cuello:

—Giuliana, ¡no me jodas! Es importante.

Giorgio da un respingo en la butaca. Ella empalidece, traga saliva, se da cuenta de que la situación es seria, muy grave. Luego la voz de Giorgio llega por su espalda, calmada pero firme:

—Quizá será mejor para ti que hables.

Cala en la habitación un silencio profundo, nadie respira. Giuliana empieza a jugar con el índice izquierdo, lo desuella nerviosa, lo rasca, lo lastima, intenta

por todos los medios despegar alguna piel de alrededor de la uña y, sin levantar la cabeza, confiesa:

—Me dio quinientos euros.

Miro a Giorgio, sonrío y abro los brazos. Voy a sentarme en el sillón, pongo las manos sobre la mesa.

—Quinientos euros. ¿Cuánto gana en nuestra empresa?

Giorgio suspira.

—¡Mil quinientos, netos!

—Quinientos euros son los treinta denarios de hoy… —comento sarcástico.

Giuliana levanta el rostro, su mirada implora mi perdón.

—Cuéntame qué pasó.

Entonces respira profundamente y empieza a hablar.

CATORCE

—La veía todos los días en el bar donde me gusta desayunar. Siempre llegaba antes que yo. Se sentaba en un rincón, leía el periódico, *La Repubblica*, creo, pero era como si tuviera la cabeza en otra parte. Una mañana estaba en la barra pidiendo el cruasán de cereales y miel de siempre, y ya no quedaban. Entonces ella se me acercó y me ofreció el suyo. Yo no quería, pero ella insistió muy amablemente; al final nos lo partimos y acabamos desayunando juntas. Nos conocimos así. Y desde ese día empezamos a hablar y, por decirlo de alguna manera, nos hicimos amigas.

Giorgio escucha con atención y me hace un gesto con las manos como diciendo: «Estás en un buen lío, amigo mío, esa mujer lo tenía todo planificado». Y yo no puedo más que darle la razón.

—Ah, y ¿qué le confiaste a esa nueva amiga?

Giuliana se queda callada. Yo la apremio:

—¿Qué te dijo de mí? Y, sobre todo, ¿qué le contaste tú? —Giuliana levanta la cabeza de golpe y la sacude como diciendo: «Yo no he dicho nada», pero no la creo—. No pierdas el hilo, continúa.

Giuliana se está dando cuenta de que se ha metido en algo que la supera, puede que esté pensando: «Habría sido mejor cambiar el cruasán de cereales por una berlina de crema». Y prosigue:

—Me preguntó cosas banales, como dónde trabajaba, de qué me ocupaba, y cuando le conté cuáles eran mis tareas y la empresa para la que trabajaba, me hizo muchos cumplidos. Pero no me preguntó nada más… —«¿Qué más podría haberte preguntado?», me digo yo, aunque no la interrumpo—. En otra ocasión, en cambio, me habló de lo que hacía ella, es ilustradora para niños; me dijo que había llegado a serlo un poco por casualidad, que después del instituto se

matriculó en Economía y Comercio, pero no le gustaba. Luego me enseñó su *book*, estudió en el IED, y me pareció realmente buena, tiene un buen trazo. De manera muy encantadora también añadió: «A lo mejor les gustaría en tu empresa, podría crear un logo más artístico», y entonces me preguntó cómo se llamaba mi jefe. Yo se lo dije, su nombre no es ningún secreto. Ella se quedó sorprendida: «No, no me lo puedo creer, si es un querido amigo mío». Y entonces le dije: «Mejor, así no me necesitas para que vea tus trabajos…».

Miro a Giorgio, ambos estamos desconcertados.

—Pero ella se puso un poco triste, yo me di cuenta, y le pregunté si algo no iba bien. Entonces me confesó que habían tenido problemas en el pasado y que, por desgracia, no por culpa suya, no habían acabado manteniendo una buena relación.

Estoy más confuso que antes. Por suerte, Giorgio sale en mi ayuda.

—Así pues, no lo he entendido; ¿entonces ella te ofreció quinientos euros para encontrarse con Stefano por casualidad? Acláranoslo un poco; por lo que cuentas, hay demasiadas cosas que no encajan.

—En realidad, ese día no ocurrió nada más. Después no volví a verla. Me supo mal, pero luego apareció de nuevo, hará un mes o quizá menos. Ya había cogido los cruasanes de cereales diciendo que así no se acabarían y, mientras me sentaba a la mesa, hizo una señal al camarero para que me trajera un capuchino con leche fría desnatada. Ya conocía todos mis gustos.

Se echa a reír y yo miro a Giorgio, que evita mi mirada, pero simplemente le dice:

—Continúa. ¿Y luego?

—Ese día, en efecto, sí ocurrió algo. Siempre con su encantadora manera de ser, me dijo: «Debes saber la verdad, solo así podrás decidir si me ayudas o no…». —Y se queda callada, como si quisiera crear un poco de suspense de forma intencionada—. Me sentía un poco incómoda, de modo que me fui al baño. Al volver vi una carpeta sobre la mesa. Pensaba que eran más dibujos suyos, pero me equivocaba…

Esta vez, Giuliana ha conseguido crear de verdad cierta tensión; quizá ha visto demasiados capítulos de «El secreto de Puente Viejo». Por suerte no hay pausa publicitaria, y sigue con su relato.

—Me dijo: «Ábrela», de modo que vi que se trataba de una página de un viejo periódico, *Il Messaggero*.

Giorgio enarca una ceja en señal de confusión; yo, en cambio, lo entiendo

enseguida.

—Había una foto de los dos, iban en una moto, escapando de la policía, al menos eso era lo que ponía al pie. Yo no entendía nada, y eso mismo le dije: «Pero, esta historia, ¿qué significa?».

Y Giuliana se queda muda, como si estuviera reviviendo esa escena, solo que Giorgio y yo estamos presentes y, de maneras distintas, ambos devorados por la curiosidad. Entonces, al unísono, sin ponernos de acuerdo, decimos:

—¿Y luego…?

—No me dio explicaciones, solo me dijo: «Perdí la oportunidad de ser feliz».

QUINCE

Los griegos decían que el destino es la irrupción de lo inesperado, una variable momentánea que, sin embargo, tiene la fuerza de un huracán. Me siento como si me hubieran derribado. En un día me está sucediendo lo que no me ha ocurrido en seis años. Por eso, los griegos acudían a los oráculos, para preguntar cómo transformar la fuerza del destino. Por suerte, tengo a Giorgio, que asume el control de la situación a pesar de no ser precisamente el oráculo de Delfos.

—Ahora déjanos solos, por favor.

Entonces Giuliana se levanta y, en silencio, se dirige a la puerta. A continuación, antes de salir, se vuelve un instante y me mira.

—No sé, de algún modo esa frase me impresionó. Pensé que para usted también podría haber sido así. Sí, en cierta medida lo hice por su felicidad. —Esboza una leve sonrisa, como alguien que sabe que ha metido la pata. Seguidamente sale cerrando la puerta a su espalda.

Giorgio se levanta, va a la nevera y la abre. Mira el interior.

—Bueno, en vista de lo que pasa en esta oficina, yo cambiaría el tipo de bebidas. Desde ahora no pongas más Coca-Cola y té verde, sino cerveza, vodka, ron…, o sea, yo pasaría al alcohol fuerte. Por lo que parece, tendremos que hacer frente a nuevas situaciones, ¿no es así? Creo entender que estamos ante un caso de «búsqueda de la felicidad».

—Joder, no me hagas reír y dame otra Coca-Cola…

—Y ¿quién quiere hacerte reír? —me dice mirando la botella con poco convencimiento.

—¿Qué? Aunque solo sea eso, de aquí puede salir un buen argumento para una serie…

—Ah, eso sin duda. En efecto, hacemos programas de entretenimiento,

concursos y juegos. Podría ser buena idea empezar con las series.

—Y este es el comienzo de un excelente primer capítulo. Pero la cuestión es: ¿qué ocurre a continuación?

De modo que estoy obligado a mirar la situación a través de un prisma.

—Bueno, acabé yendo a la exposición de Balthus porque ella quería encontrarse conmigo. Este es el primer dato cierto. El segundo es que Babi no tiene ninguna intención de trabajar con nosotros.

—¿Estás seguro?

—Babi no haría nunca una cosa así. —Y, mientras pronuncio esas palabras, me doy cuenta de que ya no puedo estar seguro de nada.

¿Quién es Babi en realidad? ¿Qué ha ocurrido en todo este tiempo? ¿Cuánto puede haber cambiado? Me quedo mirando la Coca-Cola. Es verdad, necesitamos licores, ayudarían en situaciones como esta.

—Digamos que Babi no está buscando una entrevista de trabajo. Estaba allí para que viera a mi hijo. —Y, cuando pronuncio esa última palabra, tengo una sensación nueva, se me encoge el estómago y a la vez el corazón. Pierdo lucidez, siento que estoy a punto de sufrir un ataque de pánico, pero consigo recuperar la calma y respirar hondo.

De alguna manera, Giorgio se ha dado cuenta de algo y me deja en paz, me da tregua, no sigue atosigándome con sus preguntas.

—¿Quieres que te deje un rato solo?

—No, no te preocupes.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—Sí, aunque te aseguro que no sé muy bien qué decir.

Y de golpe me viene a la cabeza la camiseta que me regaló Babi, idéntica a la que llevaba mi hijo.

—Se llama Massimo, tiene cinco años y es mi viva imagen —digo—. Aunque él es guapísimo.

Giorgio se echa a reír.

—¿Qué otra cosa vas a decir? ¡Es tu hijo!

—Sí, pero me pregunto por qué ha esperado tanto. Por qué ha querido que lo supiera precisamente ahora.

—Porque antes habrías armado un follón, porque tal vez habrías querido una vida distinta para ella.

—Sí.

Me quedo como aturdido. Una vida distinta con ella. Llevaba en su interior

un hijo mío y estaba a punto de casarse. Fue injusto. Ella actuó por su cuenta, sin pensar en mí, y, sin embargo, yo era parte de esa vida, de lo que se estaba creando, de lo que entonces ya estaba hecho. Me correspondía poder opinar al respecto. Y de repente me acuerdo de la última noche con Babi y de ella diciéndome: «Continúa, no te preocupes». Y, después, sus palabras en el coche, cuando traté de entender por qué había querido que me vaciara dentro de ella. Me tranquilizó: «No te preocupes, tomo la píldora». Y yo no pensé más en ello. Lo olvidé todo con sus últimas palabras: «Voy a casarme dentro de unos meses».

Se me heló hasta el alma. Era como si todo se hubiera apagado, la película rota como sucedía a veces en casa, cuando papá ponía el proyector de Super 8 en el salón y de repente se oía aquel ruido sordo, la película se rasgaba, la pantalla se quedaba completamente blanca, invadida por la luz de nuevo libre. Pero estaba seguro de que mi padre encolaría la cinta y podría seguir viendo la película, entender algo más, saber cómo terminaba. Con Babi, en cambio, después de aquella noche, la película se había rasgado para siempre.

—¿Qué has decidido? ¿Qué quieres hacer?

Miro sorprendido a Giorgio, todavía embobado.

—¿Piensas decirlo en casa?

—No sé. Es todo tan extraño… Tengo que pensarlo.

—¿Babi quiere que reconozcas a tu hijo?

—No lo creo, aunque no hemos hablado de ello.

—Quiere dinero para la manutención, el colegio…

—Mira, puede que no lo hayas entendido, no tengo ni idea de lo que estás diciendo. Sucedió todo muy deprisa. Me vi arrastrado, catapultado al pasado sin quererlo, y descubro no solo que ese pasado es presente, sino incluso futuro… Creía que había olvidado a Babi y, sin embargo, hay algo que me ata a ella, y para siempre: tengo un hijo.

—Claro. De todos modos, algo sí tengo claro…

Se levanta y se dirige decidido a la puerta, y yo, con su determinación, veo por fin un poco de luz, porque cuando estás tan confuso necesitas que alguien tenga las ideas claras también por ti. De modo que lo miro con gran curiosidad.

—¿Qué?

—Que voy a despedir enseguida a Giuliana.

DIECISÉIS

Me siento a la mesa y me pongo a trabajar, reviso unos papeles, leo la escaleta del nuevo programa de tarde. Mi mente se distrae, sigo divertido los pasajes. No está mal. Es un juego sobre la escuela, con materias y preguntas de cultura general, aparecen la directora, los profesores y, naturalmente, los alumnos, que además son los concursantes. Cuando fallan tres veces la respuesta, se ponen detrás de la pizarra y se encuentran con la directora para la pregunta final. Son seis participantes, luego pasan a cuatro y, al final, a dos. Me parece perfecto para la programación anterior al *prime time* de Rete 2, la que va entre la finalización del telediario y la franja de máxima audiencia de la noche. Chiara Falagni, la ayudante del director, ha informado a Giorgio de lo que han descartado y lo que están buscando, y parece que lo que necesitan es justo este tipo de programas. Mañana tenemos la reunión.

Esta es la virtud de Giorgio: usa el dinero de manera inteligente. Él quiere invertir el cuarenta por ciento de los beneficios obtenidos en informes, relaciones, compras, participaciones en empresas, colaboraciones en nuevos proyectos, posibles aplicaciones, cadenas emergentes, pequeñas producciones.

«No podemos quedarnos quietos. Ir hacia delante es el futuro de Futura». Ese es el nombre que le pusimos a la empresa. Giorgio lo estudió, calculó los riesgos y las inversiones, abrió una sociedad en Miami, una en Marbella, otra en Berlín. Pequeñas oficinas que hacen que el producto se mueva, en seis años de trabajo calvinista ahora emitimos veintitrés programas entre Italia y Europa. No me puedo quejar. Giorgio Renzi es la mejor adquisición que podría haber hecho. Me lo sugirió Marcantonio Mazzocca, el diseñador gráfico con el que empecé los primeros trabajos en la Rete.

Nos vemos de vez en cuando y mantenemos una buena relación. No quiso

entrar en Futura cuando se lo propuse. Qué raro, puede que no se fiara. Había que poner una cantidad inicial de capital, si hubiera tenido valor y ganas, que luego habría recuperado en poquísimo tiempo en vista de cómo han ido las cosas. Pero prefirió seguir siendo libre y, sobre todo, no estaba dispuesto a arriesgarse.

Alguien como Giorgio, en cambio, podría haber abierto perfectamente Futura por su cuenta, no me necesitaba para nada, y, sin embargo, cuando lo conocí gracias a Mazzocca, me sorprendió su determinación: «Conozco tu historia, quiero trabajar contigo», me dijo. Y cuando le pregunté por qué, tan solo me contestó: «Es como cuando haces kite o windsurf. Lo único que esperas es tener viento…».

Asentí simulando entenderlo, pero en realidad no me quedó nada claro el porqué de aquella respuesta. Tengo que decir que ese día estaba perplejo, y pensé: «¿Hago bien uniéndome a este tío?

Me parece uno de esos que corrían por el gimnasio con los músculos hechos de anabolizantes». Y, sin embargo, hay veces en que tienes que confiar en quienes confían en ti. Dejar a un lado miedos y prejuicios. Las mejores cosas siempre se hacen entre dos. Dos es un número positivo, como las dos manos que atan los zapatos o que tiran de las de otra persona para salvarla; ¡intenta hacerlo con una sola mano! Y luego pienso en lo que ha sido mi vida, en mi grupo. Éramos muchos, pero en ocasiones, allí en medio me sentía solo. Y entonces me vuelven a la memoria un poco todos: el Siciliano, Hook, Schello, Bunny, Lucone y, por supuesto, Pollo. Nombres improbables para tipos difíciles, con motos potentes, broma fácil, manos rudas y rechonchas, excelentes para dar puñetazos.

Cómo me reía con esa tropa. El tiempo no conocía la medida de las horas. Mañana, noche, día, siempre estábamos juntos, en una absurda continuidad sin solución. ¡Si me vieran ahora, lo que llegarían a decirme! Yo solo sé que hace seis años como mucho me habría visto como un picapleitos, uno de esos abogados que, para ganarse la vida, se ocupan de los pequeños pleitos por accidentes de tráfico de algún pariente o amigo.

Me pregunto qué hará cada uno de ellos, si habrán abierto algún pequeño bar en alguna de las muchas playas desconocidas, en Italia o en el extranjero, o un *bed and breakfast*, o si trabajarán en algún taller. Hace tiempo pasé por delante del Piper y vi a Hook en la puerta, con aquel parche en el ojo que le regaló su apodo; sonreía a unos niñatos que entraban en la discoteca por la tarde. No podía creer lo que veían mis ojos: todavía llevaba la cazadora de piel, tan paleto como

siempre, si no más, porque encima ahora tiene un poco de barriga y algún cabello menos. Y tal vez alguno de ellos habrá formado una familia. Y entonces, de repente, cruza un rayo que parte el cielo despejado, inesperado, sorprendente. Yo tengo un hijo. Ni siquiera sé cuándo nació, si ha sido bautizado, dónde vive, quién es su padre. ¿Su padre? Su padre soy yo, el otro es solo el padrastro, el marido de Babi.

Y Massimo, ¿sabe todo esto? ¿Y Babi? ¿Qué quiere hacer Babi? ¿Se lo dirá algún día? Ha vivido seis años sin mí, cuántas cosas han pasado… Entonces cojo su tarjeta del bolsillo. La miro, es elegante, tiene una letra definida, Babi Gervasi. Aparecen los números de teléfono, el particular y el de la oficina. Debería escribirle. Debería pedirle que me contara más cosas. Pero ¿quiero saber más? Y, mientras cojo el teléfono y me quedo mirándolo indeciso sobre qué hacer, recibo un mensaje.

Es ella.

DIECISIETE

> En esa página de periódico amarillenta he vuelto a ver toda nuestra historia. ¿Te acuerdas de lo fuerte que me agarraba a ti? Lo sabes muy bien, porque siempre te quejabas.

Me quedo como aturdido por esas palabras. Me veo de nuevo corriendo con la moto, la policía municipal a nuestra espalda, en una persecución en la que Babi acabó en sujetador y bragas, solo con mi cazadora puesta. Terminó en un lodazal, pero que no era de barro, sino de estiércol. Me lo pasé bien tomándole el pelo aquella noche, le dije que con esas pintas y lo que apestaba no subiría nunca en mi moto. Y ella, hastiada, se desnudó. No pude evitar advertir lo hermosa que era, enfadada aún lo era más, y al llegar a su casa no quería que se fuera. Su largo pelo, despeinado, su piel blanca y aterida. El azul de sus ojos, en el que me gustaba perderme, como cuando la vi bailando en Vetrine y, con nuestro flamante amor, huimos en la noche sobre mi Honda azul oscuro. Siento la emoción de cada uno de esos instantes, regresan como un tsunami de sentimientos, y me pregunto por qué Babi ha negado todo eso, por qué ha querido congelarlo, dejarlo a un lado, renegar de todo hasta hacer que se esfume. Siento incluso rabia, desaparecer durante seis largos años y luego aparecer así, como si nada, y con un hijo como sorpresa. Siempre ha hecho las cosas a su manera, como ha querido, y continúa haciéndolo. Entonces miro otra vez el móvil y leo:

> Aunque no te lo creas, he sufrido muchísimo intentando alejarme de ti. Y digo *intentando* porque, si las cosas han ido así y al final estoy ahora contigo, quizá deba admitir que nunca lo he

conseguido.

Claro… Pero te casaste, trajiste al mundo a mi hijo, y no sé ni en qué clínica, con otro hombre haciéndole de padre y con tu madre, esa mujer que siempre me odió, que lo habrá cogido en brazos, incluso antes que tú, con lo egoísta que es. En ese momento me habría gustado que Massimo se le hubiera hecho pipí encima, mojándole la blusa de seda o cualquier otra cosa demasiado elegante que hubiera llevado puesta ese día. Y, pensando en mi hijo, el vengador, me dan ganas de reír.

Ahora estoy aquí de nuevo. Te he visto y te he encontrado bien, muy bien, y me alegro de que hayas conocido a Massimo. No sé nada de tu vida y me gustaría mucho que nos viéramos otra vez. Quizá como dos amigos, a pesar de que tú no crees en la amistad entre un hombre y una mujer. Siempre me lo decías: «Es una gilipollez… Tal vez sea posible en un solo caso, si las dos personas se han saciado bien y ha pasado mucho tiempo».

Es cierto. Todavía me acuerdo, estábamos cenando con Pollo y Pallina. Él había soltado una de sus gracias irreverentes. «¡Antes me hago gay y salgo contigo!», dijo señalándome. Nos reímos y seguimos bebiendo cerveza aquella noche divertida y tranquila, donde todo era posible, era infinito, y nuestras carcajadas, nuestra felicidad, no tenían límite. Y veo a Pollo levantar su Heineken y entrechocarla con la mía y luego disolverse en el viento, del mismo modo que mi recuerdo, como la vida que se me lo llevó. Y tú, en cambio, estás aquí. Babi, tú, que no te lo mereces, que no cumpliste nuestro pacto y me hiciste sufrir infinitamente. Y me dan ganas de invocar al Señor: «Dios, ¿qué mal te he hecho? ¿Por qué vuelves a enviármela?».

Pero no se me ocurre ninguna razón, y miro mi teléfono en busca de alguna explicación.

En cualquier caso, una cosa sí puedo decirte: me alegro mucho de haberte visto de nuevo, no sabes cuánto. Quedemos, si te apetece. Te escribiré a menos que me digas que no quieres saber

más de mí. Adiós, Babi.

¿Por qué? ¿Por qué el destino siempre te pone a prueba? ¿Para ver si la decisión que has tomado es la adecuada? ¿Hacía falta? Entonces me quedo mirando mi móvil. Sería tan fácil: «No me llames más. Desaparece para siempre de mi vida». Hacer como ella hizo conmigo. Y, sin embargo, no, no puedo. Me quedo así, como en suspenso, sin tomar ninguna decisión, que sea la vida la que decida por mí. Pero de una cosa estoy seguro, y entonces lo llamo al móvil.

—¿Giorgio?

—¿Sí?

—¿Has echado a Giuliana?

—Sí, ¿por qué?, ¿has cambiado de idea?

—No. También le dio mi número de teléfono.

DIECIOCHO

Cuando salgo ya está anocheciendo. He cogido la bolsa y le he mandado un mensaje a Gin, avisándola de que llegaré tarde. No he añadido nada más. No sé qué decir. Me llega su puntual respuesta:

> Ya he vuelto. No te preocupes, amor. Cenaremos cuando acabes.

Y, por primera vez, esa palabra, *amor*, me parece que desentona un poco. Como si de repente algo se hubiera roto. Como si le hubiera faltado al respeto por haber callado un secreto del que ni siquiera yo tenía conocimiento. Pero lo que más me sorprende es otra cosa: no estoy solo, hay un pedazo de mí, un pedazo que permanecerá en el mundo incluso después de mí. Y eso me reconforta de manera inexplicable. Mi hijo. Massimo. Tanto si lo quiero como si no, existe, y de manera del todo inexplicable, sonrío, me siento ligado a ese desconocido. Recuerdo sus primeras palabras, su pelo oscuro, sus ojos, su sonrisa: «¿Yo también puedo llamarte Step?».

Lamento no haber sido capaz de decirle algo más, de charlar un poco con él, de tener listas todas esas preguntas que ahora están en mi cabeza. Saludo a la chica de recepción y entro en el vestuario.

Algún día quizá mi hijo también vaya al gimnasio y yo no lo sabré. En la sala grande la música está alta; a pesar de los cristales gruesos, puedo oírla de todos modos. Dentro hay solo chicas, ágiles, sueltas, musculosas; en una barra dibujan figuras acrobáticas, incluso muy difíciles, se cogen, se dan la vuelta, intentan ponerse en vertical o en horizontal. Una chica de piel oscura y el pelo rubio claro hace la bandera dejando a la vista la tripa, en la que resaltan unos abdominales perfectamente esculpidos. Parece a sus anchas en esa posición. No

puedo imaginármela en las otras… Estoy hablando del baile en barra americana, por supuesto. Y, como si me hubiera oído, la chica hace otro movimiento y se queda agarrada a media altura, sostenida solo por la fuerza de sus piernas. Luego llega al suelo y abre los brazos, en un gesto para subrayar que su actuación ha finalizado. Las demás aplauden, y ella, divertida, se inclina. Debe de ser la profesora de esta nueva disciplina. Una joven con unas mallas elásticas azul oscuro y una camiseta larga se prepara para ocupar su lugar. Pero en el intento desesperado de conseguir hacer algo que por lo menos se le parezca un poco, recuerda más a uno de esos extraños salchichones que se ven colgados en los árboles de imitación de las ferias de pueblo y que algún cachondo con los ojos vendados tiene que lograr bajar. Pues bien, la chica se queda un momento en vertical, mientras la profesora le grita unas indicaciones, luego se acerca y sigue gritando con las manos juntas delante de la boca. Aquí pueden pasar dos cosas: o está sorda o realmente es un salchichón.

Dejo mi toalla en el borde de un banco y me tumbo justo a tiempo de ver bajar a la chica sacudiendo la cabeza insatisfecha. Decido no seguir ocupándome de ellas y empiezo a cargar las pesas, quiero hacer un poco de pectorales. Me tiendo sobre el banco y comienzo despacio; levanto veinte kilos para ir calentando un poco. Sí, me parece haber vuelto a los buenos tiempos, cuando iba al Budokan, el gimnasio donde empecé a entrenarme después de que Poppy me pegara, un tipo gordo que me zurró cerca del café Fleming. Poppy me dejó bastante mal y pensé en tomarme una buena revancha. Aunque sin músculos no iba a ir a ninguna parte. Lucone, Pollo, Hook, Bunny, el Siciliano, los conocí a todos en el Budokan. Donde me empecé a «hinchar», donde se desayunaba a base de huevos y anabolizantes, desde los Deca-Durabolin hasta los increíbles asteroides utilizados con las vacas y los caballos de carreras. Pero tal vez fueran solo leyendas. Y, sin embargo, alguno cambiaba la voz, se le volvía más profunda, casi cavernosa, y la barba aparecía donde poco antes no había ni un mínimo rastro de pelo. Y se rumoreaba que los anabolizantes, si se abusaba de ellos, quitaban el apetito sexual. Recuerdo que el Siciliano tomaba bastantes, y decía: «Mejor… ¡Así me calmo un poco, que cuando son muchas, se quejan!», y se reía con su carcajada hecha de cigarrillos y cerveza y lo daba todo, cargaba las pesas más que ninguno: 140, 160, 180, 200… Levantaba hasta 240 gritando tanto que las chicas que estaban haciendo gimnasia en el piso de arriba se asustaban. Y el Siciliano seguía atiborrándose de nandrolona, a pesar de los peligros y los efectos indeseados, como el hecho que decían de que lo agrandaba

todo, menos eso, es más, que incluso lo volvía más pequeño. A menudo había visto alguna viñeta que enfatizaba el tamaño enorme de los músculos y el reducido del resto, y también en el Budokan, debajo de la ducha, en aquella época advertí esa extraña contradicción, pero lo atribuía a una casualidad de la naturaleza. Yo nunca he tomado nada. Aunque he comido mucho, he ingerido muchos huevos por la mañana, hígado, levadura de cerveza que masticaba con gusto, y Pollo me miraba desconcertado porque a él le daba asco. Iba cada día al gimnasio, con disciplina, con voluntad, con rabia. Cada entreno significaba llegar más lejos, mantener el peso, controlarlo, aumentar y seguir adelante solo con la fuerza de la mente, de la voluntad, hasta sentir los músculos gritando de dolor, la carne casi pidiendo piedad bajo el esfuerzo de las pesas.

Me levanto del banco y cargo cincuenta en un lado y cincuenta en el otro. A continuación, vuelvo a ponerme debajo y hago cinco, seis, deprisa, ahora noto el peso y las últimas me cuestan un poco, pero las termino. Descanso. Recobro el aliento. Cierro los ojos, separo de nuevo la barra, hago diez más. Esta vez ya cuesta desde el principio. Pero no porque pesen. Empieza a crecerme de nuevo la rabia. La carcajada de Babi y ese paquete, un bonito y cruel regalo, que primero me pone delante, luego me quita de la vista y al final me deja abrir. Y veo la camiseta de rayas azul marino y celeste oscuro, idéntica a la del niño, de mi hijo. Y la rabia aumenta: había hablado con Giuliana, lo habían decidido todo a mis espaldas. No, ella lo había decidido, siempre ella, Babi, entrando y saliendo de mi vida; y casi lanzo la barra, me parece ligera, sin peso, de tanta rabia que siento. Y sube, sube más, más arriba que los apoyos, y luego cae sobre los soportes y rebota y se tambalea a derecha e izquierda, a punto de caer al suelo, pero, con las manos, la detengo.

—¡Eh, pero si eres Step!

Me levanto e intento ver quién me habla. Hay un chico ante mí.

—Stefano Mancini, ¿no eres tú? Eras un mito para nosotros. Mi novia recortó la foto de la moto con esa tía que se agarraba a ti y siempre me decía: «Tienes que ser rebelde como él, no tan flojo». Joder, arruinaste mi adolescencia. ¡De hecho, rompimos y no me la llegué a tirar! —Y se ríe con un amigo suyo que está a su lado. Es delgado, enjuto pero bien proporcionado, tiene el pelo rizado, abundante, largo, y los ojos oscuros. Se parecería a Renga, el cantante, si no fuera por sus dientes un poco estropeados.

El amigo le choca los cinco como si hubiera dicho algo increíblemente gracioso.

—Me llamo Diego; vengo al gimnasio de vez en cuando, pero nunca te había visto.

—Estoy en el Circolo, pero no suelo venir aquí a entrenarme, más que nada juego al pádel.

—¡Ah, el juego de los maricas!

Y su amigo empieza a reírse como un loco.

—¡No, qué pasada, eres una pasada, una verdadera pasada…! ¡Me meo de risa contigo!

Y entonces le da una palmada en la espalda.

—¡Ay, joder! ¡Me haces daño! ¡Pues tú eres un pesado, un verdadero pesado!

En efecto, su amigo es gordo, redundante, está como un tonel, y la chicha le rebosa.

—A él le iría bien jugar al pádel. A pesar de lo que puedas pensar, va bien, ¿sabes? Te pone en forma y te adelgaza.

Entonces cojo la toalla del banco, me levanto, me la pongo sobre los hombros y me alejo.

—Eh, Step, ¿por qué no damos un par de golpes?

Me vuelvo y veo que Diego tiene los puños cerrados delante de la cara y da saltitos, me guiña el ojo y quiere resultar simpático, pero no lo consigue.

—Vamos, allí hay un ring… —Me lo señala con la barbilla, ladea la cabeza hacia el hombro como diciendo: «Venga, no te hagas de rogar», y vuelve a guiñar el ojo. Es demasiado. A lo mejor tiene un tic.

—No, gracias.

—Venga, quiero saber si mi novia tenía razón. Si soy flojo. —Y el tipo a su lado empieza a reírse, casi se desternilla—. ¿O tienes miedo?

Y yo pienso que esa época ya ha pasado, que ya no me interesa batirme, probar que soy el más fuerte, y luego pienso que me he convertido en padre, sí, tengo un hijo, y debo ser responsable. Y debería tener en cuenta todas esas cosas pero, en cambio, de repente me da por sonreír y simplemente digo:

—No, no tengo miedo.

DIECINUEVE

Nos preparamos sin decirnos ni una palabra, nos ponemos unos guantes que encontramos en una caja allí al lado. También hay cascos, pero él no se lo pone, de modo que yo también lo descarto. Se quita la sudadera, luego la camiseta. Es grande, bien definido, tiene los brazos largos y las piernas muy achaparradas. Empieza a dar saltitos a derecha e izquierda, es ligero sobre esas piernas fuertes, no tiene mucho peso en la parte superior, por eso se mueve con tanta agilidad. Su amigo arrastra una silla al borde del ring, saca un chicle y le quita el papel. Es el chicle del puente, un Brooklyn. Lo dobla y se lo mete en la boca mientras deja caer el papel al suelo. Es de regaliz, el único sabor que no me gusta.

—¿Nos tomas el tiempo? —le dice Diego—. ¿Tres minutos te va bien? —me pregunta luego a mí.

—Sí.

—¿Hacemos *contact* o *kick boxing*?

—Como quieras.

Entonces Diego sonríe.

—*Kick boxing* —dice, y acto seguido le grita a su amigo—: ¡Tres minutos desde ahora!

E, imaginando un hipotético gong, choca un guante contra el otro y viene hacia mí. Sus golpes son precisos, todos directos a la cara y al pecho, pero consigo pararlos. Es rápido, se mueve bien, sabe respirar y, cuando se aparta, incluso puede hablar.

—Joder, se llamaba Eliana, y estaba muy buena, en serio, pero buena de verdad; se sabía algunos jueguecitos, pero ella quería una historia de amor seria. «¡Como la de Step!». ¿Entiendes? Joder, estaba enamorada de ti, ¡y ni te conocía! Tú sí que podrías habértela tirado… —dice, y puede que chasquee los

dedos dentro de los guantes—. ¡Yo, en cambio, no conseguí una mierda!

Su amigo se echa a reír, él también, y mientras yo me distraigo Diego hace un salto circular y me golpea de lleno en el hombro. Me desestabiliza de mala manera y voy a parar contra las cuerdas y, cuando reboto y vuelvo a entrar, me golpea con una patada frontal, directa, llevando la pierna al pecho y luego rápidamente hacia mí como si quisiera sacarme volando del ring. Pero soy veloz: bajo el brazo derecho y me aparto con todo el cuerpo evitando así el contacto de su pierna, frustrándolo, pero él lo aprovecha y me suelta dos ganchos, uno derecho y uno izquierdo, alcanzándome en pleno rostro. Noto el golpe, me ofusca la vista; de hecho, veo a Diego doble y desternillándose de risa.

—Si te viera Eliana ahora… ¡A lo mejor deberías ponerte el casco! —dice, y está a punto de volver a la carga con una serie de puñetazos.

Sin embargo, en cuanto se mueve, yo aprovecho, giro sobre mí mismo, abro el brazo y lo golpeo en plena cara como si llevara un bate de béisbol. Diego ya no ve nada, hace una respiración seca y cae al suelo. Su amigo dice «Joder» y se queda con la boca abierta. Me desato los guantes.

—Bueno, si Eliana estuviera ahora, habría dicho: «¿Lo ves?, tenía razón, eres flojo». Salúdala de mi parte —digo, y salgo del ring recogiendo mi toalla.

El amigo de Diego intenta reanimarlo, lo abofetea, lo llama y, después de martirizarlo, veo por el espejo que Diego lo aparta con las manos, pero se queda con la cabeza inclinada, intentando recobrar las fuerzas.

Paso por delante de las chicas. La de antes está de nuevo en la barra, esta vez parece haber puesto bien las manos, ya no tiene pinta de salchichón; ha conseguido su pequeña gesta y la profesora asiente con aprobación. Con una ágil cabriola, vuelve a bajar satisfecha. Me gusta disfrutar de los éxitos de los demás, y con ese pensamiento me meto en el vestuario. Tengo que hacer más pulmones.

Tengo que empezar a correr otra vez. Tengo que venir al gimnasio más a menudo. No estoy en forma.

Step no está en forma. Quién sabe cómo acabaría ahora la competición de flexiones entre los Budokani. Me echo a reír yo solo. Parezco un aburrido nostálgico de los viejos tiempos. Bueno, al Siciliano quizá todavía lo ganaría; es con uno de estos chavales con el que me vería en apuros. Llega un momento en que el cuerpo te abandona, demasiadas reuniones, demasiadas charlas sentados en la oficina, la indolencia se transforma en pereza. Abro la taquilla donde he dejado mi ropa y veo que el móvil se ilumina.

Contesto.

—Amor, pero ¿dónde estás?

—En el gimnasio.

—¡Pero bueno! Yo pensaba que tenías alguna reunión.

—No, necesitaba desahogarme.

—¿Por qué? ¿Ha ido mal algo del trabajo?

No debería habérselo dicho.

—Eh, ¿estás ahí?

—No, no, va todo bien.

—Sí, sí, con esa voz… Cuando vuelvas a casa me lo cuentas. —Y se echa a reír—. Si quieres voy al gimnasio y nos damos unos puñetazos como cuando nos conocimos. Pero esta vez me parece que te tumbaré. ¡No estás nada en forma!

—Es verdad. Imagínate, he subido al ring.

—Y ¿cómo te ha ido?

—Bueno, por lo menos puedo contestar al teléfono.

—¡Ja, ja, ja! Venga, no tardes.

Esta es Gin. Gin y su alegría. Gin y su risa. Gin y su desenvoltura. Gin y su elegancia. Su manera de aceptar las cosas simples y que la hace ser tan hermosa. Gin y su transformación con un poco de maquillaje y tacones altos. Gin sexi. Empiezo a desnudarme, me pongo las chanclas, cojo la toalla.

Gin, qué difícil fue recuperar tu amor, tu aprecio, tu confianza. Me meto debajo de la ducha y me acuerdo de todo lo que hice para reconquistarla.

VEINTE

Cada mañana me planto delante de su portal. Llego antes de las ocho, así Gin sabe que estoy ahí.

Tiene que saber que la quiero, que me he equivocado, y aunque el tiempo no baste para borrar mi error, quizá al menos podrá perdonarme. De modo que aquí sigo. Cuando Gin no sale y se queda en casa, sé que me mira desde la ventana. La gente que vive alrededor me observa con curiosidad, no me conoce como Step, sino como «Ese que está ahí». La otra mañana pasó una madre que llevaba a su hijo de la mano. Cuando llegaron a mi lado, el niño me señaló con la mano libre.

—Mamá, es el señor que siempre está esperando.

La mujer lo zarandeó un poco, tirando de él.

—Calla.

—Pero es él, lo he reconocido.

Me dieron ganas de reír. Hablan de mí en las casas del vecindario. Mario, el quiosquero, ya me saluda afablemente. He descubierto que Alessia, la chica que cada mañana saca al perro a pasear, es abogada. Luego están Piero, el florista; Giacomo, el panadero; Antonio, el reparador de neumáticos.

Todos me saludan, pero ninguno ha tenido valor para preguntarme por qué estoy aquí. Y ya ha pasado un mes. Hoy Alessia ha perdido el perro, se le ha escapado; iba a cruzar la calle justo cuando venía un coche, pero he conseguido pararlo. Me he echado encima de él con las dos manos alrededor del pecho y lo he abrazado. Es un golden retriever rubio, grande, fuerte, pero he podido sujetarlo.

Alessia llega corriendo.

—*¡Ulisse! ¡Ulisse!* ¡Te lo he dicho mil veces! —Y le engancha la correa al

collar—. ¡No debes alejarte! ¡¿Lo entiendes?! —le grita con la mano levantada delante del hocico, si bien *Ulisse* mira hacia delante, impasible—. ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes sí o no? —Entonces se calma y se dirige a mí—: Este siempre hace lo que quiere…

«Ah, pues tú, poniéndole *Ulisse*, ¿qué esperabas?». Pero no se lo digo, todavía está demasiado asustada para entender que es solo una broma estúpida.

—Gracias de todos modos… —dice, y se le dibuja una sonrisa—. Me llamo Alessia.

Sé su nombre porque su madre, cada mañana, le grita desde la ventana que le compre cigarrillos.

—Step —respondo, y le estrecho la mano.

Se queda un momento pensando y luego se encoge de hombros.

—¿Puedo invitarte a un café? Venga, me encantaría.

Me ve indeciso.

—O lo que quieras tomar, ¿eh?…

—Un café es perfecto.

Cruzamos la calle para entrar en un bar cuando se asoma su madre, que, sin buscarla siquiera, grita hacia el barrio:

—¡Alessia!

—Los cigarrillos —contestamos los dos a coro.

—Sí, mamá, de acuerdo. —Después se vuelve hacia mí—: Le gusta fumar, ¿sabes?

—No…

En el bar nos acoge la cara redonda de Franco.

—¿Nos pones dos cafés? Step, ¿tú cómo lo quieres?

—Un cortado largo y con la leche caliente, sin azúcar.

Se lo repite y luego añade:

—Y para mí, como siempre, gracias.

Alessia acaricia a *Ulisse* y me hace la única pregunta posible:

—Te veo todos los días aquí abajo. ¿Es una apuesta o tienes que hacerte perdonar algo? —Y me lo dice con la sutileza típica de los abogados. Luego añade—: Sea lo que sea, si quieres, te echo una mano; lo que has hecho por *Ulisse* ha sido una pasada… —Y lo acaricia todavía más fuerte debajo del cuello.

—No puedes ayudarme, pero te lo agradezco.

Hace un día precioso, el cielo está despejado, es una extensión de azul, y nos

quedamos en la puerta del bar.

Alessia lleva en la mano su café corto y yo juego un poco con *Ulisse*, que no tiene ningunas ganas de volver a casa. Sin embargo, Alessia está a punto de encerrarlo, tiene un juicio a las once.

Cuando me dispongo a despedirme de ella, Gin aparece al otro lado del paso de peatones, mira a su alrededor, se sorprende de que no esté, y cuando me ve entorna los ojos y no pone muy buena cara.

Alessia se da cuenta.

—En vez de ayudarte me parece que he complicado las cosas. —Y lo dice con un leve pesar.

—No te preocupes.

—¿Sabes?, en estos casos, pensar que hay otra a lo mejor puede mejorar la situación…

Entonces coge a *Ulisse*, tira de él y me mira levantando la cabeza y encogiéndose de hombros.

—Bueno, espero que todo vaya bien, me alegro de haberte conocido; de un modo u otro, volveremos a vernos. En cualquier caso, lástima… —Me sonríe sin añadir nada más y desaparece por la calle en dirección al estanco.

No sé qué habrá querido decir. Pero tampoco me interesa mucho. Solo sé que ahora también conozco a Franco, el del bar, que prepara un excelente café.

Al día siguiente vuelvo a estar allí, en el lugar de siempre, cuando Gin sale del portal. Va con su madre. Entonces me ve y dice algo. Su madre asiente. Gin se encamina hacia mí con decisión y seguridad. Su paso no promete nada bueno. No ríe, no deja de mirarme, cruza la calle sin ni mirar si viene algún coche. Tiene suerte, no viene ninguno; camina tan deprisa que en un instante ya está delante de mí, me arrolla, en cualquier momento me dará un coscorrón. Luego, con el rostro pegado al mío, me demuestra toda su rabia.

—¿Y bien? ¿A ella también te la tiraste?

Se me escapa una sonrisa idiota, pero la verdad es que no sé realmente qué cojones hacer.

—¿A quién? —Y, mientras lo digo, comprendo que debería haber conducido la discusión en otra dirección del todo distinta.

—¿A quién? A ella. ¡Es evidente, no a la otra! A ella, a Alessia, la abogada. La conozco desde que era pequeña. Vive en el segundo piso del edificio de al lado del mío. Lleva tres años saliendo con un médico, pero lo engaña con uno más joven, un gilipollas que se llama Fabio, uno como tú.

Cierro los ojos y decido intentarlo:

—Perdóname.

—¿Perdóname por la que te tiraste primero o perdóname por la que te tiraste ayer? No, explícate.

Así sé qué disculpas debo tener en cuenta.

Veo que está herida, enfadada, como nunca lo ha estado. Tiene el rostro contraído, marcado, casi parece más anguloso. Y todo es por culpa mía.

—Perdóname, Gin…

Pero no me deja hablar.

—Podrías haberlo pensado antes. ¿No sabías que me sentaría mal? ¿Qué imaginabas? ¿Que habría aceptado tu traición como si nada? Ya sabías cuánto tiempo llevaba esperándote, ¿no? —Tiene lágrimas en los ojos, se han acumulado en la parte inferior, como un inmenso dique a punto de reventar.

—En serio… No sé qué me pasó, te lo juro, me gustaría volver atrás y no haber hecho lo que hice.

—No sabes resistirte a ella, esa es la verdad. Pasará lo mismo cada vez que te la encuentres… —Noto una amarga resignación en sus palabras.

—No. Te equivocas, Gin. Solo fueron las ganas de demostrar que todavía era mía. Y, en cambio, todo había acabado y me di cuenta…

—¿Mientras te la tirabas?

Gin nunca me había hablado así, su rabia la transforma, la vuelve mala como nunca lo ha sido.

—Lo nuestro podría haber sido un amor precioso, sin embargo, has elegido no quererme, no era bastante para ti. Lo has estropeado todo. Ahora ya, de todos modos, será imperfecto.

Y se marcha antes de echarse a llorar. Alcanza a su madre y empiezan a caminar en silencio, sin decirse nada. A su madre le ha bastado con mirarla un instante para comprender que ninguna palabra podría consolarla. Luego se vuelve y me mira. Tiene en el rostro la misma expresión de aquella mañana en que me dejó entrar con un ramo de rosas. Mi primer intento de hacer que Gin me perdonara. Dejé las flores sobre la mesa de su habitación y allí encontré sus diarios. La verdad de Gin, su sueño, oculto a todos. Y ese sueño era yo. Me amaba desde hacía tiempo, conocía mi historia con Babi, sabía muchas cosas de mí, también que había estado en Estados Unidos porque había conseguido hacerse amiga de mi madre. Sí, hasta de mi madre. Después, nuestro primer encuentro, en el autoservicio de la gasolinera, de noche, cuando me robó la

gasolina. Yo creí que todo había ocurrido por casualidad y, en cambio, ella había planeado cada detalle. Gin y su paciencia de mujer.

Gin y el amor absoluto. Gin y su gran sueño… Y yo lo destruí en una noche. Le dirijo una última mirada a su madre. Ella me observa sin reproches, sin juzgarme, tal vez quiera entender lo incomprensible, comprender el dolor de su hija, que parece inmenso, tan grande que no tiene el valor de preguntarle… Pero si me ha visto a mí y lo que ella me ha gritado pegada a mi cara, sabe que tiene que ver con una decepción, que es culpa mía, por un error. Aunque ¿es tan grande como para ser imperdonable? ¿No significa quizá renunciar a la posibilidad de ser felices? Y precisamente en esa mirada que me acompaña me parece entrever estas reflexiones. Y luego algo me hace pensar que tal vez ella sea la última carta que me queda por jugar.

VEINTIUNO

Al día siguiente.

Son casi las diez y media cuando Gin sale de casa y yo salgo de mi escondite, un árbol detrás del que me he quedado para que no me viera. No me he encontrado ni con Franco, ni con Alessia ni con nadie. Gin lleva unas Ray-Ban oscuras, una chaqueta negra y el pelo recogido en una coleta.

Normalmente no lleva gafas, y el sol, hoy, tampoco es deslumbrante, pero quizá es la única forma de no mostrar las huellas de la noche que ha pasado maldiciéndome, quién sabe. Su manera de llorar es única. Me parece que nunca he visto a nadie llorar como ella, en silencio, con las lágrimas cayendo una tras otra sin que tengan intención de detenerse. Es imparable, como si de verdad se liberara de todo el dolor que siente. Hasta ahora el motivo de ese llanto no había sido yo, sino Francesco, su *noviete*, como ella lo llamaba, justificando con ese apelativo todos mis inútiles celos. Francesco había sido su primer y único novio, el más capullo de todos, por eso todavía lo recordaba. Convirtió la belleza de ese primer amor en el peor error de su vida. Aquella noche se despidieron de una manera algo apresurada y ella regresó a casa para seguir estudiando. Pero algo le rondaba por la cabeza, de modo que intentó llamarlo, pero su móvil sonaba sin que lo cogiera. Fue a buscarlo al Gilda, el local donde podría haber ido. Cuando Gin lo contaba empezaba a sollozar, de rabia, me aseguraba ella, «porque fue un verdadero cabrón», añadía, «traicionó mi confianza». Un sexto sentido la condujo a casa de Simona, una amiga suya, que, sin embargo, a Ele no le gustaba nada, ya que siempre decía: «Mira que eres tonta fiándote de esa». Después, a las cuatro menos cuarto de la madrugada, el portal de casa de Simona se abrió y apareció Francesco como el peor chico que hubiera existido en la Tierra. Gin

sintió que un dolor enorme la atravesaba, y un instante después decidió que la única manera de resarcirse era vengarse de quien no había respetado las reglas del amor. Estaba en su coche, soltó el embrague y salió disparada contra el Mercedes 200 SLK de Francesco. Un golpe increíble que le acertó de lleno; en un lateral y en la puerta. Gin también es eso: amor y rabia, orgullo y lágrimas. En el fondo, creo que la cicatriz del recuerdo de Francesco todavía le dolía, por eso empezó a llorar silenciosamente y a decirme: «No me hagas nunca nada así, no podría aguantarlo otra vez». Le besé el rostro todavía mojado y fuimos a Monti. Era la inauguración de la tienda de una amiga y se distrajo un poco entre bolsos de neopreno, cinturones de colores y pendientes con señales de tráfico, otros de bola o con largos colgantes de todos los matices posibles.

Se detuvo ante un par de pendientes hechos de papel con dibujos con sabor oriental, se los probó y se le iluminó la cara, pero al final decidió no comprarlos. Lástima, estaba guapísima con esos pendientes largos. Luego se encontró a una amiga suya y se saludaron besándose con mucho afecto.

Se llamaba Gabriella, iban juntas a clase, pero ella era mejor estudiante, me dijo riéndose. Siguieron charlando, reían y bromeaban acerca de qué había sido de algunas amigas comunes, sobre cómo habían cambiado, sobre qué hacían, y las dos se quedaron sorprendidas de que una tal Pasqualina por fin se hubiera prometido. La miraba de lejos y hablaba muchísimo, parecía que no iba a parar nunca; de vez en cuando movía las manos. Por fin se había alejado de aquella tristeza que la había arrollado. Gin escuchaba divertida a su amiga y al final soltó una risa preciosa. Ya estaba, la tristeza se había marchado del todo. Un poco como ocurre con los niños, que pasan del llanto a la risa sin darse cuenta. Me miró desde lejos y luego también me sonrió y parpadeó un poco, como queriendo decir «Todo va bien, estoy mejor, gracias»; por lo menos, es lo que me pareció entender.

Cuando llegamos a su casa ya era de noche. Bajó de la moto y me abrazó con fuerza. Me estrechó un buen rato y me susurró al oído:

—Gracias, has sido muy bueno.

Y nos quedamos mirándonos fijamente. A continuación, sacudió la cabeza.

—No sabes cuánto te quiero, Step.

Pero no me dio oportunidad de contestarle. Salió corriendo y entró en el portal sin volverse siquiera, como si casi se hubiera avergonzado de su declaración.

Es cierto. Quizá en realidad no lo supiera. Tiene una manera muy suya de

amar.

Cuando llegué a casa, me sonó el móvil.

—¡Cariño! —Me arrolló con su entusiasmo—. ¡No tenías que hacerlo!

—¿Cómo?

—¡Idiota! ¡Eran muy caros!

—Creo que te equivocas; me gustaría, pero por desgracia debe de tratarse de un detalle de algún otro admirador tuyo.

Se rio como una loca.

—¡A lo mejor no te has dado cuenta, pero en esa tienda como posible admirador solo estabas tú!

¡Los demás eran mujeres o gais!

Yo también me eché a reír, no me había fijado; la había estado mirando solo a ella todo el tiempo, esperando que consiguiera disolver ese dolor.

—Me encantan, quería comprarlos, pero costaban demasiado.

Y en ese momento me llegó una foto. Era ella con los pendientes que le había puesto en el bolsillo de la cazadora. Había escrito:

> ¿Te gustan? ¡A mí, mucho, casi tanto como tú! Y no por estas traidoras sorpresas.

Luego la oí de nuevo reír al teléfono.

—¿Te ha llegado? A lo mejor después te mando una sexi y medio desnuda como premio. Hoy has estado realmente perfecto.

Y colgó. Bueno, me alegré. Se sentía mejor. De modo que decidí ir a la cocina y tomarme una cerveza, disfrutar de un poco de relax, quizá estar un rato frente al ordenador o ver una película, cuando de repente el móvil sonó. Era un mensaje, una foto. Y me quedé sorprendido. Ella y sus pudores. Ella y su timidez. Ella y su candor. Estaba en penumbra pero desnuda, solo llevaba los pendientes bien iluminados. Debajo de la foto había escrito:

> Solo para ti, para siempre.

Me entraron ganas de ella, de modo que decidí responderle:

> Me gustaría estar ahí. Para quitarte hasta los pendientes y poder amarte ahora.

Me mandó enseguida un corazón.

Bueno, esa es Gin. Aquella noche solo se sobrepuso a su dolor al sentirse amada.

Pero hoy, ¿cómo podré hacer que se sobreponga? Esta vez el culpable soy yo, debo hacer que vuelva a creer de nuevo en mí.

De modo que llamo a la puerta y me preparo algo que decir. Solo me viene a la cabeza: «Tiene que ayudarme». Quizá sería mejor: «Gin es estupenda y yo soy un gilipollas», sería la pura verdad, pero creo que me cerraría la puerta en las narices y no querría seguir escuchándome. Me quedo callado, con la cara contra esa puerta cerrada, y pienso en otras posibles frases. Pero no se me ocurre nada. Hay momentos en la vida que parecen interminables. Este es uno de ellos. Entonces oigo unos pasos acercándose que al final se detienen detrás de la puerta.

—¿Quién es?

—Stefano Mancini.

—¿Quién?

Bueno, vaya. Peor aún. Ni siquiera sabe quién soy. A continuación, la puerta se abre y aparece la señora que sale a menudo con Gin: su madre.

—Buenos días, señora, soy un amigo de su hija…

—Ya sé quién eres.

Me quedo en silencio. Me siento morir. Joder, en la vida me he dado de puñetazos con tipos que eran el doble que yo y no he sentido nada y, en cambio, ante la mirada de esta mujer estoy como un flan.

—Eres Step, ¿no? Mi hija me ha hablado de ti.

—Sí, soy yo. Y ¿qué le ha dicho Gin?

—Que no abra. —Luego me sonríe—. Pero ya lo he hecho…

VEINTIDÓS

Esa mañana, Gin sale y no lo ve. Por un lado, se alegra, pero en el fondo lo lamenta. No pensaba que se cansaría tan deprisa, aunque si las cosas son así, significa que es lo mejor para todos. Su abuela Clelia siempre se lo decía: «Debes hacer esperar a los hombres hasta que de verdad ya no puedan más, y tú también. Así es, el que aguanta y se queda es el perfecto». Step no ha sido perfecto.

Lástima, le gustaba incluso su imperfección.

En la universidad, ocupada con las clases de Derecho, no piensa mucho en ello. Envía un mensaje a casa, avisa a su madre de que llegará sobre las seis y a la hora de comer se toma un sándwich de salmón y un zumo de manzana, naranja y zanahoria. Su madre lee el mensaje y sonríe.

«A saber lo que dirá mi hija de todo esto. Ya lo sé, me acusará de ser una traidora, pero en el fondo pensará que he hecho bien. Al menos, eso espero». Y, diciendo esto, coge el sobre y lo pone en la cocina para cuando sea el momento de dárselo. A las seis y algo oye que la puerta se abre.

—¿Mamá, estás aquí? Soy yo…

A Francesca empieza a latirle con fuerza el corazón. Tiene miedo de que la descubra, de que la emoción de su rostro pueda traicionarla. Su hija está particularmente sensible.

—¡Vaya, estás aquí! ¿Qué haces?

Gin está en la puerta de la cocina.

—¿A ti qué te parece? —Francesca le muestra la plancha en la mano y una camisa de su padre allí al lado, sobre la tabla.

—Déjame adivinar… Mmm… —Luego sonríe haciendo como si lo adivinara—. ¡Ya lo sé! ¡Estás intentando quemar una camisa de papá!

—¡Exacto! Y, si lo consigo, lo aguantarás tú, con lo quisquilloso que es.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Jugando al fútbol sala con sus amigos.

—Se mantiene en forma, no se puede negar…

Gin se va a su habitación y, por un instante, piensa en su padre poniéndose en forma y a su madre planchándole las camisas, intentando que siempre se vea guapo, elegante, adecuado en cada situación, perfecto. Eso es, sí, perfecto. Quién sabe cuánto lo hizo esperar, según las reglas de la abuela Clelia. Gin se echa a reír. Quién sabe si todavía sienten pasión y qué pasa en el dormitorio ¿una vez a la semana?, ¿al mes?, ¿al año?… Gin vuelve a acordarse de Step, de cómo vivían antes, de los días que pasaron en las Maldivas, sin casi nada puesto, en el agua caliente, en la playa, en el bungaló, sin horarios, sin tiempo, sin compromisos. El sexo, el amor, no había momento en que no se tocaran. Step para ella era una especie de imán; lo sentía, la atraía, solo tenía que rozarle una pierna, la espalda o tan solo un brazo para que ella se encendiera. Nunca le había sucedido con ningún hombre; bueno, tampoco es que hubiera tenido muchos. Y luego el olor, el olor de Step, al que lamía y besaba por todas partes cuando lo tenía entre sus brazos. Un afrodisíaco natural. Era una cuestión de química. Además, Gin se había preocupado de documentarse: se trataba de las feromonas, una sustancia olorosa que producen los seres humanos y que nos lleva directamente a la pareja adecuada.

Y pensar que alguien incluso la había acusado de ser fría, otros frígida… No, la verdad era que nunca había estado enamorada, y el amor a veces puede con lo que nunca pudo nadie. Gin se ríe sola. De frígida, nada, con Step creía que se había convertido en una especie de ninfómana, se asustaba y se sorprendía al mismo tiempo de verse así. Como aquella noche en el bungaló cuando, bajo las estrellas, le dijo:

—Basta, basta, por favor.

Estaba temblando por lo que había sentido y por lo que había gozado. Step sonrió, pensaba que le estaba tomando el pelo.

—No lo entiendes, estaba en Omega. ¡Estoy *lelada* por completo!

—¡*Lelada* no existe! ¡En todo caso será *alelada*!

—¡Ya, pero si lo digo bien es que no lo estoy!

Y siguieron riéndose y luego bebiendo cerveza fría, mirando las estrellas, y Gin se perdió en su abrazo y en sus ojos y en cada uno de sus besos, que le parecían únicos, especiales.

—¿Eres mío?

—Solo tuyo.

La noche del día siguiente hicieron el amor con más dulzura; lo sentía moverse en su interior, primero despacio, después más fuerte, con pasión, y Gin le mordió el cuello y lo estrechó contra sí, llegando casi a gritar.

—¡Calla! —le susurró él riendo—. Hay vecinos.

—¡Ellos también estarán contentos si me oyen gritar así!

Se quedaron dormidos, perdidos en el sabor de ese amor, todavía calientes de sexo, con las bocas abiertas, uno dentro del otro, viviendo la misma respiración, sin separarse nunca.

Gin parece como despertar de ese recuerdo y las lágrimas acuden a sus ojos. «¿No era suficiente? ¿Querías más? ¿No era lo más bonito que podíamos vivir? ¿Necesitabas volver a estar con ella? Y, sin embargo, ya la conocías, ni siquiera era una conquista. ¿Por qué?». Hace meses que se hace la misma pregunta, y hace meses que no encuentra la respuesta. Y no tiene sexo desde entonces. ¡Tal vez no vuelva a tenerlo nunca! Oh, madre mía, no quiere ni pensarlo.

—¡Mamá! —Va a la cocina y, mientras camina recordando los pensamientos que ha tenido de ella y su padre, le entran ganas de reír.

Francesca ya ha terminado de planchar; se echa hacia atrás un mechón de pelo que le ha caído en la cara.

—Sí, cariño, dime.

Gin aparece en chándal en la puerta.

—Voy a correr un rato. Necesito desahogarme. Dentro de una horita estoy en casa.

Francesca asiente; le gustaría mucho contárselo todo, sí, bueno, el plan, lo que han previsto, pero no puede.

—Claro, tesoro. Hasta luego.

Y entonces la ve salir y se queda parada delante de esa puerta cerrada y de la tristeza de Gin, que, aunque no se vea, se nota. Y la culpa es precisamente de ese chico, de Step. Francesca sacude la cabeza. A ver cómo se lo toma Gin, «no sé, no sé». Pero ya está decidido, no le gusta tener que aceptar las cosas quedándose de brazos cruzados. Francesca cree que dar un paso siempre es mejor que no hacer nada en absoluto, dejando que el tiempo se encargue de borrar el dolor. ¿Y si ni siquiera el tiempo fuera suficiente? Empieza a guardar en su sitio la ropa que ha planchado. A continuación, se permite una pequeña sonrisa. No, está convencida de que ha actuado bien.

Gin llega con su Micra al estanque de Tor di Quinto, aparca y, en cuanto baja del coche, se pone los auriculares, selecciona su lista en Spotify y empieza a correr. La primera canción en sonar es *Up&Up*, de los Coldplay[5]. «Bueno —se dice—, tengo que empezar a pensar en una nueva vida. Step ha dejado de buscarme, ha conocido a Alessia o a alguna otra, ha comprendido que no valía la pena, que así sería más fácil». Y ese pensamiento le hace daño, lo habría querido tener todavía mucho, muchísimo tiempo delante de su portal y al final perdonarlo. «¿Se puede perdonar en el amor? Y yo, ¿sería capaz de perdonar? ¿No seguiría pensando que él, en esos instantes, no fue mío?».

Su boca, su lengua, su respiración, su abrazo, su cabeza, su corazón, su… No. ¡No quiero pensarlo, joder! ¡Ya está, tenía que decirlo! —Y se echa a reír, aumentando un poco el paso—. De acuerdo, empecemos a imaginar una nueva vida, sí, una nueva vida con otro. Comencemos con las personas que últimamente han hecho el intento de ligar conmigo: uno, Giovanni, guapo, pero un poco demasiado estúpido. Estudia Medicina, pero es todo yo, yo, yo. «Yo sé hacer esto, yo sé hacer lo otro. Y yo…». ¿Cómo será en la cama? Oh, madre mía, eso no. Ni siquiera puedo pensar en que me toque. Dos, Alessandro. Alto, delgado, una cara bonita, interesante. Pero demasiado inseguro.

Debería provocarlo yo y, para ser sincera, no me apetece. Me repite demasiadas veces que soy guapa, como si fuera una limitación en vez de un simple punto a favor. Se condiciona él solo. Estaría siempre atormentado, una tortura continua. ¡Todo lo contrario que ese gilipollas y chulo de Step!

¡Que se vaya a la mierda! —Lo dice casi con rabia, sabiendo lo perfecto que era a pesar de ser del todo imperfecto y lo bueno que era para ella—. Vale. Ya basta. Se acabó. Faltaría más. Sal de mi vida, Step, para siempre. Definitivamente. Tengo que pasar por el portal sin ninguna curiosidad, sin expectativas, sin pensar que puede estar ahí fuera y, si está, seguir adelante, dejarlo atrás, en esa vida que ya no va a pertenecerme, que lleva consigo un dolor demasiado grande. —Y continúa corriendo concentrada, acompasando la respiración, manteniendo el ritmo, ayudada por las notas de *Come*, de Jain[6]. Entonces tiene una iluminación—. Sí, también está Nicola. Es el único que me hace reír y que me hace pasar algún rato divertido y despreocupado en la universidad. Una vez incluso me acompañó a casa. ¡Si Step nos hubiera visto…!

Le habría estado bien, se lo habría merecido. Aunque tal vez no hubiera sido justo para Nicola. Siempre atento, amable, nunca una palabra de más, ni una alusión. Sabe seguirme el ritmo. Ha visto que no es el momento, que por ahora es bonito conocerse, distraerse, reír. Me ha invitado a cenar más de una vez, pero le he dicho que no. Si me busca y vuelve a invitarme, está decidido, aceptaré.

Entonces Gin aprieta el paso. Empieza a correr con ímpetu, es la última vuelta antes de regresar a casa a cenar con sus padres. No sabe que las cosas irán de una manera distinta por completo.

VEINTITRÉS

—¡Mamá, he vuelto!

Gin cierra la puerta a su espalda y nota un extraño silencio.

—Mamá, ¿estás aquí?

Y entonces se asoma Francesca, que parece haber encontrado la tranquilidad necesaria.

—Sí, claro que estoy…

—¿Qué estabas haciendo?

Gin enarca una ceja ligeramente recelosa.

—Estaba cocinando, ¿por qué?

—Mmm… Es verdad, huele muy bien. ¿Qué has preparado para esta noche?

—Estoy haciendo una buena crema de champiñones para papá…

—¿Qué quieres decir? ¿Y para mí no? No me lo estás explicando todo.

—¡Pero ¿qué dices?! —Francesca se echa a reír—. ¡Pues claro que para ti también hay! Pero no sé si has quedado o algo…

Gin se queda muda. Su corazón empieza a latir más deprisa. Siente que le falta el aliento, y por un momento le da vueltas la cabeza. «¿Quién? ¿Qué? No puede haber estado aquí. Otra vez, no.

Ahora no. Con mi madre, no». Gin entonces la traspasa con la mirada, pero su madre está tranquila, le sonríe, sacude la cabeza como diciendo: «¿Qué tienes, pequeña mía?». Y a continuación, pronuncia una simple frase:

—Eleonora ha dejado un sobre en tu cuarto, a lo mejor unas entradas, no lo sé, no lo he abierto.

—¡Por supuesto! ¡Lo que me faltaba!

Gin vuelve a ser «la dura», la segura de sí misma, y se dirige rápidamente a su habitación.

Francesca lanza un suspiro de alivio, lo más difícil ya ha pasado. «Menos mal, pensaba que no saldría de esta».

Sobre la mesa hay un sobre cerrado, Gin lo rasga por un lado para abrirlo y encuentra una nota con la letra inconfundible de Ele.

> Eh, ¿cómo estás, cariño mío? ¡Hace un montón de tiempo que no nos vemos! ¿Vienes esta noche al restaurante Mirabelle de vía dí Porta Pinciana, 14? ¡Venga, una buena cenita juntas!
>
> Tengo que decirte algo ímportante. ¡Es algo supersuperímportante, y no puedo decírtelo por teléfono! ¡No te hagas de rogar como siempre y ven, ¿eh?! He reservado mesa para dos, a las nueve, a nombre de Fíorí, ¡solo para tí y para mí! ¡Vamos, te espero!

Gin dobla la nota. Ya son las ocho y veinte. «Ostras, todavía tengo que ducharme y no sé si estaré lista a las nueve. Bueno, voy a llamarla». Gin coge el móvil, marca el número, pero salta el buzón de voz. Nada, como siempre, Ele es una lianta. «¡Qué lata, tendré que hacerlo todo corriendo!».

—¡Mamá! —le grita desde su habitación mientras se desnuda rápidamente.

—¿Sí, cariño?

—¡Nada, que esta noche cenaré fuera!

«No me digas —piensa Francesca—, ¿en serio?», y pone cara de risa.

—De acuerdo, cariño, no trasnoches demasiado.

—No, no.

Y, de un salto, Gin se me mete debajo de la ducha.

VEINTICUATRO

Cuando estaciona en el parking Ludovisi, oye vibrar el móvil. Le ha llegado un mensaje. Mira la hora: son las nueve. «¡A ver si ahora Ele se habrá vuelto puntual! No lo ha sido nunca en su vida. ¡Y hoy querrá que lo sea yo! Es de locos…». Y en ese mismo momento se da cuenta de lo mucho que podemos equivocarnos. Es Nicola. Qué curioso, las coincidencias existen de verdad. Estaba pensando en él justo hace un rato.

> Hola, Gin, ¿cómo estás? ¿Te apetece ir a algún sitio mañana? Es la inauguración de un nuevo local; si no, al restaurante que te comenté. Ya me dirás. Pásalo bien. Buenas noches si te acuestas temprano. Aunque lo dudo…

No es Step, pero por lo menos es simpático. Le contesta enseguida. Sí, basta de titubeos.

> Todo bien, gracias. Me alegro mucho de que quedemos. Preferiría el nuevo local. De todos modos, hablamos mañana. Buenas noches.

«Sí, mucho mejor un aperitivo en un local que una cena nosotros dos solos. Lo más sorprendente es que precisamente me había propuesto ir al Mirabelle, el restaurante que ha elegido Ele. Bueno, se ve que ese sitio está muy de moda». Entonces Gin cruza la entrada del hotel y sigue las indicaciones.

Se mete en el ascensor, pulsa el siete. Las puertas se cierran y sube hasta el ático de ese espléndido edificio. Cuando el ascensor se abre, se queda con la

boca abierta. Luces difusas, flores por todas partes, vitrinas repletas de cristal, jarrones de vidrio soplado y porcelanas antiguas, perfectas, inmaculadas. Las grandes cristaleras se abren en una vista que quita el hipo, que va desde los edificios humbertinos del Pinciano hasta llegar al casco antiguo y aún más lejos, donde los últimos tejados romanos se confunden con el infinito. El local está vacío por completo. Solo hay un camarero, de unos cincuenta años, un poco calvo, que le sonríe y, a su lado, vestido de punta en blanco con lo que inevitablemente es su uniforme con gorro en la cabeza y todo, el chef, un hombre con perilla y aspecto atento.

—Buenas noches, usted debe de ser Gin —dice en un tono amable el camarero. Y Gin no consigue hacer otra cosa que asentir—. La estábamos esperando, por favor, por aquí. La mesa de Fiori, ¿correcto?

Ella asiente de nuevo y los sigue en silencio. El chef la acompaña y le da una hoja.

—Me he permitido preparar estos platos, pero si desea otra cosa, dígamelo…

Gin coge la carta, de un papel ligeramente granulado, y empieza a leer. Traga saliva. No puede creer lo que está viendo: «Espaguetis con almejas finas y huevas de mújol. Lubina a la sal con acompañamiento de espárragos y patatas moradas. Y, para terminar, piña y helado de pistacho…».

Son sus platos favoritos. Solo consigue balbucear:

—No, no, está muy bien.

El chef se ríe, pero Gin ve que hay algo que no cuadra. «No es propio de Ele tener ideas como esta; si ni siquiera se acuerda de si al café le echo azúcar o no, una lista tan detallada, mucho menos…».

—Por favor… —El camarero retira la silla y la hace acomodar—. Con su permiso, vuelvo a la cocina.

Y se alejan los dos. Gin permanece sentada a la mesa con el cartelito que dice «FIORI». En el centro hay un ordenador con un pósit pegado en el que se lee: «PARA TI, ÁBRELO».

Gin se lo acerca, levanta la pantalla y le da un leve empujón hacia atrás, hasta que le queda delante. Sobre el teclado hay otra nota con la misma letra de imprenta: «PULSA AQUÍ». Y Gin lo hace.

Empieza una filmación con una preciosa música de Tiziano Ferro, *Isole negli occhi*[7], que baja de volumen de forma gradual justo cuando Eleonora aparece en la pantalla.

—Bueno, de entrada, voy a decirte que no te enfades: por desgracia, tengo un compromiso, pero te juro que cenar en este lugar contigo habría sido lo más bonito del mundo y que me habría gustado de todo corazón. Dios mío, también habría cenado encantada con dos tíos buenos que tengo localizados. ¡Venga, no, es broma! Por desgracia, aún estoy muy colgada de Marcantonio, y ha sido él quien me ha hecho hacer todo esto… Quiero decir que hacía más de dos meses que no sabía de él y me ha llamado solo para esto, ¿sabes? —Luego Eleonora mira a la derecha de la pantalla y asiente—. Sí, sí, de acuerdo… —le dice a alguien que está fuera del campo de visión. A continuación, se vuelve de nuevo hacia la cámara del ordenador y resopla; por lo que parece, ese alguien debe de haberle prohibido algo—. Lo siento, pero ahora tengo que despedirme; pásalo bien, ¿eh?, y mañana me lo cuentas todo, ¿de acuerdo? Pero todo, todo…

Y sonríe maliciosa antes de terminar la toma.

Gin se queda mirando la pantalla negra cuando empieza otra filmación. En el centro del ordenador aparece su madre, con la mirada perdida.

—Pero ¿tengo que hablar? O sea, ¿ya ha empezado? Ah, sí, muy bien, pues empiezo. —Francesca está un poco cohibida y mira a alguien en vez de a la cámara. Seguidamente, desde fuera del encuadre, alguien le explica mejor qué debe hacer y al final ella se centra—. Bueno, cariño, ya sé que de ahora en adelante voy a ser la traidora, pero de vez en cuando una madre tiene que asumir sus responsabilidades. Así que he pensado que lo mejor era que interviniera en este asunto porque veo que lo has pasado y lo estás pasando muy mal. ¿Sabes qué he pensado durante todos estos días?

Bueno, pues te lo diré: que a veces somos testarudos y que, por orgullo, renunciamos a nuestra felicidad. ¿Nos ves felices a papá y a mí? Sí, ¿verdad? Bueno, pues te informo que nosotros también hemos cometido nuestros errores, hemos tenido nuestras crisis; uno de los dos se equivocó, engañó al otro. Me imagino que ahora te habrás quedado sorprendida o quizá te lo tomes a mal, pero es mejor que lo sepas. Tienes que saber y sobre todo pensar que tus padres son humanos y que él también es humano y es normal que se equivoque. Me ha pedido… —y se ve cómo Francesca señala a alguien al otro lado de la pantalla— que te convenza, que te haga entrar en razón, que te haga entender que te ama. ¡Sí, eso me ha dicho! No, puedes estar tranquila, no me ha contado nada de lo que ha sucedido, pero me ha hecho comprender que se equivocó. Soy tu madre y no necesito saberlo todo, ya lo había intuido perfectamente. Tendría que ser tonta si no me diera cuenta de lo que has llorado y de que el chico que cada mañana

está delante de nuestro portal no es un nuevo cartero, sino alguien que está buscando el perdón. ¿Tan difícil es perdonar? Es posible. Se sufre mucho, lo sé, yo he sufrido, pero estoy contenta de haberle dado otra oportunidad a tu padre. Porque, en otro caso, tú y tu hermano no estaríais hoy aquí, y estoy segura de que mi vida habría sido menos feliz sin vosotros. Cariño, decide lo que prefieres, pero quería que conocieras un episodio de nuestra vida que te faltaba por saber y que quizá te ayude a decidir mejor. Te quiero. Mamá, la traidora.

Gin se queda callada mirando la pantalla y en menos de un segundo empieza otro vídeo. Esta vez es Step.

—Bueno, pensabas que te había abandonado, ¿verdad? No, yo nunca tiro la toalla. He convencido a Marcantonio, después de pedírselo de mil maneras indescriptibles, para que Eleonora escribiera la nota que has encontrado. Lo he obligado con una serie de chantajes. En fin, de alguna manera, todos le debemos algo a alguien. Excepto tu madre. Ella ha sido encantadora de verdad, solo ha tenido serios problemas con el encuadre; ya lo has visto, ¿no? —Gin se echa a reír—. Después ya le ha cogido el tranquillo. ¡Pero que sepas que la toma que has visto era por lo menos la número veinte! Total, casi hemos rodado una película, ya está lista para pasarla por televisión o hacer una serie. Sin embargo, yo no le he dicho nada, ni de nosotros ni de lo que debía decir. Ella solo me ha preguntado una cosa: «Step, ¿en serio quieres hacerla feliz?». Y yo le he contestado: «Más que nada en el mundo». Entonces tu madre ha sonreído y me ha dicho: «Venga, pues, saca la cámara, a rodar».

Y luego se ha quedado perpleja: «Pero ¿con eso lo vas a hacer? ¿Con el móvil? ¡No sé qué me había imaginado!».

«Es cierto —piensa Gin—, mamá es tal cual, tecnológicamente incorrecta». Y sigue viendo el vídeo.

—Ahora, querida Gin, hay dos cosas. Podría haber involucrado también a tu hermano, a tu padre, a tu tío, a las personas de las que me has hablado, o ir a la tele al programa de Maria De Filippi.

Pero lo que tengo que decirte sería lo mismo. ¿No crees que el Step que está haciendo todo esto por ti te ama, se siente culpable y querría que lo perdonaras? De acuerdo, si no quieres perdonarme, ámame simplemente como me amabas antes, ya me conformo.

El vídeo acaba con una serie de fotos tomadas durante el tiempo que estuvieron juntos mientras suena su canción preferida, *Certe notti*, de Ligabue[8].

Ahí están las fotos de la audición en el Teatro delle Vittorie, su primera cena, dando un paseo juntos, tomando un helado en un bar y luego ellos dos riéndose porque a Step se le ladeó el cono y se le cayó el helado en el mostrador. En moto, una foto robada en el espejo retrovisor, un selfi en corso Francia, uno en el puente con la puesta de sol, uno delante de los candados, otro al amanecer de quién sabe qué día en esa playa tan salvaje y vacía de las Maldivas. Luego la canción de Ligabue se mezcla con las palabras de *Orgoglio e dignità*, de Lucio Battisti. «*Senza te, senza più radici ormai, tanti giorni in tasca, tutti da spendere… i ricordi di tutto quel tempo passato insieme, mi sento come sacco vuoto, come un coso abbandonato…*».

«Sin ti, ya sin raíces, muchos días en el bolsillo, todos por gastar… los recuerdos de todo ese tiempo que pasamos juntos, me siento como un saco vacío, como un trasto abandonado…»[9].

«Sí, así me he sentido, Step. Ninguna canción ha sido nunca tan exacta y apropiada, hasta la música marca desgarradoramente el dolor del vacío de un amor». Las lágrimas empiezan a deslizarse en silencio, una tras otra, mientras ella permanece delante de la pantalla oscura, en esa sala iluminada, en ese magnífico ático sobre los tejados de Roma. Y, sin embargo, esa belleza no puede colmar el dolor. «No, no puedo», piensa Gin. Luego, en la oscuridad del ordenador, aparece su reflejo; Step está detrás de ella.

—Hola, Gin… Tu dolor me devasta. Te miro ahora y me avergüenzo aún más. Me gustaría no haber hecho nunca lo que hice, volvería atrás y borraría ese momento, pero no es posible. Todavía no han inventado algo así. Solo tú puedes hacerlo, si quieres, con una simple sonrisa y dejando atrás todo ese dolor. Te lo ruego, hazlo, regálame otra posibilidad. Te lo juro, no volverá a ocurrir nunca más…

Step abre los brazos y, a continuación, cierra los ojos; espera que, de un modo o de otro, el destino se cumpla, que algo suceda. Silencio. Una cosa es segura: dentro de poco, de una forma u otra, tomará la decisión. Luego oye moverse la silla, entonces aprieta más fuerte los ojos, respira profundamente y espera. Y, por último, su abrazo fuerte y pleno llega. Step abre los ojos. Gin está en su pecho. Se separa un poco y le sonríe.

—Me pregunto por qué te quiero tanto, pero no encuentro respuesta… La única cosa que sí sé es que eres increíblemente atractivo…

Y se besan con pasión. Desde el fondo del restaurante, detrás de la puerta de

cristales, el camarero y el chef observan la escena.

—Bueno —suspira el cocinero—, la cena puede empezar.

Pero el camarero sigue sonriendo y disfrutando del final feliz de esa extraña película.

—¡Muévete, vamos, ve al comedor y pregunta qué vino quieren! —lo riñe el chef, y regresa a la cocina a ultimar el «Menú Gin».

Un poco más tarde.

Al otro lado de los ventanales, el cielo azul oscuro está iluminado por alguna estrella lejana.

—Qué lugar…, es espectacular —dice Gin.

Step sonríe y deja la botella de Traminer en la cubitera.

—Sí, es precioso.

—Pero ¿cómo lo has hecho?

—¿Para reservar? He llamado, es muy sencillo.

—¡Idiota! Para tenerlo solo para nosotros.

—¿Quieres la verdad? No lo sé ni yo, me parece que se han enterado de nuestra historia y entonces se han apiadado de mí.

Gin resopla.

—¿Es que no puedes hablar en serio por una vez?

—Está bien. Le debían un favor a Pollo, y me he beneficiado de esta, digamos, amabilidad…

¡Pero, aun así, la cena la tendré que pagar, ¿eh?!

—¡Mira que eres vulgar!

—Oye, perdona, me lo has preguntado… ¿Acaso no debía decírtelo?

—Podrías habértelo ahorrado.

—Ah, no. Tenías que saber que he intentado reconquistarte en todos los aspectos. Y no solo gracias a una cortesía de Pollo.

—Es verdad que ese amigo tuyo tenía crédito en toda Roma.

—Sí, hacía un montón de favores a todo el mundo. Y luego, aunque fuera un poco así… Le caía bien a todo el mundo.

—¿Así, cómo? ¿Qué quieres decir?

—Así…, así… Pollo. Pues eso.

Gin asiente y prueba un bocado de lubina.

—¡Mmmmmm, el Menú Gin está riquísimo!

—Sí…

—El chef es realmente bueno.

—Es verdad.

Gin lo mira y de repente cambia de humor.

—¿Ya habías estado aquí con otra?

Step se pone serio.

—No, nunca.

Gin lo mira de nuevo con detenimiento.

—Es cierto.

Se relaja y sigue comiendo. Después se interrumpe, como si se hubiera acordado de algo.

—Jura que no vendrás nunca aquí con otra.

Step coge la servilleta, se limpia, levanta las dos manos, cruza los índices delante de la boca.

—Palabrita…

—¡Sí, palabrita del Niño Jesús! Serio, tienes que decirlo serio.

—De acuerdo. —Entonces levanta la mano derecha, con la palma abierta a la altura de la cara y mirando hacia ella—. Juro que no vendré nunca más con otra aquí, al Mirabelle… —Y añade—: Si no es contigo, y espero que para celebrar algo bonito y no para que me perdones.

—Sí, estoy de acuerdo —asiente ella, y todos los temores parecen alejarse de su rostro.

En el silencio de esa bellísima sala solo están ellos dos, no se oyen voces, si no fuera por *The Look of Love*, de Burt Bacharach[10], que les hace compañía.

Sin levantar la mirada del plato, Gin le habla en voz baja, con un tono que casi no parece el suyo.

—No sé cómo has convencido a mi madre y tampoco sé cómo me has convencido a mí. Pero, por favor, no me hagas sufrir nunca más. Me moriría. Si piensas que no serás capaz, levántate ahora y vete, te lo ruego.

Step la observa; ella tiene la mirada todavía sobre el plato. Permanece unos instantes en silencio y de repente se avergüenza como nunca de lo que ha ocurrido.

—Gin, perdóname, en serio, no volverá a pasar nunca más, te lo juro.

Luego le estrecha la mano y ella levanta el rostro y le sonríe. Parece

convencida y serena, por fin está tranquila, y entonces continúan comiendo. Se miran a menudo y de vez en cuando se sonríen, todavía con alguna pequeña incomodidad.

Luego Gin, de repente, tiene una última curiosidad.

—Perdona, pero si no llego a hacerte caso, ¿toda esta cena la habría pagado yo?

—Me temo que sí.

—¡Pues menos mal que te has quedado! ¡He salido sin dinero!

VEINTICINCO

La puerta automática se abre y entro en el patio con mi Smart. Vivo en la Camilluccia, en un pequeño chalet de un complejo residencial. El jardín está iluminado, los jazmines, las rosas blancas y la buganvilla de la fachada de la casa inundan el espacio cuando salgo del coche.

Por las ventanas del primer piso entreveo el salón y la cocina, las únicas dos habitaciones con la luz encendida. Subo rápidamente la escalera, abro la puerta y oigo su voz:

—Cariño, ¿eres tú?

—Sí, ya he llegado.

Dejo las llaves del coche y de casa sobre la mesa de la entrada, me quito la americana y veo a Gin acercarse con su preciosa sonrisa, luminosa como siempre, radiante, llena de alegría, y me abraza con fuerza.

—¡Por fin has llegado! Siéntate ahí, quiero enseñarte una cosa.

Entonces desaparece en la cocina, aunque sigue hablando:

—¿Y bien?, ¿qué tal te ha ido en el gimnasio?

—¡Bien! Como te he dicho por teléfono, un chico ha intentado tumbarme, pero no lo ha conseguido. Como ves, estoy entero.

—¿Y en el trabajo?

—Bien.

Pongo en marcha un recopilatorio de música de jazz y me siento en el sofá. No le cuento los acontecimientos: el contrato que he cerrado, ni tampoco lo de la secretaria cómplice, su acuerdo con Babi, mi absoluta tranquilidad al ir a esa exposición, la increíble sorpresa al encontrarla allí creyendo que era una broma del destino, en lo extraña que es la vida. Y, en cambio, haber descubierto que todo estaba organizado, que la gente entra y sale de tu vida sin pedir permiso, sin

llamar… ¿La gente? No, ella. Ella, que desapareció de un día para otro sin avisar, ha pasado solo a saludar, para darme una noticia, pero nada especial, ¿eh?, algo así como: «¿Sabes?, tienes un hijo…».

—Toma, tu cerveza.

Gin interrumpe el vaivén de mis pensamientos, está delante de mí con una Bud y una copa. Yo me la bebo directamente de la botella.

—Hay costumbres que no cambiarás nunca… —Asiento y le doy un trago todavía más largo, y me siento culpable y, por si no fuera suficiente, Gin está extrañamente intrigada.

—Pero ¿qué ha ocurrido en el trabajo? Parecías un poco raro.

La miro y, por un momento, me gustaría contárselo todo. En cambio, le sonrío y tan solo le contesto:

—Oh, nada importante…

Y me pregunto cuántas veces se le dice a la gente «Oh, nada importante…» y, sin embargo, detrás hay un mundo entero, tantísimas cosas que ya no podría haber más. Y entre lo que pienso que podría decirle a Gin y lo que en realidad le diré, dejo pasar una sonrisa. Sí, sonrío con la máxima ligereza, sin mostrarle que mi vida ha cambiado de forma inevitable. Y, quizá, también la suya.

—Bueno, ¿estás preparado? —pregunta provocándome divertida—. Debes tomar algunas decisiones y ahora tienes que demostrar aquí también lo hábil, brillante y decidido que eres en el trabajo.

—Y ¿quién te ha dicho que soy así en el trabajo?

—Tengo mis informadores.

Pienso que es evidente que no será la secretaria, y sonrío.

—Ah, claro, Giorgio. Pero él tiene una excelente opinión de mí, distorsionada por algún motivo.

—¿Crees que es gay?

Gin parece sinceramente preocupada.

—¡Claro que no, estaba bromeando!

—Ah, bueno. ¡Entonces espera aquí!

Ni siquiera tengo tiempo de tomar otro trago de cerveza cuando Gin aparece de nuevo con unos folletos.

—Aquí está. Estos días que he ido a casa de mis padres he reunido todo el material, ahora te lo enseño. —Y deja los catálogos sobre la mesilla.

—Bueno… —Me mira absolutamente satisfecha—. ¿Por dónde quieres empezar?

—¡Por otra cerveza!

Me levanto y voy a la cocina.

—¿Tú quieres algo?

—Sí, una Coca-Cola Zero, gracias.

Entonces vuelvo junto a ella llevando un vaso con una rodaja de limón y dos botellas, su Coca-Cola Zero y mi Bud, una cerveza que me gusta muchísimo.

—¡Eh! ¡Has cogido una de 75!

—Tengo sed, he sudado un montón en el gimnasio…

No le digo la verdad: necesito relajarme, dejarme llevar. Doy un largo trago mientras la escucho.

—Pues bien, el restaurante es este del lago, mira qué bonito, todo iluminado. —Me muestra la imagen de una villa con un precioso jardín bien cuidado y alternativas para el bufet y los invitados tanto fuera como dentro—. Aquí podrían ponerse los músicos. —Y saca el iPad—. ¿Qué te parece Frankie & Canthina Band? Interpretan una música fabulosa, de los años setenta y ochenta, y también temas de Tiziano Ferro, Beyoncé, Justin Timberlake…

Asiento de manera casi alelada porque cada vez tengo más claro que debería contárselo todo.

¿Cómo voy a casarme sin compartir con ella lo que acaba de sucederme?

Gin sigue mostrándome las opciones.

—En cuanto a los recuerdos para los invitados, he decidido que me gustan las acuarelas de paisajes romanos, las de la amiga pintora de Ele. Son bonitas, ¿verdad? En cambio, para el menú habría varias opciones… Pero, de todos modos, el lunes iremos a probarlo todo con mis padres. Te acordabas, supongo.

Asiento y digo:

—Sí, claro… —Aunque, naturalmente, me había olvidado.

Y ella sigue contándome los detalles llenos de amor del que para nosotros será el día más hermoso.

—El vestido no te lo puedo enseñar, y tampoco el peinado, ¡pero no sabes cuánto me gustaría que pudieras aconsejarme! —Y me sonríe y me da un beso y me abraza con fuerza.

Me parece que fue ayer cuando le pedí matrimonio, después de todo lo que había pasado.

VEINTISÉIS

Hemos hecho el amor con las ventanas abiertas, la luz de la luna se filtra en la oscuridad de la habitación e ilumina a Gin, mostrando partes aquí y allá. Tiene una belleza sensual, un poco infantil, con el pelo más corto y esos labios suaves y pronunciados. La observo en la penumbra, con sus senos bañados por la luz de la luna.

—¿Qué pasa?, ¿por qué me miras?

—Eres preciosa.

—¡Y tú mira que eres liante! Me lo dices para que me sienta guapa, pero no te lo crees lo más mínimo…

—Venga, déjalo; me gustas con locura y lo sabes.

Entonces Gin se me acerca y me susurra al oído:

—Tómame de nuevo, ¿te apetece?

—Muchísimo.

Y no me lo hago repetir. Ya tenía ganas antes de oír esas palabras.

Más tarde, estamos juntos debajo de la ducha, abrazados, enjabonados, perdiendo poco a poco ese sabor a sexo, pero no el deseo, que, como brasas, se enciende con el mínimo soplo de viento.

Después, envueltos en los gruesos albornoces, bebemos un poco de cerveza, charlamos de trabajo, de posibles proyectos, de un viaje que podríamos hacer, de un país que conocer, de amigos comunes, de alguien que se ha prometido hace poco, de historias que han terminado.

—¿Y nosotros? ¿Qué será de nosotros?

Gin, con la misma ligereza que a veces muestra cuando me ama con gran pasión, y sin limitar las palabras, me mira a los ojos.

—¿Qué será de nosotros? —Espera demasiado poco mi respuesta, me sonríe

y prosigue—: Ya han pasado seis años y ahora me vuelvo a mi casa dejándote aquí solo. Y esto sucede cada vez. Y a menudo. Y, si por una parte me gusta todo de estos momentos, por la otra no me gusta tener que dejarte. ¿Sabes?, lo he estado pensando y me parece absurdo perder todo este tiempo…

Entonces deja caer al suelo el albornoz y se queda desnuda, solo con la cerveza en la mano. Le da un largo trago, me sonríe, a continuación, deja la cerveza sobre la mesita que está a su lado y se dirige hacia la ropa, sin ningún pudor. Se agacha, la recoge y, mientras se cubre escondiendo su desnudez, me comunica su decisión:

—¡Si antes de fin de mes no me haces una declaración de amor con anillo incluido, te dejo!

Me echo a reír.

—Estás trabajando, tienes esta bonita casa de alquiler, estaremos bien, podemos formar una familia…

—Sí, pero…

—Ya está, ¿lo ves? Le atizas a todo el mundo y luego te asustan las cosas más sencillas…

Gin es irónica y también un poco mordaz, parece que está cogiéndole el gusto.

—Mira, con el dinero que has ganado, le pagas a uno de esos *escritores fantasma*, como los llamas tú, y que te escriba una declaración de amor; después vas a ver a mis padres y los convences…

—¿Encima?

—¡Perdona, pero obligaste a mi madre a grabar un vídeo para hacer que volviera contigo! ¿Y ahora no quieres hacerles a los dos un buen discurso para que sepan que quieres casarte con su hija?

—Sí, claro, es lo correcto…

Gin me regala una leve sonrisa, pero a continuación se pone seria.

—Que sepas que no estoy bromeando: dispones de un mes, si no, rompemos.

—¿Y nuestro amor? Estos espléndidos momentos, ¿renunciarías a todo esto?

Coge el bolso.

—No, a lo mejor te vería de vez en cuando… para follar, follas bien. Pero significaría que no me amas lo suficiente.

Hago intención de levantarme de la cama para vestirme, pero Gin me detiene con la mano.

—No te molestes… Cogeré un taxi. Así te vas acostumbrando…

Y, sin despedirse, sale de la habitación y me quedo solo. Miro la puerta cerrada, todavía oigo el eco en el increíble vacío. ¿Cómo puede una noche que había empezado tan bien, que parecía perfecta, romántica, divertida, tomar de repente este cariz? Y no ha sido ninguna frase equivocada, una palabra fuera de lugar, un mensaje descubierto, una llamada inesperada ni cualquier otra cosa externa lo que ha roto la magia. No acabo de entenderlo, sin embargo, las mujeres son así. También con Babi me sucedió una vez… Me entran ganas de reír; ¡si Gin estuviera todavía aquí e intuyera lo que estoy pensando, no quiero ni imaginar qué otro rumbo podría tomar la noche!

De modo que, a solas, empiezo a hacer balance de mi vida; me bebo otra cerveza mientras miro el cielo cubierto, perdiéndome entre esas nubes, buscando la luna o al menos una estrella, algo que de un modo u otro me indique qué camino seguir. Y entonces, sin un plan concreto, sin un verdadero motivo, me viene a la cabeza un vídeo: en él aparecen mi padre y mi madre, en sus días felices en el pequeño ático cerca del ponte Milvio, en via Mambretti, y también salgo yo, camino pegado a la pared, agarrándome fuerte para no caerme. Mi madre está guapísima y mi padre muy sonriente, y está también mi hermano Paolo, que ya sabe andar y va vestido de manera impecable, desde entonces. Me estoy acordando de una cinta que vi hace muchos años, pero aquel instante de felicidad de los dos es intenso y absoluto. Entonces todo funcionaba, cada uno hacía lo que debía hacer y estaban satisfechos, cada uno creía en el otro. Cuando eres pequeño, confías en la gente, y al crecer debemos tener el valor de no perder la confianza. ¿Y yo? ¿Seré capaz de no decepcionar a Gin? ¿Conseguiré mantener una promesa de ese calibre? Solo el hecho de pensarlo hace que abandone la botella de cerveza. La dejo allí, al borde la ventana, cojo un vaso y lo lleno de ron. J. Bally Agricole Blanc.

Para tomar una decisión seria hace falta algo serio. Cuando dejo el vaso, siento cómo baja. Quema, es fuerte, seco, pero también tiene un sabor en el tramo final que recuerda al jengibre. Y entonces me dejo llevar en busca de una vía de escape, de lo que sea menos un problema y más una solución.

Instintivamente, me conecto a internet y, por absurdo que parezca, intento encontrar un texto que sirva para una petición de matrimonio. Increíble, yo, Step, dispuesto a dar este paso, y no solo este, ¡incluso estoy buscando ayuda! En la red hay de todo, pero mis ojos se posan en estas palabras: «El matrimonio es precioso. ¡Es maravilloso encontrar a esa persona especial que te fastidiará toda la vida!». Con una frase de este tipo, Gin sería capaz de liarse a puñetazos

conmigo, como aquella vez en el ring, si es que no hace algo peor. Luego veo un *flash mob* en el que los amigos más íntimos del novio le cantan un fragmento de una canción para que ella entienda cuánto la quiere. Después, al final, aparece él y, de rodillas, le da el anillo. No está mal. Solo hay un problema: mis amigos. ¿Te imaginas a alguien como el Siciliano, o como Hook, Bunny, gente con músculos, testosterona alta y vidas de gamberro, a mi espalda, entonando una dulce canción de amor? No, mejor seguir buscando: «Ir a un restaurante y que encuentre el anillo debajo del plato». Banal y demasiado visto. Hallo otras soluciones, pero no me convence ninguna, de modo que me tomo otro trago de ron y enciendo el televisor. El pulgar con el que hago un zapping compulsivo se detiene de repente al ver la escena de una película que me parece familiar. Pues claro, le gustó mucho, ¿cómo no lo he pensado antes?

Y entonces, como sucede en la parte final de un puzle, cuando las últimas piezas del complicado dibujo de repente encajan con gran facilidad, tengo clara la secuencia de todos mis razonamientos anteriores. Preparo café y cojo unas hojas; es mejor trabajar enseguida en ello antes de que la inspiración se desvanezca.

VEINTISIETE

Cuando Gin sale de casa por la mañana, va con un retraso del copón.

—¿Gin? —le dice un hombre junto a un Mercedes negro.

—¿Sí? Es que, verá, llego supertarde, de modo que dese prisa, o dígaselo a mi madre porque normalmente ella siempre espera a alguien o algo, ¿sabe? No sé cómo mi madre puede contestar de manera amable incluso a los que llaman el sábado o el domingo para ofrecerle un nuevo contrato de móvil, y encima ella lo usa poquísimo… —Gin lo observa entonces con más atención—. Disculpe, le estoy contando todas estas cosas de mi vida… y, primero, son privadas y, segundo, me imagino que a usted le importan un pimiento. —Entonces se lo queda mirando y pone las manos en jarras—: A ver, ¿se puede saber qué quiere?

—Ya me avisaron de que reaccionaría así, si no peor. Esto es para usted. —Y el hombre, que va vestido con una elegante librea, le da una nota.

Gin, intrigada, la abre sospechando algo.

> Cariño, lamento que te fueras después de todo ese magnífico sexo y no haber sabido nada más de ti… Sigues siendo tan testaruda como siempre.

Ella oculta el papel con la mano.

—Usted no ha leído la nota, ¿verdad?

—Faltaría más.

«Qué pregunta más estúpida —piensa Gin—. Aunque lo hubiera hecho,

tampoco me lo diría». Y sigue leyendo:

> Ahora, con la esperanza de que a ti también te pareciera magnífico, he comprendido que estás demasiado estresada, de modo que te regalo un día de fiesta todo para ti. Haz lo que quieras, ve a donde quieras, pásalo bien y sírvete de este amable señor que tienes delante como prefieras… ¡Profesionalmente, se entiende! Firmado: Step.

«No me lo puedo creer, Step, mira que eres enrollado, mejor dicho, de *matrícula de honor*, como te llamaban hace algún tiempo», piensa Gin para sus adentros.

—¡De acuerdo, vámonos!

El hombre abre la portezuela del coche y ella se acomoda en el interior, como si fuera una gran dama.

—¿Y bien? ¿Adónde la llevo?

—A la universidad, gracias. ¡Y rápido, que voy a llegar todavía más tarde!

—De acuerdo, señorita, haré todo lo posible.

—Muy bien, entonces gire aquí y coja esa callejuela de allí al fondo, así se ahorrará todos los semáforos. Luego siga recto por el viale Liegi…

—Disculpe, este coche puede ir por todas partes, cortaremos por Villa Borghese y así llegaremos antes; ya verá, déjeme hacer, confíe en mí…

—Muy bien, hagamos como dice usted.

A continuación Gin coge el móvil y me escribe un mensaje:

> Gilipollas… No sé si así vas a recuperarme del todo, aun así, me gusta. Me has sorprendido, y positivamente, y te amo, aunque luego reniegue de ello.

Al cabo de pocos segundos, le llega mi respuesta:

> Ya lo sé, eres así. Yo también te quiero y no reniego de nada. Diviértete…

Gin se echa a reír, se pone los auriculares y se relaja canturreando *Relax, Take It Easy*, de Mika.

[11] Mira pasar la ciudad por la ventanilla.

«La verdad es que ir con chófer es realmente una pasada, con mucho menos estrés y pudiendo pensar más en ti y en lo que quieres hacer. Tendría mucho más tiempo por las mañanas. También es verdad que pensar demasiado, al final, es malo. Mejor hacerlo solo de vez en cuando. De acuerdo, ¡me parece que le voy a montar una escena una vez al mes!», piensa Gin mientras sale ligera del coche.

—Nos vemos más tarde —le dice al chófer.

—Cuando termine, aquí estaré.

Se dirige a Jurisprudencia para asistir a las clases y, al final, como siempre, se queda charlando de dosieres y apuntes con Maria Linda, su amiga de fuera de la facultad, que le pide que la lleve.

—¿Vas en moto?

—No, en coche.

—¿Has encontrado aparcamiento?

—En cierto sentido. Hagamos una cosa, ¡te llevo si no haces muchas preguntas!

Maria Linda se encoge de hombros.

—¡De acuerdo!

Pero cuando llega delante del Mercedes negro con chófer elegante y todo, que en el momento preciso les abre la puerta con sus gafas oscuras, ya no puede más.

—¡Ah, no, perdona, has jugado sucio! ¡En una situación así es imposible no hacer preguntas!

—¡Sube y aguanta!

Pero antes de llegar a los cien metros, Maria Linda se acerca al oído de Gin:

—¡Y encima el chófer es alucinante! Joder, todo te toca a ti.

Gin se carcajea mientras Maria Linda intenta insistir:

—¡Vale, o hablas o paras el coche y bajo! ¡No, de verdad, no aguanto más, me estoy muriendo de curiosidad!

—Está bien, te lo contaré todo, ¿vale? Pero no puedes reírte.

—¡No me reiré, lo juro! De todos modos, ¿te das cuenta de lo incongruente y contradictoria que eres? Cambias de carrera porque Literatura no tiene fines sociales. ¡Estudias como una loca la historia del derecho de asilo, haces ver que

eres muy de izquierdas, odias mis Hogan, y luego te encuentro en la universidad con coche negro y chófer! Como mínimo, me debes una explicación.

—¡Anoche discutí con Step y esta mañana he recibido esta sorpresa!

—¡No! ¡No me lo puedo creer! ¡El mío, ni una rosa, solo algún triste SMS, y encima con faltas de ortografía! ¡Joder, qué vida más injusta!

En poco tiempo llegan a casa de Maria Linda, que, antes de bajar, le aconseja:

—¡Discute todos los días, por favor, sobre todo cuando tengamos examen, así me recoges y vamos más tranquilas!

Gin se ríe y se despide de ella.

—¿Adónde vamos, señorita?

—Lo siento si he sido un poco brusca esta mañana…

—No se preocupe. Me habían avisado…

—Ni siquiera le he preguntado cómo se llama.

—Ernesto. ¿Adónde la llevo, Gin?

—A casa. Gracias.

Y el coche acelera y prosigue su camino. Cuando llegan a la puerta de casa, Gin se mira en el retrovisor y sonríe. Ha sido realmente un bonito día.

—Ernesto, puede irse, y gracias por todo.

—No hay de qué, pero me han pagado hasta entrada la noche, así que debería aprovechar.

—Muy bien, pues subo un momento, como algo y luego nos vamos.

—Perfecto.

—¿Quiere que le traiga algo?

—No, gracias, no se preocupe.

—De acuerdo, como quiera.

Gin baja del automóvil justo cuando llega su padre con un compañero de trabajo.

—Hola, papá. Hola, Gianni.

—Hola, Gin.

—Papá, nos vemos arriba. —Y desaparece en el portal.

Gianni mira con curiosidad a Gabriele.

—Pero ¿tu hija ya tiene chófer?

—Imagínate, y todavía no se ha licenciado.

Gianni sacude la cabeza.

—No me hables; mi hijo Tommaso no estudia, el otro, Pietro, piensa que se

va a hacer millonario con los videojuegos y se pasa el día delante de la PlayStation, y ¿sabes qué dice? «¡Ay, papá, Zuckerberg hacía lo mismo!». ¿Lo ves?, ahora no hacen nada y todo es culpa del que inventó Facebook. Ligan y chatean todo el día por internet, y el fútbol es la única materia en la que están realmente preparados: ¡se saben a cuánto ascienden los fichajes incluso de los jugadores internacionales más desconocidos!

—Ya verás como cambiarán con la edad —intenta animarlo Gabriele, pensando en lo afortunado que es de que su hija sea una chica.

—Esperemos que sea como tú dices.

Los dos compañeros se despiden y, cuando el padre de Gin entra en casa, lo primero que hace es abrir los brazos.

—Espero una explicación que sea plausible… O que me toque la SuperEnalotto.

—Bueno, papá, la verdad es que ha sido mi novio —dice Gin, y se ríe apurada.

—Bien, la otra vez le hizo hacer de actriz a mi mujer, que además es tu madre, en un extraño vídeo… En esta ocasión mi hija tiene un chófer, ¡a saber por qué motivo!

—Que no, hemos discutido y él ha querido disculparse de esta manera especial.

Justo en ese momento entra su madre.

—¡Aquí llega la actriz!

—Sí, sí, vamos a sentarnos a la mesa, será mejor.

El padre se pone la servilleta sobre las piernas.

—Así pues, tendré que discutir yo también con él alguna vez… ¡A lo mejor recibo algo bueno!

Gin traga saliva.

—Bueno, papá, mejor que no, no siempre es tan amable.

—Ah…, de acuerdo. Entonces será mejor que comamos.

Gin y su madre intercambian una mirada de complicidad. Francesca empieza a comer y por un instante tiene una pequeña duda: «Espero haber hecho de actriz por una causa justa».

Cuando Gin sale de casa, el chófer le abre la puerta del coche.

—Ya estoy aquí, tendría que ir a De Paolis para una audición.

—Claro, no hay problema. A esta hora debería haber menos tráfico en la calle.

—¡Mejor así!

Gin se pone a teclear en su móvil:

> Pero ¿qué estás haciendo? ¿Dónde estás?

> Trabajando y pensando en ti —contesta Step.

> Sí… —Gin ríe—. ¡El Battisti de los pobres! ¡Vamos, dímelo!

> Pensando en ti y trabajando.

> Ya veo, estás ocupado. Lástima. Esperaba que, después de la audición en De Paolis, podríamos disponer tú y yo del chófer, es más, que podríamos disfrutar del coche, así te harías perdonar del todo… Pero deberías haber cogido un coche de esos que se ven en las películas, con el cristal negro que se levanta y deja aislado al conductor… No sé si me entiendes. ¡Me parece que este es un mirón de campeonato!

> ¡¿En serio?!

> Que no, era broma. Bueno, nos llamamos esta noche. Y gracias de nuevo por esta sorpresa tan bonita.

> De nada, un placer.

Gin saca el guion con las frases que tiene que decir. Step, en cambio, no deja el móvil y envía un SMS a Ernesto antes de salir del despacho:

> Ya salgo. Nos vemos allí.

Ernesto oye vibrar el móvil, lo mira sin que Gin se dé cuenta y lee el mensaje de Step. Después gira en una curva y entra en los estudios De Paolis.

—Ya hemos llegado. ¿Cómo se llama la producción?

—*Italian Movie.*

—Muy bien. —Ernesto baja la ventanilla y se dirige al guardia—: Disculpe, ¿para *Italian Movie*?

—Al fondo a la derecha, en el Teatro Sette.

—Gracias.

El guardia levanta la barrera, Ernesto conduce hacia esa dirección hasta que se detiene delante del Teatro Sette. Gin baja del coche.

—Vuelvo en cuanto acabe.

—Sí. Mucha mierda; ¿se dice así?

—A veces con decir *mierda* ya vale…, pero, en cualquier caso, ¡eso espero!

Y se dirige a la entrada del teatro. Pasa por delante de dos chicos y uno le dice al otro:

—¿Has visto qué buena está esa tía?

—¡Sí, pero no la has reconocido, es la de «*Un posto al sole*»!

—Venga ya, ¿es ella?

—¿No te has fijado que ha venido con el chófer?

—Sí, ya. Pero ¿tanto dinero ganan estos de la *Italian Movie*?

—Ni idea, eso parece.

Gin se echa a reír y entra en el Teatro Sette para hacer la audición. Al cabo de un rato, regresa al coche.

—¿Cómo ha ido?

—Ni idea, era para un anuncio y nunca sabes cómo te ha salido; no es como cuando tienes un texto concreto para el teatro o el cine y puedes hacerte una idea de lo que piensa el director. O sea, si te coge o no. Aunque luego los directores acaban eligiendo a quien les parece, pero por lo menos puedes intuir algo. Volvamos a casa.

Ernesto arranca y salen de los estudios De Paolis.

—De todos modos, gracias, por hoy ya he terminado, no sabría decirle adónde más ir, en serio…

—¿Está segura?

—¡De verdad! Ha sido usted muy amable y he pasado un día realmente

insólito.

Entonces Ernesto le sonríe y coge un sobre del salpicadero.

—Esto es para usted.

Gin, intrigada, lo abre enseguida. Dentro hay un sobre y una breve carta.

> Me gustaría estar ahí para ver la expresión de tu cara… Pero me gustaría estar ahí no solo por eso. Me alegro porque pienso que habrás pasado un bonito día y querría hacer que terminara de la mejor manera. Dentro de este sobre hay algo para tí…

Y entonces Gin, todavía más intrigada, abre también el sobre más pequeño, que contiene un iPod y otra nota:

> Cada pista te guiará.

Gin se pone los auriculares y pulsa *play*. Con las notas de fondo de *Neanche il mare*, de los Negramaro[12], oye la voz de Step:

—¿Qué? No te lo esperabas, ¿verdad? ¿Ves el poder que tienen tus broncas? Una vez leí esta frase: «El amor hace extraordinaria a la gente normal». Deberíamos cambiarla por «¡Gin y sus escenas hacen extraordinario a cualquiera!». Ahora quizá te estés riendo, y me alegro. Recuerda que en el momento en que el chófer se pare tienes que escuchar la segunda pista.

Es un fragmento de Eros Ramazzoti. «*Più bella cosa non c'è, più bella cosa di te*…». «No hay nada más bello, nada más bello que tú…[13]» Gin se ríe con ganas. Cuántas veces le ha cantado ella esa canción, imitando a Eros, imitando incluso su voz nasal, bailando delante de él mientras llevaba puesta solo su camisa azul cielo y con una cerveza vacía en la mano a modo de micrófono.

Grazie di esistere… «Gracias por existir». Es su canción favorita. Entonces a Gin le vienen a la cabeza detalles de su historia con Step; salen de lo más

profundo, misteriosamente desaparecidos, afloran ahora de repente, haciéndole entender lo enamorada que está.

Luego, siguiendo las indicaciones, pone la segunda pista, un fragmento de Bruce Springsteen.

Born in the USA[14].

Y, al igual que la voz de los auriculares del museo lo acompañan a uno durante la visita, Step empieza a relatar:

—Aquí nos conocimos, aquí nos vimos por primera vez… —El coche se ha detenido en la gasolinera de corso Francia—. Me estabas robando la gasolina como si le estuvieras haciendo una faena a uno cualquiera. Me hiciste creer que era una casualidad, que el destino había hecho que nos conociéramos… En cambio, después comprendí que todo estaba preparado…

Gin se acuerda de su plan, de los dos años que se pasó pensando en él, cuando huyó a Estados Unidos, después tuvo noticia de su regreso, sus intentos por encontrarlo, hasta que llegó el momento en que lo tuvo delante, aquella noche.

A continuación, el coche se pone de nuevo en marcha y hace una serie de paradas, y cada vez se corresponde con una pista distinta.

—Aquí te dejé en el coche, salté la verja del jardín botánico y te traje una orquídea, ¿te acuerdas? Lamento no poder llevarte a la piazza del Campidoglio, pero a los Foros, sí… En el descampado de las ruinas había un banco en el que hicimos el amor.

Y Gin se emociona. Pasan por delante de sus ojos las imágenes de los muchos días transcurridos con él, del trabajo que hicieron juntos, conociéndose cada vez mejor, hasta «fundirse», como él le dijo una vez. «Siempre estás dentro de mí…», le había susurrado ella. Step, con su rápido ingenio, le respondió: «¡Ojalá!». Al oírlo, Gin lo empujó, gritando: «¡Pero no en ese sentido! Idiota, mira que eres gilipollas…».

Después, de repente, el coche se para. Pista número siete. Pero nada le es familiar en esa calle.

Gin la pone en marcha.

—Bueno, te estarás preguntando qué hicimos aquí, qué ocurrió, o tal vez te estarás enfadando porque piensas que puedo haberme equivocado. —Se oye a Step riendo—. No, no es así. Dile a Ernesto esta frase: «¡Soy Gin, soy testaruda y yo lo he querido!». —Ella, riendo, repite esas palabras al chófer. Ernesto

asiente y le pasa una bolsita—. Bien, si ya tienes la bolsita, baja del coche… —Gin sigue exactamente las indicaciones de la voz de Step—. Ahora, ábrela, hay un llavero, ¿lo ves? La llave roja es la de la puerta del número 14. —Gin mira a su alrededor y frente a ella está justo el número 14—. Pues ahora camina, así, muy bien… —Gin sonríe y se detiene delante de la puerta—. Con esta llave puedes abrir el portal, sí, deberías haber abierto… Ahora sube al primer piso y párate.

Gin llega al rellano y mira a su alrededor.

—Ahora coge la llave azul y abre la puerta más grande.

Gin entra en un apartamento completamente vacío, excepto por una pequeña mesa en el centro.

—¿La recuerdas? La compramos juntos en Campagnano. Estuvimos bromeando y riendo, y tú decías: «Con esto empezaremos nuestra casa», ¿te acuerdas? De momento solo tiene unas flores, pero me parece un buen comienzo, ¿no…?

Justo en ese momento empieza a sonar la canción *She*, de Elvis Costello[15]. Una vez, en el cine, al oírla, Gin le dijo: «Si alguna vez quieres conmoverme, ponme esta… ¡Aciertas seguro!». Y Step, por supuesto, no lo ha olvidado.

Y, con esas notas, Gin se emociona y empieza a llorar. Entonces, alguien la abraza con delicadeza por detrás de la espalda, ella se sobresalta un poco pero luego se vuelve. Es él, guapo, descarado, pero también emocionado. Gin se quita los auriculares.

—Ostras, qué cabrón eres, me la has vuelto a colar. ¡Y encima estoy llorando como una tonta! ¡Te juro que nunca más te echaré una bronca!

Step le sonríe, después se agacha delante de ella y se saca del bolsillo una pequeña caja.

—Te aseguro que habrá épocas duras, llegará un momento en que uno de los dos, o los dos, querremos acabar con todo… Pero te garantizo que, si no te pido que seas mía, me arrepentiré toda la vida, porque siento en mi corazón que eres la única para mí…

Entonces abre la caja, le muestra un precioso anillo y la mira a los ojos.

—Gin, ¿quieres casarte conmigo?

Y Gin lo atrae hacia sí gritando como una loca.

—¡Síiii! —Y lo besa con pasión.

Cuando se separan, Step le pone el anillo en el dedo. Ella lo mira, sus ojos

están llenos de lágrimas, le embarga la emoción.

—Es precioso…

—Tú eres preciosa… —Y se besan de nuevo.

Luego Gin se aparta.

—Eh… De todos modos, yo ya había oído antes esas palabras…

—¡*Novia a la fuga*, te gustó mucho!

—¡Eres un copión!

—Contigo quería ir sobre seguro.

Y vuelven a besarse.

VEINTIOCHO

Y ahora veo a Gin moviéndose por casa, la misma casa por la que pedí una hipoteca pensando que estaba dando un gran paso, pero nunca me habría imaginado que iba a ser ese «paso». ¿Qué fue lo que de repente me hizo decidirme? Su bronca, sin duda, no. Y se me dibuja una sonrisa al recordarlo.

Gin es hermosa, risueña, está siempre alegre, sufre por las cosas que le importan y me ama. Es única, especial. ¿Fue tal vez el miedo a perderla? El miedo a no volver a encontrar a una persona así, tan perfecta. Pero ¿la perfección es un pretexto para el amor? Si ahora Pollo estuviera aquí conmigo, sentado en este sofá, ¿qué me diría?: «Ah, Step, pero ¿qué estás diciendo? ¿Tú crees que alguien como tú tiene que plantearse las cosas como si fuera un oficinista? Pues bien, lo primero: las mujeres pasan y los amigos se quedan. Vale, yo me he ido…». Sí, se estaría burlando de mí un buen rato.

«¡Joder, tú eres Step, recuérdalo!». Cómo me gustaría que estuviera aquí de verdad para escuchar bien sus palabras, porque, aunque ya no esté, todavía es el único que me conoce mejor que nadie.

«¿Qué más? Continúa…». «Y ¿qué quieres que te diga? Y pensar que un día pedirías una hipoteca, te comprarías una casa, y encima en la Camilluccia, que prepararías toda esa serie de sorpresas para pedirle a una chica que se case contigo… Bueno, si me lo hubieran dicho, nunca me lo habría creído, te lo juro. Pero las cosas han ido así, de modo que no puedo discutir, me has dejado descolocado. A ti, al que le gustaban las peleas, ¿ahora te gusta el matrimonio? ¡No sé!… Pero si tengo que entender por qué lo has hecho, mejor dicho, por qué lo estás haciendo…, porque todavía estás a tiempo; lo sabes, ¿verdad? Bueno, pues no tengo una explicación concreta. Solo sé que un paso como ese se da cuando amas a alguien, no creo que haya otros motivos. Así que la pregunta que

te hago es: pero ¿tú amas a Gin?».

Y me quedo mirando ese sitio vacío en el sofá, como si la última pregunta de mi amigo todavía me retumbara en los oídos.

«¿Tú amas a Gin?».

—Eh, ¿qué pasa? —Me mira divertida, está ahí, quieta, con las manos en las caderas mientras sacude la cabeza intrigada—. ¡Parece que hayas visto un fantasma!

Y no sabe cuánto se ha acercado.

—No, no, estaba pensando.

—Y ¿en qué pensabas? Parecías muy absorto…

—Pensaba en el trabajo, en decisiones que hay que tomar…

—De acuerdo; voy a la cocina porque he preparado unas cosas riquísimas que espero que te gusten.

—¿Qué es?

—Es una sorpresa…, porque tengo una sorpresa.

Y desaparece así, sin añadir nada más.

—Está bien, yo voy a mi despacho.

Me levanto del sofá y me dirijo a la última habitación del fondo. Me gusta esta casa, la siento mía. Está llena de luz, rodeada de verde y de los colores de las buganvillas. Fue idea de Giorgio, fue él quien me convenció de que la comprara: «No la dejes escapar, es un buen negocio. Después, si quieres, te la vendes. La subasta un amigo que me debe un favor». Quería darle una sorpresa a Gin, así que no le dije nada, pero en cuanto la vio se fue a Omega, como dice ella cuando el placer no tiene nombre: «Es la casa que habría elegido para mí. Si la has escogido para nosotros, es todavía más bonita».

Luego estuvo dando vueltas por las habitaciones: primero el salón, con la gran chimenea, después la habitación de matrimonio, el vestidor, los cuartos de baño y el dormitorio de invitados. Y al final la terraza, que se abre en un porche. Entonces sonrió.

—Es preciosa. Es nueva, y aquí también lo somos nosotros…

La miré sin entender a qué se refería. Entonces me lo explicó.

—Aquí no tienes ningún recuerdo que pueda alejarte de mí. Empezamos de nuevo juntos. —Y me abrazó y me estrechó con fuerza.

Entonces lo entendí. Cuando haces sufrir mucho a alguien, ese dolor no se va nunca, esa cicatriz permanece en el corazón, colocada como una ligera hoja que, caída en octubre de un gran árbol, se queda allí para siempre. Y, tanto si lo

quieres como si no, ningún viento, ningún meticuloso barrendero conseguirá limpiar ese corazón nunca jamás.

Como aquel día.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes, cariño?

—Nada.

—Pero ¿cómo que nada? Has cambiado por completo…

—Lo sé, resígnate. Tenemos que convivir con ello.

Eso me contestó aquella vez en el sofá, al cabo de unos meses, cuando de repente cambió de expresión. Estábamos riendo hasta un minuto antes. ¿De qué nos reíamos?, ahora no me acuerdo. Sin embargo, la tristeza de esa mirada no la olvidaré nunca.

Y hoy, a quince días de nuestra boda, Babi ha aparecido de nuevo en mi vida. Es hermosa, es mujer y es madre. De mi hijo. ¿Gin debe saberlo? Y ¿qué he sentido por Babi? ¿Tengo ganas de volver a verla? Cuando nos hemos tocado, cuando he sentido su piel, su perfume, que sigue siendo el mismo, ese Caronne, que nunca ha cambiado, desde entonces, desde esos primeros días, desde cada uno de sus besos…

«¿Tú amas a Gin?». Pollo me provoca, resurge entre mis pensamientos. Sí, ahora es como si estuviera sentado delante de mi escritorio, jugando con mi abrecartas; lo sujeta con la derecha, lo hace rebotar en la palma de la mano izquierda, arriba y abajo, como un metrónomo. Me sonríe y marca mi tiempo. Después lo deja sobre la mesa y abre los brazos. «Solo tú puedes saberlo». Y, tal como ha venido, se va. Me deja solo, con mis dudas, mis miedos, mis incertidumbres. ¿Cómo voy a casarme precisamente ahora que acabo de saber que tengo un hijo con Babi? ¿Cómo voy a decírselo a Gin? Pero sé que no puedo dejar de compartir con ella una parte tan importante de mí. ¡¿Por qué mi vida se ha complicado hasta este extremo?! Lo más terrible es que ni siquiera veo una escapatoria.

Con estos pensamientos en fila como soldaditos inmóviles, me pongo a mover el ratón, la pantalla cobra vida y luego, de manera compulsiva, escribo su nombre en Google, empezando una búsqueda desenfrenada, hasta que la encuentro. Babi Gervasi, sus fotos de la página de Facebook. Es una página abierta, sin protección de la privacidad, con algo que me hiere y al mismo tiempo me causa un estúpido placer. La portada de la página es una foto. Nuestra foto, el puente de corso Francia con la frase «Tú y yo a tres metros sobre el cielo». Como si no esperara otra cosa más que yo la viera.

Compruebo cuándo abrió la página. Exactamente hace seis años. Y veo el álbum, las fotos cargadas desde el móvil, retrocedo en el tiempo y miro las imágenes de su boda, ella vestida de novia, su marido. Lo observo con atención. Es rubio, delgado, con los ojos oscuros, los labios finos, alto, elegante. No se me parece en nada, es lo más alejado de mí que puede ser, y a la vez tan cerca de ella. Aquí está la foto de Massimo. Nació el 18 de julio. Se ve a Babi con un camisón blanco, lo sostiene en brazos, aún está en la habitación del hospital. Babi pone cara de no creérselo todavía.

Debe de ser la emoción que se siente al ser madre por primera vez. Algo natural y al mismo tiempo extraordinario. Paso una foto tras otra, los cumpleaños de Massimo, en la playa jugando con la arena, vestido de Peter Pan por Carnaval y tirando confeti al aire. Cada foto es una espina en el corazón, y me entran unas repentinas ganas de volver a verlas.

—¡Cariño! ¡Te estaba llamando! ¿No me oías?

—No, perdona.

—Pero ¿qué estabas mirando?

Tengo el tiempo justo de cerrar la página mientras Gin rodea la mesa en busca de algo.

—No, he acabado una llamada por Skype para la reunión de mañana. Ya está todo arreglado.

—Pues vamos a la mesa, que se enfría.

—Sí, claro. Voy un momento a lavarme las manos.

Me dirijo al cuarto de baño y, en cuanto entro, cierro la puerta y me paro delante del espejo. Ya estoy mintiendo. Me apoyo con ambas manos sobre el lavabo y no me atrevo a mirarme. A continuación, abro el grifo del agua fría y la dejo correr un rato. Lleno las dos manos y me lavo la cara, varias veces. Cierro el grifo, pongo la toalla en su sitio y miro a mi alrededor. Detrás hay un jarrón, en la esquina, con unas flores secas japonesas; hay una báscula en el suelo, mi albornoz, el champú y el jabón en el hueco de la ducha. Todo está perfecto. Todo está en orden, no hay nada fuera de lugar, al revés de como está mi vida en este momento. Entonces salgo del baño y me dirijo hacia el comedor. Mientras camino, la veo encender las velas en el centro de la mesa, la ventana está abierta y las luces de la terraza encendidas. Fuera, la noche también es perfecta, el cielo es de un azul luminoso, está esperando la noche. Gin ha conectado su iPhone a los altavoces y empieza a sonar una pieza de jazz, John Coltrane, *A Love*

Supreme[16].

—Te gusta, ¿verdad?

Muchísimo, y ella lo sabe. Ha cogido un vino blanco y lo ha dejado en el centro de la mesa. Me pasa el sacacorchos.

—¿Te ocupas tú, cariño?

—Sí, por supuesto.

Y cierro los ojos mientras sostengo la botella.

Cariño. «¿Te ocupas tú, cariño?».

No soy capaz de ocuparme de nada, Gin, pero precisamente tú no puedes imaginarlo. De manera que corto la cápsula que protege el tapón, luego abro el sacacorchos, saco el tirabuzón y lo clavo en el tapón, voy bajando, fijo la hendidura en el borde de la botella y empiezo a extraerlo, coloco la segunda hendidura y lo extraigo del todo. Huelo el corcho, lo hago de forma mecánica. Lo sirvo en las copas, cuando se ha aireado un poco, lo huelo con más atención y me doy cuenta de que es un excelente sauvignon, doce grados y medio. Lo pruebo, también la temperatura es perfecta. Gin vuelve a la mesa con una cubitera con agua y hielo.

—¡Oh! —Me sonríe—. Podemos empezar.

En el carrito que hay a su lado están todos los platos que ha preparado, así no tiene que volver a levantarse.

—Brindemos. —Coge la copa que acabo de llenarle y enseguida encuentra la frase que le parece más adecuada—: Por nuestra felicidad —dice mirándome a los ojos.

—Sí —contesto despacio, pero mi interior está alborotado por completo.

A continuación, Gin da un pequeño sorbo a la copa de vino blanco y la deja al lado de su plato.

—Rico, frío, perfecto.

—Sí.

—Aún no lo entiendo: ¿debería haber dejado la copa antes de beber? Hay quien dice que sí, pero no está muy claro.

—Así es. Son leyendas extrañas. Lo único cierto es que hay que mirarse a los ojos.

—Eso lo hemos hecho.

Sonríe alegre, seguidamente, con expresión divertida, decide describirme el menú de la cena.

—Bien, te he preparado unos mejillones a la pimienta, he comprado los grandes, esos españoles, con un chorro de vino blanco, limón y hierbas variadas. A continuación, gambas marinadas para ti, y algunas al vapor para mí, y, para terminar, una lubina a la sal con patatas fritas. ¿Te gusta?

—Eres genial, Gin.

Cojo una cuchara y me dispongo a servirle.

—No, para mí, no…

—¿Por qué?

—Solo he podido comprar unos pocos y sé cuánto te gustan.

—Está bien, gracias, pero uno sí probarás.

Me siento culpable y me gustaría tocar el tema ahora, pero ¿cómo se lo digo? «¿Sabes?, tengo un hijo, aunque podemos dejarlo para otro momento». Me como un mejillón, con voracidad, y ella se ríe. Siempre quiere que coma más despacio, pero esta noche no dice nada, parece que me lo permita todo. Entonces me limpio la boca y bebo un poco de vino, lleno de nuevo la copa y sigo bebiendo.

Pero debo decírselo, tengo que hacerlo.

—¿Te gustan?

—Muchísimo, en serio, gracias.

La miro a los ojos, cualquier cosa que dijera ahora lo arruinaría todo. Una colección de cristales que cae al suelo con toda la vitrina, ese sería el ruido de su corazón. Y, además, yo todavía tengo que aclarar algunas cosas. De modo que le sonrío.

—Has preparado una cena fantástica.

Gin es impecable, y en esta ocasión es ella quien sirve el sauvignon, y lo encuentro todavía más rico, ligeramente afrutado. En su copa, sin embargo, todavía queda un poco de vino. Las gambas marinadas son muy frescas y se me derriten en la boca. Cojo un pedazo de pan crujiente, lo parto y le doy un bocado, a continuación otro y otro más; ella se ríe y sacude la cabeza, sin embargo no dice nada, retira los platos y me pasa la lubina. Yo la limpio, separo la espina, quito las mejillas y le ofrezco una a ella.

Gin sigue mirándome y comiendo patatas fritas, mientras yo, que estoy terminando de limpiar la lubina, hago tiempo antes de decidirme a decirle algo.

—Eh, Step… —Pero no contesto, ni siquiera digo «¿Sí?»—. ¡Ya sabes que me pones un montón, que, si esta cena te gusta mucho, bueno, pues tú me gustas como cien de estas cenas!

—Pero no has probado la lubina…

—No, pero he comido patatas y todavía están calientes y de muerte como tú…

Y rodea la mesa y me da un beso largo, apasionado.

—Mmm, es verdad, está riquísima, y muy fresca… Pero sin duda tú estás mejor.

Y seguimos comiendo en silencio. Tengo que decírselo, por lo menos insinuar algo. Me limpio la boca, he bebido bastante y sé que ha llegado el momento, porque ya he acabado el último bocado y no hay nada que pueda retenerme.

—¡Espera!

Se levanta y regresa con dos tarrinas llenas de arándanos, frutas del bosque, fresitas y frambuesas.

—Mira, también hay esto; ¿quieres?

Yo asiento, ella rocía un poco de nata en mi copa y hace lo mismo con la suya.

Las frutas del bosque están a temperatura ambiente, mientras que la nata está ligeramente fría, la combinación es perfecta. Lamento muchísimo estropear todo esto. A continuación, Gin se levanta y desaparece de nuevo en la cocina y regresa todavía más sonriente con una botella de champán y dos copas altas.

—¿Qué ocurre?

—Toma, ábrela… Y ten cuidado de adónde envías el tapón… Si toca a uno de nosotros, buena señal, será que nos casamos. ¡Así que no lo dejes caer en medio, que ya hemos hecho las amonestaciones! —Y se echa a reír mientras que a mí, por un momento, creo que me ha cambiado el color de la cara.

Entonces el tapón sale despedido y rebota lejos, sobre el sofá, y me apresuro a llenar las copas.

—¿También champán? ¿A qué se debe?

—¡Ya te he dicho que era una sorpresa! —Entonces se me acerca, me sonríe y choca su copa contra la mía—. ¡Felicidades, papá!

Y pone mi mano libre encima de su tripa. No encuentro palabras, no consigo decir nada, no puedo creer que todo esto me esté pasando a mí. ¡Otro hijo!

—Amor, pero ¿no eres feliz? ¿No dices nada?

Miro a Gin y sonrío.

—Perdóname, tienes razón. Es la cosa más bonita del mundo, todavía no me lo puedo creer.

—Es cierto, es maravilloso, soy tan feliz. —Y me abraza y me aprieta fuerte

y después me susurra al oído: «será nuestra cosa más bella». Después se separa de mí y sonríe. ¡Por suerte, ya habíamos decidido casarnos, si no parecería una boda de penalti!

Y, con los labios húmedos de champán, me besa y me coge de la mano.

—Tenemos que celebrarlo a lo grande…, vamos —susurra maliciosa.

Yo la sigo y, al final, incluso me entran ganas de reír. Qué absurda es la vida. En un solo día he descubierto que soy padre por partida doble.

VEINTINUEVE

En la penumbra de la habitación, me lleva hacia la cama; me desnuda ella, me desabrocha la camisa, me la saca con rapidez de los pantalones haciendo saltar el último botón, reímos; el cinturón tiene una hebilla automática, así que la ayudo, y a continuación se lanza a la cremallera del pantalón y me la baja. Se pone de pie, en un instante deja caer al suelo su vestido, se quita el sujetador y las bragas, se queda desnuda y viene hacia mí; me abraza, mientras nuestros cuerpos vibran de deseo y ella, sin pudor, me la coge con la mano.

—Esta es la culpable, pero la amo, me ha hecho la mujer más feliz del mundo… —Y añade—: Quiero agradecérselo de una manera especial…

Y entonces se agacha, se pone en cuclillas y empieza a besarla. De vez en cuando, levanta la mirada y sonríe con malicia, sexi como nunca ha sido, ¿o soy yo que la veo así? Bebe un sorbo de champán y vuelve a bajar, del mismo modo que antes, y siento un estremecimiento increíble, frío, burbujitas y ella, su boca, su lengua y el champán que derrama encima. Me pasa la botella, sale de la habitación y apaga todas las luces de la casa; a continuación, oigo que trastea con algo, abre cajones, enciende una cerilla. Vuelve a entrar en el dormitorio, me tiende un vaso, lo huelo. Ron.

—Sé lo mucho que te gusta. He comprado Zacapa Centenario, el más rico, el mejor… Es preferible que yo no beba, el alcohol está contraindicado. —Sonríe, es fantásticamente complaciente.

Lo pruebo y me tomo un largo trago, tras lo cual me coge de la mano.

—Ven conmigo, tengo un antojo…

Y me lleva por la casa a oscuras. Ahora está casi todo en penumbra. En el salón, en el estudio y en el comedor hay velas, una en cada habitación. Y sigue tirando de mí hasta llegar a mi despacho.

Aparta algunas cosas de la mesa y luego se sienta encima.

—Bueno, no sabes la de veces que he deseado hacer esto, como si fuera tu secretaria y quisiera ser tu concubina…

Y yo me río con esa palabra.

—Sí, sé mi concubina… —Y la beso.

Ella abre las piernas y pone un pie en el apoyabrazos de la silla, el otro, en los cajones que están al lado, y se queda dulcemente descompuesta, mirándome a los ojos. Después me la coge con la mano y la conduce con delicadeza dentro de ella. Y empieza a moverse empujando la cadera contra mi pubis.

—Eh…, pero ¿qué te ha pasado?

—¿Por qué?

—Estás supersexi, nunca has estado así…

—Eres tú, que nunca te has fijado…

Libera las piernas y las aprieta con fuerza a mi alrededor, aferrándose a mí. Mueve la mano sobre la mesa, se topa con el ratón, que está encima de la alfombrilla, y, al desplazarlo, hace que se encienda la pantalla del ordenador. Gin se da cuenta.

—Vaya, maldita sea, ¿qué he hecho?; con esta luz nos van a ver…

Y por un instante veo a su espalda la página de Safari abierta, la barra arriba, la cronología, mi búsqueda abajo, todo lo que he mirado antes, las fotos de Babi, su vida, su boda. Después el ordenador se apaga. Y Gin se ríe.

—Menos mal; no nos habrán visto, ¿verdad?

—No, no creo…

—Eso espero… —La oigo hablar con dificultad, le está gustando, me excita todavía más.

Entonces se tumba boca abajo sobre la mesa, con las piernas estiradas, un poco abiertas, y me guía de nuevo dentro de ella, y eso siempre me excita más aún. Se agarra a la mesa e intenta sujetarse, mientras yo me muevo cada vez más deprisa en su interior.

—Espera, no corras…

Se separa y coge el vaso de ron.

—Quiero que él también lo pruebe.

Da un largo sorbo, pero no se lo traga, se inclina y con la boca llena se la mete en ella. Me vuelve loco, me quema, pero es un placer increíble.

—No puedo más, es fantástico.

Entonces vuelve a levantarse, tira de mí y me hace caer en el sofá, se sube

encima y en un instante estoy dentro de ella. Se mueve sobre mí, deprisa, cada vez más deprisa, hasta que me susurra al oído:

—Gozo, amor.

Y llego yo también al orgasmo. Nos quedamos abrazados, con nuestras bocas cerca, que saben aún a ron y a sexo. Siento nuestros corazones latir veloces. Respiramos en silencio, mientras nuestros latidos poco a poco se van calmando. Gin tiene todo el pelo hacia delante, veo sus ojos, su sonrisa satisfecha…

—Me has hecho llegar a Omega…

—Estás loca, nunca te habías comportado así…

—Nunca había sido tan feliz. —Me estrecha con fuerza y yo me siento culpable.

Entonces la abrazo y la estrecho fuerte, más fuerte.

—¡Eh…, que me haces daño!

—Tienes razón… —Y aflojo un poco.

—Ahora debes tener cuidado… —Le sonrío—. ¿Sabes?, ha sido precioso sentir que llegabas al orgasmo dentro de mí, saber que todo ha sucedido ya…

—Sí.

No sé qué más decir. Y en ese mismo instante me viene a la mente aquella noche con Babi, seis años antes, el sexo con ella después de la fiesta, borrachos. Ella no me dejaba escapar, disfrutaba y me cabalgaba con ardor. Quería más, una vez y otra, y solo se separó cuando yo llegué al orgasmo.

Debió de ser así.

—¿Cariño? ¿En qué piensas? ¿Dónde estás? Me parece que estás muy lejos…

—No, estoy aquí…

—Y ¿estás contento de que vayamos a tener un bebé?

—Claro, muy contento. Pero ¿cómo ha ocurrido?

—Bueno, alguna idea creo que tengo, gilipollas… Ahora ¿me dices en qué estabas pensando?

Intento buscar una respuesta plausible.

—Pensaba que esta noche ha sido todo una verdadera sorpresa, me has dejado sin palabras.

—Sí…, pero no me has parecido muy contrariado.

—No, en efecto… Pero no entiendo cómo se te han podido ocurrir esas fantasías…

—¡Tú me las has hecho leer! *Traficantes de sueños,* de Harold Robbins;

había una escena en la que ella le hacía a él justo lo que te he hecho yo esta noche.

—¿En serio? No la recuerdo…

—Pensaba que era un mensaje subliminal y que querías indicarme nuevas técnicas amatorias…

—Debo controlar más los libros que te doy. Es como dar una pistola a un niño…

—Yo diría una pistolita a una chica mala… ¡Ja, ja, ja!

—¡Eso no me ha gustado!

—¿Por la pistolita o por la chica mala?

—Por las dos cosas.

—Es verdad. Tengo que comportarme bien ahora que voy a ser madre.

Y seguimos charlando, reímos, bromeamos, con ligereza, comiendo las frutas del bosque con nata que han sobrado. Ella se pone mi camisa, yo, una camiseta y el pantalón del pijama, y acabamos en la cama. Gin empieza a fantasear sobre el sexo y los nombres de nuestro bebé.

—Si es niña la llamaremos como mi madre, Francesca. Pero, si es niño, pensaba en Massimo, es un nombre que desde siempre me ha encantado; ¿qué te parece?

No me lo puedo creer, parece que la vida lo esté haciendo aposta, dos hijos de dos madres distintas y con el mismo nombre.

—Sí, ¿por qué no?, podría ser… Es nombre de líder… —La respuesta me sale espontánea, citando a Babi.

Y bebo un poco más de ron. Creo que ya he bebido demasiado y que debería parar y contárselo todo: «Cariño, yo también tengo una sorpresa para ti. Hoy he visto a Babi…». «Ah, y ¿me lo dices así?». «Y no solo eso, imagínate qué coincidencia, tengo un hijo con ella y se llama precisamente Massimo».

Pero no digo nada. Ella sigue hablando, alegre, contenta, y yo me siento tremendamente culpable, porque comprendo que su felicidad pende de un hilo que yo puedo cortar, destruyendo para siempre su preciosa sonrisa.

—Imagínate a mis padres cuando lo sepan, les dará un ataque, pero de felicidad. De todos modos, se lo diré después de la boda. ¿Sabes?, están un poco chapados a la antigua; si supieran que ya estoy embarazada… Conozco a mi padre, me diría que soy una golfa, que podría haber esperado.

No, es broma, mi padre me adora, me quiere mucho…

Me sirvo un poco más de ron y me lo bebo de un trago, como si pudiera

ayudarme… Y mientras la sigo oyendo charlar sobre las amigas que ha escogido como testigos, las lecturas de la iglesia, el viaje de novios, en el fondo de la habitación, encima de la butaca, veo una sombra. Es otra vez él, mi amigo Pollo; esta vez no me sonríe. Está disgustado, sabe que tengo un problema, conoce mis pensamientos, pero no logra comprender mi respuesta a esa pregunta que sigue haciéndome de forma incesante: «Pero ¿tú amas a Gin?».

TREINTA

—Ella se llama Alice.

—Mucho gusto.

Es una chica guapa, con el pelo corto de color castaño, de complexión delgada pero tampoco demasiado. Una sonrisa decidida destaca sobre un par de vaqueros oscuros y una camisa azul claro con un ribete blanco en las mangas y el bolsillito. Lleva zapatos serios, oscuros, tal vez Tod's.

Me parece incluso demasiado perfecta, pero no puedo confiar en mis sentidos porque últimamente están bastante confusos.

Giorgio me sonríe, está satisfecho.

—Le he contado lo que ha pasado… Puedes irte, Alice.

—Sí, gracias, solo quería decir una cosa. Para mí es muy importante este trabajo. Me gusta cómo está creciendo Futura y me gusta lo que han construido hasta ahora. Nunca me vendería por dinero, nunca le contaría a nadie ninguno de sus secretos. Si tuviera una oferta más importante, la discutiría con ustedes e intentaría llegar a un acuerdo.

Dicho esto, se va y cierra la puerta de mi despacho. Giorgio me mira.

—¿Y bien? ¿Qué me dices? ¿Te gusta?

—¿Desde qué punto de vista?

—Profesional.

—Me da un poco de miedo.

—¿Te da miedo alguien que dice la verdad? No es propio de ti.

—Tienes razón, era una broma. Me parece que se puede confiar en ella. Es directa, sincera, transparente. Tal vez sea lesbiana.

—Yo también lo he pensado. Y eso ha hecho que me dé cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—De que somos dos tremendos machistas.

—Exacto.

—Y, sin embargo, en este caso ella tiene dos hijos y un marido con el que se entiende. Él es un excelente diseñador, un creativo, hace grafismo, cómics, en resumen, un poco de todo. Su nombre artístico es Lumino, y debo decir que su talento no me disgusta. Mira, ha hecho esto.

Giorgio me muestra un logo con la palabra «FUTURA». Hay un sol estilizado, una línea azul debajo, una roja encima. Sencillo pero efectivo.

—No está mal.

—Para mí tampoco. Haré hacer pruebas para ver el efecto en papel y en los sobres.

—De acuerdo.

Voy a sentarme detrás de la mesa.

—Una curiosidad, ¿cómo has encontrado a Alice?

—Buscando…

Giorgio sabe lo que se hace. Quién sabe qué hay detrás de esa búsqueda. Luego me señala algo encima de la mesa:

—Si no te lo crees, te he dejado ahí su currículum. Tanta importancia que le dais a internet y, cuando alguien lo usa de manera adecuada, desconfiáis y no os convence porque lo consideráis un camino inseguro. Introduje los datos de lo que necesitabas y activé la búsqueda. Llegaron unos quinientos currículums, luego añadí mis filtros y salió Alice Abbati.

—¿Cuáles son esos filtros tuyos?

—Ahora quieres saber demasiado.

—Tienes razón. Me estaba preguntando qué era lo que se me escapaba.

—Por ejemplo, esto: habla inglés perfectamente y conoce el chino, un mercado en el que estaría bien que Futura se implantara; y un último detalle: su padre es general de la policía fiscal.

Lo miro con curiosidad.

—Algún día podría sernos útil.

—Espero de verdad que no. Me gustaría seguir trabajando sin tener problemas.

—Los problemas a veces te los crean los demás. Por eso podría sernos útil.

—Sí, es verdad. Pues ¿sabes qué te digo? —Ojeo el currículum, sus habilidades son extraordinarias—. Que definitivamente Alice me parece la ayudante perfecta, felicidades por la elección. Nos tocará darle ya un aumento.

Giorgio se echa a reír.

—Nunca logro entender si me estás haciendo un cumplido en serio o siempre me tomas el pelo…

—Una de las dos cosas es la correcta. Elige tú.

Se sienta frente a mí.

—La fuerza de una empresa siempre es su equipo: cuanto más unidos estemos, más posibilidades tenemos de ganar, y hoy es un día muy importante. A propósito, ¿cómo te fue ayer? ¿Se puede hablar de ello?

Lo miro. Me parece estar viendo a Pollo sentado en el sofá a mi derecha asintiendo. Así que tengo claras dos cosas: debo empezar a beber menos e ir a terapia para admitir que tengo visiones sin cesar. Abro la reja y luego la ventana que da al jardín de par en par; así es mucho más bonito, y entra más luz.

—Sí, fue bien. En un mismo día descubrí que soy padre…

—Eso ya me lo habías dicho…

—¡Pero padre de dos hijos!

—Esto no me lo esperaba. Creo que deberías tener en cuenta un aspecto de tu vida. Entiendo que te gusten las mujeres, pero te recuerdo que estás a punto de casarte y, por si eso no bastara, Futura está creciendo. Si sigues haciendo hijos de esta manera, no sé si la empresa podrá seguir tu ritmo…

¿Por casualidad no has oído hablar de esos objetos raros de látex parecidos a globos llamados *preservativos*?

—Tranquilo. El otro niño lo espera Gin.

—Entonces me alegro mucho. ¿Crees que tenemos que recibir más noticias de este estilo durante el día? ¿Hay posibles acontecimientos que podríamos no haber tenido en cuenta? No, perdona, solo por saberlo.

—Por muy raro que te parezca, en los últimos años no me ha sucedido nada que pueda ocasionar más hijos, ¿de acuerdo? Me he dedicado en cuerpo y alma a Futura, y aun así…

—Dos me parece un bonito número para empezar a ser un buen padre, luego ya veremos, ¿no?

¿Se sabe algo ya del sexo?

—No.

—¿Del nombre?

—Gin sugirió Massimo… Así es más fácil y no me equivoco.

Giorgio me mira sorprendido por segunda vez.

—¿En serio? Babi y Gin no se conocen, ¿verdad?

—¿Gin y Babi amigas, haciéndose esas confidencias? No hay nada más imposible; ¿por qué?

—Piensa mal y acertarás.

—Esa es buena.

—Es de Andreotti, pero no está sujeta a derechos, así que, si quieres, eres libre de usarla.

¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Claro.

—¿Has hablado con Gin?

—Todavía no.

—¿Piensas hacerlo?

—No lo sé. Ayer quería hacerlo, pero fue una cena perfecta, preparada con mucho amor, no deseaba estropearlo. Me propuse decírselo todo después de cenar, pero la noticia me la dio ella.

—Entonces ¿no se lo contarás nunca?

—No lo sé. En este momento no veo a qué podría conducir.

—Ciertamente. ¿Crees que volverás a ver a Babi?

—No lo sé.

—Pero ¿sabes que dentro de un rato tenemos una reunión con el director de ficción de la Rete y que tú tienes que hacer la presentación de todos nuestros proyectos?

—Sí, lo sé.

—Bueno, por lo menos tienes algo claro.

TREINTA Y UNO

Entramos por la gran cancela de la Rete y nos dirigimos hacia la puerta para que nos den el pase. Una de las recepcionistas se inclina hacia nosotros.

—Buenos días, nos espera la señora Calvi, la directora —señala Giorgio.

La administrativa consulta con rapidez el ordenador. Se llama Susanna, lo leo en su placa; habla con alguien por teléfono, dice «Gracias» y vuelve a dejar el auricular en su sitio. Giorgio saca su documento de identidad, pero Susanna le sonríe.

—Giorgio Renzi y Stefano Mancini, ya los he registrado. —E, inmediatamente después, nos entrega dos pases con una última indicación—: Sexta planta.

—Gracias.

Nos dirigimos hacia las grandes puertas de cristal, pasamos cada uno nuestra tarjeta y llegamos a los ascensores. En nuestra planta hay ya una chica esperándonos.

—¡Hola! ¿Renzi y Mancini?

—Sí.

—Síganme.

Empezamos a caminar por el largo pasillo. Al llegar a la mitad, la chica se vuelve hacia mí.

—Me llamo Simona, quería darle las gracias por el detalle que nos envió a mi compañera y a mí.

¿Cómo lo adivinó? ¿Sabe que cuando lo abrí me quedé sin palabras? Una vez más, gracias. —Se para delante de una sala, en la que nos hace tomar asiento —. ¿Quieren café, agua…?

—Un café, gracias, y un poco de agua sin gas —contesta Giorgio.

—¿Y usted?

—Lo mismo, gracias. —Recibo una sonrisa de gratitud por ese regalo que no sabía que había hecho.

En cuanto ella sale de la sala, me vuelvo hacia Giorgio.

—Perdona, ¿me lo puedes explicar?

—Genial, has quedado muy bien.

—Ya veo, pero no tengo ni la menor idea de por qué.

—A ella le entusiasma Alessandro Baricco, y a su compañera, Luca Bianchini. Y tú, una persona especialmente sensible, regalaste el libro adecuado a cada una de ellas.

—Sí, está bien, pero me ha parecido un poco demasiado contenta, casi conmovida.

—¡Será por la dedicatoria que conseguiste que pusiera el autor!

—¿Lo dices en serio? ¿Conseguí que Baricco y Bianchini pusieran su autógrafo en los libros?

Pues sí que soy guay…

—Es normal que Simona esté entusiasmada contigo.

—De hecho, yo también me habría conmovido. Pero ¿cómo lo hiciste?

Giorgio me sonríe.

—Tienes que ser impecable, fascinante, querido y deseado. Eres el amo de Futura, mi empresa. Solo te pido una cosa: en vista de que Simona es muy guapa y ha quedado prendada de ti, por el momento deberías evitar tener más hijos… —Nos echamos a reír.

Estoy a punto de contestar cuando, justo en ese momento, entra de nuevo Simona acompañada de otra chica.

—Aquí está el café… —Deja la bandeja sobre la mesa—. Y también el agua. Ella es mi compañera, tenía muchas ganas de conocerlo.

—Mucho gusto, soy Gabriella.

No siempre a una buena acción le corresponde una buena reacción, pero Gabriella me hace creer que quizá exista en la vida una mínima perfección. Es rubia, alta, exuberante, con unos grandes ojos azules y la nariz respingona. Me tiende su mano delgada, que no puedo evitar mirar, y le digo:

—Encantado. Stefano Mancini.

Ella se ruboriza y baja los ojos.

—Me alegro de conocerlo. —Entonces se vuelve sobre sí misma y se marcha.

—Mi compañera es más tímida que yo —aclara Simona—. Unos minutos de paciencia y podrán entrar —añade, y sale de la sala dejándonos solos.

—Ya ves, Gabriella… ¡Le has dado la mano y la has dejado embarazada!

Le propino a Giorgio un suave puñetazo en el hombro.

—Para ya con esa historia.

—Venga, pongámonos serios, que entraremos enseguida.

Giorgio abre un sobre de azúcar y lo echa en su taza de café.

—Son las once y cinco. Estábamos citados a las once, ya verás como Gianna Calvi no nos recibe antes de veinte minutos.

—Perdona, pero ¿cómo puedes saberlo?

—Solo lee a Marco Travaglio, los suplementos de *Affari&Finanza* y, aunque diría que es completamente contradictorio, a Nicholas Sparks y sus libros de amor, el destino, Dios. Sobre su tendencia sexual no pondría la mano en el fuego, a pesar de que tiene una hija de veinte años, pero lleva tiempo separada. Nos está haciendo esperar, aunque ha sido posible concertar la cita de hoy gracias a quien la puso ahí, por absurdo que parezca. ¿Ves cómo actúa el poder? Quiere hacernos entender que, sea cual sea el resultado, ella es quien cuenta, quien decide…, quien domina. Mujeres que odian a los hombres. —Y entonces esboza una amplia sonrisa socarrona. Eso es lo que Giorgio hace: va al núcleo del problema, al corazón del enemigo, y se ríe de ello.

También yo me tomo el café antes de que se enfríe y bebo un poco de agua. Echo una mirada a los tres trabajos que presentamos y encuentro una hoja encima de cada uno.

—¿Quién ha hecho esto?

—Alice, esta mañana, sin que le dijera nada. Ha dicho que una pequeña chuleta de la historia podría ir bien para un repaso rápido antes de la presentación…

—Ha hecho muy bien.

—Cuando la veas, yo la felicitaría. Echamos a quienes nos traicionan, pero damos la justa importancia a quien se la merece.

—Exacto.

Miro la hora. Son las once y treinta y cinco. Si Giorgio tiene razón, deberían llamarnos ahora. Me fijo en que tengo un mensaje. Lo abro. Es de Gin.

> Cariño, ¿cómo estás? ¿Estás feliz por la noticia de ayer? ¡No hemos hablado lo suficiente!

Es cierto. Me faltaron las palabras. Las que podía decir las hizo callar el alcohol. Y Gin, como de costumbre, ha dado en el clavo; no hemos hablado mucho.

¡Es maravilloso!

En cuanto envío el mensaje, entra Gabriella.

—¿Quieren algo más? Les he traído unos bombones, están muy ricos. —Y deja unos *gianduiotti* sobre la mesa. Ambos cogemos uno y le damos las gracias —. ¡Síganme, la directora Calvi los está esperando!

Camino a su lado, Giorgio se queda detrás de nosotros. Antes de dejarnos se vuelve hacia mí con sus ojos azules, me pone algo en la mano y, sonrojada, me dice:

—Es mi número.

Me meto el papel en el bolsillo, y Giorgio y yo entramos en el despacho mientras la directora se levanta del sillón de su mesa.

—¡Disculpen que los haya hecho esperar!

—Oh, no tiene importancia…

—Yo soy Stefano Mancini y él es el señor Renzi.

—A él ya lo conozco, pero tenía ganas de conocerlo a usted. He oído hablar muy bien…

Qué raro, hubo una época en que solo se hablaba mal de mí. O ha cambiado el mundo o he cambiado yo. Pero no me parece el momento de sacar a colación este pensamiento, así que sonrío sin estar convencido del todo y no digo nada más.

—Pero siéntense, por favor. ¿Les han ofrecido ya si quieren tomar algo?

—Sí, gracias, nos han tratado estupendamente. Incluso nos han ofrecido un bombón. —Y lo saco del bolsillo—. De hecho, me lo comeré antes de que se derrita.

Giorgio me mira y permanece impasible. Mi comportamiento sigue un guion concreto y racional.

Calvi me ha hecho esperar media hora para demostrarme quién manda; puedo hacerla esperar a que me coma el *gianduiotto* para demostrarle que yo también mando algo, ¿no? Giorgio me pasa un pañuelo, entonces aprovecho para limpiarme la boca y, con toda la calma, empiezo a explicarle los tres proyectos.

Procedo tranquilo, seguro, con autoridad, gracias también al repaso que he podido darles. Calvi me escucha y asiente, con el rabillo del ojo veo que Giorgio escucha hasta que he terminado.

—Bien —dice la directora.

Miro el reloj sin que se dé cuenta. Veintidós minutos. Giorgio me había indicado que no debía pasar de los veinticinco, y eso lo he conseguido.

—Sus propuestas me parecen muy interesantes —comenta ella con satisfacción.

Intento explicarle el motivo de nuestro proyecto:

—Hemos querido hablar sobre todo de mujeres, dirigirnos concretamente a ellas.

Giorgio me había advertido de las nuevas líneas editoriales que la nueva dirección de la cadena pretendía dar a la programación, y nuestros guionistas han seguido sus indicaciones a la perfección.

No sé cómo las ha conseguido, pero en vista del éxito con las secretarias, sobre lo demás no debe de haberse equivocado.

—Sin embargo, por desgracia ahora tenemos varios proyectos como estos… —Calvi abre los brazos casi disculpándose—. De todos modos, déjenmelos y lo meditaré un poco.

Giorgio se levanta y yo lo sigo.

—Gracias, directora, estaremos en contacto.

—Por supuesto, y discúlpenme de nuevo por la espera.

Nos acompaña hasta la puerta y nos despide con una sonrisa de simple cortesía. No está ninguna de las dos secretarias, de modo que nos encaminamos solos hacia los ascensores. Pasamos por delante de la sala de espera y veo a un grupo de personas. Giorgio se pone tenso. Un hombre se vuelve hacia nosotros y lo reconoce. El tipo se levanta y le sonríe de manera un tanto excesiva.

—¡Giorgio Renzi, pero qué sorpresa! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias, ¿y tú?

—¡Muy bien! Me alegro de verte. No sabes la de veces que he querido llamarte. —Le tiende la mano y se la estrecha con energía.

Es bajo, rechoncho, con el pelo enmarañado, una barba corta y gafas redondas. Va vestido de una manera extravagante, lleva una americana de piel, unos vaqueros negros, unas Hogan oscuras y una camisa blanca, y parece contento de verlo.

—Te presento a mi nueva ayudante, Antonella.

Giorgio estrecha la mano a una mujer menuda, rubia, con algún retoque, tal vez la nariz, y sin duda las dos morcillas que tiene en vez de labios; esboza apenas una sonrisa, pero no parece que se alegre de verlo.

—Y él es mi asesor editorial, Michele Pirri. —Señala a un hombre alto, robusto, con poco pelo y una cara hinchada, casi sin cuello. Digamos que el trío, en cuanto a estética, deja bastante que desear.

—Encantado.

Giorgio también le estrecha la mano.

—¿Puedo presentaros a mi jefe? Stefano Mancini.

—Ah, sí, claro. Encantado, Gennaro Ottavi. Hemos oído hablar mucho de ti.

Sonrío, pero tampoco esta vez tengo nada que decir. Debería prepararme algo en vista de que esto parece la tónica general y siempre acabo por no hacer ningún comentario adecuado. Por suerte, Giorgio me saca del apuro.

—Bueno, debéis perdonarnos, pero tenemos una cita.

—Sí, claro.

Giorgio me precede y nos dirigimos a los ascensores. Justo en ese momento, la puerta de la directora se abre y sale Gianna Calvi.

—¡Gennaro! Entrad, por favor.

Los vemos tomar asiento en el despacho de la directora y, mientras la puerta se cierra, Giorgio pulsa el botón de la planta baja. Nuestras puertas también se cierran.

—¿Quiénes eran?

—Él era el jefe de la empresa en la que trabajaba antes.

—Ah, claro, me habías hablado de él, pero no lo conocía personalmente. La directora no los ha hecho esperar.

—Son muy amigos.

—¿Qué quieres decir?

—Ottavi la ha cubierto de regalos.

—¿Cómo lo sabes?

—Los elegí todos yo.

—Ah.

Nos quedamos callados mientras el ascensor baja.

—¿Por qué no te quedaste con él?

—Me utilizó mientras le fui útil, luego decidió no utilizarme más, y yo no tenía ninguna participación en su empresa.

—Yo te la ofrecí, pero tú no quisiste aceptarla.

—Tienes razón, pero lo estoy pensando.

Giorgio arruga la frente y, en un tono resuelto, me dice:

—Hice bien no atándome a él. Hubo un tiempo en que incluso pensé que éramos amigos.

Permanecemos en silencio hasta que llegamos a la planta baja.

—¿Vuelves al despacho conmigo?

—No, tengo un almuerzo.

Entonces Giorgio me tiende la mano y me mira con una sonrisa perspicaz.

—¿Quieres mi pase? —pregunto.

—No, el papel que te ha dado Gabriella.

—¿Quieres llamarla tú?

—No. Pero Futura debe tener un futuro. Se empieza por la base. Si una chica tan guapa está ahí no es por casualidad. Y, ya te lo he dicho, preferiría no tener más sorpresas…

—No pensaba llamarla.

—Nunca se sabe.

—La tentación es el arma de la mujer o la excusa del hombre.

—En cambio, Oscar Wilde decía: «Sé resistirme a todo excepto a las tentaciones». Me gusta mucho Oscar Wilde y le hago mucho caso.

Entonces saco el papelito del bolsillo y se lo doy. Giorgio lo rompe y lo tira a una papelera que está allí al lado.

—Confía en mí, jefe, es mejor no tener ese número.

Nos despedimos. Qué raro que no me haya preguntado adónde voy a comer.

TREINTA Y DOS

Mi padre viene a abrirme con una gran sonrisa.

—¡Stefano! ¡Qué alegría! ¡Pensaba que no ibas a poder venir! Adelante, Paolo ya ha llegado.

Entro en el salón y le doy una botella envuelta en un papel con un nombre estampado que reconoce enseguida.

—¡Gracias! Ferrari Perlé Nero es un excelente *prosecco*, pero no hacía falta —dice desenvolviendo la botella que he comprado en Bernabei, su bodega preferida—. Lo abriré enseguida, veo que ya está frío…

Me dan ganas de reír, ya sé que no debería, pero ha comprobado rápidamente qué botella era.

—Claro, papá, la he elegido aposta.

En el salón está mi hermano Paolo y su mujer Fabiola, el pequeño Fabio dibujando algo y el cochecito un poco más allá con Vittoria durmiendo.

—Hola —digo en voz baja acercándome al cochecito.

—Ya puedes gritar, cuando duerme no oye nada… El problema es: ¿cuándo duerme? —Y Paolo se echa a reír.

Fabiola enseguida lo reprende.

—Y ¿tú qué sabes? Si él no la oye… Sigue durmiendo como si nada, total, ya se levanta mamaíta… Pero a partir de ahora eso va a cambiar, ¿eh? Este año la cosa irá de otra manera. Aunque hayas abierto el nuevo despacho, me importa un comino. Quiero estar con Fabio y llevarlo a natación, a baloncesto, a inglés, y ayudarlo con los deberes. Así que debo estar descansada y dormir más.

Paolo pone cara de resignación, pero sonríe.

—Le había propuesto coger una canguro, porque reconozco que el trabajo de una madre es mucho y muy cansado…

—Y encima te cachondeas —dice Fabiola presionándolo.

—Que no, lo digo en serio. Pero no la quiere.

—Pues claro, mis hijos tienen que crecer conmigo, no como esos compañeros de Fabio que están todo el santo día con sus tatas.

Miro a Paolo y muevo la mano arriba y abajo como diciendo: «¡Estás apañado, has hecho una buena elección!». Pero él necesitaba a una mujer así, lo está haciendo crecer desde todos los puntos de vista; es una mujer sólida, casi a la antigua, lo que quiere es muy simple y siempre es directa.

Puedes chocar con ella, pero nunca te confunde.

—Hola, tío, mira qué he hecho…

Fabio me muestra un dibujo.

—Precioso, muy bien. Pero ¿qué es?

—¿Cómo que qué es? ¿Me tomas el pelo? ¡Es la serpiente *Ka* de *El libro de la selva*!

—Es verdad, era una broma, te ha quedado realmente bien.

—Hola, Stefano, ¿cómo estás?

Entra Kyra, la nueva compañera de papá desde hace ya por lo menos un año. Es albanesa y, sobre todo, mucho más joven que él. Tendrá unos treinta años, es guapa, alta y fría. No es simpática, pero ya he dejado a un lado cualquier consideración.

—Bien, gracias, ¿y tú?

—Muy bien. He preparado la comida sobre la marcha, espero que os guste.

Me gustaría preguntarle: «Perdona, pero ¿por qué sobre la marcha? Nos invitasteis hace una semana, ¿qué tenías que hacer esta mañana?». Pero no importa, y pienso en mamá, que se reiría de lo que estoy pensando, y me limito a decir:

—Claro que sí, estará muy bien.

Entonces voy al cuarto de baño a lavarme las manos. Hay una cesta blanca con unas toallas pequeñas de color barro, un jabón ayurvédico, flores secas dentro de un jarrón liso de cristal y un pequeño cuadro de Klee o, mejor dicho, una litografía. Todo parece perfecto, impecable. Kyra ha hecho renovar por completo la casa de mi padre, no sé cuánto le habrá hecho gastar; sin embargo, lo que veo no me gusta, me da una sensación rara de falso y enlucido. Parece una de esas tiendas con muebles de exposición decorada por algún arquitecto sin experiencia que debe demostrar que el estilo minimalista es superchic, pero en esta casa no hay corazón. Sin embargo, mi padre está contento, y con eso tengo

bastante para estarlo yo también, aparte de que es él quien tiene que vivir con Kyra. Me reúno con ellos en la mesa. Papá está sirviendo el *prosecco*, Fabiola pone la mano delante de su copa.

—No, gracias, soy abstemia.

—Pero quería hacer un brindis.

—Pues entonces solo un dedo, gracias.

—Esto es arroz pilaf —indica Kyra—. Esto son dolmas rellenas de carne, a las que al final les he puesto cordero, y aquí hay un estofado.

El último plato es una extraña amalgama sin definir. En cambio, reconozco una bandeja con ensalada fresca.

—Gracias, me parece perfecto, probaré un poco de todo…

Empiezo por el arroz, desde luego después de que se haya servido Fabiola. No me da tiempo a llevarme el tenedor a la boca porque papá coge su copa y dice:

—Bien, me gustaría hacer un brindis.

Todos levantamos las nuestras esperando a lo que dirá.

—Primero me gustaría brindar por este día, hace tiempo que no nos vemos y deberíamos hacerlo más a menudo porque siempre es bonito teneros al lado, aunque falte mamá… —Mira un instante a Kyra como diciendo: «Esta me la dejas pasar, ¿verdad?». Y ella sonríe sin mostrar ninguna muestra de fastidio—. Hemos llegado a ser una bonita familia y, es más, incluso estamos mejor avenidos que antes. —Nos mira buscando nuestra aprobación.

Yo lo escucho impasible, Paolo, en cambio, se muestra bastante más partícipe.

—Por supuesto, papá, es verdad —señala.

De modo que él, alentado, prosigue su discurso.

—Bien, sí, y hoy estoy feliz de teneros aquí, precisamente por lo importante que es la familia… —Emocionado, traga saliva. Parece que está a punto de decir algo trascendente, pero no sabe cómo empezar. Al final, de todos modos, consigue lanzarse—: Quiero deciros que… Bueno, sí, que tendréis un hermano… Mejor dicho, una hermanita.

Paolo, al oírlo, se queda blanco; yo, en cambio, sonrío. En cierta forma, no sé por qué, ya me lo esperaba. Mejor dicho, no, a decir verdad, pensaba que iba a hablar de boda. Mi padre ahora está aliviado y levanta la copa hacia nosotros.

—¿Brindáis conmigo?

—Claro, papá… —Y le doy un sutil codazo a Paolo—. Reacciona —le digo

en voz baja—. Es una buena noticia.

—Sí, es verdad. —Paolo, de alguna manera, abandona de repente cualquier reparo. Así que unimos nuestras copas.

—Por tu felicidad, papá…

—Sí…

—¡Por vosotros! —añade Fabiola sonriendo a Kyra.

—Gracias. —Kyra mira a papá, que enseguida asiente, como si se hubiera olvidado.

—Ah, sí. Nos casaremos en julio. En Tirana.

Ahí está, ya me parecía a mí.

—Bien, entonces va a ser una época de celebraciones.

—¡Pues sí!

Papá por fin se ha relajado.

—¡Y ahora, a comer!

Entonces se dirige a mí:

—Sé que en Tirana están trabajando mucho con los italianos, una importante televisión…

—Sí, lo sé.

—Podrías aprovechar.

—Claro.

No le digo que ya han comprado algunos proyectos, también quisieron a los guionistas y después de la primera semana no volvieron a pagarle a nadie. Regresaron casi todos, solo se quedaron dos guionistas. Uno porque dejó embarazada a una albanesa, el otro porque se enamoró de un chico albanés y le pareció más fácil salir allí del armario, entre otros motivos porque, según me dijo, hablaba poco inglés y por tanto eran pocos quienes habían entendido bien su increíble cambio.

—Probad esto. —Kyra nos pasa un extraño potingue—. Es *tavë kosi*. Es muy rico, lo he preparado con huevos, cordero y yogur. Y también tenéis que probar el *byrek*… —Y nos ofrece un pastel salado de queso.

Cojo el *tavë kosi* con la cuchara. Paolo espera a que yo lo pruebe primero para ver si se atreve él. Fabiola, en cambio, tiene una excelente excusa:

—Estoy a dieta.

Y se sirve solo un poco de ensalada. El pequeño Fabio ya había comido en casa antes de salir.

Decido probar todo lo que nos ofrecen, en el fondo, siento curiosidad. Y así,

mientras como, miro a papá, que acaricia la mano de Kyra y le dice: «Rico, rico de verdad».

No es verdad, miente descaradamente. Obligaba a mamá a hacer siempre las mismas cosas, cualquier otro plato le daba asco. En cambio, con Kyra está subyugado por completo como un felpudo. ¿Así es como funcionamos los hombres? ¿Basta que una mujer cualquiera tenga veinte años menos que nosotros para que nos volvamos tan capullos?

—¿Cómo está? —me pregunta Kyra.

—Riquísimo, un sabor muy peculiar.

En realidad, me comería encantado una carbonara o una pizza, pero ¿por qué no hacerlos felices?

Papá lo está, ella también. El *prosecco*, en cambio, es excelente, yo también estoy feliz con mi elección. Al igual que de no haber dicho que Gin espera un niño. ¿O tal vez una niña? Quién sabe, a lo mejor jugarán juntas. ¡Aunque su hija será la tía de la mía o del mío!

—Bueno, realmente bueno —digo mientras reflexiono con cierta confusión sobre lo que será nuestra familia ampliada.

Y pienso en mi madre y en lo mucho que la echo en falta. Y por lo menos en eso soy sincero.

TREINTA Y TRES

Cuando regreso a la oficina encuentro a Giorgio con la puerta abierta. Mueve el ratón del ordenador ayudándose de una mano y con la otra habla en voz baja con alguien por teléfono.

—Sí… —Y se echa a reír—. Exacto. Faltaría más… Para eso te pagamos. —Me hace una señal con la cabeza y continúa—: ¡Pues claro, con mi jefe! ¡Y, gracias, era fácil! Mejor dicho, deberías pagar tú. —Luego dice algo que no logro oír y cuelga.

»¿Y bien?, ¿cómo ha ido el almuerzo?

—Bien. He ido a casa de mi padre.

—Ah, ¿cómo está?

—Muy bien, espera una hija.

—¿Él también? Así pues, es cosa de familia, estáis particularmente dotados.

Justo en ese momento entra Alice.

—¿Quieren un café?

—Sí, gracias.

—Puede que sí, para mí también.

Y, antes de que se aleje, añado:

—Alice, gracias por el resumen de los proyectos, estaban muy bien hechos. Una cosa más: podríamos tutearnos.

Sonríe.

—¡Gracias! Pero prefiero tratarlo de usted.

—Como quieras.

Aun así, está contenta.

—¿Le han ido bien?

—Sí, mucho.

—Pues entonces me alegro.

Alice se marcha a por nuestros cafés y Giorgio hace uno de sus impecables comentarios:

—Excelente, así trabajará cada vez mejor. Nos vemos más tarde.

Sobre la mesa encuentro un paquete bien cerrado. También hay una nota doblada. La abro.

Siempre has estado conmigo.
B.

Solo es una «B», pero no tengo dudas. Grito hacia recepción:

—¡¿Disculpad?!

—¿Sí?

Se asoma Silvia, la secretaria que está en la entrada de la oficina.

—¿Quién me ha dejado este paquete sobre la mesa?

Ella se pone colorada.

—Yo…

—Y ¿quién lo ha traído?

—Un mensajero, hacia mediodía.

—De acuerdo, gracias.

Veo que Giorgio se baja las gafas; tiene unas hojas en la mano, tal vez algún proyecto.

—¿Qué tal es? —le pregunto.

—Excelente. Me parece muy bueno. Luego hablamos.

—De acuerdo. Hasta luego.

Y cierro la puerta. Me siento de nuevo a mi mesa. Me quedo un momento mirando el paquete.

Después lo levanto. Lo sopeso. Parece un libro. Tal vez lo sea. Pero es más grande. Decido abrirlo.

Quito el papel y me quedo sorprendido. Esto sí que no me lo esperaba. Es un álbum de fotos. En la primera página hay una carta pegada:

Hola, me alegro de que lo hayas abierto. Tenía miedo de que lo tiraras sin siquiera quitarle el papel. Por suerte, no ha sido así. Siempre he hecho dos. Tengo uno exactamente igual que este, tal vez porque siempre pensé que algún día iba a suceder. Me siento feliz como hacía mucho tiempo que no me sentía. Es como si se hubiera cerrado un círculo, como si hubiera encontrado algo que había perdido hace mucho tiempo. Cuando volví a verte me sentí guapa, adecuada, acogida como nunca antes me había sentido, o tal vez como ya no recuerdo. Sí, es más exacto decirlo así, porque cuando estábamos juntos tenía la misma impresión. Ahora no quiero aburrirte con más palabras. Si por casualidad decidieras tirarlo, por favor, házmelo saber. He trabajado mucho en él y no me gustaría que todo lo que he hecho con tanto amor terminara en una papelera.

B.

Otra vez solo esa «B». Miro la carta, su letra ha mejorado, es redonda, pero ha perdido ese toque infantil que a veces tenían algunas vocales. No, Babi, tus palabras no me han aburrido. Has arrojado una luz sobre nuestra vida de entonces. Cómo te vivía. Cómo sabía hacerte feliz. Cómo sabía entender tus malhumores y esperar el tiempo justo para recuperarte. Difícil, exigente. Con esos labios enfurruñados.

«Ya te había dicho que yo soy así», me repetías. Sabías divertirme. Sabías infundirme paciencia, tolerancia, la que nunca había pensado tener. Me hacías mejor. O tal vez solo me lo hacías creer. En aquella época todo me parecía mal, me dominaba una profunda inquietud. Me sentía como un tigre enjaulado. Estaba en continuo movimiento, no podía estarme quieto, y las más diversas situaciones eran motivo de violencia. Me miro las manos. Pequeñas cicatrices, nudillos desplazados, marcas indelebles de rostros que he estropeado, sonrisas perdidas, dientes rotos, narices partidas, cejas y labios. Golpes prohibidos. Furia, violencia, maldad, rabia como un cielo de tormenta. Luego, con ella, la calma. Solo con acariciarme era como si me sedara. Otro tipo de caricias, tiernas y sensuales, me encendían otro escalofrío completamente distinto. «Somos una

pareja con una elevada tasa erótica, debería bastarte», me decía cuando me pasaba un poco con la etílica. Algunas veces salía con alguna frase de mujer lanzada, desinhibida, incluso deslenguada, pero siempre divertida.

Como cuando me dijo: «Tu lengua hace milagros». Le gustaba hacer el amor y mirarme a los ojos, los tenía abiertos hasta que el placer la obligaba a cerrarlos y a abandonarse sin reservas. «Solo contigo —decía—. Pero lo quiero todo. Quiero hacerlo todo».

Me pierdo en antiguos recuerdos, naufrago dulcemente en algunos repentinos flashes de esa época. Ella suave, ella riendo, ella encima de mí, ella suspirando y su cabeza cayendo hacia atrás, ella moviéndose más deprisa. Y me excito como un imbécil y vuelvo a ver sus pechos tan bellos, dos perfectas miniaturas que me volvían loco, a la medida de mi boca. Ella mía. Y, si me detengo en las últimas palabras, es como si su imagen se rompiera en pedazos. La veo en la puerta, con una sonrisa triste, me mira por última vez y se va. Ella no es mía. Nunca ha sido mía.

Y, con esa terrible constatación, abro el álbum. La primera foto es de nosotros. Somos dos chiquillos. Yo llevaba el pelo largo, el suyo era rubio, clarísimo, descolorido por el mar. Estábamos los dos bronceados. Y nuestras sonrisas resplandecían todavía más. Estamos sentados en la empalizada de su pequeña casa de la playa, todavía me acuerdo, habíamos ido esa última semana de septiembre, cuando sus padres ya habían regresado a Roma, y pasamos un día como si fuéramos mayores, como si esa casa fuera nuestra.

Hicimos la compra en Vinicio, el único sitio abierto en Ansedonia; compramos alguna botella de agua, café para el día siguiente, pan, tomates, un poco de embutido y una excelente mozzarella procedente de la Maremma. Además, dos filetes de ternera Chianina, carbón y un vino tinto, un Morellino di Scansano, y también dos cervezas artesanales que habíamos encontrado bien frías y unas grandes aceitunas verdes. La cajera, un poco maravillada, le preguntó a Babi: «Pero ¿cuántos sois?». «No, estas son para el aperitivo…». Como si el hecho de coger olivas y cerveza para el aperitivo justificara todo lo demás. Nos pusimos en el jardín de su casa, en el viale della Ginestra, a pocos kilómetros de aquella casa en las rocas adonde la había llevado con los ojos vendados nuestra primera vez.

—Yo este camino me lo conozco, siempre vengo aquí a la playa; la casa de mis abuelos está en el viale della Ginestra, un poco más allá —me dijo cuando se quitó el pañuelo.

—Yo también he venido siempre aquí, tengo amigos que viven en Porto Ercole, los Cristofori. E iba a la playa en Feniglia.

—¿Tú también?

—Sí, yo también.

—Venga ya, y ¿nunca nos hemos cruzado?

—No, al parecer, no. Me acordaría.

Y nos reímos del destino. Habíamos ido siempre a la misma playa de Feniglia, pero a extremos distintos.

—Feniglia es larga, tiene más de seis kilómetros, yo alguna vez la recorría entera.

—¡Yo también!

—Y ¿nunca nos encontramos?

—Nos hemos encontrado ahora, quizá es el momento justo.

Encendí el fuego en el pequeño jardín, mientras ella ponía la mesa, y nos pusimos a tomar el último sol del atardecer. Babi acababa de ducharse y todavía me acuerdo de que llevaba puesta mi sudadera amarilla que había comprado en Francia, durante un viaje con mis padres. Tenía el pelo mojado y por eso parecía más oscuro, y olía a recién salida de la ducha. Recuerdo que se peinaba sus largos cabellos mojados con un cepillo y tenía los ojos cerrados, y la sudadera le quedaba larga sobre las piernas, que asomaban por debajo del elástico, mientras que en los pies llevaba unas Sayonara y tenía las uñas perfectamente pintadas de rojo. En la otra mano sostenía la cerveza y, de vez en cuando, bebía un sorbo. En cambio, las aceitunas me las comía solo yo. Luego, en un momento dado, dejó la cerveza en la empalizada, me cogió la mano y me la metió por debajo de la sudadera.

—Pero si no llevas nada… No llevas bragas…

—No.

En ese momento se presentó en la entrada, en Vespa, Lorenzo, al que todos llamábamos Lillo, un capullo del grupo de Ansedonia que siempre le había ido detrás desde que eran pequeños, pero al que Babi nunca había dado esperanzas.

—Hola, Babi, hola, Step. ¿Qué hacéis? Estamos todos en mi casa, ¿por qué no venís vosotros también?

Y Babi estaba desnuda y mi mano allí con ella y, a pesar de su llegada, yo no interrumpí nada.

Babi me miró y yo me limité a sonreírle, pero sin detenerme en ningún momento. Luego se volvió hacia Lorenzo.

—No, gracias… Nos quedamos aquí.

Me dio la impresión de que quería insistir.

—De acuerdo… Como queráis. —Se quedó callado unos segundos y también nosotros. Entonces notó que estaba de más y, sin decir nada, se marchó con la Vespa y desapareció al fondo de la calle.

Babi me besó y me llevó a la casa. Después de hacer el amor estábamos hambrientos, cenamos a medianoche. Estaba oscuro y volví a encender el fuego, nos calentamos bebiendo vino tinto y llenándonos de besos, como si nada pudiera separarnos. Era todo tan perfecto que nos habríamos quedado allí juntos para siempre. Para siempre, qué palabra tan tremenda.

Entonces le doy la vuelta a la página del álbum y me quedo sin respiración.

TREINTA Y CUATRO

Está en la cuna con un lazo azul, una pulsera en la muñeca para no confundirlo, no sea que mi hijo se pierda. 3201B. Un número y su rostro, con los rasgos apenas definidos. Es el día de su nacimiento, todavía ajeno a todo, incluso al hecho de que su padre, o sea, yo, no esté ahí. En eso ya nos parecemos, dado que no sabía nada de él.

Hay unas palabras de Babi escritas al pie de la foto: «Me habría gustado que estuvieras junto a mí, hoy, 18 de julio. Sois del mismo signo. ¿Será como tú? Cada vez que lo bese, lo abrace y lo respire será como si estuvieras a mi lado. Estás aquí conmigo. Porsiempremío». Y lo escribe todo junto: *porsiempremío*.

Van pasando las fotos una tras otra como una sucesión de fases, momentos y estaciones diversas.

Algunas las había visto en la página de Facebook, pero tenerlas ahora en las manos, tan pensadas y no puestas sin ton ni son, me hace sentir que formo parte de algo que nunca habría imaginado y que no sé cómo definir. A él, sin embargo, sí sé cómo definirlo. Massimo en la trona, Massimo gateando sobre una alfombra azul, Massimo con una camiseta divertida en la que se lee «*I will surf*». Y en cada foto, un apunte, una nota, un pensamiento de Babi para mí. «Hoy ha dicho su primera palabra.

Ha dicho *mamá*, no *papá*. Me he emocionado y he llorado. Esas lágrimas son por ti. ¿Por qué no estás?». Escribe dirigiéndose a un Step que no está, que no sabe, y con el que querría compartir lo más bonito que tiene. «Hoy ha hecho algo maravilloso. Se ha apoyado en la pared y ha empezado a andar, un pie tras otro. Después se ha parado, se ha vuelto hacia mí y me ha mirado, Step… En ese momento me he sentido morir. Tiene tus ojos, tu mirada, tu misma determinación. Me he acercado para ayudarlo, él ha quitado la mano de la pared

y, en vez de coger la mía, me la ha apartado. ¿Lo ves? ¡Igual que tú!». Me dan ganas de reír, y no solo eso, pero no dejo salir lo que se agita en mi interior. En las fotos siguientes Massimo tiene una mirada distinta, se ve más seguro, ha crecido.

«¡Hoy se lo ha comido todo sin escupirme nada encima! Es un día milagroso. Hace un instante ha pasado una moto y me ha recordado el ruido de la tuya, cuando la oía llegar por la piazza Giuochi Delfici y bajar por via di Vigna Stelluti, después por via Colajanni, y la recorrías a toda velocidad hasta la piazza Jacini. Fiore, el portero, te dejaba pasar levantando la barrera antes de que la rompieras. Pero la moto de hoy no era la tuya. ¿Dónde estás, Step? Has seguido al pie de la letra esa canción que te gustaba tanto: "*Cerca di evitare tutti i posti che frequento e che conosci anche tu…*"».

«Intenta evitar todos los lugares que frecuento y que tú también conoces…»[17]. Lo has conseguido.

«No hemos vuelto a encontrarnos. Es verdad». Y en silencio sigo pasando las páginas de ese álbum, la fiesta de los dos, tres, cuatro años, el pelo más largo, más oscuro, más delgado, más alto, hasta llegar a ese niño que vi hace solo unos días en persona. Y verlo transformarse así, foto tras foto, página tras página, me parece un momento ya vivido. Trato de recordarlo con desesperación y mi mente vaga en el pasado. Entorno los ojos como para enfocar mejor algo que se me escapa. Me siento como un hombre acuclillado a cuatro patas en una playa, con las manos en la arena conforme busca el pendiente que ha perdido una guapa señora. Cuando de repente vuelvo a abrir los ojos, la bella desconocida desaparece, mientras que entre mis manos es como si se dibujara ese recuerdo. Sí, estoy allí, en casa de Babi, en el sofá. Ella se agacha, abre un mueble blanco y saca un álbum. Empezamos a hojearlo juntos y, foto tras foto, ella también va creciendo. Mi curiosidad, mis celos por todo lo que entonces no había vivido… Le tomo el pelo por lo cómica que era de pequeña, pero no le digo lo mucho que me gusta cada instante de su vida. Ese pelo distinto, esos kilos de más o de menos, esas fechas señaladas ya pasadas. No quiere que vea una foto, se la quiere saltar, y entonces luchamos hasta que consigo salir vencedor. Es una toma en la que está con los ojos bizcos. Yo la miro riendo.

—Qué raro, es en la que te pareces más.

Ese mismo día se enfada porque en su habitación encuentro su diario y me pongo a leerlo. Pero inmediatamente después hacemos las paces y empezamos a

besarnos. En algún momento nos detenemos, ella se aparta de repente y se lleva el índice a los labios.

—Shhh…

—¿Qué pasa?

Se acerca a la ventana, separa la cortina.

—¡Han llegado mis padres! —Y me acompaña deprisa a la puerta. Y yo, muriéndome de ganas de estar más rato con ella.

—¡Eh! ¿Se puede?

La puerta se abre y Gin asoma la cabeza.

—¡Hola! ¿Qué estás haciendo? ¿Te molesto? —me dice toda sonriente.

—No, ¿bromeas? Entra.

Tengo el tiempo justo de cerrar el álbum y poner encima una carpeta de un proyecto.

—Cariño… ¿Es que no te acuerdas? Tenemos una cita importantísima. Solo he subido porque no me contestabas al teléfono…

—Es verdad, perdóname, lo había puesto en silencio.

—Vamos, nos están esperando.

—Voy enseguida, tienes razón.

Cierro la puerta a mi espalda y me despido de Giorgio.

—Nos vemos mañana, me parece que voy con mucho retraso.

—Está bien; adiós, Gin.

—Adiós, Giorgio.

Salimos de la oficina y entramos en el ascensor. Gin pulsa el botón para ir a la planta baja.

—¡Eh! ¿Todo bien?

—Sí, sí. Solo estaba distraído.

—Lo siento si era algo importante. La cita de hoy no podemos aplazarla de ninguna manera.

—No, no te preocupes. No era nada importante. Un viejo proyecto. No creo que sea bueno.

—Vale, cuando quieras lo hablamos, así te doy mi opinión. Mira que yo de televisión entiendo, ¿eh?…

—Lo sé perfectamente, eres un hacha. Deberían haber apostado por ti como presentadora. Pero eras demasiado guapa, demasiadas envidias.

—¿Era? —Me da un golpe en el hombro—. Oye, capullito…

Justo en ese momento se abre el ascensor. Fuera están los Parini, una pareja

adulta del segundo piso.

—No ocurre nada, no se preocupen. Estamos a punto de casarnos y hacíamos el ensayo general para ver si nos va a ir bien.

—Ah… —dice él, como si de verdad se lo hubiera creído.

Gin se dirige a paso ligero hacia el coche, la sigo, pero creo que no le hablaré de ese viejo proyecto.

TREINTA Y CINCO

—¡Disculpad!

Gabriele, el padre de Gin, me sonríe por el retrovisor.

—No importa.

Su madre también me saluda con una sonrisa. Parecemos la familia perfecta. Gin sube a mi lado.

—No oía el teléfono, estaba absorto con un nuevo proyecto.

Francesca se vuelve un instante hacia mí.

—¿Y bien?, ¿cómo va? ¿Lograremos por fin ver algo bueno en la tele? —La madre me habla como si yo fuera el responsable de la programación de la televisión italiana—. Además, con lo que pagamos con el canon obligatorio, deberían darnos muchas más opciones. Siempre hacen lo mismo.

Y Gabriele también se añade:

—Y no solo eso, en esta época no emiten más que reposiciones. ¿A ti te parece que ya se ha acabado la temporada? ¿Cuánto dinero nos ha cobrado la Rai a los italianos este año?

—Doscientos dieciséis millones de euros.

Francesca se vuelve de golpe realmente sorprendida.

—¿Tanto?, ¿en serio? Y ¿tú trabajas para la Rai?

—Sí, pero además para la Rete, también para Medinews, Mediaset Sky, todos los canales digitales y otras cadenas.

—Ah…

Y se quedan en silencio. Los padres de Gin intercambian una sonrisa ambigua, como si quisieran aclarar algo que para ellos parece un poco confuso.

—Me parece que creen que soy rico. ¡Que has elegido un buen partido! —susurro al oído de Gin.

—Idiota —replica, y me muerde la oreja.

—¡Ay!

Nos metemos en la Cassia antigua, el tráfico ha disminuido y Gabriele acelera. En el bolsillo de la chaqueta oigo vibrar el móvil. Un SMS de un número que no conozco.

> ¿Te ha gustado el regalo? Espero que sí. Te he escrito una cosa en la última página, ¿lo has leído? Eh, no lo tires. Y dime algo, gracias.

> B.

Noto que me ruborizo. El corazón me late muy deprisa, intento dominarlo.

—¿Quién es? ¿Qué pasa?

Gin se ha dado cuenta.

—Nada. Una cosa del trabajo.

Me sonríe.

—Estos días se juntan un montón de cosas. Lo siento.

Intento tranquilizarla.

—No te preocupes. Más tarde, cuando pase por la oficina, lo arreglaré; si no, mañana.

Me da la mano. Me la aprieta con fuerza, luego se apoya en el respaldo y mira hacia fuera por la ventanilla. Su padre pone la radio, suena una música cualquiera. Es Damien Rice, *The Blower's Daughter*[18]. Gin la reconoce, y ahora soy yo quien le coge la mano. Es la banda sonora de una película de la que hemos hablado mucho, *Closer*, sobre las relaciones, el amor, la traición. Recuerdo que, después de verla, se fue a la habitación y cerró la puerta. Comprendí que no quería que la molestaran durante un rato. Hay películas que, inevitablemente, abren viejas heridas, cicatrices que provocan justo el mismo dolor que cuando cambia el tiempo. Aquella noche su humor había variado.

Así que me metí en la cocina a preparar la cena, a poner la mesa con las copas, los cubiertos y todo lo demás. Hacía ruido para que me oyera. Lavé la ensalada, corté los tomates, abrí una lata de atún.

Y sin cortarme. Puse agua a hervir, eché dos puñados de sal gorda. Cogí la cuchara de madera y lo removí. Sin quemarme. Agarré una sartén más pequeña,

baja, para hacer el sofrito. Le di la vuelta al tarro de tomate triturado y lo golpeé varias veces por abajo; a continuación, lo abrí. Destapé una cerveza y, cuando iba a bebérmela, ella salió. Solo llevaba puesta una camisa mía, iba con los pies descalzos y la cara desmaquillada. O, mejor dicho, lavada por el llanto. Seguramente no quería que yo me diera cuenta. O tal vez para mí era más cómodo pensar eso.

—¿Quieres un poco?

Cogió la cerveza sin darme siquiera las gracias y le dio un buen trago antes de hablar.

—Júrame que no volverás a verla nunca más.

—Se ha casado.

—No es la respuesta correcta.

—Te lo juro.

Entonces dio otro trago a la cerveza y me abrazó con fuerza. Se quedó un rato así, en silencio, con el rostro apoyado en mi pecho y los ojos abiertos. Lo sé porque veía su reflejo a través del cristal de la ventana mientras iba anocheciendo.

—Llévame a dar una vuelta, vamos… —me dijo de repente—. Estoy borracha.

Así que la cogí en brazos.

—Yo te visto, venga… —Y me divertí eligiendo en el armario algo que ponerle.

Se había quitado la camisa y se había quedado en sujetador y braguitas. Y, a pesar de que me habían entrado ganas, sabía que habría sido un error. De modo que le puse una camiseta, luego unos calcetines cortos y al final los vaqueros. Le calcé un par de zapatillas deportivas y, cuando se disponía a ir al baño a maquillarse, la detuve cogiéndola de la mano.

—Quédate así, vamos, estás guapísima.

—No dices más que mentiras, Step, no tienes remedio. Ya no sabes distinguir la realidad de la ficción.

—A mí me gustas mucho así, no soy un mentiroso. Siempre te lo he dicho todo, lo bueno y lo malo.

—Es verdad.

Subimos a la moto y huimos de la ciudad, esquivando el tráfico, corriendo veloces hacia el mar.

Nos detuvimos en Maccarese, en el primer restaurante que encontramos

abierto, uno de un chef que salía por la tele. Curiosamente, estaba vacío y el propietario me reconoció: habíamos coincidido en un programa piloto que por desgracia no llegó a buen puerto. En aquel momento tuve el detalle de llamarlo, explicarle qué había pasado y decirle que lo lamentaba, que esperaba que se presentara otra ocasión. A él le gustó ese gesto.

—He tenido muchas reuniones. Y a veces alguna no ha ido bien, como esta. Pero nadie me ha llamado nunca para decírmelo, cosa que sí has hecho tú. Gracias.

—Bueno, me parecía lo mínimo.

—No, tú tienes pelotas, chico, y esto marca la diferencia. Ven a verme cuando quieras. Filippone de Maccarese, todo el mundo me conoce.

—Claro, con mucho gusto.

Pero no había vuelto a acordarme. En cambio, esa noche fuimos a parar allí. Se acordó de mí al instante y me saludó con gran simpatía.

—Disculpad, ¿eh?… Acabo de abrir el restaurante, me apetecía, pero esta noche no hay nadie porque había dicho que abriría la semana que viene… —Luego se acercó a mí y me susurró—: Estoy hasta las pelotas de estar en casa, siempre discutiendo; tú ya me entiendes, ¿no?

Yo asentí y luego nos llevó a una mesa al lado de la playa y nos dejó tranquilos. Esa vez fue todo mérito mío, Pollo no tuvo nada que ver, pensé cuando Filippone se acercó para decirme qué nos iba a ofrecer de cenar.

El ruido de las olas, la noche estrellada, el vino y el pescado a la brasa hicieron que Gin se sosegara. Me miraba con esa dulzura que tardaba poco en convertirse en amiga de la tristeza, así que la besé y, una vez en casa, hicimos el amor y nos quedamos abrazados en la cama toda la noche.

Cojo el teléfono y borro el mensaje. No quiero volver a verla. Pero, mientras se desvanece la última nota de Damien Rice, ya no estoy tan seguro.

TREINTA Y SEIS

Al cabo de un rato llegamos a San Liberato. Subimos por la rampa, desde donde se ve todo el lago de Bracciano. Los reflejos del sol al atardecer ofrecen una cálida atmósfera. Es como si todo alrededor, las viñas, los árboles, las casas, incluso la iglesia, se hubiera teñido de naranja. El ambiente es tranquilo, de gran serenidad, idílico. Al llegar a la pequeña explanada, Gabriele aparca el coche. Bajamos. Al momento Laura viene a nuestro encuentro, es la secretaria del lugar, e inmediatamente después, Piero, el organizador. Lo primero que nos muestran es la pequeña iglesia.

Es fría, pero el sol poniéndose a nuestra espalda la ilumina haciéndola perfecta. Hay un centenar de asientos en el interior, mientras que el altar, donde tendrá lugar la ceremonia, está sobre un pequeño estrado. Los amigos y familiares lo verán todo desde abajo. Laura nos explica cómo ha pensado decorarla.

—Aquí pondría unos lirios de agua, en la entrada también. Aquí, en el suelo, en cambio, unas margaritas blancas cogidas en grandes ramos y, a los lados del altar, rosas blancas…

Francesca y Gin asienten. Laura especifica «de tallo largo». Las dos sonríen a la vez.

—Sí, sí, por supuesto…

Gabriele y yo escuchamos, pero con más tranquilidad, y entonces él suelta una de sus máximas:

—No hay nada que hacer, las bodas fascinan muchísimo a las mujeres y preocupan de forma moderada a los hombres.

Yo asiento bastante divertido, si bien en mi interior por un instante tengo un extraño pensamiento.

¿Qué significa «preocupa de forma moderada a los hombres»? Sí, o sea, ¿en qué medida? Pero decido no intentar profundizar en la cuestión. Acto seguido, llega Manlio Pettorini con los brazos abiertos, una bonita sonrisa, poco pelo y con una complexión delgada y robusta.

—¡Gabriele! ¡Qué alegría verte!

Se abrazan con sincero afecto, con fuerza, y dejando imaginar a quienes los miran la de cosas importantes que habrán vivido juntos. Gabriele señala a Gin.

—Mira, mi hija Ginevra; te acuerdas de ella, ¿no?

Manlio Pettorini choca las palmas de las manos una contra otra.

—¿Cómo no me voy a acordar de ella? ¡Pero cuánto ha crecido, madre mía!

—Mi mujer, Francesca.

—Sí, claro, ¿cómo estás?…

—Bien, Manlio, gracias, ¿y tú?

—No nos podemos quejar…

—Y él es Stefano Mancini, el novio.

Oír que me presenta así me causa un efecto alarmante, pero sonrío y tiendo la mano hacia él, que la aferra al instante y la estrecha con fuerza.

—Eh, no sabes lo afortunado que eres… ¿Eres consciente de cuánta gente te envidia? Cuando esta chica venía a vernos allí, en Rosciolo, en el pueblo, deberías haber visto la cola que había delante de su casa. ¡No podía ni salir!

—Sí, lo sé. La verdad es que soy muy afortunado.

Y Manlio Pettorini me mira satisfecho.

—¡Buen chico! Y ahora, en marcha, vamos, sentémonos a la mesa, que quiero saber qué opináis…

Gin me coge del brazo.

—Oh, hombre tan afortunado, sé un caballero, acompáñame a la mesa…

—Por supuesto, bella pueblerina con cola delante de casa…

—Tonto —replica, y me da medio codazo en el costado.

—Ay… —me quejo en voz baja.

—Ten cuidado, que soy una pueblerina que zurra…

—¡Sí, lo sé, ya lo he notado!

Tomamos asiento todos juntos a una gran mesa al aire libre, debajo de una gigantesca higuera de anchas hojas. El sol se refleja en el lago y la vista es maravillosa desde este rincón del pueblo.

Pettorini nos cuenta de manera detallada todo lo que pretende hacer.

—Bien, toda la cocina la llevaré desde allí detrás… —Y nos señala el final

del césped, justo en el lado opuesto del que se encuentra la iglesia—. Las mesas, en cambio, las dispondremos aquí alrededor, debajo de los árboles, así no habrá tanta humedad. Aquí encima, además, pondremos unos toldos, por la misma razón, y también unas luces. Irán todas conectadas entre sí y cada mesa estará iluminada, pero no excesivamente.

Gabriele lo mira satisfecho.

—Manlio sabe cómo hacer bien su trabajo.

—Pues sí, no te burles, ¿eh? Yo amo mi trabajo. Y por fin puedo hacer lo que quiero. No como cuando trabajaba en el Senado. ¿Sabéis que allí eran siempre los ujieres los que decidían qué había que comer en los acontecimientos importantes? ¡Y no os imagináis lo que se preocupaban a la hora de seleccionar el vino!

—¡Nosotros también! —Gabriele da un puñetazo en la mesa fingiendo ser igual de exigente.

—¡Ah, claro!

Y se ríen juntos.

Luego Manlio Pettorini llama a los camareros.

—Vamos, chicos, traed los primeros. Bien, he preparado tres, de manera que el que no os guste lo descartamos, ¿de acuerdo?

—Manlio, pero a nosotros lo que tú haces nos gusta todo…

—¡Está bien, pues el que os guste un poco menos! Yo ya tengo una idea de lo que haría, pero no lo puedo decidir todo yo solo. Además, ¡los que pagáis sois vosotros!

—¡Sí, claro, pero si lo decides tú y nos haces un descuento, ya puedes decidirlo todo, nosotros nos fiamos!

Y vuelven a reír mientras empiezan a llegar los primeros platos.

—Bien, esto son espaguetis *alla chitarra* con trufa y setas. Este otro plato, raviolis rellenos de verdura y requesón con mantequilla y salvia, y este, *paccheri* de trigo sarraceno con cerecitas, olivas y aceite picante…

—Me parecen todos riquísimos —dice Francesca.

—Sí —asiente Gin sonriendo—. El aroma es extraordinario.

Y desde ese momento en adelante hay una sucesión de platos muy buenos, servidos con esmero y atención por camareros muy jóvenes.

—Todos han salido de la escuela de hostelería —señala Pettorini.

Probamos el vino, unos sorbetes para devolverle el tono al paladar, a continuación, los segundos y toda una serie de posibles acompañamientos.

—Será mejor que comas poco —me sugiere Gin—. Todavía quedan por probar un montón de cosas…

—Es que este *vitello tonnato* está de muerte…

Y en el mismo momento en que lo digo, comprendo por qué me gusta tanto. Me lo preparaba siempre mi madre. El suyo también era excepcional: la carne increíblemente magra, sin nervios, siempre bien fileteada, por lo general muy fina, así era todavía más tierna, y luego con una salsa preparada con huevos muy frescos, vinagre y quizá un poco de azúcar; al menos eso era lo que me pareció entender por las charlas en la cocina de las mujeres sobre los secretos de algunos platos. Y seguimos comiendo mientras el sol se pone de forma definitiva sobre el lago y algunas luces se encienden a nuestro alrededor.

—Bueno, será más o menos así… Con unas bombillas blancas en la base de todos los árboles y de un amarillo anaranjado allí, al fondo…, para crear más ambiente.

Me parece todo precioso, y este último sauvignon que nos han hecho probar está frío e impecable, con un retrogusto afrutado muy delicado. A continuación, traen unas fresitas y frambuesas con nata casera, muy ligera, y unas cucharadas de chocolate fundido caliente rociado por encima. Y también un semifrío de merengue y otro de nueces. Para terminar, un excelente café.

—Bien, luego pondría allí una mesa con bebidas alcohólicas y licores, que son muy bien recibidos en cualquier boda… ¡Oh, no se sabe por qué, pero los jóvenes, cuanto más felices sois, más tenéis que beber!

—¡Sí! —Gin ríe—. Es verdad, estamos muy mal hechos.

—Y, en cambio, en la mesa serviría estos *amari*.

Los hace traer: un Amaro del Capo, una genciana, un Filu’e ferru, un Averna y un Jägermeister.

—Algunos son muy conocidos, otros menos; la genciana la conoce poca gente, pero es realmente fantástica… ¡Probadla!

Y nos sirve un sorbo en unos vasitos de aguardiente.

—Es cierto, excelente.

—Es digestiva. ¡Y me parece que os hará falta!

Pettorini se ríe. En efecto, todo lo que han decidido servir en las mesas no será poco. Entrantes variados repartidos por el jardín. Algunas mesas con varios tipos de jamón cortado, además de mozzarella, *burrata*, trocitos de parmesano y otras variedades seleccionadas de quesos italianos y franceses. Varias propuestas de fritura situadas en algunos puntos, donde habrá freidoras de verdad para

gambas y pulpitos frescos, *panelle*, bolitas de mozzarella, *arancini* blancos y rojos, aceitunas a la *ascolana* y albondiguillas de carne. Esto de entrante. Luego dos primeros, espaguetis *alla chitarra* con trufa y setas y *paccheri* con tomate y olivas, y dos segundos, filete de Chianina y lubina. Varios tipos de acompañamiento, patatas de todas las clases, verduras, achicoria con nabizas y tres ensaladas, una de ellas con nueces, piñones y trocitos de piña, y, a continuación, dulces y fruta.

Francesca y Gin charlan con Pettorini para escoger los varios tipos de pan y algún que otro detalle sobre los vinos, y en conjunto me parece que todo se decide de la mejor de las maneras.

—Mirad, ahora llega el padre Andrea.

Nos volvemos y vemos aparecer a un cura por el fondo del jardín iluminado por la última luz del lago. Se acerca con rapidez, lo veo sonreír y sacudir la cabeza desde lejos.

—Ya estoy aquí…

Mira los carritos que están al lado de nuestra mesa.

—Me parece que me he perdido una buena comilona.

Entonces Gin se levanta y lo saluda con afecto.

—¡Padre Andrea, qué bonita sorpresa! No sabía que ibas a venir, te habríamos esperado.

Él la aparta un poco después del abrazo y la mira con curiosidad.

—Y no había ninguna pequeña iglesia más lejos para celebrar la boda, ¿no? ¡Casi he fundido mi Simca para llegar aquí!

Pettorini ríe.

—¡A saber cuántas veces te habrás equivocado de camino!

Se dan la mano.

Después Pettorini lo señala.

—¡La de bodas que hemos organizado él y yo!

—¡Y los matrimonios todavía son todos bien sólidos!

—¿En serio?

—Sí, por supuesto. Antes de que se casen les hago un buen discurso a los novios. A propósito, ¿habéis bebido demasiado?

Nos mira sonriendo.

—No, no, me parece que no.

—Lo justo —añado yo.

—¿Os habéis tomado un buen café?

—Sí.

—Pues entonces vamos a tener una agradable conversación. Empezaré contigo —dice, y señala a Gin—. ¿No tienes que contarme nada?

Ella se pone colorada tal vez pensando en su tripa. Yo sonrío, pero hago como si nada. El padre Andrea debe de estar acostumbrado a todo.

—Bueno, vamos, no perdamos más tiempo, coloquémonos un poco más allá, así hablaremos más tranquilamente.

—Pero ¿no quiere tomar nada?

—No, no, en el trabajo no bebo…

—Por lo menos un café…

—No, que después no puedo dormir…

Gabriele se encoge de hombros derrotado.

Gin se levanta de la mesa. Antes de alejarse me mira, esboza una sonrisa que me parece que significa «Creo que se lo contaré todo» y sigue al padre Andrea a una mesa del fondo del jardín. Ya está, se sientan. Veo sus siluetas dibujadas sobre el lago a su espalda, que ahora parece una pizarra de color índigo. Gin agita las manos, se ríe, mueve la cabeza. Está alegre, ligera y, sobre todo, feliz.

¿Y yo? ¿Cómo estoy yo? Y casi me sale de forma natural coger el móvil del bolsillo y mirarlo, como si buscara en él la respuesta. Nada, ningún mensaje. Silencio. En el fondo, eso también es una respuesta. Entonces agarro un vasito, me sirvo un poco de Amaro del Capo y vuelvo a sentarme. Lo saboreo despacio. A mi derecha, no muy lejos, Gabriele y Francesca están hablando con Pettorini, que les está mostrando unos manteles. Luego todos miran un tejido, asienten, definitivamente parecen estar de acuerdo en la elección. Manlio Pettorini también asiente, es el mejor, parece decir.

—Eh. ¿Todo bien?

Me vuelvo. Gin está frente a mí.

—Sí, perfecto. Una noche preciosa de verdad.

—Sí. —Entonces se sienta junto a mí—. Se lo he dicho.

—Has hecho bien, si tenías ganas de decírselo.

—Sí, creo que es mejor así.

No sé a qué se refiere. No sé por qué tiene que ser mejor, pero no contesto. Bebo otro sorbo de Amaro del Capo y me quedo callado. Entonces Gin coge mi vaso y también le da un sorbito.

—¡Qué fuerte!

—No deberías beber eso.

—Pero si ni siquiera tengo náuseas…

—¡No llames al mal tiempo, que después verás qué mal lo pasas!

—Y ¿tú qué sabes, perdona?

Tiene razón. En efecto, no tengo ni idea. Sin embargo, podría haberlo sabido.

—En las películas. Lo he visto en las películas.

—Bueno. Oye, que el padre Andrea te está esperando.

—Sí.

De modo que me levanto y me dirijo hacia él. Gin me grita desde lejos:

—¡Eh! ¡Que parece que vayas al patíbulo!

Me vuelvo y me echo a reír. A continuación, me siento frente al padre Andrea.

—De hecho, pareces bastante resignado.

—Sí, pero no demasiado.

Me sonríe.

—Es cierto. Me alegro de lo que me ha contado Ginevra.

—Yo también.

—¿En serio?

Me quedo perplejo un instante.

—Por supuesto, estoy a punto de casarme con ella, y lo había decidido mucho antes de esa fechoría.

Se echa a reír.

—Sí, lo sé, lo sé… Bueno, Stefano, quiero decirte una cosa. Hay una confesión especial que se hace con el cura antes de casarse. Según lo que digas, puede que llegado el día este matrimonio sea nulo. Y el cura, de todos modos, está sujeto al secreto de confesión. —Entonces se queda un instante en silencio, como si quisiera darme un poco de tiempo para pensar, para tomar una decisión —. Hay gente que dice cosas aposta para asegurarse de que, según vaya todo, podrán anular el matrimonio. —Se queda de nuevo callado. Se vuelve hacia el lago y, sin mirarme, me pregunta—: ¿Y bien?, ¿quieres contarme algo? ¿Quieres confesarte?

Y yo me quedo sorprendido por lo que digo.

TREINTA Y SIETE

—Qué noche tan bonita, ¿no? ¿Qué dices, cariño?

Gin me aprieta la mano con fuerza para buscar también por mi parte el mismo entusiasmo.

—Sí, preciosa de verdad.

—¿Te ha gustado lo que hemos comido?

—Mucho, mejor dicho, muchísimo; será realmente perfecto, estará todo muy rico.

Me mira de reojo riendo.

—¿Seguro? No habrás cambiado de opinión, ¿no? ¡No me dejes plantada en el altar! ¡A ver si va a ser una de esas bodas raras en las que la novia se queda esperando al novio!

—No…

Gin abre los brazos como si se hubiera asustado.

—¡Socorro! Has dicho un «No» de una manera… No del todo convencido, ¡un «No» muy peligroso!

Veo que su madre se ríe. Están delante de nosotros, Gabriele conduce y sin duda deben de haber oído algo.

—Que no…

—¡Oh, Dios mío, eso es todavía peor! ¡No, no, joder, me vas a dejar plantada en el altar!

Y se me echa encima riendo y dándome puñetazos en el hombro.

—¡Ay!

—¡Pues esto no es nada! Quizá no lo recuerdes, pero había hecho un montón de boxeo, te lo digo en serio, ¡no estoy bromeando! ¿Y bien? ¡Habla!

Ataca incluso por debajo, en los costados, golpeándome, pero sobre todo

haciéndome cosquillas.

—¡Habla!

—Pero ¿qué quieres que diga?

—¡Que llegarás a la iglesia antes que yo y no me gastarás ninguna broma pesada!

—Lo juro, palabra de explorador. —Y me beso los dedos cruzándolos varias veces delante de la boca.

—¡Pero así no vale! ¡¿Lo ves?, eres el embustero de siempre!

—Venga, es una broma; ¿cómo quieres que llegue tarde? ¡Siempre te he esperado!

—Ahora me has hecho gracia… —Entonces se pone seria—. Has hablado mucho con el padre Andrea.

—Sí.

—Tenías muchas cosas que decir.

—Tenía ganas de escuchar. Hemos hablado de cine.

—Venga ya, ¿será posible que nunca hables en serio?

—Y ¿qué quieres que te diga? Está el secreto de confesión.

—¡Para él! ¡Pero tú puedes contarlo todo!

—Ahora eres tú la que no quiere hablar en serio.

Gin se queda callada, se vuelve y mira por la ventana. Pero solo un rato, después lo piensa mejor y se vuelve hacia mí.

—Es verdad. Tienes razón. —Sonríe de nuevo—. Espero que de alguna manera te haya sido útil.

—Sí, me gusta, es muy simpático.

—¡Es cierto! ¡No iba a escoger a uno antipático para mi boda! Bueno, mira, me ha dado algunas lecturas para la ceremonia, luego las elegimos…

—Ah, así pues, ¿esta noche rezaremos?

Gin me sonríe, luego habla en voz baja:

—Está claro, ¿qué querías hacer? ¡Mira que están mis padres delante!

—¡Pero tampoco me refería a hacerlo aquí, en el coche, decía en casa!

—Idiota. Estamos llegando a tu oficina. Tienes la moto aquí, ¿no? ¿La coges ahora o vamos a casa y ya la recoges mañana?

—No, no me gusta dejarla aquí. Subo un momento al despacho, que tengo que leer unas cosas para mañana, y luego nos vemos.

—De acuerdo.

—Gabriele, párate aquí, gracias.

El coche reduce la velocidad y se detiene. Abro la puerta y bajo.

—Gracias por todo, nos vemos pronto.

—Sí.

Me saludan, le doy un beso en los labios a Gin y cierro la puerta. El coche arranca y yo me encamino hacia la oficina. En el edificio están todas las luces apagadas. Cojo el ascensor, llego a mi planta y abro la puerta. No hay nadie, silencio. Enciendo la luz de la oficina y a continuación cierro la puerta. Me acerco a la máquina del café y la conecto. No me quedaré mucho, pero me apetece.

Agarro el mando a distancia y enciendo el equipo de música, pongo la radio. 102.70, «Una la vives, una la recuerdas». Parece casualidad, pero está sonando una canción de Ligabue, *Certe notti*[19]. No creo que se trate de un presagio. Voy hacia mi despacho, la puerta está cerrada como la había dejado, entro y enciendo la luz. Sobre la mesa está el proyecto que había usado como tapadera. Cuando lo levanto, encuentro debajo el álbum exactamente como lo he dejado. Parece que nadie ha tocado nada.

Vuelvo al pasillo y me preparo un café. Cuando está listo, regreso a mi despacho, cierro la puerta y me siento a la mesa. Saco el móvil del bolsillo y lo dejo al lado del álbum. Nada. Ningún mensaje.

Ninguna llamada. Mejor así. Soplo sobre el café caliente y miro el álbum cerrado delante de mí. Tal vez debería hacer caso de lo que me ha dicho el padre Andrea. Pero no hay nada que hacer, la curiosidad me supera, de manera que doy un sorbo al café, a continuación, dejo la taza a un lado de la mesa, la miro y, como si fuera un poco maniático, la pongo más a la derecha para ocupar algo de ese espacio vacío y giro el asa hacia mí. Después abro el álbum.

TREINTA Y OCHO

Vuelvo a estar donde me había quedado. Las fotos de un niño que crece, que cada vez se hace más mayor, que sonríe, que pone caras raras, que se queja, que se ríe como un loco. Que intenta montar en bicicleta, que lo consigue, que hace una bajada con el pelo al viento y las manos aferradas al manillar, que se me parece. Y todo eso yo no lo he vivido. Lo ha vivido otro. Sin embargo, en estas fotografías no sale nunca, casi parece que no exista, ni una mano, ni un hombro, ningún trozo de algo de él, ni siquiera un objeto suyo. Quizá no sea una casualidad, quizá lo ha hecho por mí. Pero en cuanto llego a la última página, la veo. Hay solo una foto, con él. Precisamente él, el que cree ser el padre de ese niño. Y, cuando lo veo, me quedo sin palabras, no me lo puedo creer. Es Lorenzo. No es posible. No quise saber nada, ni el día, ni la iglesia, ni nada de la celebración y, sobre todo, no quise saber quién era él. Y ahora descubro que es Lorenzo, Lillo. Un gilipollas. Uno que siempre le iba detrás, desde que eran pequeños, el clásico enamorado de toda la vida. Que normalmente suele acabar siendo el amigo de todas, alguien a quien te alegras de volver a ver, que se casa con otra, no con esa chica de la que estaba tan enamorado. Y, en cambio, con Babi no ha sido así. Intento recordar algo de él. Le daba bien al balón, lo vi en alguna ocasión en la playa de la Feniglia, pero no tenía un buen físico. Tenía las piernas cortas, el culo demasiado bajo, la espalda ancha y el pelo muy rizado, ojos oscuros y un diente roto. Miro la foto. Sí, no ha cambiado mucho, solo que lleva el pelo más corto y va vestido de manera elegante. Una vez estábamos solos en la casa de la playa y vino a buscarnos, en realidad vino a buscar a Babi. Nos había invitado a una fiesta, pero ella le dijo que no.

Ayer mismo me acordaba. No me lo puedo creer. Después de tanto insistir, al final lo consiguió. Y los imagino juntos, cómo empezó su historia, adónde la

llevó, dónde le dio el primer beso, dónde…

No, Step. Basta. No puedes seguir haciendo esto. Detén tu mente, oblígala a alejarse de todo eso, joder, a prender fuego a los recuerdos, a las imágenes, al dolor lacerante que te provocan. Y poco a poco todo eso sucede. Es como si me sedase yo solo. De pronto una extraña calma se adueña de mí.

Es como si una lluvia me rociara de repente y después todas las nubes desaparecieran. Vuelve a salir el sol, pero no hay ningún arcoíris. O es como un mar tempestuoso, oscuro, con unas olas gigantescas que rompen sobre todo lo que encuentran, y al cabo de pocos segundos vuelves a verlo liso, tranquilo como una balsa de aceite o, mejor aún, como suele decirse, como una tabla. Sí, entonces mi respiración también se calma. Se acabó. En una ocasión, Pollo, viendo cómo me enfadaba por culpa de Babi, como si solo ella realmente pudiera tocar las cuerdas que me ponían como una fiera, me dijo:

—¿Quieres que te diga una cosa? ¿Una cosa que podría molestarte pero que puede que sea la razón por la que has perdido por completo la cabeza por esa jodida chica? —Y se me quedó mirando, hasta que al final me eché a reír—. ¿De qué te ríes?

—De cómo has dicho *esa jodida chica*.

—Pues así es. Mira cómo estás… —Y alargó los brazos hacia mí, señalándome con ambas manos—. ¡Estás fatal! ¿Y bien?, ¿quieres oír la genial conclusión a la que he llegado o no?

Me senté en la moto.

—Está bien, oigamos.

Me sonrió y se sentó en la suya. Se quedó un rato callado y, antes de que se lo pidiera de nuevo, por fin habló:

—Una sola palabra: resígnate.

Me levanté de la moto y lo mandé a freír espárragos con la mano.

—¡Bonita conclusión! Tú y tus genialidades.

—Me subestimas. Acuérdate de esta palabra: *resígnate*.

Y ahora estoy aquí, ante la última foto de este álbum, en la que, por si no fuera suficiente, sale precisamente con ese gilipollas. Sin embargo, me acuerdo de que una vez incluso hablamos de él.

Aquel día.

—Pero no puedes estar celoso de alguien como él, Step, no puedes… Es solo un amigo.

—Me molesta; además, siempre viene a buscarte, nunca tiene en cuenta el

hecho de que estás conmigo.

—¡Pero eso no es verdad, pues claro que lo tiene en cuenta, de hecho, nos invita a los dos, no solo a mí!

Me mira sonriendo y me acaricia.

—¿Te he convencido?

—No.

—¿Y entonces…?

—Entonces me parece que le romperé la cara, así todo quedará más claro.

Sí. Debería haberle roto la cara en aquel momento. Quién sabe, a lo mejor las cosas habrían ido de otra manera. No. Habrían sido igual. De hecho, me acuerdo de algo que se me había borrado de la cabeza. Y, en cambio, también habíamos hablado de ello. Él es rico, muy rico, condenadamente rico, tanto que apenas terminar los estudios ya había abierto varias tiendas de lencería, para diversificar el negocio. Babi me contó cómo fueron las cosas en esa familia. El abuelo fundó una gran empresa de transporte en Las Marcas. Construyó una red de autobuses en zonas donde los pueblos más diseminados no estaban conectados de ninguna manera. Entonces empezó a ganar dinero y continuó invirtiendo en su empresa, ampliándola incluso a Molise y los Abruzos, y siguió ganando. A principios de los años ochenta pasó a ser una red oficial de transporte, que llegó hasta Emilia-Romaña. Su hijo, por tanto, el padre de Lorenzo, no tuvo que hacer otra cosa que consolidar todo eso sin cambiar nada en absoluto. De modo que es posible que Lorenzo se encontrara dirigiendo la empresa prescindiendo de cualquier capacidad que pudiera tener. Después podría hacerla rendir más o perder algo, pero la verdad es que debería esforzarse mucho para destruir un imperio semejante.

Sí, recuerdo muy bien cuándo me lo contó. Así pues, Babi, ¿de verdad tu vida es todo esto? Aquella noche, en el coche, cuando me diste la noticia de que te casabas, me quedé sin palabras. Me miraste y me dijiste: «Nunca será igual que contigo, pero contigo era imposible».

Y yo seguí callado. Por un instante pensé que me lo habías contado como un premio de consolación, después de haber hecho el amor, o quizá solo se tratara de un polvo. Quién sabe.

Parecían las palabras adecuadas para cerrar definitivamente nuestro capítulo. Y me acuerdo de que, antes de irme, me dijiste: «Pero, por otra parte, la vida es el trabajo, los hijos, los amigos, al final el amor es solo el diez por ciento…».

Y en ese momento sentí que me moría; me dije: «Pero ¿qué estoy haciendo

aquí? Está a punto de casarse y ¿se va a casar pensando así?». Me avergoncé, me sentí sucio, pensé en Gin, en su candor, y en lo que acababa de hacer… Entonces pusiste la radio, casi parecía que querías engañar al tiempo para no echarme, pero estabas deseando que me fuera. Tal vez porque sabías que estabas mintiendo, que estabas actuando, que esas palabras no eran tuyas, eso era lo que decía tu madre. Fue ella quien te obligó a casarte con Lorenzo o, mejor dicho, con sus autobuses. Sigo teniendo esta grata duda, una justificación que tal vez me conviene tomar como cierta. Y, cuando me dispongo a cerrar el álbum, me fijo en que, frente a la foto de ese gilipollas, hay un sobre: «Para ti».

TREINTA Y NUEVE

Bueno, ya no sé cómo llamarte. Me gustaría decirte tesoro, cariño o incluso amor mío. Pero sé que tú ya no eres mío. Sin embargo, hubo un tiempo en que lo fuiste, habrías hecho cualquier cosa por mí, incluso más, incluso más de lo que podría haber imaginado nunca cualquier otra persona, los normales, como tú los llamabas. Y tú no lo eras... Eras y eres especial. Pero eso a veces puede resultar incómodo, una inevitable dificultad insalvable. Al menos así, en parte, fuiste para mí. Tal vez fuera por mi propio miedo, por no haber sido lo bastante valiente, por no haber sabido decir basta, es mío y lo quiero. Solo eso. Pero ahora lo hecho hecho está. No sirve de nada sentir lástima del pasado. He intentado desesperadamente tenerte conmigo cada día y así ha sido. Estabas conmigo en cada momento, incluso cuando hablaba con mis amigas, escuchaba algo y me reía o me sentía mal, fuera cual fuese mi estado de ánimo, tú estabas conmigo.

Después, cuando nació Massimo, todo fue más fácil, porque en su boca, en su sonrisa, en esos ojos que a veces se me quedaban mirando cuando todavía no era capaz de hablarme, yo veía tu mirada, tu amor, tu curiosidad cuando esos mismos ojos buscaban dentro de mí no sé qué mucho tiempo atrás. Bueno, estoy segura de que, cuando has visto la foto de Lorenzo, cuando has descubierto quién era mi marido (si no te habías informado ya antes), habrás dicho:

«¿Lo ves? ¡Debería haberlo zurrado!».

Sonrío. Por lo menos, en eso me conoce.

Siempre me ha querido, siempre ha deseado estar conmigo y, cuando empezamos a salir, vi que tenía esas cualidades que son ideales en un hombre con el que casarse. Es generoso, amable, suficientemente atento. Además, ¿te acuerdas de lo que te dije? Para mí, en la vida, el amor ocupa un pequeño espacio, el resto son el trabajo, los amigos, los hijos.

Cierto, habías hablado del amor y solo le diste el diez por ciento.

El otro día volví a ver la película ¿Conoces a Joe Black?, y cuando llegué a esa escena en la que ella está en el helicóptero con su padre y él le pregunta: «¿Amas a Drew, el chico con el que te vas a casar?». Y la hija casi no dice nada y entonces el padre le dice: «¿Dónde está tu arrebato? Quiero que flotes, quiero verte cantar con furia y bailar como una posesa. Verte feliz hasta el delirio o dispuesta a serlo. Ya sé que suena un poco cursi, pero el amor es pasión, obsesión, no poder vivir sin alguien. Mira, pierde la cabeza, encuentra a alguien a quien amar como loca y que te ame de igual manera. ¿Cómo encontrarlo? Pues olvida el intelecto y escucha al corazón. No oigo ese corazón. Porque lo cierto, hija, es que vivir sin eso no tiene sentido alguno. Llegar a viejo sin haberse enamorado de verdad, en fin, es como no haber vivido. Tienes que intentarlo, porque, si no lo intentas, no habrás vivido». He visto esta secuencia tantas y tantas veces que me la sé de memoria. La primera vez que vi la película me eché a llorar,

sollocé, y cuando Lorenzo entró se preocupó. Me preguntó qué había sucedido, pero yo no podía hablar; entonces se enfadó, quería saber, pensaba que le había pasado algo a Massimo. Sin embargo, me había pasado a mí. A mí nadie me dijo esas palabras, nadie me detuvo. Es más, mi madre casi me obligó a casarme con Lorenzo con un sutil lavado de cerebro, haciéndome ver cada día cómo podría ser mi vida, cómo es la vida de una mujer llena de atenciones, de comodidades, de cosas bonitas, y además con un bebé... Por supuesto, cuando le dije que estaba embarazada, no tuvo la menor duda de quién podía ser el padre, si bien hace unos meses estábamos comiendo en casa de mis padres y hubo un momento en que Massimo se echó a reír de una manera idéntica a la tuya. Entonces mamá lo miró. Primero ella también se rio, luego su cara se transformó, como si de repente un pensamiento hubiera cruzado por su mente. Se volvió hacia mí, me miró y vi un destello en sus ojos, y me dijo:

—Tu hijo es muy guapo.

—Sí.

—A ver cómo será de mayor.

Y no nos dijimos nada más. Después de ver esa película me di cuenta de que tenía que volver a verte y de que, en realidad, siempre había sabido que llegaría este momento. Por lo demás, las fotos de Massimo las he ido guardando desde el primer día, desde que vino al mundo, para cuando volviera a verte. La escena de esa película fue como si alguien me hubiera puesto un gran espejo delante y pudiera ver en él mi vida. Y si acabé llorando a mares y sin poder ni hablar, ya puedes imaginarte lo que pude haber visto. Nada, aparte de mi hijo. No hay nada en mi vida, ninguna razón que pueda hacerme sentir como querría sentirme. Sí, tengo una bonita casa, un bonito coche, fiestas, amigos, pero cada día es como si todo eso agudizara mi dolor, me hiciera sentir mi existencia todavía más vacía, más inútil. Incluso pensamos en darle una hermanita o un hermanito a Massimo, pero no lo conseguimos.

Pensar en sus intentos de repente me encoge el estómago, me corta la respiración, me provoca ganas de vomitar. Pero logro superar este momento, me gustaría romper esta carta por lo mal que me hace sentir, por lo que ella cuenta con tanta ligereza: «No lo conseguimos». Y veo una tentativa torpe, insana, solo con esa finalidad. Y veo un triste placer, un miserable gozo, una mujer pasiva, casi aburrida, que participa fingiendo como la mejor actriz de porno suave o incluso más… Y luego veo a ese chico estúpido, ese inútil que se mueve sobre ella o debajo de ella, o detrás… ¿Por qué no lo zurré entonces? Lo sabía, siempre debería hacer caso de mis impresiones, son las más acertadas. ¿Y ahora? ¿Qué me sugiere mi instinto? Estoy aquí, con esta carta en la mano. Falta la media página que entreveo detrás. Pero ¿qué más pueden reservarme todas esas palabras? Parecen soldados amenazadores escondidos en una trinchera, listos para atacar, para golpear, rematar, destruir. Sé que no lo resistiré; sin embargo, quiero seguir adelante. De modo que vuelvo la página y sigo leyendo:

> Pero ya basta, no quiero aburrirte con mis cosas privadas. Aunque sí quiero decirte una cosa: desde que vi Joe Black y pensé en ti, no he hecho otra cosa que imaginarme nuestro encuentro, cómo sería, dónde podría tener lugar, cómo estarías tú, tu sorpresa, tu alegría de verme, o bien tu rabia, o, peor aún, tu indiferencia. Y cuando por fin ha sucedido, no hacía más que mirarte a los ojos. Sí, intentaba leer alguna emoción en ti, qué estabas sintiendo al volver a verme después de tanto tiempo; bueno, en resumen, por decirlo como a ti tanto te gusta: «¿La llama está encendida o apagada?». Hice que tu secretaria me ayudara, le conté algo sobre nosotros y a ella le entusiasmó. Dijo que estábamos perdiendo una oportunidad importante y que no era demasiado tarde. Me pareció una buena chica, avispada, capaz; hiciste una buena elección.

Sí, bueno, ya no está. Y precisamente gracias a ti. De todos modos, tampoco tenía todas esas cualidades que dices.

> No quiso contarme nada de ti, tengo que decir que lo intenté de todas las maneras, pero no lo conseguí. En eso se mantuvo fiel. Puede que tengas pareja, que te hayas prometido o que hayas roto con alguien. No lo sé. Sé que no estás casado, he visto que no llevas alianza y, en cualquier caso, no hay nada en internet ni en ninguna parte que lo diga. Pero la pregunta más importante para mí es esta: ¿eres feliz? ¿Nos llamamos? ¿Nos vemos? ¿Puedes pensarlo, por favor? Me gustaría mucho.

No hay remedio, esta noche todos se preocupan por mi felicidad. Justo en ese momento me suena el móvil. Un mensaje. Es Gin.

> Cariño, ¿qué haces? ¡No trabajes demasiado! ¡No tenemos mucho tiempo para distraernos, teniendo en cuenta cómo crece mi tripa! Vuelve…, tengo ganas de ti.

Sonrío. Cierro la carta, la meto dentro del álbum, que escondo al fondo de un cajón. ¿De verdad todos queréis saberlo? Bien, ya lo pensaré mañana. Me parece una respuesta a lo Escarlata O'Hara.

En efecto, toda esta historia me parece una dramática superproducción, de la que, por desgracia, yo soy el protagonista involuntario. A saber qué sucederá. Y para seguir con las citas: «Solo lo sabré viviendo».

CUARENTA

—Buenos días a todos.

Entro en la oficina con un positivismo y una alegría que en realidad no están justificados, pero he decidido que la mejor manera de afrontar esta jornada es no pensar en ella. Después, ya se verá, algo sucederá, llegará el momento en que tomaré una decisión, o tal vez todo, simplemente, ya se haya decidido.

—Buenos días. Me alegro de verlo así. —Se me acerca Alice y me da unos papeles—. He apuntado aquí sus compromisos del día y estas son las cartas que han llegado hoy…

—Sí, gracias, perfecto.

Me dirijo hacia mi despacho.

—¿Le apetece un café?

Me vuelvo hacia ella sonriéndole.

—Sí, gracias, ¿por qué no?

Y, a continuación, se aleja. Camina tranquila, sin ningún contoneo especial. Tengo que decir que, además, es muy mona, lleva un toque de maquillaje y resulta interesante dentro de su sencillez.

—¿Todo bien, jefe?

Giorgio me saluda desde su despacho.

—Todo bien.

—¿No hay novedades? ¿Ninguna noticia nueva? ¿Ninguna llegada inesperada?… —Mientras hace esta última pregunta, mueve la mano izquierda a media altura, como si acariciara una pelota o, mejor dicho, imitando una tripa.

—No debería habértelo dicho. Joder, ya no te voy a contar nada. Ahora resulta que he fichado a un actor de comedia. —Y cierro la puerta.

Hoy no hay ningún regalo encima de mi mesa. Menos mal. No habría

soportado según qué revelaciones más. Tampoco entre las cartas me parece que haya nada raro. Bueno. Aquí. Una carta para Stefano Mancini. No está escrita a máquina ni con el ordenador, deben de haberla entregado en mano, no lleva sello ni nada. Miro con más atención la caligrafía, me parece que no la conozco. Y, si mal no recuerdo, no debería tener más problemas por ahí. Cojo la navaja que está sobre mi mesa y la uso como abrecartas. Rasgo el sobre.

Distinguido Sr. Stefano Mancini:

Me llamo Simone Civinini, soy un chico de diecinueve años y me gustaría mucho hacer este trabajo. Como usted lleva poco en este sector, pero empezó por abajo, estoy seguro de que sabrá reconocer en mis palabras dos cosas fundamentales: las ganas y el entusiasmo. Me gustaría reunirme con usted. Le adjunto un proyecto mío y le dejo mi teléfono y mi email.

Estoy a su disposición para trabajos menores, tareas rutinarias y, si lo cree oportuno, algún día me gustaría ser guionista. Cuando he dicho que había empezado por abajo no pretendía darle coba. Sigo sus pasos desde que surgieron todos esos problemas con el TDV, conozco toda su historia. Así pues, me encantaría conocerlo. En cualquier caso, le agradezco su atención.

Al final de la carta encuentro su número de teléfono y su correo electrónico. Miro la dirección.

Es de Civitavecchia, aunque ahora debe de estar en Roma, supongo que de paso o viviendo en casa de alguien, teniendo en cuenta que ha entregado la carta en mano. Veo el proyecto que la acompaña: «Mi tipo ideal». El título es divertido, como mínimo se sale de lo ordinario. Empiezo a leer. El programa tiene una duración de cincuenta minutos. El juego se desarrolla en unos bloques independientes muy fáciles de seguir. Está bien escrito, es sencillo, directo, sin florituras. De modo que sigo leyendo. La idea es que seis hombres y siete

mujeres, o al contrario, cuenten cada uno un episodio determinado de su vida, algo que les haya sucedido con su novio, o compañero, o cónyuge, que es uno del otro grupo. Cómo se conocieron, la primera cita, el primer beso, la primera vez que hicieron el amor, dónde, o el modo más extraño… Los trece jugadores tienen que combinar las parejas de manera adecuada según las historias que se van explicando. Si se adivinan todas las parejas, significa que también se ha descubierto a la persona que está de más. A partir de ese momento solo se dispone de un minuto, sin añadir ninguna otra historia y contando con una alta dosis de suerte, para adivinar de entre unas cuantas personas del público enfocadas por las cámaras quién es el enamorado de ese último concursante. Quien también adivine esto consigue hacer el pleno y lo gana todo. Las cantidades pueden ser de lo más diverso. Un importe X a las parejas más complicadas o importes iguales para todas las parejas y una supercantidad más grande si se adivina también la última pareja con el otro enamorado en medio del público.

Cuando acabo de leer, estoy muy satisfecho. Es increíble que este chico de diecinueve años haya ideado un formato que puede ser una verdadera novedad, no solo para el mercado italiano, sino también para el extranjero. Así que salgo de mi despacho y voy a ver a Giorgio.

—Mira esto. —Se lo dejo encima de la mesa.

Justo en ese momento entra Alice, que, en silencio, pero con su bonita sonrisa habitual, nos trae dos cafés.

—Gracias.

Nos deja solos. Giorgio coge la carta.

—¿Qué ocurre?, ¿alguna petición especial? —Enarca una ceja dando a entender quién sabe qué.

—Sí, un rescate.

Por un instante, me mira perplejo.

—Vamos, estoy bromeando. Es la idea de un joven guionista; en mi opinión, no está mal. Estaría bien para antes del *prime time*, teniendo en cuenta que tanto la Rete como Medinews están intentando refrescar un poco ese horario…

—¿En serio es algo de ese calibre? ¿Y escrito por un joven guionista?

—Sí.

—¿Italiano?

—Sí.

—¿Cómo de joven?

—Diecinueve años. Nunca ha trabajado en televisión y nos ha elegido a nosotros como empresa a la que proponérselo.

Giorgio está leyendo también la carta que acompaña el proyecto. Se echa a reír.

—¿Nos ha elegido a nosotros? ¡Te ha elegido a ti! ¡Es un fan tuyo! Llevas una temporada que no sabes cómo quitártelos de encima, ¿no es cierto?…

Sacudo la cabeza. Giorgio entonces se levanta con rapidez, pasa por delante de mí y cierra la puerta. Nos quedamos solos. A continuación, se sienta en el sofá.

—Tengo que decirte dos cosas, mejor dicho, tres.

Yo también me siento, en la butaca que está frente a él.

—Soy todo oídos.

—Pues bien, he descubierto que Ottavi ha hecho dos transferencias para la directora Gianna Calvi.

—Ah. Y ¿se va a dejar pillar de esa manera?

—Las ha hecho a la cuenta de la madre de su compañero.

Giorgio es realmente competente, no puedo imaginarme cómo ha podido enterarse de una cosa así, pero doy fe de que no debe de haber sido fácil.

—Además, le ha regalado un Rolex último modelo, de diamantes, y una semana para dos personas todo incluido en el One&Only.

—Y ¿eso qué es?

—Uno de los complejos más exclusivos de las Maldivas: solo hay dieciséis bungalós en la isla, y cada uno está provisto de un mayordomo y servicio de habitaciones, todo incluido, además de un estupendo *spa*. Me parece que estamos hablando de tres mil euros al día.

—¡Bien! Estaba pensando ir cuando me has dicho lo de los dieciséis bungalós. Pero después de oír lo de los tres mil euros, he cambiado de idea.

—Está bien. Vamos a hacer una cosa: si conseguimos conquistar el mercado extranjero con dos formatos nuevos en al menos diez países y colocar una de las series, estaremos obligados a ir, ¿de acuerdo? Para nosotros es un aliciente conseguir ese resultado. ¿Sabes que muchas empresas norteamericanas especifican a principios de año los posibles objetivos que deben alcanzar? Se convierte en una especie de competición por hacerse con el mejor premio.

—Bien, me apunto.

El propósito es tan sumamente elevado que sé muy bien que no corremos ese riesgo.

—Venga esa mano.

Se la estrecho encantado de todos modos.

—Bueno, ahora pasemos al segundo punto. El productor ha jugado muy sucio, y nosotros, si estás de acuerdo, no vamos a ser menos.

—Pero lo suyo es corrupción; lo siento, no quiero ir en esa dirección.

Sonríe.

—Bien, era lo que quería oír. Pero tenía que oírlo. No haremos ningún regalo, pero de un modo u otro, intentaremos obtener esa serie por todos los medios.

—No quiero nada ilegal. No quiero depender de nadie. No quiero ser motivo de chantajes.

—No lo serás. Te aseguro que no arriesgas nada, ni tú ni Futura.

Se trata de un tema importante. Giorgio Renzi es un hombre correcto. A continuación, me mira como si se le acabara de ocurrir otra idea.

—Pues lo haremos así, yo asumo toda la responsabilidad. Actuaré por mi cuenta y no como Futura. En cualquier caso, tengo un asunto pendiente que arreglar con Ottavi; lo habría hecho de todas formas, era solo cuestión de tiempo. Lo único es que no querría decirte nada. No me gustaría implicarte de ningún modo.

Le sonrío.

—No sé de qué estás hablando…

—Bien, perfecto, eso es. Y ahora, el tercer punto, el más importante para mí…

Me levanto, cojo un botellín de agua mineral y le doy un largo trago. Él espera. A continuación, vuelvo a sentarme en la misma butaca. Con esta última cuestión me parece un poco incómodo. Quién sabe qué va a decirme.

—Bueno, pues… A mí me gusta muchísimo esta empresa, me gusta lo que hemos hecho, lo que estamos haciendo y lo que espero que hagamos… Pero quería dejar clara una cosa. —Hace una breve pausa. No le meto prisa—. Si por casualidad piensas que a veces bromeo demasiado, que hay algo que no funciona, tienes que decírmelo. Hay un error que, en mi opinión, mucha gente suele cometer.

Se quedan demasiadas cosas dentro. Y, por no saber enfrentarse a ellas en cada ocasión, al final acaban estallando, explotan, de manera que luego la relación ya no puede recuperarse. No quiero que eso nos pase a nosotros.

Me mira. Parece haber terminado, exhala un suspiro de alivio como si por fin

se hubiera quitado un peso de encima y, a continuación, se sienta más cómodamente.

Le sonrío.

—Está todo bien. De momento no hay nada que me haya molestado. Creo que te lo habría dicho.

—¿Incluso cuando bromeo sobre esos asuntos? —Vuelve a referirse a la tripa.

—Claro. Incluso en ese caso; es más, me haces reír y consigues que le quite un poco de dramatismo.

—Bien, me alegro.

Hago ademán de levantarme.

—Una última cosa. —Ahora cambia de tono.

—Sí, dime.

—Si necesitaras un consejo, quisieras mi opinión o tuvieras que desahogarte…, o, bueno, si desearas compartir algo, estoy aquí.

—¡Pero si ya lo he hecho!

—¿Cuándo?

Le señalo la hoja del proyecto.

—He compartido contigo las palabras de un fan mío…

Se echa a reír.

—¡Me refería a tus fans femeninas!

—Ya te había entendido. —Abro la puerta—. Ahora me voy. Nos vemos luego.

—¿Adónde vas?

—He quedado para comer con otro de mis fans. Pero no voy a decirte si es hombre o mujer.

CUARENTA Y UNO

Me sonríe al verme, está sentado a una mesa con una botella delante y unas olivas. Sigue teniendo esa mirada divertida y curiosa a lo Jack Nicholson.

—¿Cómo estás?

Marcantonio se levanta y me saluda.

—¡Cómo estás tú! Me ha llegado tu participación. —Después me mira y sacude la cabeza—. Joder, nunca lo habría dicho. Habría apostado a tu favor por cualquier otra cosa, pero no por esto.

—¿Por cualquier otra cosa, como qué?

—¡Y yo qué sé! Por que te liarías con alguna modelo, por que te irías a Estados Unidos, por que dejarías embarazada a alguna chica, ¡pero no por que te casarías!

Me gustaría decirle que he dejado embarazadas a dos, si bien solo voy a casarme con una. Aun así, prefiero no decir nada, simplemente le sonrío.

—Pero ¿por qué te parece que pasar por el altar sea algo tan burgués? Alguien como tú, con tus convicciones, tus ideas políticas, tus títulos nobiliarios que necesitan acordar matrimonios para vivir y consolidarse…

—¡Sí, en efecto, hoy en día, el matrimonio es revolucionario! Vamos a pedir… ¿Qué te apetece comer?

Estamos en Prati, en Settembrini, el lugar donde, de una manera o de otra, todo el mundo se deja ver. Hay una chica de color guapísima sirviendo las mesas que se acerca sonriendo.

—¿Están listos?

—¡Siempre listos! —Es la respuesta de Marcantonio, que le sonríe y ella le corresponde; parece como si se conocieran bien desde hace tiempo.

Pedimos comida sana: él, a pesar del franciacorta que está bebiendo, pide un

salmón con costra y unas judías verdes; yo, una simple ensalada César. La chica se aleja con nuestro pedido.

—¿La conoces bien? —le pregunto.

—Me gustaría conocerla mejor. Hay algún aspecto que todavía no tengo del todo claro… —Y sonríe con esa cara burlona que suele poner.

A continuación, me sirve un poco de franciacorta.

—No mucho, que yo luego tengo que trabajar…

—Mira que eres serio, te has vuelto un aburrido… ¿Dónde está el simpático matón que logré introducir en el TDV?

—¡Se ha ido de vacaciones, por suerte!

Nos reímos. Seguidamente, Marcantonio levanta la copa y me mira a los ojos, parece haberse puesto serio.

—Por tu felicidad.

Nada. Todos insisten en el mismo aspecto de mi vida.

Pero luego añade:

—Sea la que sea.

A continuación, me mira, me sonríe, entrechocamos las altas copas y bebemos. Está frío, muy rico, y Marcantonio lo hace desaparecer en un instante.

—¿Te gusta?

—Mucho. Es perfecto.

—Bien, me alegro. En realidad, en mi opinión todavía debería tener un poco menos de acidez. Es una de las botellas que hacemos allí arriba, en nuestras colinas de Verona.

—A mí me parece excelente.

—Puede llegar a ser mejor.

—Y, cambiando de tema: ¿tú cómo estás?

Me mira y sacude la cabeza a derecha e izquierda, como diciendo: «Así, así…».

—No creía que acusara tanto la pérdida de mis padres. Me acuerdo de cuando me hablaste de tu madre… ¿Sabes?, en ese momento, al escucharte, intenté meterme en tu piel. En cierto modo me fue bien, me sirvió de ayuda, pero no lo suficiente.

No sé qué decir, me quedo en silencio, pongo una sonrisa de circunstancias, la menos inútil que pueda, pero no sé cómo me ha quedado. Marcantonio se sirve un poco más de vino.

—Mi madre era muy fuerte; permaneció con mi padre a pesar de sus engaños

y, en los últimos tiempos, cuando él se puso enfermo, todavía estuvo más a su lado, lo ayudó de verdad, hacía lo posible para que se mantuviera casi en excelente forma. Después, una mañana, la que ya no se levantó fue ella, imagínate qué absurdo, y más tarde, al cabo de apenas un mes, a él le pasó lo mismo.

Yo pensaba que moriría primero él y, sin embargo, también en eso me sorprendieron. —Me sonríe y bebe un poco más de vino—. Tal vez así quisieron demostrarme que, a pesar de las peleas que habíamos tenido que oír mi hermana y yo, a su manera se querían. No supieron vivir el uno sin el otro. Estoy contento de que fuera así, me hace pensar que se trató de un gran amor; solo me lo demostraron al final, pero lo fue…

Justo en ese momento llega la chica de color con los platos y nos los deja delante, acordándose perfectamente de lo que hemos pedido cada uno.

—Veo que estáis charlando. Si necesitáis mi ayuda, para cualquier cosa, llamadme.

—Claro, gracias, Priscilla.

Se sonríen; a continuación, ella se va, pero en cuanto da dos pasos, coge algo y vuelve atrás.

Deja un cenicero sobre la mesa al lado de Marcantonio. Luego sonríe de nuevo y esta vez desaparece de verdad.

—Ya sabe lo que necesito… —Y se saca del bolsillo de la americana un paquete de cigarrillos y un Zippo.

»¿Quieres?

—No, gracias.

Se enciende un cigarrillo y le da una buena calada.

—Envidio esa manera que tienes de fumar de vez en cuando y solo por la noche —señala—. No dependes del tabaco… Qué bien. ¡No dependes de nada!

Empiezo a comer mi ensalada César.

—En ocasiones me siento algo inquieto. Sigo dependiendo, pero lo llevo cada vez mejor.

—Ten cuidado con guardártelo todo demasiado adentro. A veces eso provoca reacciones desproporcionadas, mucho mayores de como las recordábamos y que además creíamos poder controlar…

Le sonrío.

—Gracias.

—No hay de qué. Mi padre era así… De vez en cuando estallaba y no sabes

la que se organizaba… —Se queda pensando en algo, algún lejano recuerdo de él, de él con su madre, quizá de cuando era niño. Lo dejo solo. Pero luego, de repente, regresa—. Gracias por tus mensajes, y gracias también por el telegrama.

—Me habría gustado reunirme contigo en los alrededores de Verona o donde tuviera lugar el entierro.

—Gracias. No era el caso. Solo queríamos que estuvieran las personas más próximas a la familia. Como sabes, no se puede correr la voz de que los Mazzocca se extinguen como los demás. —Y se echa a reír. Sacude la cabeza—. ¡Vaya familia de capullos estamos hechos, testarudos orgullosos!

Él lo es en primer lugar, pero no se lo digo; también es susceptible.

—Y ¿no te habías quedado allí? Pensaba que habías decidido administrar los terrenos, las casas, todo ese infinito número de muebles que me contabas que había en cada casa, además de los vinos… —Señalo la botella—. Y los cuadros de los que me habías hablado, las diferentes colecciones antiguas…

Cierra los ojos y mueve las manos, como si me detuviera y rechazara todo eso.

—¡Qué va! Me da asco tratar con la gente. Mi hermana se ocupa, ella lo hace todo. Es paciente y tranquila, sabe calcular mejor que yo, ¡todo lo hace mejor que yo! —A continuación, apaga el cigarrillo, me sirve un poco más de vino y se llena la copa—. Prefiero trabajar aquí, en Roma, como diseñador gráfico, con todas las tocadas de huevos que tú conoces tan bien… —Me sonríe—. Pero también con todo el mundo girando alrededor, aquí, en Prati, estas chicas guapas no se ven en Verona…

—Lo cierto es que sé que incluso las hay mejores…

Marcantonio empieza a comer un poco de su salmón. Después sacude la cabeza.

—Está bien, pero yo estoy mejor aquí…

Y por el fondo pasa Priscilla. Él lo advierte.

—Pues eso, ¿ves? Mucho mejor.

Me hace reír con esos caprichos infantiles que tiene.

—Vale, vale, quédate aquí.

—Pues sí, y más ahora que Futura está creciendo en desmesura… ¡¿Has visto?, incluso rima!

—Idiota…

—Oye, que es verdad, vais muy fuertes, lo sé. Si no tuviera un contrato en exclusiva como asesor editorial para toda la producción gráfica de la Rete,

estaría bien trabajar con vosotros.

—A mí también me gustaría.

Ahora come con mayor satisfacción. A continuación, se limpia la boca.

—Pero ahora en serio, en la Rete hablan muy bien de Futura. Les habéis vendido varios programas y todos funcionan estupendamente…

—Sí, hemos tenido suerte.

—Qué modesto. De todos modos, antes o después estaréis al nivel de Endemol o Magnolia, si no más.

—¡Las ganas! Todavía nos queda mucho camino.

—Sí, pero no hay prisa. Llegaréis. Quiero ir a verte pronto a la oficina. Renzi me ha pedido una cita.

—¿En serio? No me ha dicho nada.

—Yo se lo pedí. Le dije que hoy comíamos juntos y ya te lo contaría todo, también este detalle…

—¿Cuál?

—Ahora te lo cuento.

Bebo un poco de agua y me dispongo a escucharlo con curiosidad.

—El otro día, a través de un político importante, el mismo que me puso ahí…

—Nunca me lo has explicado.

—No éramos tan íntimos.

—No es verdad.

—¡Pues entonces es que no me fiaba de ti!

—¡Peor!

—Oye, ¿me quieres escuchar o no?

—Cuenta.

—Pues bien, como te decía, me llamó ese político y me pidió el favor de que viera a una persona. Yo, naturalmente, le dije que sí. Se me presentó una mujer, una diseñadora profesional, con un *book* lleno de trabajos buenísimos, ¡pero buenos de verdad! Así que me pongo a pensar: «Viste bien, lleva unas joyas bonitas, ha hecho trabajos importantes; ¿por qué quiere trabajar en la Rete como grafista y encima bajo mis órdenes? No es que sea un trabajo que te dé un empujón ni en el que ganes mucho»…

De repente, me tenso, siento que mi instinto me pone en guardia. Luego pienso que Marcantonio es amigo mío y que no tengo nada que temer. De manera que me relajo y decido escucharlo.

—Continúa…

—Bien, después de mostrarme todo su *book* empezó a hacerme preguntas, pero con mucha seguridad, cosa que por lo general no hace alguien cuando va a una entrevista y espera conseguir un trabajo. Y tampoco muestra tanta serenidad. Ella, en cambio, estaba tranquilísima. —Se queda en silencio y luego sigue hablando—: Y ¿sabes por qué? Porque en realidad creo que a esa mujer el trabajo no le interesaba en absoluto. Las preguntas que me hizo eran sobre un programa que hice contigo, allí, en el TDV, sobre todo el follón que hubo y otras curiosidades que, mira qué casualidad, siempre tenían relación contigo… Para mí que esa mujer solo pidió la entrevista para saber más cosas de ti.

Entonces se saca una tarjeta del bolsillo de la americana y me la pone delante.

—Mira, este es su nombre.

Miro la tarjeta blanca, en la que solo pone «*GRAPHIC DESIGNER*» y su nombre arriba.

—Babi Gervasi. Entonces sabes quién es, ¿verdad? ¿Puedes creerme si te digo que, como suponía que podías conocerla y que tal vez hubiera habido algún que otro asunto entre vosotros, no hice ninguna broma, ni alusión, ni comentario? Aunque era una mujer muy guapa… ¡¿Has visto qué buen amigo soy?!

—No te habría zurrado.

—¡Pero no fue por eso! —Y se echa a reír—. ¿Y bien?, ¿conoces o Babi Gervasi o no?

—Sí.

—¿Bien?

—Muy bien.

—¿Como yo conozco a Priscilla?

—No sé cómo conoces tú a Priscilla.

—Ah…, ¡eso contestas! Pues entonces se trata de algo importante. Por eso…

—¿Qué?

—Hubo un momento en que se descubrió y me preguntó: «¿Es verdad que está a punto de casarse?».

—Y ¿tú qué dijiste?

—Le contesté.

Entonces me mira sonriendo, socarrón, divertido, y bebe lentamente un poco más de franciacorta.

Me tiene en ascuas a propósito. Intento resistir, pero no lo consigo.
—¿Y bien? ¿Qué cojones le dijiste?
—La verdad. Le dije: «Solo sé que todavía no está casado…».

CUARENTA Y DOS

Voy dando vueltas por la ciudad. ¿Por qué justo ahora? ¿Por qué precisamente ella? Podría haber conocido a otra chica, sentir curiosidad por ella y luego limitarme a ver que no era para mí. Y, sin embargo, con Babi es todo distinto, es como si de repente aflorasen momentos de todo lo que vivimos, las muchas cosas que había olvidado, casi borrado y, en cambio, aquí están. Detalles de su cuerpo, su risa, que tanto me gustaba, las noches que pasamos juntos, el sexo en el coche o en su casa, excitados por la idea de que, de un momento a otro, pudieran llegar sus padres, cosa que en efecto sucedió una vez y conseguí que no me pillaran por los pelos. Y me parece tan raro que haya vuelto a mi vida justo ahora, después de seis años de absoluto silencio, como si hubiera adivinado que iba a casarme, como si se hubiera dado cuenta de que esta era su última oportunidad para recuperar nuestra relación. Pero ¿se trata de eso? ¿Todavía queda espacio para ella? Y ¿qué es lo que quiere? ¿Qué quiere saber en realidad? Tan simple como me pareció cuando la conocí, en cambio, con el tiempo, me di cuenta de que en ella también había extrañas inquietudes. Como si lo suyo fuera una calma aparente. Siempre que practicábamos sexo, por ejemplo. Al cabo de un tiempo le cogió el gusto y, después de dejar a un lado los primeros miedos, se volvió compulsiva, iba más allá, y cuando gozaba le gustaba dejarse ir mostrando todo su placer, sin límites, sin vergüenza. Parecía un río desbordado, era del todo distinta de la Babi que había conocido. Una vez me dijo: «Me fundo en ti. No será nunca igual con ningún otro, la manera en que gozo contigo estoy segura de que no volverá a repetirse». Estábamos en mi casa; Paolo no volvía esa noche, nos quedamos abrazados en silencio a pesar de que yo oía gritos dentro de mí. Cómo podía pensar que pudiera haber otro, ni tan solo suponerlo, y, sin embargo, ya estaba hablando de algo que iba a suceder. Pero luego me

bastó con una caricia suya y empezamos a hacer el amor de nuevo. Se subió encima de mí, me sujetaba los brazos, tendidos encima de la cama, con todo su peso, como si quisiera ser ella quien mandara. Y su manera de hacer me gustaba con locura, me sentía suyo como no me había sentido nunca con ninguna otra. Se me metía en el alma. Y ahora, al pensar que puede haber estado con otro, me vuelvo loco. No puedo ni imaginarlo. No quiero. Pero mi mente parece no querer atender a razones, va como a la deriva, arrastrada por la corriente. Y de pronto vuelvo a verla a la perfección. Es como si fuera entonces, uno de los muchos días que vivimos con pasión. Se desnuda, camina delante de mí, se vuelve sabiendo que la estoy mirando, se quita el sujetador y sonríe segura de lo mucho que la deseo. A continuación, se quita también las braguitas. Y yo me quedo fascinado por su desnudez, mostrada así, ante mí, que, sentado, aturdido, respiro su sexo, su mirada, su malicia. Y, sin poder detenerlo mínimamente, mi deseo crece. Pero de repente todo cambia, veo a otro hombre con ella, veo que la toca, la acaricia, la penetra, la gira, le da de nuevo la vuelta, hace que se la bese, le toca el pelo, le sujeta la cabeza. Y todo eso me vuelve loco, me destroza el corazón, me parte el cerebro, me corroe, me consume, me carcome. Un dolor me invade nublándome la vista, pero de pronto algo me reclama, la lucidez regresa y, en un instante, soy consciente de cómo estoy conduciendo. Casi pierdo el control en una curva, pero consigo enderezar el coche, oigo el chirrido de los neumáticos, rozo el guardarraíl. No me había dado cuenta de a cuánto iba. Ahora he reducido la velocidad. Mi corazón también late más lento. Respiro más tranquilo. Estoy en la vía Flaminia y casi me parece natural conducir hasta meterme en el túnel y llegar hasta allí. Son algo más de las tres. Bajo del coche y me dirijo hacia ella. Camino recordando el camino. Sí, al final de la avenida, girando la esquina, frente a la construcción de mármol y cristales azulados, está la tumba de mi madre. Hace mucho tiempo que no vengo. Necesito hablar con ella. Un instante de tranquilidad para intentar encontrar una voz, una luz, una salida. Cuando doblo la esquina, veo que el cementerio está casi vacío. Hay una señora mayor arreglando unas flores y, un poco más allá, en medio de todas esas lápidas, solo un hombre. A medida que me voy acercando me da la sensación de que precisamente está delante de la tumba de mi madre. Cuando ya me hallo a pocos pasos, no me cabe duda, está frente a su tumba. Entonces él se vuelve. Nuestras miradas se encuentran. Me parece que lo tengo visto. Sigue mirándome, luego de repente cambia de expresión, como si al haberme reconocido se hubiera asustado, y acto seguido se dispone a marcharse.

—¿Disculpe? —le digo—. ¿Disculpe? —Sigo repitiéndolo para llamar su atención, pero no se vuelve, al contrario, acelera el paso. Es como si estuviera decidiendo si echar a correr o no.

Entonces lo adelanto de un salto y me planto delante de él, que enseguida se cubre el rostro con las manos, como si yo quisiera golpearlo.

—¿Esta vez también quieres partirme la cara?

Es Giovanni Ambrosini. El que vivía en el ático de enfrente de nosotros, el que iba con mi madre, el que yo descubrí en la cama con ella y saqué de su casa por el cuello, arrojándolo por la escalera, dándole una paliza, a puñetazos, golpeándolo detrás de la nuca y haciendo que se rompiera los pómulos entre los barrotes de la escalera.

—¿Y bien? ¿Quieres volver a dejarme moribundo? ¿O mandarme al infierno? Total, ya que estamos aquí…

Y de repente me viene a la mente el bolso de mi madre sobre aquella silla, la puerta de la habitación medio abierta y ella allí, desnuda en la cama, mirándome con el cigarrillo en la boca. No olvidaré nunca su mirada, vi su vida quemarse como aquel cigarrillo, ese repentino querer morirse, ese dolor que iba a durar para siempre. Pero él barre mis recuerdos.

—¿Y bien? ¿Qué contestas?

Está todavía delante de mí con los puños cerrados, colocados de mala manera delante de la cara en una inútil defensa. No me costaría mucho. Pero ya no me gusto. No me gusta cómo se fue mi madre, con esa imagen de mí. Y, si existe un Dios, tal vez le esté enseñando también esta escena.

Perdóname, mamá, los celos me cegaron. Y me vuelvo y me dispongo a marcharme. Giovanni Ambrosini baja los brazos, se relaja, se queda sorprendido, casi no se lo cree. Me imagino que todo esto le parece absurdo. Pero no me importa. Sigo andando hasta que encuentro un banco y me dejo caer en él. A continuación, escondo el rostro entre las manos y empiezo a llorar a moco tendido, sollozando, sin pensar, sin vergüenza ni preocuparme de lo que pueda pensar él u otros visitantes. Te echo de menos, mamá, mucho. Solo esto cuenta. Y sigo llorando, y me gustaría disculparme contigo, me gustaría hablarte como el último día que fui a verte al hospital, preguntarte qué piensas de Babi, de Gin, de toda esta situación, de los hijos, de qué debo hacer. Solo tú sabrías ayudarme, con tu mano cogiéndome la mía, con una caricia, con tu amor, que echo de menos todos los días. Entonces oigo que alguien se sienta a mi lado. Así que, poco a poco, me tranquilizo, recupero el aliento, aplaco cuanto puedo mi dolor.

Miro entre mis dedos intentando saber quién se ha sentado en el banco. Es él, Giovanni Ambrosini.

—Vengo a menudo a ver a tu madre y siempre lo hago a primera hora de la tarde; creía que era el momento más seguro. De hecho, nunca me había encontrado a nadie hasta ahora. Hoy he coincidido contigo. Lo siento.

No digo nada. Después inspiro hondo una vez, otra. Sí, ahora estoy más tranquilo. Retiro las manos de la cara, me apoyo en el respaldo, pero no lo miro. Miro fijamente un punto delante de mí, lejos, mientras él continúa hablando:

—Ahora eres más mayor y tal vez puedas comprenderme. Yo amaba a tu madre, más que a nada en el mundo. También le dije que, si quería, renunciaría a ir a juicio. Dijo que estaba preocupada por ti, que eras demasiado violento, que tal vez te haría bien… Por eso seguimos adelante. Cuando tus padres se separaron, empezamos a vivir juntos. Fuimos muy felices… A pesar de que no pude masticar durante una buena temporada. Pero no importaba. No era eso. Tu madre era especial. Sufrió mucho con tu padre, me confió muchas cosas, pero no es justo que tú lo sepas. Quiero que sigas viéndolo como te lo imaginas…

A mí también me gustaría decir algo, pedirle perdón por aquello, querría saber más, hacerle preguntas, pero no me sale la voz. Cada vez que lo intento se me queda atascada en la garganta. Y casi me avergüenza que pueda oír ese esfuerzo tan débil, casi inexistente. Entonces él prosigue.

Ahora sus palabras me aturden, me abofetean, me golpean, del mismo modo que aquella vez hice yo con él.

—Traté de hacerla feliz como nunca lo había sido. Oí hablar mucho de ti, cada día me contaba algo, eras como un hijo para mí. Yo le daba consejos, le sugería cómo tratarte, qué hacer con tu carácter, sin saber que un día te rebelarías precisamente contra mí y me dejarías así… —Entonces esboza una pequeña sonrisa—. ¿Qué pasa?, ¿no te atreves a mirarme? Hazlo. Eras muy temerario, muy duro… Ahora, en cambio, ¿te avergüenzas? Mírame, lo hiciste tú e incluso debiste de sentirte orgulloso, ¿no?

De modo que me vuelvo. Y veo esa fea sonrisa, esa mueca casi ridícula, marcada por la mandíbula desencajada. Sigue con la mirada fija en mí. Ahora no tiene ningún miedo. Casi me desafía, quiere que eso me afecte. Y lo consigue. Tal vez se da cuenta.

—Y piensa que, a pesar de todo esto, seguí amando muchísimo a tu madre. Si ese debía ser el precio que tenía que pagar, acepté pagarlo, pero fue injusto que precisamente cuando por fin podíamos ser felices la perdiera de nuevo.

Después no dice nada más. Nos quedamos así, en silencio, en ese banco, en esa incomodidad dictada por un dolor compartido. Hemos querido a la misma mujer de maneras distintas. Pero yo no consigo aceptarlo del todo. Y entonces me levanto. Me gustaría decir algo, pero «Perdóname» o «Lo siento» me parece que no tienen sentido. ¿Habría preferido no encontrármelo? ¿Dejarlo en mi pasado con todas sus culpas, tal y como lo vi aquel día? No lo sé. Lo que más me hace sufrir es que él conoce unos hechos que yo no sabré nunca. ¿Qué era lo que hacía infeliz a mamá? ¿Por qué? ¿Qué le hizo papá? Así es, todo eso pertenece a una mujer que ya no existe, a un extraño inútilmente deforme que mantiene guardado con celo ese secreto detrás de su indefinida sonrisa.

Al final, apenas consigo decir:

—Me voy.

Y hasta me parece mucho.

CUARENTA Y TRES

Llego a la oficina; me encierro en mi despacho, me pongo a mirar otros proyectos, veo algunos vídeos con programas que me envían de fuera. Hay un juego alemán divertido y un programa de entretenimiento francés que no está mal. Está muy bien hecho, se formula una serie de preguntas a dos familias sobre su capacidad de adaptarse a los viajes, con filmaciones y curiosidades del lugar. Te ayuda a conocer un país de una forma del todo nueva y sin aburrirte. El juego final, además, es muy divertido y permite a la familia que llega hasta allí ganar una serie de elementos para ese viaje: vuelo en primera clase o en turista, habitación superior en un hotel de cinco estrellas o de cuatro o de tres, y así sucesivamente, según cómo respondan los concursantes a las preguntas. No está mal. A la gente le gusta viajar, le gusta ver a una familia más o menos en apuros, y se divierte al final viendo adónde irá de vacaciones y si será con más o menos comodidades. Mañana tengo que decirle a Renzi que debemos pedir la opción para esos dos programas. Entonces me llega un mensaje al móvil:

> Hola, cariño, esta noche salgo a cenar con Antonella, Simona y Angela. Si quieres cenar en casa, he hecho la compra y encontrarás cosas ricas en la nevera. Si, en cambio, decides cenar fuera, puedes ir, pero solo con amigos de sexo masculino, ¿de acuerdo? ¡Te quiero y llámame de vez en cuando! Eh, hola, ¿sabes quién soy? ¡Soy esa con la que deberías casarte!

Me hace mucha gracia. La llamo.

—¿Así que me vas a dar plantón?

—¡Pero si no habíamos hecho ningún plan!

—No, pero lo estaba pensando…

—¡Sí, ya, pues sigue pensando!… ¿Lo ves?, así se pierden las oportunidades.

—¿Adónde vais a ir a cenar?

—Creo que al Tiepolo o al Dulcamara de ponte Milvio, te mando un mensaje cuando estemos allí. ¿Tú qué vas a hacer?

—No lo sé. Trabajaré un rato más, luego cenaré algo aquí abajo y volveré a casa, no te preocupes.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien. ¿Por qué?

—No lo sé. Hoy te he echado de menos un montón, no sé qué me ha dado. De repente me ha invadido una sensación extraña, tenía una necesidad desesperada de abrazarte. En serio, hasta me han entrado ganas de llorar.

—¡Oh, madre mía!

—Sí, ya sabía que dirías eso; en vez de ser cariñoso y comprensivo, te ríes de mí.

—Pero, tesoro, ¡era para quitarle hierro!

—Sí, sí, tú siempre te ríes a mis espaldas. Te burlas de mí. Te hago gracia. ¡Tendrás que pagarme un sueldo como bufón personal!

—Pero si yo no me río de ti: me río contigo. Y yo también te he echado muchísimo de menos.

—Sí, claro, lo dices para que me quede tranquila, pero ya sé que cuando cuelgas el teléfono me mandas a freír espárragos. Ya me imagino tu mano moviéndose en el aire…

—Te prometo que la tengo en el bolsillo…

—¿Lo ves? ¡Porque quería moverse!

—¡Que lo he dicho a propósito! Mira que eres tonta…

—Tienes razón, estoy un poco sensible, debe de ser por culpa de la tripa…

—¿Por qué?, ¿qué tienes en la tripa? ¿Te duele la tripa?

—¡Nooooo, es que tengo a tu hijo dentro! Y me vuelve emotivamente vulnerable, así que, si lo piensas bien, es todo culpa tuya.

Y seguimos bromeando un rato. Después, cuando nos despedimos, me dice que de todos modos no llegará tarde, que le habría gustado quedarse en casa, abrazada a mí.

—¡Que no, vete con tus amigas, lo pasarás bien!

—¡Uf!

Al final colgamos. Me quedo un rato más en la oficina, saludo a las chicas

que se van, a Alice, que me deja las citas del día siguiente sobre la mesa, y por último a Giorgio, que se para delante de mi despacho.

—¿Quieres que te haga compañía?

—No, no, vete.

—¿Así que no quieres compañía?

—No, gracias.

—¿Seguro?

Me mira sonriendo y enarca una ceja.

—¡Quédate, si quieres!

—¿Va a venir tu amiga?

—Mira que eres malpensado. Me quedo aquí solo revisando el trabajo, haciendo crecer Futura y pensando en nuestro futuro…

—Y en el de tu hijo… O sea, uno de tus hijos…

Y se echa a reír, pero inmediatamente abre los brazos, disculpándose.

—Venga, perdona, era una broma. De todos modos, ¿tienes alguna novedad?

—No, ninguna, todo está en calma.

—Bien, ya sabes lo que dicen, ¿no? Si no hay noticias, son buenas noticias. Bueno, me voy. Creo que pronto tendremos novedades de la serie…

—¿De verdad? Estoy intrigado.

—Todavía no puedo decirte nada seguro, pero espero poder hacerlo muy pronto. —A continuación, sale del despacho—. Aun así, llámame para lo que sea, buenas noches. —Y se va él también, dejándome solo en la oficina.

Pongo un poco de música clásica, abro una cerveza y me relajo en el sofá de la sala de reuniones.

Pienso en qué me gustaría ver por televisión. Así es, esta debería ser la pregunta que tendría que hacerse un creativo, y también un escritor cuando escribe un libro o un guionista que se enfrenta a una película. ¿Qué quiere ver la gente? ¿Qué historia le gustaría que le contaran? Y entonces se me ocurren algunas ideas. Cojo un bloc y lo pongo en el brazo de la butaca. De vez en cuando anoto algo, lo lleno con algunos apuntes, una idea que se me ha ocurrido, que tengo curiosidad por saber si existe, si alguien ya la ha pensado. Después me termino la cerveza, la tiro a la papelera que hay allí al lado y salgo. Subo al coche y decido ir a cenar a Berninetta, en la via Pietro Cavallini, cerca de piazza Cavour.

—¡Hola, Michele! —saludo al hijo de Dario, el dueño—. ¿Y tu padre?

—Acaba de irse.

—De acuerdo. Salúdalo de mi parte. ¿Dónde puedo sentarme?

—Aquí.

Enseguida me consigue una silla y me coloca en una esquina, desde la que puedo ver todo el restaurante. Está lleno, siempre lo está. Se come realmente bien y me hace gracia que haya podido superar la época de crisis sin renovar siquiera la decoración. En mi opinión, todo el secreto está en lo que compra el padre. Quizá algún día su hijo Michele también lo hará bien, puede que con él este lugar llegue a tener todavía más éxito. Me trae una cerveza, luego le pido unas alcachofas a la judía y una pizza roja con tomate y guindilla.

—Venga, y también dos trozos de bacalao frito…

Sonríe.

—Con todo lo que comes, sigues manteniéndote siempre igual, Step.

Michele se va, me hace gracia que sea un acérrimo vegano y, sin embargo, le toque servir platos que no le gustan en absoluto. Se los desaconsejaría a cualquiera, pero, como es obvio, teniendo en cuenta su papel en el restaurante, está claro que no puede hacerlo. Giovanni, uno de los camareros, me saluda. Le sonrío. Pasan entre las mesas, trabajadores incansables, excelentes profesionales.

Algunos de ellos han visto nacer este local, juntos han forjado su fortuna. Quién sabe cómo vivirán este éxito, si también lo sienten un poco suyo, si habrían querido algo más de reconocimiento o si lo han tenido…

—Aquí está la cerveza y un plato que quiero que pruebes, un poco de *cacio e pepe* hecho de una manera especial… —Michele me sorprende trayéndome este plato que no había pedido.

Lo pruebo.

—Riquísimo. Realmente excelente.

Satisfecho, sonríe y se va. Eso es algo que también hace siempre su padre. Michele se acerca a una pareja de señores que acaban de llegar y escucha lo que van a pedir. Lo veo asentir, sonreír, pero no les propone nada nuevo. Son habituales, con sus platos clásicos consolidados. Miro a mi alrededor, no conozco a nadie, lo bonito de este local es que hay gente de todas las edades. En una mesa hay una familia con la abuela y todo, en otra, una pareja de unos veinte años, en otra, una pareja de unos cuarenta con un hijo de cinco o seis años, luego hay una mesa con cuatro amigos apenas mayores de edad. Ríen, bromean, van vestidos de manera elegante. Nosotros no éramos así. Nosotros comíamos con las cazadoras puestas. Llevábamos vaqueros descosidos, camisas americanas, botas camperas y cinturones anchos. Nosotros éramos chicos ya mayores.

Habíamos tragado millas, habíamos dado puñetazos, nos habíamos emborrachado más de una vez, habíamos perdido a un amigo. Nosotros no degustábamos la comida, nos la tirábamos encima casi enseguida, a la cara, a la cabeza o acertando alguna otra mesa. Nosotros éramos jóvenes en serio. O, mejor dicho, éramos bestias, violentos, nosotros simplemente éramos así: nosotros.

—¿Quieres algo más?

Michele me mira con su sonrisa cortés, con su increíble calma. Basta, quiero quitarme de encima esta curiosidad.

—¿Alguna vez no te entran ganas de enviar a alguien a la mierda?

Mi pregunta lo deja asombrado.

—¿Eh?

—Sí, lo has oído bien. ¿No te pasa nunca que alguien te cabree tanto que te gustaría mandarlo a la mierda? ¡Siempre estás tan tranquilo! ¡Demasiado tranquilo! Después, los que son como tú entran en un bar y disparan a todo el mundo.

Se echa a reír y se encoge de hombros.

—Pero ¡es que yo soy tranquilo de verdad! Mi padre me cabrea y de vez en cuando nos peleamos, pero no demasiado porque él tuvo un infarto. Mira, para mí la gente se divide en educada y maleducada. Yo tengo suerte. Tengo muchos camareros. A los maleducados hago que los sirvan ellos… —Y se va así, con una sonrisa dichosa, igual que él, sin muchas preocupaciones.

Luego, mientras acabo de comer, noto que me vibra el móvil. Ha llegado un mensaje. Lo cojo.

Miro a mi alrededor como si hubiera hecho algo, como si ya debiera sentirme culpable. Estoy solo en la mesa. Soy el único del restaurante que está solo, al menos físicamente. No sé si abrir el mensaje, tengo un presentimiento sobre el emisor. A veces nos invaden sensaciones tan raras que en realidad no sabemos interpretarlas. Como cuando Babi giraba el rabillo de la manzana. Cada vez decía: «A ver quién está pensando en mí». Y me lo hacía a propósito, porque estaba conmigo. Veía que me cambiaba la cara. «A, B, C, D… —decía y, como notaba que no me hacía ninguna gracia, entonces de repente aceleraba—: M, N, O, P, Q, R… ¡S! —Y, al llegar a la S, lo arrancaba—. ¡S! Está pensando en mí… ¡Saverio!».

Y luego se me echaba encima, se reía como una loca de mis celos. Aunque creo que nunca los entendió. Mis celos eran por su amor, por su interés, por su

curiosidad. Me habría gustado vivir cada uno de sus pensamientos, todo lo que veía, habría querido que cada sonrisa suya fuera también mía.

Compartir con ella la vida. Pero ¿por qué estoy pensando tanto en esto? Miro el móvil. Un destello me recuerda de vez en cuando que ha llegado un mensaje. Entonces lo cojo, desbloqueo la pantalla y, sin pensarlo más, decido leerlo.

CUARENTA Y CUATRO

> Amor mío, ¿dónde estás? ¿Sabes que hoy estoy realmente rara? Te echo de menos, aun sabiendo que te tengo y sobre todo que eres mío. Hemos cambiado de restaurante, estamos en La Zanzara, en via Crescenzio; cenaremos aquí y luego quieren ir a dar una vuelta, para hacer un poco la digestión. Pero me parece que no voy a ir. Te amo.

Gin. Gin y la felicidad que puede expresar incluso con poco más de un centenar de caracteres.

Gin y su alegría. Gin y su amor. Gin y nuestro bebé que lleva dentro. Gin y su manera de esperar, de haberse enamorado, el cuidado, la perseverancia, la obstinación de querernos. De construir esta relación, superando todas las dificultades, incluso olvidando mi traición, perdonándome. Al menos, eso me ha dicho. Pero ¿una traición realmente se supera? ¿No es como una herida que deja una marca, esa quemadura, esa caída que quizá sufrimos de pequeños pero que ha grabado sobre la piel esa indeleble mancha blanca? A veces he visto que su mirada cambiaba, se volvía triste. Cuando algo o alguien le recordaba ese dolor. Una película, una frase, una historia de cuernos contada en la mesa riendo en referencia a una pareja con la que tampoco somos tan amigos, sí, incluso el menor detalle le rasgaba de nuevo el corazón en un instante. Una mañana, mientras estaba en el baño, nuestras miradas se encontraron en el espejo. Yo le sonreí; ella, en cambio, se enjuagó la boca, se secó y luego me dijo:

—Cuando me contaste tu traición en el interior de la iglesia, tus palabras sonaron en mis oídos como cuando de pequeña a veces la maestra, al escribir con la tiza en la pizarra, hacía ese chirrido terrible. Pero ese sonido duraba un

instante; en cambio, el dolor de tus palabras es infinito.

La firmeza con que me lo dijo fue como un puñetazo en el estómago, más fuerte que muchos de los recibidos de verdad. De modo que le rogué:

—Intenta olvidarlo, cariño…

—Y tú jura que nunca más me harás sufrir.

—Lo juro.

—Por favor, si crees que no eres capaz de mantener este juramento, vete enseguida. Si no, sería como si me mataras poco a poco. Ahora todavía puedo rehacer mi vida, puedo enamorarme de nuevo… Tal vez.

Luego se echó a reír, entonces la abracé y le dije:

—Me quedo, pero te lo ruego, no me lo recuerdes nunca más. Me da vergüenza.

Ahora estoy en el coche, conduzco lentamente, con una canción en la radio. *Ti vorrei sollevare*, de Elisa. La han puesto por casualidad, pero me parece muy adecuada. «*Giura che non mi farai mai più soffrire*». «Jura que nunca más me harás sufrir[20]». Y yo se lo juré. Y es como si oyera una voz en mi interior: «No puedes equivocarte, ya no puedes. Si pensabas que no ibas a ser capaz de mantener una promesa, entonces no deberías haber asumido esa responsabilidad. ¿Tan débil eres?».

Esta voz severa que, por desgracia, parece conocerme me hace preguntas retóricas sabiendo muy bien la respuesta. ¿La verdad? ¿Quieres la verdad? No lo sé. Ya no sé nada… Mejor dicho, lo más dramático es que algo sí sé. He encontrado la respuesta a lo que muchos me habéis preguntado. Lo siento, no soy feliz.

Y, sin darme cuenta, paro el coche. Estoy allí, al otro lado de la calle, delante de La Zanzara. Ahí está, ya la veo. Gin con sus amigas, sentada a una mesa de fuera a la derecha. Apago las luces y me quedo mirándola. Escuchan algo que cuenta Antonella, después interviene Simona y de golpe se ríen todas a carcajadas. Gin sacude la cabeza, tiene los ojos cerrados, se lo está pasando muy bien, se aprieta la barriga y mueve la mano como diciendo: «Qué daño, no puedo más, me estáis haciendo reír un montón». Entonces se acerca un camarero, un chico joven, agradable. Se para junto a su mesa y todas se ponen serias. Escuchan lo que dice. Simona y Angela se miran un instante y esbozan una pequeña sonrisa. En efecto, es un chico guapo. Me imagino que les está recitando los postres.

Después deja de hablar, sonríe y espera a que las chicas decidan qué van a pedir. Simona pregunta algo, escucha la respuesta del camarero, seguidamente asiente como diciendo que la ha convencido y escoge ese plato. Antonella levanta el índice y hace la misma elección. Angela, en cambio, escoge otro y Gin concuerda con ella. El camarero les da las gracias, recoge las pequeñas cartas y se va. En cuanto está lejos de su alcance, Simona se inclina sobre la mesa como para hacer una confidencia. Al acabar, todas se echan a reír de nuevo. Gin se las da de moralista, leo en sus labios «¡Venga ya!», como si el comentario sobre el camarero hubiera sido excesivo. Simona, en cambio, asiente con la cabeza como dando a entender: «Créeme, tengo razón, es tal como te lo digo». Después, no sé por qué, un chico de la mesa de al lado dice algo. Antonella le contesta. Otro chico, también de esa mesa, dice otra cosa. Las chicas se ríen. Son tres hombres solos, beben cerveza, parecen personas agradables. Simona, tranquila, hace una broma, sus amigas se ríen, también los chicos. Entonces llegan los postres, el camarero los reparte acordándose a la perfección de lo que había pedido cada una y se aleja de nuevo. Los chicos de la mesa de al lado se vuelven y las dejan en paz, saben que cuando es la hora del postre es mejor no molestar. Durante un rato la situación se mantiene tranquila.

Luego Gin se levanta, les dice algo a sus amigas y entra en el restaurante, pide una información a la chica de la caja y a continuación se dirige al interior del local, desapareciendo de mi vista. Uno de los tres chicos se levanta y entra también en el restaurante. Veo que se acerca a la barra. Los otros no le hacen mucho caso, siguen bebiendo. Uno se enciende un cigarrillo. Al cabo de poco veo volver a Gin. El chico que estaba en la barra se mueve y, antes de que ella salga del restaurante, la detiene.

Gin se vuelve, está sorprendida, se queda de pie a su lado. Ahora son como dos siluetas, porque tienen una luz blanca muy fuerte detrás. Gin lo está escuchando, él gesticula, habla, explica, ríe. Ella, al final, dice algo sonriendo y lo deja allí, sale de la luz, regresa a la mesa y se sienta en su sitio. El chico no se desanima: la alcanza, saluda a las amigas, se presenta y luego se mete una mano en el bolsillo interior de la cazadora, saca una tarjeta y la pone sobre la mesa delante de Gin. Explica algo, tal vez de su trabajo, una posible invitación para ella o para todas… Eso, al menos, es lo que me parece entender. Me quedo mirando la escena, pero sin rabia ni tampoco celos, debo decirlo. Y es algo que me sorprende. ¿Tanto he cambiado? A pesar de todo, ese chico me molesta, me parece inútil, mejor dicho, insulso. Sí, es algo fastidioso que ha entrado en la

vida de Gin, en mi vida, como un mosquito o, peor aún, como una de esas moscas que a veces se te posan en el brazo o en la mano, te molestan y entonces tú mueves de vez en cuando el brazo solo porque esperas que la mosca decida irse a otra parte o desaparecer para siempre. Pero es solo eso, nada más. No tengo ese repentino ataque de violencia en el que ya no veo nada, no me asaltan las ganas de golpear a ese chico, de aplastarlo, igual que si fuera esa inútil mosca. No, estoy extrañamente tranquilo. ¿Y si hubiera sido Babi en lugar de Gin? ¿Si le hubiera dado la tarjeta a ella? Dejándola allí sobre la mesa de manera insolente, como una invitación, una tentación, un posible momento de clandestinidad. ¿Me habría quedado así, al otro lado de la calle, sin hacer nada? El chico sigue diciendo algo, Simona interviene, las otras se ríen. Gin asiente, entonces el chico parece que se calla. Ya no se ríe, ha perdido el entusiasmo, tal vez le han dicho que Gin vive con alguien, que está enamorada o que está a punto de casarse. El chico, de todos modos, deja la tarjeta sobre la mesa y vuelve a sentarse. Gin sonríe, coge la tarjeta y se la mete en el bolsillo de la cazadora, luego le da con la mano unos golpecitos encima y les dice algo a sus amigas. Ellas también sonríen; quizá ha supuesto que podrían aprovecharse del tipo pero todas juntas. Justo en ese instante oigo sonar el móvil. Lo saco del bolsillo y, sin pensar, contesto.

—¡Hola! ¡Qué bien que lo hayas cogido! Tengo que verte sin falta. Debo decirte algo muy muy importante. Por favor…

Y no me sorprendo. En cierto modo, estaba esperando esa llamada.

CUARENTA Y CINCO

Me abre la puerta, va vestida de manera elegante pero no demasiado, lleva una camisa azul claro y unos pantalones vaqueros oscuros, muy anchos, que apenas le llegan por debajo de la rodilla. Calza unas zapatillas deportivas blancas con la punta redondeada y unos calcetines cortos con un minúsculo volante. Tiene los ojos brillantes, emocionados, pero no dice nada, se me echa al cuello y me abraza.

Me aprieta muy fuerte, como si quisiera transmitirme todo el tiempo pasado en el que no nos hemos visto y el afecto que siempre me ha tenido. A continuación, se aparta y me sonríe, ha dejado a un lado las emociones.

—Vamos, entra, no te quedes en la puerta…

—Sí, claro. Te he traído esto.

Le paso una bolsa con una botella de Cristal dentro.

—¿Un Cristal? ¡No hacía falta! Ya sabes cómo terminan estas cosas… —Se vuelve hacia mí, enarca una ceja y se echa a reír.

Echo un vistazo por el salón mientras ella sale.

—Oye, ¿sabes que esta casa es realmente bonita?

Las alfombras son de pelo largo, con unos dibujos modernos en gris sobre blanco o azul cielo.

Hay un banco lila, unas cortinas de color intenso. Una pared naranja pálido, otra amarillo pálido, luego una pared toda blanca y una puerta roja. Podría parecer un batiburrillo de colores y, en cambio, la disposición crea un contraste o un suave degradado y hace que el detalle quede perfecto. Hay un gran jarrón de cristal rectangular con unas grandes ramas secas de colores plateados claros, dos butacas de piel azul oscuro, unas mesitas bajas de cristal con ruedas de goma y el borde de hierro galvanizado y algunos cuadros de hierro forjado con unos textos

antiguos.

—Pero ¿quién la ha decorado tan bien? Está hecha con muy buen gusto.

—¡Yo!

—¿Tú?

—Eh… ¡Es que tú nunca apostaste por mí!

Le sonrío.

—¡Cómo que no! De todos modos, Pallina, eres realmente sorprendente. Tu casa es preciosa y además te veo muy bien, es como si hubieras brotado, eres más mujer. ¡Incluso has adelgazado!

—¡Por la manera en que me describes es como si antes fuera un asco! ¡Por eso no te has dejado ver!

Me echo a reír.

—Pero ¡¿qué dices?! Qué idiota eres. Ya sabes por qué no me he dejado ver.

Nos miramos un instante en silencio y surge entre nosotros una pizca de emoción, pero ambos decidimos alejarla enseguida. Entonces sigo tomándole el pelo, lo hago con malicia.

—Además, llevas el pelo un poco más largo de lo normal, y encima esa mirada, no sé…

Me observa divertida mientras intenta abrir la botella de champán.

—¿Qué quieres decir? ¿Has cambiado de idea o quieres intentarlo ahora?

—No sé, no sé, lo pensaré esta noche… —Le cojo con delicadeza la botella de las manos—. ¡Vamos a ver si bebiendo un poco las cosas se vuelven más fáciles!

—¡Ah, claro, quieres echar toda la culpa al alcohol! Pues vaya, así es muy fácil… ¡Pero de eso nada, tenemos que ser conscientes de nuestros actos, sin buscar excusas!

—Tienes razón…

Descorcho la botella sujetando el tapón en la mano, lo dejo a un lado y empiezo a servir el champán en dos copas altas que ha traído. Me mira fingiendo que está celosa.

—Y, además, me he enterado de que te casas… ¿Tal vez quieres aprovechar los últimos días de libertad?

—¡¿Cómo que te has enterado?! ¡Si te he enviado la participación y la invitación!

—Pero ¿qué dices?

—¡Digo la verdad! Oye, que para mí es muy muy importante que vengas.

Le paso una copa de champán.

—¡Las envié a la única dirección tuya que tenía, la de tu madre; la de ahora no me la diste hasta hace poco!

—¡Está bien, mañana lo miro! Le diré a Bettina, la asistenta, que me las dé, porque últimamente mi madre y yo no nos hablamos mucho.

—Últimamente… Hace un montón de tiempo que con ella hablas un día no y el otro tampoco. De todos modos, si te digo que las envié, deberías creerme. Ya sabes que no miento…

Pallina se me acerca con la copa en la mano y la entrechoca con delicadeza, pero con decisión, contra la mía.

—¡Por las mentiras que no dices, por las que puede que hayas dicho y por tu felicidad!

Bueno, pues sí, ahora hacía tiempo que no salía en la conversación. A continuación, nos sonreímos y bebemos. Pallina se sienta en un gran sofá gris.

—Venga, cuéntame, quiero saberlo todo…

Me acomodo delante de ella.

—Bueno, pero primero quiero saber por quién te has enterado…

—Pero ¿es que no sabes que Roma es radio macuto? Es exactamente igual que un pueblo pequeño… Aquí solo les interesa contarte quién ha roto, quién está saliendo, quién tiene una aventura, quién ha puesto los cuernos a quién, quién se casa… Y, además, has invitado al grupo de los Budokani, los que iban contigo al gimnasio…, así que lo sabe todo el mundo.

—¿Todavía los ves?

—Tengo que decirte algo. —Se queda un instante callada, está un poco incómoda, y yo me temo lo que está a punto de decirme—. Estoy con Sandro.

¡Sí, lo sabía, pero no podía imaginar que fuera él!

—¿Con Bunny? ¡No, no me lo puedo creer! ¡Pero, Pallina, si es un bestia, y además es… es… es gordo, es ancho, es sucio! Siempre llevaba ese pelo mugriento, y qué manera de comer… No te pega nada.

Ella se ríe.

—¿Cuánto hace que no lo ves?

—El suficiente…

—¡Vamos, no digas eso! Bueno, pues, para empezar, se sacó la licenciatura…

—¡No!

—Sí, de Ciencias de la Comunicación.

—Bueno, la habrá comprado.

—No, no, que estudió, y además se ha refinado, ha adelgazado, viste bien, es elegante, siempre bien puesto, incluso perfumado.

—¿Acaso ha ido a Lourdes? O a lo mejor es que estamos hablando de otro.

—Pero ¿por qué dices eso? ¿Tú no crees que las personas puedan cambiar? —Me mira divertida y al final sonríe—. Pero, Step, si tú eres un claro ejemplo, has cambiado un montón…

—Bueno…

—¡Step, te vas a casar!

Sonrío yo también.

—Efectivamente, soy el último que podría aplicarse esa teoría de «la imposibilidad del cambio». —Entonces me quedo un momento callado—. Pero lo de Bunny no me lo creo, joder, con él es imposible. Hasta lo he visto haciendo el amor…, ¡es terrible!

—¿Lo ves?, sois unos cerdos. De todos modos, es evidente que también ha mejorado en eso, ¿de acuerdo?

Me quedo perplejo con la última declaración de Pallina. Pero, claro, es verdad, es normal, también lo hacen, igual que cuando estaba con Pollo.

—Bueno, Bunny también era un buen amigo…

—Sí, de Pollo, lo sé. De hecho, me apoyó mucho…

—Pallina, todos te apoyamos… —le digo abiertamente.

—Sí, es cierto, y alguno incluso lo intentó enseguida conmigo, pero él no. Él me demostró verdadera amistad, estuvo a mi lado en todo momento, me acompañaba a menudo a verlo, me hablaba siempre bien de él. Lloró conmigo. Y tú tal vez no te des cuenta, pero ha pasado un montón de tiempo, y él ha cambiado a mi lado. Una vez me dijo: «Tú me has hecho mejorar». Y yo le contesté: «Habrías mejorado de todas formas». Y él siguió diciendo: «No, tú tienes una increíble capacidad de mejorar a la gente. Pollo habría llegado a ser incluso mejor que yo…». Y luego se fue. Y yo me puse a llorar porque en sus palabras sentí todo su amor por mí…, pero también por Pollo. Es verdad, quizá habría sido mejor que él, aunque por desgracia ya no está.

Intenta coger la botella, pero lo hago yo y le sirvo más champán y ella se lo bebe rápidamente, como si a través de la bebida quisiera olvidar o como mínimo pasar página. A continuación, cierra los ojos, tal vez porque el champán pica un poco o porque le están entrando ganas de llorar. Pero de inmediato vuelve a ser la Pallina de siempre.

—Bueno, basta de hablar de mí. —Me sonríe, se le ilumina la cara, deja la copa y empieza a saltar sobre el sofá—. ¡A ver, que eso sí que me interesa! ¿Y ella? ¿Qué te dijo ella?

—¿Ella, quién?

—¡Ella!

—Pero ¿quién?

—¿Cómo que quién? ¡Venga ya! ¡Ahora no te hagas el tonto! Pues ella, Babi, ¿quién va a ser? ¿Y bien? ¿Qué te dijo? ¿Te hizo una escena? ¡No, lo digo porque mira que está loca, es capaz de armarla! Y, bueno, no sé si lo sabes… —Pallina cambia de expresión—. Me llamó. Hacía muchísimo que no hablaba con ella y me invitó a su casa. Tiene una casa preciosa cerca de corso Trieste, en la piazza Caprera, ¿lo sabías?

—No.

—Pues escucha esto: llego a su casa, que resulta que es un ático enorme, decorado de manera perfecta. Pero me dice que quiere cambiarlo, que lo quiere un poco más moderno. Me pide que le haga un presupuesto de las cortinas, los sofás, las alfombras… —Entonces Pallina la imita—: «Quiero revolucionarlo igual que quiero revolucionar mi vida»… —A continuación, me mira—. Venga ya, ¿en serio no sabes nada?

—No, si te digo que no sé nada…

—Bueno, total, yo al principio pensaba que era una broma, ¡pero lo decía en serio! Cambió la flamante decoración y su marido le dejó hacer lo que quiso. Incluso renovó el dormitorio del niño.

Un niño encantador, educado, simpático, lleno de entusiasmo…

Por un instante pienso que puede haber adivinado algo, pero por suerte sigue adelante sin inmutarse. Bebo yo también un poco de champán y me relajo algo más.

—Su habitación también la cambié, pero de una manera más sutil, sin grandes traumas, porque de eso ya se ocupan esos dos…

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, por lo que me pareció, discuten a menudo.

Hago una profunda inspiración, ella se encoge de hombros.

—De todos modos, no lo sé, fue una sensación, tal vez me equivoque. Total, hago todo ese trabajo y ella me paga con las primeras entregas, enseguida me firma un cheque sin hacerle ni la factura; se la envié después, nunca me había pasado. A veces tienes que pelearte para cobrar y en algunos casos ni aun así lo

consigues… Los amigos son precisamente los que no pagan o de los que te cuesta más cobrar… En cambio, ella, serena, tranquila, me lo pagó todo al momento.

Bebo más champán.

—Bueno, será porque hiciste un excelente trabajo. Por otra parte, esta casa es muy bonita, seguro que también hiciste algo bueno allí.

Pallina me sonríe.

—¡Sí, pero esa casa no lo necesitaba en absoluto! En cualquier caso, ella me llamó y me trató como a una conocida cualquiera, ya no era su Pallina, como solía decir… Te lo juro, al principio me sentí muy mal, pero luego me dije: «Mira, ¿qué más da?, haz tu trabajo y pilla el dinero. Total, si no lo haces tú, lo hará algún otro». Pero qué pena…

—Cosas que pasan… De todos modos, vosotras las mujeres cambiáis a menudo de amistades.

—Ya está aquí el filósofo. De hecho, cuando fui a su casa, yo ya sabía lo que quería. No me lo pidió enseguida, primero quiso darme el trabajo. Y yo pensé: «Estupendo, ¿me pagas por hacerme la tonta? Pues me haré la tonta». Quería saber de ti. Después de haberme firmado el talón, me dijo: «Venga, sentémonos un rato, tomemos algo como en los viejos tiempos». Entonces nos soplamos una cerveza y luego me preguntó lo que quería saber desde el primer día: «¿Sabes algo de Step?».

—Y ¿tú qué le contestaste?

—La verdad. Yo siempre digo la verdad. «Hace un montón que no lo veo». —Me sonríe y abre los brazos—. ¡Es verdad! ¡Perdona, hacía muchísimo que no te veía!

—Sí, ya, pero lo sabes todo, Roma es radio macuto, ¿no?

—¡Solo hay que tener los informadores adecuados, y ella se ve que no los tiene! Y tampoco es que yo me dedique a espiar… Así que no le dije nada, cogí el dinero y me marché.

—¡Pero ¿qué dices de espiar?! ¡Una boda es un acto público, todo el mundo puede saberlo; si hasta hemos publicado las amonestaciones!

—¿Ah, sí? ¡Bueno, pues entonces que la informe otro! ¡No puedes reaparecer en la vida de una persona cuando te apetezca! Yo perdí a Pollo, lo pasé fatal, y ella, en vez de estar a mi lado, desapareció, con lo que también perdí a mi mejor amiga. Con una única diferencia: si ella hubiera querido, podría haber estado, ya que todavía estaba viva.

Dura, intransigente, despiadada, pero en el fondo herida. Babi también le hizo daño a ella.

Pallina me mira con curiosidad.

—¿Qué piensas? ¿Crees que es una cabrona?

Sonrío.

—Un poco.

—Esa es peor que su madre, joder, ¡y éramos amigas! Además, en cierto modo, fui yo quien hizo que os conocierais, ¿no? Tal vez esté en deuda conmigo.

—Te pagó la decoración.

—Vete a la mierda, Step.

—¡Vamos, era una broma! De todos modos, si hay alguien que puede estar enfadado contigo, ese soy yo.

Se vuelve y me mira sorprendida.

—Y ¿por qué?

—Joder, acabas de decirlo: fuiste tú quien hizo que nos conociéramos.

Se echa a reír.

—Venga, venga… Por desgracia, cuando uno acaba siendo quien es, también se lo debe a sus errores. Así que tu trayectoria también es gracias a Babi y a mí, que te la presenté… Por tanto, tienes que darnos las gracias.

—Ah, ¿a las dos?

—Sí.

—Pues muchas gracias a las dos, oye, dale las gracias a tu amiga de mi parte…

—Examiga… De todos modos, ahora eres guay, has crecido, has levantado una empresa importante que está haciendo cosas buenas.

—Todavía es pronto.

—Está bien, que hará cosas muy buenas, estoy segura. Y vas a casarte… Quizá tengas hijos. Sí, tanto si lo quieres como si no, todo lo que te ha pasado, te está pasando y te pasará también es mérito de Babi.

—Una teoría interesante. Al final resultará que también le deberé una especie de *royalties*, los derechos sobre mi vida…

—¡Eso solo en caso de que se haga una película! De todas formas, ¿eh?, si hacen una película, la primera parte sería de locos, ¡sería superdivertida! No se lo creería nadie, dirían que los guionistas han exagerado… ¡En cambio, nosotros seremos testigos de que todo es verdad, mejor dicho, de que hay cosas que los guionistas no han podido contar!

—Y ¿por qué?

—Porque entonces sería una película no apta para menores, ¡saldríamos perdiendo!

Pallina se ríe. Nada, no tiene remedio, es una pasada, no ha cambiado. Era la mujer ideal para mi amigo Pollo, habrían sido perfectos. Nada que ver con Bunny. Bueno, no quiero pensarlo.

—Perdona, Step, dime la verdad: ¿a ti no te parece correcto lo que estoy diciendo? ¿Acaso no te consideras un «efecto» de lo que fue vuestra historia? Fue un gran amor, ¿no? Dime la verdad: ¿te gustaría borrarlo todo? ¿No haberla conocido nunca?

—Aquí hace falta ron. Y también tabaco. ¡Joder, pensaba que iba a ser una noche alegre, divertida, pero resulta que es peor que una sesión de psicoanálisis!

Pallina se levanta riendo.

—Sí, puede que sea verdad, ¡pero al menos aquí no pagas!

Después vuelve con un pequeño vaso, una botella de ron y un paquete de cigarrillos que saca del bolsillo y deja sobre la mesita, junto a un encendedor.

—Bueno, ya lo tienes todo, ahora habla…

Miro el ron, giro la botella hacia mí.

—Eh, si es Zacapa XO, te cuidas bien…

—Gané dinero con nuestra amiga, ahora tengo que invertirlo en relaciones.

Me sirvo un trago.

—¿Tú quieres?

—No, no, no puedo mientras trabajo…

La miro con curiosidad.

—Soy tu psicoanalista, ¿no?

La mando a freír espárragos, me enciendo un cigarrillo y bebo un sorbo de ron. Buenísimo.

Pallina vuelve con un cenicero.

—Gracias. ¿Y bien?, ¿cuál era la pregunta?

—Muy fácil. ¿Babi sí o Babi no en tu vida? ¿Querrías haberla conocido o no?

Doy una nueva calada al cigarrillo y tomo otro trago de ron.

—Joder…, pero ¿no puede ser una pregunta más fácil?

Pallina sonríe.

—Pues entonces contesto yo por ti. Querrías haberla conocido de todos modos, porque con ella supiste lo que era el verdadero amor, el que te ha

convertido en lo que eres.

Bebo más ron. Me he convertido en lo que soy. Porque yo, antes, ¿qué era? Era violento por culpa de ese hombre que me he encontrado hoy, por culpa de lo que descubrí de mi madre. Yo ya no era nada, mi vida se estaba yendo a pique hasta que la conocí a ella. Y ella me cambió. Con ella volví a vivir otra vez, a desear construir algo, pero no fui capaz. La violencia estaba dentro de mí.

Babi me dejó por eso. Cuando luego la vi en un coche con otro, también comprendí que la rabia, la fuerza, no podían hacer nada. La violencia no me la iba a devolver. Y esa noche mi corazón murió de nuevo. Pero con ella encontré la felicidad y el amor se apoderó de mí.

Miro a Pallina.

—Sí. Es verdad —digo—. Si volviera atrás, me gustaría conocerla de todos modos y vivir lo que vivimos juntos.

Pallina coge el ron y me sirve un poco más, luego también coge un vaso para ella y lo llena, lo hace chocar contra el mío y se lo bebe. Por un instante, le falta el aliento.

—¡Madre mía, qué fuerte es!

Espera a que pase el escozor y, cuando todo ha acabado, sigue hablando.

—¡¿Lo ves?! Sí que has cambiado. Hubo una época en que no lo habrías admitido nunca. Antes habrías dicho: «Pero ¿qué dices? ¿Estás de coña? ¡Ni siquiera habría querido saber que existía alguien así!».

—¡Cierto!

Nos reímos juntos.

—La verdad es que era tremendo.

—Sí. Yo, yo, yo… Tú y tu amigo. Y él tampoco se quedaba corto, ¿verdad?

—No. —Le sonrío—. Él era mejor.

Entonces se pone seria.

—Es verdad. Espérame aquí.

Vuelve al cabo de un rato y me habla con ternura.

—El jueves doy una cena aquí, con Bunny y algunos amigos más, vendrán muchos de los que irán a tu boda. Me gustaría que tú y Ginevra también vinierais, pero sobre todo me gustaría que vinieras tú.

—Claro.

—No, en serio, es muy importante, no puedes faltar. Si vienes el jueves, querrá decir que me has perdonado.

—¿Por qué me dices eso?

Entonces Pallina me da un sobre blanco. Lo cojo, le doy la vuelta entre las manos; está cerrado, sellado, y encima pone «Step». Reconozco la letra. Es de mi amigo. Estoy sorprendido. No consigo hablar. Se ocupa ella.

—No he podido dártelo antes. Ahora vas a casarte, un día supongo que tendrás hijos. Ha llegado el momento de que lo sepas.

Me quedo en silencio. Pero ¿por qué todo este tiempo? Han pasado más de ocho años. ¿Por qué no me lo dio enseguida? ¿De qué secreto se trata? ¿Qué podrá decirme esta carta que yo ya no sepa?

—¿Te importa si me voy? —digo.

Me sonríe negando con la cabeza.

—No, iba a pedírtelo yo. Te espero el jueves.

CUARENTA Y SEIS

Subo al coche, arranco el motor, me pongo en marcha y, sin pensarlo, llego a la piazza Euclide, giro en el semáforo y me dirijo hacia Villa Glori. Emboco el portón todavía abierto y subo hasta la plaza de arriba, donde se encuentra la cruz. Cuando llego, apago el motor, bajo y me siento en un banco. No hay nadie. Silencio. La luna está alta en el cielo, pálida, llena, ilumina todo el espacio. Entonces cojo la carta de Pollo del bolsillo y decido abrirla. Rasgo el borde, saco la hoja y empiezo a leer.

Querido Step:

Joder, hasta ahora no lo había pensado, pero nunca nos hemos escrito ninguna carta. Lo sé, es un poco de marica, pero para ciertas cosas ya sabes que lo soy, y la verdad es que esto no sabía cómo decírtelo. Claro que a ti los maricas te caen bien, tienes debilidad por ellos…

¡Bueno, tampoco te pases, ¿eh?!

No tiene remedio, sigue haciéndome reír después de tantos años y aunque ya no esté. Miro la hoja entre mis manos. Pero ¿de verdad me apetece leerla? ¿Qué querrá decirme? ¿Por qué Pallina no ha querido dármela en todo este tiempo? Ella me aprecia, pero me ha pedido que la perdone… Así que en cierto modo se siente culpable. No me lo puedo creer. Pollo le dijo que me diera esta carta y ella

no lo hizo. Lo hace ahora, después de ocho años y porque voy a casarme. Parece un jeroglífico, pero de los difíciles. Aun con todas estas dudas, sigo leyendo.

A pesar de todas las veces que no has querido venir con nosotros al Circo Massimo a zurrarlos, yo te he respetado. Es decir, tienes carácter, no eres de los que hacen una cosa porque todos la hacen. Razonas, decides, escoges. Pues sí, eso no significa que estés de acuerdo. Me dirás que le estoy dando vueltas y que no digo nada. ¡Es verdad! Uf, cómo me conoces, Step. Nadie me conoce mejor que tú. Mis padres se creen que tienen otro hijo. Están completamente agilipollados. Adoran a mi hermana mayor porque es muy esmerada, viste como ellos quieren, les hace regalos, pero ¿y en el fondo? Es de las que follan a diestro y siniestro; en resumen, es una tía fácil... Y, por mucho que pueda dar la impresión de que no me importa nada y te parezca absurdo, me hace sufrir. Luego está Pallina. Pallina me conoce un montón. Lo ha entendido todo, incluso mis cosas más secretas, lo que me gusta y lo que de verdad no soporto. Lo que me molesta y lo que me alegra. Con ella me siento superbién y me gustaría que estuviéramos siempre juntos. Pero hay un problema, Step. Me han dicho que lo normal es que no esté para siempre. O, mejor dicho, no como a mí me gustaría. Debería cuidarme un montón para acabar de todos modos en una silla de ruedas. No puedo ni pensar en tener una vida así, en casa, con mis padres, sin poder siquiera hacerme una paja. ¿Te lo imaginas, Step? Sería duro hasta para alguien como yo. Ya, ahora debes de estar diciendo: «Así pues, ¿qué quieres decirme? ¿Qué significa esta carta?». Si la has recibido significa que no he tenido el valor de decírtelo, pero que he tomado una decisión. La otra noche estaba en casa de Pallina y vimos una película divertida en la tele. Al final ella lloró un montón, tanto que, como sus padres estaban fuera, yo tenía la esperanza de practicar un poco de

sexo, y entonces empecé a desnudarla y ella me dijo: «No, no, cariño, hazme solo unos cuantos mimos». ¡Uf, si hay una palabra que odio es esa! ¡Mimos! Pero ¿y qué cojones significa? ¡Se confunde con timos! De todos modos, me ha quedado muy clara una regla: es mejor practicar sexo primero y después hacer cualquier otra cosa, como ver una película, discutir sobre un tema libre, como en el cole, ¡pero siempre después de haber practicado sexo, porque son muchas las cosas que pueden dar al traste con un buen polvo! En cualquier caso, te decía que, por desgracia, de follar nada, pero al menos la película estuvo bien. Se llama Posdata: Te quiero, y es la historia de un hombre que, cuando sabe que va a morir, deja una serie de cartas para su mujer. Él era un tipo muy guay, y ella, Hilary Swank, la que hizo de boxeadora en la película de Eastwood Million Dollar Baby. Bueno, la película me gustó. Al final, él hizo todo eso para que su mujer encontrara a otro hombre, pero sobre todo para seguir amando la vida.

Al menos, eso es lo que entendí o, mejor dicho, lo que me dijo Pallina; según ella, ese era el mensaje de la película. Y así se me ocurrió la idea de dejarte esta carta, pero solo una. Ahora no voy a decirte que te líes con Pallina, a pesar de que seguramente estaría mejor contigo que con cualquier otro, ni que no tengas ningún amigo más como yo, aunque pienso que como Pollo no encontrarás nunca ninguno; pero no te lo deseo, porque sería demasiado egoísta.

Pero, por desgracia, te digo que yo ya no estaré aquí. Si estás leyendo esta carta, significa que todo ha sucedido. He conseguido un material muy potente, lo mezclaré con una cerveza y me la beberé antes de empezar la carrera. Tú sabes, Step, que yo podría ganar cualquier competición, pero esta vez no será así. Me ha dicho el jefe que hace efecto al cabo de un minuto más o menos, así que estaré en plena carrera cuando mi corazón se pare. Para todos será un accidente, sin embargo, en realidad, será una supersobredosis. Mejor así, Step, mis padres se lo tomarían muy mal; en cambio, solo

Pallina y ahora tú, con esta carta, sabéis cómo son en realidad las cosas. No ha sido la última carrera o un estúpido accidente, sino lo que yo he decidido. Así que tú no tienes ninguna culpa. Bueno, te he escrito principalmente por eso. Ahora te abrazo fuerte y no te enfades. Seré tu ángel de la guarda… O quizá tu diablillo.

Pero, de un modo o de otro, te querré siempre.

Doblo la carta y miro hacia arriba, al cielo. Está lleno de estrellas y la luna hace que todo el parque de Villa Glori parezca mágico. Me echo a llorar, primero en silencio y después a mares. No me lo puedo creer, siempre imaginé que había sido culpa mía porque aquel día decidí no participar en la carrera. Siempre he creído que, si yo hubiera ido, las cosas habrían sido distintas; en cambio, todo estaba ya decidido. ¿Por qué un amigo al que consideraba más que un hermano no me dijo nada?

Podría haber hecho algo por él, luchar con él, afrontar esa enfermedad, hacerle cambiar de idea…

Cambiar de idea. Quizá no quiso compartir todo eso conmigo porque me protegió de su decisión.

Justo en ese momento veo unos faros acercarse por la subida, giran por la primera a la derecha. Es un vehículo de la policía. Por suerte, no me han visto. Ni siquiera me han dejado llorar en paz. Así que subo al coche y recorro la bajada con los faros apagados antes de que me pillen cuando acaben de hacer la ronda. Ahora no me apetece dar explicaciones. Pero quiero saber una cosa. Cuando estoy fuera de Villa Glori, aparco y marco el número. Me contesta enseguida.

—¿Por qué no me la has dado hasta ahora? —digo.

—Perdóname, no sabía cómo decírtelo. Me daba vergüenza.

—¿El qué?

—No haber sido capaz de detenerlo. Me dijo: «Puedes intentar lo que quieras, total, lo haré igualmente». Y también: «No puedes traicionarme, solo lo sabes tú».

Me quedo en silencio.

—Sí, lo entiendo, pero ¿por qué me la das precisamente ahora?

—Porque no era justo que tú llevaras todavía ese peso. Aunque hubieras estado allí aquella noche, durante la carrera, él habría muerto de todos modos. Sí. Y además no quería… No sé… —Y empieza a llorar.

—¿El qué, Pallina?

—No quería que lo vieras tan cobarde, no tuvo el valor de vivir. Lo siento, Step, perdóname. Por favor.

Nos quedamos un rato callados.

—De acuerdo —le digo—. Quédate tranquila. Está todo bien.

—Gracias. ¿Te veo el jueves?

—Sí, pero no hablemos nunca más de ello.

—Claro. Hablaremos solo si tú quieres.

Y entonces cuelgo. Conduzco despacio hacia casa. Me vuelve a la cabeza esa película de Tom Cruise, *Eyes Wide Shut*. Un día, él sale de casa media hora más tarde de lo habitual y se da cuenta de que lo que ocurría todas las mañanas, de que las cosas que siempre había visto en su vida eran completamente diferentes de como se las había imaginado. Sí, hoy para mí ha sido algo parecido. Y entonces me pregunto: ¿cuántas cosas suceden a nuestras espaldas? ¿Cuántas cosas no sabremos nunca en realidad? Ya no sé lo que siento, la vida de mi madre, la muerte de Pollo, el retorno de Babi, ya no entiendo nada. Dicen que la noche trae consejo. Yo solo espero que esta no traiga más sorpresas.

CUARENTA Y SIETE

No sé cuánto he dormido, pero cuando abro ligeramente los ojos, en la penumbra de la habitación veo a Gin sentada en la cama a mi lado, sonriéndome.

—Eh, hola, buenos días, por fin. Has dormido mucho, cariño.

Me revuelvo en la cama desperezándome.

—Sí, la verdad es que lo necesitaba…

—¿Cómo fue anoche? Pensaba que te pasarías por allí, ¿sabes? Te mandé un mensaje con la dirección a propósito. Me dije: «¿Quieres ver cómo le entra curiosidad, se pone celoso y se presenta en La Zanzara?».

—No me gusta…

—¿La Zanzara?

—Estar celoso.

—¡Por favor!

Gin se ríe y me deja sobre la mesilla una taza grande. Me llega el aroma del café.

—También hay un cruasán integral si te apetece. —Y lo deja al lado, mientras yo pongo la almohada en mi espalda y me siento en la cama.

—Pero ¿qué hora es?

—Las nueve y diez. Tranquilo, he mirado la agenda, he visto que tienes de todo y más, pero de las diez y media en adelante.

—Ah, has mirado mi agenda…

Gin sale de la habitación, aunque sigue hablando.

—Solo para saber si debía despertarte, tonto. —Después vuelve a entrar en el dormitorio—. De todos modos, es algo que odio, te lo juro, me fastidiaría terriblemente llegar a hurgar entre tus cosas para saber algo, no lo haría nunca.

Me echo a reír.

—Entonces soy un hombre afortunado.

Sonríe, pero tampoco mucho. Luego se detiene en la puerta, se vuelve y se pone seria de repente.

—Yo creo que nosotros tenemos algo especial. Una de esas cosas que pasan una vez en la vida.

Nos ha costado llegar hasta aquí, pero al final funciona. Si decides estropearlo todo, peor para ti.

—Filósofa y severa…, ya casi no te reconozco. Pero ¿es que estuvisteis hablando de esto en la cena de ayer tus amigas y tú? ¿Cómo hacerse pesado en una relación sencilla? O ¿cómo hacerle ver a un hombre que tiene que estar celoso?

—No, nos reímos un montón, y encima ligamos.

—¿En serio? ¿Y quién?

—A lo mejor te asombrará, pero entre todas la que ligó fui yo…

—¡Venga ya!

—Sí, este tipo —dice, y saca una tarjeta de visita que lanza a mi lado sobre la cama.

Sigo tomándome el café. Dejo la taza sobre la mesilla y cojo un pedazo de cruasán.

—Y ¿cómo era? ¿Pensaste por un instante en la posibilidad de abandonarme?

—Era simpático, emprendedor, interesante… Es productor.

Cojo la tarjeta y la leo.

—Enrico Tozzo… Pero si hasta ha puesto su foto en la tarjeta… Vamos, que debe de ser un hortera…, y de la Roma.

—De eso sí que no hablamos.

—Espera, espera…, deja que me imagine un poco la escena. Bueno, ¿te dirigió la palabra preguntándote algo sobre una película o algo de la obra de teatro que está ahora de moda?

Gin niega con la cabeza.

—Vale, no. Entonces, mientras comías, te preguntó si estaba rico el plato que habías elegido o alguna otra información acerca de la comida…

Ella sonríe y niega otra vez con la cabeza.

—No, no aciertas.

—Bien, veamos… Tú fuiste al baño, él se levantó y te siguió. Y, cuando volviste, estaba escondido, tú ni siquiera lo viste, y te cogió de un brazo…

—¡No me lo puedo creer! ¡Así que te pasaste por allí! ¿Estabas fuera?

—Que no, que no… ¿Lo ves?, es obvio, todos los horteras ligan igual. La clásica técnica del ataque aislado; yo la abandoné hace una eternidad.

—¡No, no, te pasaste por allí! Está bien; de todos modos, ¿tú conoces a este tipo? Ha hecho muchas series para la Rete y Medinews, a menudo ha trabajado con su madre, que es un pez gordo, antes era actriz. El apellido no me dice nada, pero quiero informarme bien… —Gin me mira con curiosidad—. Bueno, ¿te pasaste o no?

Le sonrío.

—Sí.

—Y entonces ¿por qué me dices esas chorradas?

—¡Pero si estaba bromeando!

—De acuerdo. Pues ahora voy a preguntarte una cosa: ¿te sentiste celoso cuando me paró y luego me dio la tarjeta?

—Cuando te tocó, muchísimo.

Gin se acerca la mano derecha con el puño cerrado y la hace girar.

—¡Vamos! ¡Sí!

Y luego levanta las manos al cielo saltando sobre sí misma como si hubiera ganado una gran competición.

—Tonta.

—¡Voy a darme una buena ducha de felicidad!

—Sí, pero no pienses en él, ¿eh?…

Me termino el café con el último trozo de cruasán. La verdad es que he cambiado. ¡Sé lo que es mejor que diga y opto por decirlo!

Cuando llego a la oficina son las diez y cuarto.

—Buenos días.

La chica de recepción me saluda con una bonita sonrisa. Alice viene a mi encuentro trayendo unos papeles.

—Han llegado algunos correos importantes y se los he impreso. He señalado los puntos más interesantes… —Y me indica en cada hoja algunas frases marcadas—. Las ofertas están en rojo. Las que en mi opinión pueden ser problemáticas las he señalado en azul. Por ejemplo, considero muy importante que haya alguien que siga la adaptación del programa en cada país. Me parece lo más adecuado para que un producto tenga éxito.

—Bien, excelente trabajo.

Alice me sonríe.

—Podría ir yo a los diferentes países, si quiere. Me estudio aquí los formatos

y luego veo cómo los tratan. O podría acompañarlo. Hablo cinco idiomas.

—Sí, lo sé, recuerdo tu currículum. ¿Por qué no?, podría ser una excelente idea.

Voy hacia mi despacho cuando veo que Giorgio Renzi está en el suyo hablando con una persona.

Es un chico, está de espaldas y está firmando un papel. Giorgio me ve.

—Bien, ha llegado mi jefe; acaba y te lo presentaré. Firma aquí… Y aquí.

El chico estampa la última firma y, a continuación, se levanta.

—¡Buenos días, soy Simone Civinini, qué placer conocerlo! —Me tiende la mano entusiasmado.

Tiene el pelo corto, castaño, una estatura medio alta, la tez un poco oscura, labios carnosos y ojos negros. Es impresionante, se parece endemoniadamente a Pollo. Le doy la mano y se la estrecho con fuerza. Me sonríe.

—¡No me puedo creer que le escribiera hace unos pocos días y esté ahora aquí! Me han recibido enseguida, e incluso he firmado un contrato con ustedes.

Miro a Giorgio perplejo.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Esta oficina está llena de continuas sorpresas.

—Hemos comprado su formato y lo hemos contratado para que esté en prácticas por quinientos euros al mes. Simone es un chico de diecinueve años, pero lleno de ideas y de entusiasmo, se convertirá en un excelente autor.

—Sí, estoy de acuerdo con el señor Renzi. Tu programa me ha gustado mucho. Estoy seguro de que se convertirá en un éxito internacional.

Giorgio asiente y añade:

—Pero antes debemos colocarlo aquí, en Italia.

—Exacto.

Entonces me mira a mí.

—Si no te importa, he concertado una cita con el responsable de entretenimiento de Medinews.

—¡Pero esta tarde tenemos las pruebas de la emisión del sábado! Me gustaría estar. Si vamos a Milán, no llegaremos a tiempo.

—No, no, el señor Calemi ha venido a Roma, se hospeda en el De Russie. Nos espera para comer. ¿Vamos?

Giorgio Renzi es realmente perfecto. Siempre va un paso por delante. Las cosas que hay que hacer él ya las ha hecho y de la mejor de las maneras. Se me ocurre una idea.

—Oye, ¿lo llevamos con nosotros?

—¿A él?

Giorgio me mira completamente estupefacto. Lo tranquilizo:

—Perdona, pero ¿quién mejor que él para explicar el programa que ha ideado? ¡Nosotros lo vemos desde una perspectiva económica, él, desde la intelectual!

—¡Me has convencido!

CUARENTA Y OCHO

Cogemos un taxi delante de la oficina y en poco tiempo estamos en via del Babuino. Giorgio paga la carrera mientras un señor distinguido, con sombrero de copa en la cabeza y todo, nos abre la portezuela. Entramos en el hotel. Es muy elegante, un continuo ir y venir de turistas. Un jugador de fútbol español pasa justo en ese momento y alguien sonríe al verlo. Un chaval se lo señala a su padre tirándole del brazo; su entusiasmo es tan intenso como el aburrimiento desencantado del progenitor, ya que además supongo que no juega en su equipo.

—Buenos días, señores, ¿puedo ayudarlos en algo? —pregunta el recepcionista.

Giorgio toma enseguida la palabra:

—Sí; Renzi, nos esperan en el restaurante.

—Pasen por aquí, por favor, por este lado. —Nos señala una puerta de cristales que da al patio interior.

—Gracias.

Acto seguido, nos dirigimos en esa dirección. Poco después estamos fuera, en un precioso jardín cuidado de modo magnífico. Unos setos hacen las veces de reservados separando perfectamente una mesa de otra, mientras que unos grandes parasoles blancos resguardan del sol a los numerosos comensales. Unos camareros provistos de delantales de color crudo se mueven con más o menos elegancia entre las mesas. Muchos llevan bebidas, agua o una cerveza, alguno tiene en la bandeja platos preparados, pero la mayor parte de la gente se sirve en el interior del restaurante, ya que han optado por el *brunch*, no para ahorrarse algo, sino porque, como tantas de las más diversas cosas inexplicables de cierta parte de Roma, también eso se ha puesto de moda.

Se nos acerca el maître.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarlos?

Me dirijo a Giorgio en voz baja:

—Pero ¿esto qué es? ¡Más que un hotel, con estas constantes ganas de ayudar, parece un servicio de urgencias!

Giorgio se echa a reír.

—Estamos buscando al señor Calemi —dice.

—Síganme, por favor.

El maître nos acompaña un trecho y luego se detiene indicándonos la última parte del camino.

—Por aquí, al final de esta escalinata, a la derecha.

—Gracias.

—No hay de qué.

Y desaparece con una sonrisa. Subimos por la escalinata y es como si las mesas de la parte alta del jardín representaran algo parecido al último estadio, el círculo de los poderosos. En una mesa veo al director de ficción de Medinews; en otra, a la directora de la Rete, Gianna Calvi, y, al fondo, a un hombre que levanta la mano saludándonos. Debe de ser la persona con la que hemos quedado.

—¡Renzi, estoy aquí!

Cuando nos reunimos con él, Giorgio y Calemi se abrazan.

—¿Cómo estás? Qué contento estoy de verte.

—Gracias, Alessandro, yo también me alegro. Te presento a mi nuevo jefe, Stefano Mancini, y a uno de nuestros autores más jóvenes, Simone Civinini.

Nos estrechamos la mano.

—Sentaos, así podremos hablar tranquilos.

Nos sonríe y está sinceramente feliz de tenernos en su mesa. Se nota por la manera en que se dirige a Giorgio.

—No sabes cómo me alegro de que hayas cambiado de empresa. Ottavi no me gustaba nada, ese piensa que con dinero se puede comprar todo, no tiene amigos, para él todo está supeditado a la posibilidad que tenga de hacer fortuna. Por Navidad me regaló un Rolex, al igual que hizo con los directores de las otras cadenas. ¿Es que yo soy como esos? ¡Joder! Se lo devolví. ¿No ves que así me ofendes? ¿Que me tratas como a un imbécil rastrero delante de todo el mundo?

Giorgio Renzi se ríe divertido de verdad.

—¡Alessandro, eres una pasada! Me haces reír un montón. ¡Deberías salir en algún *sketch* de Zelig!

—¡Precisamente inventé a Zelig por eso; de vez en cuando, a los cómicos que me caen mal los mando a la mierda! ¿Os apetece un poco de marisco crudo variado? ¡Os aseguro que lo tienen muy muy fresco! Hace mucho tiempo que vengo aquí, desde que este lugar no era conocido… Pero Alberto, el chef, ahora que este hotel se ha puesto de moda, me sigue guardando el marisco variado.

¿Queréis probarlo?

Giorgio me mira. A mí no me disgusta y asiento, el joven autor también parece alegrarse con la elección.

—Sí, ¿por qué no?…

—Bien, se lo digo enseguida. —Se pone las gafas y coge un iPhone último modelo—. Ostras, tengo que cambiarme las gafas, no veo nada…

—Espera. —Giorgio se acerca a su teléfono—. ¿Me permites?

—Claro.

Calemi se lo pasa y Giorgio busca en la pantalla la tecla de las opciones. Calesi se quita las gafas y se dirige a mí y al joven autor:

—¡Debería hacerme esa operación con láser, pero me da miedo!

Sonreímos por educación cuando Giorgio le devuelve el iPhone.

—Toma.

Calemi coge su móvil, empieza a escribir el mensaje, después se da cuenta de que las letras se han vuelto más grandes.

—Oye, pero ¿qué has hecho? ¿Un milagro?

Giorgio sonríe. Calemi me mira.

—¡Eh, no hagas como Ottavi y lo dejes escapar! ¡Este hombre es oro puro! Sabe hacer de todo, llega a donde quiere y siempre te sorprende, recuérdalo. Además, es de los que saben qué es la amistad, no como ese infame… Puede que Ottavi sea muy válido, pero es bajo, un retaco, e insulso.

Para él la amistad es solo un contrato, de esos que se hacen sobre el papel, donde hay que ganar algo a la fuerza. En cambio, la amistad es una cosa sagrada, puede parecerte que sales perdiendo, pero siempre ganas algo…

Giorgio se ríe.

—Me temo que si hablas así no es solo por el Rolex idéntico al de todos los demás, aquí hay algo más grave…

—¿Lo ves?… Me conoces demasiado bien. Algún día tenemos que quedar más tranquilamente, tal vez en mi casa, y así te contaré unas cuantas cosas. Pero ahora no, que los vamos a aburrir. Esperad, que envío el mensaje. —Escribe algo en el móvil agrandado. A continuación, se quita las gafas y las deja sobre la

mesa—. Ya está. ¿Y bien?, ¿a qué debo el placer de este bonito encuentro?

Giorgio empieza a hablar.

—En primer lugar, quería que conocieras en persona al propietario de Futura, Stefano Mancini.

Calemi me mira.

—Ya lo conozco, o, mejor dicho, he oído hablar mucho de él. Me alegra que os hayáis encontrado, estoy seguro de que Futura se abrirá camino. No digo que Futura tendrá un gran futuro porque sonaría banal.

Giorgio se ríe.

—Puedes decir lo que quieras, Michele, ya lo sabes.

Calemi me mira con curiosidad.

—¿Dónde tenéis la oficina?

—En Prati.

—Bien. Me gustaría ir a veros un día de estos, y además me gustaría que cogierais a una de mis *hijas*. Se llama Dania. Podríais ponerla a hacer prácticas y así apartarla de los líos.

Giorgio me mira. Yo continúo observando a Calemi, que abre las manos.

—Si os parece adecuada, por supuesto, si creéis que os puede ser útil. Por otra parte, estáis creciendo, necesitáis nuevas fuerzas, y ella es una chica seria y honesta. En todo caso, hablad con ella; después, si os conviene o no lo decidís vosotros.

—Pues claro —interviene Giorgio—, hablaremos con ella encantados.

Calemi me sonríe.

—¡Oh, ya está aquí el marisco!

Dos camareras, una rubia y otra morena con el pelo recogido, muy guapas, con camisa blanca y el delantal de color crudo, llegan hasta nosotros trayendo unos grandes platos.

—Buenos días, señor Calemi, ¿cómo está?

—Muy bien, ahora que os veo.

—¡Está contento porque ya está aquí su marisco!

—Pero estoy aún más contento de que me lo traigáis vosotras… —A continuación, dirigiéndose a nosotros, añade—: ¿A que son preciosas? Son espumeantes, mirad qué frescura.

Una de las dos chicas le sonríe.

—Está hablando de los langostinos, ¿verdad?

Calemi se ríe divertido.

—¡No solo son bellas, sino también divertidas! Y mirad qué sonrisa…

La morena finge enfurruñarse.

—De acuerdo, quiere que nos sonrojemos, pero esta vez no lo va a conseguir, ya hemos visto que nos toma el pelo. A saber a cuántas mujeres guapísimas ve usted cada día… Nosotras volvemos a la cocina.

—¡Gracias, siempre sois muy amables, el De Russie es todavía mejor gracias a vosotras!

Y se alejan alegres y satisfechas por todos esos cumplidos.

—¡Ay, bendita juventud! Bueno, vamos a probar el marisco, parece todavía más rico de lo habitual… —Y empieza cogiendo una espléndida cigala.

A simple vista se nota perfectamente lo fresco que es todo, de modo que nos llenamos el plato con gambas rojas, alguna ostra, almejas grandes, navajas. Calemi se fija en que estoy mirando algo.

—Está todo fresco, te lo aseguro; a esos de abajo a lo mejor les dan las sobras… —dice, e indica con la barbilla a los directores sentados a otras mesas. A continuación me señala el carpaccio de pescado en el plato grande—. Ese es de pez limón, y el otro, de lubina.

Cojo un poco de ambos. Calemi me mira satisfecho, está contento de habernos hecho probar su especialidad. Entonces, es como si tuviera una iluminación.

—Y ¿no queréis un poco de burbujas?

Nos miramos, pero no espera nuestra decisión.

—¿Disculpe? —Llama a un camarero que pasa por allí justo en ese momento.

—¿Sí? Dígame.

—¿Nos trae un valdobbiadene superior helado?

—Sí, por supuesto.

—Dese prisa, que estamos muy sedientos.

Y empieza a comer en silencio sin distraerse más. Me fijo en que solo Giorgio mira a su alrededor, luego coge una botella de agua, con mucha calma sirve un poco a cada uno y se pone él también a comer.

—Bien, ya llegan las burbujas. —Calemi se limpia la boca con la servilleta mientras el camarero descorcha el *prosecco* delante de nosotros.

Sirve un poco en la copa de Calemi, que lo huele y, sin siquiera probarlo, asiente, dando su consentimiento para que lo sirvan también en nuestras copas.

—Bueno… —Calemi levanta la copa y espera a que la última, la del joven

guionista, esté llena—. ¡Para que este encuentro esté repleto de… Futura! —Se ríe divertido, todos nosotros levantamos nuestras copas y luego bebemos un excelente valdobbiadene. Calemi es el primero en dejar su copa—. Con este marisco van perfectas unas cuantas burbujas… ¿Y bien?, ¿qué me contáis? Renzi, me has dicho que tal vez tengáis una buena idea para el *access time*.

—Sí, eso espero. Pero ya me lo dirás tú, que lo decides todo.

—¡Yo no decido nada de nada! A veces consigo que mi jefe razone, pero otras se empecina en hacer o no ciertos programas o series que no logro entender… En fin, en todo caso, venga, que estoy en ascuas; ¿quién lo cuenta?

Nos miramos los tres. A continuación, tomo la palabra y Giorgio se queda sorprendido.

—Pues bien, el programa es muy divertido, tiene la posibilidad de atraer a personas de todas las edades, incluso a esa hora, y ¿sabe por qué? Porque apuesta por el amor.

Y solo con eso a Calemi ya le parece una excelente idea. Frunce un poco los ojos con curiosidad.

—Hace tiempo que no se hacen programas sobre parejas.

Le sonrío.

—Yo también lo he pensado, pero ahora me gustaría que el guionista que lo ha ideado lo contara directamente. Sin duda lo hará mucho mejor que yo.

Y Simone, que se estaba comiendo una excelente cigala, sintiéndose de repente el centro de atención, la ingiere y está a punto de atragantarse. Acto seguido, bebe un poco de agua y me mira sorprendido, pero Giorgio le sonríe y luego asiente, como diciendo: «No te preocupes, puedes hacerlo».

El chico se limpia la boca con la servilleta y se lanza.

—Bien, se me ocurrió este programa mientras una noche veía «*Soliti ignoti*», con Fabrizio Frizzi.

Me estaba divirtiendo mucho, pero me faltaba algo, no sabía nada de la vida de las personas que participaban, y entonces me imaginé la pregunta que en el fondo todos se estaban haciendo: «Pero ¿yo soy feliz?».

No me lo puedo creer… ¿Aquí también? ¡Así pues, se trata de una conspiración! Y, además, ¿qué tendrá que ver con esto? De todos modos, Simone prosigue tranquilamente su explicación:

—Se puede ser feliz si se está enamorado, si se está a gusto con alguien, ¿no es así? Pues entonces pensé: «¿Y si tuviera que adivinar con quién está ese tipo en vez de en qué trabaja?».

Calemi bebe un poco más de *prosecco* y sigue escuchándolo con los ojos cerrados. Simone continúa explicando el programa; Calemi se imagina la escena, lo que sucede, las anécdotas que cuenta la gente: cómo se conocieron, dónde se besaron, dónde hicieron el amor. Aquí se ríe y bebe un poco más, y Giorgio, al ver que se lo ha terminado, le llena de nuevo la copa. Después Simone explica que por cada pareja adivinada se asigna una cantidad de dinero a los concursantes hasta llegar a la opción del superpremio.

—Y ya está, esto es el programa.

Calemi se limpia la boca con la servilleta y la deja sobre la mesa.

—Ostras, pues es muy chulo. Esa idea es una pasada. Oye, pero ¿por qué no te vienes a trabajar a Milán? Necesitamos una mente como la tuya. Si has pensado algo como eso a los… ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Pues eso, ¡imagínate lo que se te puede ocurrir dentro de un año o dos! Te haremos un buen contrato por dos años en exclusiva…

Decido intervenir:

—Mire, voy a detenerlo antes de que vaya demasiado lejos. Sea lo que sea lo que quiera ofrecerle, nosotros ya lo hemos contratado por menos de la mitad.

Giorgio sonríe.

—Tal vez una quinta parte…

—Está bien —insiste Calemi—. Pues entonces… ¡os lo compro!

Simone lo mira, luego mira a Giorgio, después a mí, a continuación, otra vez a Calemi, y al final dice:

—Perdonen, ¿eh?; yo vivo en Civitavecchia, a mí no me saluda ni el socorrista de la playa… He llegado esta mañana, me han hecho un contrato enseguida y ahora me quieren todos… Es demasiado raro. ¿No será que estoy en «Bromas aparte»?

Estallamos en carcajadas. Giorgio vuelve a enderezar la situación enseguida.

—¡Alessandro, no hace falta que nos lo compres, ya trabaja para ti, pero está con nosotros…, junto a tu *hija*!

Calemi sonríe y sacude la cabeza.

—¿Lo veis? Es el número uno, nos lía a todos. De acuerdo. Trato hecho. —Se levanta y me da la mano.

»¿Puedo considerar nuestro ese programa?

—No corramos demasiado…

—Tienes razón, hablaremos con calma, pero me interesa en serio.

Entonces se dirige al joven autor.

—¿Qué título le has puesto? Debería ser algo del estilo… «Adivina el enamorado». —Lo piensa un instante y luego frunce la boca, sacude la cabeza y lo descarta él mismo—. No, no, demasiado trivial…

El joven autor se la juega:

—A mí se me había ocurrido «Quién quiere a quién».

Calemi se entusiasma.

—Perfecto, es muy musical, se puede hacer la sintonía con esas palabras. —Y sigue canturreando de mala manera algo improvisado—: ¡«Quién quiere a quién, quién quiere a quién…»! Qué pasada.

En serio. Muy bien. Muy bien todos. —A continuación, se levanta de la silla —. Tenéis que probar los *fruttini gelati*, están riquísimos. Son naturales. Es helado dentro de nueces partidas por la mitad, o castañas, o higos, o cualquier otro tipo de fruta; ¿os lo pido? Si no, tomad lo que os apetezca. Yo me vuelvo a Milán. Nos llamamos mañana por la mañana para el contrato. Estoy muy contento. ¡Les vamos a patear el culo este año después del telediario!

Y se aleja sin que casi tengamos tiempo de despedirnos de él.

Giorgio me sonríe.

—Me parece bien, ¿no?

—¡¿Joder?! Mejor que así no sabría decirte.

El joven autor se bebe todo el *prosecco* de un trago.

—A mí sigue pareciéndome que estoy en «Bromas aparte».

—Pues no, estás aquí con nosotros, firmando tu primer éxito.

Giorgio para a un camarero.

—¿Disculpe?

—Sí, ahora les traerán los *fruttini gelati*.

—Sí, gracias, pero quería pedirle otra cosa. ¿Puede traernos una buena botella?

—El señor Calemi ya les ha pedido un Dom Pérignon, ha dicho que tenían algo que celebrar.

—Bien, gracias. —El camarero se aleja mientras Giorgio nos mira divertido —. No tiene remedio… ¡Esta vez ha sido él quien se me ha adelantado!

CUARENTA Y NUEVE

Simone tiene la adrenalina al máximo y, como es evidente, con todo lo que está sucediendo en su vida, no puedo reprochárselo.

—¡Perdonen, pero es que no me parece real! Yo soñaba con algo así, y desde hace mucho tiempo, no se lo pueden imaginar, pero siempre pensé que era imposible. ¡En cambio, me ha ocurrido de verdad! —Simone va sentado delante, al lado del taxista, y desde que ha subido no ha dejado de hablar ni un momento —. ¡No, en serio, me parece increíble, cuanto más lo pienso, más me emociono!

El taxista de vez en cuando lo mira, es un hombre de unos sesenta años. Casi parece que le moleste su exceso de felicidad, o simplemente no se lo cree y piensa que interpreta un papel.

Simone se vuelve hacia nosotros.

—Así pues, ¿el señor Calemi ahora va a Milán, lo presentará y lo pondrán en antena? Pero ¿lo sabrá explicar bien? ¿Se acordará de todo? ¿No habría sido mejor que yo fuera con él? —Entonces se da cuenta de lo que acaba de decir—. Bueno, si a ustedes dos les pareciera bien, claro…

Giorgio y yo sonreímos. Y él decide explicarle mejor cómo funcionan estas cosas.

—Vamos a ver, siempre tienes que poner en duda que sea cierto lo que te diga alguien de este mundillo…

—¿Ah, sí? O sea, ¿no le ha gustado? Y entonces ¿toda esa historia del marisco, esa comida de ensueño, los *fruttini gelati*… y encima champán para terminar? Era para celebrarlo, ¿no?

—Pero también podría tratarse solo de apariencias. Quizá solo quería vernos, tantear el terreno, saber qué teníamos en realidad entre manos.

—Ah. —Se queda un poco decepcionado.

—De todos modos —intervengo—, si de verdad le ha gustado, tendrá que reunirse con la comisión que decide cuáles son los programas que se emitirán… En resumen, puede pasar bastante tiempo, nadie es tan valiente como para asumir él solo una responsabilidad tan grande.

Giorgio sonríe.

—No, eso no. Si de verdad le ha gustado, se hará y punto. Escuchará a la comisión después, como cortesía. ¿Tienes presente *El padrino*?

—Cómo no…

—Pues eso, no me preguntéis por qué, pero me parece que Calemi es lo mismo aunque en el ámbito televisivo. Por favor, pare aquí, gracias.

El taxista, que parecía tener una mirada alelada, de repente se despierta.

—¿Necesitan recibo?

—Sí, gracias.

Entonces coge una hoja de un bloc de encima del cenicero, empieza a escribir y luego, de repente, sin siquiera mirarlo, comienza a hablar:

—Ay, si mi hijo tuviera la mitad de tu entusiasmo, podría respirar tranquilo. —Arranca la hoja y se la pasa a Giorgio—. Le he dicho: «Combínatelo conmigo, lleva este taxi, haz algo, así podrás tener un poco de dinero para ti», y ¿saben qué me ha contestado? «Ay, papá, yo soy un artista como Tiziano Ferro y él al principio pesaba 111 kilos…». ¿Saben, pues, qué hace ahora mi hijo? Quiere engordar, come día y noche. Ha dicho que las canciones salen bien solo si tú estás mal. Le daría de patadas en el trasero; ¿se imaginan las canciones que le saldrían? Bueno, no los aburro más, que tengan un buen día…

Bajamos del coche riendo. Giorgio nos cuenta una anécdota.

—¿Sabéis qué hacía Gennaro Ottavi, ese de donde trabajaba antes? Cuando acabábamos las reuniones con los clientes y los directores, solían necesitar un taxi y él hacía que nuestra secretaria lo llamara. Solo que en realidad el que acudía a la puerta de la oficina era un taxi de mentira, era un empleado suyo con un coche blanco y una placa. El falso taxista hacía subir a las personas que habían participado en nuestra reunión y al mismo tiempo ponía en marcha una grabadora. No tenéis ni idea de lo que se puede decir en caliente, la gente dice cualquier cosa y ni siquiera se da cuenta. El falso taxista los acompañaba a Fiumicino, a Termini o a donde quisieran ir, luego regresaba a la oficina y le entregaba la cinta a Gennaro Ottavi con la grabación. Así, él oía enseguida lo que tenían intención de ofrecer, lo que pretendían hacer en realidad y, mira qué casualidad, Ottavi siempre se comportaba de la manera apropiada, demostrando

ser un hombre muy sensible, casi un adivino…

—Pues sí, muy espabilado ese Ottavi.

—Mucho, pero a veces ser demasiado espabilado te hace pensar que los demás son todos unos gilipollas. Precisamente cuando te crees tan omnipotente, por lo general acabas perjudicándote a ti mismo… Y espero poder darte pronto una buena noticia al respecto.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, no tengo más que añadir, por ahora… Bueno, ya hemos llegado.

Entramos en Vanni, un bar restaurante donde gravita todo el mundo televisivo de Roma-Prati.

Giorgio saluda a Vincenzo, el propietario, a quien yo también conozco de otras ocasiones, y luego se va directo hacia otra mesa, al fondo del local.

—Hola, Aldo. ¿Cómo estás? —saluda con mucho entusiasmo a un hombre algo mayor que nosotros que se levanta de la mesa justo detrás de la esquina.

—Estupendamente, ¿y tú?

—Muy bien, gracias.

—Vamos, sentaos; ¿qué os pido?

—Pues para mí un café, gracias.

—Para mí también.

—Y otro para mí.

—¡Bueno, por lo menos en esto empezamos bien, estamos todos de acuerdo!

En ese momento pasa una chica no tan guapa como las del De Russie y mucho más redonda.

—Lucia, ¿nos traes cuatro cafés? Gracias.

Giorgio nos presenta, habla de Futura y de cómo acabó dejando a Ottavi.

—¡Hiciste bien!

Me parece que, en ese punto, cualquier director de cualquier cadena está de acuerdo por completo.

—Y a ti, Aldo, ¿cómo te va tu nueva vida de responsable de área? Tenéis que saber que él antes era un guionista igual que tú… —Y señala a Simone, que lo mira sonriendo—. Su trabajo siempre ha sido meticuloso, estaba al lado de los presentadores, sabía ser paciente, los tranquilizaba en los momentos difíciles, y de este modo ha hecho excelentes programas y obtenido éxitos considerables.

Y la dirección de la cadena este año decidió premiarlo dándole el cargo de responsable de área.

—¡Y prácticamente me han jodido! No tengo ni un día libre, nunca veo a mi

mujer, nunca veo a mis hijos y, lo más importante, ya no veo ni a mis amantes…

Nos echamos a reír. Aldo continúa:

—En serio, es así. Yo odio a los corruptos. Ir con mujeres guapísimas es el valor añadido de este trabajo, por qué negarlo. Y ahora entiendo por qué todos acaban con la secretaria: porque no tienen tiempo para las demás…

Nos echamos a reír de nuevo, justo cuando llegan los cafés. Aldo abre un sobre de azúcar y lo echa en la taza; a continuación, hace girar con rapidez la cucharilla.

—¿Y bien?, ¿cuál es esa excelente idea que habéis encontrado? Y encima Giorgio ni siquiera me ha dicho si es un formato extranjero, si lo habéis importado de España… ¡Oh, ahora todo viene de allí, ¿eh?!

Giorgio sonríe.

—No, no sé si te decepcionaré o te sentirás orgulloso, pero es una idea del todo italiana, procedente de Civitavecchia.

—¿Nada menos? ¿En serio? Y ¿quién ha sido? Aquí nadie es capaz de idear nada, ahora los programas los hacen directamente los presentadores, pero solo algunos, tampoco todos. Y los guionistas ni siquiera se lo discuten, no intentan mejorarlos, no, nada, solo dicen: «¡Qué buena idea!». Y les pagan de forma generosa, ¿no os habéis dado cuenta? En fin, y ¿quién es ese genio?

—No sé si es un genio, pero es él. —Giorgio señala a Simone.

El jefe de área mira sorprendido al chico, que casi parece justificarse.

—Eh…, sí, soy yo…

—¿Tú? Pero ¿cuántos años tienes? ¡Espera, no hagas como esas mujeres que me dicen la edad de sus hijas, a ver si tú me dirás ahora la de tu padre!

—Diecinueve.

—Joder, pensaba que más. ¿Qué hacía yo a los diecinueve años? Vivía en Bolonia, jugaba al baloncesto y alguna chica me daba calabazas. Soñaba con grabar un disco de éxito, arrasar con mi banda, recorrer el mundo y tener al menos tres *groupies* solo para mí. Bueno, ya vale con los recuerdos, que si no me pongo triste. Ya ni siquiera sé dónde están los de mi banda… Oh, grabamos tres discos, ¿eh?… Y uno hasta nos lo presentaron en «Discoring». ¿Y bien?, ¿cuál es esa idea para entrar con fuerza después del telediario, antes de que me pierda en esta vena nostálgica y me eche a llorar? O, peor aún, que reúna otra vez a mi banda e intente recomendarme a mí mismo en alguno de mis programas…

El responsable de área es simpático, tal vez porque todavía no se ha quemado

en su papel. En cualquier caso, empiezo hablando yo, y con las mismas palabras:

—Pues bien, el programa es muy divertido, tiene la posibilidad de atraer a personas de todas las edades, incluso a esa hora, y ¿sabe por qué? Porque apuesta por el amor.

Aldo Locchi, el nuevo responsable de área de Rete Uno, enseguida parece interesado. A continuación, Simone empieza a contarle el programa y, naturalmente, está mucho más seguro que antes. Lo hace con simpatía, con gran soltura, y pone de manifiesto todo el potencial de su idea.

—Bueno…, eso es todo.

—¿«Eso es todo»? —Aldo Locchi nos mira sorprendido—. ¡¿Cómo que «Eso es todo»?! ¡Joder, es una pasada, lleno de ideas, de novedades, pero también clásico, agradable, divertido, familiar, nada de esas chorradas que se inventan algunos autores y en las que no se entiende nada! Y ¿sabes por qué lo hacen?

Esta vez se vuelve, dirigiéndose directamente a Simone, que, cogido por sorpresa, contesta sincero:

—No, no lo sé…

—Fácil, porque quieren «parecer» jóvenes, y entonces se hacen pasar por falsos jóvenes. En cambio, ¿sabes por qué tu programa funciona?

Ahora Simone también niega con la cabeza, sincero.

—No, ¿por qué?

—¡Porque tú no tienes que inventarte nada, tú eres joven! ¡Por eso, joder! En cualquier caso, es fabuloso. Hablamos mañana a última hora de la mañana, iré a veros; ¿tenéis una tarjeta?

Giorgio la saca del bolsillo de la americana. Locchi la mira un instante; a continuación, coge su cartera y la guarda dentro.

—De acuerdo, al mediodía estaré allí.

Giorgio le pide entonces un favor en tono amable:

—Primera hora de la tarde, si no te importa…

Locchi enarca una ceja y luego asiente.

—De acuerdo, ¿a las tres va bien?

Giorgio sonríe.

—Sí, perfecto, gracias.

El responsable de área se levanta de la mesa y señala a Simone.

—¡Enhorabuena, ¿eh?! Muy bien, en serio.

Y, dicho esto, se va sacudiendo la cabeza.

Simone nos mira sorprendido.

—¿Y ahora? ¿Qué hay que hacer?

—Tú, mientras tanto, paga esto… —Giorgio coge el ticket de debajo del café y se lo pasa.

Simone lo mira perplejo y a continuación sonríe.

—Claro —dice, y se aleja.

Una vez solos, Giorgio me sonríe.

—Bueno, la cosa va bien. A Locchi le ha gustado, pero a pesar de ser responsable de área sigue siendo un guionista, así que lo carcome no haber sido él quien lo haya ideado. Va a estar reñido. Por una parte, se lo querrá contar al director; por la otra, le gustaría que Simone nunca tuviera éxito. No entiendo por qué se dejan seducir así por el poder, si luego en el fondo los estropea. Lo aman y lo odian. *Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris. Nescio*…

—Ah. Perdona, pero si piensas así, ¿por qué no has ido directamente a ver al director? ¿No lo conoces?

—Claro que sí. De hecho, he quedado con Locchi a las tres porque antes estaremos comiendo con él.

Justo en ese momento regresa Simone.

—Ya está, ¿volvemos a la oficina?

Giorgio se levanta.

—Antes todavía tenemos que dar una vuelta…

Pero precisamente cuando nos disponemos a salir de Vanni, oigo que me llaman:

—Step, Stefano…, ¿cómo estás?

Me vuelvo y veo que una chica guapísima viene hacia mí. Sonriente, alta, rubia, un precioso pecho resaltado por una escotada blusa blanca, vaqueros ceñidos y zapatos con una cuña muy pronunciada.

—Soy Annalisa Piacenzi. ¿No te acuerdas de mí? Era una de las telefonistas de tu primer programa.

—Claro, cómo no. Es que has cambiado un poco.

—¿A mejor o a peor? —Pone una cara divertida, un poco enfurruñada, simulando estar preocupada por cuál podrá ser la respuesta. Luego lleva las dos manos hacia delante—. No, no me lo digas. —Como si mi opinión le importara algo en realidad.

—Diría que mucho mucho mejor, eres otra, más guapa. —Aunque la primera versión no la recuerdo en absoluto.

—¡Gracias! Era justo lo que quería oír. Aunque en realidad llevo extensiones, ¿eh?…

—Ah, claro.

—Sé que estás haciendo cosas muy importantes…

Giorgio Renzi me mira con curiosidad para ver qué contestaré. Simone Civinini, en cambio, está completamente perdido en el escote.

—Sí, lo estamos intentando…

—¡Bien, me alegro, van a ser cosas muy bonitas, estoy segura! Te dejo mi tarjeta, a lo mejor puedes llamarme para hacer alguna prueba.

—Por supuesto. —Miro la tarjeta.

—Quiero ser *probada*, no tiene nada que ver con lo que hicimos… —Y me da dos besos en la mejilla, ofreciéndome en realidad una oreja y luego la otra.

A continuación, se aleja contoneándose por supuesto.

Giorgio se me acerca.

—Es evidente que, en cuanto empiece alguno de nuestros programas, le haremos una prueba. No es que quiera meterme en tus asuntos, pero ¿qué es «eso que hicisteis»? No, lo digo por si debo preocuparme por que llegue alguna otra «novedad».

—A ver, primero, no es que te metas en mis asuntos, sino que a mí me parece que lo haces a lo grande; segundo, no tengo la más remota idea de lo que hicimos, pero creo que nada, ya que ni siquiera me acordaba de quién era; tercero, odio a las mujeres que se perfuman así, y sobre todo a las que, cuando te besan, te ofrecen la oreja pensando quién sabe qué atentado podrías cometer contra su boca… Oh, y, por último, pero no menos importante, recordemos que voy a casarme. Así que, aparte de una despedida de soltero excepcional, no preveo otras distracciones… —Acto seguido, meto la tarjeta de la tal Annalisa en el bolsillo de la americana de Giorgio—. ¡Toma, así tú también tendrás algo que contarme!

Entonces nos dirigimos hacia la salida, pero justo cuando estamos a punto de abrir la puerta de cristal, veo que Annalisa se ha sentado a la mesa de una persona en el otro lado de la sala y los dos se besan, así, largamente, sin pudor. Luego se separan y él la toca para que se siente más cerca, pero en ese gesto se lee todo el erotismo, la sensación de posesión, de poder hacer con ese cuerpo cualquier cosa.

—¿Qué pasa?, ¿estás celoso? —Giorgio Renzi entra en mis pensamientos.

—No, me parece que a él lo conozco. —Lo miro con más atención; tiene el

pelo oscuro, un poco entrecano, corto pero rizado, perilla, gafas negras—. No sé, tal vez me confundo.

Salimos a la calle para coger un taxi.

—Pero ¿adónde vamos?, la oficina está aquí detrás —pregunta curioso Simone.

—Tenemos que hacer una última visita —dice Giorgio sonriendo socarrón —. Así, solo en un día habrás visto cómo funciona el mundo de la televisión.

Al cabo de un rato vamos en dirección a Trionfale, embocamos la Pineta Sacchetti y torcemos por una callejuela para detenernos delante del gran edificio de La7. Bajamos del taxi. Giorgio paga, coge el recibo y, junto a él, entramos en la portería.

—Buenos días, Sara Mannino nos está esperando.

—Sí; ¿me permiten sus documentos?

El tipo parece más un cabo de los *carabinieri* que el recepcionista de una importante televisión, pero esta vez, como no tengo nada que esconder, se lo doy tranquilo. Poco después nos entrega tres pases y nos indica por dónde tenemos que ir.

—Tercera planta; en cuanto salgan del ascensor vayan a la derecha y luego acudirá ella a recibirlos, la he avisado y los está esperando.

—Gracias.

Seguimos sus indicaciones y, cuando salimos del ascensor, la encontramos esperándonos.

—¡Hola, Giorgio! ¿Cómo estás? —Lo abraza y lo besa, cogiéndolo enseguida del brazo—. ¡Qué alegría verte!

—Para mí también.

—¡Ha pasado un montón de tiempo! ¡Habías desaparecido!

—Tienes razón, pero he vuelto en excelente compañía. Te presento a mi jefe, Stefano Mancini, y a Simone Civinini, un joven autor que trabaja con nosotros.

Sara me mira con malicia.

—Eh, no está mal el nuevo jefe. Al Empanada no había quien lo mirara…

Me río al oír que lo llama así, pero Sara se me queda mirando.

—¡Oye, que a ti también te encontraré un mote! ¡De todos modos, no hay nada peor que alguien que se cree muy listo y que considera que los demás son unos dementes! ¡Y después resulta que al final el verdadero demente es precisamente él!

Giorgio siente curiosidad.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ha dejado escapar a alguien como tú. Eso significa que su astucia ha dado un giro y lo ha convertido en un cretino. Venga, vamos, entrad en mi despacho, que aquí hasta las paredes oyen. —Y, dicho esto, nos hace pasar a una habitación y, a continuación, cierra la puerta—. ¿Y bien?

¿Queréis tomar algo? —Abre una pequeña nevera—. Aquí tengo naranjada, cerveza, Coca-Cola Zero, Light, normal, Chinotto y Spuma.

Simone es el primero en pedir:

—Una Coca-Cola para mí, gracias.

Giorgio no quiere nada. Yo, en cambio, opto por la Spuma.

—La verdad es que me apetece saber qué gusto tiene. —Después, una vez que la he abierto—: Bueno, prácticamente es como el Chinotto. —Sara me sonríe—. Pero ¡la botella es más chula!

—Es verdad.

—Nunca hay que quedarse solo con las apariencias —puntualiza Giorgio.

—Eso también es verdad. ¿Y bien?, ¿qué me contáis? ¿Qué as escondéis en la manga?

—¿Puedo? —le pregunto a Giorgio.

—Claro, faltaría más, eres el jefe.

—Ah, sí, se me olvidaba.

Sara se echa a reír.

—Ya he encontrado dos motes: o el Antiguo o el Espumeante.

—Bueno, quién sabe, a lo mejor sale un tercero. Pues bien, se trata de una idea para todos: niños, adultos, jóvenes, menos jóvenes, familias…, porque habla de amor.

—Se me acaba de ocurrir un tercero: el Fascinante. Te explicas muy bien.

—Pero ¡si todavía no he dicho nada!

—¡Bueno, ahora quería parecer irónica, pero no lo habéis pillado!

—Ah, entonces será mejor que lo cuente todo nuestro joven autor. Además, la idea es suya.

—Muy bien, por fin algo italiano… ¿O eres extranjero?

—De Civitavecchia.

—Perfecto. Como lanzamiento de marketing también podría ser un factor añadido: «La7 descubre talentos en todas partes. Desde Civitavecchia llega una gran idea…». —Entonces lo mira un poco insegura—. Siempre que lo que vayas a contarme ahora lo sea.

Simone se vuelve hacia nosotros, ligeramente preocupado.

—¡Bueno, eso espero!

Y entonces empieza a hablar de su programa, primero titubeando un poco, pero adquiriendo más seguridad a medida que habla.

—Espera, espera un momento. —Sara lo interrumpe. Coge el teléfono fijo y marca un número—. Perdone, ¿puede bajar un momento? Creo que tengo lo que estaba buscando. —Después cuelga y nos sonríe—. Tendría que hacer este paso de todos modos, pero es mejor hacerlo enseguida y todos juntos, así después Giorgio no dirá que he sido yo quien no lo ha agilizado…

—Bueno, aquella vez fue así…

Sara lo interrumpe:

—El Empanada jugó sucio. Creía que tú te habías dado cuenta de que lo hice por él.

Pero Giorgio no tiene tiempo de añadir nada más, porque llaman a la puerta y, sin esperar respuesta, abren. Entra un hombre de unos sesenta años, con el pelo oscuro y abundante, una bonita sonrisa, ojos negros, profundos, un rostro resuelto y una nariz considerable. Nos estrecha la mano con ímpetu.

—Hola. Soy Giammarco Baido.

—Mucho gusto, Stefano Mancini.

—Simone Civinini.

—Giorgio Renzi, pero ya nos conocemos.

—Claro, es verdad. —Coge una silla y la sitúa a un lado de la mesa.

Sara se levanta de la suya.

—Director, ¿quiere sentarse aquí? Estará más cómodo.

—No, no, aquí estoy bien, así estoy más cerca de ellos. ¿Y bien?, ¿de qué se trata?

Sara le cuenta al director todo lo que acabamos de decirle y, a continuación, se dirige a Simone:

—Bien, nos hemos quedado ahí. Continúa, por favor.

Y él, sin ningún temor, prosigue con su explicación, ahora perfecto, claro y conciso, teniendo en cuenta los ensayos que lleva haciendo durante toda la tarde. Cuando termina, el director mira complacido a Simone.

—¡Bien, me parece una idea excelente! —A continuación, nos mira a nosotros—. Enhorabuena, en serio. Increíble, de alguna manera es justo lo que esperábamos encontrar, cumple con todos los requisitos necesarios. Bueno, Sara, intenta establecer los acuerdos para poner en marcha el programa enseguida…

Sara detiene al director cuando se dispone a salir de la sala.

—No, un segundo, creo que debería quedarse…

Él se para, sorprendido, en el umbral.

Sara continúa:

—Bueno, en mi opinión esto de ahora ha sido un último paso después de dos o tres reuniones anteriores. ¿Es así, Renzi?

—Así es.

—Por tanto, si queremos cerrar el acuerdo tenemos que hacerlo enseguida, porque mañana podría ser demasiado tarde. ¿Es así, Renzi?

—Sí, parece que así es.

—De modo que usted, director, debe quedarse, porque lo que ellos desean solo puede concedérselo usted. ¿Es así, Renzi?

—Sí, sigue siendo así.

El director sonríe y vuelve a sentarse. Sara mira a Giorgio.

—¿Lo ves?, esto también sucedió con el Empanada. Él vino aquí, el director lo escuchó y aceptamos todas sus peticiones y, al día siguiente, él cerró con la Rete. Por eso saltaron de repente todos sus programas, aunque ya estuvieran en marcha… ¡El Empanada se consideraba inteligente, sin embargo, no lo es!

Giorgio le sonríe.

—Si hoy nosotros llegamos a un acuerdo, sabes que mañana seguirá siendo así.

—Sí. Por eso he querido que se quedara el director. No me arriesgaré nunca más a hacer un papelón como aquel.

En ese momento intervengo yo e incluyo también a Simone:

—Bien. Pues entonces nosotros nos vamos.

El director y Sara nos miran atónitos.

—Sí, sí, háganme caso, es mejor así. Futura está en buenas manos… —Señalo a Renzi—. Y nosotros solo seremos un estorbo. Ha sido un placer. —Le estrecho la mano al director, que enseguida me corresponde.

—Para mí también. —Se la estrecha a su vez a Simone—. Enhorabuena, me ha gustado mucho, de verdad. Estoy seguro de que haremos cosas buenas juntos.

Giorgio, naturalmente, puntualiza:

—Por supuesto, con Futura serán muy buenas.

El director nos sonríe.

—Sí, por supuesto.

Mientras tanto, nosotros vamos hacia la puerta.

—Esperad, os acompaño al ascensor.

Sara nos precede y salimos los tres de la sala. Miro cómo camina con su vestido claro, de punto ligero, ceñido a la cintura con un canalé y zapatos planos. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta alta y, ahora que me fijo mejor, aunque sea desde atrás, tiene en los pómulos unas ligeras pecas.

Parece una niña, pero no está mal. Entonces empieza con su chispeante verborrea.

—Estoy muy contenta, es un programa realmente nuevo, divertido, lleno de curiosidades…

¡Ostras, nosotros no teníamos nada demasiado potente! En cambio, con esto tengo la sensación de que nuestra cadena dará un salto hacia delante. ¡Ya era hora! La verdad es que nos hacía falta. —Llegamos al ascensor y Sara pulsa el botón de llamada—. Solo espero que Renzi no pida demasiado, ¡o incluso lo imposible!

—Yo creo que pedirá lo justo; así es…, ¡siguiendo con el tema!

Sara se echa a reír, nosotros entramos en el ascensor que acaba de llegar. Ella mete la cabeza dentro y apoya el dedo en el botón de la planta baja mientras con la otra mano me pasa una tarjeta suya que no sé cómo ha podido coger antes de salir de la sala.

—He encontrado el mote para ti: el Irónico. Es perfecto, llámame cuando quieras…

Después sonríe, aprieta el botón y se aparta antes de que el ascensor se cierre.

Simone me mira.

—Es cierto. El Irónico es perfecto, me recuerda un poco a el Hispánico. Es guay, ¿no?

Lo miro, pero no digo nada.

Luego, en el silencio que acompaña la bajada del ascensor, Simone se vuelve hacia mí un tanto disgustado.

—Pero a mí ni siquiera ha intentado buscarme un mote…

CINCUENTA

—Mamá, pero si a esos primos no los he visto nunca.

—Cariño, y ¿qué más da? Tu padre quiere que vengan.

Y, diciendo esto, Francesca, la madre de Gin, los deja en la lista de invitados.

—Lo entiendo, pero me caso yo, no él. ¡Y, además, Adelaide es antipática, es negativa, siempre trae mala suerte, pone pegas a todo!

—Ginevra, ya vale. Pero ¡si es un día de fiesta, cómo va a poner pegas! ¡Y, si lo hace, las pegas se las pondremos a ella!

—Mamá, siempre acabas haciéndome reír.

Llaman a la puerta. Francesca se vuelve curiosa hacia Gin.

—Y ¿ahora quién es? Pero si hoy teníamos que estar tranquilas y revisar unas cuantas cosas…

—Ya sé quién es, mamá.

Gin va a abrir y, de hecho, es ella, Eleonora Fiori, que entra como una exhalación.

—A ver, para empezar, no se puede decidir nada sin mí, ¿está claro? ¿Qué habéis decidido?

Gin y su madre se miran y, a continuación, dicen a la vez:

—¡Todo! —Y se echan a reír.

—Ah, muy bien, reíos, porque así no se hacen las cosas… Vale, lo primero de todo, pongámonos en el salón.

Eleonora se sienta en un sofá y se dirige a Gin:

—He trabajado muchísimo para ti estos días, mira…

Saca del bolso unas cuantas revistas que deja sobre la mesa baja, casi tirándolas.

—¡Ele, que la vas a romper, es de cristal!

—¡Es el peso de la cultura!

—¡Pero si son revistas de vestidos de novia!

—¡Por eso! Tienes que ampliar tu cultura, con lo indecisa que eres… El otro día fuimos a ver a esa estilista que tanto te recomendaron ¡y que se llama Brutta! Pero ¿a usted le parece…? —Se dirige a Francesca, la madre de Gin—. ¿Cómo va a hacer alguien que se llama Brutta un vestido para su hija, con lo fina que es?

Entonces se dirige a Gin:

—¿Lo ves? ¡Ni tu madre contesta, no está convencida, me la has bloqueado! ¡Brutta también la ha asustado!

Gin se echa a reír.

—Venga, Ele, alguien como tú se queda con las apariencias; ¡no me lo creo! Es más, deberías apreciar el hecho de que esa estilista haya tenido el valor de conservar su nombre, precisamente porque está segura de su belleza, o, mejor dicho, de la belleza de lo que hace.

—Para mí Brutta es bruta y punto… Es más, ¿sabes lo que te digo? Pues que justo se aprovecha de eso para joder a las ingenuas como tú. Es un oxímoron, ¿entiendes?

—¡Vale, ahora te estás pasando, que hicimos la selectividad hace un montón de tiempo! ¡Aquí tampoco es que te estés examinando!

—Está bien, pero ¿puedo por lo menos enseñaros unas propuestas? Luego tú decides, con tu madre, por supuesto…

—¡Faltaría más, teniendo en cuenta que soy yo quien se casa!

Y entonces empiezan a hojear varias revistas de trajes de novia.

—Este tiene el cuello demasiado cerrado, parece coreano. Este es muy escotado. Este es transparente, no es adecuado. Este con la falda corta por delante, en cambio, es mono… —Gin se vuelve y ve la cara ensombrecida de su madre—. Pero no va bien… —Su madre vuelve a sonreír—. Este es clásico en exceso. Este es moderno, pero demasiado ceñido. ¡Bueno, en cambio, este, con los hombros al aire, el cuello barco y un poco largo por detrás es precioso!

Eleonora lo mira y asiente.

—Es verdad, a mí también me gusta mucho. Déjame mirar de quién es.

Le da la vuelta a la revista para buscar quién es el diseñador y, cuando lo encuentra, se pone colorada. Gin se da cuenta.

—¿De quién es?

Le birla la revista y la gira hacia ella.

—No me lo puedo creer… ¡De Brutta! ¿Lo ves? ¡Yo tenía razón! ¡Es

buenísima! ¡Ahora tú también tienes que admitirlo, con lo convencida que estabas!

—Es cierto. Así pues, adelante con este vestido, es precioso. ¿Pasamos a los detalles para los invitados?

—Oye, perdona, pero ¿no tienes que ir a la oficina? Estás subiendo como la espuma en esa pequeña editorial, como editora, correctora de galeradas y no sé qué más; no puedes desaparecer toda una tarde…

—Pues sí, me he cogido el día libre porque así podemos estar juntas, y además mi sueño es convertirme en organizadora de bodas.

—¿Cómo que «convertirte»? ¡Ya lo eres! ¿Quieres un consejo? Llega a un acuerdo con Brutta, confía en mí, con ella arrasarás.

CINCUENTA Y UNO

—Tu marido es un hombre fantástico, ¿has visto qué bien hiciste al hacerme caso?

Babi mira a Raffaella y entorna los ojos.

—Mamá, cuando haces eso me cabreas.

—Por favor, ¡qué manera de hablar! He intentado enseñártelo todo junto con tu padre, precisamente para evitar esto. Y, además, tu hijo está ahí delante de la tele, podría oírte.

Babi finge una carcajada irónica.

—¡Ya ves! Si se las sabe todas, incluso peores.

—De todos modos, te estaba hablando de tu marido. Quisiste cambiar de casa, dijiste que la de antes tenía poca luz, y te buscó esta en la piazza Caprera, cuarta planta, con muchísima luz, y con todos los interiores decorados. Y entonces tú quisiste darle la vuelta, pusiste el parquet blanco, los sofás grises, mesas de madera clara, y también acero, transparencias…; se ha convertido en una joya, pero antes tampoco estaba mal. ¿Dónde encuentras a un marido que siempre te hace caso? Lorenzo es justo el chico que a mí me gusta.

—¡Exacto: a ti! Podrías haberte casado tú con él.

—No somos de la misma edad.

—Pero si está lleno de mujeres mayores con *toy boys* como él.

Esta vez es Raffaella quien se echa a reír.

—Sí, es cierto. Y quizá incluso me habría sido fiel.

—Lo dudo. Me engaña.

—Pero ¿tú qué sabes? Eso es lo que te crees, porque trabaja mucho y se va a menudo de viaje.

Pero a lo mejor te equivocas. ¿Cómo es vuestra vida? —Babi se vuelve hacia

ella y se encoge de hombros. Raffaella concreta—: En lo sexual, me refería…

—¡Te he entendido! Por ahora no le daremos ningún hermanito a Massimo.

La madre se queda callada. Coge una cápsula y la mete en la cafetera; luego, acordándose de que está en casa de su hija, se vuelve y, luciendo una sonrisa ficticia, le pregunta:

—Perdona, ¿puedo hacerme un café?

—Por supuesto, mamá, no hace falta que te andes con tantas formalidades. Por lo que a mí respecta, esta también es tu casa.

—Gracias. ¿Qué quieres decir con que no le daréis hermanitos?

Babi se sienta en el taburete y se pone a juguetear con un limón que coge del frutero que tiene delante.

—Que, a menos que se produzca una nueva intervención del Espíritu Santo, es prácticamente imposible que eso suceda…

—Ah…

—Sí, no follamos. —Babi se da cuenta de la incomodidad de su madre—. ¿Te molesta esa palabra? Si lo prefieres, finjo y te digo que «no hacemos el amor». Dilo como quieras, pero es así.

Empieza a salir el café; Raffaella espera el momento justo, entonces pulsa la tecla de arriba de la máquina para que se detenga. Coge el azúcar del estante y una cucharilla del primer cajón.

—Lo lamento. Me habría gustado ver a Massimo con un hermanito o una hermanita, habría estado más contento y, además, habría crecido mejor, menos solo, más activo en su vida social.

—Mira, mamá, puedes estar tranquila, él está muy bien integrado en el colegio, en fútbol, en natación, en las fiestas, no necesita nada de nada. Lorenzo no está nunca, siempre está viajando por trabajo, como dices tú, pero Massimo no tiene problemas de soledad, ninguno; es independiente, ha aprendido a vestirse y a desnudarse, por la noche incluso se duerme solo y sin miedos.

—Ya, pero he hablado con Flavia, la maestra, y me ha dicho que en clase le pegó a un niño. Le puso un ojo bien morado.

—Y ¿también te dijo por qué sucedió? Ese niño se llama Ivano, también conocido como Ivano «el Terrible». Tiene unos padres que en su casa gritan como locos, se tiran cosas, y, si lo he entendido bien, la madre, una tal Chiara, un día fue al colegio con las gafas de sol grandes porque llevaba un ojo hinchado. De modo que el marido, Donato, le levanta la mano y en consecuencia Ivano, como lo imita, se ha convertido en el Terrible. De hecho, pegó a una niña más

pequeña y le rompió la nariz. A la niña le salía un montón de sangre y lloraba desesperada. Y entonces intervino Massimo; de no ser así, nunca habría pasado…

Raffaella da unas cuantas vueltas más con la cuchara en el café. A continuación, decide tomárselo. Se seca la boca con una servilleta de papel que encuentra en un servilletero que hay encima de la mesa. Lo hace lentamente, tomándose todo el tiempo necesario. Después lo deja y mira hacia el estudio. Massimo está sentado en el sofá viendo los dibujos animados, con la boca abierta, con su precioso perfil. De vez en cuando se ríe despreocupado, cierra los ojos y se deja caer hacia atrás sumergido por completo en ese mundo de animación. Raffaella lo mira.

—Es un niño precioso, lleno de energía.

—Sí, es idéntico a su padre.

Raffaella se vuelve hacia Babi.

—La verdad, encuentro que se parece más a ti que a Lorenzo.

—Mamá, sabes muy bien a qué me refiero. No es necesario hacer el paripé. —Y la deja en la cocina, con un sentimiento de inutilidad como esa servilleta de papel ya usada.

CINCUENTA Y DOS

—Vale, el vestido es perfecto y estarás despampanante. ¡Pero podrías haberte esmerado un poco más con las testigos!

—Pero ¿qué dices? ¡Si tú eres una de ellas!

—En efecto, así está bien, ¡la que me preocupa es Ilaria! ¡A ver cómo va a ir arreglada!

—Venga, quedáis un día, habláis un momento y las dos os ponéis de acuerdo.

—¡Ya está hecho, nos hemos visto esta mañana y mira con qué me ha salido! —Eleonora coge su móvil y abre la carpeta de fotos—. Sí, mira esto…

Hay una especie de *book* fotográfico de Ilaria de pie en medio de su salón, primero con un vestido azul, luego con uno azulón, uno verde, uno naranja.

—O sea, lo que quieres decir es que te has presentado en casa de Ilaria por la mañana…

—… Temprano. Eran las nueve menos cuarto.

—¿De modo que has ido esta mañana temprano y la has obligado a ponerse en su salón todos los vestidos que tenía porque debías hacerle fotos?

—Sí.

—Y ¿cómo lo has conseguido?

—¡Le he dicho que lo habías pedido tú para ver cómo iríamos vestidas!

—¡Eleeee! ¡Ya está bien! ¡Me va a odiar!

—No, no, ha sido muy comprensiva, sabe lo importante que es para ti. Bueno, ahora mira esto…

Así empezarás a preocuparte en serio. —Gin sacude la cabeza mientras Eleonora sigue pasando de derecha a izquierda, una tras otra, las fotos del desfile de Ilaria—. ¡No, por favor, mira esto qué triste! ¿Y este? —Se detiene en una en la que Ilaria lleva puesto un vestido negro con unos tules—.

¡Parece mi abuela!

—Ya lo veo, pero te quedaría mal incluso a ti.

—¡Sí, pero en lugar de adelgazar, ha cogido por lo menos ocho kilos!

—¡Es que ha roto con su novio!

—Y ¡¿eso qué más da?! ¡Yo también estoy pasando por una mala racha, con dos o tres relaciones en el aire, pero no me quejo ni me pongo a comer como una cerda, pasando de la boda de mi mejor amiga! ¡Si por mí fuera, la sustituiría!

—Pero, Ele, ¿qué estás diciendo? ¡Imagínate cómo se lo tomaría! ¡Después de habérselo propuesto, voy y la sustituyo! Como mínimo, coge diez kilos más y ya no se recupera.

—¡Mira, tienes un montón de amigas más guapas, más elegantes, más ricas, más cultas! ¿Por qué has tenido que elegirla precisamente a ella? ¡No lo entiendo, me pones en un aprieto, no tiene nada que ver conmigo!

—Pero ¡tiene que ver conmigo! ¿Por una vez puedes dejar a un lado yo, yo, yo y pensar en Gin, Gin, Gin? Teniendo en cuenta que soy yo la que se casa, y espero hacerlo solo una vez, me gustaría que siguieras mis deseos y mis indicaciones…

Eleonora se queda un rato en silencio. A continuación, de repente, vuelve a activarse.

—Está bien, vale, tienes razón. Ahora vamos a ver los pasajes para la iglesia, las lecturas y cómo quieres continuar la fiesta.

—Bueno, pues para la fiesta había pensado invitar a Pupo y abrir con *Gelato al cioccolato*[21], ya que lo conocí en Vanni.

—Pero ¿estás loca? ¡Yo no voy!

—¡Venga, era una broma! Dios mío, me parto de risa, pero ¿te lo has creído?

—¡Claro que me lo he creído! Casi me da un ataque: ¡tu boda con Pupo como invitado de honor cantando…, quizá incluso leyendo algo en la iglesia! ¡Así acabarás como él, que vive con dos esposas! ¡Con eso ya te lo he dicho todo!

—Pues no estaría mal…, dos maridos. Yo, la primera italiana «árabe».

—Si ya es difícil con uno… Y, además, has elegido a uno que vale por dos, solo faltaría que añadieras a un tercero. Cambiando de tema, ¿cómo van las cosas?

—Me parece que bien.

—¿Qué quieres decir con «me parece»? Las cosas o van bien o van mal, no

pueden parecer…

—¡Madre mía, qué pesada! Las cosas van muy bien, ¿de acuerdo?

—Depende.

—¿De qué?

—De si es verdad lo que dices.

—Vale, pues en mi opinión es todo perfecto. Estoy muy contenta de casarme y creo que Step también lo está. Estamos a punto de dar un paso muy bonito.

—Mmm…, pero no me convences. Es como si en el fondo hubiera algo más…

Gin mira a Ele y le sonríe.

—Estoy un poco preocupada. No me gustaría que Step lo hiciera solo porque se siente obligado.

—Y ¿por qué? ¡Si no le apeteciera te diría «Basta, no nos casamos», o «Hagámoslo, pero dentro de un tiempo», o «Sigamos viviendo juntos, sin casarnos»! ¿Por qué iba a sentirse obligado?

Gin le sonríe y se lleva las manos a la tripa.

—¡Porque espero un hijo!

—¡Joder! —Eleonora se lanza sobre ella y la abraza con fuerza, estrechándola—. ¡Qué bien! —Entonces se da cuenta de lo que acaba de hacer —. ¡Oh! ¡Perdona, cariño! —Y ve que la madre las mira con curiosidad desde la puerta de la cocina. Eleonora se justifica gritando desde lejos—: ¡Ha elegido una música que me gusta un montón!

La madre sonríe, divertida por su bonita amistad, y asiente como diciendo: «Lo entiendo».

—¿Queréis tomar algo?

—No, no, gracias, yo nada.

—Yo tampoco, mamá…

Así que la madre desaparece en la cocina.

—He hecho bien, ¿verdad? Me imagino que no le has dicho nada, supongo.

—No, no quiero que se preocupe. Quizá le gustaría que estuviera ya casada antes de que ocurriera.

—¡¿Qué dices?! Tu madre no es de esas. De todos modos, haces bien. Pero Step te pidió que te casaras con él antes de saber eso, ¿no?

—Sí…

—Pues entonces no tiene nada que ver, no se siente obligado…

—Lo sé, pero en cierta manera fui yo quien quiso que diera este paso.

—Oye, hacéis muy buena pareja, ahora además tendréis un hijo, él ha sentado bastante la cabeza, está trabajando y su empresa está creciendo. Creo que todo es bonito y positivo; deja de dar la lata, será una boda perfecta… ¡Excepto por Ilaria, la gordinflona!

Gin se echa a reír.

—Siempre consigues quitarle hierro a todo.

—Pues claro, es así. Escucha, cariño, hay situaciones que solo presentan dificultades y salen muy bien; otras, como la de mis padres, que parecían perfectas y, en cambio, él se ha enamorado de una treintañera y ha abandonado a mi madre, y, sin embargo, tenían todos los números para permanecer juntos hasta que fueran viejecitos, pero no ha sido así, de modo que yo no me preocuparía mucho, disfrutaría de cada momento que pasara con ese bombón de tu novio y pronto marido, y no me pondría la venda en la cabeza antes de darme el porrazo. ¡Porque podría ser que nunca te lo dieras!

¡O podrías enamorarte de otra persona!

Gin la mira sonriendo de manera algo derrotista.

—¿Qué pasa? ¿No lo crees posible?

—No sabes cómo lo amo, lo quiero desde que era una jovencita y siempre lo querré.

—¿Haga lo que haga?

—Haga lo que haga.

—¿Incluso si se va con Ilaria la Gordinflona?

—Incluso eso.

—Joder, chica, pues sí que estás mal…

CINCUENTA Y TRES

Llaman a la puerta. Babi va a abrir.

—¿Quién es?

—Soy yo, Daniela.

Abre a su hermana y la hace pasar enseguida.

—¡Qué bien que hayas podido venir! Entrad.

Y así entran Daniela y su hijo Vasco.

—Hola, tía, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. Dame un beso.

El niño se pone de puntillas y besa a Babi.

—Mira, Massimo está allí, en el estudio, si te apetece ir con él.

—¡Claro que me apetece! —Y desaparece corriendo por el pasillo.

—Madre mía, qué mayor se ha hecho.

—Sí, es increíble.

Daniela y Babi se reúnen con su madre en el salón. Raffaella mira molesta a su hija recién llegada.

—Hola, ¿y Vasco?, ¿no lo has traído?

Daniela se le acerca y le da un beso en la mejilla.

—Sí, mamá, claro que lo he traído, ha ido con Massimo.

—Ah, ¿y no viene a saludar a su abuela?

—Pero si ni siquiera sabía que estabas aquí…

—Ya te dije que iba a venir…

—Sí, pero no sabía que ya habías llegado. ¿Qué problema hay, mamá? ¿Por qué siempre tienes que hacerlo todo tan complicado?

—La verdad es que a mí me parece muy fácil. Simplemente estoy pidiendo un poco de educación.

Por otra parte…

—¿Por otra parte qué, mamá?

—Nada. Por otra parte y punto.

—No, cuando hablas así es como si quisieras subrayar algo, tu disgusto, por ejemplo. ¿Habrías preferido que abortara?

La madre mira a su hija y frunce la boca.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta? Deberías tener el valor de decir lo que piensas. Tú no querías que tuviera a Vasco porque no sabía quién era el padre; me atiborré de pastillas y sucedió, ¿y qué? Se me podría haber contagiado algo; en cambio, las cosas fueron así, me quedé «solo» un poco embarazada.

¿No te parece bien? Lo siento mucho. Me habría gustado darte un nietecito después de una buena boda, con otro rico yerno, los consuegros y todo el resto de las chorradas. Pero no ha sido así.

¿Quieres echarme la culpa?

—Solo he dicho que podría ser más educado.

—No, mamá, yo creo que, si de verdad me quisieras, no me harías cargar cada vez con este peso.

—Pienso que eso ha condicionado tu vida y que hoy podría haber sido todo distinto.

—Pues ¡peor aún! ¿Por qué no puedes entender que a veces existen otras vidas que no son como las que tú te has imaginado? ¿Que lo que te gusta, lo que para ti es bonito, podría no serlo para los demás? ¿O que en cualquier caso podría ser diferente? Cada vez que entras en casa de Babi o en la mía pones esa cara de disgusto.

Babi se echa a reír.

—La verdad es que hoy aquí, en mi casa, le ha gustado todo.

Daniela la mira sorprendida.

—Qué extraño, y ¿qué ha ocurrido? De todos modos, no me lo puedo creer, ¿estás segura de que ni siquiera hay un jarrón que desentone? ¿Una cortina equivocada? ¿Una camarera que no sirve por la izquierda o que llena demasiado la cafetera o que se queda escuchando algo que seguramente le interesa y le divierte? ¿Todo lo de hoy le ha parecido bien a mamá? Entonces debe de haber una conjunción astral increíble, no me atrevo a imaginar qué puede suceder en esta jornada tan épica…

—Avisadme cuando tenga que reírme…

Justo en ese momento entra Vasco.

—Mamá, tengo sed.

—Saluda a la abuela.

—Hola, abuela. —A continuación, se vuelve de nuevo hacia Daniela—. Pero la sed no se me ha pasado.

Babi se ríe.

—Dale un beso a la abuela y mientras voy a buscarte un vaso de agua.

Daniela va a la cocina. Vasco se acerca a Raffaella, que lo abraza, lo acerca hacia sí y le da un beso. El niño, en realidad, sufre, soporta en silencio ese abrazo, esperando liberarse de él cuanto antes. Entonces la abuela se fija en que lleva unas zapatillas de deporte nuevas.

—Qué bonitas, ¿te las ha comprado mamá?

—No, Filippo.

—Y ¿quién es Filippo?

—Un amigo de mamá. Yo se las vi y le dije si me las prestaba. Pero las suyas me quedaban grandes, así que me compró unas. ¿Te gustan?

—Mucho. Y ¿qué tal es Filippo? ¿Es un chico amable?

—No es un chico, es un hombre, tiene la cabeza sin pelo y lleva barba.

Justo en ese momento vuelve Daniela con el vaso de agua. Vasco va a cogerlo, pero ella retiene un momento el vaso hasta que él lo entiende y, sonriendo, dice:

—Gracias.

A continuación, se bebe toda el agua de un trago y sale corriendo de nuevo hacia el estudio a jugar con Massimo.

Raffaella mira a su hija.

—¿Quién es ese Filippo?

—Un amigo.

—Sí, eso ya lo había cogido; seguro que no es un enemigo teniendo en cuenta que le ha regalado unas zapatillas nuevas a tu hijo. Pero ¿qué significa en tu vida?

—No lo sé, mamá. No sé qué significa. ¿Todo tiene que tener un significado? Es una persona con la que me veo, y con eso para mí es suficiente.

—¿Quieres echar a perder así tu vida?

—Mamá, pero ¿qué dices? No sabes nada de él.

—Sé que es calvo, con barba, así que será mayor, separado, me imagino, o, peor aún, casado, y por tanto solo se está divirtiendo contigo… Y encima todo eso delante de tu hijo.

Babi interviene:

—Mamá, ¿cómo van las cosas con papá?

—Estupendamente. Va todo bien, gracias.

—¿Estás segura? Has venido aquí enfadada con el mundo. Dani y yo no tenemos nada que ver.

—Además —interviene Daniela—, quiero que sepas que Filippo solo tiene dos años más que yo, por ahora está en mi vida y está muy enamorado, a pesar de que yo, por desgracia, no lo estoy.

Raffaella se queda un instante en silencio. Entonces cree tener la solución.

—Pues intenta construir algo como ha hecho tu hermana.

—¿Por qué me dices eso? ¿Es porque me estás manteniendo? ¿Prefieres que me pegue a un hombre cualquiera solo para no gastar más tu dinero?

—No, pero…

—He encontrado trabajo, mamá, así te quedarás más tranquila; tal vez consiga pagármelo todo yo sola. Pero no haré nunca algo así, olvídalo.

Babi se levanta del sofá.

—¿Quieres algo más, mamá?

—No, gracias.

—¿Te gusta esta casa?

—Mucho, muchísimo, ya te lo he dicho.

Babi sonríe.

—Es cierto, es bonita, tiene una vista espectacular y es grande. Hacemos muchas cenas, es una casa perfecta, siempre llena de gente. Y, sin embargo, yo me siento sola y sobre todo no soy feliz.

Cuando no eres feliz incluso casas mucho más bonitas que esta pueden parecerte feas; lo entiendes, ¿verdad, mamá?

Raffaella se queda callada; a continuación, se levanta y va al estudio, se detiene delante de los dos niños, que siguen viendo los dibujos animados en la tele. Están los dos con la boca abierta, inmersos en lo que está sucediendo en la historia.

—Adiós, me voy, ¿me dais un beso?

Naturalmente, no se mueven y ni siquiera se han dado cuenta de que tienen a la abuela al lado. Se oye la voz de Babi en la puerta:

—Si no os despedís de la abuela, os apago la tele.

Entonces bajan corriendo del sofá y, como dos autómatas, van hacia Raffaella, que se arrodilla y los acoge en sus brazos.

—¡Adiós, abuela! —Y vuelven los dos felices a ver cómo terminarán esos dibujos animados.

Babi está en la puerta de casa, abre justo cuando su madre se acerca.

—Adiós, mamá.

—Adiós. ¡Adiós, Daniela! —grita a lo lejos para despedirse de ella.

—¡Adiós! —contesta la hija desde la cocina.

A continuación, Raffaella mira a Babi.

—Tienes que apoyar a tu hermana.

—Pero, mamá, si no me necesita para nada. Todo va bien. Quédate tranquila. No vayamos a hacer nada a la fuerza que después resulte ser un error…

—Bueno, ella ya lo ha cometido. Aunque no quiera admitirlo, lo sabe.

—Mamá, un niño precioso no puede ser un error. Está sano, es despierto, es alegre, es una de las cosas más bellas que pueden sucederle a una mujer, aunque no haya un hombre a su lado.

Raffaella llama el ascensor. A continuación, se vuelve y mira desde lejos a esos dos niños en el sofá. Los hijos de sus hijas. Sus nietos. Uno es hijo de ese chico violento que en cierto modo consiguió apartar de Babi, el otro es hijo de un desconocido. Pero los dos son preciosos. Igual que esa casa.

—Lorenzo es un marido perfecto. No lo dejes escapar. Si buscas por todos los medios otra felicidad, no la encontrarás nunca.

—Sí, mamá, tal vez tengas razón, pero si tratas de ser feliz a través de otra persona, creo que solo haces que seáis infelices los dos.

Raffaella entra en el ascensor y mira por última vez a su hija Babi, en la puerta. Se contemplan hasta que Raffaella pulsa el botón de la planta baja.

—Hazme caso, intenta darle un hermanito a Massimo, o al menos inténtalo a menudo. Lorenzo se lo merece.

Y la puerta del ascensor se cierra antes de que Babi tenga la posibilidad de responder.

CINCUENTA Y CUATRO

Cuando entro en el Four Green Fields, en la via Costantino Morin, todo está como entonces. Los cuadros, las fotografías, los vasos colgados boca abajo encima de la barra, las pequeñas mesas redondas de madera oscura, las sillas a juego con el respaldo elíptico.

—Hola —saludo al tipo de detrás de la barra, que me mira sin mucho interés.

Antonio, con sus gafas gruesas, ya no está. Él nos recibía a todos con una sonrisa grande que equivalía a lo poco que veía sin esas gafas.

—Voy abajo, a los billares.

El tipo asiente sin pronunciar palabra. Quizá sea mudo; en cualquier caso, no es simpático. Lo lamento por la gente que hace su trabajo a regañadientes; aunque sean directores de grandes empresas, ¿por qué no intentan buscar algo que los satisfaga de verdad? ¿A qué esperan? El tiempo de que disponemos transcurre inexorablemente, después nadie podrá hacer ya nada.

Bajo los últimos escalones. Aquí tampoco ha cambiado nada lo más mínimo. Por lo menos, en algo este local no traiciona mis recuerdos. Me quito la chaqueta y la dejo en el perchero, me enrollo las mangas de mi camisa blanca Brooks Brothers y miro a mi alrededor buscando a alguien con quien jugar.

—¡Eh! ¡¿Qué pasa, Step?! ¿Es que como has hecho dinero ya no saludas? Me dijeron que las cosas te iban bien, pero no tanto como para volverte gilipollas… y encima marica, a juzgar por cómo vas vestido.

Miro al tipo que ha soltado ese rollo. Está sentado solo a una mesa, tiene delante una cerveza por la mitad y un cigarrillo apoyado en un cenicero que se va consumiendo. Tiene el pelo blanco, lleva una cazadora militar que le va ancha y que no se quita a pesar del calor. Mueve la cabeza arriba y abajo, como esos falsos e inútiles perros que algunas personas ponen en el cristal trasero del coche

para hacerlas parecer originales en vez de desfasadas. Lo miro con más atención y de repente lo reconozco. No me lo puedo creer, el Siciliano.

—Hola, ¿cómo estás, Adelmo?

—No me reconocías, ¿eh? —Se levanta y se acerca a mí. Nos saludamos a la vieja manera, estrechándonos la mano derecha, cogiéndonos los pulgares y atizándolos entre nuestros pechos, que chocan el uno contra el otro—. Estoy bien, estoy bien; no como tú, pero no me puedo quejar. Hace siglos que no se te ve por ahí. Sé que estás trabajando en televisión, que tienes un montón de empresas, que te has comprado un palacete en Prati.

Me echo a reír.

—Pero ¿quién va contando todas esas chorradas? Hago lo que puedo. Intento que la única empresa que tengo vaya creciendo.

El Siciliano me mira, no parece que se lo acabe de creer, pero a mí la verdad es que tampoco me interesa mucho.

—¡Y también sé que vas a casarte!

—Te he invitado, os he invitado a todos.

—Sí, sí… Me lo han dicho. Tal vez no me hayas encontrado. ¿Sabes?, he cambiado de casa, de cosas, de quesos… —Y se echa a reír él solo.

A continuación, da una calada al cigarrillo e inmediatamente después bebe un poco de su cerveza.

Debe de haberse agilipollado, a saber qué se mete. Alguien me dijo que estaba mal de los nervios; en cualquier caso, ya no está en forma como antes.

—¿Te apetece jugar al billar?

—No, Step, gracias, me gustaría, pero no puedo, tengo que ver a una persona. Es más, voy a subir porque quizá ni sabe que existe la planta de abajo. —Y, dicho esto, se lleva la cerveza, deja el cigarrillo en el cenicero y, balanceándose como entonces, se dirige a la escalera.

Luego, después de unos pocos peldaños, se vuelve.

—Eh, Step, me ha alegrado verte. Si acaso ya me pasaré alguna vez por tu oficina.

—Claro, ¿por qué no?

Me mira y sacude la cabeza, como si fuera el primero en saber que es imposible que eso suceda.

Me lo imagino por un instante en la sala de reuniones con el director de ficción, el presidente de La7 o el director de Medinews 5, y él, el Siciliano, contando alguna idea nuestra. Al primer rechazo o petición de ampliar la

explicación, puedo visualizar su reacción: cogería por el cuello a uno de los directores. Peor aún, escupiría a la cara de Gianna Calvi, por no pensar en lo que podría salir de su boca. Pero ¿qué estará haciendo a estas alturas de su vida? ¿Qué hace aquí, en el Four? Yo he venido en un momento de nostalgia, quizá él, en cambio, se pasa aquí todas las noches. Hace unos días, al pasar por la via Tagliamento, vi a Hook en la puerta del Piper, como el guardia de seguridad que era entonces, con una pequeña diferencia: no le queda ni un pelo, tiene barriga y no asusta a nadie.

¿Cómo es posible que no hayan sabido separarse de aquella época? ¿Abandonar esas actitudes?

Ahora son casi ridículos. Es como un tatuaje de una mujer hermosa: a cierta edad es espléndido, pero cuando tengas que intentar intuirlo entre las arrugas de la piel flácida, ese mismo tatuaje solo te producirá tristeza.

—¡Eh! ¿Quieres jugar?

Me vuelvo y veo que delante de mí hay un chico delgado, con una camiseta azul, un pantalón oscuro y unos mocasines. Lleva el pelo corto y tiene una cara simpática.

—Claro, ¿por qué no?

Cojo un taco mientras él se dirige a un hombre detrás de la barra.

—Mauro, ¿nos abres la seis?

Sin decir nada, el tipo acciona algo cerca de la caja y entonces oigo un extraño ruido mientras la luz de la mesa de billar se enciende lentamente. El chico posee un taco propio, quizá sea bueno. Me parece un crío; tendrá como unos diecisiete años. Me mira con curiosidad, no sabe absolutamente nada de mí. Mejor así. Además, ¿qué hay que saber?

—Me llamo Sergio; ¿te apetece jugar a ocho y quince?

—Sí, es el que más me gusta.

—Estupendo, ¿nos jugamos dinero?

—Está bien.

Sergio, el chico, me mira, tal vez me está sopesando.

—¿Te parecen bien doscientos euros para quien gane dos de tres?

—Me parece justo.

Entonces recoge todas las bolas, las agrupa; a continuación, saca un triángulo de la lámpara que está sobre el billar y las encierra. Las desplaza hacia delante y hacia atrás sobre la mesa, luego se para de golpe y retira el triángulo con mucha delicadeza.

—Saca tú.

—Vale.

Pongo la bola blanca en el lateral y golpeo con mucha fuerza. Tengo suerte, la cuatro acaba la primera en la tronera. Así que sigo jugando con las lisas, consigo acercar la ocho a la tronera central, pero no la emboco. Le toca a Sergio; da la vuelta a la mesa para calibrar la situación. De vez en cuando se inclina para ver mejor las posibles direcciones y la opción de hacer un tiro más fácil. Al final, escoge la once. La bola blanca pasa por en medio de las otras sin tocar ninguna, golpea un lado de la once, le da el efecto justo y la hace ir despacio hacia la tronera del fondo a la derecha. La once se detiene un instante en el borde, se balancea y luego, como si hubiera tomado la decisión, se desliza al interior. El chico juega bien, no será fácil. Desde allí, logra darle a la doce, que corre decidida, se apoya en la mía, me la aparta, aunque solo un poco, y acaba dentro de la tronera central.

Es realmente bueno. Y en un instante me acuerdo de aquella noche con Claudio, el padre de Babi, de aquella partida contra unos fanfarrones y seguros de sí mismos, pero nos esforzamos al máximo y acabamos ganando. De repente oigo un ruido, su trece corre veloz, pero luego, en vez de entrar, choca contra la esquina, se para rebotando delante de la tronera que había elegido y se queda escondida detrás de la bola blanca, dejándome todo el campo libre.

—Te toca. ¿Cómo te llamas?

—Step.

—Es tu turno.

Rodeo la mesa mientras pinto la punta de mi taco con la tiza azul, a continuación, froto el hueco de mi mano izquierda contra el magnesio que hay en el soporte, para que la madera se deslice mejor.

Elijo la dos. La golpeo con fuerza, sale del grupo, choca contra el borde de la mesa, se encamina hacia la tronera central y entra. La bola blanca ha salido bien, ahora está detrás de la ocho, que todavía se halla en una buena posición, de modo que hago lo mismo que él: golpeo la ocho, me apoyo en la diez, que había conseguido acercar a esa tronera, y la meto dentro. Y sigo jugando tranquilo y sereno, salgo siempre bien y emboco una tras otra todas mis bolas. Solo queda la uno, pero está bien colocada, no puedo fallar, al menos, eso espero. La golpeo con decisión, en línea recta, sin titubeos.

La bola amarilla corre veloz sobre el paño verde y acaba en la tronera. Uno a cero para mí.

—Eh, eres bueno, no lo pensaba. Enhorabuena.

Entonces Sergio se acerca al móvil, que ha dejado sobre una silla. Lo mira y descubre que le ha llegado un mensaje. Lo lee.

—Joder, es mi madre, quiere que vuelva a casa, qué palo. ¿Te importa si seguimos en otro momento?

—Claro, hasta la próxima.

—Lo siento, ¿eh?, me voy corriendo, te dejo una cerveza pagada en la barra de arriba.

—De acuerdo, gracias.

Y lo veo salir a la carrera. Voy al servicio a lavarme las manos, después me pongo la chaqueta, me limpio el pantalón, que tiene alguna marca azul del taco, y subo. Me acerco a la barra y enseguida el tipo me trae una cerveza mediana.

—Toma, esta debe de ser para ti… De parte de Sergio, ¿no?

—Sí, gracias.

Me siento en un taburete y empiezo a tomármela. Bebo un buen trago, a continuación, miro a mi alrededor por el local. Al fondo de la sala, el Siciliano está hablando con un hombre mayor que él.

El tipo lleva una cazadora vaquera y una gorra de algodón azul oscuro en la cabeza, están discutiendo de quién sabe qué. De vez en cuando, el Siciliano da un puñetazo en la mesa como si ese gesto pudiera de alguna manera darle la razón. Tal vez no debería haberlos invitado a todos a la boda, pero, aun así, por el hecho de tener que hacerme un regalo, habrá alguno que tampoco vendrá. Esa es mi última esperanza. Así, divirtiéndome yo mismo, me tomo otro trago de cerveza cuando oigo una voz a mi espalda:

—¿Qué te ha dicho Sergio?, ¿que tenía que irse a casa? ¿Que su madre estaba mosqueada?

Me vuelvo y me encuentro al tipo mudo de la barra, que, de repente, se ha vuelto locuaz y sobre todo curioso. No le contesto.

—Si te ha invitado a cerveza es porque ha visto que eras bueno y no quería perder los doscientos euros.

Me echo a reír.

—La verdad es que he perdido la primera partida.

El tipo se queda sorprendido, parece estupefacto, así que me termino la cerveza y, sin darle la posibilidad de hacer más preguntas, salgo del local. En cuanto estoy fuera, me enciendo un cigarrillo.

El Four antes era mejor. Nunca regreses a los sitios que has vivido de joven:

te parecen decididamente más feos, y puede que ni siquiera existan. Doy una calada al cigarrillo y me vuelvo hacia la moto. Hay un tipo que está intentando abrirla, o al menos la está toqueteando. Ha dejado un casco blanco encima de mi sillín.

—¡Eh, ¿qué cojones estás haciendo?! —le grito desde lejos.

—¿Quién? ¿Yo? Oye, que te equivocas, he cogido mi casco, antes había un chico encima.

Es bajo, fornido, tiene la cara redonda, los dientes todos alineados, iguales, pero feos, amarillos, y una ligera barba. Lleva unos vaqueros, zapatillas de deporte blancas y un impermeable verde. En cuanto voy hacia la moto, él coge el casco y se aleja caminando deprisa, pero tambaleándose. Solo necesito un instante para ver que el manillar ha sido forzado.

—Joder…

Pero él se pone el casco, ha visto que lo he pillado, y empieza a correr, es rápido como un cohete, aun con esas piernas cortas que tiene. Tiro el cigarrillo y en un momento estoy detrás de él.

Después desaparece tras la esquina, pero en cuanto la doblo veo que ha saltado sobre una moto en marcha y, sin levantar las piernas, sale pitando, dando gas por la acera, prácticamente en sentido contrario. Encima lleva la matrícula tapada con un calcetín oscuro. Entonces corro hacia mi moto, la abro, intento arrancarla para seguirlo, pero en cuanto le quito el caballete me doy cuenta de que el manillar no gira con facilidad, está duro. Debe de haberle dado la clásica patada para intentar que saltara, pero no lo ha conseguido. Ya se habrá escapado, joder. De todos modos, no lo entiendo, iba solo, sin ningún camión para cargar la moto, sin nadie que vigilara, sin ningún colega que se llevara su moto mientras él se marchaba con la mía. No sé, no lo comprendo. Pero esa cara se me ha quedado grabada. Tendría que haber cogido el teléfono y haberle hecho una foto. Sí, y después, ¿qué?

¿Ir a denunciarlo? Y voy y me convierto en un poli. Me echo a reír nada más pensarlo. Así que intento mover el manillar, lo fuerzo poco a poco para ponerlo recto. A continuación, me abrocho el casco y, con un hilo de gas, esperando que no se bloquee de repente, me voy a casa.

CINCUENTA Y CINCO

Cuando entro en la oficina a la mañana siguiente, encuentro a Giorgio encerrado en su despacho con un joven responsable de área que está gritando. Los veo por el cristal: él está sentado, tranquilo, escuchando; el otro está de pie chillando incluso con cierta vehemencia, pero debo decir que los trabajos de insonorización que Giorgio mandó hacer son perfectos. Veo que el responsable de área está bastante exaltado, pero no oigo absolutamente nada de lo que dice. Entonces Giorgio lo invita a sentarse, pero el joven sacude la cabeza. A continuación, Giorgio coge una carpeta con unos proyectos y la abre sobre la mesa, invita de nuevo al responsable de área a sentarse y esta vez acepta. Alice viene hacia mí justo cuando estoy entrando en mi despacho.

—Buenos días, ¿le apetece un buen café?

—Sí, qué bien, largo y sin azúcar.

—Perfecto, se lo traigo enseguida. Aquí tiene la correspondencia.

Me deja unos cuantos papeles encima de la mesa y después sale del despacho. Me pongo a revisar el correo; no hay nada raro, al menos, eso me parece. Una invitación para un cóctel, la inauguración de un restaurante, una velada organizada por la Fox para el lanzamiento de su nuevo proyecto. Otra invitación para una exposición. La abro. «Correggio y Parmigianino». A saber si también se trata de una invitación con «finalidades ocultas». Me dan ganas de reír…; no, supongo que no. Quién sabe qué estará haciendo, quizá se ha marchado. Oigo abrirse una puerta, después unas voces procedentes del pasillo.

—Bien, me alegro de que por fin hayamos encontrado una solución. Dime algo cuanto antes.

—¡Sí, pero vosotros no volváis a hacerme estas bromas!

—Vamos, no me digas eso, ya te lo he explicado.

—Sí, sí, lo sé, estaba bromeando.

Se despiden y después oigo que se cierra la puerta de la oficina. De modo que salgo de mi despacho.

—¿Y bien?, ¿has conseguido calmarlo?

—Sí, ha sido fácil. Le he dicho que era culpa tuya, que yo nunca lo habría hecho.

—Venga ya, así me haces parecer un cínico especulador, peor que tu amigo el Empanada.

—No, no, esto es distinto. He dicho que el director de La7 ha invertido mucho dinero en nuestra empresa a través de su mujer, que el acuerdo es este: nosotros estamos obligados a darle trabajo a ella y él tiene una especie de preferencia en cada proyecto. Por tanto, le correspondía poder decidir el primero y adjudicárselo.

—Y ¿se lo ha tragado?

—Sí. En mi opinión, lo han hecho responsable de área precisamente por eso… No crea problemas y se lo traga todo.

—Estamos en buenas manos.

—He hecho algo más…

Nos acomodamos en mi despacho para seguir hablando cuando entra Alice con dos cafés.

—También he preparado uno para usted…

Giorgio le sonríe.

—Perfecto, me has leído el pensamiento, estaba a punto de pedirte uno.

Entonces deja el café sobre la mesa y sale del despacho.

—¿Cierro la puerta?

—Sí, gracias.

Nos quedamos solos.

—Vuelvo a felicitarte por Alice, excelente elección, en serio.

—¿De verdad te gusta?

—Muchísimo. Intuitiva, meticulosa, ordenada. También sabe ser reservada y estar en su sitio. Por ahora no le encuentro defectos.

—Bien.

Bebo un poco de café.

—¿Y bien? ¿Qué más has hecho para sedar al joven responsable de área después de haberme dejado como un tipo duro y cínico?

—Alguien debe de haber hecho circular la historia de tu pasado de matón…

—¿Matón? Así incluso me das una afiliación política.

—¿No la tenías?

—Sí, pero nunca he tocado a nadie por ideología, eso lo hacían los demás, o mandaban hacerlo, porque, por desgracia, no conocían la importancia de las palabras y la fuerza de las ideas.

—Bueno, en todo caso, de un modo u otro, piensan que lo eres. Eso puede sernos útil, como supondrás, porque acaba siendo una de esas leyendas urbanas que generan una duda constante: ¿es verdad o es una gilipollez? Pero si tú hoy de repente le das de tortas a alguien delante de Vanni, será contraproducente. El mito de esa especie de justiciero, incluso para quienes desprecian la violencia, es perfecto dentro de la leyenda, pero que un irascible de mano larga, en su actual papel de productor, le pegue a alguien es ridículo. Así que, aunque pase algo que pueda ponerte nervioso, intenta contenerte.

—Mira, no hay problema. Anoche pillé a un tipo que me estaba robando la moto, me torció todo el manillar, forzó el bloqueo y no pude decirle nada, prácticamente me comporté como un capullo.

—Pero evitaste el robo.

—Sí, aunque para alimentar la leyenda debería haberle partido la cara…

—¿Y si, mientras lo cogías por la chaqueta, él se hubiera dado la vuelta, hubiera sacado una pistola y te hubiera disparado? ¿Qué habríamos hecho nosotros con Futura? ¿Cuál habría sido nuestro futuro?

—Eso no lo había tenido en cuenta. O tal vez sí. Bueno, no le hice nada pensando en Futura.

¡Puedes hacer correr también esa historia, me gusta!

—¿Piensas que he sido yo quien ha puesto en circulación la historia del matón?

—No es que lo piense, es que has sido tú.

—De todos modos, estoy empezando a reconsiderar la oferta de la participación.

—Ha bajado. Puedes conseguir como máximo el veinte por ciento… Tienes que apresurarte.

Giorgio se echa a reír y se sienta delante de mí.

—¡Sin contar con los numerosos herederos que podrían presentarse!

—Sí, ya, pero de momento nadie ha dicho nada más.

—Mejor así. No podemos distraernos en este momento, con tantas reuniones importantes. Pues bien, he conseguido calmar al joven responsable de área

dándole unos cuantos proyectos que he fingido apartar de la prioridad de La7. Ha apreciado el gran riesgo que corría, hemos cerrado un acuerdo secreto, aunque en mi opinión se quedará con varios de nuestros programas con la esperanza de poder hacer saltar nuestro acuerdo con La7.

—¿Y entonces…?

—Y entonces es un gilipollas y como tal hay que tratarlo…

Me echo a reír.

—Me parece una excelente deducción.

—En cambio, el acuerdo al que hemos llegado con el director de La7 ha sido genial. «Quién quiere a quién» será el programa estrella de la próxima temporada, y además el logo de Futura aparecerá en cada spot de promoción. Habrá diez al día durante dos meses, antes del inicio del programa, de manera que, en vista de que las matemáticas no engañan…

—La promoción de Futura se repetirá seiscientas veces.

—Eso es, diez segundos cada una. Si cuentas que por treinta segundos los precios se mueven entre los treinta mil y los trescientos cincuenta mil euros según el horario…

—El coste mínimo habría sido de tres millones.

—Exactamente, pero hemos acordado que al menos cinco se pasarán en horario de noche, a primera hora. Así que, sin estar siquiera en antena, es como si ya hubieras ganado ocho millones y los hubieras vuelto a invertir en Futura…

Y me pasa una hoja con todo el esquema de los horarios exactos en que saldrá en antena cada uno de los días y debajo su valor equivalente a ocho millones doscientos mil euros.

Lo miro todo con atención.

—Excelente trabajo. Pero no los he ganado yo, los hemos trabajado nosotros para Futura.

—Sí, por supuesto. Después he cerrado un acuerdo para un nuevo programa de mañana, y este lo vamos a tener en la parrilla dentro de seis meses.

—Ah, y ¿qué les damos?

—Ah, eso no lo sé. Yo solo le he dicho que has encontrado una gran novedad… Te quedan todavía cuarenta días para presentársela…

Lo miro atónito mientras él continúa divirtiéndose.

—Después haremos un programa en horario nocturno, pero este dentro de cuatro meses, así que dispones de casi dos meses para buscar una idea genial… Aunque, por supuesto, esta ya la tienes localizada…

—¡Por supuesto, soy un cazatalentos de campeonato!

—Sí, estás lleno de grandes cualidades, tu imagen está creciendo, y me alegro. Sara quiere conocer nuestras oficinas, pero me parece que no es solo eso… O quizá ella quiere mostrarte algo a ti.

—Y tú, como es natural, en vista de las preocupaciones del momento y del sutil equilibrio de Futura, sin duda has alejado esa hipotética amenaza.

—No, creo que un matón como tú sabe mantener en su sitio a una chica que solo es fogosa…

Justo en ese momento llaman a la puerta.

—Adelante.

Se abre y aparece Alice.

—Disculpen, ha llegado una tal Giovanna Segnato. ¿La hago pasar?

Miro a Giorgio, que me sonríe.

—La derrama de Medinews 5.

—Ah, claro.

—Sí, hazla pasar aquí con nosotros.

—Muy bien.

Alice se aleja un instante y justo después regresa a la puerta indicándole el camino a alguien. De repente aparece en el umbral una preciosa chica, alegre, sonriente, muy escotada y provocativa.

Rubia, con los ojos verdes, el pelo recogido en una coleta, unos senos grandes y, sobre todo, demasiado perfectos para no estar retocados.

—Buenos días, ¡es un placer conoceros! Y qué oficinas más bonitas.

Tiene una vocecita infantil, no sé si está interpretando con la intención de crear así un extraño contraste con su exagerada sensualidad o es la suya. Con todo, me levanto de la mesa y voy a su encuentro.

—Encantado; Stefano Mancini.

—Giorgio Renzi.

Me mira con una sonrisa muy singular, mientras que a Renzi solo lo saluda de pasada. A continuación, señala una butaca.

—¿Puedo?

—Por supuesto. Es más, discúlpenos, nos hemos quedado un poco aturdidos por esta imprevista pero agradable sorpresa…

Giorgio enarca una ceja como si mis palabras lo hubieran impresionado de verdad, mientras la tetona se ríe fingiendo que es todavía más estúpida de lo que seguramente no es.

—Yo estoy contenta de que por fin salgan nuevas ideas. En televisión siempre se hacen las mismas cosas, siempre están las mismas personas y nunca se arriesga nadie. Nos estamos convirtiendo en una caterva de bobos. Pero Calemi está encantado con el programa y ha dicho que lo pondrá en marcha enseguida con muchísima publicidad. Muchos anuncios, al menos desde un mes antes…

Miro a Giorgio, que me sonríe. Giovanna se da cuenta.

—¿Qué pasa?, ¿he dicho algo mal?

—Hemos hablado con Calemi esta mañana y está todo aclarado. Ya no haremos ese programa en Medinews, pero pronto habrá otro.

—¡Oh, no! ¡Pero yo quería presentar este! ¡Salgo todos los días haciendo de comentarista en los programas matinales y con esta idea pretendía dar un salto!

—¿Qué papel había imaginado?

—¿Cómo que qué papel había imaginado? Calemi iba a dármelo, iba a presentarlo… ¡Yo era la presentadora! Como mucho, con un copresentador a mi lado, pero solo al principio…

Giorgio y yo nos miramos de nuevo. Esta vez no sonreímos. Entonces él se pone en pie.

—Mire, estoy seguro de que encontraremos alguna solución, trabajar con usted será un placer. —A continuación, la invita a levantarse—. De todos modos, me gustaría que conociera al autor de este programa y tal vez, hablando con él, conociéndose mejor, salgan nuevos proyectos todavía más adecuados para usted.

Giovanna Segnato titubea un poco, seguidamente mira a Renzi sonriente y comprende que en cualquier caso está ya todo decidido.

—Ah, claro, exacto…, muy buena idea.

De modo que se levanta del sillón y me tiende la mano.

—Stefano, ha sido un verdadero placer.

—Para mí también.

—Bueno, nos veremos a menudo, ¿no?

—Me parece que sí.

Giorgio la hace salir del despacho y la acompaña a ver a Simone.

—¿Se puede? —Llama a la puerta entreabierta.

Simone se quita los auriculares.

—¡Por supuesto!

Pero parece molesto por esa interrupción, ya que estaba muy concentrado en lo que hacía. Renzi acaba de entrar en el despacho.

—Te presento a Giovanna Segnato. Ha venido a vernos porque le hemos pedido a Calemi que nos indique quiénes son las nuevas presentadoras que arrasarán en el mercado…

A Simone, al verla entrar, se le ilumina la cara.

—¡Hola! ¡Es un placer! —Le tiende enseguida la mano.

Giovanna sonríe y, al ver que sus ojos se han quedado pegados a sus pechos, ya sabe que lo tiene en el bote, o en cualquier otro sitio que ella decida.

—También he traído el currículum. ¿Lo saco?

Y esa frase hace que Simone se excite de una manera absurda y por un instante cierra los ojos.

Renzi hace lo mismo, pero por otros motivos, como diciendo: «Ya ves, vamos bien». Entonces Simone recupera su profesionalidad, coge el currículum de Giovanna y vuelve a tomar de nuevo las riendas de la situación.

—Por favor, siéntate; nos tuteamos, ¿verdad?

—Claro… ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

Giovanna se queda un momento indecisa.

—Bien, aunque no lo parezca, somos casi de la misma edad.

Y ese «casi» no acaba de quedar definido. Giovanna debe de tener más de treinta años.

—Bueno, os dejo solos. —Renzi se marcha sin cerrar del todo.

Simone mira con mucha atención y profesionalidad el currículum de Giovanna Segnato.

—Sin embargo, has hecho muchísimas cosas, ¿eh?…

—Ya. —Ella sonríe—. Pero todavía no he encontrado el programa adecuado que me haga tener éxito como me gustaría. —Y, dicho esto, cruza las piernas, pero casi sin querer le muestra toda su belleza—. O sea, no me puedo quejar, tengo un contrato en exclusiva por dos años para participar en varios programas y ya con eso he podido comprarme un pequeño ático en la via della Croce, aquí, en Roma; pero ¿cómo lo hago con todo lo demás? Este año, por ejemplo, me gustaría ir por Navidad a las Maldivas, al Sporting, adonde van todos, pero para poder entablar relaciones, no por nada más.

¡Sin embargo, no me lo puedo permitir! Vaya, que quiero ser independiente.

Y como es natural Simone, aunque no tiene ni idea de cuánto dinero necesitaría, parece estar completamente de acuerdo con ella.

—Pues claro, tienes razón, es lo justo…

Giorgio vuelve a mi despacho.

—No he podido contarte el resto… Pues bien, con Calemi también hemos llegado a un buen acuerdo; excepto en el tema Segnato hemos salido ganando en todo. Hemos cerrado una serie de ficción y un programa en horario de máxima audiencia, y luego deberíamos tener un espacio tal vez antes del telediario que no estaría mal. ¿Has visto? Sus ofertas de publicidad eran solo por un mes, no nos convenía.

—Bien, me parece estupendo.

—Sí, ha salido de la mejor manera. He visto que has venido en moto. Si quieres te acompaño a arreglarla, así hablamos de dos o tres cosas más.

No tiene remedio, Giorgio siempre está atento a todo.

—Gracias, con mucho gusto.

—Pues entonces, si no te importa, se la llevaremos a un amigo mío; entiende mucho, siempre me trata bien y tiene ganas de conocerte.

—¿A él también le fascina el rutilante mundo del espectáculo?

—No, no, creo que quiere pedirte otra cosa…

CINCUENTA Y SEIS

Cuando llegamos a la sucursal de Honda en la via Gregorio VII, una gran cancela se abre haciéndonos descender una empinada rampa. Nos detenemos delante del garaje, que está lleno de motos diversas, y algunas de ellas llevan un cartel encima con un número que indica las que ya están reparadas. Giorgio baja de su SH mientras yo aparco la moto un poco más adelante. Un joven empleado de Honda está explicando el funcionamiento de un nuevo sistema antirrobo a un chico no muy despierto.

—No, te lo repito: tienes que pulsar el botón de arriba y después de dos bips se pone el antirrobo.

El tipo, inmediatamente después de haber oído la señal, intenta mover su moto.

—Pero ¡no suena!

—Es que tienes que esperar por lo menos veinte segundos, si no, es como si lo anularas.

—¿Y si el ladrón me la quita en esos segundos?

—Pero entonces tú estás delante…

—Y ¿qué hago?

—¡Gritar! ¡O pulsas este botón de aquí abajo, que se llama *de pánico*, y se pondrá a sonar enseguida!

Y, en efecto, eso sucede. El tipo se lleva las manos a los oídos y luego se le pueden leer los labios:

—Sí, sí, ya lo entiendo…

El empleado de Honda hace una mueca con la cara, como diciendo: «Pues menos mal…»; a continuación, vuelve a pulsar el botón de pánico y la alarma deja de sonar.

Entro en la sala de recambios y de recepción, donde Giorgio está hablando con un hombre alto, robusto, con el pelo corto, que, cuando me ve, parece contento y sorprendido.

—¡Así que me lo has traído de verdad!

Renzi asiente.

—Yo no miento. Stefano, ¿puedo presentarte a Gaetano?

—Mucho gusto.

Me estrecha la mano de forma calurosa.

—¿Estás bromeando? Pero ¡si te conozco de toda la vida! Tener aquí al gran Step es un honor para mí.

Estoy realmente sorprendido por su entusiasmo.

—No sabes la de dinero que he perdido contigo…

Ah, ya me parecía que había algo raro.

—Porque al principio apostaba contra ti, no tenía ni idea de que fueras el mejor. En las carreras de las *camomillas*, si tú estabas en pista, no había nada que hacer. De hecho, después empecé a apostar por ti y me recuperé, mejor dicho, debí de embolsarme unos cinco o seis mil euros…

—Menos mal…, me estaba sintiendo culpable.

—¿Tú? ¿Tú qué vas a sentirte culpable? Venga ya… —Se echa a reír—. Eres demasiado bueno.

Oh, y no pensaba que fueras tan simpático.

Entonces, de repente, se pone serio.

—¿Sabes que también estaba esa maldita noche que corrió Pollo? Pobrecillo… Incluso aposté por él. Era muy bueno… Oh, joder, perdona, claro, tú ya lo sabes… Y, de hecho, nunca he entendido cómo ocurrió… En un momento determinado, en una curva, se fue al suelo sin que lo tocara nadie. Te lo juro, fue algo absurdo. Para mí que le dispararon. No, te lo digo en serio… ¿No sabes que en esas carreras se movía un montón de dinero impresionante?

Se me encoge el corazón, es peor que un escopetazo, ahora que conozco la verdad. Pero hago como si nada.

—No he vuelto a ir nunca más. No volví a correr.

—Tienes razón, no debería habértelo recordado. Perdona. —Y entonces vuelve a ponerse en su papel profesional—. ¿Y bien?, ¿qué te ha pasado?

Le cuento el intento de robo y el manillar forzado.

—Lo que no entiendo es cómo pensaba llevarse la moto. No vi que tuviera ningún cómplice, ni un vigilante, ni siquiera una furgoneta alrededor, lo miré

todo. Se escapó con su motocicleta con la matrícula tapada…

Gaetano sonríe.

—Ahora emplean esa técnica, se llama *aparcamiento fantasma*. Llevan la moto robada a una calle de por allí cerca, o a un patio o un callejón. Cuando tú sales, ya no la encuentras, haces la denuncia, pero, en cualquier caso, te marchas de allí; ellos regresan con toda la calma y se la llevan mucho más tarde, quizá de noche.

—No me lo puedo creer. Ahora se las saben todas.

Gaetano me sonríe.

—Lo siento. A ver qué se puede hacer.

Sale al patio y llega hasta mi moto. Intenta mover la dirección.

—Nada. Lo intentó con una patada, pero no consiguió partir del todo el bloqueo; luego trató de abrir por aquí, debía de tener un circuito de control para resetearlo todo e intentar arrancarla, pero entonces fue cuando debiste de llegar tú…

—Seguramente.

—Tuviste suerte.

—En realidad yo debería haberlo «arreglado» como en los viejos tiempos, aunque teniendo en cuenta cómo han cambiado las cosas, el hecho de que conserve todavía la moto debo considerarlo como algo bueno.

—Pues mira, me parece que solo hay que cambiar el manillar, pero tendría que ver cómo está el bloqueo de la dirección; te llamaré para decirte el presupuesto.

—De acuerdo.

—¡Eh! —interviene Giorgio—. Con cariño, que es mi hermano.

Gaetano sonríe.

—¡Lo sé, más aún!

—Eso es, muy bien.

A continuación, Gaetano me mira.

—¿Quieres montar un *push and block*?

—Y ¿eso qué es?

—Esto… —Se acerca a una motocicleta y me señala un bloqueo debajo del caballete—. Aunque se carguen el bloqueo de la dirección y conecten una centralita no pueden arrancar ni moverla, porque la moto no baja del caballete…

—A menos que vaya sobre una sola rueda.

—Entonces ¡es que es un campeón y hay que tenerle el máximo respeto!

Gaetano me mira como diciendo: «Es imposible». Pero ¡yo sé que Pollo era capaz de levantar una moto en un metro!

Gaetano sigue explicándome:

—Esto lo inventaron en Nápoles. Ahora, para llevarte una moto, lo único que puedes hacer es serrar el caballete, es prácticamente imposible.

—Así pues, ¿no hay manera de conseguirlo?

—En Nápoles han encontrado el sistema, pero aquí, en Roma, todavía no. Es un buen medio de disuasión.

—¿Cuánto vale?

—Ciento veinte euros.

Renzo lo mira.

—Quería decir cien euros.

—Está bien, móntamelo.

De modo que dejo la moto allí, subo detrás de Giorgio y, al poco rato, estamos de nuevo en la oficina.

—Hemos vuelto.

Alice viene enseguida a nuestro encuentro.

—Bien, han anticipado las pruebas del piloto a las dos y media. Ahora iba a llamarlos.

—De acuerdo, gracias, perfecto.

Nos dirigimos a nuestros despachos cuando nos fijamos en que la puerta del de Simone está cerrada. De forma instintiva, los dos nos inclinamos un poco hacia delante y vemos que Giovanna Segnato está todavía allí, y no solo eso: Simone está sentado encima de la mesa delante de ella, riendo con un café en la mano.

—También se han tomado unos bollos, me los ha hecho pedir al bar de aquí abajo. He pensado que podían ser indicaciones que ustedes habían dado y por eso lo he hecho. Espero no haberme equivocado.

Giorgio es más rápido que yo.

—Desde luego, no serán dos bollos lo que nos haga claudicar.

—Ha pedido cuatro.

—Ni tampoco cuatro. Has hecho bien. Ahora déjanos.

Alice regresa a su sitio. Giorgio se acerca tanto al cristal que Simone lo ve y, naturalmente, pasa de reírse a ponerse serio, baja de la mesa y habla de manera profesional a Giovanna Segnato.

Entonces su conversación parece haber llegado a su fin; ella se levanta de la

silla, Simone la precede y abre la puerta.

—Bueno, nos llamamos pronto.

—Sí, claro, por favor, me parece perfecto lo que me has dicho… —Y diciendo esto llega a la puerta de la oficina y sale.

Simone regresa a su despacho como si nada, pero no le da tiempo a cerrar la puerta cuando Giorgio se le echa encima y empieza a gritar:

—Pero ¿te has vuelto tonto? ¡De autor creativo a autor gilipollas! ¿Qué has estado haciendo hasta ahora con esa?

—Pues nada, hemos hablado, la he conocido mejor…

—Pero ¿qué quieres conocer mejor? Esa, al cabo de cinco segundos, ya te ha desvelado su secreto: ¡dos tetas así y punto! Pero ¿a ti te parece que si nos la mandan aquí es porque es capaz de rebatir algún tratado de filosofía o más bien de hacerle subir otra cosa a Calemi o a las esferas que están por encima de él? Es que no me lo puedo creer…

Renzi empieza a dar vueltas por el despacho de Simone.

—Dime qué se te ha pasado por la cabeza. ¡Primero te inventas un programa superbueno y luego tienes una idea tan pésima!

—¿Cuál?

—¡La de intentarlo con Giovanna Segnato!

El chico lo mira, después se cruza de brazos.

—Oye, a mí Giovanna me gusta.

Giorgio no puede creer lo que oye; se precipita sobre la mesa de Simone, con las manos apoyadas en las esquinas, completamente inclinado hacia delante, de manera que le grita en toda la cara:

—Y ¡¿a ti te parece que te pagamos para que te enamores?! ¡¿Para que hagas el idiota con ella?!

¡¿Quizá para que te la tires?! ¡Así tú estarás contento, pero a lo mejor alguien se enfada y los jodidos seremos nosotros! Joder, mira que eres tonto. ¿Acabamos de empezar con Futura y tú ya quieres cerrarla? No, dime, por favor, explícamelo, déjame que entienda qué cojones de plan increíble, qué absurdo proyecto tienes en mente, porque te aseguro que ahora mismo no te sigo.

En ese instante, aparezco en la puerta.

—Giorgio, cálmate.

Renzi se vuelve. No dice nada, respira hondo, intenta coger oxígeno. A continuación, se dirige hacia mí, y me hago a un lado mientras él sale del despacho sin decir nada más. Lo miro conforme se aleja; entonces, me vuelvo

hacia Simone y busco su atención.

—Bueno, creo que Giorgio no se ha sentido respetado…

El chico sigue con los brazos cruzados. Vuelve la cabeza hacia la pared.

—Pero no es así. ¿A ti te parece que no lo respeto?

—Bueno, en vista de cómo te has comportado con Giovanna, él cree que no. —Simone se vuelve de golpe hacia mí, sorprendido, como si efectivamente no hubiera comprendido lo que le estoy diciendo o le pareciera absurdo—. Deja que me explique. Para él, tú ya formas parte de Futura, él te ve en nuestra empresa, así que es como si hubieras traicionado su confianza. Él piensa: «Pero ¿cómo es posible que yo le dé tanto y él lo arriesgue todo, por una estúpida chica que enseña las tetas y el culo?». La verdad es que no puedo reprochárselo. Si Calemi o quien esté detrás de Giovanna Segnato supiera que nosotros, en vez de hacerla trabajar, nos metemos en la cama con ella, traicionaríamos su confianza. Pero ¿no entiendes que te está utilizando para que los otros se mueran de celos y conseguir así un contrato anual más elevado con la cadena, o de verdad crees que le gustas en serio y que podría surgir algo de esto?

—Me parece una chica seria, auténtica, y además me cae bien. Coincidimos en un montón de cosas.

Giorgio vuelve a entrar corriendo; parecía que se había ido a alguna parte y, en cambio, se ve que estaba escuchando.

—Pues entonces ¡me preocupas de verdad, joder! —le grita de nuevo acercándose a su mesa mientras yo salgo—. ¡Mierda, así pues, no has entendido nada! ¿Cómo puedes pensar que es una chica seria, auténtica, que coincidís en un montón de cosas? ¡Tú no tienes nada en común con ella!

¡Esa te tritura el cerebro, te lo deja como esos guisantes que te comías de pequeño, te lo hace papilla! —Se le acerca y le da dos o tres golpes en la sien con el índice—. ¡Si es que tienes cerebro!

Simone aparta la cabeza a un lado, molesto.

—¡Esa se iría contigo dos, tres, cuatro veces, tal vez incluso diez, pero después desaparecería!

Entonces empezarías a encontrarte su móvil apagado, irías a buscarla por los bares, la verías en su página de Facebook viajando por el mundo, en Nueva York, en Formentera, en Abu Dhabi, aparte de que además se lo contaría a Calemi o a saber a quién que esté por encima de él, y disfrutaría diciéndoselo, y ellos dejarían de tener relaciones con nosotros. ¿Quieres a alguien así? ¡Yo te la pago! Pero no te metas en líos, joder. ¡Pensaba que eras un genio y, en cambio,

eres un primo!

Y, con esa última frase, lo deja definitivamente solo, sale al pasillo y me adelanta.

—Venga, vámonos, nos esperan en el Teatro delle Vittorie para el episodio piloto.

—¿Y él?

—¡Lo dejamos aquí, reflexionando! ¡El genio tiene que reencontrarse, necesita estar solo, le irá bien!

Alice nos observa al pasar, pero después aparta la mirada, no dice nada. De modo que cuando estamos en el ascensor, Giorgio solo espera a que se cierren las puertas, permanece un instante en silencio y luego se echa a reír.

—¡Joder, hemos estado perfectos!

—¡Sí, parecíamos el poli bueno y el poli malo!

—Es verdad.

—Aunque yo solía hacer de malo…

Y en un instante me acuerdo de Pollo, de nuestra amistad, de todas las tonterías que hacíamos, y se me forma un nudo en la garganta; pero este no es el momento, ahora no.

—¡Vale, pues la próxima vez te toca a ti hacer de malo!

—Esperemos que no haya una próxima vez.

—La habrá, seguro.

Y a estas alturas ya sé que, por desgracia, tiene razón; acierta en demasiadas cosas.

CINCUENTA Y SIETE

Cuando entramos en el teatro hay un silencio absoluto. Un tipo bajo, rechoncho, con el pelo muy largo y una tripa particularmente pronunciada va por ahí con un micrófono impartiendo órdenes en el completo silencio del estudio.

—Joder, pero ¿cuántas veces tengo que repetíroslo? Con esa Jimmy Jib me tenéis que hacer tomas lentas; es una *dolly*, se levanta, pasa sobre la cabeza del presentador y al final enfoca el panel con todos los resultados. No me parece tan difícil… Venga, volvamos a intentarlo.

Fulvio, el presentador, vuelve a ponerse en la marca que está en el centro del teatro, con un tarjetón en la mano en el que en realidad solo hay una escaleta.

—Buenas noches; bien, estamos ya en la segunda eliminatoria, que enfrentará a Antonio…

En ese momento el brazo se levanta, cruza por delante del presentador, pasa de largo, se levanta un poco más, corre por el estudio y acaba en la imagen del panel.

—¡No, no, alto! Así tampoco. Será posible…, ¿por qué corres tanto? ¿Qué prisa tienes? ¡La gente en casa se va a asustar, joder! Por mucho que corras, no acabarán antes las pruebas ni podrás irte a casa a follar con la pobre que tenga que aguantarte…

Me vuelvo hacia Giorgio.

—Y ¿este director es tan bueno?

—Roberto Manni es un genio.

—O sea, ¿quieres decirme que no hay otras opciones, aunque no sean tan buenos? Tampoco demasiado, ¿eh?, pero que no digan todas esas gilipolleces. Imagínate cómo debe de sentirse el que se encarga de mover la grúa.

En ese momento, Roberto, el director, se percata de nuestra llegada y nos

presenta al estudio.

—¡Chicos, mirad quién ha venido! Nuestro productor, Stefano Mancini, y su inseparable Giorgio Renzi.

Dicho esto, señala con el micrófono al director de un pequeño conjunto musical que está debajo del panel. El maestro, al ver ese movimiento, arranca una sintonía al vuelo. Todos tocan con entusiasmo durante unos segundos, luego el director de esa pequeña orquesta mueve la mano en el aire y la transforma en un puño; es la señal de acabar. Todos dejan de tocar, solo una trompeta suelta una última nota fuera del coro, pero como ha sido todo improvisado, el director no parece hacerle mucho caso.

—Qué bien que hayáis venido a visitarnos. Por favor, por favor, sentaos aquí…

Y nos indica unas sillas en primera fila de las que, con gesto apresurado, hace levantar a varias personas, como si quisiera hacerlas desaparecer. Siento vergüenza ajena, pero al final me acomodo.

—Estamos efectuando unas pruebas, mecanizando algunas cosas que se repetirán en todos los programas. Al ser un juego en horario anterior al *prime time* con muchas preguntas y respuestas me parece mejor que la gente se acostumbre a unos rituales…

Oigo su acento siciliano, sus maneras seguras e insolentes. Lleva el pelo largo, un pendiente de diamantes y va vestido a medias, con una corbata de Hermès, pero más abajo lleva unos pantalones deshilachados por el borde que se le caen; no se le sostienen por culpa de la barriga. No me gusta, es una especie de Maradona televisivo. En realidad, tampoco soporto al verdadero Maradona, el del fútbol. Nadie con el don de poseer un talento como el suyo puede desperdiciarlo de ese modo. Tiene la obligación de ser un ejemplo, no un fracaso.

—Bien, quiero mostraros unas cuantas cosas… —nos propone el director.

—Claro, ¿por qué no? —Renzi está más acostumbrado a todo esto.

—Vamos, empecemos por el principio…

Se nos acerca una chica.

—Hola, soy Linda, la ayudante de dirección. Esta es la escaleta del programa, por si quieren seguir los distintos bloques.

—Gracias.

Me pasa una a mí y otra a Giorgio; a continuación, se aleja. Inmediatamente después, se sienta a nuestro lado un chico joven.

—Buenos días; encantado, soy Vittorio Mariani, uno de los guionistas del programa. En realidad, sería el responsable de proyecto, pero he rechazado ese título, suena demasiado restrictivo para los demás.

Me doy cuenta del parecido. De modo que decido decírselo:

—Trabajé con tu padre, una persona muy simpática. Fue él quien, de algún modo, me introdujo en este mundillo.

—Sí, lo sé. También sé todo lo que ocurrió justo aquí, en este teatro.

—Me ayudó también en eso. Tú te le pareces.

—¡Espero parecerme a él también en lo profesional!

—Ah, eso ya lo descubriremos.

Vittorio me mira con simpatía.

—De todos modos, gracias por haberme cogido. Papá se alegró cuando se lo dije.

—¿Cómo está?

—Mejor, gracias.

—Quiero ir a verlo. Pero debo decirte la verdad: estudiamos a los guionistas entre los que la Rete nos dio a elegir y Renzi examinó los currículums, de modo que él te aceptó por tus cualidades, no por tu padre.

—Bien. Con todo, este programa me gusta mucho y espero hacerlo lo mejor posible.

—Sin duda, así será.

Vittorio vuelve al trabajo. Los ensayos continúan; el director, con el micrófono pegado a la boca, llama a las cámaras, mientras Fulvio, el presentador, sigue hablando tranquilamente, finge que se dirige a casa y hace preguntas en serio a unos concursantes falsos que están en sus posiciones para hacer las pruebas.

El director sigue los planos en un monitor.

—Dos, tres, uno, dos…

Entonces llama a la once, hace pasar por arriba la Jimmy Jib.

—¡Alto! No, no va bien. Así no… Joder, ¿tan difícil es?

«Es evidente que sí», se me ocurre pensar. Quizá sería mejor buscar un paso más sencillo, pero justo en ese momento Fulvio, el presentador, estalla:

—¡Ah, no! ¡Ya está bien! ¿Puedo seguir adelante sin que se me interrumpa cada vez? Yo también tengo que captar la mecánica del concurso. ¡Parece que estés rodando *Ben-Hur*!

El director se ríe.

—Venga ya, lo que tienes que decir tú tampoco es tan complicado. ¿Cómo vas a equivocarte? ¡Si ni siquiera necesitarías ensayar!

—¿Y tú qué? Tienes doce cámaras, hasta un ciego podría hacerlo.

—¡Pero yo lo decía en el sentido de que eres tan bueno que no te hace falta ensayar!

—Sí, claro, ahora cachondéate de mí… Como si fuera tan idiota de no darme cuenta.

Y, con esta última frase, Fulvio tira las preguntas al suelo y se va del escenario. Inmediatamente, Leonardo, el ayudante de plató, se ocupa de recogerlas. Alguien se inquieta, otro sale en la misma dirección que el presentador y se pone a correr esperando alcanzarlo. Roberto Manni, el director, parece estar muy acostumbrado a todo lo que está sucediendo.

—¡Ah, solo me faltaba el numerito de la *prima donna*! Pero siempre le va bien al programa…

Leonardo, sigue tú.

El ayudante, como si nada, apaga el micrófono que lleva conectado con dirección, se coloca en el sitio del presentador y se dirige al figurante que hace de concursante:

—¿Y bien?, ¿cuál es tu respuesta definitiva?

—Pero ¡si ya se la había dicho al presentador!

—Pues ahora me la tienes que repetir a mí. Te han pagado hasta esta tarde a las siete; ni que sean mil veces, y por el mismo precio. Después, si te haces famoso, podrás hacer alguna pregunta de este tipo; en otro caso sigues repitiendo y punto. Así que repite.

—Está bien… —El figurante se siente mortificado—. Napoleón sufría migraña.

—No, no es correcto, sufría de gastritis. Tenías la posibilidad de cambiar tu respuesta y has fallado de igual modo.

—Y ¿qué pasa?, ya sé que era de mentira…

Giorgio se me acerca.

—Tal vez estaría bien que fueras a hablar con el presentador a su camerino…

—¿Tú crees?

—Bueno, eres el productor. De lo contrario, parece como si no te importara nada.

—Está bien, ahora voy.

Me levanto de la butaca y paso al lado del director, que sigue indicando las

cámaras.

—Dos, ocho, nueve, abre un poco más… Eso es, así. Uno.

A continuación, desaparezco por el pasillo lateral, por donde he visto salir al presentador. Me encuentro a una chica que sale de la redacción.

—¿Dónde está el camerino de Fulvio Binna?

—Es el último a la derecha.

—Gracias.

Al llegar delante de la puerta, veo que su nombre está escrito en ella. Así que llamo.

—¿Quién es?

—Soy Stefano Mancini.

—Adelante.

Fulvio está sentado en el sofá delante de una mesa baja. Frente a él, en el otro sofá, hay dos jóvenes guionistas, un chico y una chica, que en cuanto entro se levantan y se presentan.

—Encantado, yo soy Corrado…

—Paola…

—Encantado; Stefano Mancini.

Fulvio se dirige a ellos con una sonrisa:

—Dejadnos solos, seguiremos después.

Así, sin decir nada más, salen del camerino y cierran la puerta.

—¿Quieres tomar algo, Stefano? ¿Un refresco, un café, un poco de agua, algo de comer…?

—No, gracias. ¡Querría tu calma!

—¿La mía? Con ese paleto grosero es imposible. ¡Me hace repetir las tomas dos mil veces solo porque tiene que pasar ese demonio de brazo por encima de nosotros! Aparte que a mí ese encuadre no me gusta, se me ve hasta la plaza que tengo aquí en medio de la cabeza. —Y, dicho esto, se agacha hacia delante, mostrándome el claro de pelo que tiene encima de la nuca. Después vuelve a sentarse, aunque parece más tranquilo—. Además, la gente en casa quiere ver primeros planos, saber lo que ocurre. Los que me siguen tienen más de sesenta años, ¿te parece que les gustará sentirse como en una discoteca? ¡Se cree el Ridley Scott de Ragusa! ¡Tiene que demostrar a sus paisanos lo bien que lo hace; pues que se atreva a filmar una película! ¡Que se vaya de aquí, que rompa el contrato y que lo intente! ¡No entiendo a la gente que no quiere aceptar su papel! ¿Eres director de televisión? ¡Pues hazlo bien, hazlo como hay que hacerlo,

hazlo normal! ¡No empieces a tratar mal a todo el mundo porque no hacen las cosas absurdas que pides!

La verdad es que no está equivocado del todo.

—Sí, Fulvio, pero ¿te gusta el programa?

—Muchísimo, me gusta cómo se desarrolla, me gusta la idea de las chicas «Quizzette», me gusta la prueba final. Pero, sobre todo, ¡me gustaría poder ensayarlo!

—¡Sí, ya!

—Y ¿teníais que escoger por fuerza a Roberto Manni? ¡Es un programa fácil de hacer, podría haberlo hecho cualquiera! Con lo bueno que es, él aquí está desaprovechado…

Los dos están jugando exactamente de la misma manera. Entonces Fulvio me observa con una mirada astuta.

—Eso es, la idea no está mal: aquí está desaprovechado. Si se lo dices tú, a mí me parece que se lo creerá.

—Lo dudo, está lo bastante curtido como para no creerse nada, diría yo…

Fulvio me mira y al final asiente.

—Sí, creo que tienes razón. Pero estoy muy contento de trabajar con Futura; ¿me ayudas con esto?

Me gustaría hacerlo lo mejor posible y solo quiero aprovechar la oportunidad, pero si no puedo ensayar, ¿cómo lo hago?

—De acuerdo; dame un café, por favor.

—Claro. —Se levanta y pone enseguida la cápsula en la Nespresso. A continuación, pulsa el botón superior y la pone en marcha. Poco después, me pasa el café—. Toma. ¿Quieres también azúcar?

—Sí. No sé si lo toma o no, voy a llevárselo al Ridley Scott de Ragusa y a hablar un poco con él…

Fulvio se echa a reír.

—¡Sí, sí, eso, aunque por si acaso no le digas cómo lo llamo!

—¡No, eso no! —digo, y salgo de su camerino.

Recorro todo el pasillo, entro en el estudio y me acerco al director, que sigue cambiando cámaras con Leonardo, el ayudante de plató, como sustituto de presentador.

—Cuatro, cinco, once. ¡Ah! ¡Bien, así, sí! ¡Así la Jimmy va perfecta! ¡Bravo! Estoy seguro de que esta noche en casa te la follarás todavía mejor de lo normal.

—¿Roberto?

—¿Sí?

—Toma, te he traído un café.

—Ah, gracias, pero no tenías que molestarte.

—No es nada. ¿Podemos hablar un momento?

—Por supuesto. Leonardo, damos diez minutos de pausa al estudio. ¿De acuerdo?

—¡Vale! Vamos a parar. ¡Nos vemos dentro de diez minutos, puntuales, sobre todo los cámaras!

Todo el mundo suspira hondo. Los figurantes se levantan de sus sitios. Después del silencio que reinaba, el estudio se anima y mucha gente empieza a hablar, pero Leonardo, el ayudante de plató, enseguida da instrucciones precisas.

—Salid afuera a charlar, gracias.

—¿Y bien? Cuéntamelo todo. ¿Te gusta cómo está quedando?

—Sí, la verdad es que creo que sí.

Nos sentamos en la primera fila y Giorgio se levanta. Con el rabillo del ojo veo que se va a coger un botellín de agua de una mesa y se sienta en el escenario, al fondo.

—¡Si hay algo que no te guste, incluso de los encuadres, dímelo, ¿eh?! ¡Yo tampoco soy de esos directores convencidos que creen que lo que hacen no se puede mejorar!

—No, claro, gracias…

Si supiera que lo llaman *el Ridley Scott de Ragusa*, no diría eso.

—Bien, por lo que he visto, el programa está saliendo exactamente como me lo había imaginado.

Solo te pediría que hicieras un ensayo general del programa de principio a fin, quizá puedes tener a Linda al lado y le vas dictando apuntes, con las cosas que retocar, pero sin parar nunca…

—Ah, mi ayudante, hasta te acuerdas de su nombre… Una tía buena, ¡¿eh?! Y además trabaja bien.

—Sí, me ha parecido muy profesional, nos ha dado las escaletas…

—Sí, sí, es muy buena, en serio.

—Bien, yo solo te pediría esto: grabamos un programa entero y lo vemos todo del principio al final. Así, con los guionistas, sabremos si va todo bien o si hay algo que no funciona. ¿Sabes?, este programa no se ha hecho nunca antes, es un formato sobre el papel, no tenemos ningún precedente con el que

compararlo…

—Tienes razón, no, en serio, tienes mucha razón. Pensaba que era una de esas histerias de Fulvio…

—No, no, él no me ha dicho nada.

—Ah, bueno, mejor… Pensaba que estaba neura porque quería que estuviera aquí su guionista, un jovencito que además es su novio; y en cambio el otro se ha ido a Milán a hacer un *talent*, así que se muere de celos. ¡Ese se cree que es la Oprah Winfrey de Torpignattara y solo quiere que piensen en él!

—Ah, ya…

Pienso para mis adentros que estos dos son perfectos, harán un excelente programa, si se aguantan.

—De todos modos, sí, no te preocupes, haremos uno todo seguido, así veréis mejor cómo funciona…

—De acuerdo, perfecto.

Me sonríe; a continuación, da el último sorbo y levanta la taza.

—¡Gracias por el café!

—Gracias a ti.

Voy hacia Giorgio y le hago una señal de que todo está arreglado.

—Bien, perfecto.

Justo en ese momento vemos que Fulvio vuelve a entrar, coge el tarjetón y se prepara delante de la cámara central. Pero a un tipo corpulento, en las primeras filas, le da un ataque de cólera.

—Ah, no, joder, me lo habíais prometido. Lleváis desde esta mañana diciéndome que después, que después, y seguís adelante como si yo no existiera.

El ayudante de plató, Leonardo, se acerca y le habla de forma sosegada en voz baja, intentando calmarlo. Durante un rato parece entender sus explicaciones, pero después sonríe y contesta de nuevo.

—Tú eres muy caro, pero a mí no me importa nada, ¿sabes? Yo, con estos setenta euros por un día, me limpio el culo.

El director, que hasta ese momento se había mantenido aparte, interviene con el micrófono.

—¿Has acabado? No nos gusta el espectáculo que estás dando y querríamos continuar.

Fulvio, en su posición delante del atril, prácticamente está con la boca abierta, entre atónito, arrebatado y fascinado. El tipo se dirige al director llevándose la mano derecha a una oreja.

—¿Qué has dicho? No lo he entendido bien…

—Que lo dejes ya.

—¿Y si no…? No, explícate, si no, ¿qué pasa? —Y se inclina hacia delante poniéndose furioso.

En un instante, al oír esas palabras, me acuerdo del Siciliano, de Hook, de Mancino, de Bunny y de todos los demás… Cuando por una nadería crecía la rabia y estallaba la violencia. Así que bajo enseguida mientras el director ya ha dejado el micrófono sobre el monitor y va a su encuentro lanzado y decidido. Pero yo soy más rápido que él y me anticipo, poniéndome entre Leonardo y el tipo.

—Hola…, soy Stefano Mancini, el productor de este programa —digo, y le tiendo la mano.

Él duda un momento, pero me ve tranquilo, sonriente, firme. De modo que me la estrecha sin saber muy bien qué otra cosa hacer.

—Encantado; Karim Derrano.

Tiene la mano grande, es más alto que yo, es más grande que yo. Tiene el pelo oscuro, engominado, los ojos negros. Si voy a hacerlo, debo hacerlo ahora. Tengo que golpearlo con un puñetazo directo a la garganta, para que no pueda respirar, y luego darle una patada en la rodilla para que se caiga al suelo y después rematarlo. Pero ¿en qué estoy pensando? ¡Yo soy el productor de este espectáculo! No puedo manchar el estudio de sangre. ¿Qué dirían de mí? ¿Y Renzi? ¿Qué pensaría de mí después de todo el trabajo que hemos hecho hasta ahora? De modo que le sonrío al tal Karim y le pido con amabilidad:

—Salgamos afuera, por favor, así podremos hablar más tranquilamente.

Y él cambia de actitud, ya no dice nada. Coge su chaqueta, que está sobre un asiento, y sale conmigo. Nos quedamos en el callejón, nada más pasar la garita de vigilancia.

—¿Y bien?, ¿qué ocurre?

—Pues ¿qué ocurre?… Ocurre que me han hecho venir desde Milán esta mañana al amanecer para estar aquí sentado haciendo de decorado. Mi agente, Peppe Scura, me había asegurado que haría algo en el programa.

—Pero, perdona, ¿qué podrías haber hecho?

—¿Yo qué sé?, de presentador, o al menos de copresentador, incluso de ayudante del presentador, pero en cualquier caso salir en pantalla, ser protagonista, no estar sentado aplaudiendo…

Me dan ganas de reír. ¿Presentador? ¿Copresentador? ¿Ayudante del

presentador? Intento permanecer serio; pero ¿cómo puede pensar algo así? Es un chico muy guapo, pero la verdad es que es un capullo. Y, además, Peppe Scura ha estado en la cárcel por estafa. Tenía toda una colección de chicos y chicas guapos que lo veneraban como si fuera un califa de la tele, mientras él a veces empleaba a los chicos en círculos homosexuales, y las chicas acababan en un lugar donde el rendimiento que debían dar era de todo menos profesional.

—Mira, Karim, lo siento, pero nadie nos ha avisado, no sabían nada de ese papel.

—Pero hoy también ha venido el responsable de área, me ha saludado, me ha dicho que estaba muy contento de que yo también participara en el programa. Y ayer estuvimos en casa de la directora, de esa guapa señora elegante, Gianna Calvi, con Peppe Scura. Fuimos juntos, ella me hizo un montón de cumplidos, dijo que se alegraba de que hiciera algo en este programa, ¡que era una idea excelente!

Y ahora, ¿qué es lo que hago? ¿De figura de cartón? ¿El que se sienta a ver los ensayos y de vez en cuando aplaude? ¡Joder, me dan ganas de romperlo todo! Y encima ese director… ¿Qué se cree ese cabrón? Trata mal a los extras y a los figurantes, y, pobrecillos, llevan ahí todo el día por setenta euros… Y tampoco es que hayan vendido su dignidad, ¿no? Joder, le haría comer esos dientes amarillos con unos puñetazos en la boca.

Efectivamente, los dientes del Ridley Scott de Ragusa son un poco amarillos.

—Oye, Karim, te entiendo, pero así no puedes seguir, de esta manera vas a arruinar tu reputación y nada más.

Y, mientras lo digo, pienso: «Pero ¿qué reputación? A este ¿quién lo conoce?». No sé. Quizá no lo conozco yo y, en cambio, sea famoso, tal vez haya salido en «Mujeres y hombres» o en algún otro programa.

—Mira, vamos a hacer una cosa: ahora entraremos y yo intentaré resolver esta situación. Sin embargo tienes que asegurarme que vas a controlarte. —Levanta el pulgar y me sonríe. Ya no tengo dudas, es realmente un capullo. Pero también es peligroso—. Aunque las cosas no vayan bien, tú tienes que permanecer tranquilo. Si no lo consigo aquí, te encontraremos algo en alguna otra parte.

Pero si te lías a golpes o le haces comer los dientes a ese de ahí, ya no podré ayudarte.

Se echa a reír.

—Sí, sí, lo he entendido, tranqui… Te ha impresionado eso de los dientes

amarillos, ¿eh?

—Sí, pero tú no le pegues.

—Sí, sí, ya te lo he dicho, tranqui.

De modo que volvemos a entrar. Me fijo en que Giorgio está al fondo del pasillo, estaba listo para intervenir, pero al ver que la situación está bajo control, nos precede al escenario. Karim va a sentarse a las filas de detrás. Yo llamo al director Manni, a Mariani y al resto de los guionistas, y también invito a Fulvio, porque sobre todo es él quien tiene que compartir la idea. Cuando están todos en la sala de redacción y nos quedamos solos, cierro la puerta.

—Bueno, disculpad la interrupción, pero me parece una buena idea. No lo digo para que la aceptéis, sino porque lo creo en serio. Pero si no estáis de acuerdo o hay algo que no os gusta, sobre todo a ti, Fulvio, no la llevaremos a cabo, ¿entendido? No hay ningún problema y no debemos rendir cuentas a nadie, el programa es solo nuestro.

Veo que todos asienten, están tranquilos y sienten curiosidad por oírlo.

Cuando salimos de la sala, en el estudio están todos ansiosos por saber qué se ha decidido. El director coge el micrófono y da unos golpecitos encima con los dedos para ver si está abierto. Al oír el repiqueteo saliendo de los altavoces repartidos por todo el estudio, lo anuncia:

—Bien, continuaremos con los ensayos. Karim, si no te importa, reúnete con nosotros y ponte al lado de Fulvio.

Karim se levanta y llega radiante.

—No, no, claro, aquí estoy.

Con sus piernas largas y sus botas nuevas de puntera, brillantes como un espejo oscuro, sube rápidamente los escalones que lo separan de Fulvio. En cuanto llega, le sonríe.

—Hola, es un gran honor trabajar con usted… —Y se estrechan la mano.

Fulvio casi se sonroja, pero consigue controlarse.

—Tuteémonos, somos colegas.

Y esa frase hace que Karim esté todavía más contento.

—Bien… —prosigue el director—. Tú serás el ayudante de Fulvio, ¿de acuerdo? Lo sigues en cada cambio, a veces interactúas con él; luego, a medida que vayamos avanzando, te diremos lo que debes hacer…

—Muy bien.

A continuación, el director tapa el micrófono y se dirige a Leonardo:

—Yo no estaba de acuerdo, pero es lo que han decidido…

Leonardo asiente, aunque a él tampoco es que le interese mucho, con tal de seguir adelante. Así que me acerco a Roberto Manni, tapo yo también el micrófono y le digo:

—Gracias por apoyar mi idea, puede ser una buena novedad y seguro que no arruina el programa.

Te debo una…

Él sonríe.

—Qué va… De todos modos, estoy cambiando de opinión. Tal vez tengas razón.

Advierto todavía más sus dientes amarillos, pero no digo nada y me voy hacia la salida. Entonces levanto la mano para despedirme.

—Adiós y gracias a todos. Nos vemos pronto.

Karim, sonriendo, levanta otra vez el pulgar.

Giorgio me alcanza. Una de las figurantes sentadas en la platea cerca de nosotros señala al ayudante.

—¡Pero si es Karim, ese de «Mujeres y hombres»! ¡Pues sí que es guapo!

—Sí —le contesta otra figurante instalada a su lado.

—¡Y ahora a lo mejor Fulvio y él acaban juntos!

—¡Qué desperdicio! ¡Oh, los mejores están todos en la otra acera!

Y con esas últimas palabras me echo a reír junto con Giorgio y salimos del teatro.

—Bravo. Pues sí que estás hecho un productor. Por un instante he creído que, en cuanto salieras, lo ibas a tumbar de un cabezazo…

—No, ¿qué dices?, ni siquiera lo he pensado. Pero ¿por quién me has tomado?

CINCUENTA Y OCHO

La tarde es más tranquila. De vez en cuando nos llega información de parte de Vittorio Mariani, que, a pesar de que rechace el papel de jefe de guionistas, en realidad todos acuden a él. El programa piloto al final está quedando bien. Aunque, por otra parte, me dice Giorgio, es absurdo llamarlo *programa piloto* porque es un primer programa en toda regla. Hemos firmado por ciento cuarenta y ha sido nuestro primer contrato importante. Estamos naciendo o, mejor dicho, hemos nacido. Lo más difícil iba a ser que nos reconocieran como a verdaderos suministradores de la Rete y, en cambio, para Giorgio eso ha sido un juego de niños. Hay cosas en las que es realmente imprevisible. Me ha descolocado también con los beneficios: por cada programa, quitando todos los gastos, solo ganamos quinientos euros.

—Stefano, hemos conseguido este primer contrato gracias a los contactos que tenía. No nos conviene mostrarnos demasiado ávidos desde el principio. Créeme, ya habrá otros programas, a la larga pasaremos delante de todos y ganaremos más que los demás, pero debes tener confianza en mí…

Se ha quedado mirándome en silencio para ver qué contestaba.

—De acuerdo, hagámoslo como dices tú.

—Me alegro.

Al día siguiente, Giorgio pide permiso y no se deja ver en la oficina. No sé dónde ha estado, pero después de mi respuesta nuestra relación ha dado un paso adelante. Le he otorgado plena confianza corriendo un gran riesgo. De los cuarenta y dos mil euros que la Rete nos da por cada programa, cuarenta y un mil quinientos se invierten totalmente en el producto. De modo que apenas nos embolsamos quinientos euros por capítulo. El beneficio total que obtendremos con el programa será de setenta mil euros. Nuestros costes anuales, en cambio,

son de noventa mil. Con un solo programa al año no tendríamos suficiente, nos veríamos obligados a cerrar. Giorgio dice que haremos muchos más, y yo he decidido creerlo.

Ahora está en el despacho de Simone. La puerta está abierta. Están hablando, en un tono sosegado, tranquilo. Entro en mi despacho y me doy cuenta de que, por un extraño juego de ecos, puedo oír lo que dice. Reconozco perfectamente la voz de Giorgio.

—Debes pensar que nosotros hemos invertido en ti…

—¡Joder, di mejor que me *has embestido*! Fuiste peor que un tractor, me gritaste a la cara de una manera…

—Es por tu bien. No me apetece que te dejes tomar el pelo.

—¿Tan estúpido me consideras? Ya sé cómo tratar a Giovanna…

—No te puedes imaginar qué es capaz de hacer una chica como esa.

Simone sonríe.

—Bueno, me alegro. ¿Sabes?, nunca he tenido padre, se fue cuando yo tenía dos años, o eso es lo que me contó mi madre. La verdad es que me hacía falta una figura paterna. ¿Puedo llamarte *papá*?

—Lamento lo que me estás contando. Algún día te acordarás de este día y entenderás que te he sido útil.

—¿Hacía falta gritar de esa manera?

—Te quedará grabado. A veces, por desgracia, eso también sirve.

—También lo habría entendido si hubieras sido un poco más amable, *papá*…

Giorgio se echa a reír.

—Puede que no lo aprecies. Pero es importante que no se te olvide.

—De acuerdo; pero ahora, si no te importa, me gustaría ver los programas nuevos y comprobar si ha llegado algo bueno, teniendo en cuenta que me pagáis para eso.

—Y también para no hacer gilipolleces. Búscate una chica fuera de este mundillo, hazme caso.

No te lleves el trabajo a casa…

—Sí, pero…

—No hagas que me ponga a gritar de nuevo. Lo hago por ti. Y por nosotros. Por Futura y por lo que haremos juntos. Si se te ocurre llamar a Giovanna Segnato, nos vas a meter en un buen lío, hazme caso. Te veo como un chico lleno de ideas, con un futuro por delante; no lo eches por la borda. Yo ya te he avisado. Ahora haz lo que te dé la gana.

Giorgio no espera la respuesta y sale del despacho; me ve al pasar y, sacudiendo la cabeza, se reúne conmigo.

—Joder, puede que sea un genio, un creativo, el autor del futuro, pero en ciertas cosas mira que llega a ser gilipollas…

—Venga, no te pongas así, me ha gustado tu discurso y, además, ¿has visto?, ahora tú también lo eres…

Giorgio me mira perplejo.

—¿El qué?

—¡Papá!

—Vamos, déjalo; si llega a ser mi hijo, le daba una patada en el culo.

A continuación, se va a su despacho.

Pasamos el resto de la tarde trabajando tranquilamente hasta que oigo vibrar el teléfono. Me ha llegado un mensaje. Es Gin:

> Cariño, ¿te acuerdas de la cena de esta noche?

> Sí, ahora iba a recordártelo yo.

> ¿Lo ves?, somos simbióticos.

> ¿Adónde iremos?

> Pues no lo sé. A Ele le gusta un montón el Molo 10, ese sitio nuevo que han abierto en el ponte Milvio.

Cuando leo ese mensaje, no me lo puedo creer. Marco enseguida el número y la llamo.

—Hola, qué bonita sorpresa; así pues, ¿estaba chateando con tu secretaria?

—No, pero habría sido un lío escribirte después de haber leído lo que me has escrito. Perdona, pero ¿qué tiene que ver Ele? ¿No te acuerdas de que esta noche vamos a salir con Marcantonio?

—¡No, por lo visto, el que no se acordaba eres tú! Ya habíamos quedado con Ele, que quería presentarnos a su novio…

Y, cuando oigo eso, en efecto, me acuerdo perfectamente.

—Tienes razón. Perdona, qué caos… Y ahora, ¿qué vamos a hacer? Aparte de que Marcantonio va a venir con su nueva novia…

Gin se echa a reír.

—¡Nosotros nos casamos y nuestros testigos rompen!

—Qué pasada…

—Pero bueno, si hace ya más de un año que no están juntos, y me parece que además rompieron de manera civilizada…

—Uy, no sé, no estoy seguro…

—¡Me lo dijo Ele!

—¡Tu amiga dice tantas cosas!

—¿Ah, sí? ¡Pues entonces será mejor que se vean esta noche en la cena en vez de que lo hagan directamente en nuestro altar!

—Pues sí, porque si esos dos se ponen a discutir, se dicen de todo y el padre Andrea no quiere darnos la bendición, ¿qué hacemos nosotros entonces?

—Los llamamos, a ver qué nos dicen, y luego hablamos.

—De acuerdo.

Cuelgo y marco el número de Marcantonio. Me responde al momento sin siquiera saludar.

—Ya no te casas.

—No, no…

—Te casas con otra.

—No.

—Ya no soy tu testigo.

—Quizá.

—¿Cómo que «quizá»?

—Si superas la prueba de esta noche, seguirás siéndolo.

—¿Esta noche? Pero ¿no teníamos una simple cena?

—Complicada. También estará Ele con su nuevo novio.

—Joder, una prueba curiosa. Pero ¿a quién se le ha ocurrido?

—Ha salido así.

—¿A Gin y a ti? Bien. Yo iba a ir con Martina, mi nueva novia…

—Pues claro, si no, ¿qué prueba sería?

—Exacto. Y Ele, ¿qué hará?

—Ella dice que no pasa nada.

Marcantonio lo piensa un momento y luego contesta:

—¡Está bien, de acuerdo! ¡Además, me parece divertido!

Así que cuelgo el teléfono y le mando un mensaje a Gin:

Ya está.

Yo también. Llámame.

Gin contesta al primer timbre.

—¿Y bien? —pregunto.

—Ele se lo ha tomado como un desafío. Ha dicho: «Yo no tengo ningún problema con él. Es más, tengo mucha curiosidad por ver qué cara tiene su nueva novia. Se hacía tanto el complicado… A ver esa qué tiene mejor que yo».

Me echo a reír.

—¡Hemos hecho la misma jugada! Yo también le he dicho a Marcantonio que Eleonora había aceptado sin problema, y él también se lo ha tomado como un desafío. La verdad es que quiero ver cómo va todo entre ellos esta noche. ¿Adónde iremos?

—No sé, a un sitio tranquilo, donde no nos conozcan.

—Tienes miedo, ¿eh? Tu amiga podría echarlo todo a perder.

—¡¿Qué dices?! Si acaso es tu amigo el que podría perder la cabeza al verlos juntos.

—¡Está bien; de una manera o de otra, es mejor que vayamos a un sitio donde no nos conozcan!

—Sí, primero lo pensamos, lo decidimos y se lo comunicamos a ellos. Lo que tenga que ser será.

¿Cuándo crees que llegarás a casa?

—Ya he terminado.

—De acuerdo, pues hasta dentro de un rato, cariño.

Cuelgo el teléfono y sonrío. Qué bien me siento con ella. No hay nada más hermoso que cuando encuentras a una mujer con la que, además de todo lo demás, te diviertes.

«*Può darsi io non sappia cosa dico, ho scelto te una donna per amico*». «Puede que no sepa lo que estoy diciendo, he elegido a una mujer como amigo»[22]. De repente me vienen a la mente esas palabras y, a continuación, se me hace un nudo en el estómago. Es verdad. Esa canción la cantaba siempre con Babi y subrayábamos ese detalle.

CINCUENTA Y NUEVE

Intentamos por todos los medios llegar antes que las otras parejas.

—Vamos, date prisa, Gin; ¿cómo es posible que siempre tenga que esperarte? ¡Una cosa será en la iglesia, pero todas las noches no puede ser! ¡¿Sabes que si pienso en todo el tiempo que he tenido que esperarte cada vez que hemos quedado para salir… es como si me hubiera pasado una semana en el coche delante de tu portal sin hacer nada?! ¿Tú te das cuenta?

—Pues ¡ni lo pienses! ¡No malgastes tu tiempo con eso!

Entonces, de repente, sale de la habitación. Lleva un vestido de color arena, corto por encima de la rodilla, ligeramente abierto por un lado, y una blusa blanca cerrada hasta el cuello, con los botones un poco grandes. Se ha puesto un perfume muy suave y me parece preciosa. Se echa a reír.

—¿Qué pasa? ¿No has visto nunca a una mujer?

—No tan guapa…

—¡Cuántas tonterías dices! Pero te has vuelto más elegante, sabes utilizar las palabras…, tal vez más que los puños. Así eres más fascinante.

—¡Tú tampoco estás mal!

—Si te portas bien y consigues que no discutan, para luego se me ha ocurrido alguna fantasía…

—¿De qué tipo?

—Te sorprenderé. —Y, diciendo esto, me lanza las llaves—. Conduce tú… No llevo bragas.

Por un instante me quedo sorprendido. Ella me mira y ríe.

—¡No es verdad! Mira que eres burgués, te has escandalizado.

—¡No, me ha sorprendido que hubieras adivinado mi deseo!

—Sí, ya, eres un mentiroso. Sé amable porque hoy he tenido un día que ni te

cuento, y no corras, que ahora somos tres.

Por un instante, sus palabras parecen arrollarme, pero luego, poco a poco, todo vuelve a la normalidad. Enciendo el cuadro, giro la llave y arranco su Cinquecento; lo conduzco dulcemente sin acelerar demasiado. Somos tres. Es cierto, ya no estamos solos. Entonces me vuelvo hacia Gin y le toco la pierna, subo un poco hacia arriba, ella me detiene la mano.

—¿Qué pasa? ¿Quieres comprobar si las llevo o no? ¿No me crees?

—No, quería tocarte la tripa.

Entonces me sonríe y me deja hacer. Aparto la mano de la pierna y la pongo con suavidad sobre su tripa mientras sigo conduciendo.

—¿Se mueve de vez en cuando?

—Sí, no sé, puede… O sea, no lo sé, a veces me parece que noto algo.

—Es bonita, es redonda, es pequeña.

—Esperemos que no se haga demasiado grande, no quiero engordar mucho, que después ya no me desearás.

—Si engordas, me gustarás todavía más.

—¡Qué falso eres!

—Pero ¿por qué nunca me crees? ¿Por qué iba a decirte mentiras? En serio, me gustarás más… con más carne.

—Oye, yo ya me entregué a ti, ¿no? Es más, precisamente tenemos la prueba de que eso sucedió.

Entonces ¿por qué tienes que decirme todas esas mentiras? ¡Parece que me tomes el pelo, es como si me hicieras la corte para que me fuera a la cama contigo! Puedes estar tranquilo… ¡Me iré contigo!

—Cuéntame esas fantasías…

—No, puede que después de cenar.

—Está bien.

Entonces bajo un poco más abajo de la tripa.

—¡Eh! ¡Pero si es verdad que no llevas bragas!

—Esta es una de ellas.

—Entonces esta noche estaré a régimen y no diré ni una palabra.

—Y eso ¿por qué? ¿Como protesta?

—No, para terminar antes la cena y volver rápidamente a casa.

—¡Idiota! Me lo había creído. Quién sabe si siempre tendremos este humor, si tendrás ganas de tocarme como ahora, de follarme…

—Gin…, pero ¿a quién has conocido hoy?

—¿Por qué?

—Es que nunca habías hablado así.

—He leído un artículo mientras me hacía la prueba del peinado.

—Hay revistas que habría que prohibirlas.

—No es verdad, abren la mente y enseñan un montón de cosas.

—A mí me parece que ya estás lo bastante preparada.

—Oye, que todas las lecturas de las que te estás beneficiando eran del *Cosmopolitan*…

—¿En serio? ¡Pensaba que del tebeo!

—¡Idiota!

Me propina un puñetazo en el estómago, no me da tiempo a tensar los abdominales, de modo que acuso el golpe.

—¡Ay! Oye, pegas fuerte.

—Total, tú no te juegas nada, no estás embarazado.

—Eso también es una injusticia; os pasáis nueve meses con una criatura dentro, pues claro que tenéis sintonía, por eso los hijos siempre quieren más a las madres.

—Si son niños, porque si son niñas enseguida se ponen zalameras con vosotros para conseguirlo todo, como hacía yo con mi padre.

—Y ¿cómo te iba?

—Sacaba más cosas de mi madre.

—¿Lo ves?… No siempre funciona de la misma manera.

—De todos modos, ya me gustaría verte a ti embarazado, con una tripa enorme, teniendo que estar con las manos en la cadera y llevando el peso hacia atrás, y ¡vomitando durante dos meses!

—Qué exagerada, no siempre es así.

—Casi siempre.

—Bueno, mira, me gustaría probarlo solo por tener antojos y pedir todo lo que me apetezca.

—¿Por tan poca cosa? ¿Solo son esas nuestras recompensas? Pero ¿no os dais cuenta de la ventaja que tenéis? Ya solo con pensar que con esa pistolita de ahí podéis hacer pipí de pie en cualquier parte… Y, además, no os tenéis que maquillar y desmaquillar…

—Pero nos afeitamos.

—¡Solo la cara, ya ves! Nosotras tenemos que depilarnos casi enteras. Y encima os vestís con bien poco. De verdad, no tenéis que poneros pendientes

como nosotras, pulseras, collares…, con el peligro constante de que nos asalten.

—Para eso estoy yo.

—Tenéis mucha suerte de nacer hombres, créeme, sin contar con que vosotros con los hijos disfrutáis de los momentos más bonitos: si son chicas, se vuelven locas enseguida por vosotros y tenéis a otra enamorada en casa… Si son chicos, compartís los momentos de la lucha, el balón, la bici, la pesca, las mujeres…

—¿Las mujeres?

—¡Sí, con un hijo, no se sabe por qué, pero los hombres ligan más, mientras que, para una mujer, un hijo puede representar un hándicap! ¡Y, por si fuera poco, parecéis criaturas! ¡Sí, lo hacéis llorar porque queréis ganar a la PlayStation!

—Bueno, menos mal que hemos llegado… ¡Un poco más y lo que llevas en la tripa lo habrías dado en adopción!

—Idiota, estoy muy contenta; solo me pregunto si todo el amor que estoy sintiendo por mi primer hijo seré capaz de darlo también al segundo. Ya me siento culpable porque sé que lo querré menos.

—Perdona, Gin, pero todavía tiene que llegar el primero y ¿ya estás pensando en el segundo?

¿No podríamos hacerlo todo con un poco más de tranquilidad? Solo nos falta que te pongas a imaginar a los hijos de nuestros hijos, así ya me sentiré como un abuelo… Vamos a tomárnoslo con calma, si no, me va a dar un ataque de ansiedad.

—¡Tienes razón, ya te lo he dicho, es que hoy he tenido un día…!

Aparco el coche justo delante del restaurante. Al final hemos optado por Giggetto, en la via Alessandria; la pizza es buena y, sobre todo, también se puede comer fuera, de modo que, si los dos ex se ponen a montar algún lío, sin duda pasarán más desapercibidos.

—¡Hola, Ele!

Ya ha llegado, está sentada a la mesa para seis que había reservado, en la última esquina de fuera.

—¡Hola! ¿Qué tal estáis? ¿Todo bien? ¿Cómo van los preparativos de la boda? ¿Habéis visto qué calor hace esta noche?

Evidentemente está un poco tensa y no para de hacer preguntas para intentar esconder su peligrosa adrenalina.

—Él es Silvio.

Me saluda un chico con el pelo castaño claro, los ojos verdes, despeinado, con la camisa abierta y un collar de piel con una pequeña cruz de madera colgando.

—Hola…

Cecea y se parece al otro Silvio, Muccino, el que siempre se está peleando con su hermano y que sigue saliendo en los programas de la tele hablando de esa historia cuando ya no le importa a nadie.

Se levanta y primero saluda a Gin, después a mí. Nos sentamos. Viene un camarero con un iPad.

—¿Sabéis cómo se pide con esto?

—Lo intentaremos.

De modo que nos pasa el iPad; yo lo cojo y lo dejo sobre la mesa. Total, de todas maneras, tenemos que esperar a Marcantonio.

—Ya ves. Siempre llega tarde. —Ele entra enseguida al trapo—. ¿Y bien?, ¿qué tal? ¿Cómo van los preparativos?

—Fenomenal, todo avanza de maravilla… Espero que siga así.

Silvio sonríe.

—Me han dicho que os casáis. Bien, felicidades, aunque hay que ser valiente…

Gin y yo nos miramos, nos dan ganas de reír. Está claro que Ele se ha buscado a un tipo bastante simple: ese es el único comentario que no debería haber hecho.

—Sí, somos unos temerarios. Pero no es nada comparado con lo valiente que fuiste tú al hacer amistad con la peligrosísima Ele…

Silvio la mira, le sonríe, pone una mano sobre la suya y la acaricia.

—Estábamos en una cena y estuvimos charlando un rato. Después nos volvimos a encontrar en casa de un amigo común para ver jugar a Italia, luego otra noche en un restaurante, y fue allí cuando nos dimos los teléfonos…

No me lo puedo creer, nos lo está contando en serio, no ha entendido la broma.

—Ah, claro, a partir de ahí todo debe de haber sido más fácil, me imagino.

—¡Exacto! —Y la mira con una increíble felicidad. Nada, creo que no tiene remedio.

—¡Ya estamos aquí! Disculpad el retraso…

Llega Marcantonio con una chica guapísima, alta, delgada, con el pelo largo, negro, unos ojos grandes, la boca carnosa, que sonríe mientras mastica chicle.

Tan solo nos dice:

—¡Hola!

—Ella es Martina.

Todos la saludamos mientras nos presentamos. Ele, como es natural, también mira cómo va vestida.

—Bueno, ¿qué exquisitez vamos a cenar? ¡Cuando me habéis dicho que íbamos a venir a Giggetto me he puesto muy contento! Hace mil años que no vengo; me acuerdo de cuando llegué a Roma, vivía en esta misma calle…

Ele lo mira curiosa.

—¿Aún sigues estando en Monti?

—No, no, me he trasladado, vivo en Prati. En una travesía de la via Cola di Rienzo, es más cómodo para Martina.

—¿Por qué?

Marcantonio me mira sabiendo que podría suceder lo irreparable.

—Va allí al instituto, al Virgilio, así baja de casa y ya está…

—Ah, claro, y ¿qué tal te sientes estudiando con ella? Eso también debe de traerte buenos recuerdos, han pasado veinte años…

—Más o menos… Repasar siempre va bien.

Ele sacude la cabeza sinceramente molesta por esa diferencia de edad.

Cojo el iPad e intento distraerlos.

—Hay un montón de platos aquí… —Finjo estar sorprendido, intento reconducir las cosas a la normalidad—. Bueno, ¿qué hacemos? ¿Pedimos?

Ele coge la carta en papel.

—Sí, será mejor…

Paso la pantalla y empiezo a leer.

—¿Y bien?, ¿quién quiere frituras?

—¡Yo soy vegana! —Martina sonríe como diciendo: «Tampoco podíais esperaros otra cosa de mí, ¿no?».

Ele, en cambio, exagera a propósito:

—Pues yo soy muy de frituras, así que para mí una alcachofa *alla giudia*, dos bolitas de mozzarella y una *burrata* frita.

Silvio se añade.

—Para mí, dos *supplì* y un bacalao no estaría mal.

—Para mí también. —Al menos, en eso los dos estamos de acuerdo.

Gin, en cambio, a pesar de su secreto, piensa que aún está en el límite.

—Para mí, dos flores de calabacín.

Y seguimos así, pidiendo en el iPad un poco de todo: margarita con búfala y mucho tomate, una *calzone*, pizza blanca con mozzarella y setas, y si no fuera por la enorme ensalada mixta de la vegana, pareceríamos una mesa clásica.

Marcantonio está entusiasmado.

—Aquí la pizza es realmente excepcional, fina y crujiente, justo como a mí me gusta.

Ele lo mira sorprendida.

—¿Cómo es que nosotros no vinimos nunca? Siempre íbamos a comer al Montecarlo o a Baffetto…

—No lo sé, a veces depende de las épocas, te obsesionas con un sitio y siempre vas al mismo; no existe una verdadera razón.

—Sí, es verdad…

—Pero bueno, hemos venido ahora.

Y ambos se sonríen. Parece que han depuesto las armas. A continuación, se miran otra vez y la suya es una mirada distinta, cómplice, maliciosa, que cuenta una historia, un pasado. A saber qué momentos ha evocado esa sonrisa en cada uno de ellos. Entonces, Ele baja los ojos, Marcantonio me mira, me sonríe y luego se encoge de hombros. Casi parecen felices de haberse reunido hoy. Con lo preocupados que estábamos por cómo podrían ir las cosas entre ellos, ahora nos preocupa lo contrario.

—Bueno, voy a fumarme un cigarrillo. —La vegana ya parece haberse hartado—. Me pongo allí, que aquí detrás hay una familia con un cochecito y un niño pequeño; aunque estemos al aire libre no me gustaría que me fastidiaran por fumar.

Silvio también se levanta.

—Venga, te acompaño, a mí también me han entrado ganas.

De modo que nos quedamos los cuatro en la mesa, igual que entonces, durante nuestro primer programa de televisión, cuando acababa de conocer a Gin, y a Ele y Marcantonio inmediatamente después.

—Eh, si nos quedamos más rato callados, voy a preocuparme…

Gin intenta romper el hielo.

—No me pidáis detalles de la boda porque estoy muy estresada. Y es que todo te influye, porque te crees que para ti será coser y cantar y, en cambio, poco a poco empiezas a preocuparte, te angustias, te da por pensar que las cosas pueden no salir tal como querrías. Y pasas de imaginarte la fiesta que te imaginabas a un desastre: el novio se escapa con una ex un día antes, o con la

que hace estriptis en una triste despedida de soltero de la noche anterior…

Me echo a reír.

—Lo siento…

—¿El qué?

—Ya sé que mi despedida será muy alegre…

—¡Ah, sí, me parece muy bien! Y ¿me harás la broma esa de escaparte con alguna?

—Por ahora no… Lo decidiré en el último momento: si llegas a la iglesia y no hay nadie, significa que las cosas han ido como tú decías.

—¡¿Cómo?! No, espera, espera… ¡Explícame eso un poco mejor! ¿Me estás haciendo pasar todos estos nervios para organizar nuestra fiesta, porque eso debería ser, una fiesta, a la que tú, que eres el principal protagonista junto a mí, podrías no venir? Pero ¿estás loco? Pues dímelo antes, ¿no? Me evitarías todo este inútil esfuerzo para nada.

—De acuerdo, me has convencido, iré.

—¡Bien, me alegro! No cambies de idea, ¿eh? Además, no entiendo esas bodas a las que he ido en que las novias caminan hacia el altar llorando. Algunas incluso a mares, ¡parece que vayan al patíbulo! En mi opinión, una boda tiene que ser algo bonito, divertido, que aporta felicidad…

Observo cómo habla y me parece tan hermosa… Tiene los ojos brillantes, están húmedos por la emoción, y esa sonrisa tan grande. Su entusiasmo es sorprendente, es contagioso. Nos mira, luego lo piensa un momento y al final le acecha una duda.

—Y ahora lo estoy diciendo y a lo mejor soy yo la primera en llorar a mares, ¿eh?…

Nos echamos todos a reír.

—Te secaré las lágrimas…

Gin se vuelve y me mira de repente con mucha intensidad.

—Mientras sean lágrimas de felicidad… Entonces sécalas con tus besos.

Marcantonio se vuelve hacia Ele.

—Joder, tú nunca me dijiste nada parecido.

—¡No me diste tiempo!

—Si me llegas a decir algo así, me caso contigo.

Ele se vuelve hacia Gin.

—Pero ¿por qué? ¿Es que tú le dijiste algo así para convencerlo de que se casara?

—No, lo amenacé.

—Y ¿tuvo miedo?

—Muchísimo.

Ele se presta al juego y sacude la cabeza a derecha e izquierda.

—De hecho… ¡Ya sabía yo que este Step era una completa estafa! A mí me parece que tampoco le ha pegado nunca a nadie, es solo una leyenda…

Me echo a reír.

—Eso es verdad, siempre me han pegado a mí.

—Oh, por fin, esta noche están saliendo las verdades.

Ele me da un empujón, luego se vuelve hacia Marcantonio.

—Y, cambiando de tema, dime una cosa… ¿Tú y yo por qué cortamos?

Marcantonio la mira sorprendido, luego asiente.

—Pues ¿sabes que no lo sé? Empezamos a dejar de vernos durante un tiempo, luego a no llamarnos…

—Tuvimos miedo entonces… A veces no nos atrevemos a vivir la vida más hermosa.

Y nos quedamos así, como en suspenso, con esa última frase de Ele, a la que Marcantonio no sabe qué contestar. Justo en ese momento aparecen desde lejos Martina y Silvio, que regresan a la mesa. Ele se da cuenta.

—Bueno, solo lo descubriremos viviendo… Pero ahora basta, que está volviendo tu cuidadora.

Gin suelta un silbido.

—¡Eh…, sí, *touché*!

Marcantonio enseguida replica:

—¿Por qué?, ¿el tuyo no es un *toy boy*?

—No, enseña en la universidad.

—Venga ya, pensaba que iba a clase con mi cuidadora.

Y cuando los dos llegan a la mesa, naturalmente, todos cambiamos de actitud. Martina se sienta, intrigada.

—¿De qué hablabais? He visto que os estabais riendo…

Gin sabe qué decir:

—De mi boda.

Ele se entromete.

—Y también de cómo será la mía.

Martina la mira sorprendida.

—¿Tú también te casas?

—Si doy con un hombre valiente… —Y evita mirar a Marcantonio.

Martina, en cambio, continúa con decisión.

—Pero ¿no os asusta el matrimonio? ¡Todo el mundo dice que es la tumba del amor! ¡A lo mejor después las cosas no funcionan porque te sientes obligado; para mí que al final el matrimonio te sienta mal porque existe un contrato!

Silvio le da la razón.

—Muy bien. Para mí también.

Marcantonio sonríe y mira a Ele.

—¿Lo ves?, coinciden. Hay *feeling*…

Ele se encoge de hombros.

—De vez en cuando la carne, la pasta, la pizza, la comida cocinada es buena; si no, ¿qué clase de vida es? Como las frituras que están trayendo… Pueden hacer daño, sí, pero están tan ricas…

Exactamente igual que el matrimonio. Es ese paso valiente que le da otro sabor al conjunto. Y no puede hacer más que bien.

A continuación, como si quisiera rubricar su última consideración, coge del plato una de las frituras que acaban de traer y le da un gran mordisco.

—¡Ay, cómo quema!

Marcantonio se ríe mientras se sirve algunas en el plato.

—¿Lo ves? Eso no lo habías tenido en cuenta. Ahora no le vas a encontrar el sabor a nada, has perdido la sensibilidad de tus papilas gustativas por no sé cuánto tiempo…

Martina sonríe toda contenta.

—Venga ya…, ¡las papilas gustativas! ¡Es alucinante, las estamos estudiando justo estos días en el instituto!

Esta vez Marcantonio y Ele se miran y se echan a reír.

—Sí, eso es…

Martina los mira.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? Que es verdad, ¿eh? No estoy mintiendo, las estamos estudiando en serio.

Y los dos se ríen todavía más, no pueden parar. Y nos contagian, empezamos a reír nosotros también. La ocurrencia de Martina ha sido de lo más cómica. Con esa risa floja que no se sabe por qué pero que nos daba siempre cuando estábamos en clase, luego pasa el tiempo y ya no regresa y, por absurdo que parezca, puede llegar en momentos dramáticos, quizá en un momento de dolor, pero en el que todavía queda alguna esperanza. Sí, tal vez estás delante de

alguien que está mal o has recordado junto a alguien un episodio triste del pasado, entonces ocurre algo absurdo y todos empiezan a reír y no se puede parar; pero allí, en medio de esas carcajadas, aunque permanezcan bien escondidas, en realidad también hay algunas lágrimas, al igual que en la vida. Marcantonio por fin recupera un poco el aliento, y tanto Gin como yo nos calmamos.

—Oh, madre mía, empezaba a sentirme mal.

—Yo también.

Ele vuelve a respirar con normalidad.

—Pero qué bien echar estas risas, hacía un montón de tiempo que no me reía así… No hay nada que hacer, tenemos que volver a atrevernos.

Marcantonio le sonríe.

—Sí, sí, estoy de acuerdo.

Silvio y Martina los miran, pero no entienden ese extraño código secreto. Entonces traen la gran ensalada; Martina la aliña y empieza a comérsela sin decir ni una palabra. Silvio se sirve los *supplì* y el bacalao frito en el plato. Yo, en cambio, primero le paso el plato de frituras a Gin y luego cojo mi bacalao y mis *supplì*. Comenzamos a comer en silencio, bebiendo sorbos de una excelente cerveza. Veo que Ele y Marcantonio de vez en cuando se miran y charlan con sus nuevas parejas riendo entre ellos, bromeando sobre las parejas del otro, mientras Martina y Silvio no saben que en esa frase de antes en la que hablaban de atreverse, se escondían sus ganas de volver a tener sexo, de encontrarse, quizá incluso de volver a empezar. Pero lo que más me sorprende es cómo es posible, si todavía existe todo ese deseo, que se separaran. ¿Cómo pueden aceptar que haya pasado alguien por sus camas, entre sus piernas, que sus labios hayan sido besados en otra parte? A mí, desde el momento en que deseo a una mujer, eso me parecería inaceptable. Si supiera que algún día iba a tener que soportar todo eso, no querría continuar.

—Aquí cocinan siempre estupendamente…

—Cierto.

—Hemos hecho muy bien al venir.

—Sí.

Solo digo «Sí» y finjo haber seguido no sé qué conversación más. En cambio, me pierdo en sus miradas, en cómo, después de cada cosa que dicen, acaban buscándose. Me parece mucho más fuerte la atracción que sienten entre ellos que hacia sus respectivas nuevas parejas. Gin charla con todos y parece no

darse cuenta de mis consideraciones. Sigo fingiendo que escucho y, cuando ríen, yo también me río, luego bebo un poco de cerveza, asiento, pero cuando miro a Ele siempre la encuentro mirando la boca de Marcantonio; la observa fascinada, sigue sus labios. No sé si está o no escuchando lo que él dice, pero le sonríe y parece estar de acuerdo, sea lo que sea lo que esté diciendo. Y esta noche, ¿cómo será su regreso a casa? ¿Pensarán de nuevo en su viejo amor, cada uno en su ex, en el hecho de que se han reencontrado, en cómo han ido las cosas? Pero entonces ¿no habría sido mejor seguir estando juntos? Seguir con vuestra intimidad, sin malgastar nada con nadie.

Ser vosotros mismos, vosotros, solo vosotros y siempre vosotros. No sé, solo veo que siguen mirándose, y ríen y se gastan bromas y se desean como si los demás no existieran, no les importa absolutamente nada. O estoy loco o es lo que me parece percibir con total claridad. De repente me viene a la cabeza la historia de un amigo de Gin, Raffaello Vieri. Estaba con una chica guapísima, Caterina Soavi. Esa chica se va a Miami a trabajar de azafata en un gran festival, y él, que tiene que estudiar, se queda en Roma durante mucho tiempo, pero se escriben, se llaman a diario, y hablan siempre de amor, se dicen esas cosas bonitas que solo te salen cuando estás enamorado de verdad, que son perfectas cuando estás lejos, y te hacen sentir tan feliz que aquella persona, a pesar de la distancia, parece que esté a tu lado. Luego, cuando ya hace un mes que ella se ha marchado, Raffaello decide darle una sorpresa; quiere viajar e ir a verla. Solo se lo cuenta a su madre, ya que con su padre tiene una relación pésima, y su madre le dice:

—Pues claro, hijo mío, haces muy bien; ¿necesitas algo?

—No, mamá, gracias, mañana sacaré el billete, pero ya lo tengo todo.

En cuanto la madre cuelga el teléfono, llama enseguida a sus dos hijas, Fabiana y Valentina, las hermanas de Raffaello, y quedan para verse de inmediato. La madre de Raffaello sabe una cosa muy importante: Caterina Soavi, la novia de su hijo, en Miami tiene una aventura con el director del festival. A las hermanas les sienta muy mal esa noticia y se pasan toda la noche discutiendo con su madre sobre lo que deben hacer, pero al final las tres optan por no decirle nada a Raffaello. Tendrá que hacer el viaje y descubrirlo todo por sí mismo, porque las dos hermanas y la madre han llegado a una difícil conclusión: aunque se lo dijeran, él nunca las creería. De modo que Raffaello se va y llega a Miami. A partir de aquí no sé muy bien lo que ocurrió, cómo fue el reencuentro, si ese día practicaron sexo o no, si estuvieron felices de verse. El hecho es que en las noches siguientes parece que Caterina no estaba nunca, se justificaba con

compromisos fuera del trabajo y diciendo que, de todos modos, ella estaba allí para trabajar y, así pues, era natural que siempre estuviera tan ocupada.

De manera que Raffaello seguía yendo igualmente al festival, pero se quedaba siempre solo. Hizo amistad con varias personas, entre ellas una tal Irene, que, al igual que todos los que estaban allí, sabía muy bien cuáles eran los verdaderos compromisos de Caterina Soavi. Pero una noche Irene, al encontrar a Raffaello de nuevo solo y ver que la gente se reía a sus espaldas, pero tal vez también tan solo porque le caía bien o porque habría querido ser ella la mujer que Raffaello amaba de ese modo, se le acerca y le dice:

—¿No te parece extraño haber venido hasta aquí por ella y que siempre estés solo? No está nunca, están todas las azafatas excepto ella… y el director.

Por un instante, Raffaello se siente morir, palidece, pero luego se recupera y responde algo muy sencillo:

—Gracias. Puede que simplemente no quisiera verlo.

Y luego desapareció. Algunos dijeron que se fue a Nueva York, que se fue a Broadway a ver espectáculos y luego a recorrer Estados Unidos, que lo vieron en un concierto de Bruce Springsteen y en uno de Supertramp, pero tal vez todo eso sea una leyenda. Lo que sí es cierto es que le envió un mensaje a Caterina:

> Lo sé todo. No me busques.

Y, de hecho, la otra no le escribió nunca más. «No me busques». Pero ¿qué quiere decir «No me busques»? ¿No me busques mañana? ¿No me busques por lo menos en un año? O ¿no me busques nunca más? Nunca tenemos el valor de escribir «No me busques más», quizá porque en el fondo siempre esperamos que pueda existir esa última esperanza. Y sin querer me viene Babi a la cabeza.

Me parece estar viéndola, sentada a mi lado, pero no es la mujer que es hoy, es la Babi de entonces, mi Babi. Sí, porque por aquel entonces era mía por completo. Y, cuando todo acabó, ¿yo le dije «No me busques nunca más»?

—Oye, pero ¿en qué estás pensando? —Gin irrumpe en mis pensamientos—. Tienes una cara…

—Pensaba en Caterina Soavi, en la historia que me contaste.

Ella me mira sorprendida.

—Y ¿por qué pensabas en eso? ¿Qué tiene que ver ahora?

En realidad, me siento culpable, casi me parece haberla engañado por haber pensado en Babi, imaginándomela de esa manera, tan absurda e intensa, sentada

a mi lado, y lo peor es que ni siquiera puedo decírselo.

—Nada. No tiene nada que ver. Pero estaba pensando que me impresionó mucho lo que pasó.

Entonces les cuento a todos la historia de Raffaello, su viaje a Miami, su descubrimiento y la leyenda de que se había ido a recorrer Estados Unidos.

—Luego volvió a Italia, conoció a una chica, la dejó embarazada sin querer, sin embargo decidió casarse con ella, se obstinó, también para desquitarse de su padre, que había abandonado tanto a su madre como a él y a sus hermanas. Quiso demostrarle que si tienes un hijo no puedes abandonarlo, ¿no es así, Gin? Al menos, eso creo que fue lo que me contaste.

—Sí, así es.

De modo que prosigo:

—Pero Caterina no acepta lo que ocurrió. A pesar de que fue culpa suya, no se resigna, querría evitar esa boda, hacerse perdonar, piensa que Raffaello y ella son perfectos el uno para el otro, que ella se equivocó y que no pueden dejarse así. Pero no lo consigue y todo sigue su curso. Raffaello se casa, tiene un hijo y al final Caterina debe aceptar a la fuerza todo eso. De manera que se marcha a vivir al extranjero, tal vez porque piensa que será menos doloroso, pero no es así. Engorda, cae en una depresión, se corta el pelo al cero, se vuelve irreconocible y durante un tiempo parece que nadie tiene noticias de ella, puede que alguna amiga muy íntima pero que, de todos modos, no cuenta nada.

Después de mucho tiempo, Caterina conoce a otro hombre y al final ella también se casa. Pasan varios años y un día, por casualidad, tienen que ir los dos a Londres por diversos motivos. Se suben a un avión y se encuentran sentados juntos, uno al lado del otro.

Entonces los miro y me quedo callado. Están todos atentos a mi historia, sienten curiosidad, están deseosos de saber cómo acaba.

Martina es la primera en ceder.

—¿Y bien? ¿Qué sucede después?

Sonrío. Miro a Gin, que también sonríe. Ella ya conoce la historia.

—Sucede que dejan a sus respectivas parejas y se van a vivir juntos. Caterina no había tenido hijos y ahora tienen cuatro, más el hijo de Raffaello de su primer matrimonio. Y todavía están juntos.

—Bonita historia.

—Sí.

—Pero ¿es real? —Marcantonio me mira un poco dubitativo.

—Pues claro que es real.

—Qué fuerte. Y ¿por qué estabas pensando en ello?

Gin me mira intrigada por oír la respuesta.

—Bueno, porque…

Entorna un poco los ojos, pero me parece tranquila.

—No lo sé, tal vez porque los conocí cuando estaban juntos, tal vez porque una vez comí con ellos precisamente aquí, en esta pizzería, antes de que sucediera todo.

Martina se encoge de hombros.

—Esa historia me parece absurda. ¿No habría sido mejor perdonar a Caterina? Raffaello montó todo ese lío…, un hijo con otra, y al final para acabar juntos. Solo perdió el tiempo.

Gin no está de acuerdo.

—Pero lo había engañado.

—Perdona, pero, si era por eso, entonces tampoco debería haber vuelto con ella después, ¿no? —interviene Silvio.

—Quizá fue cosa del destino. Ese avión, los asientos juntos…, él comprendió que había llegado el momento de perdonarla.

Martina le sonríe.

—¡Sí, sí, eso es! —De repente se ilumina—. Raffaello en realidad entendió que no podía hacer nada, que, aunque huyera, él todavía era y seguiría siendo para siempre de esa mujer. —Le gusta su teoría.

Gin interviene decidida:

—¿Tú aceptarías que te traicionaran?

Marcantonio coge su vaso.

—Bueno, lo sabía; yo odio el pepino, y tanto si quieres como si no, siempre acaba en mi plato —dice y, a continuación, bebe mientras yo me echo a reír.

Martina se queda pensando un momento y luego contesta:

—Tal vez sí, no lo sé, tendría que encontrarme en esa situación.

También Ele interviene:

—Mejor que no, es muy feo, créeme.

—Mira, ya lo sé, yo también lo he pasado. Con un chico con el que llevaba un tiempo, y cuando lo descubrí me sentó fatal, pero luego me di cuenta de algo: yo no lo amaba de verdad, porque no me desesperé como debería haber hecho. O sea, su engaño en realidad me hizo comprender que estaba con él porque me gustaba, lo apreciaba, me caía bien, pero no era ese amor con «A» mayúscula,

¿sabes? Por eso lo dejé, no porque me engañara.

Y de repente se hace el silencio en la mesa. Por suerte, llegan las pizzas.

—¿Margarita de búfala con mucho tomate?

—Para mí.

—Pizza blanca con setas.

—Para mí. ¿Me trae otra cerveza?

—Sí, por supuesto.

Y todos empezamos a comer, todos excepto Martina, que ya se ha terminado su ensalada. Ese tema, sin embargo, es como si hubiera dejado un interrogante. En el fondo estoy seguro de que todos nos estamos preguntando lo mismo: ¿es Marcantonio ese amor con «A» mayúscula? Lo miro, está bebiendo un poco de cerveza. Entonces su mirada se encuentra con la mía y resopla, deja la cerveza en la mesa y se seca la boca.

—Vale, vale, ya sé lo que queréis saber. Está bien, yo contesto. No soy el de la «A» mayúscula, ¿de acuerdo? ¡En todo caso, el de la «M» mayúscula, puesto que me llamo Marcantonio! ¿Verdad, tesoro?

Martina se ríe.

—No, no, tú eres el de la «A» mayúscula, pero es que tienes miedo.

Ele recoge la pelota al vuelo.

—¡Ah, estoy de acuerdo contigo: es un miedica!

Pero no dicen nada más, solo hay algunas miradas; después todos seguimos comiendo. Y pasamos a otros temas, las últimas películas que hemos visto, algo bueno que todavía se puede ver por poco tiempo en el teatro, una amiga que ha vuelto de unas vacaciones, una nueva pareja, dos que se han peleado. Y yo los escucho tranquilo. Pero de repente me vuelve a la cabeza esa frase de Martina: «Entendió que no podía hacer nada, que, aunque huyera, él todavía era y seguiría siendo para siempre de esa mujer».

Y se me hace un nudo en el estómago, como si hubiera recibido un *mawashi geri* directo, ese único golpe que, después de una larga espera, hizo ganar un mundial a un luchador con un solo movimiento, pero de una violencia inaudita, al igual que a veces lo es el amor. Como en silencio.

Marcantonio se levanta.

—Voy a escoger una botella para luego, quiero que probéis una cosa…

—Pues yo voy un momento al baño.

Y, así, también Ele nos deja, y seguimos cenando. Pasa el camarero.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias.

—Estupendo.

Se aleja. Yo me echo un poco hacia atrás y, a través de la ventana, veo que Marcantonio y Eleonora se detienen al fondo de la sala del restaurante. Hay poca gente, aparte de alguna mesa sucia que ya han dejado sus comensales. Hablan y entonces se echan a reír. Marcantonio se pone serio y le dice algo. Eleonora baja la cabeza, la sacude, se avergüenza, ha contestado que no a lo que él le ha pedido. Entonces Marcantonio le pone la mano debajo de la barbilla, le levanta el rostro y le da un beso. Se besan largamente, como si estuvieran solos, como si no hubiera nadie, ni en el restaurante, ni fuera, mucho menos sus nuevas parejas, como si nunca se hubieran dejado. Entonces Marcantonio se aparta y se vuelve hacia mí, casi no me da tiempo a desaparecer. Un instante después, los veo salir del restaurante, se sientan de nuevo a la mesa y todo continúa como antes. Ele bromea con Gin.

—Hubo una época en que siempre me acompañabas al baño.

—Ya te has hecho mayor.

«No lo bastante», me gustaría decirle a mí.

Marcantonio se pone de nuevo la servilleta sobre las piernas y luego me mira un instante.

—Pues sí…

Seguimos cenando. Sabe que lo he visto. Podríamos saber enseguida cómo se lo tomaría Martina, si el suyo es un amor con «A» mayúscula o no. No sé si esto de la cena ha sido una buena idea.

SESENTA

Mientras regresamos a casa por la noche, Gin está en silencio. La miro de vez en cuando mientras conduzco, pero no se vuelve hacia mí, escucha la música y mira hacia delante. Aun así, no está tranquila. Tú sabes muy bien, cuando conoces a la persona que se encuentra a tu lado, si hay algo que no va bien; lo notas por sus vibraciones, notas el silencio o la música repentina, notas la felicidad o la tristeza, notas la calma o la inquietud. Tú lo notas. Y Gin está extrañamente triste. Lo noto.

—¿Va todo bien? Estaba rica la cena…

—Sí, mucho. Me he divertido, me ha gustado volver a ver a Ele y a Marcantonio juntos, me ha recordado los viejos tiempos, cuando nos conocimos.

—Es verdad, a mí también.

—¿Sabes qué he pensado? Que cuando conoces a alguien todo es muy bonito, está todo por descubrir. Luego, a medida que vas avanzando, algunas cosas quizá no son tal como te las habías imaginado.

—Eso es porque siempre esperas algo.

—Es cierto, sería mejor no esperar nada.

—Ahora pareces un poco derrotista.

—Sí, puede ser. Conocer tu vida por un lado me ha gustado, pero por el otro ahora no puedo evitar hacer comparaciones, pienso en cómo estabas con otras, o en lo que sufriste por tu madre, o en cómo te decepcionó.

Sigo conduciendo y mirando a la carretera.

—El otro día fui a verla.

—¿A quién?

—A mi madre. Fui al cementerio y no había nadie, estaba vacío, excepto por una persona que estaba justo delante de su tumba. Era su amante. Me acordé de

cuando los descubrí, de cuando sucedió todo aquel lío.

Gin me mira sorprendida.

—Pero no me dijiste nada. No me lo contaste.

—No, lo siento, es que no sabía cómo tomarme todo esto, antes tenía que asimilar sus palabras.

He comprendido que ese hombre estaba realmente enamorado, que los dos lo estaban, también mi madre. Que mi padre la hacía sufrir y…

—Step…, eso ya pasó, déjalo correr. No podías saberlo. No podías imaginar nada de todo eso. Y, además, quizá no sea verdad.

—Pero me lo encontré allí, con unas flores. Mi padre no ha ido a verla casi nunca.

—No estás seguro de eso.

—Lo sé.

—Las personas viven el dolor de la muerte de las maneras más diversas. Perder de repente a alguien puede hacerte perder tu seguridad.

Le sonrío. La miro de vez en cuando mientras conduzco.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Porque eres hermosa.

—Y ¿qué tiene que ver eso ahora?

—Eres hermosa cuando justificas a las personas. Mi padre es un cabrón y punto. Quién sabe cómo debió de hacerla sufrir.

—No sabes si es verdad. A lo mejor ese tipo solo te lo dijo para justificarse. ¿Por qué no puede ser él el cabrón?

Nos quedamos un rato en silencio mientras sigo conduciendo. En la radio, de repente ponen *Happy*, de Pharrell Williams[23]. Es una canción muy alegre, un tema precioso, muy pegadizo, pero en este momento no viene muy a cuento. La música a veces desentona en nuestra vida. Sigo conduciendo mientras Gin me mira.

—Eso, por ejemplo, no me lo habías contado.

—¿Cómo que no?, te lo acabo de decir…

—Sí, pero también podrías no haberme dicho nada. No te apeteció compartirlo enseguida conmigo.

—Puede que necesitara un poco de tiempo. Pero al final lo he hecho. Ahora lo sabes, tú también formas parte de ello. No debes tener prisa. Creo que hay cosas que a veces necesitan silencio.

—Y ¿eso dónde lo has oído?

Me echo a reír.

—No sé, quizá sea de Renzi.

—Ah, ¿también es filósofo?

—Es un poco de todo. Todavía no tengo claro qué es lo que no sabe hacer.

—De todos modos, me gusta.

—A mí también.

—Pero ahora, haber descubierto que no conozco algo de tu vida…, no sé, me ha provocado una sensación de soledad. Me ha hecho pensar que nunca serás mío…

—Gin… ¿Otra vez? ¡Si ya te lo he contado!

—Sí, pero ¿y si hubiera otras cosas que ocurren en tu vida que yo no sé? Cosas que quizá importen y que tú no me dices.

—Gin, te lo cuento todo. Las cosas importantes también y las menos importantes. Estuve en el cementerio para visitar a mi madre y encontré allí a su amante. ¡Te lo he explicado yo, no es que tú lo hayas descubierto!

Nos quedamos un rato callados. Ahora *Happy* casi parece divertida en medio de esta absurda discusión. No hay nada peor que cuando algo da un giro inesperado y no se puede enderezar.

Entonces Gin se vuelve hacia mí y sonríe.

—Tienes razón, perdóname. Es que estoy un poco estresada; a lo mejor son las hormonas, me están empezando a hacer perder mi habitual, más o menos, equilibrio mental, o serán los nervios de la boda.

Le sonrío.

—O las dos cosas.

—Eso, así, justifícame tú un poco…

—Un poco mucho.

Pharrell Williams canta la última estrofa, ahora por fin el tema está en consonancia con la atmósfera del coche. Entonces Gin, sin dejar de sonreír, me hace otra pregunta:

—Pero ¿tú me lo contarías todo todo? ¿También si hubieras hablado o visto a una ex?

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Y, si vieras a Babi, ¿me lo dirías?

Ya está. En estos momentos dispones de poquísimo tiempo, si esperas demasiado estás jodido. Si das la respuesta equivocada y ella en realidad te lo ha

preguntado aposta porque ya lo sabe todo, estás jodido. Si, por el contrario, no sabe nada y tú se lo dices porque quieres ser sincero, también en ese caso estás jodido. De modo que, sea como sea, estás jodido. Pero el tiempo se ha acabado.

—Ella también es una ex.

—Sí, pero no me has contestado.

—Ya te he contestado antes, te he dicho que, si hablara o viera a una ex, te lo contaría.

—Te he pedido que fueras más concreto: si vieras a Babi, ¿me lo dirías?

—Sí, te lo diría.

E, inevitablemente, noto que el corazón me late más veloz, las pulsaciones aumentan, de alguna manera me suben los colores. Solo espero que en la oscuridad del coche no se dé cuenta. Gin se echa a reír.

—Pero has tardado un montón de tiempo en contestar a esa última pregunta.

—No es verdad. Había contestado a la de la ex, no sabía a qué te referías con exactitud.

—Mira, Mancini, ya te lo he dicho: tenemos la suerte de vivir algo espléndido, precioso, único…, no lo estropees.

Hemos llegado delante de casa. Por suerte, encuentro aparcamiento enseguida, entonces detengo el coche y paro el motor. A continuación, bajamos y meto las llaves en la cerradura del portal.

—¿Mancini?

—¿Sí?

—Vuélvete hacia mí. —Gin me mira—. Que sepas que lo sé. Lo sé todo.

Y en ese momento siento que voy a desmayarme. Joder, pero ¿cómo se ha enterado? ¡Se lo ha dicho la cabrona de la secretaria a cambio de sacar más dinero! No, alguien que nos vio en la exposición. ¡No, Renzi! ¡Renzi ha hablado! ¡No, no puede ser, no me lo creo, no me lo puedo creer, se lo ha dicho Babi, Babi en persona! Imposible. En cualquier caso, quien sea que se lo haya dicho, estoy jodido. ¿Y ahora? ¿Cómo salgo de esta? Hay que hacerse el inocente, negar.

—¿Qué sabes? No hay nada que saber.

—¿Ah, no? ¿No?

—No.

—Oye, que yo también los he visto… ¡A Marcantonio y a Ele besándose!

Entonces se ríe divertida.

—¡Qué locos están! ¿Tú crees que volverán a estar juntos? Y eso ¿me lo ibas a contar?

—Te lo cuento todo… Solo que en el momento adecuado.

Entramos en el ascensor y solo ahora, mirándome al espejo, me doy cuenta de lo sudado que estoy.

SESENTA Y UNO

Son las diez del día siguiente.

Cuando entro en mi despacho de la oficina, veo algunos paquetes sobre mi mesa y enseguida me preocupo.

—¿Qué pasa? ¿Quién ha venido?

—Tranquilo, tranquilo, he sido yo. —Es Giorgio, que llega por el pasillo, me pone una mano en el hombro y me sonríe—. Cruasanes, bombas de crema, *maritozzi* de nata, ¡lo más exquisito de Regoli para empezar la mañana como es debido!

—¡Bien! Y ¿a qué debo esta bonita sorpresa?

Voy a sentarme detrás de mi mesa y me fijo en que también hay un termo.

—¿Y esto?

—Capuchino recién hecho, sin azúcar. Pero si quieres azúcar, hay sobrecitos.

—Giorgio Renzi, cuanto más te conozco, más me gustas. Aunque todavía no me has explicado el motivo de todo esto.

—Siéntate, tómate un buen desayuno, disfruta del cruasán o de lo que prefieras mientras te preparo el capuchino. Sin azúcar, ¿verdad?

—Exacto.

Me lo ha preguntado, pero diría que lo sabe perfectamente y no lo ha dudado ni un momento. De vez en cuando Giorgio quiere hacerme creer que podría equivocarse, pero sé que no es así, o al menos me gusta pensarlo. Mientras me decanto por un fantástico *maritozzo* de nata, él me deja el vaso delante. Me limpio la boca y pruebo el capuchino. Está perfecto. Ni demasiado oscuro, ni demasiado claro, el café es fuerte en su punto justo y la temperatura es ideal. Lo saboreo todo con deleite y veo que Giorgio me mira satisfecho por cómo lo estoy disfrutando.

—Cuando quieras, estoy listo. —Le sonrío—. Pero, digas lo que digas, que sepas que ya estoy muy contento… Hay instantes en la vida que son placenteros precisamente porque no te los esperas.

Pues este ha sido uno de esos momentos, gracias.

—¡Me vas a conmover y la noticia podría no estar a la altura de lo que me estás diciendo!

—¡Así parecemos dos enamorados!

—¡Bueno, eso mejor que no!

—¡Así es!

Nos echamos a reír. A continuación, Giorgio se sienta delante de mí, se sirve él también un poco de capuchino y me da la noticia:

—Pues bien, estamos en el mundo de la ficción. ¡Han aceptado nuestra serie «Radio Love», estamos dentro, la haremos para la Rete y hemos acordado veinticuatro capítulos que saldrán en antena de dos en dos a partir de la próxima temporada!

Lanzo un silbido.

—¡Fiuuuu! ¡Esto sí que es una noticia! Y ¿cómo lo has sabido? ¿Es seguro? ¿Quién te ha dicho que hemos pasado?

Giorgio coge una carpeta y me la deja sobre la mesa. La abro mientras él me explica:

—Contrato firmado, junto con todo un plan de producción. Podemos empezar a grabar en cuanto estén listos los guiones. —Entonces me señala una hoja—. Esto es la ejecución del contrato para poder proceder con la escritura…

Miro las cifras, no me lo puedo creer.

—Hay más de seiscientos mil euros para los guiones…

—Sí, he pedido mucho porque creo que lo más importante es la historia. Si tienes una buena historia, es difícil que no guste, aunque el director se equivoque. Pero si te equivocas con los guiones, por mucho que tengas a Fellini, te arriesgas a hacer una mala película.

Me quedo un momento perplejo.

—Me parece todo increíble; solo tengo una duda: ¿cómo lo has hecho?

—Teníamos un buen producto.

—No basta.

Me sonríe.

—Es verdad, también teníamos alguna carta más.

—No basta.

—Está bien, hemos tenido suerte. El Empanada se ha retirado.

—¿Qué quiere decir que «se ha retirado»?

—Ha retirado sus proyectos, ha decidido que este año no va a trabajar con la Rete.

—¿Así? ¿Sin ningún motivo?

—Siempre hay un motivo, pero preferiría que lo ignorases.

—¿Por qué?

—Cuanto menos sepas, mejor. Tú no has hecho nada porque no sabes nada, ¿verdad?

Le sonrío.

—No sé de qué estás hablando, pero estoy contento.

—Muy bien, así me gusta.

—Cambiando de tema: tenemos que buscar a unos guionistas excelentes para nuestra serie, justo por lo que decías.

—Tienes razón.

—Hay que hacer una selección, recoger currículums, ver quién ha hecho qué, quién podría ser adecuado para esta serie.

Entonces me deja otra carpeta sobre la mesa.

—¿Qué es?

—Lo que acabas de pedirme. Son los currículums de ocho guionistas. Me parece que necesitamos seis…

La abro y empiezo a hojearla mientras él sigue hablando.

—Bueno, hay tres mujeres y cinco hombres; algunos han salido de la Scuola Holden. He pensado que estaría bien coger a dos que tengan unos cuarenta años, los otros, en cambio, un poco más jóvenes.

—Casi me siento inútil.

—No, es gracias a Futura y a la confianza que tú nos das. Delegas en nosotros y eso nos satisface porque, si es un éxito, también será realmente nuestro.

Después, tras un momento de silencio, añade:

—Y lo será.

—¡Bien! Estoy de acuerdo contigo. Entonces, cuando quieras convocamos a los guionistas.

—Ya está hecho. Están en la sala de reuniones, esperándonos.

—Dime que algún día cometerás un error.

—¡Te lo prometo!

—Bien, ya me siento mejor. Vamos.

Giorgio me precede y abre la puerta de la sala.

—Buenos días, chicos; ¿qué tal? ¿Habéis desayunado bien?

Veo que sobre la gran mesa de nuestra sala de reuniones tienen los mismos dulces que Renzi me ha dejado en la mía.

—Sí, gracias.

—Excelente.

—Realmente riquísimo.

Una chica con el pelo rasurado por un lado y un pequeño piercing en la nariz sostiene con una servilleta un trozo de rosco en la mano izquierda y levanta con la derecha un vaso de capuchino como si hiciera un brindis.

—Yo no sé si vais a cogerme, pero si no os molesta vendré a desayunar todas las mañanas.

Me río.

—¡Está bien, te cogemos, pero solo para el desayuno!

Un chico añade:

—¡Eh, no, no es justo; por lo menos a desayunar venimos también nosotros!

Ahora todos se ríen divertidos. Giorgio pone orden.

—Bueno, yo diría que, cuando estéis listos, tengáis una buena conversación con mi jefe, Stefano Mancini, que podría convertirse también en el vuestro…

Y, dicho esto, salimos de la sala.

—Dejémoslos un rato tranquilos, así terminan de desayunar.

—Sí, luego te los envío a tu despacho de uno en uno, así ves qué te parecen y, después, estudiamos la situación.

—Perfecto.

Luego, antes de volver a mi despacho, paso a saludar a los demás.

—Hola, Alice.

—Buenos días, ¿quiere un café?

—No, gracias, si acaso seguiré con el termo de capuchino que tengo sobre la mesa. Pero si te llevas todas esas pastas que me ha traído Renzi, no estaría mal; ¡si no, me las seguiré comiendo!

—De acuerdo.

—¡Es más, si te apetece, coge algo!

—Ya lo he hecho, gracias. ¡Renzi no se ha olvidado de nadie! Me he comido dos *maritozzi* riquísimos, nunca había comido unos tan ricos.

—Pues sí.

—Renzi siempre escoge lo mejor.

Y entonces se pone colorada, tal vez porque, sin proponérselo, se da cuenta de que se ha calificado a sí misma.

—No pretendía…

—Lo sé, no te preocupes; ve a mi despacho, gracias.

Entonces me voy a ver a Simone y llamo a su puerta.

—¿Se puede? —No obtengo respuesta. Llamo más fuerte—. ¿Puedo entrar?

Nada, no contesta. De modo que, al final, abro la puerta y veo que Simone está escribiendo rápidamente en el ordenador y lleva puestos unos auriculares en los oídos. Cuando me ve, sonríe y se los quita.

—¡Hola, buenos días!

—He llamado varias veces, pero no contestabas.

—Sí, cuando escribo siempre me pongo los cascos, trabajo mejor y soy más productivo…

—Pues vuelve a ponértelos. Nos vemos luego. Solo quería saludarte. ¿Has probado el desayuno de Renzi?

—He sido el primero.

—Bien. —Y salgo del despacho.

Estoy contento, significa que las cosas entre ellos van mejor. Me siento en mi despacho, me sirvo otro capuchino, pero no he tenido tiempo de terminármelo cuando entra el primer candidato.

—Hola, ¿se puede?

—Por favor.

Se sienta y enseguida se presenta. Se llama Filippo Verona. Cojo su currículum mientras habla y lo leo. Es joven, tiene veintiún años, si bien ya ha hecho muchísimas cosas.

—Me gusta mucho escribir, estoy escribiendo un libro, pero también me divertiría trabajar en un guion. Se trabaja con más gente, tienes que tener en cuenta las ideas de los demás…

—Y ¿cómo son las ideas de los demás?

—A veces buenas, a veces divertidas, pero las mías son excelentes.

Es presuntuoso, seguro de sí mismo, pero no me disgusta.

—¿Qué opinas de «Radio Love»?

—Creo que la radio nunca se ha contado así, con la vida real de la gente que trabaja allí, tanto en la oficina como después, en casa. Es una manera distinta de ver los problemas y a las personas que intentan resolverlos. Me gusta. Es una

buena idea, y no lo digo solo porque me interesaría trabajar en ella.

El segundo es Alfredo Germani, cuarenta años, con una gran experiencia en ficción. Es simpático, agradable, no le pesa que lo juzgue alguien más joven, no le molesta hacer una prueba.

—En mi opinión, lo más importante es encontrar los temas centrales de cada episodio. Se me han ocurrido algunos…

Me pasa unas hojas y empieza a contármelos.

—La idea de contar con alguien gracioso, alguien que nunca ha tenido la oportunidad de hacer radio y, sin embargo, cuando se la dan, acaba triunfando, a mi parecer, no está mal…

Sigo escuchándolo y sus ideas me gustan, ha encontrado cosas potentes, distintas, de una intensidad que le puede ir bien a la serie.

—Además, me parecen perfectas las líneas horizontales, la historia larga del amor entre los dos propietarios que se separan, se engañan, se persiguen, se perdonan. Eso a la gente le gusta. Hablarán de ello: «Tendría que haberse comportado así, no debería haberlo perdonado…». A la gente le encanta participar en los líos de los demás y no ven que ellos tienen otros mucho más grandes. O quizá lo hacen aposta para distraerse de los suyos propios. —Se queda por un momento perplejo—. Eso no lo había pensado nunca… —añade, y toma seriamente en consideración su último pensamiento.

Uno tras otro, voy conociendo a todos los posibles guionistas, escucho sus puntos de vista, sus historias, los trabajos que han hecho, los cursos en que se han formado.

—Estuve en la Holden y me gustó mucho. Aunque hubo un momento en que me hicieron asistir a una clase con uno que explicaba cómo se cocina. Y lo más absurdo es que de eso no aprendí nada.

Por lo menos, eso es lo que dice mi novio.

Es ella otra vez, la chica del pelo rasurado por un lado y el piercing en la nariz. Se llama Ilenia.

—Como esa de *Jeeg Robot*, como la que ganó el *David* de Donatello.

Como si esos detalles hicieran de su nombre algo inolvidable.

—Tu nombre ya era bonito antes.

Se echa a reír.

—De todos modos, para mí, en la serie también tiene que haber alguna persona un poco desmitificadora. ¡Alguien que va a la radio y se pone a disparar! Habéis hecho a todos los personajes demasiado correctos. No es real, es decir, en

mi opinión no está bien…

—Tienes razón.

Me mira ligeramente sorprendida, de modo que intento convencerla:

—No, no, lo creo de verdad, en serio. Es una sugerencia adecuada.

—Ah, bien, gracias.

—Gracias a ti, Ilenia, como la de *Jeeg Robot*.

Se echa a reír de nuevo.

—Pero yo soy diferente. —La miro un instante curioso—. Mi Ilenia empieza con «Y» —dice, y sale con un ademán un poco malicioso del despacho.

Después, al final de la mañana, entra Giorgio.

—Bien, ya los has conocido a todos; ¿qué te han parecido?

—Me parece una elección difícil. Seguramente cogería al de cuarenta años, a la mujer mayor, al joven de veintiuno, un poco presuntuoso, Filippo…

—Verona.

—Sí, ese. Luego está ese otro tan detallista.

—Dario Bianchi.

Miro el nombre que me he apuntado.

—Sí, es él. Luego cogería a las dos chicas. Son perfectas: una burguesa y la otra anárquica y rebelde; si no se matan entre ellas, harán un excelente trabajo.

—Sí, y los dos mayores se ocuparán de mantener al grupo tranquilo.

—Me parece bien.

—Bueno, si estás de acuerdo conmigo, te voy a llevar a un sitio. Es nuestro primer contrato importante y quería regalarte un día de tranquilidad. Me he permitido decírselo también a Gin, si no te molesta. Pero si prefieres no involucrarla, ya tengo la excusa preparada: la llamo y le digo que había olvidado que teníamos una reunión.

—Podría no creerte. Eres tan meticuloso que no sería propio de ti; primero la invitas y después cambias de idea…

—He hecho que la llamara Alice, es el estudio quien te está preparando esta sorpresa. Alice puede haberse equivocado, no sabía nada de esa reunión. Te lo repito: si quieres, lo anulo.

No lo pienso mucho.

—No, me encanta.

SESENTA Y DOS

Cuando salimos de la oficina hay un Mercedes negro con chófer y todo esperándonos.

—No me lo puedo creer, has hecho las cosas a lo grande.

—¡No, solo son ciento veinte euros por todo el día, pero el coche y el chófer hacen que todo te parezca más importante de lo que es!

Cuando nos acercamos y se abre la portezuela, aparece Gin.

—¡Cariño, qué bonito es todo esto, qué bien que me hayas hecho venir! —Me abraza con fuerza y nos besamos. A continuación, me mira entusiasmada—. ¿Y bien?, ¿qué celebramos?

—Ah, ¿no sabes nada?

Miro a Giorgio, que se encoge de hombros.

—Claro que no, ¿cómo iba a decírselo? ¡Habría estropeado la sorpresa!

—¡Bueno, venga, no os hagáis los tontos! ¿Alguien me cuenta algo?

Le sonrío.

—Celebramos nuestra primera producción. Vamos a hacer una serie. ¿Te acuerdas de «Radio Love», ese proyecto del que te había hablado?

—¡Claro, por supuesto! Hasta me lo hiciste leer y te dije que me había gustado muchísimo…

—¡Pues la ha comprado la Rete, vamos a rodar veinticuatro capítulos el año que viene!

—¿De verdad? ¡Estoy supercontenta! —Y me abraza con fuerza—. ¡Muy bien, amor mío!

Giorgio nos sonríe.

—¿Había que celebrarlo o no?

—Pues ¡claro!

—Vamos, subamos al coche.

Giorgio se sienta delante, Gin y yo subimos atrás. Cerramos las puertas y el chófer arranca.

Giorgio se vuelve hacia Gin.

—¿Has traído lo que te ha pedido Alice?

—Claro, lo llevo todo aquí. —Y muestra una bolsa de gimnasia.

Los miro.

—Eh, no me lo estáis contando todo, tenéis demasiados secretos.

Gin me pone una mano sobre la pierna.

—Pronto lo descubrirás.

Justo cuando torcemos por la via Sabotino, veo que Simone está entrando en el bar Antonini. Lo sigo con la mirada y me doy cuenta de que hacia él se dirige una chica rubia, alta, vestida de manera llamativa. Se saludan y se besan en las mejillas. Es Giovanna Segnato.

Giorgio también lo ha visto.

—No lo había dudado. Ese chico es un testarudo. Tendré que pelearme con él de verdad. Mis palabras no han servido de nada.

Intento tranquilizarlo:

—Se le pasará.

—Le va a dejar el cerebro hecho puré. Hemos tirado dinero.

—Ya veremos, aún es pronto para decirlo; tengo que trabajar en ello.

—De acuerdo.

Gin nos mira atónita.

—Eh, ¿se puede saber de qué estáis hablando los dos? ¡«Dejar el cerebro hecho puré», «hemos tirado el dinero», «no ha aprendido la lección»…! Parece un asunto de drogas. No se trata de eso, ¿verdad?

—No, no… —Nos reímos. Giorgio la mira divertido—. Si estuviéramos solos, te diría de qué se trata. ¡Pero no agüemos la fiesta, vamos! Pensemos en otras cosas y, además, ya casi hemos llegado.

El Mercedes acelera por la subida panorámica, después emboca la via Alberto Cadlolo y al final el Hilton aparece delante. El coche traza una curva y se detiene justo ante la entrada.

—¡Bien, ya hemos llegado!

Giorgio baja del coche.

—Gracias, Marco, nos vemos después. —Y no dice nada más, pero nos sonríe a Gin y a mí, invitándonos a ir tras él.

—Por aquí.

Seguimos a Giorgio al interior del hotel y cogemos el primer ascensor, que nos lleva a la planta de abajo. Las puertas se abren en el jardín inferior, casi escondido desde la entrada del Hilton, pero todavía más hermoso y cuidado. Hay una gran piscina con varios parasoles abiertos y muchas hamacas con toallas de color crudo encima. Un responsable viene a nuestro encuentro.

—Buenos días.

—Buenos días. Soy Renzi, habíamos reservado.

El responsable revisa una hoja dentro de una carpeta.

—Sí, buenos días, señor Renzi, por supuesto. Por favor, síganme, señores.

Nos lleva a la parte más reservada del jardín, donde hay una gran mesa baja debajo de un cenador con una botella de champán y unas copas. Nos deja allí justo cuando llega un camarero.

—¡Señor Renzi, bienvenido!

—Gracias, Pietro.

Se estrechan la mano.

—Buenos días también a ustedes, señores. Bien, les he hecho preparar salmón fresco natural cortado en finas lonchas, unas huevas también de salmón; después, dos clases de ensaladas, una con naranjas sicilianas, olivas griegas e hinojo y otra con canónigos, aguacate y maíz; también hay cerezas, fresas, uvas y melocotón, y nueces cortadas en láminas y rociadas con vino blanco. Usted me había pedido también verdura al vapor y he mandado preparar zanahorias, calabacines y patatas; espero que vaya todo bien.

—¿Gin?

Ella le sonríe a Renzi.

—Sí, perfecto.

—Estupendo, enseguida se lo hago traer todo. Las verduras también se están haciendo y ya deberían estar listas.

—¿Puede traernos también un poco de agua mineral?

—Sí, por supuesto. Allí, sobre la mesita, están las llaves de la cabina que está detrás de ustedes para cambiarse, y también hay una campanilla. Cualquier cosa que necesiten, llámenme.

—Gracias.

El responsable se aleja. Gin abre la bolsa.

—Bueno, ya lo habrás adivinado… ¡Solo tenía que traerte el bañador! Te he cogido el negro, ¿está bien?

—Has estado perfecta.

—Por tan poca cosa… Bueno, si no os importa, voy a cambiarme, porque me estoy muriendo de calor y me gustaría darme un baño.

—¡Por supuesto!

Gin desaparece en la cabina con su bolsa. Giorgio coge entonces el champán y empieza a abrirlo.

Lo miro divertido.

—Cerrar los capítulos de la serie me parece algo muy agradable, esperemos que suceda a menudo.

—Sucederá muy a menudo, y cada vez me inventaré una buena manera de celebrarlo —dice Giorgio.

—Con el calor que hace hoy, tu elección me parece impecable.

—A mí también.

Y justo en ese momento el tapón salta con un ruido pleno, perfectamente a tono con la euforia del momento. La espuma sale de la botella, Giorgio moja el índice, se me acerca y me toca detrás de la oreja.

—Trae suerte… —me asegura.

—Lo sé, lo sé… —Y hago lo mismo con él.

A continuación, llena mi copa, después la de Gin y, por último, la suya. Pero cuando me pasa la mía oímos una voz a nuestra espalda:

—Vaya, vaya, vaya… Pero qué sorpresa. El mismo día en que se ha producido mi derrota veo que alguien celebra algo.

Es Gennaro Ottavi, al que él llama *el Empanada,* acompañado de un hombre con traje azul. Lleva un bañador rojo, una camiseta blanca que apenas consigue cubrirle la barriga y en los pies unos zuecos viejos, amarillentos, con la parte de arriba algo gastada. Fuma un cigarrillo y sonríe de manera sarcástica.

Giorgio lo saluda sorprendido.

—Hola, Gennaro, ¿cómo estás? Me dijeron que te habías retirado, y eso nos ha permitido llevar a cabo nuestro proyecto.

El Empanada cambia de expresión y deja de fumar. El hombre que está a su espalda coge rápidamente un cenicero de una mesa cercana para que él pueda apagar el cigarrillo.

—No me he retirado, me he visto obligado a retirarme. Y creo que detrás de todo esto estáis vosotros.

Giorgio se sienta y sonríe.

—Cuidado, Ottavi, para hacer una acusación como esa hay que tener

pruebas. ¿Cómo puedes pensar que nosotros hemos sido los culpables de lo que sea que haya pasado?… Porque, aparte… —le sonríe—, no tengo la menor idea de lo que estás hablando.

Se miran en silencio. El Empanada entorna los ojos.

—Después de todo lo que he hecho por ti, ¿así me lo pagas?

Giorgio ya no se ríe.

—Tú no has hecho nada por mí. Todo lo que he conseguido en esta vida lo he hecho yo. Tú solo me has utilizado.

Los dos se quedan de nuevo en silencio. Entonces Giorgio le sonríe de nuevo.

—Y, de todos modos, para mí solo fue un aprendizaje. Ahora estoy aquí, disfrutando de este bonito día con mi nuevo jefe, y no tengo ningunas ganas de discutir contigo. ¿Podemos invitarte a champán?

Justo en ese momento, de la cabina a nuestra espalda sale Gin muy sonriente y tranquila.

—¿Qué tal estoy con este bañador? —Entonces, al ver que hay otras personas, cambia de actitud—. Oh, disculpad…

Ottavi no le dedica ni una mirada.

—No quiero vuestro champán. Hoy vosotros os reís de mí; puede que un día sea yo quien se ría de vosotros, y no seré tan educado.

En ese instante, me levanto.

—Mirad, no sé de qué estáis hablando. Decís las cosas en código, así que, si queréis continuar con vuestra discusión, podéis hacerlo más lejos. Para mí hoy es un agradable día de relax. Gracias.

Ottavi retoma la conversación:

—De todos modos…

Me vuelvo de golpe.

—Tal vez no me ha entendido. La discusión se acaba aquí. Queremos estar solos, darnos un baño y no tener que escuchar sus problemas. Gracias.

Gennaro Ottavi nos mira durante unos segundos. A continuación, comprende que no procede insistir y, sin decir una palabra, se da la vuelta y se va, seguido de su guardaespaldas.

Me desabrocho la camisa.

—Madre mía, qué aburrimiento. Es tan redondo como pesado. Pero ¿cuánto tiempo estuviste con él?

—Cinco años.

—Demasiados. Yo no duraría ni cinco minutos.

—Somos distintos…

—Sí, pero ese es un capullo para los dos.

Giorgio se ríe y se inclina para coger una copa, que le tiende a Gin, seguidamente me pasa una a mí y la última se la queda en la mano.

—Bueno… Por Futura y, por tanto, por nuestro futuro, por la felicidad, por nuestra serenidad y también por la del Empanada…, ¡para que no nos toque más los cojones!

Reímos y entrechocamos las copas. Luego, mientras me tomo el excelente Cristal helado, veo a lo lejos a Ottavi hablando por teléfono y paseando nervioso al tiempo que sacude la cabeza.

—Bien, hace mucho calor; si no os importa, voy a tirarme al agua. —Gin se quita las Havaianas, da unos pasos hasta el borde de la piscina, dobla las piernas y se zambulle de cabeza con las manos perfectamente unidas. Recorre un buen trecho por debajo del agua y emerge en el centro de la piscina.

Dejo la copa de champán ya vacía encima de la mesa y observo a Giorgio divertido.

—Increíble, mira que llegan a ser absurdas las casualidades de la vida. Hoy hemos conseguido arrancarle a Ottavi el proyecto de la serie, venimos a celebrarlo al Hilton, y ¿a quién nos encontramos? ¡A Ottavi!

—Ya…

Giorgio bebe su champán sin mirarme.

—O sea… ¿No es una casualidad?

Se vuelve hacia mí.

—De vez en cuando viene al Hilton, pero no siempre. Aunque hoy Pietro, ese amable camarero que nos está preparando la comida, me había avisado de que estaba. Y ahora que incluso ha venido a saludarnos…, ¡ahora sí que estoy disfrutando! —Giorgio termina de beberse toda su copa—. Y aún será mejor cuando nuestra serie tenga una gran audiencia.

Cojo el bañador.

—¿Por qué ha tenido que retirarse? ¿Qué le has hecho?

—Qué ha hecho él…

Me pasa el móvil y me muestra unas fotos de una chica guapísima muy desnuda.

—Se llama Carolina, se ha enamorado de repente de nuestro Empanada, y él se ha creído en serio que una mujer así de guapa lo deseaba… Se acostó con ella

a escondidas de su mujer, Veronica. Pero esa Carolina, no sé cómo, hizo unas fotos y también lo filmó…

Sigue pasando las fotografías del teléfono y, en efecto, más adelante sale el Empanada desnudo, feo como un gusano, con Carolina también desnuda pero ella en cambio es una belleza, y lleva a cabo algunas prodigiosas peripecias, todas ellas naturalmente para satisfacción del objetivo.

—Ahora, por desgracia, querían publicar el reportaje en *Chi*, pero no creo que la mujer del Empanada se lo tomara muy bien. Aparte de que es ella y su imperio quien lo subvenciona desde el principio. Le ha permitido crecer y que pudiera hacer todos esos regalos. Luego resulta que él sabe moverse, claro, pero es demasiado presuntuoso. Es tan presuntuoso que parece estúpido. ¿Cómo es posible que no se diera cuenta de que, si le gustaba a una belleza como esa, era solo porque ella es una zorra?

Dejo el móvil y le sirvo champán. Después lleno mi copa.

—Y a la que además han pagado muy bien para fingir que él le gustaba muchísimo…

—Porque es demasiado presuntuoso.

—¡Exacto!

Brindamos de nuevo y, a continuación, me dirijo a la cabina.

—Tienes razón, no me cuentes nada más. ¿Sabes?, las carreras de motos me gustaban muchísimo porque tenía la posibilidad de ganar, pero también de perder, nunca tenías ninguna garantía. Odio a los que se pegan con alguien claramente más débil; primero porque es de cobardes y, luego, porque siempre he pensado que al final es un aburrimiento, que es una victoria fácil. Para mí ganar es bonito cuando no sabes hasta el final si has sido el mejor.

—No te preocupes. Me daré alguna satisfacción solo con el Empanada. Jugaré a su juego. Pero con el resto del mundo prometo ser correcto.

SESENTA Y TRES

Después de dejar a Giorgio en la oficina, el chófer y yo nos dirigimos a casa para acompañar a Gin.

—¡Hemos pasado una tarde estupenda! —Gin se mira en un espejito—. Hasta me he bronceado, excelente, así me veré un poco mejor.

—Cariño, pero si tú estás muy bien de todos modos, no necesitas tomar el sol. Aunque tienes razón, el sol…

—Besa a los guapos. ¡Siempre me tomas el pelo!

Veo que el chófer se ríe.

—Que no, lo pienso de verdad. Si eres guapa, eres guapa, ¿qué puedo decir? ¿Tengo que hacer como si nada?

Gin sacude la cabeza resignada.

—Vale, eres un coñazo, y encima disfrutas riéndote de mí.

—Que no, ¿por qué me dices eso?; no es cierto…

—Bueno, ya estoy acostumbrada y no importa. Pero ahora responde a esta pregunta: ¿cómo es Renzi?

—Un número uno.

—¿Es realmente tan bueno?

—Sencillo, directo, va un paso por delante de todos. Intuitivo, se mueve por automatismos…

—¡Eh, tú antes no hablabas así!

—He evolucionado gracias a Renzi. ¡En este mundillo, si no hablas deprisa, te quedas fuera!

—Pero ¿te gusta el trabajo que haces?

—Mucho, ha sido un descubrimiento. Escribir guiones me gustaba, pero todo lo que estoy haciendo ahora es nuevo, diferente… Es más importante, debes

tener en cuenta un montón de cosas.

Solo que no puedes bloquearte. Lo ideal sería acertar una y otra vez.

—Claro, estaría bien.

—Quién sabe… Lo único es que se trata de un mundo de continuas relaciones, y lo de estar metido en medio, tener que ser el que incluso a veces resuelve los problemas, debo decir que me ha sorprendido bastante. No pensaba que pudiera hacerlo, en serio…

—Te creo.

El coche aparca y Gin me da un beso en los labios.

—¿Qué haces?, ¿vuelves tú también a la oficina?

—Sí. Si tengo que ir a algún sitio, te llamo.

—Muy bien, nos escribimos.

—¿Te acuerdas de que esta noche es la cena de Pallina?

—Ah, sí, gracias.

—¿Qué harás?, ¿vas a venir?

—No, cariño, prefiero quedarme en casa si para ti no es un problema, estoy un poco cansada. Y, además, los próximos días serán todavía más complicados. ¿Te molesta?

Le sonrío. No sé si creerla. Quizá quiere dejarme a solas con mis amigos, con mi pasado, para ser más libre de decir estupideces, de mostrarme terriblemente nostálgico, como a veces ocurre en estas ocasiones sin que nos demos cuenta.

—No, haz lo que quieras. Gracias. Nos llamamos luego.

Le doy otro beso y ella baja del coche. Miro cómo se aleja. Con el pelo todavía un poco mojado y la bolsa colgada al hombro, entra decidida en el portal, sin volverse.

—Espere un instante antes de irnos.

Me quedo todavía un rato mirándola. Se para delante del portal y, después de encontrar la llave, la mete en la cerradura. Entonces de repente se vuelve, como si se hubiera acordado de que todavía podría seguir allí. De hecho, así es. Y me dedica una gran sonrisa, pero veo que los reflejos de la ventanilla no le dejan ver mucho, así que desaparece detrás de la puerta.

—Podemos irnos. Gracias.

—¿Lo acompaño a la oficina adonde he ido a buscarlo?

—Sí, gracias. —Entonces cambio de idea—: No, disculpe: ¿puede pasar un momento por la via Cola di Rienzo?

—Por supuesto, ¿dónde exactamente?

—No me acuerdo del número, está más o menos por la mitad, viniendo de la piazza del Popolo a la derecha.

—Perfecto. Ya me avisará usted cuando tenga que parar.

—Sí.

De modo que me relajo en el asiento, me pongo las Ray-Ban oscuras y cierro los ojos. Me he bañado en el Hilton, he comido exquisiteces fuera de temporada, he tomado el sol con una mujer preciosa que está esperando a mi bebé y con la que dentro de poco me casaré. He cerrado un importante contrato que hace que mi empresa se sienta más segura y que me dará trabajo y beneficios durante los dos próximos años. Ahora debería ser capaz de responder a esa fatídica pregunta: «Sí, soy feliz». Sin embargo, siento una extraña inquietud. Es algo parecido al mar; a veces lo ves plano, con algún ligero encrespamiento en la superficie. Y, aun así, los pescadores, al advertir el vuelo bajo de los cormoranes, de una simple gaviota, el giro de una corriente o un banco de peces saltando, saben adivinar que dentro de poco ese mar cambiará. ¿Se acercan, pues, días de tormenta? Y de pronto me viene Babi a la mente, su sonrisa, cuando estrechó con fuerza entre sus brazos a Massimo, su hijo, nuestro hijo, su manera de cerrar los ojos, como si quisiera respirar el amor de ese abrazo, el sabor de la piel de su hijo, como si se aferrara a lo único que tiene, como si se sintiera desesperadamente sola. Entonces sonrío. «Pero ¿cómo puedes pensar esas cosas? Te haces películas, proyecciones de la vida de una persona que ya no es la que conocías. No sabes lo que le ha pasado, lo que en realidad siente, en qué consiste su felicidad, cómo ha cambiado el mundo a su alrededor, qué ha sido de sus padres, de su hermana, cómo es la relación con su marido, qué ocurre en esa casa, qué se dicen, cómo se besan, cómo duermen abrazados, si cogidos y juntos, o apartados…». Y algo sucede. De repente siento una punzada en el estómago, me falta el aire. La idea de ella abrazada a su marido, debajo de él, encima de él, de lado… Pero, «mente», ¿por qué vas por ahí? ¿Por qué no abandonas para siempre esas imágenes de ella con otro, que, como un inesperado tsunami, reaparecen de vez en cuando con increíble violencia? Y, poco a poco, mi respiración se va recuperando. Para, déjalo todo, «mente». Basta. Está fuera de tu vida. Desde hace mucho tiempo. Lo que ha sucedido ha sido un breve y casual encuentro y no volverá a suceder nunca más. Ahora tu vida está a punto de tomar un nuevo rumbo, vas a tener un hijo y después quizá otro y será tu familia, tu nueva familia; ya no habrá espacio para ella, no podrá seguir siendo un dolor, un

recuerdo tan duro.

—Ya me dirá dónde tengo que parar…

—Sí, siga adelante, está delante de Franchi, justo antes del semáforo. Ahí, es esa.

El coche se detiene.

—¿Me espera un momento?

—Por supuesto.

Entonces bajo, me paro un segundo delante de la tienda y miro el escaparate. Ese sombrero azul oscuro, ese Borsalino, me lo probé una vez con mi madre, nos reímos y bromeamos sobre lo bien que me quedaba, sobre lo mayor que me hacía parecer. Y dijimos que un día ella me lo regalaría. En aquella época salíamos los dos solos entre semana, la tarde de los miércoles era nuestro día. Estaba creciendo deprisa y de vez en cuando me compraba algo: un pantalón, una camisa, unos zapatos nuevos. Por eso los miércoles era y es mi día de la semana preferido. Ese sombrero, sin embargo, mi madre nunca me lo compró, y ahora ya no puede comprármelo. Entro en la tienda. Un señor está detrás del mostrador, una mesa con un cristal debajo del cual hay pañuelos de colores y unos bolsos de mano muy bonitos.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Buenos días; querría ese Borsalino azul del escaparate.

—Creo que es el último, espero que sea de su talla. —Abre el escaparate por detrás y se inclina hasta cogerlo—. Aquí está, pruébeselo.

Entonces me quedaba ancho, nos reímos porque se me bajaba, me tapaba los ojos apoyándose sobre la nariz. Ahora, en cambio, me va perfecto. Me miro al espejo. Lo ladeo un poco, ajusto el borde.

—Le queda muy bien.

Sonrío por su comentario a través del espejo.

—Gracias, mi madre también me lo decía.

Me mira un poco perplejo, evidentemente no sabe de qué hablo.

—De acuerdo, gracias, me lo quedo.

—¿Se lo envuelvo?

—No, gracias.

—¿Quiere una caja? ¿Una bolsa?

—No, gracias. ¿Cuánto es?

—Son doscientos ochenta euros.

Pago y salgo de la tienda, me lo pongo en la cabeza y entro en el coche.

—Podemos irnos. Gracias.

—¿Adónde lo llevo?

—Déjeme en el Panteón.

Se mete por el paseo a la orilla del Tíber. No hay mucho tráfico, de modo que en poco tiempo llegamos a la piazza Minerva.

—Puede dejarme aquí.

—Está bien. Lo espero.

—No, gracias, cogeré un taxi.

—Disculpe, pero estoy a su servicio hasta las ocho.

En efecto, teniendo en cuenta que le pago yo, también puedo hacerlo esperar.

—De acuerdo, pues nos vemos dentro de un rato…

—Por supuesto. El señor Renzi me ha pedido que lo acompañara hasta terminar el turno. Me ha dicho que este día se lo regalaba él.

Luego me voy. Así pues, no paga Futura. Giorgio ha querido hacer todo esto pagando de su bolsillo. ¿Y ese Empanada lo dejó escapar? Hoy en día no es fácil encontrar personas así. Además, me parece que es muy honesto, pero de eso solo podré estar seguro dentro de unos años. Fue una de las primeras lecciones de Mariani. En el mundo del espectáculo todos demuestran ser amigos tuyos y hacen mil cosas por ti, pero cuando tengas un tropiezo verás quiénes son tus verdaderos amigos. Me gustaría no descubrirlo nunca, aunque si esa es una de las notas positivas, entonces, cuando te sucede, tienes que saber hacer un buen uso de ello. He leído un montón de cosas sobre el fracaso; la que más me ha impresionado es que solo del fracaso aprendes realmente algo. Michael Jordan dijo una gran verdad: «Puedo aceptar fracasar, todo el mundo fracasa en algo. Pero no puedo aceptar no intentarlo». Hoy ha sido un intento que ha salido bien.

—Buenos días, querría un granizado con nata.

—Uno cincuenta.

Saco unas monedas del bolsillo, las cuento y se las doy. A continuación, cojo el ticket y voy al fondo de la barra, dejo el ticket sobre el mostrador y pongo encima veinte céntimos.

—Un granizado con nata; ¿me pone también por abajo, por favor?

—Claro.

—Gracias.

Lo prepara en un periquete. Coge un vaso de plástico y, con una cuchara de madera, pone una capa de nata, a continuación, saca de debajo de la barra un recipiente de metal y con una larga cuchara de hierro raspa en el interior el

granizado de café. Desliza de nuevo hacia abajo el recipiente, vierte el granizado en el vaso y pasa por encima la cuchara de hierro hasta aplastar la nata que se entrevé al fondo. Seguidamente vuelve a coger la cuchara de madera, cubre el granizado con más nata y, como para rubricar que ha terminado su obra, coloca en el centro una cucharilla blanca de plástico.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Salgo por la puerta que está a mi espalda. Siempre es un espectáculo ver cómo preparan el granizado aquí, en la Tazza d'Oro. Me siento en los escalones de la fuente de la piazza della Rotonda, justo enfrente del Panteón. Cojo la cucharilla clavada, la lleno a partes iguales con granizado y nata y la hago desaparecer en mi boca. Cierro los ojos. Es un sueño. Está perfecto. Dulce y amargo. Frío hasta tal punto que algunas partes de nata casi se te quedan pegadas durante unos pocos segundos para luego deshacerse junto al resto. En los momentos más diversos, más tristes o alegres de mi vida, he venido a tomarme este granizado aquí, en estos escalones, como si fuera algo que, de un modo u otro, rubricara un premio o me pusiera en armonía con la vida. Y de repente me viene un recuerdo a la cabeza. Acabo de hacer el amor con Babi, la miro en la cama con sus ojos brillantes, todavía emocionada. Me sonríe con amor, y yo la observo, la miro en silencio, sosteniéndome sobre los brazos para no dejar caer mi peso sobre ella, perdido en su boca entreabierta, que me deja adivinar sus dientes.

—Eres lo más bello de mi vida. —Y ella sonríe, pero permanece en silencio —. Cuando estoy contigo es algo maravilloso, que no logro explicarte, es como el granizado de café con nata de la Tazza d'Oro.

—¡Ostras, estabas diciendo unas cosas preciosas y luego me comparas con el hielo!

Me echo a reír.

—No, ¡si es perfecto! Esa nata dulce, ese café amargo e intenso…, es casi mejor que cualquier droga, igual que tú.

—¡Eso está mejor!

Me atrae hacia sí y me da un beso apresurado.

Todavía lo recuerdo, perfectamente.

De modo que al día siguiente la traje aquí en la moto a tomarnos un granizado.

—Espera, no te lo comas ahora. Tienes que ponerte en los escalones.

De modo que nos sentamos a los pies de la fuente que está en medio de la plaza.

—Ahora prepara la cucharilla, coge granizado y nata a la vez, así, y luego métetelo en la boca y cierra los ojos.

Babi sigue mis indicaciones y, después de saborearlo con los ojos cerrados, mueve poco a poco la boca. A continuación, los abre y sonríe.

—¡Ostras! ¡Qué pasada! Y ¿de verdad soy yo así de buena?

—¡Cuando follamos, sí!

—¡Idiota!

Y, como es natural, me dio muchos puñetazos en el hombro, pero seguimos riéndonos, tomándonos el granizado como si fuéramos dos extranjeros en nuestra propia ciudad, citando la canción de Battisti «*Chiedere gli opuscoli turistici della mia città… Passare il giorno a visitar musei, monumenti e chiese, parlando inglese… e tornare a casa a piedi dandoti del lei*». «Pedir los folletos turísticos de mi ciudad… Pasar el día visitando museos, monumentos e iglesias, hablando en inglés…, y volver a casa a pie tratándote de usted»[24].

Una frase cada uno, hasta la última, en que dijimos a coro: «*Scusi, lei mi ama o no? Non lo so, però ci sto!*». «Disculpe, ¿usted me ama o no? No lo sé, pero ¡me apunto!».

Sí. A veces los recuerdos vienen así, de repente, no puedes pararlos y no puedes borrarlos. Me quedo mirando el vaso de granizado ya vacío. «Es casi mejor que cualquier droga, igual que tú».

Pero ya se ha acabado. Tengo que volver a la oficina.

SESENTA Y CUATRO

Cuando llego a la oficina Alice está ordenando unos papeles.

—¿Renzi se ha ido?

—Sí, se ha despedido y solo me ha dejado unos proyectos para ordenar; ha apuntado algunas cosas encima.

Me acerco para ver qué ha escrito y Alice me los pasa. En cada proyecto hay un pósit pegado con su valoración: para revisar, para utilizar en un programa contenedor, inútil, para comprar, con tres puntos de exclamación. Leo el título del último: «Cromos de oro». Se trata de una especie de Monopoli televisivo, hecho totalmente con personajes de la vida pública más o menos famosos en ámbitos diversos: política, cine, fútbol, televisión, cotilleos. Los concursantes tienen que hacer un álbum. Leo los fragmentos que hay en el panel, preguntas verosímiles sobre la vida de los diferentes personajes. Si el jugador acierta, coge su cromo y su correspondiente valor y va completando el álbum. La gente en casa sigue el concurso mientras oye verdades y mentiras sobre muchos personajes famosos. No está mal.

—De acuerdo, gracias. —Se lo devuelvo todo a Alice, que así puede retomar su trabajo de catalogadora.

Voy de camino hacia mi despacho cuando me fijo en que la luz del de Simone está encendida. La puerta está abierta, de modo que me detengo en el umbral y llamo. Está trabajando en el ordenador con los cascos, pero cuando me ve, me sonríe y se los quita.

—Felicidades, me he enterado del increíble bombazo en el mundo de las series.

—Sí, estamos muy contentos.

Cierro la puerta, cojo una silla y me siento delante de él.

—Hemos ido a la piscina del Hilton a celebrarlo. Nos han servido la comida en la Pergola y luego he ido a dar una vuelta y me he comprado esto… —Me pongo el sombrero—. ¿Te gusta?

Simone me mira divertido.

—¡Bueno, te hace un poco *boss*! ¡Pero tú eres el *boss*! Sí, la verdad es que te queda muy bien.

Entonces le sonrío satisfecho. A continuación, me lo quito y juego un poco con él, le doy unos golpecitos en la copa, haciendo una especie de pliegue, mientras evito mirarlo.

—Me gustaría celebrar algún día un éxito tuyo, estaría muy bien…

Levanto la mirada y le sonrío. Está ligeramente incómodo.

—Sí, claro, a mí también me gustaría mucho.

—Ya, pero si acabas despedido de Futura será difícil que eso suceda…

—Pues entonces esperemos que no acabe despedido.

—No voy a preguntarte a quién has visto hoy porque, si me mintieras, tendría que echarte. Y me da miedo que puedas hacer una tontería como esa.

Entonces me mira con orgullo, sin titubeos, casi divertido.

—He visto a Giovanna Segnato.

—Pero ¿no te pedimos que no la vieras?

—Hemos comido juntos.

—No importa lo que has hecho o lo que has dejado de hacer. Renzi fue claro. Esa mujer es una bomba. Solo con que la roces, nosotros saltamos por los aires.

—No voy a rozarla.

Esta vez le sonrío yo.

—Tienes diecinueve años. Me acuerdo muy bien de cuando yo los tenía. Si me hubiera gustado una chica como esa y ella hubiera tenido un mínimo interés por mí, no habría escuchado a nadie. Así que te comprendo perfectamente, pero no me digas tonterías.

—Mira, Stefano, no sé qué me ha pasado. En Civitavecchia salgo con una chica y estoy muy bien con ella, pero es que con Giovanna hemos conectado de una manera increíble. Ella siempre dice lo que quiero escuchar, se comporta tal como me imagino…

Entonces me mira como si buscara en mí a un amigo, el confidente para una situación como esta.

—¿Te ha pasado alguna vez?

—Sí.

—Pues eso, entonces puedes entenderme. Y sabes que no es posible renunciar a algo así…

—Tienes razón, no es fácil. En mi caso el destino decidió por mí.

—¿Y si, en cambio, no hubiera sido así? ¿Habrías aceptado que tu decisión fuera no volver a verla o habrías perdido el trabajo?

—Puede que me hubiera perdido del todo. Pero no fue así. Sin embargo, no existe un destino que decida por ti. Tienes que pensarlo por ti mismo. De modo que puedes seguir trabajando para nosotros o bien dejarnos el programa y marcharte a hacer tu trabajo a otro sitio. Puede que te salgan más oportunidades, pero te diré una cosa: Giovanna Segnato es muy apreciada en las altas esferas. Vayas a donde vayas a trabajar, cuando vean que llevas ese extra pegado, se te quitarán de encima. Sería como meterse trilita en casa con una mecha encendida; siempre sería solo cuestión de tiempo.

Me mira un rato en silencio y luego asiente.

—Está bien.

—¿Qué quiere decir «Está bien»? ¿Quiere decir que te quedas con tu trabajo, que vas a serle fiel a tu novia de Civitavecchia y sigues con nosotros, o quiere decir «Está bien, me voy con Segnato»?

—Quiere decir «Está bien, me quedo con vosotros».

Me levanto de la silla.

—Yo no soy Renzi. Hoy te estás comprometiendo conmigo. Esta es tu última oportunidad. Si descubro que no lo has dicho en serio, te quedas fuera. Lo siento, pero yo me cabreo y además bastante. Así que, si quieres pensarlo un poco más, dímelo.

—No. Está decidido.

Entonces le tiendo la mano y él me la estrecha.

—Ya está todo hablado. Estás seguro, ¿verdad?

En ese momento Civinini coge su móvil, busca algo, luego pulsa una tecla y se queda mirándome mientras el teléfono suena. Oigo que alguien contesta, es una voz alegre, divertida, contenta de su llamada. Simone cierra los ojos y, a continuación, empieza a hablar:

—Hola, Giovanna. Sí, yo también tenía ganas de hablar contigo, pero tengo que decirte una cosa.

Mi novia está muy celosa, hoy estaba por aquí y nos ha visto juntos en Antonini. Se ha enfadado mucho. Le he prometido que no volveríamos a vernos ni a llamarnos nunca más. —Se queda un instante en silencio. Presumo que ella

le está diciendo algo al otro lado del teléfono—. No. Se lo he prometido. —Silencio—. Sí, yo también lo siento, muchísimo. —Más silencio. A continuación, Simone sonríe—. Pues claro, faltaría más, podemos hablar por temas profesionales. Puedes estar segura de que, en cuanto haya audiciones o se ponga en marcha el programa del que hablamos, te llamaré. —Un instante de silencio—. Sí, yo también lo espero. —Después cuelga. Me mira, deja el móvil y abre los brazos—. ¿Ahora me crees?

—Sí, claro. Pero a partir de mañana que no sea que haya audiciones todos los días, ¿eh?

Se echa a reír.

—No lo había pensado… Pero bueno, espero que hagamos muchos programas, así tendré excusa.

Salgo de su despacho. Voy al mío, cierro la puerta y abro el cajón del armario de debajo de las hojas de papel. Hay una camisa blanca. Me cambio la que llevo puesta. Esta escena recuerdo haberla visto en una película. Harrison Ford tiene una cita importante y, en vez de volver a casa, se pone una limpia que guarda en el despacho. La película era *Armas de mujer*, con Melanie Griffith y Sigourney Weaver. Es una película divertida en la que una mujer, interpretada por Melanie, hace realidad su sueño de tener éxito con un proyecto suyo. Recuerdo que acaba bien. Hay una bonita frase de Melanie para hacer callar a Harrison Ford: «Tengo una mente para las finanzas y un cuerpo para el pecado». Y luego sale esta idea de tener una camisa en el despacho, así que puedo ir directamente a la cena de Pallina sin pasar por casa. A veces, una simple película puede ofrecerte una buena idea.

—Adiós, Alice, adiós, Silvia, hasta mañana…

Poco después, salgo del portal. Quito la cadena de la moto, meto la llave y la enciendo. A continuación, me abrocho el casco y me monto, meto primera y en un instante rebaso la piazza Mazzini y estoy en el Lungotevere. La moto se desliza fácilmente entre los coches en el tráfico de la noche. Por lo menos, los quinientos veinte euros que he invertido en el manillar forzado por ese cabrón de ladronzuelo no han sido en vano.

SESENTA Y CINCO

Cuando llego debajo de casa de Pallina, la fiesta ya ha empezado. Se oye la música a tope procedente del cuarto piso, hay varias personas asomadas a la terraza y delante del portal está lleno de motos y scooters. Pero ¿a cuánta gente ha invitado? No me imaginaba que iba a ser algo así.

Sacudo la cabeza mientras pongo la cadena fijándola bien al poste de al lado. Después llamo por el interfono al tiempo que oigo que por los altavoces suena *I Feel Good*[25]. Alguien sale a la terraza y agita la mano siguiendo el ritmo, y enseguida llegan dos chicas que se ponen a bailar junto a él. No logro reconocerlo, no me parece ninguno de los amigos de siempre. En ese mismo instante abren la puerta sin querer saber siquiera quién ha llamado y me olvido de mi curiosidad. Es una fiesta como las de entonces, en las que nos colábamos todos y limpiábamos la casa. Estoy dentro del ascensor.

Esperemos que no le suceda a Pallina. No lo permitiría. Cuando salgo en el cuarto piso, la puerta de la casa está abierta. Un chico y una chica desconocidos para mí charlan animadamente en el umbral.

Él tiene una Beck's en la mano, ella un cigarrillo liado, pero no es un porro, aunque lleva un piercing en la nariz y todo el pelo recogido en una especie de turbante de rastas. Se apartan a un lado para dejarme pasar, pero no me da tiempo a entrar en el salón.

—¡Mira quién ha llegado! —grita Pallina viniendo a mi encuentro—. ¡Step!

—¡Venga ya!

El tipo que está con el equipo baja un poco la música. Lo reconozco, es Lucone. Siempre le ha gustado hacer de DJ, aunque con pobres resultados.

—¡El gran Step, bienvenido, esta es tu noche! —dice por un micro que hace

salir su declaración por todos los bafles repartidos por la casa, para que no quepa ninguna duda de que he llegado.

Y, uno tras otro, de la cocina, de los rincones del salón, del pequeño despacho, va viniendo gente, algún amigo perdido desde hace tiempo, pero nunca olvidado.

«¡Qué guay, Step!», «¡¿Qué pasa, tío?!», «Me han dicho que te casas… ¡Mi más sentido pésame!».

Algunos se echan a reír. Desde la ventana se acerca el que estaba bailando con las dos chicas.

—¡Schello! ¡Desde abajo estabas irreconocible!

Pelo corto, ropa elegante, incluso se ha afeitado.

—¡Step! —Me abraza. Hasta va perfumado. Parece su hermano clonado para mejor.

—¿Qué te ha pasado?

Me mira sorprendido.

—¿Por qué? No sé, puede que haya adelgazado.

—¡No, no lo entiendes: o has estado en Lourdes o no puede ser que se haya producido un milagro de este calibre!

Se ríe todavía como entonces y tose, casi perdiéndose en esa dificultad para respirar, demostrando que en eso no ha cambiado; todavía fuma muchísimo.

—¿Qué hay, tío? ¡Qué sorpresa!

Llegan Hook, el Siciliano, Palombini, Marinelli y muchos otros más, muchos a los que había perdido de vista, muchos que ni siquiera me acordaba de que existieran. Y todos tienen una palabra, una sonrisa, una broma para mí.

—Tú y yo nos vimos hace poco… —dice el Siciliano, como si quisiera alardear con los demás de quién sabe qué amistad ininterrumpida.

Entonces Pallina me abraza.

—Venga, dejadlo en paz, lo estáis ahogando… Si me lo estropeáis, después ¿quién se va a casar con él, eh?

Y una chica que está sentada en un sofá allí al lado con unas amigas le sonríe.

—Alguien se casará con él, alguien, no te preocupes…

Ahora la reconozco: es Maddalena, estuvimos juntos durante un tiempo, antes de conocer a Babi, antes de que ella se pusiera celosa, antes de que se liaran a tortas. Pero no me da tiempo a decir nada porque Pallina me empuja hasta la cocina.

—¡Mira quién es!

Un tipo que está de espaldas ocupado en los fogones se vuelve sonriéndome, lleva un gran delantal negro con un toro dibujado en el que se lee «MATADOR».

—¿Qué pasa, Step?, ¿cómo estás? —Bunny se limpia las manos en el delantal; a continuación, se acerca, me da la mano derecha, la cierra alrededor de la mía y tira de mí, tal como nos saludábamos entonces, como nos saludamos entre nosotros. Y me golpea la espalda y me abraza como si fuéramos hermanos.

«Pero yo era hermano de Pollo y tú eres Bunny y ahora estás con Pallina, que era su mujer».

Cierro los ojos. Pero Pollo ya no está, mientras que Pallina sí, y ha organizado todo esto por mí, por ella y por Bunny, para tener mi aprobación, si bien todavía no me ha pedido nada, pero en cierto modo lo está haciendo ahora. Y me parece que estoy viendo a Pollo sonriéndome y asintiendo.

«Déjala ir. No puedes dejar de ser feliz por los demás. Yo ya no estoy».

Y se me encoge el corazón, pero es así. De modo que me aparto de él y le sonrío.

—Eh, ese olorcito parece bueno… ¿Qué estás cocinando?

—¿Te gusta? —Bunny se pone otra vez a remover una gran olla de barro con un cucharón de madera—. Es polenta. Eh, estoy en la cocina desde las cuatro con todo esto. ¡Llevo sudando aquí en los fogones toda la tarde! ¡Hoy, aunque después me hinche a comer, estoy seguro de que la báscula quedará decepcionada!

Y se ríe de su broma y luego me mira, busca algo en mi mirada, y por un instante, solo por un instante, es como si quisiera estar completamente seguro de que yo he aceptado su decisión de estar juntos. Pero tal vez es solo una impresión. En cualquier caso, Pallina se ocupa de disipar cualquier duda.

—Venga, me lo llevo para que salude a los demás. —Me coge por debajo del brazo y, en cuanto salimos de la cocina, apoya la cabeza en mi hombro y me susurra—: Gracias…

Yo sonrío, pero no la miro.

—De todos modos, está bien, ha adelgazado.

—¿De verdad?

—Sí, está mejor.

Y me aprieta más fuerte el brazo, como si con esa última frase yo hubiera bendecido definitivamente a la pareja, cosa que, por supuesto, no me corresponde a mí; pero si les hace falta mi sonrisa, ¿cómo voy a negársela? Y

seguimos saludando a la gente.

—Hola, Mario. Hola, Giorgia.

Entonces Pallina se fija en unas personas que están en una mesa con el vaso vacío en la mano, dándoles la vuelta a las botellas.

—Perdona, Step, se ha terminado la bebida. Ahora vuelvo. —Y se va corriendo con esa última garantía, como si no supiera moverme solo.

En una esquina, Maddalena me sonríe, pero Hook, que está a su lado, enseguida la estrecha hacia sí, la obliga a darle un beso y luego me mira como diciendo: «Eh, que ahora es mía». No hago ni caso. Me vuelvo hacia el otro lado como si nada. «Puedes quedártela». Yo también me sirvo algo de beber y, mientras tomo un trago de *falanghina* fría, los miro. Son los chicos de antes, los de las carreras de motos, de colarse en las fiestas, de los saqueos varios. Me parece como si hubiera pasado un siglo, que todo queda muy lejos. Ríen, bromean, se pasan una cerveza, un porro. Y oigo alguna conversación.

—Pues eso… reparte pizzas a domicilio. Dodo, en cambio, ha encontrado algo chulo, está de guardia en un garaje de la estación Termini.

—¡Venga ya!

—Sí, mil doscientos al mes, no tiene que moverse de allí y las extranjeras pican que no veas.

Se ríen como si eso fuera la máxima meta, la tan anhelada aspiración por fin alcanzada. Me viene a la cabeza un libro de Jack London, *Martin Eden*. Al principio de la historia él es un marinero, luego se convierte en un escritor de éxito por ella, por Ruth, de la que un día, al verla en la escalera de su casa, se enamora sin ningún motivo, porque el amor es así.

Al cabo de mucho tiempo, cuando él ya se ha hecho rico y es un hombre de éxito, se presenta en casa de Ruth vestido elegantemente. Todos están contentos, es el hombre perfecto que la familia desea para ella. Pero cuando Martin Eden la ve, ahora que ha aprendido a leer y a escribir, desde lo alto de su nuevo conocimiento, y la oye hablar y hacer reflexiones, cosas que antes él no estaba seguro de ser capaz de valorar, comprende que Ruth, la mujer por la que lo ha hecho todo, por la que ha cambiado su vida, en realidad es una estúpida. Así pues, vuelve con su grupo, con aquellos marineros a menudo borrachos que no saben ni leer ni escribir, y entonces comprende que, después de todo lo que ha hecho en su vida, las personas a las que ha conocido, los nuevos caminos que ha recorrido, esos amigos de antes ya no tienen nada que ver con él.

—¿Qué ocurre, Step?, ¿qué haces ahí con esa cara? Pareces de un triste…

Estás pensando en el matrimonio, ¿eh?…

Es Schello dando saltitos delante de mí mientras intenta hacerme reír. Pero, con ese pelo tan bien puesto y esa inesperada elegancia, también él parece fuera de lugar.

—No, la verdad es que estaba pensando en cómo han cambiado todos, sobre todo tú.

—¡Qué va! Puede que haya cambiado socialmente… Trabajo, tengo un buen coche, tengo un piso de alquiler en Parioli, visto de forma muy guay, pero por dentro no he cambiado ni una coma. ¡Yo voy a cambiar…!

Y se ríe con esa entrecortada y acatarrada risa de siempre. Sí, es verdad, en eso no cambiará nunca.

—Bien, me alegro por ti. Y entonces ¿a qué se debe esta increíble revolución?

—Bueno, ya lo sabes: te haces mayor, tienes nuevas experiencias. —Le da un largo trago a una cerveza—. Y, de alguna manera, cambias. —Luego suelta un enorme eructo—. ¡Pero no demasiado!

—Y vuelve a reírse.

Justo en ese momento, desde la cocina, con una gran fuente llena de polenta con salsa humeante, trocitos de carne y salchichas alrededor, llega Bunny.

—Señores… ¡Ya sale la polenta!

Y, aunque estamos a mediados de junio, todos entran desde la terraza, se levantan de los sofás, pasan desde el rellano. La mesa parece una invasión. Se pasan platos de papel, cuchillos, tenedores, una servilleta, mientras Bunny regresa a la cocina y sale inmediatamente después con una segunda fuente también llena de polenta, salsa, salchichas y carne.

—Aquí hay otra. ¡Dejadme sitio!

De modo que alguno se aparta a un lado, Hook y Maddalena me tapan, están delante de mí, cuando de repente lo veo. Parece estar pasándolo bien, charla con Palombini, agita las manos con su plato de plástico y el tenedor. Pero ¿quién es ese tipo? ¿Por qué me parece reconocerlo? Entonces me viene un flash. Es un instante. Es como una película rebobinada con rapidez y puesta en marcha al ralentí, y se detiene en el punto exacto, donde él aparece. Es el ladronzuelo de los cojones, el que me rompió el manillar, quinientos veinte euros gastados en la Honda por su culpa. Qué contento estoy de haber venido a esta fiesta. Paro al vuelo a Bunny, que está volviendo a la cocina.

—Sandro, hazme un favor, quédate detrás de mí y no dejes pasar a nadie.

—Claro, Step. Ningún problema. —Me sonríe. No sabe nada, no sabe qué pasará, pero, sea lo que sea, para él está bien. Como en los viejos tiempos, bastaba con un gesto, sin muchas palabras.

Así que voy lanzado hacia la mesa. Muy bien, Pallina, me alegro de tu elección, tienes mi bendición. El tipo sigue hablando con Palombini cuando ve que la gente delante de él se va apartando, una persona tras otra, empujada con amabilidad a un lado conforme nosotros avanzamos.

Entonces, intrigado, deja de hablar, luego me ve, me mira mientras camino deprisa, directo hacia él, sin titubeos. Solo al final abre mucho los ojos cuando ya es demasiado tarde. Deja caer el plato y el tenedor y se vuelve para huir, pero en un instante estoy encima de él. Lo cojo del cuello por detrás, apretándolo fuerte con la derecha, al tiempo que con la izquierda le agarro todos los pelos que tiene y lo empujo hacia la primera salida abierta.

—Ay, joder, ay.

—Cállate, silencio.

Bunny está detrás de mí, en cuanto estamos fuera cierra la puerta de la terraza. Veo que alguno sigue la escena desde dentro, pero enseguida pierde interés y vuelve a la cola de la polenta todavía caliente. Bunny aparta dos hamacas para cerrar el paso a esa parte de la terraza donde estamos. Con la derecha empujo la cara del tipo contra la pared y le mantengo la mejilla aplastada, mientras con la izquierda lo sujeto por el pelo.

—¡Ay, joder, me haces daño!

—No es nada. Te acuerdas de mí, ¿no?

El tipo con la mejilla contra la pared se agita dando golpes con los pies.

—¡Pero si no puedo verte!

—Me has visto antes, cuando iba a tu encuentro, me has reconocido. De todos modos, te refrescaré la memoria: soy el gilipollas al que querías birlarle la moto pero, en cambio, solo le rompiste el manillar.

Ahora Bunny también sabe toda la historia. Con el rabillo del ojo, lo veo cruzarse de brazos y ladear la cabeza como si quisiera mirar mejor al tipo. Entonces sacude la cabeza como diciendo: «Ah, eso no tendrías que haberlo hecho, la moto de Step, no».

A continuación, con ambas manos, golpeo con fuerza la cabeza del tipo contra la pared.

—¿Te acuerdas ahora? ¿O tengo que refrescarte la memoria?

—Ay, sí, sí, perdona, no sabía que era tuya, hice una gilipollez.

—Sí, una gilipollez de más de quinientos euros… —Y, dicho esto, sin dejar de sujetarlo por el pelo con la izquierda contra la pared, empiezo a registrarlo con la derecha.

El tipo se revuelve.

—Quieto, quieto, estate quieto…

Le tiro fuerte del pelo hacia atrás, apretando con el puño. Suelta un grito.

—He dicho que te estés quieto. —Continúo hurgando hasta que en el interior de la cazadora vaquera encuentro su cartera—. Oh. Aquí está… —La saco—. ¡Cómo abulta! —La abro manteniendo una mano contra la pared y agarro todo el dinero que hay dentro. Después la tiro al suelo—. ¿Qué has hecho? Esta vez sí que has podido colocar una buena moto, ¿eh? —Pero no espero respuesta. Lo empujo más fuerte contra la pared y doy dos rápidos pasos hacia atrás, cogiendo distancia. Después cuento el dinero—. Cien, doscientos, trescientos…, seiscientos. Bueno, los gastos más las molestias.

No necesito más. —Entonces dejo caer algún billete de diez y de veinte al suelo—. Ahora lo recoges todo y dentro de dos segundos exactos te vas, sin despedirte de nadie, ¿está claro? Desaparece.

El tipo recoge rápidamente la cartera y el dinero que están en el suelo y luego se lleva una buena patada, fuerte, de punta, en el trasero.

—¡Ay, joder!

—Pues esto no es nada. No vuelvas a cruzarte nunca más en mi vida. Me molesta la gente que estropea las cosas, sobre todo las mías. Da gracias por que no te haya tirado abajo.

Me mira un instante, observa a Bunny, a continuación se mete la cartera en el bolsillo y se marcha. Cruza rápidamente el salón, lo seguimos con la mirada hasta que pasa por la puerta y desaparece por la escalera.

—¡Oh! Joder, me ha roto la moto, pero al menos he recuperado el dinero. —Me lo meto en el bolsillo—. No sé por qué, tenía la sensación de que me lo iba a encontrar, pero no aquí, en casa de Pallina. A saber quién coño es.

Bunny se ríe como un loco.

—¿Qué pasa?

—Nada. Ahora ya lo veo claro; lo ha traído Palombini, ha dicho que me lo quería presentar para que pudiera hacer un buen negocio con él.

—¿De qué se trataba?

—¡Palombini quería hacerme comprar una moto!

—Menudo pringado el Palomo… ¡Vamos a ver qué tal ha quedado la

polenta, venga!

—Sí, sí.

Dejo pasar a Bunny y le doy una palmada en la espalda, él se vuelve y me sonríe.

—Me alegro de que hayas venido, Step; para Pallina era muy importante. Y para mí también.

—Yo también me alegro.

A continuación, va a la mesa, coge un plato, sirve polenta, recoge un poco de salsa todavía caliente del borde, un trozo de carne, una salchicha, y me lo pasa junto a una servilleta.

—Gracias.

Después se mueve hacia un lado, coge un vaso y lo llena de vino tinto.

—Toma, Step. Es un Brunello excelente.

—Pero…

—Voy a ver si Pallina necesita algo.

—De acuerdo.

Entonces, una vez solo, me siento en el sofá, dejo el vaso encima de la mesa baja que está frente a mí y pruebo la polenta. No está nada mal. Corto con el tenedor una salchicha y también la pruebo.

Todavía está caliente, bien hecha, y no tiene nada de grasa. Iría bien un poco de pan. Justo mientras miro a mi alrededor para ver si hay sobre la mesa, alguien se deja caer a mi lado en el sofá.

—¡Oh! ¡Estás aquí!

Me vuelvo.

—¡Guido!

—¿Qué pasa, Step?, ¿cómo estás?

Nos abrazamos.

—Muy bien, ¿y tú?

—Siempre bien. ¿Estás listo para mañana? Te paso a recoger a las cinco, ¿vale?

—Eh, te lo ruego, nada de putas…

—¿Cómo?, ¿perdona? Cuando te lo pregunté me diste carta blanca para tu despedida de soltero.

Y, ahora, ¿me vienes con esas? ¡Joder, eso no se hace! ¡Habrá de todo y más! —Lo miro divertido y él prosigue—: ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? ¡No es propio de ti!

Me limpio la boca con la servilleta y bebo un poco de vino tinto.

—Este lo he traído yo; ¿qué tal?

—¡Bueno!

—¿Lo ves? Solo suministro cosas de primera calidad; confía en mí, ¡será una despedida perfecta!

Me echo a reír.

—Está bien.

—Entonces paso a recogerte a las cinco. ¡Oye, estate preparado, no desaparezcas! ¡Desaparece al día siguiente, si quieres, pero mañana por la noche, no! —Entonces se queda pensando un momento—. Aunque… ¡No estaría mal! —Y se ríe él solo mientras se aleja.

Sacudo la cabeza y sigo comiendo ese excelente plato de polenta, salchichas y carne. Cuando termino, bebo otro trago de vino y me seco la boca.

—Hola, Step.

Me vuelvo. Es Maddalena. Me sonríe.

—Me alegro de verte.

—Yo también me alegro.

Se sienta en el apoyabrazos del sofá.

—Yo más, estoy segura. —Se echa a reír—. Siempre estuve yo más colgada que tú…

—No es verdad. En ese momento estábamos a la par.

Me toca el brazo con la mano, me alisa la camisa.

—Estás bien, ¿sabes? Estás más guapo ahora, más atractivo, quizá porque has crecido, te vistes de manera elegante…

—Sigo siendo el mismo. —Miro a Hook al fondo de la sala. Charla con Lucone, pero de vez en cuando veo que lanza una mirada hacia aquí. Se lo señalo a Maddalena—. A ver si se va a enfadar.

—No puede enfadarse, ni que me estuviera prohibido hablar con la gente. Y, además, tú eres amigo mío, te conozco desde hace mucho tiempo…

—No me gustaría discutir esta noche.

Me sonríe.

—Está bien, ya me voy. ¿Nos vemos algún día? Me gustaría ir a dar una vuelta contigo…

—Voy a casarme.

—Lo sé, pero no soy celosa… —Se echa a reír y se aleja.

La miro por un instante mientras se marcha y veo que ella lo sabe, pero luego

me dedico a otra cosa, si no, al final sí que habrá alguna pelea esta noche. Entonces me levanto, doy una vuelta conforme la música suena cada vez más alta, cojo un vaso, me sirvo ron y salgo a la terraza. Antes de que tenga tiempo a apoyarme en la barandilla, vuelvo a no estar solo.

—Step, ella es Isabel.

Schello me presenta a una hermosa chica morena con los ojos azules, alta y delgada, con un vestido que deja ver todas sus formas, quizá mejorándolas.

—Hola, encantada. —Me estrecha la mano y me sonríe. También tiene unos dientes preciosos.

—Encantado.

—Bueno, ella ya ha hecho algo en televisión, pero todo cosas pequeñas, necesita algo más grande. Para mí que podría arrasar, tiene todos los números. ¡Incluso más! —Schello ríe, mientras la chica lo riñe.

—Venga, Alberto.

Schello recobra la compostura.

—Vale, era una broma, ¿podrás hacerle una prueba? Pero algo serio…

—Solo hacemos cosas serias. En cuanto empiece el programa haré que te llame quien se encargue. Ahora, perdonad, pero tengo que irme.

—Vale, gracias, Step, eres un amigo.

—Gracias.

Y los dejo así, en la terraza. Luego busco a Pallina, la encuentro en la cocina con Bunny, están terminando de sacar el postre.

—Adiós, gracias por todo. Nos vemos pronto, no faltéis.

—¿Ya te vas?

—Sí, tengo muchas cosas que hacer estos próximos días.

Pallina se ilumina.

—Ah, claro, qué ilusión. —Y me abraza con fuerza. Después me dice bajito —: Nuestra amiga no ha vuelto a llamarme, no sé si sabrá… Hoy no me ha parecido el momento de invitarla.

Me aparto y le sonrío.

—¡Muy bien, de vez en cuando tienes unas ideas excelentes! —Después saludo a Bunny y me marcho sin decir nada a nadie más.

Cuando llego a casa voy con el mayor cuidado posible, camino de puntillas, intentando no hacer ruido. Pero tengo sed, me apetece otro ron. El ruido de los vasos al tocarse cuando cojo uno despierta a Gin.

—¿Eres tú?

—No, es un ladrón.

—Pues entonces eres tú. Me has robado el corazón.

Entro en el dormitorio, está a oscuras y ella está como si todavía durmiera.

—¿Sabes que estando sonámbula dices unas cosas muy bonitas?

La veo sonreír en la penumbra.

—Solo estando sonámbula me atrevo a decirlas.

—Has sido muy lista, te has salvado. Una bonita fiesta, pero un poco nostálgica y melancólica…

—¿Quién había?

Noto su voz algo tensa, pero hago como si nada.

—Los de siempre, mis amigos del pasado. Alguno ha mejorado, alguno no. Alguno no ha tenido valor de venir, otro quizá tenía otras cosas que hacer. ¿Quieres saber la increíble nota positiva? He pillado al que quiso robarme la moto…

—Venga ya, y ¿qué ha pasado? Ya me lo imagino…

—Te equivocas, se ha ofrecido a pagarme los daños y hemos llegado a un acuerdo.

Se incorpora y se sienta.

—¿Qué? ¡No me lo creo! Step ha cambiado…

—Sí.

—Entonces eres un hombre con el que casarse…

Le sonrío.

—Sí.

—Pero tengo que darte una mala noticia, mañana tienes que irte…

—¿Cómo? ¿Todavía no nos hemos casado y ya me echas? ¿Acaso no me crees? Oye, que no le he pegado. ¡Esta noche he estado perfecto!

—Me lo imagino. Dame un beso.

Entonces me acerco y me siento a su lado, la abrazo y la beso con dulzura. Está caliente, perfumada, suave, deseable. Me mira divertida.

—Mañana tienes que irte porque los futuros marido y mujer no pueden verse el día antes de la boda. Pero esta noche puedes quedarte…

—Bien.

—Y también puedes aprovechar…

—Estupendo.

Y, mientras se quita el camisón, me alegro de no tener alrededor ningún fantasma del pasado. Así, con ligereza, yo también empiezo a desnudarme.

SESENTA Y SEIS

Cuando me despierto, en casa hay un gran silencio, excepto por la música a bajo volumen que ha empezado a sonar en la radio. El radiodespertador se ha puesto en marcha, está sintonizado en Ram Power: «Una la vives, una la recuerdas». El tema que ha decidido empezar así mi jornada es *Meraviglioso*, de los Negramaro[26]. Me parece una buena señal. Miro el reloj, son las diez. Ostras, he dormido un montón, aunque, de hecho, cuando volví ya era tarde. Ha sido una noche preciosa.

—Gin, ¿estás aquí?

No hay respuesta. Debe de haber programado ella el despertador de esta manera. Menos mal que lo ha hecho, si no, quién sabe cuándo me habría despertado. Voy a la cocina, la mesa está preparada con un excelente desayuno. Hay cereales, queso brie, un melón blanco ya cortado, unas rebanadas de pan listas para meterlas en la tostadora y una nota.

Hola, amor:

Si quieres, también hay huevos en la nevera que puedes prepararte como más te apetezca: revueltos, fritos, duros... En fin, de una manera u otra, los huevos ya sabes hacerlos, así que ya te apañarás. Por otra parte, quería desearte lo mejor para este último día especial, sí, porque puede que no te acuerdes, pero hoy es tu último día de soltero. Así que ¡relájate, alégrate y pásalo bien!

Me dan ganas de reír, pero sigo leyendo.

Ahora bien, la tradición dice que el día antes, nosotros, los futuros novios, no nos veamos.

Por tanto esta noche o vas a casa de tu padre o a casa de un amigo o a donde quieras, pero te recuerdo que no vengas aquí porque trae mala suerte. O sea..., mañana podrás volver, ¡pero después de que te cases conmigo! Y bien, dos últimos consejos: No he visto tu traje, al igual que tú no has visto el mío, y siento mucha curiosidad. Sé que a tu padre le hacía ilusión regalártelo, sé que te lo has probado y que ha llegado a su casa, de modo que no te olvides de cogerlo. Además, también he hecho enviar allí las alianzas, aprovechando que en el edificio hay portero. La última recomendación de todas: sé que Guido ha tenido carta blanca para tu despedida de soltero. Espero que te diviertas..., pero ¡no demasiado! Y también que mañana no estés tan perjudicado como para no poder pronunciar las fatídicas palabras «Sí, quiero».

Porque eso es lo que tienes que decir. Pero si, por casualidad, durante la despedida de soltero, en lo más profundo de la noche, que precisamente se dice que trae consejo, o una chica especial que tus amigos hayan elegido para celebrar este último día..., total, si por casualidad hubiera una cosa cualquiera que te hiciera dudar de todo lo que nos hemos dicho hasta ayer, avísame enseguida, llámame, envía un mensaje, incluso una paloma, un guardabosques... Pero no me hagas llegar a la iglesia y comprobar que soy yo, en vez de tú, quien espera al novio, que, encima, puede ser que no llegue. Eso no te lo perdonaría nunca. Lo demás tampoco, pero podría superarlo. En cualquier caso, te amo y, si todo va bien, ¡me caso contigo!

GIN

Doblo la carta y empiezo a desayunar. El café está caliente en el termo, el hervidor con la leche todavía sigue templado, como si Gin, antes de salir, lo hubiera calentado un poco. Meto las rebanadas dentro de la tostadora y la pongo en marcha y, mientras espero, me bebo un zumo de naranja. También tengo el *Corriere della Sera*; ¡Gin ha pensado absolutamente en todo! Hojeo el periódico despacio, leo distraído algunas noticias mientras me sirvo el café, añado un poco de leche y oigo saltar la tostadora. Cojo las rebanadas, las pongo en un plato y al mismo tiempo corto un trozo de queso brie. Me gusta porque es delicado, no tiene un sabor demasiado fuerte como el camembert, que, en cambio, prefiero como aperitivo, quizá por la noche, hacia las siete, con un vino blanco muy frío o una cerveza helada. A estas alturas, Gin me conoce muy bien, cada pequeño detalle, y nunca habría confundido el camembert con el brie del desayuno de primera hora. Me como una tajada de melón blanco, rico, dulce pero no demasiado, frío pero no demasiado; en resumen, también perfecto.

Y me pongo a pensar: saber lo que quiere o lo que le gusta a alguien, saber hacer realidad sus deseos, ser merecedor de su confianza…, ¿pueden ser los requisitos de la persona ideal? Cuando entras en un centro comercial y buscas algo, ves muchos productos expuestos, todos son muy similares, pero al final escoges el que más te conviene por calidad, precio o porque has visto la publicidad y en cierto modo ha conseguido conquistarte, convencerte de que es para ti, de que es el mejor. El matrimonio, ¿también es así? ¿Al final hay una especie de filtro que te hace entender cuál es la persona mejor para ti? Esa es la palabra: *mejor*. Me sirvo un poco más de café y me fijo en que hay una bolsita con dos cruasanes de Bonci. Arranco un pedazo para ver si también ha acertado en esto. ¡Sí, es salado! Bonci los hace tan delicados… Son únicos, perfectos, fermentados de manera excepcional, me comería uno detrás de otro y no sé cuándo pararía, son los mejores. Bueno, estaba analizando la palabra *mejor* en relación con el matrimonio. ¿Gin es la solución mejor? Los cruasanes de Bonci lo son y, de hecho, los he saboreado uno tras otro sin ningún titubeo, al igual que el brie, la tostada caliente, el zumo, el café, el periódico sobre la mesa. Pero todas estas cosas también te las puedes hacer tú mismo, o pedirlas a una persona del servicio, si te la puedes permitir. Todo eso se puede sustituir. En cambio, una mujer debe ser única, especial, insustituible. Como ella te hace sentir no te hace sentir nadie. Debe ser una persona a la que nunca olvides, que en lo bueno y en lo malo siempre esté en tu mente, que no sea tu comodidad, sino tu inquietud. Eso es, tu inquietud. «¿De verdad es eso lo que querrías? Sabemos de quién

hablas». Y me siento agobiado, como si dentro de mí se agitaran dos personas distintas. En cierto modo, una es el viejo Step, el de las carreras de motos, de los grandes celos, de la pasión, de las peleas, de las huidas y de la rebelión. Y la otra, Stefano Mancini, un chico, ahora un hombre, tranquilo, seguro, que empieza a valorar su trabajo, la manera en que crece todo lo que lo rodea, incluido un hijo en la tripa de la mujer con la que se casará mañana. ¡Pero el viejo Step en realidad ya tiene un hijo! Entonces ¿no sería más bonito subir a la moto, mandar a freír espárragos esta boda, pasar a buscar a Babi y a Massimo, salir corriendo hacia el aeropuerto, tirar la moto allí en medio, dejarlo todo atrás y coger el primer avión a cualquier parte? A las Maldivas tal vez, luego a recorrer el mundo, por otras islas, las Seychelles, Madagascar, y seguir viviendo con ella sin perder un segundo más de esa vida que nos está separando desde hace ya demasiado tiempo… Entonces miro la bolsa de Bonci, las migas de las tostadas que me he comido, el brie en vez del camembert, el vaso manchado con algún trocito de naranja del zumo que me he bebido, el *Corriere della Sera* que he hojeado, la carta de Gin que he leído… «Solo hay un detalle, tanto si eres Step como Stefano: tal vez podrías haber estado en este momento en una de esas islas, pero no ha sido así. Y está claro que no fue porque tú no lo quisieras, sino porque Babi te dejó. A lo mejor no lo recuerdas, pero ella se casó, llevaba a tu hijo en sus entrañas y, aun sabiéndolo, hizo que pareciera de otro, y puede que nunca te lo hubiera dicho. En cambio, te lo ha dicho seis años después, sí, justo ahora, y ¿sabes por qué? Porque esta vez eres tú quien se casa, porque la vida es así; cuando todo parece perfecto, te baraja de nuevo las cartas, te hace caer de ese castillo, te pone en entredicho, se divierte contigo, se ríe de ti y quiere ver cómo sales de esta. Ya, y ¿tú cómo vas a salir de esta?».

Entonces me meto debajo de la ducha, echo la cabeza hacia atrás y hago girar el grifo del agua caliente, más caliente, me dejo arrastrar por ella y sonrío intentando alejar cualquier duda. ¿Cómo vas a salir de esta? Bien. Mejor dicho, muy bien. Ponme a prueba cuanto quieras, no me da miedo, soy sólido, estoy tranquilo, seguro de mi decisión; mañana me casaré con la chica adecuada.

Un poco más tarde, estoy en casa de mi padre.

—Por fin estás aquí. Hoy no voy a la oficina. Va a venir Paolo, me ha dicho que lo llamara en cuanto llegases. Quería saludarte.

—Sí, pero tampoco es que me mude a Estados Unidos o me vaya a la guerra. Solo me caso…

—Bueno, ya sabes que el matrimonio es un poco como la guerra… —Y se

echa a reír como un estúpido.

Lo miro en silencio. «¿De qué hablas, papá, de lo que le hiciste pasar a mamá? ¿Qué es lo que no sé? ¿O estás hablando de la guerra con la extranjera? Porque en este caso eres más maduro, ¿no? Ya sabías a lo que te enfrentabas».

—Quiero decir… —mi padre sigue hablando— que las cosas son fáciles al principio porque hay pasión, ganas, el placer de estar juntos, pero luego puede cambiar, si no eres capaz de cambiar tú.

«Y ¿cómo fue con mamá? —me gustaría preguntarle—. ¿No cambió lo bastante? ¿No estaba a la altura? ¿No era suficiente? ¿Qué era lo que no iba bien en ella, papá? Me parecía perfecta, pero evidentemente para ti no lo era, o no lo bastante». Pero todo eso, por supuesto, no se lo digo.

—Pues sí, el matrimonio tiene las de ganar cuando los dos cambian a la vez…

Y justo en ese momento llaman a la puerta y papá se levanta. Casi parece aliviado por esa interrupción, como si le diera un poco más de tiempo para pensar cómo decirme cualquier otra tontería.

—¡Ha llegado Paolo!

Regresa muy contento con él cogido del brazo.

—¡Hola, Ste'!

—Hola. —Me levanto y nos abrazamos. Permanecemos en silencio, hay un poco de emoción.

Paolo se echa a reír.

—¡Ostras, estoy más emocionado hoy que cuando me casé yo!

—Siempre te has dejado llevar demasiado por el entusiasmo por los demás y no te has preocupado de tus emociones.

Paolo se sienta en el sofá.

—¿Sabes que es lo mismo que siempre me dice Fabiola? Te lo juro, me lo dice sin cesar: «¡Siempre encuentras las palabras para decir cosas bonitas a los demás o escribir notas para el momento adecuado, pero con nosotros, nunca!». ¿Es que habéis hablado?

Me echo a reír.

—Sí, en realidad mañana no es mi boda, todo es una excusa para enseñarte a decir cosas bonitas en el momento oportuno… Mira que eres gilipollas.

Mi padre se ríe, yo me siento al lado de mi hermano y le revuelvo un poco ese pelo que siempre lleva tan bien puesto.

—¿Os apetece un café?

—¿Por qué no, papá?, gracias.

—¿Para ti, Step?

—Sí, para mí también, gracias.

Y nos ponemos a charlar en el sofá, riendo, tomándonos el café, dejando a un lado cualquier preocupación, y papá incluso se abre un poco y nos cuenta cosas de las que nunca nos había hablado.

—La conocí en una fiesta y, cuando la acompañaba a casa, vuestra madre me dijo: «Ve por allí, coge la via degli Orti della Farnesina, esa calle es más oscura». Y yo me dije: «Ya está, le gusto». Y entonces, en cuanto me paré, me miró sorprendida: «Pero ¿qué haces? ¿Por quién me has tomado?

¡Oye, que me pondré a chillar!». Así que le mentí y le dije: «Que no, perdóname, es que se me ha caído el mechero, tenía miedo de que se metiera debajo del freno». Y entonces hice como si cogiera algo y hasta se lo enseñé, con el puño cerrado: «¡Aquí está!». Y me lo metí en el bolsillo y luego arranqué. Tuve que cortejarla tres meses para conseguir que me diera un beso.

Paolo se ríe.

—Nunca nos lo habías contado, papá.

Yo sonrío. Mamá, en cambio, precisamente me lo explicó el día que fui a verla al hospital: «Tengo que decirte una cosa que papá no sabe, nunca he tenido valor para confesárselo. La primera vez que nos conocimos, enseguida intentó besarme, pero cuando le dije que por qué paraba el coche, hizo ver que había perdido el encendedor. Durante los días siguientes, mientras estaba con él, saqué un cigarrillo y le dije: "¿Me lo enciendes, por favor?". Y él dijo: "¡Es que no fumo! No tengo encendedor". Ni siquiera se acordaba. Tu padre siempre ha sido así. Decía mentiras y se olvidaba de haberlas dicho».

Vuelvo con ellos. Todavía se están riendo. Papá cuenta que una noche con unos amigos y con mamá en el Piper, una vez que vino Patty Bravo, mamá iba vestida como ella. Pero esa historia ya nos la ha relatado un montón de veces.

—Bueno, yo me voy… —Me levanto.

—Espera, espera… —Papá vuelve con un traje dentro de una bolsa—. Toma, es el que elegiste para mañana.

Paolo me mira divertido.

—Y ¿no vas a enseñárnoslo? ¿No nos haces un pase?

—Lo haré mañana, con la música…

—¡Que no, tú tienes que estar esperando, eso lo hace ella! Es que no sabes nada…

—Vale, lo que sea. De todos modos, ya me veréis mañana.

Paolo de repente está intrigado.

—Y ¿dónde vas a dormir esta noche? Gin está en casa, ¿no?

—Sí, quería estar tranquila y tener todas sus cosas para arreglarse… Me he ido yo.

—¿Quieres quedarte en mi casa? A Fabiola le gustará.

En realidad, tengo mis dudas, pero decido decir otra cosa.

—Esta noche saldré hasta tarde con mis amigos. He preferido coger una habitación en el Hilton, así mañana me doy un buen baño en la piscina antes de ir a la boda.

—¡A tu boda! No te confundas.

—No me confundo. Nos vemos mañana. Toma, Paolo, lleva tú las alianzas… —Le entrego el estuche—. Seguro que mañana estarás más lúcido que yo.

Paolo lo mira orgulloso como si tuviera la responsabilidad más grande del mundo.

Entonces me voy al Hilton, me dirijo a recepción, cojo la llave y subo a mi habitación en la última planta. Meto el traje en el armario junto con los zapatos y todo lo que necesito para ser el novio perfecto. A continuación, me echo un instante sobre la cama, pero aún no me he podido relajar cuando suena el teléfono que está a mi lado.

—Buenas tardes, está aquí el señor Guido Balestri, está esperándolo.

—Sí, gracias, dígale que ahora bajo.

Vuelvo a ponerme los zapatos, cojo la llave, cierro la puerta y llamo el ascensor. Después, mientras espero a que llegue, pienso en qué clase de despedida de soltero me habrán preparado para esta noche, y conforme aumenta mi curiosidad tengo una especie de ataque de pánico. Es mi último día de soltero. Mañana me caso.

SESENTA Y SIETE

—Eh, y ¿esto qué es?

Guido está apoyado en un Mercedes E.

—El coche que te llevará a una sorpresa.

—Me gusta.

—Pues sube.

Me siento a su lado, delante.

—No, no, tú ve detrás. Hoy hago yo de chófer.

—Me gusta todavía más.

Subo atrás y Guido arranca tranquilamente.

—Bien, te han grabado un CD de música, mira qué pasada.

Lo pone en el equipo del coche y al instante suena por los altavoces una canción de Pink Floyd.

—Eh, no está mal, empezamos bien…

—Y el resto es mejor.

Me pasa la funda del CD. Tiene la firma de Schello.

—Ya ves. Vamos bien.

De hecho, leo los nombres de los cantantes que más me gustan: Negramaro, Bruno Mars, Courtney Love, Bruce Springsteen, Lucio Battisti, Tiziano Ferro, Cremonini… Uno tras otro, se suceden los temas mientras circulamos por la ciudad. El coche es silencioso, la conducción de Guido es veloz, sin acelerones ni frenazos, perfecta.

—Oye, pero ¿adónde vamos? ¿Se puede saber?

Guido me sonríe por el retrovisor.

—Es una sorpresa. ¿Sabes qué?, toma, ponte esto. —Y me pasa un pañuelo negro.

—¿Y esto? ¿No puedo ver adónde vamos?

—Exacto. Es una orden del gran jefe.

—Y ¿quién es?

—Quien me ha ayudado a organizar todo esto, un amigo que conoces y que no te imaginas cómo se ha volcado contigo…

Finjo tener miedo.

—¡Quiero irme a casa!

Guido se ríe.

—¡Demasiado tarde! Estás atrapado. ¡Ponte el pañuelo y punto! Ya verás como no te arrepientes.

—O sea, ¿que tengo que tener confianza?

—¡Como siempre!

No le digo nada, pero en vista del resultado de la última vez, ¡más bien me convendría no confiarme! Aun así, lo hago, me pongo el pañuelo y decido divertirme. Por otra parte, solo te casas una vez, ¿no? Por lo menos, eso creo.

—Oye, y ¿cómo es ese gran jefe? Has dicho que es alguien que conozco… Y ¿qué es?, ¿un pringado? ¿Es un tipo guay? ¿Es un hombre? ¿Una mujer? O sea, ¿me puedes decir a qué voy a tener que enfrentarme? ¿A una noche de alcohol, de drogas, de música, de locura?

Oigo que Guido se ríe, pero no puedo verlo.

—¡Más que eso!

—¡Joder, me gusta!

Y me abandono en el asiento del Mercedes, mientras Guido pisa el acelerador y, como una señal premonitoria, empiezan a sonar en ese momento las palabras de Lucio: «*Mi ritorni in mente bella come sei, forse ancor di più*». «Vuelves a mi mente, tan hermosa, quizá todavía más». Y me dejo llevar, cierro los ojos bajo el antifaz y escucho esta canción todavía increíblemente moderna. «*Ma c'è qualcosa che non scordo… Un sorriso e ho visto la mia fine sul tuo viso. Il nostro amore dissolversi nel vento*…». «Pero hay algo que no olvido… Una sonrisa, y he visto mi fin en tu rostro.

Nuestro amor disolverse en el viento…»[27]. Lucio, has cantado cada momento del dolor de nuestro amor, y de una manera perfecta y completa. ¿Qué es lo que has sentido en realidad de todo lo que cuentas con tu música? Pero ya sé que es una pregunta que quedará sin respuesta. Tú eres Lucio, el compañero ideal, porque ninguno de nosotros encontramos respuestas. El amor nace y se

termina sin una verdadera razón, ese es su más bello misterio, es este el dolor que todavía me acompaña.

Necesito aire, abro la ventanilla, apenas una rendija, y noto que algo ha cambiado. Abro la boca y respiro a pleno pulmón, saboreo la vida. Lo reconozco.

—Eh, pero si estamos yendo hacia el mar…

Oigo reír a Guido y me lo imagino mirándome por el retrovisor.

—¡No vale, te has quitado el pañuelo!

—No me hace falta verlo, lo siento.

Y sigo olfateando el aire. Respiro el viento, el perfume de las olas, el sabor del infinito, imagino ese azul que desde siempre me acompaña. Lo siento a la izquierda, me vuelvo como para buscarlo y el calor del sol me lo confirma.

—Sí, estamos yendo hacia el mar.

—No puedo decirte nada.

Y la música continúa. Ligabue, *Certe notti*[28], Vasco, *Un senso*. Y luego, de nuevo Lucio con esas notas inconfundibles y ese magnífico ataque. *Sí, viaggiare*. Y es como si fuera una orden. «*Ti regolerebbe il minimo alzandolo un po' e non picchieresti in testa così forte no… E potresti ripartire certamente non volare… Ma viaggiare*». «Te lo ajustaría lo mínimo levantándolo un poco y así no te darías en la cabeza tan fuerte, no… Y podrías irte, no sería volar… Pero sí viajar».

Y con el sonido lento y monótono del coche, su subir y bajar por todas las uniones de la autopista, como si me estuviera acunando, me duermo.

Algún tiempo más tarde, no sé cuánto…

—¡Hemos llegado! ¡Quítate el pañuelo!

Joder, no sé cuánto he dormido, pero cuando me lo quito el sol casi se está poniendo.

—Si estamos en el puerto.

—Sí, nos está esperando una barca.

Bajo del coche y estoy en el Yachting Club de Porto Santo Stefano.

—Joder, ¿hemos venido hasta aquí?

—Sí, y tú has dormido todo el rato. De vez en cuando te miraba por el retrovisor, tenías estampada una sonrisa…

—Era por tu manera de conducir.

—Anda ya… ¡Estabas encantado! A saber lo que hiciste anoche.

—Nada raro…

—Sí, sí, venga, subamos a la lancha, que el gran jefe nos espera.

Entonces nos embarcamos en un Tornado 38 que se separa con rapidez del muelle y sale a mar abierto, fuera del puerto. El tipo que lo pilota empuja las dos palancas hacia delante y alcanza enseguida los treinta nudos, dibuja una gran curva, deja atrás la villa que fue de Feltrinelli a lo alto del acantilado y sigue adelante, a gran velocidad, hacia la isla Rossa, y después todavía más adelante, sin detenerse nunca. Ahora el mar es plano, la estela segura del Tornado crea dos grandes surcos. Seguimos navegando deprisa, hacia Ansedonia, mientras el sol se zambulle en el mar y frente a la Feniglia solo se ve un gran yate completamente iluminado.

—Ahí está…

Es increíble. Esto no me lo esperaba. A medida que nos acercamos, se hace más grande.

Entonces, cuando ya estamos cerca, el Tornado aminora dirigiéndose a la popa. Aparecen dos marineros con uniforme oscuro, nos lanzan un cabo que nuestro piloto coge al vuelo y asegura enseguida a la bita, recupera un poco acercando la lancha al yate y la amarra. No nos da tiempo a poner un pie en el barco cuando empieza a sonar la música de un increíble saxo tocando las notas del *Love Theme* de *Blade Runner*[29]. Arriba, en el puente, están todos asomados.

—¡Ahí está! ¡Menos mal!

Están Lucone, Bunny, Schello y todos los demás. También Marcantonio y algunos amigos más.

Miro a Guido asombrado.

—Perdona, pero ¿cuánto mide este barco?

—Cuarenta y dos metros.

—Y ¿cómo lo has conseguido?

—Y ¿qué más te da? ¡Disfrútalo!

—¡A ver si van a venir a detenernos a todos!…

Guido se echa a reír.

—No, no, puedes estar tranquilo. Es un favor de una persona decente. Aunque, de todos modos, somos doce, además de ti.

—Me suena mucho a la última cena. —Y, así, de repente, me planteo otra pregunta—: ¿Quién es el traidor?

Me sonríe.

—No hay. Y es porque tú no eres el Mesías, ¡eres un simple pecador! Diviértete, joder, y no pienses en nada más. No hay ningún problema, y tampoco vamos a pelearnos entre nosotros…

—¿Por qué?

—¡Porque somos doce y he invitado a quince chicas!

Cuando llego a la pasarela, la música suena enloquecida; unos camareros pasan con bandejas repletas de copas altas llenas de champán. Guido coge dos al vuelo y me tiende una.

—¡A tu salud! —Entrechoca con fuerza su copa contra la mía y me sonríe—. ¡Por que seas feliz esta noche y todos los días que vengan!

—Me gusta. Y que tú lo seas conmigo.

Y nos lo bebemos de un solo trago, frío, helado y lleno de burbujitas, perfecto.

—Disculpe. —Guido para al vuelo a una guapa camarera de piel oscura con el pelo recogido y que, cuando se vuelve, nos dedica una preciosa sonrisa.

Mi amigo deja la copa en su bandeja y coge dos más. Yo dejo la mía mientras él me pasa la copa llena. La camarera se aleja.

—¡¿Qué?, ¿cómo lo ves?! —Guido me abraza—. Pásatelo muy bien, Step.

A continuación, empezamos a pasear juntos por el barco.

—Hay tres puentes. Se llama *Lina III*, y, como te he dicho, tiene cuarenta y dos metros. Ven, subamos.

Subimos a cubierta, es todo de cristal, con grandes sofás de alcántara de color azul claro. Hay dos chicas charlando, se están tomando unos cócteles de color celeste a conjunto con el tejido de las cortinas ligeras que cubren en parte el rojo dejado en el cielo por el sol que acaba de ponerse. Guido las saluda.

—Hola, él es Step, el homenajeado.

Las dos se levantan. Son guapas, altas, no tienen mucho pecho, en cambio llevan el pelo largo; una es rubia, la otra morena. Se me acercan y me dan un beso en la mejilla.

—¡Felicidades!

—¡Nos alegra estar aquí!

—Sé que trabajas para la televisión y estás haciendo un montón de cosas interesantes. ¿Nos invitarás alguna vez a ver algún programa?

—Claro.

—Este barco es precioso, ¿es tuyo?

Guido interviene:

—Pero ¡cuántas preguntas! Ven, Step… Claro que es suyo. Además tiene dos villas en el Caribe y quizá hagamos una fiesta allí también. —Y me arrastra tras él.

Apenas nos da tiempo a oír su respuesta:

—¡Contad con nosotras! ¡Iremos a donde queráis!

Entonces llegamos al final del puente.

—Mira qué espectáculo…

Estamos mar adentro, en la bahía del Argentario. Diviso la larga playa de la Feniglia, allí, donde Babi y yo nos dimos el primer beso, y detrás la gran colina con varias casas. Algunas, mejores que otras, hasta tienen acceso privado al mar, otras, con grandes cristaleras en las que se refleja la bahía, poseen piscinas infinitas. Sigo mirándolas una tras otra desde el final de la playa hasta la última ensenada. Ahí, esa es la villa perfecta, la más alta, construida sobre las rocas y con su acceso privado. En aquella casa para Babi fue su primera vez.

«—¿Eres feliz?

»—Muchísimo.

»—¿Como si pudieras tocar el cielo con un dedo?

»—Mucho más. Al menos, a tres metros sobre el cielo».

—¿En qué estás pensando? —Guido irrumpe así en medio de ese recuerdo.

—En lo bonitas que son esas casas.

—Si todo va bien, algún día te comprarás una. ¡Estás pisando fuerte! A lo mejor aquella de la punta.

—Sí, a lo mejor.

—De todos modos, tenías una bonita sonrisa.

Y en ese preciso instante oímos sonar la sirena del barco.

—¿Y eso? ¿Nos estamos hundiendo?

—No. —Guido se echa a reír—. He dicho que nos llamaran cuando la cena estuviera preparada.

De modo que bajamos. Chicos y chicas están ya tomando asiento en el gran comedor. Ríen, bromean, algunos se abrazan de vez en cuando, se respira una gran euforia. Pasan unos camareros y retiran los vasos, mientras otros dos dejan botellas de champán a lo largo del centro de la mesa. Son siete botellas de Moët Chandon y somos veintiocho. Empieza a sonar una preciosa canción de George Michael: *Roxanne*[30].

—Guido, pero ¿quién paga todo esto?, ¿se puede saber o no?

—¡Gente a la que le gusta lo mejor! ¡Nosotros! Pero te voy a decir una cosa: la bebida la han puesto los hermanos Chandon en persona.

—Vale, tú todo el tiempo me tomas el pelo. Nunca te cansas de bromear y decir chorradas.

—Perdona, pero ¿no te he llevado siempre a unas fiestas magníficas?

Me acuerdo de la que incluso me procuró un hijo.

—¡Claro, es verdad!

—Y ¿te parece que no iba a organizar una fiesta maravillosa para ti precisamente ahora que vas a casarte? ¡Venga ya!

Y, como si fuera una señal, empiezan a entrar los camareros con grandes bandejas llenas de marisco, ostras, cigalas, gambas, tartar de pez limón y lubina, y comienzan a servir a las chicas. Las veo guapas, ya bronceadas, riendo y bromeando mientras los camareros, después de haberles llenado el plato de *crudités*, pasan a las copas de champán; y ellas sonríen y dan las gracias sin ningún titubeo, como si estuvieran acostumbradas desde siempre, como si cada noche cenaran así.

—Perdona, Guido… —Me acerco despacio a él.

—Sí, dime…

—Pero ¿son señoritas de compañía?

—¿Cómo?

—Sí, o sea…, ¿son zorras?

—¡No! —Se echa a reír—. Todas son chicas que quieren hacer tele o cine. Les he dicho que esta noche había trece productores aquí. ¡Cómo se lo iban a perder! ¡Han venido gratis!

Miro a los doce productores. Bunny, Lucone, Schello y todos los demás. Las chicas charlan con ellos, se lo pasan muy bien, ríen, al menos eso me parece. Y hay dos en concreto que escuchan con interés lo que dice Lucone. Pero… Pero ¡si a Lucone nunca se le ha entendido nada de lo que dice!

—¿Me permite?

Un camarero me pregunta si quiero probar algo, otro me llena de nuevo la copa, por los altavoces escondidos en la pared suena la voz de Arisa cantando *L’amore è un’altra cosa*[31]. Delante de mí, a lo lejos, veo Ansedonia completamente teñida de naranja.

Entonces me acerco otra vez a él.

—Vale, ya no te molesto más, solo dime una cosa: Guido… ¿Dónde está la

trampa?

Él se ríe.

—¿Crees que hay una?

—Sí.

—Depende. ¡La trampa quizá sea mañana!

Ah. Muy bueno. Pero no me ha hecho gracia.

SESENTA Y OCHO

Lentamente va cayendo la noche mientras siguen trayendo platos, dos espléndidas lubinas a la sal, ensalada de langosta, guarnición de patata y pulpo. Y más cigalas, langostinos y calamares a la plancha, y chipirones y pescadito frito. «El pescado es fresquísimo, de esta misma mañana…», nos asegura el capitán. Y nosotros, confiados, disfrutamos de todo lo que comemos. Y después unos sorbetes de mango, de té verde, de sandía, de kiwi, todo ello acompañado siempre de botellas de champán. Y al final los postres: semifrío de chocolate, de avellana, de sabayón, y macedonia de fruta.

Alguno se levanta de la mesa, otro va a la proa, otros encienden un cigarrillo, se toman un café, un licor, mientras un DJ sale de la nada y, con su pequeña consola, empieza a pinchar una espléndida música. Detrás de él aparece un saxofonista bajito, con un poco de barba, y sus dedos se deslizan por el saxo con increíble maestría. Mientras toca, va subiendo hasta el punto más alto de la proa, se sube al asiento de una lancha cubierta con una lona y allí, de pie, con el saxo apuntando al cielo, es como si cortejara a la luna, que, llena e inmóvil a su espalda, enmarca su perfil. Algunas chicas empiezan a bailar, otras se les unen, hacen un grupo, se mueven al compás de las notas. Otros, cogidos de la mano, prefieren escuchar la música más alejados, en popa, en los sillones en penumbra o en una de las muchas cabinas de este enorme barco.

Marcantonio, Guido, Lucone y Bunny han encontrado una ruleta con tapete y fichas y todo, o tal vez la han traído; en cualquier caso, han preparado un verdadero casino en el centro del comedor, sobre la gran mesa que los camareros ya han limpiado. Y juegan divertidos, rodeados por algunas de esas guapas chicas, de modo que yo también me acerco y cambio algo de dinero.

Lucone grita alegre:

—¡Ánimo, apostad, apostad, que dentro de poco *rien* os va *plus*! —en su francés macarrónico.

Alguna ríe divertida, otra ni siquiera se da cuenta. Y apuesto al dieciocho, sabiendo de todos modos que, aunque gane, no veré un euro.

—¡Una de las piernas de las mujeres…, siete! —Y se ríen y beben champán y alguno gana, pero muchos pierden, y algún otro cambia dinero y la música se desata.

—Hola. ¿Sabes que he estado en tu oficina? Me gustó muchísimo.

Me vuelvo. Y ella está ahí, mirándome sonriente. Está bronceada, tiene la piel muy oscura, los ojos verdes, el pelo corto, negro, una boca carnosa y una sonrisa muy bonita, con los dientes blancos, perfectos. Lleva un vestido rojo cereza, con una amplia sisa que deja apreciar sus bonitos hombros torneados. Debe de ser deportista, tiene los brazos fuertes. Me mira con aplomo.

—Me llamo Giada y me gustaría tocarte.

Me quedo sorprendido por sus palabras, por cómo me mira, seria, intensa.

—Pero… —Y por un instante me quedo cortado, como un estúpido no encuentro nada que decirle.

Pero ella se echa a reír.

—¡Venga, era una broma! Es que me hicisteis hacer una prueba absurda. Un tal Civinini me dijo: «¡Intenta decirme algo que pueda hacerme sentir incómodo!». Y a mí entonces me salió eso, lo que te he dicho ahora… Solo que a ti sí que te ha hecho efecto; en cambio, a él no.

Se echa a reír; a continuación, se pone seria, ladea un poco la cabeza y me mira con curiosidad.

—¿Qué pasa? ¿Te has enfadado? Era una broma…

Me sonríe, después se encoge de hombros como diciendo: «No importa», y con la barbilla me señala una botella de champán.

—¿Me sirves un poco?

La miro serio.

—Sírvemelo tú, soy yo el homenajeado.

Enarca una ceja, me observa un momento y a continuación empieza a reír a carcajadas.

—Es verdad, tienes razón; pero ¿después hacemos las paces?

—¡Claro! Pero antes ponme de beber.

Giada se aleja y va hacia la botella. La miro y sabe que la estoy observando; camina con los hombros derechos, pero no se contonea demasiado. Entonces se

vuelve, coge la botella de champán, dos copas altas, y regresa conmigo. Me mira a los ojos, nunca baja la mirada. Es hermosa y lo sabe.

Me pasa una de las copas y empieza a servir la bebida. La miro mientras lo hace y ella sigue sonriendo.

—Así que mañana te casas.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Crees que durará para siempre, tal como prometerás?

—No lo sé.

Ha llenado también su copa, a continuación, deja la botella y me mira sorprendida.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No me caso yo solo. ¡¿Sabes?, normalmente son dos!

—¡Claro! Yo me refería a en lo que respecta a ti; ¿crees que durará para siempre?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—¿Y si perdiera la memoria como en esa película, *Todos los días de mi vida*, la de Channing Tatum? ¿La has visto?

—Sí, es preciosa. Lloré.

—Y ¿tú lloras con facilidad?

—Si es una buena película de esas dramáticas, puede que me conmueva, pero en la vida lloro muy rara vez. Una vez lloré muchísimo por culpa de alguien que me hizo sufrir. Desde ese momento juré que nunca más lloraría por un hombre.

—Pero no lo sabes.

—Sí que lo sé.

—Podrías llorar por mí.

Me mira sorprendida.

—¿Por ti?

—Claro. Si ahora te rompiera un brazo, ya verías si llorarías.

—¡Idiota; venga, brindemos!

Y justo cuando unimos nuestras copas se oye de nuevo sonar la sirena. Guido, que se sabe el guion de todo lo que tiene que pasar en esta extraña noche, da indicaciones a todos:

—Salgamos, vamos afuera.

Nos ponemos en la borda, bajo las estrellas, delante de una gran luna llena. Y, en la oscuridad del cielo infinito de un azul perfecto, empiezan a estallar fuegos artificiales. Rojos, amarillos, verdes, violetas, uno dentro de otro, uno tras otro, sin parar, continuamente. Salen del mar y van hacia arriba, más arriba, por encima de nuestras cabezas, a treinta, cuarenta metros, y se abren como grandes parasoles y no les da tiempo a desaparecer cuando debajo de ellos ya estallan otros más pequeños que se desmenuzan hacia abajo y caen al mar. Cambian sin cesar de color: rojo, naranja, que se transforman en cascadas blancas, verdes. Uno tras otro en una explosión continua. Giada mete el brazo por debajo del mío, me aprieta y me dice sin mirarme: «Es precioso». Después apoya la cabeza en mi hombro y me aprieta un poco más. Yo la miro sorprendido. Ha dejado a un lado su índole guerrera, ahora parece dulce, sumisa. Estos cambios me parecen muy extraños, se me ocurre pensar que tal vez le hayan pagado. Los fuegos prosiguen sobre el mar. Mirando un poco más allá, a contraluz, a un centenar de metros de nosotros, veo una balsa. Encima hay un verdadero arsenal con cañas pequeñas y grandes apuntando al cielo, no muy lejos se balancea una barca de madera con dos hombres a bordo. Me imagino que han sido ellos los que han preparado todo este espectáculo de bombardeo. Entonces, desde la balsa, el gran cañón central dispara un cohete. Se para a unos veinte metros de altura y estalla con un estruendo; el segundo sale inmediatamente después, lo rebasa unos diez metros y tiene la misma intensidad; el tercero supera a los otros dos, se detiene en medio del cielo y, con un estallido enorme y una cascada de chispas, pone fin a los fuegos.

—¡Muy bien! ¡Precioso! ¡Magnífico!

Algunos silban, todos aplauden, y oigo el tapón de una botella de champán al abrirse, ni que fuera Nochevieja. Pasa un camarero y rellena nuestras copas. Giada me sonríe, mirándome a los ojos, entrechoca su copa contra la mía y brinda de nuevo.

—Por todo aquello que quieres, por tus deseos…

—Y también por los tuyos…

—No, tú eres el homenajeado. Esta noche puedes pedirme todo lo que desees.

—¿Esto también salía en la audición?

Se ríe a carcajadas.

—No, no, esto lo he improvisado ahora.

Y nos miramos. Tiene su copa delante de la boca; a continuación, bebe lentamente sin apartar sus ojos de los míos. No está mal esta tal Giada. Es guapa, es divertida, está bronceada, es sonriente, es sensual, es atrevida…

Suena de nuevo la sirena, dos veces en esta ocasión. Giada termina de beber, deja la copa sobre la mesita de al lado.

—Tenemos que irnos. Lástima —dice, y se inclina hacia delante, me da un sutil beso en los labios y se aleja.

—Pero ¿adónde vais?

—Nos han dicho que lo hiciéramos. Después de los fuegos artificiales, cuando la sirena suene dos veces, todos debemos abandonar el barco…

Me mira una última vez y me sonríe, pero lo hace de una manera extraña, casi triste.

—Es cierto, tienes razón. Quizá lloraría por ti, y sin que me rompieras un brazo.

Y se va a popa junto a todos los demás. Veo a Lucone, a Schello, a Bunny, a las chicas, a Marcantonio, a alguno abrazado que no reconozco, a alguno que se tambalea de lo borracho que está, como Hook, con dos chicas que intentan sostenerlo.

—¡Mantente en pie, que pesas!

—¡¿Qué dices?, estoy en forma…! Os puedo hacer felices a las dos.

Y todos empiezan a subir a unas lanchas que acaban de llegar. Algunos, por la escalerilla, otros saltan directamente desde la plataforma. A continuación, una tras otra, las lanchas se alejan del barco. Alguno me saluda, otros se están besando. A saber qué futuro de actriz ha prometido Lucone a esa chica; en vista de cómo se aplica debe de ser un buen futuro. Lástima que él no tenga nada que ver con el cine, aunque hizo de figurante, pero para ganar unos euros e intentar, allí también, ligarse a alguna chica sin resultado.

Guido se me acerca.

—¿Y qué? ¿Te ha gustado tu fiesta?

—Muchísimo.

—Bien, me alegro.

Me abraza; a continuación, se dirige él también hacia la escalerilla. Hago ademán de seguirlo, pero me para.

—No, no. —Me sonríe—. Tú, el capitán y la tripulación os quedáis aquí. Disfruta del barco de cuarenta y dos metros, tiene una suite para dormir. La han abierto ahora, no ha entrado nadie.

—Pero no me has explicado nada: ¿por qué?, ¿y el barco?…, y ¿mañana qué?

Guido me sonríe y sube a la lancha.

—Disfruta de tu última botella en la suite. Mañana, cuando te despiertes, habrá una lancha que te llevará a tierra. Si te apetece…

Y él también, sin decir nada más, se marcha. El piloto acelera, dibuja una última curva y desaparece en la noche.

Veo que el capitán me saluda desde lejos.

—Buenas noches.

Y también él desaparece en su cabina.

Silencio, soledad. El barco está vacío, todos se han ido. Había al menos ocho marineros, pero no queda ninguno. Lo han limpiado todo, el barco está de nuevo perfectamente en orden, han sido rapidísimos, ágiles, discretos, se han movido sin parar pero nunca parecía que estuvieran demasiado presentes.

Miro a tierra. Ya es noche cerrada. Algunas villas tienen alguna ventana que han dejado abierta, pero no hay ninguna luz encendida. La luna se ha vuelto roja, ahora solo está ella en el mar junto a un viento ligero y un increíble silencio. Se oye el batir de las pequeñas olas acariciando la quilla de este gran barco.

Entro en el comedor y voy hacia proa, directo a la última cabina del fondo. El pasillo tiene las luces más bajas, este barco es perfecto hasta en los más mínimos detalles. En la puerta de teca hay un cartel en el que se lee «SUITE». La abro. La cabina principal es enorme, ocupa toda la parte final de la proa. En una esquina hay una gran cama de matrimonio, enfrente, dos sofás claros, uno de los dos es más largo; delante hay una mesa baja de cristal con los bordes laminados. En un rincón hay una *chaise longue* beis; a su espalda, una librería con un equipo de música plano Bang & Olufsen encajado y unos grandes altavoces. Sobre una pequeña mesa, frente a un espejo muy moderno, hay una cubitera con una botella de champán dentro, un Cristal. Al lado hay una rosa y al pie una nota: «Para ti».

La cojo, le doy vueltas en las manos, no pone nada más, no reconozco la letra. Entonces, de repente, las luces se atenúan, en el estéreo empieza a sonar una canción que llena toda la cabina.

Through the Barricades[32]. Y, reflejada en el espejo, delante de mí, la veo.

—Por un momento he sospechado que detrás de todo esto podías estar tú… Pero solo ha sido un instante.

—¿Lo esperabas? —Babi me sonríe.

Está quieta al lado del equipo de música. Lleva un vestido plateado hecho de pequeñas lentejuelas que se llenan de luz con cada movimiento. Se ha teñido el pelo de negro, lo lleva corto, con flequillo, sus ojos azules están maquillados de manera perfecta y resaltan todavía más.

—No, no lo esperaba. Después de haberlo pensado, he descartado la idea. De todos modos, no habría tenido sentido.

Lleva zapatos altos, el vestido le llega por encima de la rodilla.

—¿Te acuerdas de esta canción?

—Sí.

—Estábamos en aquella casa… —Señala Ansedonia, al otro lado del gran ojo de buey, al otro lado de ese mar oscuro, aquella colina hecha de alguna luz diseminada aquí y allá—. Fue la primera vez que hicimos el amor, y fue precioso.

—Sí, Babi, fue precioso, y fue hace mucho tiempo.

Ahora se mueve lentamente.

—¿Te gusta este barco?

—Muchísimo.

—Me alegro. Es de mi marido. Yo nunca vengo. Pero esta noche me he alegrado de poder usarlo…

—¿Qué le has dicho?

Se acerca a mí, me roza, pero luego coge la botella de detrás de mí.

—Siéntate, Step, te serviré una copa.

De manera que voy hacia el sofá mientras ella empieza a abrir la botella.

—Le he dicho que quería dar una fiesta. No me ha preguntado por qué, no me ha preguntado con quién: es el marido ideal. Está en la otra punta del mundo en este momento y la mayor parte de los días.

Entonces abre la botella y llena las dos copas con Cristal. Se acerca y me ofrece una. Me mira, me sonríe y levanta la suya.

—Por nuestra felicidad, sea cual sea.

No digo nada, toco delicadamente su copa y luego, mirándonos a los ojos, bebemos los dos un poco.

—¿Te gusto con el pelo oscuro? Al principio no me habías reconocido. —Se queda así, en silencio, sonriéndome—. Es una peluca. Me la he puesto por ti, quería ser tu última chica, tu último beso de soltero… —Sigue mirándome mientras yo me termino mi copa de champán y la dejo sobre la mesita.

Ella se levanta, coge la botella y llena de nuevo las dos; a continuación, me pasa una.

—¿Puedo? —Y señala el sitio a mi lado en el sofá. Quiere sentarse junto a mí, quiere seducirme.

—El barco es tuyo.

—Pero, si no me das permiso, no haré nada.

La miro en silencio durante un rato. Parece serena, tranquila; seguiría en serio cualquier indicación mía, tal vez. La invito a sentarse a mi lado.

—Por favor.

Se me acerca, se sienta, bebe un poco más de champán. A continuación, coge un mando a distancia, baja un poco las luces, sube la música. Después se agacha y empieza a desatarse poco a poco las hebillas de los zapatos; se quita la primera, después la segunda y se queda descalza.

—Oh, ahora estoy más cómoda. Me he puesto esta peluca porque esta noche no quiero ser Babi.

Me gustaría ser una persona cualquiera, pero que te gustara tanto que no pudieras resistirte y decidieras pasar una noche preciosa conmigo. ¿Me haces ese regalo?

Y me mira con sus ojos tan intensos, lánguidos, la boca ligeramente entreabierta, y yo miro sus labios, sus dientes, su sonrisa que se vislumbra en la penumbra. Cuántas veces he soñado con esa boca, cuántas veces he dado puñetazos a los armarios y a las puertas porque ya no eras mía, Babi.

—Mañana me caso.

—Lo sé, pero esta noche estás aquí.

Y me apoya una mano en el pecho y baja por mi estómago, y luego me atrae hacia sí y se acerca a mi rostro. Abre la boca cerca de la mía y me respira como si quisiera vivir de mí. En ese momento se me aparece Gin, sus ojos grandes y buenos, su risa, la carta con el desayuno de esta mañana, sus padres, el padre Andrea, la elección de la iglesia y del menú, las palabras dichas y las promesas hechas. Y me siento culpable, equivocado, y me gustaría ser fuerte y alejarme, pero no hago nada, solo cierro los ojos. «He bebido mucho…», y es como si oyera a alguien riendo. «No, es verdad, tienes razón, no es excusa suficiente». «Pero lleva peluca, es otra, es una despedida como muchas, un último polvo, nada más… Sí, en fin, ya se sabe». Pero sé que tampoco eso es verdad. Babi coge mi mano derecha y la guía por sus piernas, más arriba, bajo su vestido, me hace sentir que me desea.

Después se sube encima de mí y está todavía más cerca.

—Ámame, ámame otra vez, solo esta noche. Como entonces, más que entonces…

Y nos besamos, perdiéndonos.

SESENTA Y NUEVE

Oigo sonar una sirena. Me despierto, abro los ojos, estoy en la penumbra de la gran cabina. La suite.

Descorro las cortinas, fuera es de día. Ha sido un barco, que ha pasado a lo lejos. Pero ¿qué hora es?

Miro el reloj de la mesilla. Las once. Menos mal, casi me da un ataque. Echo un vistazo alrededor de la habitación, voy al baño, no hay nadie. Tal vez lo he soñado. Entonces la veo, sobre la mesita al lado del espejo, apoyada en la cubitera donde flota cabeza abajo una botella de Cristal vacía. Su peluca negra y también una nota: «¿Pensarás en lo que te he dicho?». Cojo el papel y lo rompo en mil pedazos, me pongo el albornoz y salgo de la habitación. Recorro con rapidez el pasillo y al final encuentro al capitán.

—Buenos días, ¿ha dormido bien? El desayuno está listo. —Y me señala una mesa dispuesta de forma impecable, llena de cosas de comer.

Debajo de una campana de cristal hay huevos fritos todavía calientes, se intuye por el cristal empañado, unas tostadas escondidas en un paño de tela clara perfectamente conjuntado con el mantel, unos cruasanes, mantequilla, jamón curado, queso brie. Todo lo que me gusta. Todo lo que no ha olvidado.

El capitán me sonríe y quizá intuye mi próxima pregunta.

—No hay nadie en el barco. Cuando acabe de desayunar y usted quiera, una lancha lo llevará a tierra. Se tarda unos veinte minutos en llegar al puerto, allí hay un coche que lo espera, y dentro de dos horas como máximo estará en el Hilton. Al menos, es la dirección que me han dado.

—Sí, gracias.

—Ahora lo dejo tranquilo. Allí, en la esquina, también tiene los periódicos. —Y se va.

Cojo la jarra del café y me sirvo en la taza, después cojo una tostada y corto un poco de brie, al mismo tiempo que como un poco de huevo. El jamón, en cambio, no me apetece. Anoche bebí mucho.

Veo que también hay un zumo de naranja en un gran vaso protegido con una tapa de cartón. La retiro y me lo tomo. Está perfecto. Lo han filtrado, no tiene pepitas ni pulpa. Está recién exprimido y las naranjas deben de haber estado guardadas en fresco. Como despacio, también me tomo el café, un poco más de brie, y luego los cruasanes salados. Me limpio la boca con la servilleta y a continuación me levanto de la mesa.

Regreso a mi cabina, me doy una buena ducha y me visto con lo que llevaba la noche anterior.

Entonces agarro el móvil. Me queda poca batería, pero suficiente para poder leer los mensajes. El primero es de Guido:

> ¿Lo pasaste bien? Espero que sí. Yo, muchísimo. ¡Tú quizá más, teniendo en cuenta que estuviste con una chica de compañía!

> ¡Pero, joder, solo tú puedes encontrar a una chica de compañía tan rica! ¡Y que, en vez de que le paguen…, lo paga todo ella!

Como siempre, consigue hacerme reír. Pero enseguida leo otro mensaje:

> ¡Hola! ¿Y bien? ¿Cómo ha ido tu última noche de soltero? ¿Te has divertido? He intentado saber algo por Guido y los otros invitados de tu despedida, pero ¡ninguno dice nada! ¡Y tampoco sus mujeres! Sois tremendos. ¡Solidarios hasta la muerte! ¡Por otra parte, *Non mollare mai*, «No rendirse nunca», es vuestra canción y también vuestro lema! En cualquier caso, sigo pensando lo mismo: espero que te hayas divertido, ¡pero no demasiado! ¡Y, sobre todo, espero verte en la iglesia! Un beso… Y ¡te amo!

Miro el mensaje de Gin y cierro un instante los ojos. Me viene alguna imagen. Es solo un flash, pequeños fragmentos de un sueño. Sí, solo ha sido un sueño, un último polvo como dice Guido, con una chica de compañía muy rica. A continuación, me meto el móvil en el bolsillo y salgo a cubierta.

El capitán me está esperando en popa. Me saluda sonriéndome y me estrecha la mano.

—Ha sido un placer tenerlo a bordo, aunque ni yo ni mi tripulación lo hemos visto nunca.

Me echo a reír.

—Gracias por su reserva.

Entonces me tiende un paquete.

—Esto es para usted. Era lo último que debía entregarle. Que pase un buen día.

—Gracias.

Doy los últimos pasos por la escalerilla y subo a la lancha. El marinero espera a que esté sentado para partir a toda velocidad. Me vuelvo. El capitán está apoyado con las manos en la barandilla.

Levanta la derecha y me saluda. Yo hago lo mismo. Es un tipo atractivo. Tiene los ojos azul oscuro y la cara llena de arrugas del sol y del mar. Debe de conocer bien el arte de navegar. Ahora que estamos más lejos, entorno un poco los ojos; el sol que se refleja en el mar me molesta, pero el *Lina III*, desde esta distancia, me parece realmente enorme. Es tan alto como un edificio. Decido abrir el paquete. Lo desenvuelvo poco a poco teniendo cuidado de que el papel no salga volando y caiga al agua. Veo un estuche y, cuando lo abro, me quedo sin palabras. Hay unas Ray-Ban Balorama *vintage*, las que llevaba entonces, de las que ya no se fabrican desde hace años, pero están nuevísimas. Y también hay una nota: «Solo para ti». Miro en el interior de las gafas, en las patillas. Están numeradas: 001. Me las pongo. Ahora mis ojos se sienten mejor, pero mi corazón no. Me dejo acariciar por el viento, intento no pensar, no sentirme culpable. Ha sido solo una despedida de soltero, ni peor ni mejor, una despedida como tantas. Intento convencerme. Espero que mañana siga pensando lo mismo. La lancha va a la máxima velocidad y llegamos al muelle justo en el tiempo previsto por el capitán. El coche me espera, pero Guido no está al volante. Subo detrás, el chófer se vuelve hacia mí pidiéndome una confirmación.

—Buenos días; al Hotel Hilton de Roma, ¿verdad?

—Sí…

Y, dicho esto, arranca y, sin perseguir ningún pensamiento o alejar ninguna culpa más, me pierdo en el calor del sol que entra a través de las ventanillas y me quedo dormido. Duermo tranquilo y no sé cuánto tiempo después el coche frena y me despierto. En no sé qué emisora de radio suena *Fast Love*, de George

Michael[33]. Estoy en la plaza del Hilton. Me incorporo un poco, me apoyo mejor en el respaldo, me toco el pelo, me rasco por detrás de la nuca, intento reordenar mis pensamientos, pero no localizo ningún sueño, ninguna imagen del rato que he pasado durmiendo. Supongo que algo habré soñado, algo habré pensado, pero no tengo manera de saberlo. Mi cerebro quizá ha analizado hipótesis, ha reflexionado, ha considerado lo que ha sucedido y lo que podría ocurrir. Tal vez incluso ha planeado una estrategia, la razón de hacer una cosa en vez de otra y, aunque hayan sido mi mente y mi corazón los que hayan tomado alguna decisión por mí, yo no sé nada. Puede que un día suceda algo fruto de este sueño de casi dos horas, solo espero que sea la decisión acertada.

—Hemos llegado —me dice el chófer pensando quizá que todavía estoy durmiendo.

—Gracias.

Me deslizo fuera del coche y entro en el hotel, pido la llave y poco después estoy en mi habitación. Me tiro en la cama con los zapatos y las gafas puestos. Abro los brazos y por fin me relajo. Me quedo así un rato, entonces miro la hora. Es la una y media. Voy al baño, abro el neceser y saco la maquinilla eléctrica Braun. Empiezo a afeitarme mientras camino. Me paro de vez en cuando delante de los espejos que encuentro y miro cómo me está quedando. Aparto la maquinilla, compruebo con la mano izquierda que las mejillas y el cuello estén quedando limpios; a continuación, sigo afeitándome conforme deslizo la maquinilla un poco más por mi piel. Más tarde, estoy en el ascensor en albornoz, salgo directamente a la piscina. Me quedo en bañador, me ducho, me quito las sandalias y me zambullo. Cruzo casi toda la piscina por debajo del agua y, cuando emerjo, ya estoy en el otro lado, cerca de dos chicos en unas hamacas.

—¿Qué haces más tarde?

—Pensaba ir al cine con Simona, ¿y tú?

—Esta noche, Paola y yo queríamos ir a cenar al Ghetto.

—¡Venga, venid con nosotros! Vamos al pase de las ocho y después a cenar.

—¿Qué vais a ver?

Y siguen charlando, parece un sábado italiano cualquiera, y lo peor parece haber pasado, como diría la canción. Pero, en realidad, si me preguntaran a mí: «Y tú, ¿qué haces después?». «¿Yo? No sé, nada, dentro de un rato me caso». «Ah, bueno…». Como diciendo que todavía todo tiene que ocurrir. Sin embargo, la canción, además, decía: «*L’oroscopo pronostica sviluppi decisivi…*». «El

horóscopo también pronostica avances decisivos…»[34]. Me hago otra piscina. Aunque en este momento no puedo imaginarme cuáles.

Después salgo del agua, vuelvo a ponerme el albornoz y regreso a la habitación. Pido un té verde frío, espero a que lo traigan y, a continuación, voy a ducharme. Me seco y lo saboreo en la terraza.

Solo llevo puesto el bóxer, el sol es cálido, perfecto. Miro la hora. Son las tres y cuarto, dentro de poco pasará mi padre a recogerme. Eh, pero si es la hora doble. Como en aquella película. Cada vez que al mirar el reloj los números de la hora coinciden con los de los minutos, ocurre algo. Pero nadie llama a la puerta, no llega ninguna invitación para ninguna exposición, ni un paquete, no empiezan unos fuegos artificiales, a sonar una sirena. No, esta vez me parece que no pasará nada. Entonces comienzo a vestirme y de repente suena el teléfono. Contesto un poco tenso.

—¿Sí?…

—Buenos días, llamo de recepción; el señor Mancini lo está esperando.

—Ah, gracias, dígale que bajo enseguida.

La hora doble. Ha sucedido algo: mi padre no llega tarde como es habitual, ha venido antes de la hora a que habíamos quedado. Increíble.

Cuando bajo lo encuentro con su bonito Jaguar azul celeste metalizado perfectamente limpio.

Lleva una gorra azul con visera y me sonríe divertido.

—Aquí me tiene, soy su chófer, ¿lo ve? —Se toca la visera con el pulgar y el índice—. He hecho lavar el coche esta mañana para la ocasión.

—Está perfecto.

Me dispongo a subir delante.

—No, no, siéntese atrás. —Resoplo, pero él continúa—: Me divierte.

—Está bien.

Subo atrás mientras él se sienta delante y ladea un poco el retrovisor para encontrarse con mi mirada.

—¿Y bien? Lo llevo a Bracciano, ¿verdad? ¿Sigue teniendo las mismas intenciones?

—Es en San Liberato, para ser exactos. ¿Podrías parar al menos de hablarme de usted?

Mi padre se echa a reír.

—Está bien, es que me he metido en el papel.

Sale lentamente con el Jaguar del aparcamiento del Hilton. De vez en cuando, me mira por el espejo retrovisor como si quisiera decirme algo pero no se atreviera. Sin embargo, al final decide sacar el tema.

—¿Has visto? He conseguido mandar a Kyra con Paolo, Fabiola y los niños. He pensado que querrías un poco de tranquilidad.

Mira la carretera y algunas veces echa una ojeada al retrovisor.

—¿Qué tal fue anoche?

—Bien.

—¿Bien y nada más? ¿O muy bien?

—Muy bien y nada más.

Se echa a reír.

—Nunca cambiarás, ostras, ni siquiera te abres con tu padre.

Con mis Balorama negras sigo mirando por la ventanilla y sonrío para mis adentros. No quiero pensar si le contara lo de Babi, que se hizo pasar por una chica de compañía, lo del barco de cuarenta y dos metros, lo de las mujeres invitadas y los «productores» que asistieron.

—¡¿Sabes?, yo también hice una despedida de soltero como es debido cuando me casé con tu madre!

Al oírlo, me vuelvo hacia él.

—¿«Como es debido»? ¿Cómo es una despedida de soltero «como es debido»?

Y decide satisfacer mi curiosidad.

—Quiero decir que estaban mis amigos, los de entonces. Fuimos al Ambra Jovinelli y vimos un espectáculo de estriptis. —Quita las manos del volante un instante para que lo entienda mejor—. ¡Había una con unas tetas así! Luego fuimos a una villa en la Tiburtina donde había un bufet, pero recuerdo que la comida no era muy buena. —Yo me acuerdo del champán, el marisco y el pescado en el barco—. Después mis amigos me pagaron una chica de compañía, una morena, alta, con unas piernas largas pero el pecho nada, esta vez el pecho era pequeño. —Y lo dice con tono apenado, como si fuera motivo de alguna queja—. Recuerdo que se llamaba Tania. Fui con ella a una habitación de la villa. Tardé tan poco que alguno de mis amigos dijo que el tiempo no había «caducado», como si fuera un juego en el que metes monedas, ¡así que podía ir él también! ¡Y fue, ¿eh?! —Se ríe al contar la historia—. Pero a mamá nunca le dije nada. Tu madre era muy celosa.

Muchas cosas nunca se las pude contar, pero aun así creo que ella ya las

sabía. Jamás te lo he dicho, pero una vez ella no quería, pero en cambio yo se lo pedí y al final lo hizo por mí…

—Papá, no me has explicado nada en todos estos años; ¿por qué justo ahora? No viene a cuento.

—Tienes razón. De todos modos, era un juego inocente, estuvimos en una habitación con otra pareja, pero sin intercambiarnos. Nos mirábamos, sí, solo eso…

Nada. No ha podido evitarlo. Es superior a él. Cuando tiene que hacer o decir algo, se comporta así, no lo resiste. Mi padre es un completo gilipollas.

—Hoy me gustaría mucho que estuviera tu madre, sería precioso que pudiera asistir a la ceremonia en la iglesia.

Me lo dice con total ligereza, sin ninguna consideración, sin miramientos por lo que acaba de contarme. Un momento suyo tan íntimo, tan privado, que evidentemente no es para compartir con un hijo. Bueno, este es mi padre. Lo miro mientras sigue conduciendo, con su traje oscuro, con la gorra de chófer. Ahora pone la radio y golpea el volante al ritmo de una canción que suena por casualidad, pero que a él le parece perfecta: *Y. M. C. A.*, de los Village People[35]. Y canta a voz en cuello, adivinando una palabra sí y dos no, sin tener la menor idea de lo que significa la letra.

—Papá, ¿te gusta esta canción?

—¡Muchísimo!

—Y ¿sabes qué dice?

—Bueno, sí, hacen un extraño baile subiendo las manos juntas encima de la cabeza…

Y por un instante deja el volante y, desafinando al ritmo, imita ese movimiento, y seguidamente vuelve a coger el volante antes de que nos salgamos de la carretera.

Me echo a reír.

—Sí, eso es lo que se hace, pero la letra es una invitación a ir al gimnasio de los Y. M. C. A., para conocer a jóvenes homosexuales. Aquí dice: «Y es divertido estar en el Y. M. C. A., puedes lavarte, puedes comer bien, puedes salir con todos los chicos, puedes hacer todo lo que te atrevas a hacer…».

O sea, tú, en este momento, estás cantando la alegría de ser gay.

—Ah… —Me mira por el retrovisor y deja de cantar al instante—. ¿En serio?

—Sí.

Entonces cambia de emisora y busca otra música. Al menos, me ha devuelto el buen humor. Luego encuentra *Sailing*, un tema de Christopher Cross[36]. Qué raro, en la carretera que va a Bracciano solo suenan canciones de finales de los setenta, es como si las radios se hubieran quedado atrás.

—¿Esta está bien? —me pregunta mi padre mirándome por el retrovisor.

—Sí, si te gusta, está bien, no ensalza nada…

—Me gusta.

Ahora conduce más tranquilo, su equilibrio mental no se ha puesto en peligro. Y ¿qué tengo yo de mi padre? ¿Qué tengo que ver con él? ¿Qué he heredado? Y mi madre, ¿qué le vio entonces? ¿Qué la fascinó?, ¿qué palabras le dijo él?, ¿cómo la convenció de que se casaran? Sigo observándolo. Sus ojos reflejados en el retrovisor, su mano, que ahora da lentos golpecitos en el volante. Papá sonríe escuchando *Sailing*. En realidad, para él todo ha continuado como si nada, tampoco ha sufrido mucho la pérdida de mamá; tal vez ya no la quería, tal vez ya estaba con esa inútil.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Qué crees que vio mamá en ti? ¿Qué fue lo que la hizo enamorarse?

Me mira y se queda sorprendido, no se esperaba una pregunta como esa. Permanece un rato callado. A continuación, me contesta casi de manera ingenua, como un niño descubierto comiendo Nutella de un tarro que no era el suyo.

—¿Quieres la verdad? No lo sé. —De todos modos, intenta buscarme una respuesta—. Éramos jóvenes… Nos gustábamos, estábamos bien juntos. —Después sigue conduciendo en silencio, tal vez todavía esté pensando en cuál podría ser el verdadero motivo, si se le ha olvidado, si mamá por casualidad una vez se lo dijo. Luego es como si se iluminara. Ya está, sí, parece haber encontrado algo. Se encuentra con mi mirada en el espejo, está contento de lo que va a contarme—: Me decía que la hacía reír mucho.

Asiento. Parece satisfecho de la respuesta que ha encontrado. Ahora dejamos la Braccianese y bordeamos el lago. Son las cinco menos veinte. Recorremos unos kilómetros hasta que vemos unas antorchas en el suelo y entramos en San Liberato. En cuanto bajamos del coche, papá lo rodea y me abraza, me estrecha con fuerza, y por unos segundos nos quedamos en silencio. Cuando se separa, tiene los ojos brillantes, me coge por los hombros, me sacude un poco, y luego

dice: «Sí». Y asiente, pero no añade nada más. Inmediatamente después se acerca un montón de gente a nuestro alrededor.

Uno tras otro, me abrazan, me dan palmadas, me felicitan.

—¡Estás muy bien!

—¡Qué elegante vas!

Sonrío, aunque con algunos no sé ni qué relación tengo.

—¡Estás guapísimo!

—¡Madre mía, qué grande te has hecho!

Bueno, este es un familiar de un pueblo, aunque ni siquiera me acuerdo de si nos conocemos. A otros, en cambio, los reconozco, pero no tengo ni idea de cómo se llaman.

—¡Felicidades!

—Gracias.

Si bien creo que no hay que decirlo antes. Veo a gente vestida de las maneras más diversas, porque la elegancia, sobre todo en las bodas, es muy subjetiva. Luego veo a Bunny y a Pallina, a Hook, a Schello, al Siciliano, a Lucone y a todos los demás que participaron en la despedida de anoche. Me sonríen socarrones, pero no hay ninguna de las chicas del barco, al igual que ellos ya no son esos productores. Y más primos y tíos, y luego una pariente que me abraza y se emociona.

—Tu madre estaría muy contenta de verte hoy. Estás tan guapo…

Y yo sonrío con la esperanza de que no me diga nada más.

A continuación, entro en la iglesia y encuentro un poco de tranquilidad. Veo el altar. Está dispuesto en alto, se llega a él subiendo una escalera lateral. La ceremonia se desarrollará por encima de los invitados. Está bien la idea, al igual que son bonitos los lirios blancos que adornan todos los rincones de la pequeña iglesia y que llenan el aire de este delicado perfume.

—¿Estás listo?

Es el padre Andrea, que viene hacia mí. Se levanta la sotana blanca para no tropezar; a continuación, me estrecha con fuerza ambas manos, pero no dice nada. Me mira a los ojos y, sonriendo, asiente, como diciendo: «Muy bien, si estás aquí significa que has superado todas tus dudas». En efecto, a mí también me gustaría mucho que fuera así.

SETENTA

El padre Andrea se aleja a continuación, y en el silencio de la iglesia, sin aviso previo, empieza a sonar una música clásica. Experimento una extraña sensación, me siento solo y las voces de la gente allí fuera es como si de repente se alejaran. Entonces cierro los ojos y me parece estar flotando, estoy al lado de ella, de Babi. Me sonríe, se quita la peluca, la deja caer al suelo y luego me abraza y me estrecha.

—Te he echado de menos.

Y se queda durante un rato sobre mi pecho, en silencio, pero se da cuenta de que yo ni siquiera la rozo.

Entonces se aparta de mí, se levanta y me mira con lágrimas en los ojos mientras sacude la cabeza.

—¿Por qué no lo comprendes? ¿Por qué te haces tanto el duro? ¿Cómo puede ser que no veas cuánto te amo? Yo nunca he dejado de amarte y te amaré siempre.

Empieza a llorar, y yo no sé qué hacer, me quedo mirándola. Me gustaría envolverla, me gustaría abrazarla, me gustaría acariciarle el pelo, enjugarle las lágrimas, pero no puedo, no puedo moverme, estoy como petrificado. Entonces ella se echa el pelo hacia atrás, sorbe por la nariz y casi se echa a reír.

—Perdona, tienes razón… —Se me acerca con ternura, se pone encima de mí, apoya las manos en mis hombros, me mira y me sonríe—. Escucha bien, Step. Debo decirte algo.

Y ella, que siempre ha sido más bien callada, parece haber abierto las compuertas:

—Soy tuya como no lo he sido nunca de nadie más, siento por ti lo que no he sentido nunca por nadie, mi propio cuerpo lo dice. Cómo gozo, cómo te siento,

cómo vivo el placer contigo es algo único, maravilloso. No he gozado nunca con ninguna otra persona; ¿me crees? Es como si mi cuerpo lo rechazara, no he vuelto a sentir nada más, tampoco me daba cuenta de que algo se estaba muriendo dentro de mí. Pero todo esto tú no puedes entenderlo. Yo no quiero volver a perder la oportunidad de ser feliz. Y mi felicidad eres tú, eres solo tú. Por favor, perdóname, perdona todos mis errores del pasado, permíteme hacerte feliz otra vez, encontrar juntos ese amor único y especial, el que nos llevó a tres metros sobre el cielo. Estas cosas pasan solo una vez en la vida y, si dejas que se pierdan, estás renunciando a algo maravilloso. Tuve miedo, le hice caso a mi madre, era demasiado joven para tener el valor de ser feliz. Pero ahora no puedes castigarme, sé generoso, deja a un lado el odio de estos años, haz renacer nuestro amor, danos otra oportunidad, te lo ruego, estoy segura de que esta vez no fracasaremos. He cambiado, soy consciente de lo que quiero. Y, por muy bonito que sea tener un hijo, tu hijo, mi vida está vacía sin ti. Me falta tu sonrisa, me faltan tus lindos ojos y, sobre todo, me falta una cosa maravillosa: tú, solo tú, siempre me has hecho feliz. Este ha sido tu regalo más bello, tu capacidad de hacerme sentir importante, única, especial, siempre adecuada. Nunca me he sentido amada por nadie del modo en que me ocurría contigo. Y hubo un instante, al principio de nuestra historia, que hasta me sentí culpable por la belleza de ese amor que tú sentías por mí. Pero después lo envidié y al final me dejé llevar y te amé también del mismo modo, y quizá te superé…

Permanezco en silencio y la miro a los ojos. Estoy lleno de rabia por todo el dolor acumulado durante estos años y querría gritar: «Y ¿tú dónde estabas todo este tiempo? ¿Durante la soledad en la que me abandonaste? Cuando me arrancaba con las uñas la piel de las mejillas con tal de no buscarte, con tal de frenar cualquier desesperado intento de llamarte, de verte, de volver a tenerte.

Cuando te vi en ese coche delante de tu edificio saliendo con otro, sí, morí en ese momento y recé a Dios para que te apartara de cualquier posible beso ajeno, para que te hiciera llegar un recuerdo pasado, un instante cualquiera de los que habíamos vivido, el momento más bello, más divertido, una carcajada, un beso, una mirada, cualquier cosa que pudiera hacerte pensar en nosotros y rechazar ese contacto ajeno, esa caricia de quienquiera que fuera, ese maldito beso no mío…».

Y solo el pensarlo ahora me destroza y hace que aumente la rabia y las ganas, y siento crecer un deseo absurdo, confuso, desordenado. Siento que mi pene no atiende a razones y entonces, en un instante, me libero de tus manos y estoy

encima de ti y te abro las piernas y te tomo otra vez. Y tú me miras con tus ojos azules, tan bonitos, abiertos como platos, y me imploras:

—Ámame, por favor, ámame, ámame como entonces, sin odio, sin rabia…

Y en un instante eres mía, estoy dentro de ti, hasta el fondo; cierro los ojos y te abrazo con fuerza, y pongo el brazo izquierdo detrás de tu cabeza hasta coger tu hombro con la mano y tiro de ti. Mía, condenadamente mía, Babi, y empujo más fuerte, pero aun así no me basta. Nada de ti me basta.

Desearía fundirme, tenerte toda dentro de mí, en mí, conmigo, para estar seguro de no perderte nunca más. Y justo en ese momento oigo la marcha nupcial. Y al mismo tiempo todavía tus últimas palabras: «Estoy gozando, gozo solo contigo, amor». Y la gente está entrando en la iglesia y veo esa última mirada de ella, sus ojos azules, que me suplican: «Por favor, no me castigues, no nos castigues de nuevo, no te cases. Vayámonos tú y yo, con nuestro hijo, no perdamos otra vez nuestra felicidad…».

Y la música parece crecer, la gente toma asiento, la iglesia se llena. Después, por la plaza llena de luz veo entrar a Gin del brazo de su padre. Está preciosa, sonriente, con un vestido blanco, los hombros al aire, el largo velo. Y su felicidad me invade, me arrolla, suprime cualquier duda, cualquier mínima incertidumbre. Solo era una rica chica de compañía, un último polvo, una despedida de soltero con mucho champán y ganas de pasarlo bien. En cambio, esta es tu vida. Gin sigue caminando entre la gente, sonríe a todo el mundo, está contenta y la música casi parece ensordecedora y todo es perfecto. Sí, ahora soy capaz de responder a esa pregunta en la que tanto insistían todos: soy feliz. Soy muy feliz. Al menos, quiero estar convencido de ello.

SETENTA Y UNO

La salida de la pequeña iglesia es una cascada de arroz y pétalos de rosa blancos y rojos, de aplausos y gente riendo, y todos se ponen en fila para felicitar a la novia y algunos también a mí. Los Budokani me abrazan uno tras otro, al igual que Renzi, que aparece detrás.

—Bueno, me alegro mucho por ti, me parece todo maravilloso, mejor que una serie…

—¡Pues esperemos que tenga mucha audiencia!

Él se ríe y se aleja, y luego se acerca más gente: parientes, amigos de Gin, amigos míos. Mientras voy saludando a todo el mundo pienso que, por lo general, las series dramáticas son las que más audiencia tienen. ¿Cómo serán los próximos capítulos? Entonces me acuerdo de que incluso una serie como «I Cesaroni» fue muy bien recibida, de manera que me tranquilizo. Amendola y los demás personajes hacían reír, quizá también nosotros consigamos vivir con un poco de alegría.

—¿Cariño? ¿Cómo estás? No hemos podido cruzar ni dos palabras…

—¡Bueno, en realidad, yo he dicho «Sí, quiero»!

Nos echamos a reír y nos damos un beso.

—¿Estás contento?

—Muchísimo.

Pero no tenemos ocasión de decirnos nada más, porque unas cuantas personas prácticamente nos secuestran.

—¡Venid con nosotros, he encontrado un rincón alucinante, antes de que se ponga el sol!

Un fotógrafo con tres cámaras colgadas del cuello, acompañado de dos chicos jóvenes pertrechados con paraguas reflectores, se lleva a Gin del brazo.

No me queda más remedio que seguirlos. Entonces se pone a hacernos fotos en el enorme jardín, sonriendo, besándonos, mirándonos a los ojos.

—¡Decíos algo! ¡Así, muy bien, algo más, hablad, venga!

Y acabamos riéndonos, porque ya no sabemos qué decirnos.

—Ahora, ella levantando la pierna.

Gin se rebela, y con razón:

—No, levantando la pierna, ni hablar…

Los ayudantes del fotógrafo nos miran y asienten.

—Es que es un poco antiguo.

—Vale, como queráis. Pues ya hemos terminado.

Regresamos a la iglesia y, cuando llegamos a la explanada delantera, todos nos reciben con un aplauso.

—¡Aquí están, muy bien, vivan los novios!

Al mismo tiempo, se encienden unas luces que iluminan las grandes mesas y dan inicio a la cena.

Tal vez sus aplausos se debían a eso. Muchos invitados se dirigen a los puestos donde elaboran las frituras; una chica y un camarero las sacan de una enorme freidora y llenan sin parar unos cucuruchos de papel oscuro, de ese que siempre he visto utilizar a los vendedores de aceitunas o altramuces, y se los pasan a la gente que se agolpa delante. Un poco más allá está el marisco crudo. En una larga mesa, decorada de manera que parece un gran pez, se suceden, dispuestas en montones verticales, varias capas de marisco de todas las clases: ostras y almejones, carpaccio de varios tipos, navajas, langostinos y gambas. Justo al lado hay una mesa con quesos de todas las variedades y procedencias, desde los del Lacio hasta los franceses. Después, los embutidos: mortadela a dados, jamón de Parma y San Daniele, jamón ibérico y serrano de España. Los invitados pasan de una mesa a otra, todos llenan sus platos como si temieran perderse algo, y son más de doscientos, eso al menos es lo que me han dicho Gin y mi padre, que, ayudado por Kyra, insistió en participar en la organización del acontecimiento. Un día que estaba en su casa, durante los preparativos, mi padre se me acercó y me dijo:

—Tengo una sorpresa, está relacionada con vuestro viaje de novios, pero ahora no puedo decirte nada, aunque estoy seguro de que os gustará. Si no fuera así…, ¡siempre podéis hacer otro!

Hablé de ello con Gin y se echó a reír.

—¡¿Siempre podemos hacer otro?! ¡Oye, que, si no me gusta la sorpresa, nos

vamos otra vez en serio! No soporto estas fantasmadas y, además, luego ya no tienen remedio…

—Sí, sí, pero no te enfades, ni siquiera sabemos todavía de qué viaje se trata.

La verdad es que aún no nos ha dicho nada, hasta mañana no sabremos adónde iremos de luna de miel, mi padre nos dará los billetes cuando termine la fiesta. Pero estoy bastante tranquilo porque Fabiola y Paolo también han estado al caso de la sorpresa, seguro que ellos no nos enviarán a Irán de viaje de novios. En un escenario un poco alejado, Frankie & Canthina Band, un grupo que le gustaba muchísimo a Gin y que ha conseguido contratar para la fiesta, están interpretando las canciones más bonitas de Rino Gaetano.

—Una boda preciosa.

Es Schello, abrazado a una tal Donatella. Me la presenta, pero no está a la altura de la de anoche en el barco. Por suerte, ninguno de los invitados a la despedida ha traído a ninguna de las chicas. Por lo menos, eso espero.

—Sí. ¿Te lo estás pasando bien?

—Mucho. Si la cosa resulta así de bien, pues nosotros también nos casaremos, ¿verdad, Dona?

Y se aleja riendo con un plato lleno de comida variada y una copa de champán con la que, de vez en cuando y sin querer, va regando el césped mientras camina.

No creía que conociera a tanta gente. Miro a mi alrededor, el gran jardín de San Liberato es un ir y venir continuo de camareros. Justo en ese instante se acerca uno con una bandeja que está llena de copas de champán.

—¿Señor?

No me lo hago repetir.

—Gracias.

Cojo dos copas como si quisiera ofrecerle una a Gin, que, sin embargo, ha desaparecido. Me las soplo una detrás de otra y, a continuación, las dejo al vuelo en la bandeja de otro camarero que está caminando justo por ahí. Oh, sí, me siento mejor, estoy más relajado. Es un sábado italiano cualquiera y lo peor parece haber pasado. Quién sabe si los que estaban en la piscina habrán ido al cine y a cenar al Ghetto. Aunque, al fin y al cabo, tampoco me importa mucho.

—¡Cariño, por fin te encuentro, habías desaparecido!

—¡Pero si no me he movido de aquí!

—Oye, no discutamos justo esta noche, ¿eh?…

Gin está completamente pasada de vueltas, es mejor que le siga la corriente.

—Claro, cariño, perdóname…

—Ven, vayamos a sentarnos.

Nos acercamos a una pequeña mesa puesta para dos con todo detalle. Cuando nos sentamos, no sé quién hace arrancar otro aplauso y luego oigo una voz de mujer, tal vez la de Pallina, gritando: «¡Vivan los novios!», y un hombre, quizá Bunny, empieza con el clásico «Que se besen, que se besen…». Si de verdad han sido ellos dos, entonces es que son perfectos el uno para el otro. Para que paren cuanto antes, me levanto, acerco a Gin hacia mí y la beso de forma apasionada. Si tiene que hacerse, se hace, pero al menos como a mí me gusta, no como esos que, para satisfacer la petición, se dan un beso con la boca cerrada y poniendo morritos o, peor todavía, en la mejilla. Entonces por fin el coro se calla y, tras otro ruidoso aplauso, todos empiezan a comer. Es un continuo ir y venir de camareros, la gente sentada a las mesas parece contenta, y la elección del menú ha sido un acierto en vista de que algunos ya han terminado. Corren los vinos, también los platos, el champán no falta. Y papá parece feliz con Kyra, Fabiola da de comer a los niños, Paolo de vez en cuando le limpia la boca a uno de los dos y ella lo regaña por algo, por supuesto. En otra mesa, Pallina y Bunny comen tranquilamente, escuchan lo que cuenta alguien, se ríen, están a gusto. Pollo no está en sus pensamientos, no estorba. Más allá, los Budokani incluso se portan bien. En una mesa junto a otros familiares, veo a mis abuelos maternos, Vincenzo y Elisa, los padres de mamá. Comen con moderación, escuchan y charlan de vez en cuando con una tía que no vive en Roma. Me alegro de que hayan venido, de que hayan querido compartir mi felicidad dejando a un lado el malestar que puedan sentir al ver a mi padre con otra mujer. Quién sabe cómo ha sido para ellos, quién sabe cuánto echan de menos a su hija, mi madre. Le sonrío a Gin. Se está comiendo un trozo de mozzarella, pero casi no tiene tiempo de llevárselo a la boca cuando enseguida alguien viene a preguntar algo. No le cuento mis pensamientos. Yo también como. Echo de menos a mamá. Habría estado preciosa, habría sido la más bella de todas. Habría estado a mi lado, se habría reído con su dulce risa y luego habría llorado y habría reído de nuevo. Me habría dicho: «¡¿Has visto?, siempre consigues hacerme llorar!». Como cuando, de pequeño, veíamos una película juntos y, si al final se emocionaba, era culpa mía. Pruebo un poco de pasta. Los espaguetis *alla chitarra* están riquísimos, pero el bocado que tomo parece que no me baja, aunque sea pequeño. Y entonces me viene a la cabeza ese libro que leí, las últimas páginas de *Luces de neón*. Una madre, muy enferma, está ingresada en el hospital. Michael, el

hermano del protagonista, pasa todos los días de la última semana a su lado y tiene que ausentarse un momento. Entonces le pide al protagonista que ocupe su lugar y, justo en ese breve espacio de tiempo en que Michael no está, su madre muere. La vida es así, sarcástica: unas veces se divierte con nosotros; otras, nos echa una mano y, otras, se porta muy mal. Intento tragar, pero no lo consigo.

Perdóname, mamá. Me gustaría abrazarte ahora y estrecharte con fuerza, me gustaría verte a ti y a tu Giovanni alegres y felices en una mesa junto a la mía. Me gustaría no haber abierto nunca aquella puerta o, después de abrirla, tan solo haberme marchado, daros tiempo para explicarme vuestra historia de amor, que seguramente era preciosa y merecía más tiempo. Bebo un poco de vino blanco, frío, helado, me lo tomo de un trago, termino la copa y recobro el aliento.

—¿Has visto qué bueno?

Gin me mira y me sonríe. Habla del vino.

—Sí, muy bueno.

Un camarero, como si llevara un rato espiándonos, me llena de nuevo la copa.

Le sonrío.

—Sí, es todo perfecto.

Llegan muchos otros platos y prosiguen los brindis y luego los aguardientes, los sorbetes y los cafés. Nos acercamos todos a la mesa de los licores y Guido me pasa un ron.

—Es un J. Bally. El que a ti te gusta.

Brindo y me lo bebo todo. Marcantonio se me acerca.

—Y ¿conmigo no brindas? —Me pasa otro y entrechocamos los vasos al cielo y, en un instante, este también desaparece.

—Todos al pastel, por favor…

Alguien dirige a la gente como una gran manada hacia la explanada que hay un poco más abajo.

Una enorme tarta, con dos novios en lo alto vestidos al estilo pop, destaca en el centro.

—Step, Gin, venid, poneos aquí delante.

Seguimos las órdenes de nuestro maestro de ceremonias, un señor con el pelo oscuro, engominado, vestido de esmoquin. Parece salido de una de esas películas americanas ambientadas durante la Ley Seca, cuando estaba prohibido beber y vender bebidas alcohólicas, pero había mucho contrabando y destilerías escondidas entre los cañaverales. Los coches eran negros y altos y siempre

bajaba de alguno un tipo como él y se ponía a disparar con una metralleta. Aunque esta vez es todo más tranquilizador: solo lleva una enorme botella de champán en las manos. Cuando nos ponemos a su lado, sin más preámbulo, la descorcha con un gran estallido y el tapón sale volando discretamente y desaparece en algún matorral por detrás de la gente. Alguien nos tiende dos copas altas y el contrabandista consigue inclinar la enorme botella y nos sirve el champán. Al mismo tiempo, a nuestra espalda se oye otra explosión. Uno tras otro, encima de nuestras cabezas, estallan fuegos artificiales de colores, y Gin me estrecha el brazo y me sonríe.

—¿Te gustan? Me temo que es la sorpresa de Adelmo, el hijo de tío Ardisio. ¿Te acuerdas?, te he hablado de él…

Sí, Ardisio, el que volaba en su pequeña avioneta sobre el campamento del ejército y pasaba tan raso que siempre existía el peligro de que se llevara a alguien por delante.

—Sí, mucho, son preciosos.

Veo a la gente mirando hacia arriba, hacia las estrellas, admirando esta explosión de color.

Entonces intercambio una mirada con Guido. Me sonríe desde lejos, cómplice y culpable, aunque no tanto como yo. No me da tiempo a dejar paso a ningún sentimiento de culpa cuando oigo un grito:

—¡Inmersión en la tarta!

Y unos sucios canallas, escondidos de forma deliberada entre la gente, salen por la derecha, por la izquierda, por el centro, hasta por mi espalda, con un plan estudiado a la perfección y escogiendo el momento oportuno de manera impecable. No me da tiempo a moverme. Primero veo a Gin asustada, luego confundida, le doy mi copa y ya estoy en volandas levantado por los Budokani. En un instante, las manos de Lucone, Schello, Bunny, el Siciliano, Hook, Blasco, Marinelli y no sé quién más que no puedo ver me ponen boca abajo. Ostras, han venido todos, tal vez solo para disfrutar de este momento. Se me aparece Gin del revés gritando de manera clara y concisa: «¡No, por favor, no!». Demasiado tarde. Me levantan a peso y me meten de cabeza en la gran tarta. Y, mientras oscilo en medio de la nata y el sabayón, mientras noto el merengue y la pastaflora cayendo por mi inocente cabeza, me entran ganas de reír.

¿Por qué mi maldita mente, en un momento así, se entromete de una manera tan perversa? ¿Cómo debió de ser la boda de Babi? ¿Correcta, educada, perfecta? Y los amigos de Lorenzo, ¿cómo lo celebraron? ¿Prepararon algún

número cómico? ¿Les dedicaron palabras de elogio escogidas especialmente para ellos dos? ¿Eligieron una poesía clásica, uno de esos fragmentos tan manidos de Gibran? ¿O molestaron a Shakespeare o a quién sabe qué otro poeta? Cuando emerjo del pastel, alguien me frota con una toalla, uno me quita la nata de la cara, otro me limpia el traje como puede. Y yo, dulce como nunca lo he estado, abro por fin los ojos. Tengo a Gin enfrente, sonriendo, divertida, en absoluto enfadada por la tarta destrozada. Y me coge de la mano.

—¡Venga, vamos a bailar, que Frankie & Canthina Band ya están tocando!

Pasamos corriendo entre la gente cargada con copas de champán y platitos con la parte del pastel que se ha salvado de mi inmersión. Y entramos en la pista con la música de los Earth, Wind and Fire, *September*[37]. Nuestros corazones parecen latir justo al mismo ritmo y bailamos alegres con esas notas, y enseguida se nos unen amigos y amigas y se convierte en una verdadera fiesta. Poco después se apunta alguna pareja más mayor, se mueven al compás de una manera muy suya, sin sentirse para nada fuera de lugar, incluso se aventuran con algún paso complicado. Frankie & Canthina Band van encadenando los temas y nos sorprenden con *Let's Groove* y[38], luego, con Kool & the Gang, *Celebration*[39]. Y todos a la vez ejecutan una coreografía perfecta, exactamente igual que ese fantástico grupo. Algunos camareros pasan por el borde de la piscina con bandejas llenas de copas de champán. En el instante preciso, algunas manos las vacían al vuelo, las mías entre ellas. Y la música continúa. Llega el momento de lanzarse con *Stayin' Alive*[40]; Frankie logra imitar a la perfección la voz de los Bee Gees. Schello, por su parte, se sitúa en el centro de la pista en un intento divertido, aunque imposible, de emular a John Travolta. Y siguen los ABBA con *Dancing Queen*[41] y luego Rod Stewart con *Do You Think I'm Sexy?*[42], los Boney M con *Daddy Cool*[43], los Wham! con *Wake Me Up Before You Go-Go* [44], y todos bailan como locos y otros entran en la pista, mi padre con Kyra y también Paolo y Fabiola, que están solos después de dejar a los niños con alguien, e incluso parece que se divierten. No hay nada que hacer, la música de los años ochenta es realmente estupenda; tenían toda la razón las emisoras en la carretera de camino a Bracciano. Me detengo un instante y me acerco a la mesa de los licores a tomar un ron. Alguien me abraza, una chica me besa, ah, no, es Gin, y yo estoy borracho y ella se ríe y regresa a la pista con Eleonora e Ilaria, que parece la única que no pega demasiado con ese vestido de la abuela, pero baila bien y salta sin parar.

—¡Qué fiesta tan estupenda! —Guido me abraza—. Entre ayer y hoy has hecho bingo, ¿eh? —Y sacude la cabeza mientras se aleja.

No me da tiempo a contestarle, solo sé que odio la palabra *bingo*, al igual que los locales donde se juega, con esos cartones horribles, la gente fumando y una voz que parece grabada diciendo los números sin parar durante todo el día. Algo sé de eso, porque Pollo, antes de empezar a salir con Pallina, salía con una tal Natasha, que trabajaba en el bingo que está cerca de la piazza Fiume, en lo que antes había sido el cine Rouge et Noir. Le hacía compañía a cambio de una cerveza cuando tenía que esperarla. «Venga ya, si encima es gratis… La cerveza, ¿eh? ¡Ni lo intentes!».

Esa era su estúpida broma favorita. Te echo de menos, Pollo. Me gustaría verte ahora aquí, riendo, bebiendo y bailando con Pallina. Y habría querido saberlo, sí, habría querido echarte una mano o por lo menos hablarlo, joder, por lo menos hablarlo, no saberlo todo así, con una carta y al cabo de todo este tiempo. Cojo un ron y me lo bebo de un trago.

—¡Póngame otro! —Y, mientras espero, te veo bailar, Gin. Te ríes, te mueves ligera, estás contenta, eres hermosa, estás en paz.

—Aquí tiene, señor.

—Gracias —digo, y me lo bebo de un trago, como si pudiera apartarme de ese pensamiento, como si pudiera consolarme.

¿Tendría que habértelo contado todo, Gin? Pero no ha pasado nada, sí, o sea, bueno… Me echo a reír yo solo, quería decir que no tiene ninguna importancia, eso es, es lo que quería decir. En cambio, hay algo que sí debo admitir, y es que estoy borracho. Pero casi no me da tiempo a pensarlo porque una voz interfiere en mis pensamientos:

—Bueno, pues aquí está la sorpresa.

—¡Papá! Casi me da un infarto.

—Perdona. —Se echa a reír—. ¡La boda está saliendo muy bien y el grupo que toca es fantástico de verdad!

Y, justo en ese momento, como si fuera una señal del destino, Frankie & Canthina Band empiezan a tocar *Y. M. C. A.* de los Village People[45], y todos hacen los movimientos con los brazos, perfectamente coordinados.

—Papá, ¿no quieres ir tú también a bailar?

—¿Estás loco? Esta me la salto, no me gustaría que me malinterpretaran… De todos modos, te había hablado de una sorpresa que tenía que ver con tu luna

de miel… —Saca un sobre del bolsillo y me lo da—. Aquí tienes, es esto, es un regalo de tu madre. En mi opinión, es maravilloso, son las islas más bonitas que existen cuando das la vuelta al mundo. —Miro el sobre, lo abro, solo hay una hoja con el encabezado de la agencia—. He hecho todo lo que me pidió antes…, bueno, sí, antes de irse. Me dijo que, si algún día te casabas, le gustaría que hicieras este viaje. Y lo pagó de su bolsillo.

Me quedo mirando el papel para no mirarlo a los ojos. Oigo que sigue hablando:

—Salís mañana a las ocho y media de la tarde, así tenéis tiempo para todo. Tu madre te quería, mucho. No deberías haber organizado todo ese follón, pegarle a Ambrosini… A él también lo quería.

Y entonces se va. Levanto la mirada y lo veo desaparecer en medio de la gente que baila. Él también se pone a mover los brazos, intentando seguir el paso a la vez que los demás, pero no lo consigue, es un negado. Así pues, ¿lo sabía? ¿O se enteró de todo más tarde? No entiendo nada. Se me encoge el estómago. Apenas tengo tiempo de desaparecer detrás de los arbustos, pasar de largo a una pareja que está charlando, a otra que se está besando y llegar a un sitio en el que no hay nadie.

Me doblo sobre mí mismo y echo las tripas.

Al poco rato estoy en el baño de la pequeña caseta cercana a la iglesia. Me mojo la cara con agua fría varias veces. Me enjuago la boca. Vuelvo a mojarme. Me quedo así, apoyado en el lavabo, me miro al espejo y sacudo la cabeza. De dos cosas estoy seguro: echo de menos a mi madre y, realmente, mi padre es un gran gilipollas.

SETENTA Y DOS

Eleonora casi se da de bruces con Marcantonio.

—¡No, no me lo puedo creer, has venido!

—Y ¿por qué no iba a venir? Me encantan las bodas.

—Mientras no sea la tuya, ¿no es eso?

—La mía también. Con tal de que sea con la mujer adecuada.

Ele tiene claro que con él se lo va a pasar bomba, así que bebe un poco de champán de una copa que le coge al vuelo a un camarero que pasa por su lado. Ha sido tan rápida y ágil que el camarero ni siquiera ha aflojado el paso.

—¿Y la mujer adecuada es esa jovencita inmadura?

Marcantonio se echa a reír y, consciente de que no es tan rápido como Ele, para a un camarero.

—Disculpe… Sí, gracias, cogeré un poco de champán. —Bebe un trago mientras el hombre se aleja—. Sin embargo, tú vas a lo seguro con el joven profesor de Roma3. Aclárame una cosa: ¿también es tan correcto en la intimidad?

—En cambio, la tuya debe de ser muy salvaje.

—Tampoco tanto.

Marcantonio toma un poco más de champán y, a continuación, se lo termina del todo.

—A lo mejor ya no te acuerdas, pero el otro día en el restaurante nos besamos.

—Me acuerdo, fue muy bonito.

—Sí, pero no tan bonito como para hacer una llamada.

—Tan bonito como para no querer molestar. Cualquier palabra no habría estado a la altura, solo otro beso…

Ele se echa a reír.

—Ya está, no sé cómo lo haces pero siempre consigues embaucarme.

Marcantonio también se ríe.

—Qué va… ¿Sabes?, una vez vi una película que me gustó un montón, *Después de una noche,* con Wesley Snipes y Nastassja Kinski, en la que, durante una fiesta, encuentran a sus respectivos consortes practicando sexo en un cobertizo de herramientas del jardín.

—¿Qué quieres decir?

—Que debe de ser erótico hacerlo durante una fiesta mientras los respectivos están por ahí.

—Eres perverso… Aparte de que aquí no hay ningún cobertizo.

—Está detrás de la caseta. Voy a ver qué tal es…

Marcantonio se encamina hacia allí divertido y coge otra copa de champán. Eleonora lo sigue y también coge rápidamente otra del mismo camarero.

—Gracias.

—De nada.

El camarero se aleja.

Ele bebe un poco de champán.

—Oye, yo también vi la película, la recuerdo muy bien —dice—. Me gustó muchísimo. Al final los cuatro salen de un restaurante y se despiden. Luego las dos parejas siguen juntas, pero con los papeles cambiados.

—¿Lo ves?… Yo también me acordaba del final. Muy bonito. Estoy convencido de que Silvio y Martina serán perfectos el uno para la otra.

Entonces Marcantonio intenta abrir la puerta del cobertizo de herramientas.

—Oh…, está abierta.

Y desaparecen los dos en el interior.

Al otro lado del jardín, Luke, el hermano de Gin, se le acerca.

—¡Eh, qué pasada, me está gustando todo un montón, más que una boda parece una fiesta disco!

—¡Eh! Por fin te veo, *brother*. Desapareciste en los preparativos.

—Es que son cosas de mujeres, mamá y tú os las arreglabais a la perfección. Os seguí a la cocina, ¿qué te crees?, y empezasteis a discutir de los detallitos para los invitados: «¡No, de color crudo, que son mucho más elegantes!». «No, no…, rosa antiguo veneciano…». «¡Venga ya, parecerá una comunión!»…

Gin se echa a reír.

—Es cierto, ¡así que nos espiaste de verdad!

—¡Pues claro! De todos modos, Frankie & Canthina Band son realmente estupendos.

—¿Te acuerdas? Siempre íbamos a escucharlos al Fonclea, en la via Crescenzio, y he logrado traerlos aquí.

—Si solo fuera eso… Hasta has conseguido casarte con Step, nunca habría apostado por ello. Me acuerdo de la primera vez que os vi, os besabais debajo de casa.

—Eh, ya empiezas a ser el aguafiestas de siempre. Oye, que he crecido; puede que no te hayas dado cuenta, pero tu hermana ahora se ha convertido en una señora. —Gin querría decirle algo más, por un instante está tentada de contarle que pronto será madre, pero no es el momento oportuno.

—Y eres una señora guapísima, este traje de novia te sienta muy bien, me alegro por ti, *sister*…

Gin mira a su alrededor.

—¿Y Carolina? No la veo.

—Está allí, bailando.

—A ver si pronto me invitas tú a una fiesta así.

—Eh…, no tengo ni idea. Hoy también nos hemos peleado como locos. Es muy posesiva, y encima a veces se pasa de celosa.

—¿Tiene motivos?

—¿Estás bromeando? Me ha escrito una ex mía, pero solo un breve saludo para saber cómo estoy, a los pocos días de haber regresado de Londres, ¿sabes? He estado fuera seis meses, es natural que la gente te salude. Incluso le dejé leer el mensaje. No tengo nada que esconder.

—Lo sé, pero las ex son como un dedo en el ojo. Sea como sea, siempre hace daño.

—No está mal la frase, me la quedo, nunca la había oído; también es famosa la de «Es como tener arena en las bragas», pero está muy sobada. Y, además, esa es más fina.

—Sí, pero, dejando a un lado la expresión, es mejor evitar tener que oírla. Hace daño. Créeme.

—De acuerdo, te haré caso; ¡venga, vamos a bailar!

Y se lanzan los dos a la pista.

Cuando salgo de la caseta, todos siguen bailando, la música les encanta y suena un tema buenísimo de Gloria Gaynor, *I Will Survive*[46]. Sonrío. No estoy muy seguro de si sobreviviré, pero estoy mejor, se me ha pasado un poco, la cabeza me da menos vueltas.

—Eh, oye, ¿dónde te habías metido? ¡No te encontraba! —Gin me coge del brazo. A continuación, me mira a la cara—. ¿Cómo estás?

—Mejorando…

—Yo, hecha polvo. ¡He bailado muchísimo, al final no he podido más y me he quitado los zapatos!

—Bien hecho.

Me mira divertida.

—Ha sido una boda realmente preciosa, ¿verdad?

—Sí, perfecta.

—El padre Andrea también ha estado bien. Tenía miedo de que se alargara demasiado, pero al final ha dicho un bonito sermón, breve y muy intenso. Ya ves, incluso ha hecho bromas, pero no demasiadas; bueno, en fin, me ha gustado mucho.

—Sí, cuando volvamos a casarnos lo escogeremos otra vez.

—Idiota. ¿Ya te has arrepentido?

—No, estoy más convencido que nunca.

—Bien, yo también, y si estás de acuerdo, podríamos irnos, total…, algunos ya se han despedido, poco a poco se irán todos y luego nos pondremos tristes; solo quedarán cuatro desgraciados bailando solos y algo borrachos en la pista vacía porque les da miedo volver a casa, no por otra cosa. En mi opinión, ahora estamos en el apogeo, mejor que desaparezcamos…

—Estoy de acuerdo.

Huimos en la noche sin decir nada a nadie. Nos acompaña el chófer que estaba previsto desde un inicio y nos deja en Villa Clementina, a pocos kilómetros de San Liberato. Sale a abrirnos una señora ligeramente aturdida por el sueño.

—Buenas noches. Hemos reservado una habitación. —Entonces miro a Gin y le sonrío—. Somos los señores Mancini. —Me suena muy raro.

Ella me sonríe, está emocionada y contenta.

La mujer, en cambio, no hace caso de nada, tampoco del hecho de que ambos

vayamos vestidos de novios; tal vez ni siquiera se haya dado cuenta. En cualquier caso, no comenta nada. Mejor así.

Desliza el dedo por un listado.

—Sí, aquí está. Les hemos guardado la mejor habitación, la suite nupcial, síganme.

Al instante nos ponemos a caminar detrás de ella; no llevamos nada con nosotros, nuestras pequeñas maletas ya están aquí, Fabiola se ha ocupado de todo. En según qué cosas es perfecta, como, por ejemplo, a la hora de organizar una fiesta, un evento o un viaje. En otras, se pierde con facilidad.

Sigo a la señora detrás de Gin, de vez en cuando tropiezo o choco con algo. A fin de cuentas, el alcohol que llevo encima es considerable. Entonces la mujer se detiene delante de una puerta, la abre y me entrega la llave.

—El desayuno se sirve de ocho a once, pero si quieren tomarlo más tarde, no hay problema. Por ustedes haremos una excepción. —Nos sonríe. Se ha despejado un poco. A continuación, desaparece por el pasillo.

Nada más entrar, vemos las maletas delante de la cama. La habitación es grande, con un antiguo fresco, una bonita cristalera que da al jardín, un cuarto de baño muy espacioso con una pequeña sauna, una bañera de hidromasaje, dos lavabos y una gran ducha. La verdad es que me irá bien para recuperarme.

—¡Voy a darme una ducha!

—Muy bien, perfecto.

Tiro la ropa en el suelo del baño. Oigo la voz de Gin procedente del dormitorio:

—¿Sabes que, cuando estabas no sé dónde, he lanzado el ramo?

—¿Cómo que estaba «no sé dónde»? Si estaba en el baño, me has visto, me encontraba fatal…

—Ah, sí… Bueno; ¿adivinas quién lo ha cogido?

—¿Quién?

—Eleonora… No sabes cómo se han mirado ella y Marcantonio, con sus respectivos al lado.

—¡Venga ya!

—Sí, ¿te imaginas que se casan?…

—Prefiero no pensarlo.

Entonces aparece en la puerta con el pelo suelto, un conjunto de lencería de encaje y una liga a juego en el muslo derecho. Se coloca en el umbral con la pierna izquierda ladeada, doblada hacia adentro, y con la voz un poco más baja

de lo normal y un poco más sexi que nunca, me pregunta:

—¿Hay sitio para mí?…

Abro la mampara de la gran ducha.

—Por supuesto.

Entonces entra, me abraza y me doy cuenta de que tampoco estoy tan borracho.

SETENTA Y TRES

Nos levantamos por la mañana, tomamos un buen desayuno en el jardín y puedo decir que, afortunadamente, se me ha pasado la borrachera. No me duele la cabeza y como no he comido mucho me siento ligero. Paolo y Fabiola se han ocupado del viaje que me ha regalado mamá, es todo perfecto, saldremos esta noche a las ocho y media. Me han dejado la documentación en la suite.

—Fiyi, islas Cook y Polinesia, un viaje maravilloso. Vamos a dar la vuelta al mundo y en total estaremos fuera tres semanas.

—Qué bien… Mira, también hay folletos, es que tu hermano es muy meticuloso.

—Ha sido Fabiola, y seguro que además le estará dando la lata porque es el viaje que deberían haber hecho ellos cuando se casaron.

—Y, en cambio, ¿adónde fueron?

—Pasaron una semana en Francia, en Épernay.

—Bueno, también debe de ser bonito, tienen un excelente champán… Aunque puede que no sea lo mejor después de la tensión de la boda, la verdad.

—Es que mi hermano se había hecho cargo de la consultoría de importación y exportación del champán francés y así aprovechaba para poder seguir de cerca todos los pasos.

—¡Encima! ¡Qué raro que, cuando ella lo descubrió, no se divorciara en la luna de miel!

—De nuestro viaje nunca podrás decirme nada, es un regalo de mi madre…

—Sí, y es maravilloso. —Entonces me abraza—. Soy feliz, señor Mancini, mucho. Y me alegro de ser su esposa.

Se pone de puntillas, me besa en los labios, y a continuación, sonríe.

—Y, en vista de que hay piscina, también le he traído un bañador nuevo. Yo

voy a ir ya, porque después de los nervios de todos estos días, la verdad es que necesito relajarme.

—Voy contigo.

Nos pasamos la mañana en completo relax. Voy alternando la colchoneta hinchable de color azul cielo y una hamaca de tela azul marino, pero sobre todo me pierdo mirando el lento paso de alguna nube. Gin lee una revista, yo hojeo los periódicos, me salto las noticias de sucesos y cualquier otra cosa que fomente la maldad humana. Hoy tengo que relajarme también en ese aspecto. No pienso en nada. Mi mente no tropieza ni se atasca en ningún sitio. Hasta que Gin lo estropea todo:

—¡Son bonitas estas gafas! Oye, ¿dónde las tenías? Son un modelo antiguo.

—¿Estas? No, las han vuelto a hacer ahora, nos las mandaron a la oficina para promocionarlas, quieren que las usemos en algún programa de la Rete, pero no creo que pueda ser a menos que firmen un contrato.

—Me gustan. ¿No hay ningunas para mí?

—Tengo que mirarlo.

—Mancini, no me seas agarrado. La respuesta correcta era: «Por supuesto, cariño», o «Por supuesto, tesoro», pero, en cualquier caso, «Por supuesto. ¡Si no hay más, ya lo arreglaré!».

—Por supuesto, amor mío…

—Vale… —Me sonríe y sigue hojeando el *Vanity Fair*.

Me quito las gafas, me meto en el agua sin que se mojen, a continuación, me subo a la colchoneta y me las vuelvo a poner. Balorama 001. Me las ha regalado Babi. Y la velocidad a la que le he mentido a Gin, la historia de los artículos de promoción para un programa, demuestra que soy un buen guionista, aunque preferiría no tener que inventar nada. Sigo flotando en el agua, en el silencio de la campiña. El calor, una música lejana, el canto de un pájaro, el aroma de los campos, las espigas calentadas por el sol, la resina de los pinos. Me he casado, Babi.

Esta vez me ha tocado a mí, no te has salido con la tuya. Quién sabe dónde estarás ahora, en qué piensas, si te sentiste tan mal anoche como yo en un montón de ocasiones. ¿Has visto qué mal se pasa? Te sientes impotente. Te parece absurdo que todo lo que has vivido con una persona de repente quede borrado, lo que habéis dicho, las promesas hechas, las lágrimas, las risas, los besos, hacer el amor, los polvos, las palabras mágicas pronunciadas en esos momentos… Todo se va volando como el azúcar glas de un pastel que un niño

rebelde y caprichoso sopla con desdén. Pues sí, me he casado.

Pero no lo veo como una revancha, no es un punto a mi favor en la eterna lucha entre hombres y mujeres. Yo solo quería ser feliz, Babi, y quería serlo contigo. Lo tenía todo pensado: nos casaríamos, tendríamos cuatro hijos, una casa en los alrededores de Roma, pero no muy alejada, en medio de la naturaleza. Me acuerdo de que sonreía, era feliz, decidido y resuelto, y estaba convencido de que todo habría sido así. Pero, cuando me di la vuelta, tú ya no estabas.

Un pájaro surca el cielo encima de mí. Entonces oigo sonar un claxon. Un coche sube por la colina, llega hasta el gran jardín y oigo apagarse el motor, el ruido de la puerta al cerrarse y, luego, en la piscina, aparece él, Giorgio Renzi.

—¿Y bien?, ¿cómo están mis queridos novios? ¿Estáis listos para la luna de miel? Si no os importa, os acompaño y así podréis hacerlo todo con calma, pero tampoco demasiada. No me gustaría que perdierais el vuelo y todas las conexiones. Me lo contó anoche tu hermano; es un viaje maravilloso y, además, él es muy simpático.

Me vuelvo hacia Renzi.

—Me queréis fuera de juego, ¿verdad? No sé qué estaréis tramando. Vosotros dos no me lo estáis contando todo. Algún acuerdo internacional…

Giorgio se sienta a una mesa cercana.

—Si quieres saberlo todo, estamos negociando con España, Holanda y Alemania, y espero poder darte alguna buena noticia con lo que salga. Pero no nos precipitemos, puede que cuando vuelvas del viaje haya alguna sorpresa.

—Así pues, ¿puedo marcharme completamente tranquilo?

—Del todo. Esta tarde, a las siete y media, he quedado con Dania Valenti, la que nos propuso Calemi; yo ya me las arreglaré y luego te cuento. ¿Lo ves? Hasta te libro de esa lata.

Miro a Gin divertido.

—Tienes que saber que Renzi me libra de todas las latas que le gustan a él. Prácticamente solo me deja reunirme con hombres, como mucho puedo tener una excelente y estrecha relación con Karim Derrano.

Gin cierra el *Vanity Fair* y se vuelve hacia nosotros.

—¡Venga ya! ¿El de «Mujeres y hombres»? No me lo puedo creer, ¿lo conoces? ¡Tienes que presentármelo, está como un tren!

—Bueno, si es por eso, también es gay hasta la médula, me parece.

—Ya está, lo sabía: cuando un chico es mejor que vosotros, siempre sacáis a

relucir la misma historia.

Se pone a leer otra vez la revista.

—De todos modos, me gusta el trabajo que hace Renzi. Tú ahora eres productor, no puedes estar metido en todos esos escándalos que salen en *Divina e Donna*, Vip 2000 y todas esas revistillas, ¿no, Renzi?

—Exacto.

—Así que tú sigue así. Total, aunque se vea con Derrano y los otros, Mancini no corre peligro. Y, además, ahora… —Gin me mira y me pregunta—: ¿Se lo podemos decir a Renzi?

Al instante me doy cuenta de que tengo que hacer como si nunca hubiera dicho nada.

—¡Claro!

—¡Y, además, ahora va a ser papá!

Giorgio me mira un segundo, pero enseguida sonríe.

—¡Es estupendo! ¡Es la mejor noticia que podíais darme! Me alegro muchísimo por vosotros.

¿Ya sabéis si va a ser niño o niña?

—No, en las visitas han dicho que todo va bien, pero todavía no se puede ver el sexo.

—Eso significa que lo descubriréis después del viaje.

Giorgio me mira con una sonrisa y tanta naturalidad que creo que, además de todas sus cualidades, también es un excelente actor.

SETENTA Y CUATRO

Nos ponemos a hacer las pequeñas maletas y a la hora del almuerzo ya estamos en casa.

—Si estáis de acuerdo, pasaré a recogeros a las cuatro, así iremos al aeropuerto con tranquilidad.

—No, hombre, no te preocupes, Giorgio, cogeremos un taxi.

—¿Por qué? Me apetece llevaros. Quizá haya ocurrido algo en la oficina y debas tomar alguna decisión, así te pongo al corriente de todo antes de que te vayas…

—Como quieras. Eres muy amable.

Me despido de él, cierro la puerta y voy a la cocina.

—Me estoy preparando un zumo, ¿quieres uno?

—Sí, por favor.

Gin introduce las últimas zanahorias y pone en marcha la licuadora. En un instante se tiñe de verde, luego se aclara un poco, al final se impone el naranja.

—Tu amigo Renzi es muy amable, está siempre en todo y, además, hace las cosas de una manera realmente considerada. A saber qué secretos esconde…

La miro con curiosidad.

—¿Por qué dices «qué secretos esconde»?

—Porque, detrás de una persona tan sosegada y tranquila, debe de haber una gran historia. Tiene que haberle pasado algo raro…

—Tú crees que hay misterios en todas partes, como cuando ves ese programa de Rai Tre en que sale esa rubia, Federica…

—Sciarelli.

—Sí, esa, la de «Chi l’ha visto?». Enseguida sabes quién ha matado a quién. Te oigo, ¿sabes?, cuando estoy en mi habitación: «Ha sido el marido…». «Venga

ya, si está claro que ha sido el amante…». «El tipo al que ella abandonó el año anterior…».

Gin apaga la licuadora, quita la tapa y empieza a servir el zumo en un vaso.

—¡Sí, pero fíjate que a esos de los que estás hablando yo los he calado a los tres! Lo que significa que también podría acertar sobre Renzi… Por ejemplo, ¿cómo lleva el tema mujeres?

—¡Vaya preguntas que haces! ¿Qué quieres decir?

Me siento frente a ella y empiezo a tomarme el zumo.

—¿Cómo que qué quiero decir? ¿Es de los que están todo el tiempo rodeados de mujeres? ¿Sale siempre con la misma? ¿Tiene dos o tres y las va alternando? ¿Mantiene una relación con un hombre?

—No lo sé.

—Pero ¿qué clase de respuesta es «No lo sé»? ¿Cómo es posible? ¿Te pasas el día entero con alguien, de la mañana a la noche, y no sabes nada acerca de su vida privada? ¡Tú no estás bien de la cabeza! La vida privada lo dice todo de una persona. ¿Nunca habéis hablado de la suya?

—No. —Efectivamente, pensándolo bien, siempre hemos hablado de la mía.

—¿Y de la tuya?

Ya está, lo sabía, me lo he buscado.

—De la mía, sí, o sea, le he dicho que estaba contigo y que íbamos a casarnos.

Bueno, Renzi me cogería como *partenaire*, a mí también me está saliendo muy bien el papel.

—Y ¿no le has contado nada más?

Enarca una ceja y le da un último sorbo al zumo.

—Está bien, olvidémoslo…

—Espera, espera…

—¿Qué?

—Una vez me dijo que había estado varios años con una persona y que después lo dejaron.

—Dijo «una persona». No dijo «una mujer». De modo que también podría ser un hombre. Ya ves, vamos bien. ¿Qué impresión le causó conocer a Karim Derrano?

—Cero. Solo se preocupó de que yo no le pegase. Se trataba más de una preocupación profesional que sentimental.

—Bien, no es gay. No podría haberse resistido. ¡Karim les gusta a

muchísimas mujeres, tiene hordas enteras de chicas enamoradas de él y, por lo que me habéis dicho, también de hombres!

—Eh, y nosotros lo hemos cogido como asistente; ¿a que somos buenos?

—Muy buenos. Venga, vamos a hacer las maletas, si no, vendrá Renzi y nos encontrará todavía aquí, fantaseando acerca de su vida secreta.

Entonces bajo dos Samsonite y nos disponemos a llenarlas. Damos vueltas por casa, tropezándonos de vez en cuando, preguntando sin parar:

—Oye, ¿dónde están los bañadores?

—Donde han estado siempre, en el último armario del fondo, en el primer cajón, donde también están los albornoces y las toallas.

—¿Siempre han estado ahí?

Gin se echa a reír.

—Siempre. De vez en cuando también van a la lavadora, pero la mayor parte del tiempo lo pasan ahí.

—Bien, bueno es saberlo.

Y seguimos escogiendo camisetas, camisas, pantalones cortos, zapatos, por lo menos una americana.

—Pero ¿allí hará frío?

—¿En la Polinesia?

—Quizá por la noche.

—Solo si pones el aire acondicionado demasiado alto.

—Madre mía, qué antipático te has vuelto; si lo llego a saber, ¡no me caso!

Después hacemos un pequeño receso, nos tomamos un sándwich y un café.

—¿Tú cómo lo llevas?

—Ya he terminado.

—Yo también.

Nos sonreímos mientras nos bebemos el café y de repente, por poco, vuelco la taza. La dejo enseguida sobre el platito.

—¡Oh, Dios mío, casi me da algo!

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —Gin está francamente preocupada.

—Nada, es por todo lo que hemos hablado: Renzi quizá sea gay, Karim es gay, y entonces, de repente, veo que llevo un anillo en el dedo. ¿No será que yo también…? Ah, no, que es la alianza, claro… ¡Menos mal! Es que todavía no me he acostumbrado a llevarla puesta, se me hace extraño…

—Así, muy bien, pues intenta no quitártela nunca, y sobre todo no perderla por algún sitio. Y ahora que vuelva el Step de antes y cierre mi maleta, que yo no

puedo.

Ayudo a Gin a hacer presión en su maleta; ella se sienta encima.

—Bueno, es mi manera de ayudar.

Y al final conseguimos cerrarla del todo. A continuación, Gin parece perpleja.

—Estoy empezando a preguntarme si no pesará demasiado y nos harán pagar un suplemento.

Porque a veces te cobran unas cantidades increíbles…

—No te preocupes; mamá nos ha regalado un viaje en primera, no hay problema de peso, ni tampoco de espacio para tu bonita tripa.

Gin me sonríe.

—¡Te das cuenta, aún no ha nacido y ya vuela!

Entonces nos vamos al sofá, nos ponemos cómodos, veo algún estúpido programa en la televisión, oigo discutir a alguien en una tertulia, quito el volumen y sigo zapeando sin sonido. Gin pone un CD de Sakamoto, luego se sienta en el sofá y hojea los folletos de nuestro viaje, los bungalós sobre el agua donde pasaremos nuestros próximos días. El ambiente es perfecto, la boda ha ido bien, los programas están a punto de empezar, los contratos están firmados, todo me parece que está yendo de la mejor manera posible, pero aun así siento cierta inquietud. Y es que también pienso que, sea lo que sea lo que pueda ocurrirle a alguien, tanto si es lo más bonito como lo más dramático, nadie se da cuenta hasta que sucede, ni un momento antes. La vida es una continua sorpresa.

SETENTA Y CINCO

—Bajemos.

Apenas un instante después de oír el interfono ya estamos saliendo del portal. Renzi nos ayuda a cargar las maletas en su Golf y al poco rato pasamos por Prati, en dirección al piazzale degli Eroi, para coger a continuación la Aurelia y dirigirnos a Fiumicino.

—¿Emocionados?

—¡Contentos!

—Sí. —Gin va sentada detrás, entre los dos asientos—. No esperaba nada más desde hace un mes: irnos de luna de miel. Y ahora Ele incluso quiere dedicarse a planificar bodas, es su sueño.

Para mí ha sido una pesadilla, un estrés de locos. Tú no te has dado cuenta, pero ha habido veces que me he despertado en plena noche con ataques de pánico porque me imaginaba que la pasta de la cena estaría pasada, o que llovería sobre las mesas, o que en el momento del «Sí, quiero» tú te ibas, o que no estaban las alianzas. Y, en cambio, tú allí, durmiendo tan tranquilo mientras a mí se me hacía de día.

—Pero, perdona, de la cena se ocupaba Pettorini, un chef excelente. Él en persona organizaba el catering de todos los presidentes del Consejo; si no estamos seguros en sus manos, ¿con quién lo estaríamos?

—Sí, ya, tú lo ves muy fácil.

Giorgio la mira por el retrovisor.

—Bueno, ahora ya ha pasado, ¿no? Todo fue de maravilla, la pasta estaba riquísima y al dente, y fue una boda muy bonita, divertida, la cena no se alargó demasiado, la música preciosa…

—Sí, Frankie & Canthina Band son realmente buenos.

Giorgio se echa a reír.

—¡Incluso consiguieron hacerme bailar a mí!

Gin se inclina hacia delante.

—Venga ya, no te vi.

—Tal vez ya habíais desaparecido.

Gin me toca ligeramente el hombro.

—Y ¿con quién bailaste?

—Un poco con todos, con quien había por allí. Estaba Marcantonio, Pallina con su novio…, no sé, los que conocía, aparte de que bailaban casi todos.

Miro a Gin y le sonrío, como diciendo: «Haces unas preguntas obvias» y, sobre todo, «Así no vas a descubrir nada de nada».

—¿Cómo ha ido hoy en la oficina?

—Todo tranquilo. Los ensayos del concurso de Fulvio han ido bien; Simone se ha incorporado como guionista, ha empezado hoy en el Teatro delle Vittorie, ha hecho buenas migas con Vittorio Mariani y los otros guionistas y se quedará allí controlando todo el programa. Parece que Fulvio se lo ha tomado como algo personal. Él le explica con detalle todos los pasos.

—¿Qué quiere decir que «se lo ha tomado como algo personal»? ¿Tenemos que preocuparnos?

¿Hemos pasado de Giovanna Segnato a Fulvio Binna?

Renzi se ríe.

—No, no, tranquilo, no ha cambiado de acera. Giovanna Segnato no se ha dejado ver, al menos eso creo, y lo cierto es que Fulvio lo trata como a un guionista, me ha dicho que es perfecto.

—Bien.

—Sí, porque además Fulvio ahora solo tiene ojos para su asistente, Karim…

Gin se inclina hacia delante.

—¿En serio?

Renzi asiente.

—Me han llegado algo más que rumores diciendo que están juntos.

Gin está pasmada.

—¿Karim y él? ¡No! Cuando Ele lo sepa, se suicida.

—Venga ya, pero ¿qué dices? ¿A Ele le gusta alguien como Karim?

—Te lo juro, me dijo que Karim la había hecho sentirse mujer por primera vez.

—Mira que llegáis a ser tontas.

—Oye, y ¿yo qué tengo que ver?

—¿Cuándo te dijo eso?

—No sé, creo que lo vio cuando tenía catorce años.

—Vale, estáis mal de la cabeza.

—¡Otra vez! Que yo no tengo nada que ver… De todos modos, Karim también le gustaba un montón a Ilaria. A ella no le diré que ahora está con Fulvio, si no, se va a deprimir aún más.

—¿Te refieres a Ilaria Virgili, la testigo?

—Sí…

—Pero, perdona, aunque a Karim le hubieran gustado las mujeres, ¿ella creía que tenía alguna posibilidad? Solo con que se le presentara como iba ayer, si antes no lo era, Karim se vuelve gay.

—Pero ¿por qué os metéis tanto con ella?

—Porque no hay quien la mire. Y tú no la ayudas haciendo como si nada.

Renzi la observa por el retrovisor.

—Pero ¿quién era?, ¿la que iba vestida de azul un poco a lo años ochenta?

—Sí, esa. Bueno, ¿qué me dices?

—No me pronuncio. Digamos que iba perfectamente acorde con la música.

—Ya entiendo, un juego de palabras para decir que es un adefesio.

—¡Lo has dicho tú!

Gin vuelve al ataque.

—Vale, y sobre Fulvio y Karim, ¿te pronuncias?

—¿Qué tengo que decir?

—Yo qué sé. ¿Qué opinas del hecho de que estén juntos?

—No opino nada, o, mejor dicho, estoy un poco preocupado porque el programa podría resentirse. O puede que salga una exclusiva en una de esas revistas de las que hablabas antes y todavía tengamos más éxito. Total, está todo por ver.

Miro a Gin divertido. Nada, ni siquiera así ha conseguido arrancarle ninguna información a Giorgio. Entonces vemos los indicadores del parking de Fiumicino.

—Bueno, hemos llegado.

Renzi reduce y se sitúa en el carril de entrada al aparcamiento.

—¿Lo lleváis todo? ¿Pasaportes, documentación, billetes…?

—Sí, todo controlado.

—¿Os importa si os dejo aquí y vuelvo a la oficina? A las siete y media viene

Dania Valenti, la *hija* de Calemi. He visto sus fotos y el currículum. Si estás de acuerdo, la pondré ya en el programa de Binna; total, tenemos que buscar a diez azafatas. Hay sitio para ella. Por las fotos que he visto, es muy guapa.

Gin vuelve a la carga justo mientras Giorgio estaciona delante de la entrada de la T3 y pone las luces de emergencia.

—Y ¿en tu casa no dicen nada? ¿No están preocupados con tanto ir y venir de chicas guapas?

Además, en el mundo del espectáculo, a veces las cosas se toman muy a la ligera. ¿Están tranquilos?

—Sí. —Giorgio le sonríe—. Teresa y yo ya hemos pasado el período de prueba. A lo mejor dentro de poco nos liamos la manta a la cabeza como vosotros. Ya llevamos cuatro años juntos.

—Pero, perdona: entonces ¿por qué no la trajiste a la boda?

—Le habría gustado mucho ir, pero tenía un compromiso de trabajo que no podía eludir, es abogada, aunque algún día podríamos salir a cenar todos juntos, ¿no?

—Claro, en cuanto regresemos.

Luego Giorgio nos ayuda a sacar las maletas, me abraza, le da un beso a Gin y se despide.

—Divertíos, novietes. Yo no te molestaré. Si quieres saber algo, ya me llamarás tú.

Sube de nuevo al coche y arranca.

Mientras entramos en el aeropuerto, Gin está entusiasmada.

—¡Oh! ¡Lo he conseguido: no es gay, y a lo mejor se casa pronto!

—Muy bien, Gin, mejor que la de «Chi l'ha visto?».

—Y encima parece una relación sólida.

—Sí, por su manera de hablar, eso parece.

SETENTA Y SEIS

Vamos a los mostradores, facturamos las maletas y nos quedamos únicamente con nuestras mochilas.

Cuando te dispones a hacer un viaje, no hay nada mejor que llevar solo un equipaje ligero, al menos para mí. Saco mi MacBook Air y me pongo a leer un rato. Después de revisar unos cuantos correos y empezar también alguna negociación interesante, veo un email escrito en español. Intento traducirlo, pero sin utilizar Google Translate, y creo entender que están interesados en hacer el programa «Quién quiere a quién», ¡y también la serie! Menos mal que lo he abierto. Le escribo inmediatamente un correo a Renzi y cierro el ordenador. Me vuelvo hacia Gin.

—¿Qué estás haciendo, que te veo tan enfrascada?

—Acaban de llegarme las fotos de anoche; ¡mira qué bonitas!

Entonces me muestra la carpeta que acaba de descargarse con centenares de imágenes. Pulsa en el icono y las abre todas a la vez. Una tras otra, se van solapando y empieza a ojearlas.

—Esta es preciosa, esta es divertida, en esta salen todas mis amigas, esta es de cuando lancé el ramo… No, esta es horrible, aquí salgo fatal.

—Qué va, estás guapa, te haces la graciosa, tienes una cara simpática.

—Pero si parezco un monstruo. ¡Se me notan todos los nervios de la boda!

—A mí me pareces guapísima.

Luego nos ponemos a mirar las fotos de las distintas mesas y ahora también tengo la impresión de ver de vez en cuando a personas a las que no he visto nunca.

—Y ¿este quién es?

—Ni idea, si no lo sabes tú… Está en la mesa con tu tía, la hermana de tu

padre.

—Sí, esa es tía Giorgia, pero él no sé quién es. Aunque seguro que no era nadie que se hubiera colado.

—¿Por qué no? Imagínate, un desconocido en la boda de Step. Tú, que, con los Budokani, eras el terror de las fiestas romanas, ahora tienes que apechugar con un infiltrado en la mesa.

—Sí, pero como mucho debió de birlar un lirio blanco.

—Cierto. Bueno, y aquí están nuestras fotos, las que nos hicieron paseando por el jardín justo después de la ceremonia.

—Sí, madre mía…, qué horror.

—No, venga, no es verdad. Esta es bonita. —Se nos ve a contraluz, el velo de Gin muy bien definido, riéndonos de las alianzas, mirando nuestras manos puestas juntas; hay complicidad y alegría.

—Sí, es verdad, es realmente bonita.

—Mira, Step, aquí te ríes con los ojos cerrados, estás guapísimo, me gusta mucho cuando pones esa expresión.

—Pues tenemos que casarnos más a menudo.

—Eso no hay quien lo aguante.

—Pues entonces tenemos que sonreír más a menudo.

—Será lo más fácil.

—Una sonrisa es una curva que lo endereza todo.

—¿Esa frase también es de Renzi? Qué buena.

—No, es de Phyllis Diller, una actriz cómica estadounidense.

—Tienes razón, una sonrisa puede hacer mucho, pero no hacer llorar a nadie es todavía mejor.

Y justo en ese momento oímos la llamada de nuestro vuelo para el embarque, de modo que lo guardamos todo, cogemos las mochilas y nos dirigimos a la puerta. Pero no sé si Gin ha dejado caer esas palabras por casualidad.

SETENTA Y SIETE

Renzi entra en la oficina.

—¿Ha preguntado alguien por mí?

Alice acude enseguida.

—Ha llamado Gianna Calvi, de la Rete, y el responsable de área, Aldo Locchi. He enviado las facturas a Medinews, como me indicó, y también hay alguien esperándolo, Dania Valenti. La he hecho pasar a la sala de espera.

—Has hecho bien, gracias.

Renzi se encamina hacia allí. Gira al fondo del pasillo y abre la puerta. Apoyada de espaldas a la cristalera abierta, con los auriculares en los oídos y un cigarrillo en la mano, hay una chica alta, con el pelo muy largo castaño oscuro y unos shorts muy cortos. Se mueve despacio, balanceándose al ritmo de la música que sin duda sale de los auriculares.

—Hola, aquí estoy, ya he llegado.

La chica se vuelve, le sonríe; a continuación, se quita los auriculares y tira el cigarrillo por la ventana de un capirotazo sin preocuparse lo más mínimo de adónde irá a parar o de si pasa alguien por debajo.

—Hola, estoy escuchando el último de Bruno Mars. Es un verdadero alucine, a mí él me parece un genio, es mi vida.

Y le sonríe de una manera muy suya, con esos labios carnosos, ligeramente brillantes, humedecidos con una barra de labios con sabor a fresa. Tiene un pequeño lunar en la mejilla y otro cerca de la ceja.

A Renzi lo sorprende haberse fijado, por lo general no se detiene en esos detalles, pero esa chica lo ha atraído como un imán. Y entonces sigue bajando, mira la camiseta roja con una gran lengua blanca en el centro y luego esos shorts tan cortos, esa cremallera subida con esfuerzo hasta el botón, casi a punto de

estallar, y los bolsillos un poco más largos y más oscuros saliendo por debajo del pantalón. Renzi se detiene demasiado en ese pubis, en esas costuras, en esa parte del vaquero algo descolorida.

—¿Te gustan? Los he comprado esta mañana en la via del Corso.

Y se la encuentra allí, mirándolo sonriente, sin ninguna malicia, deseable como nunca habría imaginado que pudiera ser una chica, con las manos en los bolsillos y levantando ligeramente una pierna en busca de una pose traviesa o que de alguna manera haga que a ese hombre le guste más, sin saber que ya lo ha conquistado por completo.

—¿Tú eres Renzi o Mancini?

—Renzi.

—Bien. Me gusta más el apellido. El otro me suena a «manchado». Y, además, el tuyo me recuerda al presidente del Consejo de Ministros, aunque tú me pareces más afable.

Giorgio se ríe.

—Y ¿por qué?

—Porque él, cada vez que dice algo importante o serio, al final pone una cara que parece que te esté tomando el pelo.

A Renzi le hace gracia, la verdad es que no sabe cómo quitarle la razón.

—¿Vamos a mi despacho?

—Ay, no, qué rollo. Total, ya está todo claro, ¿no? Me ha enviado Calemi y me ha dicho que hablara con vosotros. Si hay algo que hacer, yo lo hago, vosotros decidme el qué. Me gustaría salir en la tele, pero no en algo que sea demasiado importante porque, si no, luego ya no podré seguir haciendo mi vida, y además me parece que en el fondo Calemi no quiere. Ostras, pero me gustaría ser famosa, ¿eh?… Podría ir a Pacha o al Ushuaïa de Ibiza sin verme obligada a trabajar de chica imagen y disfrutar por fin de una buena noche en la mesa con mis amigos.

—Pero si dices que Calemi no quiere…

—Bueno, pero a Calemi ya lo haré entrar yo en razón. —Se ríe, puede que de forma alusiva, y luego prosigue—: Es que todos pensáis que la vida que llevamos nosotras es fácil, pero no es así. No mola nada bailar y sonreírle a todo el mundo cuando tienes algo que te carcome o si te han hecho una faena, no te creas. A veces ha habido noches en que me entraban ganas de llorar y debía reírme a la fuerza.

—No, claro, me imagino que debe de ser duro.

—Exacto. —Entonces se queda pensando un momento—. ¿Sabes qué me gustaría un montón? Una serie. Ser como Vittoria Puccini cuando salía en «Elisa di Rivombrosa». ¡Con eso me harías del todo feliz! —Y luego lo abraza.

Giorgio mira sorprendido todos esos cabellos desparramados sobre su pecho, con extensiones incluidas, y su entusiasmo excesivo a la vez que endemoniadamente frágil. Y se queda así, con los brazos abiertos, sin saber muy bien qué hacer, y le viene a la cabeza un libro que leyó el pasado invierno, *La verdad sobre el caso Harry Quebert*. La protagonista es Nola, una chica muy jovencita que se enamora de un escritor veinte años mayor que ella. Tienen a todo el pueblo en contra, pero ella no deja de hacer cosas para reafirmar la autenticidad de su amor, y entonces, de repente, desaparece. Al principio Giorgio pensó que se trataba de uno de esos éxitos literarios prefabricados con una estrategia de marketing bien orquestada. Sin embargo, a medida que avanzaba en la lectura, Nola lo fue conquistando. Aunque esas cosas solo ocurren en los libros, pensó. Ahora, en cambio, es él quien se siente protagonista de esta extraña historia, de este encuentro fuera de lo común, y no sabe qué hacer con Dania mientras ella lo abraza de ese modo.

—¿Quieren tomar algo?… Oh, disculpen.

Alice, en la puerta, se ruboriza al encontrarlos así, descolocada. Dania se aparta de Renzi, le sonríe, se encoge de hombros y mastica un chicle que hasta ese momento había escondido quién sabe en qué lugar de su boca. Giorgio, por su parte, encuentra las palabras adecuadas como por arte de magia:

—Me estaba dando las gracias porque tal vez consigamos hacer realidad uno de sus sueños.

Alice asiente.

—Sí, por supuesto. —Y desaparece de nuevo tal y como ha aparecido.

Renzi y Dania se echan a reír. Ella no deja pasar la ocasión de subrayar:

—De todos modos, no estábamos haciendo nada malo.

—No, no, es cierto.

—Oye, ¿por qué no me acompañas al centro? Hoy hay unas ofertas de escándalo en H&M y he prometido que me pasaría.

Giorgio ni pestañea, pero no vacila ni un segundo.

—Claro, con mucho gusto.

Y salen así de la oficina.

—Hasta mañana.

Renzi cierra la puerta y le sonríe a Dania con esa ligereza que tanto había

criticado en el amor de ese escritor por Nola. Una noche, los dos protagonistas de *La verdad sobre el caso Harry Quebert* incluso fueron motivo de una discusión en su casa:

—Si no tienen los mismos valores o la misma educación, un hombre no se enamora de una chica así… Mira, aunque solo sea por la edad.

—Tal vez porque a ti no te ha pasado —había respondido Teresa con una sonrisa.

—Ningún hombre empieza una relación como esa.

Fue ella quien le recomendó el libro y también quien defendió esa teoría.

—Hasta un hombre como tú podría enamorarse de alguien como Nola.

—Nunca, créeme.

Pero Renzi ya no se acuerda de su afirmación, ni siquiera se acuerda de avisar en casa de que llegará tarde. Solo parece tener ojos para Dania.

—Y ¿tú dónde vives?

—En el centro. Si quieres, pasamos por casa y te la enseño, es un ático cerca de la piazza delle Cappelle, pero pequeño, ¿eh?… Tú estarás acostumbrado a espacios más grandes.

—Estoy seguro de que me gustará.

Y, antes de que el claxon de un coche aparcado en doble fila suene tres veces, Renzi ya ha renegado de su «Nunca, créeme».

SETENTA Y OCHO

Pallina sale del estudio de arquitectura en el que trabaja un poco molesta. Adalberto, uno de los cuatro socios, se fuma un puro de vez en cuando, y ella, sobre todo por las mañanas, no lo soporta.

Le entran ganas de vomitar. Por si eso no fuera suficiente, hace días que, de una manera o de otra, él intenta ligársela.

«Sabes que me gustaría que nos conociéramos mejor fuera del estudio…», y al día siguiente: «Te veo muy seria, me gustaría hacerte reír un poco…», y luego otra vez a la carga: «He soñado contigo, no puedo decirte lo que estábamos haciendo…». Con la última frase le han dado ganas de devolver.

Es odioso, y encima con ese nombre: Adalberto. Para Pallina, la situación está clarísima: «Si sumara sus penosas fantasías eróticas, el puro y el nombre, debería darse cuenta por sí mismo de que conmigo no va a llegar a ninguna parte». ¿Acaso hoy en día ninguna chica puede vivir tranquila y en paz sin que la molesten en su lugar de trabajo? «Y tampoco es que yo sea una tía buena, ni que vaya muy arreglada; evito ponerme falda y medias de ningún tipo para no incitar al pecado, voy vestida como una monja. Y él, ¿qué hace? ¡Le da por tener sueños eróticos! Por suerte, lo he parado a tiempo», piensa Pallina.

—Mejor no me cuente su sueño, que luego voy a tener pesadillas.

Y él insiste:

—Oye, que nos lo estábamos pasando muy bien, eran unas bonitas fantasías. Te gustaban…

—Sí, pero creo que a mi novio no le gustarían. Por si le interesa, él es muy celoso, muy violento, y ya ha pasado por los juzgados, aunque no le importa: su hobby es coleccionar broncas.

Adalberto le sonríe. No sabe si creerla o no. Pallina ve que duda y le

encantaría mostrarle la foto de Bunny, pero no una de ahora, que se ha refinado, sino una antigua, de cuando le daba miedo incluso a ella. Sin embargo, decide que no vale la pena, espera que crea en sus palabras. Pero Adalberto no le da tregua.

—Bueno, podemos hacer lo siguiente: yo te las cuento a ti… y tú no se las cuentas a él. Es fácil, ¿no?

—Dificilísimo. A mí me gusta contárselo todo a mi novio. Usted, en cambio, a su mujer no le cuenta nada, ¿verdad?

Bien, ha dado en el clavo. Adalberto muda la expresión.

—Bueno, se ha hecho tarde, puedes irte si quieres, mañana seguimos. —Pallina piensa que va a desmayarse, pero Adalberto parece haber soltado la presa —. Nos pondremos con el proyecto de las oficinas de la via Condotti.

—Muy bien, se me han ocurrido algunas ideas, ya se las mostraré.

—Sí, sí, vete.

Ha salido del despacho, pero arrastrando todavía toda esa carga y una buena pregunta: «¿Cómo es posible que un hombre no comprenda que no le interesa a una mujer? Se creen que somos como una de esas calles asfaltadas, y ellos, como martillos mecánicos, van taladrando incesantemente, convencidos de que antes o después cederemos. Pero no es así. ¡Qué rollo! Esperemos que me deje seguir trabajando, me encanta este empleo y no quiero odiar ser mujer. ¡Ojalá pudiera vestirme con lo que a mí me gusta y no con lo que no me gusta demasiado!».

Pallina continúa andando a paso ligero. Ahora solo quiere comer.

—Eh, pero bueno, ¿en qué estás pensando? Llevas una cara…

Al oír esa voz, Pallina cambia de expresión. Se vuelve.

—¡Babi! Y ¿tú qué haces aquí?

—Te buscaba.

Ella la mira preocupada.

—¿Hay algo del trabajo que te hice que no está bien?

Babi niega con la cabeza.

—¿Quieres volver a cambiarlo todo?

—¡No, no! —le dice sonriendo—. Pensarías que estoy loca. Oye, vamos a dejarnos de rodeos: me apetecía cambiar la decoración, pero también me apetecía tener noticias de Step.

—Y ¿no habría sido más sencillo y más barato que me lo preguntaras directamente?

—¡Pero el trabajo que me hiciste me gustó un montón! De verdad. Ahora la

casa es muy luminosa, y más positiva. Y, además, el hecho de que lo hayas hecho tú, de que la elección del tejido de las cortinas sea tuya, de que el sofá verde limón lo encontraras tú, hace que quiera todavía más esa casa. —Babi tiene los ojos brillantes. Pallina no sabe muy bien qué contestar, se pregunta dónde está la trampa esta vez. Babi se echa a reír por no llorar—. Mira, ya sé lo que estás pensando, pero no quiero volver a engañarte. Solo he venido a decirte una cosa: perdóname…

—Pero…

Babi la hace callar con una mano.

—Quiero pedirte perdón por no haber estado a tu lado cuando perdiste a Pollo. Quiero pedirte perdón por haberte apartado de mi vida porque pensaba que arrastrabas todo ese mundo que yo había decidido abandonar. Quiero pedirte perdón porque he ignorado el recuerdo de nuestros miles de risas, los líos, la complicidad, los secretos y los pequeños descubrimientos que compartimos mientras crecíamos juntas. Pero, sobre todo, quiero pedirte perdón porque decidí todo eso yo sola, sin decirte nada, dejándote de lado, comportándome como una hija de puta y demostrando, en cambio, que solo era una idiota porque pensaba que lo conseguiría. Pero te he echado muchísimo de menos y todavía sigo haciéndolo. En casa, cuando decidíamos la decoración, me sentía avergonzada; me habría gustado decirte: «¡Ostras, Pallina, que soy yo! Abracémonos». En cambio, seguía asintiendo, sin pronunciar una palabra, no lograba bajarme de ese pedestal… Joder, qué inepta. Te lo ruego, olvídate de esa última Babi, acuérdate solo de la de las *camomillas*, de las huidas por la noche, de cuando venías a dormir a mi casa para salir por tu cuenta y regresar antes de que te recogiera tu madre. Tú eres mejor que yo, más generosa, sé que puedes conseguirlo…, ¿verdad?

—Ya me habías convencido cuando me has pedido que te perdonara.

SETENTA Y NUEVE

Renzi va caminando por la via del Corso como si fuera un chaval, un turista, un hombre que llevaba mucho tiempo sin hacer algo así. Se siente ligero entre la gente, entre los aromas, entre las charlas de bar, entre las frases en dialecto cerrado de un repartidor que entrega un paquete y el habla incomprensible de algún turista japonés o ruso. Dania está contenta, casi camina dando saltitos.

—¡Me gusta un montón la via del Corso! O sea, tiene unas tiendas espectaculares. Ven, giraremos aquí y cortaremos por la via Condotti.

Renzi no dice nada, sigue en silencio el entusiasmo contagioso de esta jovencita, mirada, admirada y deseada con sus provocativos shorts y toda su belleza. «Quizá solo soy un hombre demasiado ocupado que tiene la oportunidad de disfrutar de nuevo de tiempo libre, de esos posibles minutos de tiempo perdido que siempre calculaba en dinero». Hay una película de Richard Gere que habla de todo eso. Él es un cínico especulador que de repente se da cuenta de la belleza de caminar descalzo sobre la hierba en un día soleado, apagando el móvil, perdiéndose en la belleza de Julia Roberts. Ah, sí, era *Pretty Woman*. Él, un poderoso hombre de negocios; ella, una prostituta. Pero el amor no tiene preferencias, va mucho más allá. Y él, Renzi, ¿es un poderoso hombre de negocios?

No, él es un empleado. Y ella, bueno, ella… Renzi la mira. Camina a su lado con esos zapatos de tacón, con las manos dentro de los pequeños bolsillos de los shorts, con esa coleta de cabellos castaños y ese pecho tan pronunciado y comprimido en la camiseta roja. Dania se vuelve y le sonríe mascando chicle.

—¿Te lo estás pasando bien?

Julia Roberts, en aquella película, también mascaba chicle.

—¿Te apetece una crep?

—No sé…

—Venga, yo invito.

Se detiene de repente delante de la barra exterior de un gran bar, el Galleria San Carlo.

—¡Hola! Una crep de arándanos y moras para mí, y para el señor… —Dania se vuelve hacia Renzi—. ¿Y bien? ¿Has decidido? Mira, hay un montón de sabores. Si te apetece, hay de fresa, de plátano, de pistacho, y también todo tipo de cremas.

—Para mí de chocolate, gracias.

—Qué serio —comenta Dania. Entonces se dirige al chico balinés que está preparando la fina tortita y la pone en la superficie redonda ya caliente—. Échale también un poco de requesón y sal.

Vamos a hacerle probar algo nuevo. ¡Es demasiado serio!

Y el joven balinés sonríe, mostrando unos grandes dientes blancos, francamente divertido con la simpatía de esa chica. Mira a Renzi para intentar saber qué hacer en realidad. Él permanece impasible, pero al final cede.

—Está bien, prepárala como dice ella.

Después, como es natural, no la deja pagar y prosiguen su paseo con la crep dentro de un plato de cartón y la servilleta al lado, comiéndosela de pie, manchándose, riendo.

—¿Has visto qué buena está la crep de chocolate con requesón y sal? ¿A que es un sabor nuevo?

Dime la verdad, ¿habías probado nunca algo parecido?

—No, tienes razón: está riquísima.

—¡Cómo me alegro! ¡Nos empecinamos con todas las cosas clásicas y, en cambio, para mí, probar sabores nuevos es lo más bonito del mundo! Como el sabor del helado de RivaReno de azafrán y sésamo, me chifla; alguna vez me gustaría hacértelo probar. ¡O el de vainilla, el de cookies y el de caramelo a la sal de Grom, o sea, es que no tienen nada que ver!

Y siguen caminando mientras charlan. Renzi ya ha claudicado por completo.

—Yo no como menos de tres helados a la semana en cualquier estación del año. ¡Y nada de vasito! Lo bueno del helado es lamerlo, si no, ¿qué sentido tiene? —Y lo mira maliciosa, pero solo durante un instante—. ¡Ah, sí, debes ver esta tienda! —Se come el último pedazo de crep, a continuación, tira el plato de cartón dentro de una papelera cercana y se frota las manos en la parte de atrás de los shorts—. ¡Vamos! ¡Ven! —Lo coge de la mano y lo arrastra al interior de

Scout, y Renzi casi no tiene tiempo de tirar él también el plato de su crep terminada y de ir tras ella—. Mira, ¿a que es una locura?

Giorgio se fija en lo fascinante que es esa tienda, llena de chicos mirando cazadoras, jerséis y vaqueros, espléndidamente decorada con objetos de piel, banderas, sillas, incluso jarrones con flores de colores y armarios *découpés*, camisetas con textos o lisas, camisas de cuadritos, de rayas, sin cuello, con el cuello pequeño y muchísimos shorts con las más diversas opciones cromáticas.

Dania pilla unos de un montón.

—¡Este es el color que quería!

Entonces busca la talla en los pantaloncitos vaqueros deslavados hasta que la encuentra. Ante la duda, coge también otros más oscuros.

—Perdona, ¿dónde están los probadores? —pregunta a una chica joven, pero sin duda no tan joven como ella, que está colocando unas camisas en un mostrador.

—Están al final de este pasillo, a la izquierda.

—Gracias.

»¿Vienes conmigo?

Renzi la sigue hasta llegar ante una cortina azul medio descolorida.

—Sujeta estos. —Y le pasa un par a Renzi, quien se queda detrás de la cortina cerrada, mientras ella se desliza con rapidez hacia abajo desde esa especie de zancos.

Uno de los dos zapatos sale rodando por debajo de la cortina, asomándose así, consumido, gastado, un poco sucio, con las tiras algo deshilachadas y todos esos brillantitos, que, testarudos, resisten el paso del tiempo. Un instante después, Dania abre la cortina de golpe.

—¿Qué tal estoy? —Ahora es más baja, sin los tacones incluso parece más niña, y da una vuelta sobre sí misma, bailarina imprecisa de una caja de música sin música, y muestra con orgullo todo lo que tiene para mostrar—. ¿Te gustan? Me quedan mejor que los otros, ¿verdad?

—Sí, me parece que sí —dice Renzi, y luego, tontamente diplomático, añade —: Te quedan bien los dos.

—¡No es verdad! ¡Me mientes! Espera, que me pruebo este otro par. —Y, tal como ha aparecido, desaparece de nuevo tras la cortina azul.

Renzi se queda alelado, con los viejos shorts en una mano y los nuevos todavía por probar en la otra.

—¿Me los das? —Dania se asoma y abre un poco la cortina.

Él se los pasa mientras se pierde en el espejo que está a la espalda de la chica y enmarca perfectamente su trasero y lo poco que se ve de sus braguitas. Dania se vuelve para ver qué está mirando y, al descubrirlo, sonríe. Luego deja la cortina abierta, en absoluto molesta, al contrario, y sigue vistiéndose mientras lo mira a los ojos, como si desde siempre estuvieran acostumbrados a algo así, como si fuera un hecho rutinario en vez de algo que solo a veces ocurre. Dania se muerde el labio, se esfuerza por acabar de ponerse esos shorts, después de rebotar un poco sobre sus pies descalzos y tirar de las trabillas para subirlos algo más arriba. Lo consigue. Está satisfecha, sube la corta cremallera y los abotona. Se vuelve feliz hacia Renzi.

—¿Lo ves?, estos sí que me quedan bien.

Él no puede hacer otra cosa más que asentir y observar esos pantaloncitos, casi del todo fundidos con todas sus posibles redondeces. A continuación, Dania se pone de nuevo los suyos, se sube en sus tacones, vuelve a ser alta como antes, sale del probador y deja sus nuevos shorts sobre un mostrador junto a unas camisetas.

—¿Ves? De estos me gusta mucho el color, en cambio, estos otros, me quedan muy bien. Uf, nunca hay nada perfecto.

—Pero, perdona, llévate los dos. No son tan caros.

Dania finge que se enfurruña.

—No eres un caballero. ¿Y si te dijera que no me los puedo permitir?

—Te los regalo yo, ¿qué problema hay? Es más, me encantaría; cuando te los pongas, piensa en esta bonita tarde que hemos pasado juntos.

—No, pensaré en ti. —Se lo queda mirando, de repente más adulta, atraída por pensamientos completamente distintos, casi olvidándose de esos dos pares de shorts poco antes fundamentales en su vida.

—Sí, piensa en mí.

Y vuelve a ser la niña feliz de antes.

—¡Pues me los llevo!

Y, con entusiasmo, añade también dos camisetas, una blusa blanca y unas zapatillas Saucony.

—¡Ahora son lo último! Ni siquiera te das cuenta de que las llevas puestas.

Renzi va a la caja y lo paga todo, luego coge las bolsas, saluda y sale con ella, que corre, salta, da vueltas sobre sí misma, feliz como no parecía serlo desde hace mucho.

—¡Estoy realmente contenta de haberte conocido!

Renzi no dice nada, camina con todas esas bolsas y, de vez en cuando, mira a su alrededor, como si la gente lo señalase, como si algunas mamás lo miraran con desdén y muchos se rieran de él. Pero no es así. Todo el mundo piensa en sus cosas, la gente camina alegre y divertida, deprisa o distraída, enamorada o soltera, pero nadie se fija en él. Entonces exhala un suspiro de alivio y empieza a reír él también.

—Ahora ya está bien de ir de compras, ¿no?

—¡Claro, ya está bien!

Dania mete un brazo debajo del suyo, anda a su lado siguiendo el paso; ahora parece más seria, tranquila. A continuación, saca del pequeño bolso un brillo de labios rojo y se lo pone. Renzi nota el olor dulce de la fresa, tal vez, o algo parecido.

—¿Te apetece venir a ver mi pequeño ático? Está aquí cerca. Te invito a un aperitivo o, si quieres, cenamos algo juntos. —Le repito.

Y a Renzi, algo sorprendido, le sale un simple y débil «Sí». Solo «Sí», nada más.

—¡Qué bien, estoy supercontenta!

Continúan caminando un rato más. Cuando llegan a la piazza delle Coppelle, Dania dice:

—Es aquí, hemos llegado.

Renzi se disculpa con ella:

—Solo un momento, tengo que hacer una llamada.

—¡Claro, perfecto! Así, mientras tanto, yo subo y lo arreglo un poco, si no, a lo mejor te lo encontrarías todo por en medio… —Y, dicho esto, desaparece metiéndose en el pequeño portal de madera oscura.

Él saca su móvil y llama a casa.

—¿Cariño? Hola, ¿qué haces?

—Estaba viendo el concurso «L’Eredità», estamos en la guillotina. Voy a leerte las palabras: *bebida alcohólica*, *actriz*, *cantante*, *pintor* y *rojo*.

Renzi contesta enseguida:

—Ferrari, el espumoso; la actriz, Isabella Ferrari; el cantante de los Verdena, Alberto Ferrari; el pintor Ferrari y el rojo de Ferrari.

Y justo en ese momento el presentador para el tiempo y, al oír la respuesta incorrecta del concursante, gira la tarjeta y muestra la respuesta: «Ferrari».

—Cariño, habrías ganado ciento doce mil euros. ¡Eres un monstruo!

Renzi sonríe. «Sí, pero no por lo que tú te crees, no por saber la respuesta

correcta».

—¿Te preparo la cena? He comprado esos espárragos que tanto te gustan y, si quieres, hago un par de huevos o pasta, o saco un poco de carne…

Él la interrumpe antes de que repase todo el posible menú de la nevera:

—No, cariño, perdona, pero llegaré tarde.

—¿Esta noche también?

—Pues sí. Stefano ya se ha ido y hay varios programas a punto de comenzar. He pedido pizzas y vamos a seguir trabajando.

—Está bien. No vuelvas muy tarde.

—No, seguro que no. Que duermas bien, cariño.

Renzi cuelga y se guarda el móvil en el bolsillo, sin notar el peso de todas las mentiras que acaba de contar. A continuación, se mete en el portal, va hasta el fondo de un estrecho pasillo y llama el ascensor de hierro forjado, antiguo. Cuando llega, abre la puerta, entra y vuelve a cerrar. Mientras sube lo nota vibrar, exactamente igual que todo lo que siente en su interior: confusión, sentimiento de culpa, excitación, una ligera locura que está tiñendo su alma. Pero ¿tiene alma? A medida que va subiendo es como si fuera despojándose de todos esos pensamientos y se añadieran otros: «¿Se habrá cambiado? ¿Me abrirá con un conjunto de ropa interior? ¿Me abrirá un hombre, su hombre, y me dará un puñetazo en la cara?». Y se echa a reír él solo como un idiota. «Sí, me siento como un idiota», piensa, pero el ascensor ya ha llegado, es demasiado tarde. Cierra la puerta, hay otra frente a él. En el timbre pone «Dania Valenti», así que no lo duda más y llama.

—¡Voy!

Se oye la voz de ella y algún que otro ruido. Está tramando algo. Una sorpresa quizá, quién sabe.

Entonces abre.

—Perdona, estaba buscando el sacacorchos.

—No te preocupes.

No se ha cambiado. Solo se ha quitado los zapatos. Lleva unas Havaianas negras que la hacen parecer más baja, pero también más ágil.

—Bueno, tengo una cerveza, un bíter, una Coca-Cola y una Fanta. También tengo patatas fritas. Las he abierto. —Señala un plato lleno de patatas y una bolsa roja abierta al lado.

Renzi mira a su alrededor. Hay un pequeño salón con la cocina en un rincón, una puerta por la que se ve un dormitorio y, a la izquierda, otra puerta. Debe de

ser el cuarto de baño. Después hay tres escalones y una puerta cristalera. Dania se fija en lo que está mirando.

—¿Te gusta mi madriguera? Es pequeña, pero yo me encuentro muy bien aquí. Ve a ver lo que se ve desde allí.

Renzi sonríe y sube los tres escalones. La pequeña cristalera se asoma a una terraza de apenas un metro y medio, pero con una vista magnífica, prácticamente sobre todos los tejados de Roma.

—¿Y bien?, ¿qué quieres que te lleve ahí arriba?

—Una cerveza, gracias.

Renzi mira en torno a él. Se ve el Altar de la Patria, el Coliseo y San Pedro, y al cabo de un momento aparece ella con unos vasos.

—¿Has visto qué bonito?

Se toma su Coca-Cola entusiasmada por el panorama, como si fuera un trampantojo diseñado de forma expresa para ella, un espectáculo único en su pequeño ático, abierto a pocos, tal vez.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Es tan bonito como yo? —Ladea la cabeza—. ¿Te gusta más él o yo?

Renzi la mira, luego sonríe.

—Tú.

Dania se pone de puntillas y le da un beso, al principio ligero, luego más apasionado, y se quedan así, besándose entre las golondrinas y el cielo de Roma, con el vaso en la mano, hasta que Dania se aparta y lo coge de la mano.

—Ven…

Tira de él, le hace bajar los escalones, lo hace volver al salón, a continuación, le quita el vaso y lo deja sobre una mesita. Aparta una pequeña butaca de piel roja, la pone en el centro, delante de la gran ventana, que queda arriba. Luego, le da la vuelta, empuja a Renzi despacio, poniéndole ambas manos en el pecho, y lo hace aterrizar sobre la blanda butaca. Dania está de pie frente a él, da un último trago a la Coca-Cola y la deja sobre la mesita. Seguidamente, con ambas manos, le abre las piernas y se deja caer entre ellas de rodillas. Le desabrocha el cinturón sin dejar de mirarlo a los ojos, el botón del pantalón, luego la cremallera y, sin apartar la mirada ni dejar de sonreír, encuentra lo que busca y se lo mete en la boca. Renzi ve ahora sus cabellos castaños esparcidos sobre sus piernas, la gran ventana un poco más arriba, alguna antena lejana, alguna nube. De vez en cuando Dania levanta la cabeza y lo mira, le sonríe. En *Pretty Woman* ella reía

mientras veía unos dibujos animados en la tele y, al mismo tiempo, se ocupaba del mismo tema. «Qué buena película —piensa Renzi—. Solo tiene un preocupante defecto: Richard Gere se enamora de aquella prostituta».

OCHENTA

Sin darse cuenta, Babi y Pallina acaban sentadas a una mesa de madera pintada del bistró del Tiepolo, en la via Giovanni Battista Tiepolo, exactamente igual que muchos años antes, con dos cervezas delante, a pesar de que ninguna de las dos bebe como en aquellos tiempos, pero con el mismo entusiasmo, la misma curiosidad y la gran vitalidad en los ojos de entonces. Pallina siente que ha dejado a un lado cualquier rencor, a pesar de que en el fondo la asusta la idea de que pueda volver a herirla, pero prefiere no pensar en ello. El discurso de Babi le ha gustado tanto que, mientras escucha cómo habla, se reprocha seguir siendo la misma tonta romántica de siempre.

—Y luego Lorenzo, ¿sabes qué me dijo? Que el salón, mejor como estaba antes. Pero digo yo: si decides hacer feliz a tu mujer, que esté contenta con algo que puede ser un simple capricho, ¿por qué no eres generoso hasta el final? Total, el dinero ya te lo has gastado, y con ese comentario lo estropeas todo, es como si le hicieras cargar con la idea de que lo has tirado.

Pallina bebe un poco de cerveza.

—Pues, oye, ya puestas, podríamos haberle hecho tirar mucho más, ¿eh?

Babi también bebe de su cerveza.

—Tienes toda la razón. ¿Sabes qué te digo? ¡Me parece que dentro de poco la casa ya no me va a gustar y la renovaré otra vez!

Pallina abre unos ojos como platos.

—Venga ya, así te tomará por loca y no creo que te lo deje hacer.

—Sí.

—O sea, ¿aceptaría volver a hacerlo todo nuevo?

—Sí, ya te lo he dicho: el problema no tiene nada que ver con el dinero. Está enamorado de mí, haría cualquier cosa. ¿Sabes cuándo un hombre está

enamorado?

Y Pallina, ante esa pregunta, se pone a pensar enseguida en Pollo, en cómo se conocieron en una fiesta mientras él intentaba robarle el dinero del bolso. Pollo y su descarada manera de comportarse; Pollo, que, a pesar de estar tan enamorado, no pudo demostrárselo, y no porque nunca tuviera dinero, sino porque no le dio tiempo.

—Sí, Pollo lo estaba, aunque fuera con palabras. Una vez me dijo: «Tú me haces sentir especial, haces que me sienta el hombre más rico del mundo. Los cincuenta euros que te birlé valían centenares de millones de euros. Y ¿sabes por qué? Porque me han permitido conocerte».

—¿Lo echas mucho de menos?

—De vez en cuando, sí. A veces de una manera indescriptible. Aún me acuerdo de alguna de sus frases o me parece oír su carcajada, o cuando me ocurre algo gracioso de repente me pongo a pensar: «Pollo habría dicho esto, o habría hecho una broma», ¡o «Pollo a ese ya lo habría zurrado»!

—Ah, eso seguro.

Después una chica con un delantalito azul descolorido, el pelo rubio claro suelto sobre los hombros y un brillante en la aleta derecha de la nariz, deja los platos que han pedido sobre la mesa.

—¿Patatas al *cartoccio*?

—Para mí. —Pallina levanta la mano y lo coge.

A continuación, la chica coloca delante de Babi su aguacate *skagen* con crema de yogur, gambitas y eneldo y se aleja. Pallina abre sus patatas amarillas por la mitad y empieza a mezclar el yogur con la pulpa.

—¿Sabes?, tengo que decirte una cosa. Salgo con alguien.

Babi se queda sorprendida.

—Venga ya, ¿lo conozco?

Pallina asiente sonriendo.

—¿Uno de los Budokani?

Pallina asiente de nuevo y sonríe aún más.

—¡No! ¡No me lo puedo creer! No puedo imaginar quién… —Babi se queda un momento pensando. A continuación, la mira de golpe como si ya lo supiera —. Venga ya…, ¿me tomas el pelo?

Pallina estalla en carcajadas.

—¿A ti te parece que te estoy tomando el pelo? Pues claro que no.

Babi se concentra de nuevo.

—A ver, el Siciliano, no, ¿verdad?

—Verdad.

—Porque ese, a pesar de ser muy mono, siempre salía con unas chicas muy horteras, todas pintadas y con el tanga por fuera de los pantalones, y tú no te les pareces en nada, a menos que normalmente no seas así y te vistas como es debido solo por mí.

—No es él.

—Pues entonces no se me ocurre nadie, porque, aparte de él, todos los demás eran igual que en esa película: feos, sucios y malos.

—Vale, te lo digo. Total…, nunca lo adivinarías. Salgo con Bunny.

—¿Con Bunny? No me lo creo, no puede ser. ¡Pallina! Pero si es de un asqueroso que da miedo, lo recuerdo sucio, apestoso…

—Es lo mismo que dijo Step.

—¿Ya se lo has dicho? Y ¿cómo se lo ha tomado?

—Al principio, muy mal, a pesar de que lo disimulaba. Ya sabes cómo es, ¿no?

—Vaya… —«Si no lo sé yo…», querría decir Babi, pero se contiene.

—Pues imagínate que, además, tuve que dar una fiesta e invitar a todos los Budokani para que se vieran y tener la bendición de Step. Oh, no me apetecía en absoluto, estuve limpiando la casa dos días seguidos, pero Step se portó muy bien. —Pallina se interrumpe al reparar de repente en que quizá ha hecho algo que no está bien—. Perdóname tú ahora.

Babi la mira con curiosidad.

—¿Por qué?

—Bueno, es que no me he dado cuenta, quizá no te apetece en absoluto hablar de Step, a lo mejor te molesta.

Babi le sonríe.

—No. Tranquila.

—Bueno, pues, como te decía, se portó muy bien, me hizo sentir a gusto, no tuve la sensación de haberme comportado mal, de haber «pescado» a otro justo en el mismo grupo, de haberle faltado al respeto a su gran amigo.

—Cuando quiere, hace que te sientas… a tres metros sobre el cielo.

Pallina se echa a reír.

—Exacto, ahí has estado bien.

Y continúan comiendo, bebiendo cerveza, riendo y bromeando.

—Y, cuéntame: ¿tanto ha cambiado Bunny?

—Muchísimo. Es otro, no lo reconocerías. En serio, no te engaño. Mira, algunos de los Budokani han ido a peor, otros se han quedado igual y dos de ellos han mejorado notablemente: Bunny y Schello.

—¿Schello también? No me lo puedo creer, pero si hablaba eructando…

—Bueno, digamos que, por desgracia, esa faceta no la ha superado, incluso cuando está con alguna chica guapa lo hace, creo que más bien se trata de un defecto de fábrica…

—Qué fuerte.

Pallina bebe un poco de cerveza; entonces de repente se queda a medias y deja el vaso, como si acabara de acordarse de algo.

—Ah, no, espera, espera… Hay otro que también ha cambiado muchísimo.

—¿Quién?

—¡Step! —A Babi la coge desprevenida; Pallina continúa—: Pues no te lo vas a creer, pero ha adelgazado, o sea, ya no tiene esos músculos exagerados, no lleva esas cazadoras como la de Pollo, se viste de manera elegante y, lo que es aún más sorprendente, se comporta de una forma distinta por completo. Está más tranquilo, más apaciguado; sí, en resumidas cuentas, tendrías que verlo.

Pallina vuelve a coger el vaso y empieza a beber.

Babi le sonríe.

—Ya lo he visto.

Pallina se atraganta, se seca la boca y un poco de cerveza que le ha quedado en la barbilla después de una noticia como esa.

—¿Que lo has visto? ¿Cuándo? ¿Hace tiempo o hace poco? Pero si no me ha dicho nada…

¿Habéis quedado? ¿Habéis salido? ¿Os habéis besado? ¿Os habéis peleado? Ah, un momento, puede que él no lo sepa, que tú lo vieras mientras estabas apostada en algún sitio, pero él a ti no.

—¡Espera, espera, calma!

Han pasado muchos años, pero Pallina es la de siempre, con su carácter y su entusiasmo, para lo bueno y para lo malo, con su manera de ser desbordante. Y esto es lo que a Babi le gustaba y le gusta de ella.

—Ahora te lo explico. Pero, si no te lo ha contado, si lo ves, tú no sabes nada y nunca lo has sabido, ¿está claro?

—Clarísimo.

—Jura que no dirás nada.

—Lo juro.

—Si dices algo lo vas a meter en un lío y, si por casualidad volviera a tener un mínimo de confianza en mí, la perdería para siempre.

—Lo sé.

—Y me moriría. Porque ahora es lo más importante de mi vida, además de mi hijo.

Pallina se queda francamente sorprendida por sus palabras, permanece un instante medio atónita, emocionada, comprendiendo hasta qué punto llega el amor que Babi siente todavía por él. Ha dicho: «Es lo más importante de mi vida, además de mi hijo». No «después de mi hijo». A la vez que él.

Entonces respira hondo y la detiene con la mano.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Necesito algo sin falta. —Pallina levanta la mano—. ¿Disculpe? —Al verla, la alta y guapa camarera sueca se acerca a la mesa—. ¿Podría traerme esa tarta de zanahoria? —La señala en una pizarra.

—Sí, por supuesto.

Babi se añade:

—Para mí también, gracias.

La chica lo apunta en un pequeño bloc que saca del bolsillo posterior de su falda vaquera y se marcha.

—Ahora sí, perfecto. Perdóname, pero es que me apetecía un montón y, como temía que se acabara, me distraía. Quiero disfrutar al máximo de tu increíble relato.

—¡Qué exagerada! No tiene nada de increíble. Pues bien, a través de un abogado que trabaja para mi marido, pero de mucha confianza, me enteré del nombre de la empresa de Step y de la dirección.

Luego me informé y descubrí que la secretaria desayunaba todas las mañanas en el bar de al lado, que como es obvio empecé a frecuentar, y entonces me hice amiga suya y logré que se entusiasmara con nuestra historia de amor. Más tarde conseguí que le entregara a Step una invitación para una exposición a la que no podía dejar de asistir.

—Y ¿dices que no tiene nada de increíble? ¡Es mejor que las últimas de *007*!

Justo en ese momento llegan las dos tartas de zanahoria, que la chica deja sobre la mesa.

—¿Puede traerme también un café de cebada en taza grande?

Pallina sonríe: Babi y sus manías…

—Para mí un café normal, cortado, con la leche caliente, gracias.

La chica no se ha alejado todavía cuando Pallina acribilla a Babi a preguntas:

—Y ¿cómo fue el reencuentro? ¿Qué te pareció él? ¿Estaba enfadado? ¿Estuvo amable? ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? ¿Os besasteis? ¿Practicasteis sexo?

—¡Pallina! O sea, no te voy a contar nada más. ¡Ostras, estoy casada, tengo un hijo de seis años; contigo me parece que vuelvo a estar en el instituto, pero en primero!

—Muy bien, así que practicasteis sexo…

—Sí, en Villa Medici, pegados al obelisco.

—Bueno, tampoco habría estado mal.

Justo en ese momento llegan el cortado y el café de cebada.

—Gracias.

De nuevo solas, Babi mira a su alrededor, los pequeños cuadros del local, las paredes pintadas en colores pastel, la gente joven comiendo en varias mesas, las camareras que no paran nunca.

—Se está muy bien en este sitio y me siento realmente feliz de volver a verte.

—Yo también.

—¿Sabes?, pensaba que me lo harías pagar muy caro.

—No sería la Pallina de siempre. A ti todo te estaba permitido, y sigue siendo así, dentro de un límite.

Babi sonríe y le acaricia la mano. Pallina la aparta enseguida.

—Bueno, ya está bien de tantos melindres, que luego nos tomarán por lesbianas. Pensarán que estamos haciendo las paces como dos enamoradas. ¿Me lo cuentas o no? ¿Qué te pareció Step?

—Pues bien, me gustó un montón… Como siempre, mejor dicho, puede que más que nunca. Me pareció más hombre. Cuando me vio no reaccionó mal. Un poco como tú, al principio manteniendo las distancias, pero después se fue relajando, hablamos muchísimo, le dije lo mucho que lo había echado de menos y que mi vida no tiene sentido si no está él.

—O sea, ¿eso le dijiste? ¿Después de todo ese tiempo? Y él, ¿qué te contestó?

—No dijo nada. Pero es la verdad: todavía estoy enamorada de él.

—Babi, tengo que darte una mala noticia, mejor dicho, una noticia horrible… Más aún, teniendo en cuenta lo que me estás diciendo, la peor noticia

que podría darte: Step se ha casado.

—Lo sé. Lo sabía. Intenté por todos los medios hacerlo razonar. Le pedí que pensara en mí y en él. Pero al parecer pensó otra cosa distinta. Aunque eso no me impide amarlo. Nadie puede prohibírmelo. Ni siquiera Dios. —Pallina se queda sorprendida por su respuesta, quizá un poco dura. Babi se da cuenta—. Puede castigarme, pero no puede prohibírmelo. ¿Qué crees?, ¿que no me habría gustado ser feliz y estar bien con Lorenzo, con Massimo, en la preciosa casa que tú has decorado?

Pero, en cambio, no lo soy, en absoluto. Nadie manda en el corazón. Parece una frase tonta, pero no lo es. Tú giras hacia la izquierda y él va hacia la derecha. Sin embargo, el mío se ha quedado en medio del *stop*. Mejor dicho, para ser exacta, ¡en Step!

Pallina se echa a reír.

—¿Sabes que en todos estos años puede que hayas sido una cabrona, pero que te has vuelto más simpática?

—Sí, bueno, venga, ahora cuéntame cómo fue la boda, siento mucha curiosidad.

—¿En serio quieres hacerte tanto daño?

—Si me lo imagino, todavía es peor.

—No lo sé, la verdad es que fue muy bonita.

Babi cierra los ojos, aprieta los puños, en parte para hacerse la graciosa y también porque en realidad no sabe lo que le espera.

—Habla…

Y entonces Pallina se encoge de hombros y empieza a contárselo.

OCHENTA Y UNO

—Pues bien, Step iba vestido completamente de oscuro, de un azul superoscuro, con una corbata de boda.

—Y ¿cómo es una corbata de boda?

—Como la que él llevaba.

—¡Pallina! Cuéntalo bien.

—Bueno, total, también tengo algunas fotos, a lo mejor te las dejo ver.

—¿A lo mejor? ¡Pues claro que me las vas a dejar ver!

—Sí, claro.

Y Pallina sigue con su narración, el vestido de la novia y la belleza de Gin.

—Está bien, ya veo, pero tampoco te entretengas demasiado…, sigue adelante.

Y el bonito sermón del padre Andrea, los pétalos blancos y rojos mezclados con el arroz a la salida, la tarta pop y la inmersión, la gran botella de champán, los fuegos artificiales y, luego, Frankie & Canthina Band y la música estupenda que los hizo bailar a todos.

—En resumen, me gustaría mucho decirte que alguna cosa no estuvo bien, pero no sabría encontrar ninguna.

—Bueno, podría haber sido mejor…

—¿Cómo?

—Si yo hubiera sido la novia.

Pallina le sonríe.

—¿Tan mal estás?

—Bastante. No, ¿sabes cuál es el verdadero problema cuando sucede algo así? Que tienes un sentimiento de añoranza, porque en realidad podrías haber estado tú en su lugar, y entonces te preguntas en qué te has equivocado.

Se quedan un rato en silencio. Pallina se da cuenta de que Babi está llorando y le pasa un pañuelo.

—Toma, no lo he usado mucho, puede que tenga un poco de pastel de zanahoria…

Babi se ríe y sorbe por la nariz. Luego, intenta recomponerse.

—¿Lo ves?, incluso en los momentos más traumáticos tú siempre consigues hacerme reír. ¡No imaginas las veces que me habrías sido de ayuda! No es fácil estar junto a una persona cuando tu corazón está en otro lado. He intentado superarlo por todos los medios, pero no he sido capaz. Hay cosas que no quieren saber nada de la racionalidad.

—¿Como qué?

—Como el amor. Puedes hacer todo lo que hay que hacer: prepararle el desayuno, la comida con la misma atención, ponerte guapa para él, ir a las fiestas, ser la mujer perfecta a su lado, pero luego te das cuenta de que solo eres la intérprete de una película.

—Que ya he visto muchas veces y siempre he visto sin ti.

Babi sonríe.

—Estás citando a Lucio. Qué cierto es. Pero luego, cuando estás entre los brazos de una persona a la que no amas, tu película se desvanece, plof, se evapora. Basta con un beso para que lo comprendas. Con un beso sabes si quieres a alguien o no. Basta que tus labios se posen un instante en los suyos para hacerte sentir unos escalofríos increíbles o un aburrimiento devastador.

—¡Devastador! Qué exageración.

—Yo soy así y no logro comprender cómo he podido meterme en esta situación, te lo juro, me parece increíble. Step tenía mil cualidades y algún defecto, claro, pero como todos. Lo más curioso es que conmigo esos defectos desaparecían, era como si se calmara.

—Eras su *camomilla* desde todos los puntos de vista.

Babi sonríe.

—Tú también te has vuelto más simpática.

—Oye, guapa, que yo ya lo era y no he cambiado ni un ápice. ¡Eres tú de la que no se sabe qué está tramando! No hay nada más doloroso que una amistad que termina sin un motivo concreto. Es lo más triste. Y, además, en un momento tan delicado. Perdí a Pollo y perdí a mi amiga del alma. Pero él no lo decidió. Tú sí.

En el mismo instante en que se lo dice, Pallina se siente morir. Se da cuenta

de que ahora también se miente a sí misma. Sabe perfectamente que las cosas no fueron así. Pollo también decidió marcharse. Se quitó la vida. No fue un accidente y ella quizá podría haberlo detenido. Y entonces, de repente, Pallina se echa a llorar. Demasiadas cosas guardadas dentro, muchas cosas no confesadas durante demasiado tiempo, y encima, ahora, estar aquí de nuevo, con su amiga Babi, y no ser sincera con ella.

—No, por favor, Pallina, perdóname, no volverá a suceder. No te dejaré nunca más; pase lo que pase, siempre estaré a tu lado. No hagas eso, si no, me echaré a llorar yo también otra vez.

Y, sin querer, tal como lo dice, Babi rompe a llorar; las lágrimas descienden sin ningún freno por sus mejillas, una tras otra, copiosas, llegan a la barbilla, se detienen un instante y luego saltan hacia abajo. Babi se seca con el dorso de la mano. A continuación, intenta sonreírle a Pallina.

—Si quieres te devuelvo tu pañuelo, que todavía sabe a pastel de zanahoria. Solo está un poco empapado de mis lágrimas de antes.

—No, no, quédatelo. Me parece que todavía lo necesitas…

»¿Perdona? —Pallina llama entonces a la chica sueca, que está llevando los segundos a otra mesa.

—¿Sí?

—¿Podrías traernos unos cuantos pañuelos? Me parece que nos hemos quedado cortas.

La chica sueca no lo entiende, pero sin decir nada coge una cestita con una piedra encima para que no vuelen las servilletas y se la pasa.

—Gracias.

Pallina coge una, y luego otra más.

—Creo que atravieso un momento de gran fragilidad.

—Yo también, por eso tenemos que estar juntas.

—Sí, y en vista de que lo estamos, voy a decirte una cosa absurda que nunca te he dicho: Pollo no tuvo un accidente. Se mató.

—¿Qué? —Babi no puede creer lo que oye.

Pallina asiente y luego le cuenta toda la historia, el descubrimiento de su enfermedad, el difícil porvenir, cómo todo habría ido degenerando, la certeza de su futura inmovilidad y más tarde aquella decisión. Un fármaco que le pararía el corazón durante la última carrera para ocultarlo todo.

—¡Pero no era seguro! Tal vez todo podría haber cambiado, la medicina hace descubrimientos continuamente y, además, cada cuerpo reacciona de manera

distinta, quizá él…

—No quiso atender a razones.

—Pero no debería haberse rendido, también existen los milagros. Toda esa gente de Lourdes…

¿Es todo un invento?

—Se lo dije. ¿Sabes qué me contestó? «Tú eres mi milagro, pero, por desgracia, no es suficiente».

—Imagina cuando Step lo sepa…

—Se lo dije hace poco.

—¿Se lo dijiste? Y ¿cómo se quedó?

—No lo sé. Le di una carta. No podía decírselo en persona. Lo preferí así.

—Y ¿cómo se lo tomó?

—Creo que bien. Di una fiesta después de habérsela dado, solo para ver si iba a venir. Y vino.

Tan solo me pidió que no habláramos de ello nunca más. Creo que se sintió traicionado. Pero también aliviado. No estaba relacionado para nada con el accidente. Aunque él hubiera estado allí, no podría haberlo evitado; si no hubiera sido ese día, habría sido otro. Pollo ya lo había decidido. No sabes la cantidad de soluciones que se planteó. Quería irse y punto, pero sin que nadie tuviera que cargar con ello. Un suicidio es un fracaso para quien te ama, para quien siempre ha estado a tu lado y no ha logrado ser suficiente para ti.

—Ya, así solo tuvo que cargar Step con ello.

—No debería haber sido así. La carta que le di era de Pollo. Debería habérsela dado entonces, tan pronto como ocurrió.

—Y ¿hasta ahora no se la has dado? —Pallina asiente en silencio—. Y ¿por qué? ¿Por qué no se la entregaste enseguida?

—Por favor…, no lo sé, no me lo preguntes. A veces haces cosas que no tienen ningún sentido…

Babi piensa en su vida, en todo lo que ha ocurrido. ¿Cómo no va a darle la razón?

Pallina la mira, ahora está en paz.

—Lamento no haber librado antes a Step de ese sentimiento de culpa.

Babi le sonríe, luego lo piensa un instante. Pallina le ha hecho una gran confesión. Ahora le toca a ella.

—Yo también tengo que decirte algo importante.

—Espera, cogeré alguna servilleta…

Le sonríe.

—Pero si lloras serán lágrimas de alegría. Al menos, para mí, es mi mayor motivo de felicidad.

Pallina la mira con curiosidad, está en ascuas, quiere saber de qué se trata, no se le ocurre nada y piensa en las hipótesis más descabelladas.

—¡Pues habla! ¡No puedo más! ¿Cuál es ese motivo de felicidad?

—Mi hijo Massimo.

—Sí, lo vi, ya lo conozco, es guapísimo.

Pallina intenta recordarlo, le viene a la mente y lo visualiza. Luego lo ve en un momento concreto, cuando se volvió y le sonrió. Y en ese instante lo comprende. La mira alucinada.

—¡No!

—Sí. —Babi asiente.

—No, no puede ser…

Babi le sonríe y continúa asintiendo.

—Así es.

—Es verdad, es idéntico… Pero ¿cómo no me había dado cuenta antes?

Entonces recuerda todos los momentos en que ha estado en su casa, aunque luego le viene a la cabeza algo todavía más importante.

—Pero ¿se lo has dicho a Step?

—Sí, hice que lo conociera aquel día.

—¡No me lo puedo creer! ¡Esta es la noche de las revelaciones! ¿Y él?

—No lo sé. No lo entiendo. No ha querido hablar de ello. Creo que se enfadó, pero yo estoy contenta. Es un pedazo de mi vida que me ha permitido sobrevivir hasta hoy.

Pallina sacude la cabeza.

—¡Esto sí que no me lo esperaba! Es mejor que «El secreto de Puente Viejo», que «Belleza y poder», que «Temporada de cerezas». En comparación, ahí no sucede nada. ¿Has podido mantenerlo en secreto también en casa?

Babi asiente.

Pallina está intrigada.

—¿Quién lo sabe, además de mí?

—Mi madre, mi hermana y, ahora, Step.

—¡Qué caos! Y se entera precisamente ahora que se ha casado.

—Pensé que podía servir. Tal vez volveríamos a empezar. Si me lo hubiera pedido, habría cogido a mi hijo y me habría ido con él.

—Estás muy decidida.

—Sí.

—Pero ahora las cosas son más complicadas.

Babi permanece un momento en silencio.

—Solo hay algo que podría detenerme. Si tuviera un hijo con ella.

—De eso no sé nada.

—Aunque te digo la verdad: tampoco estoy tan segura de que sirviera para detenerme.

Pallina la mira y sacude la cabeza.

—Después de todas estas revelaciones, ya no entiendo nada. Y, mira, en vista de que hoy nos lo estamos contando todo, tengo que decirte algo más.

—¡Habla!

—Pero esto es de hace mucho tiempo ya. ¿Te acuerdas de aquella noche que fuimos a la Nuova Fiorentina, cuando yo insistí en cambiar de restaurante, porque tú querías ir a Baffetto, y pillaste allí a tu novio con otra?

—Sí, me acuerdo muy bien: Marco, llevábamos cinco meses saliendo. Me dijo que iba a quedarse en casa estudiando y, en cambio, estaba allí con otra y yo le tiré a la cara la pizza de tomate y mozzarella sin anchoas que tanto le gustaba.

—Pues bien, nunca te lo dije, pero no cambié de pizzería por casualidad. Sabía que Marco estaba allí, me avisó el hijo del dueño, Fabio, que además sentía debilidad por ti y le parecía absurdo que salieras con alguien como Marco, a quien tampoco es que le importaras mucho.

—¡No me lo creo! Aquella noche, cuando me acompañaste a casa, incluso te di una pequeña pinza de colores de Bruscoli que te gustaba muchísimo…

—Sí, la rompí. Le di un pisotón cuando desapareciste y no contestabas a mis mensajes.

—¡Mi pinza…!

—La desintegré.

Y se echan a reír. Entonces se levantan y se abrazan.

Babi se aparta y mira a Pallina preocupada.

—Eso de Marco nunca me lo habría imaginado. ¿Hay más cosas que no sepa?

—No.

—¿Seguro? ¿No será que no te acuerdas?

—No, estoy segura. ¿Y tú?

Babi piensa en la despedida de Step, en la noche en el barco, en su peluca

oscura y todo lo demás. Pero no le parece adecuado contárselo, por lo menos no en ese momento, sería como traicionar a Step.

—Te lo he contado todo, pero para él tú no sabes nada.

—De acuerdo.

—¿Prometido?

—Sí.

—Esta semana estoy sola, ¿por qué no vienes un día a cenar a mi casa? Tráete a Bunny, si te apetece, la verdad es que quiero ver cómo ha cambiado.

—¡Claro! Nos llamamos y quedamos.

—Y ahora tengo que irme a casa, debo controlar los deberes de Massimo… Si empieza a ir mal en el colegio, después lo pasa mal.

Pallina coge el bolso con intención de pagar, pero Babi la detiene.

—Venga, he sido yo quien ha venido a buscarte. Déjame a mí.

—De acuerdo, esto era para hacer las paces, pero a partir de ahora pagamos a medias.

—Sí, a la romana, como antes.

Y se intercambian un último beso.

OCHENTA Y DOS

Cuando aterrizamos estamos en New Plymouth, y casi enseguida cogemos otro vuelo hacia Fiyi. Al cabo de unas diecinueve horas en total, llegamos por fin al Aeropuerto Internacional de Nadi.

Cuando bajamos del último avión, después de recoger el equipaje y pasar por el control de aduanas, vemos un cómico hombre de color con una pequeña gorra de cuadros blancos y azul cielo en la cabeza sujetando un gran cartel en el que se lee: «MR. y MRS. MANCINI». Gin y yo nos miramos y, acto seguido, levantamos la mano.

—¡Somos nosotros!

El hombre se pone el cartel debajo del brazo y viene a nuestro encuentro.

—Son italianos, ¿verdad? Yo también hablo un poco de italiano. He vivido en Roma. Muy bonito el Coliseo, muy bonito San Pedro. Hasta vi a un papa.

A saber cuál de ellos…

—Bien, en cambio, nosotros nunca hemos estado en Fiyi.

Se ríe divertido.

—Muy bueno. Qué gracia. Lo contaré. —A continuación, coge la maleta de Gin y nos hace una señal para que lo sigamos.

Yo la miro y le digo en voz baja:

—La verdad es que no pretendía ser gracioso.

—¿Ah, no? Pues tenía gracia, me ha hecho reír incluso a mí.

—¡Vale, te has convertido en una verdadera esposa!

Subimos en una especie de taxi inglés por el tamaño, pero evidentemente no por el color, ya que es de un rojo fuego. El hombre conduce a toda velocidad por las carreteras de este país. A los lados se ve una vegetación exuberante y está lleno de animales, desde vacas de clásicos colores hasta papagayos de tonos más

fantasiosos. Mucha gente va en bicicleta. A lo largo del camino se ve a muchos niños jugando al lado de pequeñas fuentes, se divierten con el agua, llenan globos de colores.

Visten pantalones caqui o azul oscuro, pero todos son o cortos o muy largos, y camisetas de tirantes casi siempre blancas. Son delgados, tienen las piernas largas y llevan unos calcetines cortos que hacen que los zapatos parezcan todavía más grandes. El taxi rojo fuego emboca un puente. Bajo sus ruedas, las traviesas de madera componen una ruidosa melodía natural.

—Bueno, ya hemos llegado.

Así que nos apeamos. Nos espera una gran lancha motora blanca, y un hombre de color sin gorra y mucho más grande, después de cargar nuestro equipaje, nos hace subir a bordo.

—Hasta la vista, Mr. Noodle —saludamos al taxista, que nos ha dicho su apodo durante el trayecto.

A continuación, la lancha se separa del muelle y, una vez fuera del pequeño puerto, parte a toda velocidad. Miro a Gin, que va sentada en el asiento; se la ve un poco apagada, la verdad es que llevamos muchas horas de viaje.

—¿Qué tal?

—Bien. —Me sonríe, pero noto que está cansada.

—Ponte más adentro, así no te mojarás y no te dará tanto el viento.

Para resguardarla un poco más, me coloco junto a ella y le pongo mi cazadora sobre los hombros.

—Sí. —Me sonríe—. Ahora me siento realmente casada.

Casi dos horas más tarde llegamos a Monuriki, y al final obtenemos la recompensa por el cansancio de un viaje tan largo: disponemos de un precioso bungaló a pocos metros del mar. Una parte está excavada en la roca, y la otra mitad, en cambio, se levanta sobre la arena. Alrededor todo es vegetación, un pequeño seto de flores azul cielo con el interior amarillo y una baja cancela blanca.

La arena llega hasta la gran cristalera, en el interior se está fresco y es todo supermoderno, con un gran televisor de plasma, altavoces supertecnológicos y una cama de tamaño extragrande. Una botella de champán nos espera junto a unas grandes fresas rojas, kiwis y uva de un color muy claro. Un elegante camarero de la isla nos muestra el funcionamiento de todo, incluida la opción de usar el jacuzzi situado en el interior del cuarto de baño. Está encajado en la roca y ofrece la posibilidad de mirar al mar, que está justo enfrente, a través de una

ventana redonda.

—En cualquier caso —nos explica en inglés—, si quieren, también hay un jacuzzi más grande fuera; así pueden darse un baño bajo las estrellas. Pero deben tener cuidado porque está lleno de mosquitos que se acercan atraídos por el agua. Si acaso, usen esto… —Y nos enseña una especie de largas varillas de incienso que, a mi parecer, en vez de alejarlos, podrían incluso atraer a más.

Cuando nos quedamos solos, Gin se deja caer sobre la cama.

—¡Por fin! Creí que no llegábamos nunca. Pero ¿por qué tu madre eligió esta isla?

—No lo sé. —A continuación, le sonrío—. Y tampoco puedo saberlo. Tal vez sea la de la película *Náufrago*, adonde va a parar Tom Hanks. De hecho, estamos en las islas Mamanuca.

—Ah, vale, ahora está todo mucho más claro.

Los siguientes días nos divertimos un montón. Solemos dar la vuelta a la isla, que en total cuenta con pocos kilómetros, y comemos a menudo en la habitación, con un camarero siempre a nuestra disposición y un servicio impecable. Por la noche vamos al restaurante de la isla; las mesas están alejadas unas de otras y siempre se está muy tranquilo. Hay poca gente, teniendo en cuenta que solo hay diez bungalós, otras parejas de luna de miel, pero durante el día es como si cada una tuviera su playa. Solo una noche hubo un poco de música en el restaurante, y luego una competición de limbo en la que acabamos derrotando a la única pareja peligrosa: dos jovencísimos napolitanos de apenas veinte años. Ella iba cargada de joyas y, tal vez, cuando se dobló la última vez que pasó por debajo de la barra, perdió precisamente por lo mucho que pesaban.

—¡Muy bien de todos modos!

—¡Gracias!

—Pero sois jovencísimos.

—En Campania todo el mundo se casa muy pronto, tenemos ganas de huir.

No entendimos muy bien lo que querían decir en realidad, pero no dejaron de hablar ni un momento: ella, de las muchas joyas que tiene; él, de la fábrica de zapatos de su padre, de los nuevos mercados extranjeros, de la Rusia a la que se están abriendo, de la realidad china, tanto por su calidad de trabajadores como de compradores, y de muchas otras cosas más. En cambio, de nosotros no se enteraron de nada, solo de que habíamos ganado.

—¿Qué es esto? Está rico…

—Es *kava*, ¿no lo conocéis?

—No.

Gin y yo nos miramos.

—Es nuestra primera vez en las Mamanuca…

Y todos se ríen. Luego bebemos con ellos esa extraña bebida.

Un tipo con gafas que parece biólogo o representante farmacéutico y que intenta introducirla en el mercado da muestras de conocerla a la perfección.

—Es una raíz de *Piper methysticum* triturada entre dos piedras. Da una sensación de bienestar…

¿Lo notáis?

La napolitana, que prácticamente la ha ingerido de un trago, cierra los ojos, se deja ir sonriendo de una manera exagerada y casi parece que se va a desmayar.

—Yo sí, estoy de maravilla.

Gin me dice al oído:

—Para mí sabe un poco a regaliz y ya está.

Al rato nos despedimos y, cuando regresamos a nuestro bungaló, abrimos enseguida la botella de champán helado y celebramos así nuestra victoria.

—Nada que ver con la *kava* de regaliz.

En vez del jacuzzi con los mosquitos, elegimos el mar. Nos lo quitamos todo y nos sumergimos.

El agua está caliente, parece que estemos en una película, *El lago azul*. Hay plancton y, cuando nos movemos, unas estelas fosforescentes siguen nuestros movimientos. El momento es perfecto, y mi mente, por extraño que parezca, decide darme un poco de tregua. Pero en el fondo soy consciente de que estoy evitando el tema y que esto, por desgracia, es solo un paréntesis. Entonces nos abrazamos, Gin se pone encima de mí, me rodea la cintura con las piernas. La luna sobre nosotros se ve colorada, pero no se siente incómoda por lo que estamos haciendo.

OCHENTA Y TRES

—Vasco, ¿quieres hacer bien los deberes? ¡Así dan pena! Ni siquiera se ve si te has equivocado o no. La maestra te va a poner la nota solo por la confianza que te tiene.

—La maestra dice que soy despierto.

—*Despierto* no es lo que hay que ser en el colegio. *Despierto* quiere decir que no te duermes sobre el pupitre; tú tienes que ser inteligente y educado y estar preparado.

—¿Todas esas cosas?

—Y más todavía. Pero por ahora no te las diré, si no, te vas a hacer un lío.

—Está bien.

Vasco vuelve a concentrarse en el cuaderno de los deberes. Saca la lengua, intentando escribir con buena letra. Daniela sonríe mientras lo mira con amor. Filippo, que está a su lado, la observa divertido.

—¿Tú crees que mi madre también me trataba así?

—¿Bien o mal?

Filippo se queda un instante perplejo.

—No sé si está bien o mal. Pero sin duda lo haces con amor, y además me gusta porque lo tratas como si fuera mayor.

Vasco levanta la cabeza del cuaderno y lo mira enfadado.

—Pues claro que me trata como si fuera mayor, ya soy mayor.

Filippo se disculpa:

—Sí, sí, tienes razón, soy yo, que me he confundido.

Vasco sigue escribiendo. Filippo se vuelve hacia Daniela y enseña los dientes, como diciendo: «Ay, qué duro es el chico». Y ella le responde moviendo los labios: «Lo oyen todo». Filippo asiente y luego sigue hablando con

normalidad:

—¿Quieres un poco de zumo, Dani? Acabo de hacerlo.

—No, gracias.

—De acuerdo.

Filippo se sirve un poco, se lo bebe; a continuación, enjuaga el vaso y lo deja boca abajo sobre el fregadero.

—Me voy a jugar a fútbol sala, luego iré a cenar con Pietro y los demás. Nos llamamos más tarde. ¿Nos vemos mañana por la mañana?

—Mañana tengo universidad.

—Está bien, entonces tal vez para comer; hablamos mañana.

—De acuerdo.

Se dan un beso en los labios, luego Filippo se despide de Vasco revolviéndole el pelo.

—Adiós, campeón; no estudies demasiado, ¿eh?

—¡Eso, eso, muy bien, díselo tú a mamá!

Daniela lo mira fingidamente amenazadora. Filippo levanta las manos como para justificarse.

—¡Está bien, tienes razón, me he equivocado!

A continuación, coge su bolsa y se va.

Daniela sacude la cabeza y sonríe, se siente a gusto con él. Ya hace más de cuatro meses que dura esa historia y se estuvieron viendo durante dos meses antes de empezar la relación. Seis meses que Vasco ve a ese chico por casa y parece encontrarse bien con él. Bromean, se ríen y, cuando la besa, su hijo no está celoso. Daniela también ha pensado en eso. Cuando sucedía, vigilaba con el rabillo del ojo sus reacciones, y Vasco no parecía hacer caso. Sin embargo, debe estar alerta, ha leído varios libros sobre niños, sabe que a veces son los mejores actores, lo sienten y lo ven todo, y sufren por las cosas más diversas. Están atentos y son muy sensibles, y Vasco no debe pensar nunca que va detrás de algo o de alguien, para Daniela eso es lo más importante. Ha renunciado a muchas cosas por él y está contenta de haberlo hecho, no pensaba que pudiera ser tan adulta. Sonríe para sus adentros mientras lo mira. «Adulta… ¿Qué le voy a decir a mi hijo cuando me pida explicaciones sobre su padre? ¿Le diré que, por desgracia, murió al nacer él? ¿Mentiré para que no sepa cómo era yo de joven: ligera, fácil, drogadicta…? ¿No sería mejor confesárselo para que huya de eso? Y ¿cómo me juzgaría si le contara la verdad? ¿Dejaría de quererme? ¿No me respetaría? ¿No escucharía mis palabras? ¿Sufriría una infinidad o le traería sin

cuidado? ¿Cómo será el día de mañana?». Y sigue mirándolo, con la cabeza inclinada, con esa lengüecita que saca de vez en cuando, intentando hacer la letra como es debido, con sus ganas de mejorar o quizá simplemente de acabar de hacer los deberes.

Y, como si de pronto se sintiera observado, a Vasco se le ilumina la cara y la levanta de golpe.

—Cuando termine, ¿podré jugar a «Mario Bros 8»?

—Ahora piensa en acabar los deberes, luego ya veremos. No te distraigas, tienes que comprender lo que estás copiando y mejorar muchísimo la lectura. Así, esta noche tú me lees un bonito cuento y yo me duermo.

Vasco sonríe, sabe muy bien que mamá está bromeando. De repente suena el interfono. El niño, sorprendido, levanta de nuevo la cabeza del cuaderno de deberes.

—¿Quién es?

—Debería ser Giulia, me dijo que pasaría a saludarme.

Vasco baja con rapidez del taburete.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas?

—Quiero abrir yo.

Corre hacia el interfono, lo descuelga y se lo lleva al oído.

—¿Quién es?

—Soy Giulia.

Dirigiéndose a Daniela, dice:

—Sí, es ella.

—Pues abre.

Vasco pulsa el botón que está al lado del telefonillo, vuelve a sentarse a la mesa y zambulle de nuevo sus cabellos rizados en el gran cuaderno. Poco después, llaman a la puerta.

—¡Esta vez iré yo, sigue estudiando!

Daniela recorre el salón y llega al recibidor. Se para delante de la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, Giulia.

Daniela la deja entrar.

—¡Qué bien que te hayas pasado por aquí, hace un montón de tiempo que no nos vemos!

De repente se da cuenta de que Giulia está tensa y preocupada.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Qué te ha pasado?

—Ahora te cuento.

Se dirigen al salón y Giulia ve que Vasco está estudiando.

—Hola, Vasco…

—Hola.

Pero él esta vez sigue copiando las palabras, tal como le ha dicho la maestra, sin levantarse de la mesa.

—¿Podemos ir a tu habitación?

—Claro, por aquí. Tú no pares de hacer los deberes, ¿entendido? Mira que te vigilo desde mi habitación.

—Sí, lo he entendido.

Daniela hace entrar a Giulia en su dormitorio, luego entorna la puerta. Giulia mira a su alrededor.

—Pero ¿qué…?

—Vale, no te fijes en el desorden, hoy no he tenido tiempo de arreglarla.

—¿Hoy? ¡Pensaba que habían entrado ladrones!

—Tonta, siempre consigues hacerme sonreír. ¿Y bien?, ¿se puede saber qué te ha ocurrido?

Cuando has llegado parecía que habías visto un fantasma.

—Peor. De un fantasma no me avergüenzo; de lo que ha pasado, sí.

—Oh, Dios mío, ahora sí que estoy intrigada. Bien, así debería terminar el primer capítulo de una serie de la tele. ¡Todo el mundo vería el segundo para ver qué ocurre!

—Sí, sí, hazte la graciosa, pero ten en cuenta que esta historia también te incumbe.

—¿A mí? ¿Y eso? Oye, pero ¿puedes explicarme de qué se trata?

—Espera, espera, ahora verás… Tú tienes Facebook, ¿no?

—Claro.

—Pues enciende el ordenador, así lo vemos.

Daniela levanta la pantalla de su Mac Book Air y pulsa enseguida el botón de encendido. La pantalla se ilumina, luego teclea su contraseña y se abren varias ventanas, entre ellas la de Facebook.

—Busca la página de Palombi.

—¿Andrea Palombi? Y ¿por qué?

—Mira lo que ha colgado esta mañana, y encima me ha mandado un mensaje, el imbécil.

Daniela escribe enseguida el nombre de Andrea Palombi arriba a la izquierda

y, al momento, aparece su página. En el centro hay un vídeo en el que encima se lee «Besos prohibidos».

—Y ¿de qué se trata?

—Tú ponlo y luego mira.

Daniela pulsa sobre la flecha de abajo y la filmación da comienzo. Con la música de fondo de Prince, *Kiss*[47], empieza una secuencia de varias personas besándose en la penumbra de una pequeña habitación. Es un montaje rápido y cada vez aparecen personas distintas. Se besan, se acarician, se restriegan, una se quita una cazadora, otra se deja besar en el cuello.

—Ahí, para, para. Mira.

Daniela se acerca a la pantalla.

—Pero ¿eso es un cuarto de baño?

—Sí.

—Y esa eres tú con el pelo largo.

—Sí.

—¡Y ese es Andrea Palombi!

—Sí.

—¡Pero si nunca me lo habías dicho!

—Es que sucedió solo esa noche y no me gustaba, y tú habías desaparecido, había bebido, solo nos dimos unos besos… Y luego me besó las tetas, mira.

Daniela pulsa de nuevo *play* y, en efecto, se ve cómo él le levanta la camiseta, le aparta el sujetador y le besa el pecho. Ahora están de cara a la cámara y ella se ve perfectamente. Luego aparece otra pareja, y entonces Daniela detiene de nuevo la filmación.

—¡Giuli! ¡Pero eres terrible!

—¿Has visto? ¡Menudo cabrón! Todo se acabó ahí, ni siquiera me pareció que hiciera falta explicártelo, me daba vergüenza. Y, además, vosotros habíais roto hacía un montón. Esa noche tú incluso me dijiste que ya no te gustaba, que después de lo tuyo había tenido una crisis…

—¡Es verdad! Pero podrías habérmelo contado de igual forma. Oh, Dios, qué escena, es demasiado, y encima en un baño…

De repente Daniela comprende que precisamente se trata de aquella noche, cuando ella tomó las pastillas, cuando se pasó de vueltas, cuando se encerró con alguien justo ahí, en un baño, cuando se quedó embarazada de Vasco. Rememora esa imagen. No era un baño cualquiera, era ese mismo baño.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Cómo ha conseguido Palombi este vídeo? ¿Cómo se ha puesto en contacto contigo?

—Me lo encontré ayer en la piazza Euclide por casualidad y quiso que quedáramos. Le dije que no. Esta mañana me ha mandado este mensaje.

Giuli le pasa el móvil, y Daniela desliza con rápidez el mensaje:

> Lástima que no quieras salir conmigo, la verdad es que hacíamos buena pareja. ¡Mira en mi página lo bien que nos besábamos!

—¿Lo ves?

Daniela le devuelve el teléfono a Giulia, coge el suyo y marca un número.

—Hola, Anna, ¿puedes hablar? Bien, perdona que no te haya avisado antes, pero ¿podrías venir a estudiar aquí? Así me vigilas a Vasco, yo tengo que salir por una emergencia. Te daré cincuenta euros. Sí, gracias. Ven cuanto antes. —Cuelga—. Giuli, ¿sabes dónde vive Andrea Palombi?

—Sí.

—¿Has venido en coche?

—Sí.

—Vale, en cuanto Anna llegue para cuidar de Vasco, iremos a su casa.

—Mamá… —Vasco aparece en la puerta de la habitación—. He terminado los deberes; ¿ahora puedo jugar a la Wii?

—Sí.

—¡Qué bien! A lo mejor me paso el nivel ocho.

Daniela lo mira; él corre exultante hacia el televisor, lo enciende y enseguida coge la consola para dar vida a quién sabe qué partida. Vasco está feliz, se lo pasa bien con Mario Bros, y en una ocasión incluso dijo: «¡Me cae bien!».

A saber qué dirá cuando sepa quién es su padre.

OCHENTA Y CUATRO

Cuando llegan a casa de Palombi, Giulia Parini llama al timbre. Ella y Daniela esperan delante del interfono mudo. Daniela está nerviosa, se mueve inquieta sobre sus piernas, no puede creer que tal vez sepa quién es el padre de su hijo. Se miran en silencio, esperan con frenesí a que alguien conteste. Por fin se oye una voz. Es él, el propio Andrea Palombi.

—¿Quién es?

Se miran un instante para decidir qué responder. Entonces Daniela empuja a Giulia, como diciendo: «Venga, habla, ¿no?».

—Soy yo, Giulia.

—Eh, ¿has visto cómo colgar ese vídeo ha servido de algo? Qué bonita sorpresa… Sube, vamos, estoy solo, tercera planta.

Se oye el chasquido de la puerta al abrirse. Daniela entra corriendo y se precipita escaleras arriba con Giulia a la zaga, a la que casi le cuesta seguirla.

—¡Eh, ve más despacio, me voy a caer!

—¡Muévete!

En un instante abren el portal e inmediatamente después están en el ascensor, que casi da un brinco con su impetuosa irrupción. Una vez dentro, Daniela pulsa enseguida el botón del tercer piso.

Luego espera repiqueteando con el pie izquierdo a que las puertas se cierren. La subida parece interminable por el estado de ansiedad y tensión en que se encuentra. Ella es la primera en salir, arrastra a Giulia por un brazo y se agacha para ver mejor el nombre de las personas que viven en el rellano. De repente, ve abrirse una puerta y aparece Andrea Palombi.

—Por fin… —Pero no tiene tiempo de terminar la frase porque casi se ve arrollado—. ¿Daniela?

Y ¿tú qué estás haciendo aquí?

—¿No lo entiendes? Te vamos a denunciar, te hundiremos, he llamado a la policía, estás muerto, acabado… ¿Cómo cojones has conseguido ese vídeo?, ¿quién te lo ha montado?

Palombi levanta las manos.

—Espera, tranquilízate; ¿cómo que has llamado a la policía? ¿Estás loca?

Ya están en la cocina. Daniela está fuera de sí, ve un soporte para cuchillos, saca uno, el primero que encuentra, y lo apunta con él.

—Cuéntame lo que pasó o te lo clavo y se habrá terminado todo.

Andrea Palombi retrocede asustado.

—Pero ¿esto qué es?, ¿una broma? Tu amiga se hace la difícil, lo he hecho por eso. Nos besamos, lo has visto, ¿no? Y luego no ha vuelto a contestar a mis llamadas, ni tampoco a los mensajes.

Giulia mira a Daniela sonriendo.

—¿Lo ves? Te he dicho la verdad, fue solo un error de una noche.

Palombi siente su orgullo herido.

—Pero ¿cómo que un error? ¡Dijiste que te gustaba desde siempre, que te molaba un montón!

Giulia mira de nuevo a su amiga.

—¿Ves?, se lo inventa todo, no lo creas. Y, de todos modos, aunque lo hubiera dicho, estaba borracha. ¡Me das asco y eres un cabrón por haber expuesto mis tetas en público!

—Las quitaré enseguida. Te lo prometo.

Daniela acerca rápidamente el cuchillo hacia él. Palombi da un salto atrás.

—Oye, ¿es que eres imbécil? ¿Es que te has vuelto loca?

—Te atravesaré de lado a lado. Dime ahora mismo cómo has conseguido ese vídeo. ¿Quién ha hecho ese montaje?, ¿quién ha sido?

—Un tío.

—¿Qué tío?

—No lo sé, se llama Ivano, vive en Testaccio. Esa noche se encargaba de la seguridad en Castel di Guido, había cámaras por todas partes; pero ¿es que no os disteis cuenta? —Entonces repara en lo que ha dicho y busca la manera de justificarse—: La verdad es que estaban muy bien escondidas, los obligamos a ponerlas, teníamos miedo de que se colara alguien en los servicios y la cascara. Por eso, no porque quisiéramos ver quién practicaba sexo, en absoluto… —A continuación, mira a Giulia y le sonríe—. Nosotros no hicimos sexo, solo nos

dimos un beso.

—Más lo de las tetas. Ahí está la prueba.

Palombi mira a Daniela sonriendo, pero ve que la situación es más complicada de lo que imaginaba.

—Era una broma. Pero bueno, en serio, quitaré el vídeo enseguida.

—Vale, muy bien, y luego nos llevas con Ivano.

—Es que tengo cosas que hacer.

Daniela lo amenaza con el cuchillo.

—Se ve que no lo has entendido. No estoy bromeando, es algo importante. También hay un vídeo de mí. Escríbele ahora, envíale un mensaje. Dile que tienes que verlo con urgencia.

Andrea Palombi coge el móvil y hace todo lo que Daniela le ha ordenado, seguidamente espera unos segundos hasta que oye el sonido de un mensaje. Lo lee y se lo muestra:

> Ok. Te espero.

Al cabo de un rato están los tres en el coche de Giulia, que va al volante. Palombi está a su lado y Daniela va sentada detrás, sin dejar el cuchillo.

—Sigue todo recto, cuando llegues al cruce, tuerce enseguida a la derecha, así acortaremos. Vive encima del Teatro Vittoria. Yo tenía un torneo de pádel…

Daniela le da un porrazo en el hombro.

—Da gracias de que todavía puedas jugar…, quizá.

—Oye, ¿de verdad has llamado a la policía? Ya he bajado el vídeo.

—La verdad es que no deberías haberlo colgado.

—Ya veo, pero era una broma, cómo os pasáis. Y, además, solo se ven las tetas, tampoco se te reconoce mucho.

—Yo la he reconocido enseguida.

—Vale, pero tú porque la conoces. ¿Qué vídeo es el tuyo?

—No te importa. ¿Y bien? ¿Por dónde tiene que ir?

—Casi hemos llegado.

El coche de Giulia entra en la piazza de Santa Maria Liberatrice.

—Mira, allí hay un sitio, justo después de la pizzería Reno. Párate ahí, él vive un poco más adelante.

Aparcan y bajan. Al llegar delante del portal descuidado, Palombi mira el portero automático y localiza enseguida el piso al que tiene que llamar. Al cabo

de un instante, responde una huraña voz masculina:

—¿Quién es?

—Soy Andrea.

—Sube.

La puerta se abre y los tres se meten en el interior de un viejo portal.

—Y ¿tú vienes aquí muy a menudo?

Palombi sonríe.

—Sí, seguridad de todo tipo. Si necesitas algo…, en su casa lo encuentras fácilmente.

Giulia lo mira intrigada.

—¿Qué? No entiendo nada.

Daniela sacude la cabeza.

—Vende droga, trafica; habla de quien busca seguridad cuando se pasa de vueltas.

—Sí, algo así.

Poco después están delante de su puerta. Antes de que Palombi llame, Daniela se mete el cuchillo dentro de los pantalones, escondido detrás de la espalda. Se oyen pasos y enseguida alguien abre la puerta. Un tipo con una barba larga, rojiza, el pelo enmarañado, gafas graduadas y unos grandes pendientes negros.

—¡¿Qué pasa, tío?! Oye, ¿has traído a las chicas? No me habías avisado, no me gusta.

—Son amigas.

—No puedes presentarte aquí así. Estoy trabajando.

Daniela señala el salón.

—¿Nos dejas entrar, por favor? No hemos venido a molestar, hemos venido a resolver un problema que podrías tener.

Con esa frase, Ivano se queda confundido. Mira a Palombi y tuerce la boca, no le gusta toda esa historia. De todos modos, deja entrar a las chicas y cierra la puerta.

—¿Y bien? ¿Qué sucede? ¿Cuál es ese problema que podría tener?

Daniela se apoya en un mueble, nota el largo cuchillo en contacto con su espalda; toda esa historia le parece absurda y no sabe muy bien por dónde empezar. Mira a su alrededor, la casa está sucia, llena de polvo; las cortinas gruesas, dos sofás de terciopelo, uno azul y el otro de color cereza, ambos un poco raídos, ocupan el salón. Las persianas están bajadas, son de madera, como

las de antes. Sobre un carrito de cristal hay un gran televisor, tal vez incluso en blanco y negro. Sobre una mesita baja delante de los sofás hay una cerveza vacía, una caja de pizza manchada y varios ceniceros llenos de colillas. Algunos no han sido vaciados desde quién sabe cuándo. En un cenicero de falsa plata, seguramente robado en alguna terraza, descansa un enorme porro medio consumido.

—¿Quieres darle una calada y así te relajas?

Ivano ha seguido todo el recorrido de la mirada de Daniela.

—No, gracias. No fumo. Palombi ha colgado en la red un vídeo que ha obtenido de ti. Mi amiga ha visto cómo sus tetas eran de dominio público. He avisado a un amigo que trabaja en la policía de delitos informáticos. Saben que estoy aquí. Le he mandado un mensaje con la calle, el número y tu apellido.

Ivano escucha en silencio. Entonces, de golpe, sin que nadie se lo espere, le salta al cuello a Palombi. Lo coge con las dos manos por el pelo y lo tira hacia abajo, empujándolo a la fuerza encima del sofá rojo. Luego lo deja caer allí, se sube con una rodilla en su espalda y, manteniéndolo boca abajo, empieza a darle puñetazos detrás de la cabeza, sobre todo para desahogar su cabreo.

—¡Eres un capullo, un gilipollas! Siempre lo he pensado y ahora me lo has demostrado, joder.

Sin dejar de sujetarlo con la rodilla en medio de los omóplatos, le tira del pelo, de tal manera que Palombi se ve obligado a llevar la cabeza hacia atrás.

—¡Ay! ¡Déjame, joder!

—Los gilipollas como tú deberían morir diluidos en el Tíber.

Entonces Ivano se levanta de golpe y le da una fuerte patada en la cadera. Palombi grita de dolor.

—Viene aquí porque queda guay, el capullo… Encima, ese vídeo me lo ha birlado. Yo no se lo di.

El gilipollas soy yo por fiarme de él.

Casi jadeando por todo lo que se ha movido hasta ahora, a lo cual no debe de estar muy acostumbrado, Ivano coge el porro y lo enciende. Da dos grandes caladas y luego vuelve a dejarlo en el cenicero plateado. A continuación, se vuelve hacia las chicas, que hasta ese momento han presenciado toda la escena sin lograr decir nada.

—¿Y bien? Y ¿nosotros cómo lo arreglamos?

Daniela intenta aparentar seguridad. Giulia no está en condiciones de hablar.

—Lo arreglamos así: tú nos das todo el material que tienes grabado de esa

noche en Castel di Guido y mi amigo se olvida de mi mensaje.

—¿Cómo puedo estar seguro?

Daniela lo mira seria.

—Tienes que fiarte. A nosotras nos importa un carajo lo que haces aquí o los capullos… —y señala con la barbilla a Palombi, que, mientras tanto, se ha sentado en el sofá y se masajea el pelo. Todavía está dolorido— a los que les pasas tu mierda. A nosotras nos interesa que las grabaciones que nos conciernen no estén por ahí.

Ivano de repente tiene otro ataque de rabia. Va hacia Palombi y le da una fuerte patada en la espinilla.

—¡Cabrón de mierda! ¡Tú me has metido en esta situación!

Palombi grita. Ivano se lleva las dos manos a la frente y, colocándolas a modo de diadema, se echa todo el pelo hacia atrás. A continuación, lo suelta y de nuevo parece calmado. Se vuelve hacia Daniela.

—Es justo. ¿Vosotras qué cojones tenéis que ver en esto? También es una cuestión de intimidad.

Mientras existan los gilipollas como este, el mundo nunca será mejor. Venid…

Abre una puerta que da paso a un pasillo. Casi parece que pertenece a otra casa. Es todo de color azul cielo con rebordes blancos. Hay litografías, varias vistas de Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, todos ellos cuadros de tema americano. El pasillo se acaba y, detrás de una esquina, hay tres puertas distintas cerradas. Ivano abre una y entra en un pequeño despacho. Ahí reina de nuevo el caos, pero el ambiente es mejor, hay más luz, y las paredes son claras. Se ve que esta parte de la casa ha sido pintada recientemente. Sobre una gran mesa hay algunos ordenadores, cámaras, pequeñas Canon 7D, una Sony. Alrededor, algunas librerías metálicas con muchos archivadores, cada uno marcado con una letra inicial y un número. Ivano abre un cajón y saca un gran cuaderno oscuro.

Cuando lo abre, Daniela se fija en que es una agenda. Él la hojea y se detiene en la «C». Abre la página y encuentra el código correspondiente: A 327. Se levanta, coge el archivador, lo abre. Está lleno de DVD y pequeñas cintas.

—Aquí está, es todo el material, son las copias originales. Fue una única noche en Castel di Guido. Y muy provechosa. Las cámaras de seguridad me las pidieron los de los permisos. Eran obligatorias. —Ivano no cree que las haya convencido, pero tampoco es que le importe mucho—. Ahora marchaos. Yo no os he visto nunca y, sobre todo, no os he pegado.

Cuando vuelven al salón, Palombi ha desaparecido.

—Ya ves, el muy gilipollas se ha ido. Ha visto que dudaba entre matarlo o no. —Entonces las mira—. Desapareced vosotras también y olvidaos de esta dirección. Si viene el policía de delitos informáticos, pongo a Dios por testigo de que iré a buscarte.

Las dos chicas salen sin decir nada. Daniela entra en el ascensor apretando con fuerza la funda A 327. Un instante después salen del portal. Las dos respiran a pleno pulmón. Ese lugar tenía el aire denso y viciado, olía a moho, según cómo, hasta se notaba el olor a orina de algún gato.

—Madre mía, qué asco.

—En serio.

Giulia nota un escalofrío.

—La verdad es que estas cosas solo me pasan contigo.

—Bueno, de esta aventura te acordarás. Imagínate cuántos sitios hay en Roma como este, o peor que este, y no hemos visto nunca ninguno.

—¡Mira, en realidad me alegro! No me he perdido nada. Una cosa está clara: Palombi no me dará más la lata.

—Ah, de eso puedes estar segura.

Entran riendo en el coche. Daniela se pone el cinturón y deja la funda A 327 sobre las piernas. Le da unos golpecitos encima delicadamente, como si la acariciara. «Había más de setecientas personas esa noche. Una de ellas es el padre de mi hijo, y dentro de poco sabré quién es».

OCHENTA Y CINCO

—¡Hola, qué bien que hayáis venido!

Babi abre la puerta, Pallina y Bunny están delante de ella, sonriendo.

—Había un poco de tráfico…

—¡Entrad!

Pallina la besa y entra en el salón, Bunny le da la mano.

—¿Cómo estás?

—Te acuerdas de Sandro, ¿verdad?

—¡Nunca lo habría reconocido! ¡Pareces el hermano que ha salido más delgado, más elegante y también más guapo!

Bunny se echa a reír.

—Tú, en cambio, no has cambiado un pelo.

—¡La verdad es que eso sí! Lo llevaba larguísimo.

—Es verdad, me acuerdo. Y ¿sabes que le gustabas a un montón de gente? ¡Aunque nadie se atrevía a dirigirte la palabra, si no, luego quién evitaba que Step le partiera la cara!

—Sí, hombre, me lo dices para tomarme el pelo.

—Te lo juro, gustabas mucho. Hacíais una pareja estupenda. Luego, cuando salisteis en *Il Messaggero* con Step haciendo el caballito con la moto después de la carrera de las *camomillas*…

Bueno, a partir de ahí te convertiste en un verdadero mito.

—Eres un exagerado, pero me encanta oírlo. ¿Queréis tomar algo?

Bunny se acuerda del paquete que lleva en la mano.

—Oh, perdona, te hemos traído esto.

Pallina lo mira regañándolo.

—Son pequeñas frutas heladas, tienes que ponerlas en el congelador, si no,

se derretirán.

—Claro, qué ricas, gracias, pero no deberíais haber traído nada.

Bunny le da el paquete a Babi, que va hacia la cocina.

—Bueno, en serio, ¿qué os apetece beber? —Y señala una cómoda en el salón en la que hay una bandeja con varias botellas—. ¿Un poco de champán? *Prosecco*, una Coca-Cola, un poco de vino blanco… También hay *chinotto* y bíter.

Pallina se sienta en el gran sofá blanco.

—Para mí una Coca-Cola Zero si tienes.

—Sí, sí tengo.

Bunny mira a Pallina, que le hace una señal para que se siente.

—Para mí, en cambio, un poco de champán.

Babi contesta desde la cocina:

—Perfecto, yo también tomaré un poco.

Un instante después regresa al salón y empieza a servir las bebidas en las copas y en el vaso.

Bunny mira a su alrededor.

—Felicidades, esta casa es estupenda, realmente bonita.

—¿Te gusta? —Babi le pasa la copa de champán después de haberle dado el vaso de Coca-Cola a Pallina.

—Muchísimo.

—¿Y la decoración?

Bunny mira los sofás, las cortinas, las alfombras.

—Mucho. No entiendo demasiado de estas cosas, pero me parece una de esas casas que se ven en los anuncios, tan perfectas, donde todo queda bien, en las que no hay nada que desentone…

Babi se ríe.

—Yo las llamo *las casas del Mulino Bianco.*

—Sí, exacto.

—Pero esta es mejor, porque la ha decorado una grandísima arquitecta que todavía no es conocida por el gran público, pero lo será.

Pallina deja el vaso sobre la mesita de centro.

—Está hablando de mí, me toma el pelo.

—¿En serio has decorado tú esta casa?

—Otro que tal… Pero ¿por qué todo el mundo me subestima? Está bien, Babi, ponme un poco de champán, venga, así bebo con vosotros y me

emborracho; en otro caso, me deprimiré como una arquitecta frustrada.

Babi se levanta, coge una copa y la llena de champán.

—Cada vez serás mejor y abrirás tu propio estudio, date tiempo.

—Mamá…

Justo en ese momento aparece el pequeño Massimo por el pasillo.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar en la cama.

—Pero ¿puedo saludar a Pallina? He oído su voz…

—Te has levantado y ya estás aquí en el salón, así que no me has pedido permiso, lo has hecho todo por tu cuenta. Venga, ve a darle un beso a Pallina y vuelve enseguida a la cama.

Massimo se acerca a ella y le da un beso en la mejilla. A continuación, se aparta y la mira.

—¿Por qué no has vuelto para vernos?

—Porque había terminado el trabajo. Pero, ya lo ves, esta noche he venido, y ya verás cómo vendré muchas más veces.

A Massimo se le ilumina la cara.

—Pues entonces tienes que venir por la tarde, así nos pondremos en el sofá y veremos *Stitch!*; me gusta un montón, estoy seguro de que a ti también te gustará. ¿Conoces a Stitch?

Pallina mira a Babi, y entonces decide decir la verdad:

—No, no lo conozco.

Massimo está aún más contento.

—Pues yo haré que lo conozcas. Y ¿tú cómo te llamas?

—Yo soy Bunny.

Sandro, de manera torpe, le tiende su enorme mano, en la que la del niño se pierde.

—Bunny, Pallina…, me gustan esos nombres graciosos. Ahora me voy a dormir, que mañana tengo cole. Y, si no, mamá se enfada.

—Exacto. Ya empiezas a conocerme.

Babi se levanta del sofá, pone la mano en la cabeza de su hijo y, con dulzura, lo dirige hacia el pasillo por donde ha llegado.

Massimo se vuelve una última vez.

—Buenas noches.

Luego sigue a su madre hasta su habitación. Poco después, Babi regresa al salón.

—Pallina… Lo tienes enamorado.

—Qué va, le gusta el nombre porque es divertido. Y, además, no digas eso, que Bunny se va a poner celoso también de él.

Sandro sonríe.

—¡Sobre todo de él! Es guapísimo… Oye, ¿sabes a quién se parece? ¿Sabes a quién me recuerda un montón? —Pallina mira a Babi, las dos intercambian una mirada y están a punto de desmayarse. Bunny las mira—. ¿Habéis adivinado a quién?

Y las dos responden a coro:

—No.

Luego se sonríen, sin dejar de sentirse en un apuro.

Bunny golpea el sofá con una mano.

—Venga ya, con esos ojos… ¡Sí, ese actor francés…, claro, Alain Delon!

Y ambas exhalan un suspiro de alivio.

—¡Es verdad! Tiene algo…

Pallina lo secunda. Babi lo agradece.

—Bueno, es un bonito cumplido. Voy a la cocina a ver cómo va Leonor.

Pallina se levanta también del sofá.

—Voy contigo.

En cuanto entran en la cocina, Babi entorna la puerta.

—Casi me da algo, por un momento he pensado que se lo habías dicho.

—No, ¿estás loca? ¿A ti te parece que le voy a decir algo así? ¿Y después de habértelo prometido? ¡Me estás insultando! ¿Te olvidas de quién soy yo? ¡La mítica Pallina!

—Tienes razón, pero creía que me iba a morir.

—¡Yo también! Pensaba que lo había adivinado él solo. Ahora que lo sé, cuando tu hijo ha entrado, me he quedado de piedra. Tiene la sonrisa idéntica, hasta la manera en que cierra los ojos.

Es realmente guapo.

Y, por un instante, Pallina se acuerda de aquella noche con Step, cuando bebió mucho, cuando estaba desesperada, cuando lo deseó como único consuelo amoroso después de haber perdido a Pollo. Y se avergüenza. No sabe si algún día será capaz de contárselo a Babi. Y, sin poder controlarse, se ruboriza.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué?

—Te has puesto como un tomate.

—Nada, ya no estoy acostumbrada a beber.

—Venga ya, habrás bebido demasiado deprisa. Tú lo aguantas todo perfectamente.

«No según qué emociones», le gustaría contestarle a Pallina. Y le encantaría contárselo todo, pero no puede, prefiere reírse ella sola pensando en la frase final de *Lo que el viento se llevó* que tanto le gusta: «Ya lo pensaré mañana». Sí, pero hubo un mañana en el que no pudo hacer nada.

—Oye, ¿sabes que Bunny es muy majo? La verdad es que parece otro, me alegro por ti.

»Leonor, ¿cómo va la cena?

—Está todo listo, señora.

—Pues vamos, sentaos a la mesa, que llevaré el carrito.

Pallina sale de la cocina, y Babi, ayudada por su asistenta, carga el carrito con el primero, el segundo y las guarniciones.

—Luego, más tarde, te llamo y nos traes la macedonia que hay en la nevera. Y ese paquete todavía sin abrir que he metido en el congelador.

—Claro.

—Si por casualidad Massimo me llama, avísame.

—De acuerdo.

Babi vuelve al salón con el carrito y lo pone al lado de la mesa donde están sentados Pallina y Bunny.

—Bueno, he hecho risotto de fresas. He hecho… ¡He mandado hacer! Todavía sé hacer pocas cosas en la cocina. ¿Os apetece que sigamos con el champán o queréis que abra un vino blanco?

Bunny mira a Pallina.

—¿Tú qué dices?

—Como tú quieras.

—Pues a mí el champán me parece estupendo.

Entonces Babi coge la botella y se la pasa a Bunny.

—Toma, sírvelo tú mientras yo preparo los platos.

Bunny empieza a llenar las copas y luego mira la botella.

—Moët Chandon, para mí es el mejor champán que hay. Estuve en la despedida de Step y el Moët corría sin parar. —A continuación, lo sirve en la copa de Babi y se da cuenta de lo que acaba de decir—. Perdóname.

Ella le sonríe.

—No te preocupes. Los dos estamos casados. No hay problema.

Bunny mira a Pallina.

—Pues bien, ya que tanto interés tenías en saberlo, voy a contártelo. Fue una fiesta estupenda, había música y un montón de champán. Había chicas muy guapas, pero nadie hizo nada, ¿eh?, solo nos divertimos.

Pallina lo mira y sacude la cabeza.

—Claro… Y tampoco bebisteis, ¿verdad?

—Sí, eso sí. Es más, Hook y el Siciliano me llevaron a casa en brazos. En cualquier caso, fue en un barco increíble, se llamaba *Lina III*, de eso me acuerdo.

Babi le pasa el plato a Pallina, pero no la mira a la cara.

—Bien, me alegro de que fuera una buena fiesta.

Pallina huele el risotto.

—Me parece que está riquísimo.

—Leonor es una excelente cocinera. Es rusa, pero estuvo durante mucho tiempo en casa de unos señores franceses que daban cenas todas las noches. Así aprendió.

Bunny prueba el risotto.

—Buenísimo, y al dente, y el sabor de las fresas es algo excepcional.

Pallina también coge un poco de arroz, sopla sobre el tenedor y a continuación se lo come.

—Es verdad, está muy rico.

—En aquel barco —sigue Bunny— también comimos muy bien. Todo era a base de pescado y marisco crudo, y el barco tenía tres plantas; la última era toda de cristal.

Pallina tiene una especie de flash. Esa imagen, un barco con un puente completamente hecho de cristaleras, con sofás de colores claros; ¿dónde ha visto algo parecido? «¡Por supuesto! ¡Aquí!

Cuando hice montar las cortinas. En la librería vi una foto de un barco como ese». Entonces mira detrás de Babi, hacia la ventana, y de repente la ve. La foto de un barco atracado, la pasarela, y con grandes letras romanas el nombre: *Lina III*. Babi está comiendo en silencio, pero cuando levanta los ojos se encuentra con la mirada de Pallina, que entorna los suyos y mira de nuevo hacia la librería.

Babi se vuelve y ve lo que ha descubierto. Entonces se levanta rápidamente.

—Se ha terminado el champán. ¿Queréis un poco más?

—Sí, gracias.

En realidad, la botella está medio llena. Cuando pasa junto a la fotografía, la pone boca abajo, haciendo desaparecer así el *Lina III*. Luego regresa con una

nueva botella. Bunny se levanta y la coge de sus manos.

—Espera, dámela, yo la abro.

—Gracias.

Babi se sienta y mira a Pallina, que sacude la cabeza y le sonríe, pero finge que está enfadada.

—El otro día comiendo me contaste un montón de cosas, pero estoy segura de que me ocultaste algo.

—No, te dije todo lo que podía decirte.

Bunny descorcha la botella y sirve el champán.

—Es bonito que os lo contéis todo.

—¡Pues sí!

Pallina levanta su copa.

—Bueno, propongo un brindis. ¡Por la amistad, el amor y la sinceridad!

Babi se ríe.

—Siempre.

Entrechocan las copas y beben champán. A continuación, Pallina deja la suya.

—Bunny, total, ahora ya es pasado, lo hecho hecho está y nadie dirá nada de lo que cuentes. Pero a la despedida de soltero, ¿Step fue con alguna chica?

—¿Si había una mujer para él?

—Eso.

—No sé, lo organizó todo Guido Balestri. Las instrucciones eran que, después de los fuegos artificiales, al oír unos toques de sirena, debíamos abandonar el barco.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Step también?

—No, sé que él se quedó a dormir en el barco, pero solo: las chicas bajaron todas. De eso estoy seguro.

—Y ¿por qué?

—Lo comentamos con los demás en la boda. Todos teníamos curiosidad por saber con quién había ido Step. Sin embargo, durmió solo en el barco. En resumen, la fiesta fue realmente estupenda.

Pallina mira a Babi.

—Sí, me lo imagino; ¡solo debió de soñar que se iba a la cama con alguien!

Babi la mira tranquila.

—Bueno, a ver si ahora resultará que los sueños también son pecado, ¿no?

OCHENTA Y SEIS

Giulia se detiene delante del portal y se dispone a parar el coche cuando Daniela baja.

—Adiós, nos llamamos mañana.

—¿Qué? ¿No lo vemos juntas? Estoy muy intrigada.

Daniela se queda un momento indecisa.

—Mira, yo tampoco sé muy bien qué hacer. Ya te habrás fijado, ¿no? He estado callada todo el viaje y tú ya sabes lo mucho que hablo. O sea, a veces hasta me pides que me calle, me dices que me paso, que te provoco dolor de cabeza. De modo que imagínate cómo debo de estar en este momento si no he dicho ni mu. —Entonces señala la funda A 327—. Tal vez lo que haya aquí dé un giro a mi vida y, sobre todo, a la de Vasco, para bien o para mal, pero no sé qué decisión tomar. ¡Ahora estoy feliz con Filippo, me gusta, me hace sentir bien, me da seguridad!

—¡Pero no es el padre de tu hijo!

—Ya lo sé. Y el padre de mi hijo ni siquiera es alguien que no ha asumido sus responsabilidades, simplemente podría no haberlo sabido nunca.

—Pero ¿te imaginas? ¿Y si es un tío superguay, guapo, alto, al que tal vez conozcas, quien entra en ese baño contigo? ¡A lo mejor hasta es simpático, divertido, rico…!

—Ya, pero me parece que en Castel di Guido no estaba Brad Pitt.

—A lo mejor estaba Channing Tatum y nosotras no lo reconocimos.

—Oye, en vez de decir todas estas tonterías, ¿no crees que tal vez podría ser un completo desconocido del que solo voy a ver el rostro pero del que no sabré ni el nombre ni el apellido y mucho menos dónde vive?

—Entiendo, pero no veas qué curiosidad cuando veas los vídeos, cuando te

reconozcas…

—No quiero ni pensarlo. Ni siquiera sé lo que hice. Estaba totalmente fuera de mí.

—¡Pues imagínate si lo hubieras visto, como me ha pasado a mí, en la página de Facebook de un imbécil!

—Venga ya, de todos modos, no se te reconocía la cara.

—¡Puede, pero por lo bien que conozco mis tetas, me ha parecido que todo el mundo me estaba viendo!

Daniela saca las llaves del bolso y abre el portal.

—Bueno, no sé qué voy a hacer. A lo mejor lo quemo y me deshago de todo. De todas maneras, tengo un subidón de adrenalina.

—Sí, la próxima vez que salgamos tenemos que apuntar más alto, cometeremos algún atraco.

—Eso es, muy bien.

Daniela ya está a punto de entrar en la portería cuando Giulia la llama:

—¡Dani! Te olvidabas de esto —y le muestra por la ventanilla el largo cuchillo de sierra. Daniela se echa a reír y regresa para cogerlo—. Te lo ruego, esconde bien el arma del delito.

—Sí. En vez de a ese Ivano y a Palombi, rebanaré el pan casero que he comprado.

—Bien hecho, así los despistas a todos y no entenderán nada.

Se despiden de esta forma, alegres y divertidas, como si todavía estuvieran en la época del instituto, con la misma ligereza que cuando quedaban después de la escuela y empezaban la tarde con un plan, pero luego las cosas iban de otra manera y regresaban a casa antes de cenar habiéndoles pasado de todo y más. O no había ocurrido nada en absoluto: se habían pasado la tarde apoyadas en un muro bajo charlando de cualquier cosa, y sin embargo el tiempo corría y llegaban tarde sin haber hecho nada de particular. Y su madre nunca las creía. De repente le viene a la cabeza Raffaella. «A ver qué dirá mamá cuando se entere de que hay un padre, de que Vasco también tiene apellido».

Enseguida se preguntará a qué se dedica, no si quiere reconocerlo. «Mamá, no tengo ni idea de cómo lo está pasando en este momento, nunca conseguimos decirnos nada». A continuación, Daniela entra en casa justo cuando el móvil que había olvidado sobre la mesa está sonando.

—¡Ya he vuelto!

—Sí, estamos aquí, en la habitación de Vasco.

—Sí, estamos en mi habitación —dice el niño.

—Está bien, ahora voy.

Entonces Daniela mira el móvil. Hay seis llamadas de Filippo. De modo que lo telefonea de inmediato.

—¿Hola?

—Eh, pero ¿dónde estabas? ¡Te he llamado un montón de veces! ¡Hace una hora que lo intento!

—Sí, perdona, me he olvidado el móvil en casa.

—Y ¿dónde has estado?

«Y ¿ahora por qué hace todas estas preguntas? Normalmente nunca me pregunta nada».

—He acompañado a Giuli a un sitio.

—Ah.

Filippo se queda un instante en silencio al otro lado del teléfono. Daniela ve que está molesto por mostrarse tan reservada.

—Tenía que ir al médico.

—Ah.

Nota que ese segundo «Ah» suena un poco más aliviado. Qué estúpidos son a veces los hombres.

Entonces Filippo parece recobrar su habitual alegría.

—¡Tengo una sorpresa estupenda! ¿A que no lo adivinas? He conseguido dos entradas para el estreno de *007*, la nueva, con ese actor que te gusta tanto. ¡Va a ser una locura, vendrán todos con los Porsche y los Jaguar que salen en la película y luego pasaremos por la alfombra roja para entrar en el teatro de via della Conciliazione, con todos los actores! Qué pasada, ¿no?

—No puedo ir.

—¿Cómo que no puedes ir?

—Sí, tengo que quedarme en casa con Vasco, debo controlar los deberes y, además, hoy casi no he estado con él.

—¡Pero es *007*! ¡Busca una canguro, llévaselo a tu madre, es una oportunidad única, no sabes lo que he tenido que hacer para conseguirlas!

—Filippo, eres encantador, aprecio muchísimo esta sorpresa, no te lo tomes a mal. Ve con Marco o con Matteo o con quien quieras, encontrarás a un montón de gente que estará encantada de acompañarte.

—Creía que estarías encantada tú.

—Y lo estoy, pero esta noche me sentiría fuera de lugar. Intenta

comprenderme.

—Pero es un acontecimiento único… Venga, ¿no puedes hacer un esfuerzo?

En ese momento, algo se resquebraja. Es como si se rasgara un pequeño trozo de tela e, inmediatamente después, a causa del peso, se abriera por completo sin que sea posible volver a coserlo. A Daniela la asalta una gran tristeza. «No tiene nada que ver conmigo, no me comprende, no me escucha, no nota las vibraciones de mis necesidades, de mi tiempo, de mis ganas de hablar o de permanecer callada, de salir o de quedarme con mi hijo. Es como un disco que salta, uno de 33 revoluciones puesto a 45, es como si la voz del cantante se volviera ridícula, un repentino y ridículo falsete comparado con el timbre de voz que tanto podía emocionar antes».

—Lo siento. Me quedo en casa. Nos llamamos mañana.

Cuelga el teléfono, a continuación, abre el grifo del lavabo, lava el largo cuchillo de sierra, lo seca y lo guarda de nuevo en su soporte. Suena de nuevo el móvil. Daniela lo mira.

Es Filippo otra vez.

—Daniela, pero ¿qué ocurre? ¿Hay algo raro? No, dime, es que no entiendo toda esta historia.

Ella alza los ojos al cielo en busca de paciencia; luego, cuando al fin la encuentra, contesta con un tono contenido y tranquilo:

—No hay nada raro, Filippo. Mira, perdona, pero no es algo que hayamos organizado desde hace meses y ahora te esté dando plantón. Ni siquiera desde hace semanas. Ni tampoco desde hace unos días. Se ha presentado hoy. Y yo hoy me siento así.

—Sí, lo sé, pero yo hace mucho que estaba intentando conseguir las entradas…

—Lo entiendo, pero eso solo lo sabías tú.

—Oye, pero ¿no podrías hacer un esfuerzo?

Al oírlo, Daniela se pone frenética, la verdad es que él no quiere entenderlo.

—No es una cuestión de esfuerzo, la cuestión es que quiero quedarme en casa con mi hijo. ¿Lo entiendes o no? Y ahora, perdóname, me está llamando.

Daniela corta la comunicación sin quedarse a escucharlo. A continuación, empieza a preparar la cena.

Ya han pasado varias horas. Le ha dado las gracias a Anna, la canguro, y se ha

despedido de ella. Ha cenado con Vasco, ha metido los platos en el lavavajillas y ha hecho que él la ayudara. A continuación, lo ha mandado a lavarse los dientes, a hacer pipí, y lo ha ayudado a ponerse el pijama.

Han leído *Pesadillas* un rato cada uno y al fin el niño se ha dormido. Daniela ha dejado la puerta de su cuarto abierta y ha ido al salón. Está sentada a la mesa de comedor con su Mac delante. A su lado, la funda A 327 todavía cerrada guarda sus secretos, entre ellos, el más importante. De repente nota vibrar el móvil. Lo saca del bolsillo del pantalón. Le ha llegado un mensaje. Es Filippo:

> La película es una pasada, superguay, con muchos efectos especiales. Solo han venido los Porsche. En cambio, en la alfombra roja estaban todos: Claudio Santamaria, Stefano Accorsi, Alessandro Gassman, Vittoria Puccini y muchos más. Lástima que no hayas venido, he ido con Matteo, te habrías divertido. Hay veces en que debería hacerse un esfuerzo.

«Nada. No lo entiende. Lástima. No sabe que *007* ha marcado el fin de nuestra relación».

Entonces apaga el teléfono.

En esta casa tiene todo lo que le interesa. Esta noche el mundo puede quedarse fuera. Se levanta, coge una Coca-Cola Zero, luego lo piensa mejor, abre una cerveza, se la sirve en un vaso. Enciende el iPod, pone en marcha su lista favorita y, con la música de *Brooklyn Baby*[48], de Lana Del Rey, abre la funda. Contiene unos diez DVD y cinco tarjetas Micro SD. Mete el primer DVD y, una tras otra, van pasando las imágenes. Hay un baño, ese baño. Personas que entran, se lavan la cara, hombres que orinan, mujeres que se maquillan, uno que mira a su alrededor, luego saca algo del bolsillo. Abre una especie de papel, lo deja sobre el lavabo y acerca la cara. Después de coger un billete, lo enrolla y empieza a esnifar cocaína. Daniela pulsa la tecla con la flecha doble y la grabación pasa más deprisa. Nada, no sucede nada que no sea más o menos lo que ya ha visto hasta ahora. Pone el segundo DVD y aquí se ve la misma rutina. Hay una pareja que entra. No, no es ella, la chica tiene el pelo rubio. No se queda viendo cómo se lo montan. Hace correr de nuevo la grabación hasta el final. A continuación, mete el tercer DVD, lo pasa con rapidez hacia delante, las imágenes son más o menos las mismas, hasta que de repente se reconoce. Pulsa *stop*. Se siente mareada. Ahí está, es ella, la imagen que ha congelado le

encuadra perfectamente el rostro. ¿Está segura de que quiere verlo? Del chico se distingue apenas un brazo, todavía no ha entrado del todo en el encuadre. Daniela se queda mirando la imagen. Todavía puede elegir no saber, quedarse con las infinitas posibilidades de que el padre de su hijo lo sea todo: bueno, amable, educado, elegante, inteligente, generoso, culto. El padre perfecto. Eso podrá contarle a su hijo. Y nunca nadie podrá contradecirla. Puede inventar una historia todavía más extraña, el motivo de que haya desaparecido, un accidente durante un viaje, en el París-Dakar, o en una de las muchas carreras apasionantes que hacen que el hombre sea todavía más fascinante y legendario. O reconducirlo todo a una normal humanidad cualquiera, tal vez tan solo miserable o mediocre. Sin embargo, siente curiosidad, mucha, no lo resiste, nota que el corazón le late cada vez más fuerte, piensa que la idea de no saberlo la volverá loca. Así que pulsa *play*. De repente aparece un chico. Tiene mucho pelo, rizado, no consigue verle bien la cara; en cambio, se ve a sí misma desenfrenada, una Daniela irreconocible que le desabrocha el cinturón de los pantalones, se los desabotona y le mete las manos. Se ve lasciva, incontrolada, y no se reconoce en su manera de comportarse; casi se avergüenza, se siente abochornada al verse de repente arrodillada. No puede creer que sea ella. Se comportó de ese modo con un desconocido. Entonces el chico, arrollado por el placer, echa la cabeza hacia atrás. Y Daniela se queda con la boca abierta. Está atónita. No es en absoluto un desconocido. Se queda mirando el vídeo estupefacta, se ve a esa Daniela que se apoya en el lavabo mientras abre las piernas y lo atrae hacia sí, casi lo obliga a mantener esa relación sexual. Él se mueve deprisa y ella se agita, manteniéndolo sujeto con las piernas aferradas alrededor de su cintura. Casi parece el apareamiento de dos perros frenéticos y, con la misma velocidad con la que ha empezado, todo termina al cabo de pocos instantes. Daniela detiene el vídeo. No sabe qué decir. Se bebe toda la cerveza de un trago. El padre de su hijo es Sebastiano Valeri, un compañero de clase del instituto.

OCHENTA Y SIETE

Tras los magníficos días pasados en Monuriki, el domingo por la mañana partimos con un hidroavión que despega directamente desde el agua con gran estrépito. Un instante después estamos ya arriba, en el cielo, y miramos nuestra isla con su gran montaña central. Conseguimos ver nuestro bungaló con el sendero, el pequeño jardín, la cancela blanca y el jacuzzi para los mosquitos. El fuselaje es estrecho, yo voy sentado junto al piloto, y Gin está detrás de mí, con nuestras maletas al lado. A nuestro alrededor, solo mar durante casi una hora y el ruido ensordecedor de las hélices del hidroavión, que, en un momento dado, desciende en picado hacia el mar. Empujamos con los pies hacia abajo de manera espontánea, llevamos la cabeza hacia atrás preocupados por el impacto del amerizaje, pero cuando ya estamos a pocos metros, el piloto tira de una palanca, el aparato se empina hacia arriba y luego se posa sobre el agua planeando. Gin se asoma entre nosotros.

—¡Pensaba que íbamos a zambullirnos!

—Ya, es la única manera de aterrizar…

—Bonito modo.

A continuación nos acercamos con el hidroavión a un muelle y justo después nos llevan con una barca a la laguna de Aitutaki. Aquí el agua es de un azul increíble. A nuestro bungaló solo se llega a través de una pasarela y el suelo está hecho de un cristal grueso que permite ver directamente el fondo. Cuando entramos, como si quisiera darnos la bienvenida, pasa justo por debajo de nosotros una gran tortuga marina con su caparazón de vivos colores, verde y amarillo. Deshacemos enseguida las maletas, nos ponemos los bañadores y, bajando por la escalerilla del bungaló, en un instante estamos en el agua. El mar está perfecto, ligeramente menos caldeado que en las Fiyi, pero solo debe de

tratarse de un tema de corrientes.

Pasamos los días en completo relax. De vez en cuando miro el móvil, pero como todo el mundo sabe que estamos de luna de miel, nadie nos molesta. A la hora de comer vamos a unas cabañas en las que preparan pescado y marisco a la parrilla, comemos langostinos, langostas y cigalas. Por las tardes damos largos paseos por una playa de arena blanca y fina que poco a poco se va estrechando hasta perderse en el mar. Por la noche probamos los diversos restaurantes de la laguna, donde, de vez en cuando, hay alguna danza maorí. Nos pasamos el día en traje de baño. El aire siempre es cálido, pero tampoco demasiado, no es húmedo, y al atardecer a veces una ligera brisa hace ondear las pequeñas banderas situadas encima de cada una de las pocas habitaciones.

—¿Te gusta, cariño?

—Muchísimo. Tu madre nos ha hecho un regalo maravilloso.

—La quiero todavía más, y ahora me gustaría abrazarla como quizá nunca hice.

—Hazlo conmigo. Estoy segura de que lo sentirá.

Así que estrecho con fuerza a Gin y me emociono. Tengo lágrimas en los ojos, estoy feliz de haber hecho este viaje, y me pregunto si en alguna ocasión quise tanto a mi madre como la estoy queriendo ahora y si se lo demostré aquel día de alguna manera. Nuestra vida a veces está hecha de oportunidades perdidas de decir las palabras adecuadas. Luego Gin se separa de mí y me besa en los labios.

—Te quiero.

—Yo también. —Pero no digo nada más, solo—: Y ahora hagamos un poco el amor.

—Follemos, querrás decir…

—Eso también. —Y nos echamos a reír mientras volvemos al bungaló.

Cinco días después de nuestra llegada, nos marchamos en el hidroavión. Ahora estamos más tranquilos, ya nos hemos acostumbrado, volamos bajo alrededor de una hora y media, rozando el agua azul y cristalina. Se ven las rocas, los bancos de peces, incluso algún tiburón y unas rayas.

Cuando llegamos a Bora Bora, en el gran vestíbulo del *resort* nos reciben con música polinesia y dos preciosas indígenas nos ponen al cuello unas guirnaldas perfumadas con grandes flores blancas y fucsia. Aquí, una parte de nuestro bungaló también está sobre el agua, pero en una playa privada, solo para nosotros. Estamos frente al monte Otemanu, y nuestra habitación es muy

espaciosa. Desde donde nos encontramos no vemos a nadie. El suelo sigue siendo de cristal y luego hay un parquet claro con un barnizado brillante por el que caminamos despacio, especialmente al volver de la playa después de bañarnos, porque es muy fácil resbalar. Por la noche cenamos en el restaurante. Hay parejas más mayores y todo es todavía más exclusivo y elegante. Esta noche, Gin se ha puesto un vestido negro, está bronceada y lleva un collar de perlas blanquísimas. Nos sirven platos franceses, como es evidente, y un excelente champán; hay poca gente y esta vez ningún italiano.

—¿En qué estás pensando, cariño? —Gin me sonríe.

—En que mañana regresamos.

—Estos días han pasado volando.

—Sí.

—¿No te ha llamado nadie?

—No lo sé. A los pocos días apagué el móvil.

—¿No querías arriesgarte?

—No quería que me molestaran. No sucede a menudo que no necesiten nada. Aquí lo tenía todo.

—Parece una de esas frases perfectas que solo dicen en algunas películas. Habéis empezado a escribir la serie, ¿verdad?

—Sí, y la verdad es que he robado alguna que otra frase.

—Lo sospechaba.

Entonces nos traen las gambas al ajillo.

—Uy, ahora no voy a poder besarte.

—Pero si yo también voy a comer.

Y pedimos que nos traigan cerveza Hinano helada.

Inmediatamente después probamos el atún con leche de coco y jengibre y una deliciosa langosta a la *ahine*, con zumo de lima y hierbas polinesias. Más tarde, cojo un mango al horno y Gin unas hojas de plátano rellenas y, como siempre hacemos, nos intercambiamos la mitad. Luego volvemos a nuestro bungaló. Ya tenemos las maletas preparadas, solo hemos dejado fuera lo que necesitamos para el viaje de regreso.

—Después de lo que ocurrió con todo ese lío de mi madre, siempre pensé que nunca me casaría.

—No habrías visto estos sitios maravillosos.

—Quizá hubiera venido para rodar alguna escena de una serie.

—La habrías eliminado. Eres un productor en alza, no puedes gastar tanto.

—Es verdad.

Entonces Gin se toca la tripa.

—Creo que este lugar es el paraíso. ¿Me prometes que volveremos a venir con esta pequeña criatura que tengo aquí dentro?

—Te lo prometo.

—¿Y también con su hermanito o hermanita?

—¿Tan pronto?

—Está bien, no hablemos de ello ahora… Pero ¿harías algo por mí? ¿Puedes pensarlo, por favor?

Entro en el bungaló mientras me dice esas palabras y siento un nudo en el estómago. «¿Puedes pensarlo, por favor?». Son las mismas palabras que me puso Babi en su nota. Me vuelvo hacia Gin y le sonrío.

—Por supuesto, cariño. Lo pensaré.

OCHENTA Y OCHO

Babi abre la puerta sorprendida.

—Eh, ¿qué ocurre? ¿Cómo es que apareces por aquí a estas horas? ¿No estás en el trabajo?

—¡He pedido permiso!

—Y ¿no será que no te has acostado? Venga, entra. —Cierra la puerta a su espalda—. Mi hermana realmente ha cambiado… Siempre que podías, te levantabas a mediodía, ¿te acuerdas?

Daniela se queda callada. Babi se vuelve hacia ella.

—Uy, te veo mal. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor.

—¿Te has peleado con Filippo?

—He roto con él antes de venir.

—¿Cómo? Me parecíais tan monos juntos.

—Todos son más o menos monos de lejos, incluso por cómo fingen comportarse. Me tocaba los cojones.

—¡Eh! Eso no es propio de mi hermana. Menos mal que mamá no está.

—Anoche me agotó la paciencia porque no quise ir con él al estreno de *007*. Me lo propuso a las siete, y yo le dije que quería estar con Vasco, y hasta se hizo el ofendido.

Babi se ríe.

—Casi ha provocado la ruptura.

—Exacto.

Daniela se sienta en un taburete de la cocina y apoya los codos en la suave y gran mesa blanca perfectamente brillante. Babi mete una cápsula en la Nespresso.

—¿Lo quieres largo?

—Sí, con un poco de leche, si tienes.

—Solo tengo leche de soja.

—Mejor.

Daniela mira a su hermana, de espaldas, al tiempo que trastea con la cafetera; entonces se oye ponerse en marcha el motor.

—¿Sabes?, la verdad es que te quiero mucho y estoy feliz.

Babi se vuelve, divertida.

—Bueno, gracias, y ¿has pedido permiso en el trabajo y has venido hasta aquí para decirme eso?

—Tonta.

Babi le pasa el café mientras también prepara uno para ella. Daniela se levanta, coge el azúcar, dos cucharillas y unas servilletas.

—A veces no decimos las cosas que a los demás les gusta oír.

Babi se vuelve y le sonríe.

—Lo que me has dicho me ha gustado mucho.

—¿Lo ves? —Daniela se sienta otra vez, echa una cucharadita de azúcar en el café y empieza a agitarlo—. Cuando era pequeña te odiaba.

Babi se vuelve y se queda sorprendida. Coge su café y luego se sienta frente a ella.

—¿Por qué?, ¿en serio? Pues yo nunca me lo imaginé.

—No dejaba que se notara, pero sufría un montón. Me encerraba en mi cuarto y lloraba, a veces contra la pared, lo recuerdo. —Babi se queda callada escuchándola, afectada por su revelación—. Papá y mamá te preferían a ti, sobre todo mamá. Incluso si estaba yo delante, cuando se encontraba con alguien, decía: «Mira qué guapa está Babi, mira cómo ha crecido…». Y papá lo mismo. Papá jugaba al tenis contigo…

—Pero tú dijiste que no te gustaba jugar al tenis.

—Porque me daba miedo no llegar a ser nunca tan buena como tú, que también en eso saldría perdiendo…

—Pero, Daniela, no era una competición, nunca lo fue…

—Tú sabías tocar el piano como papá, sabías dibujar, sabías hacer muchas más cosas que yo. Tú eras más guapa, eras la hija perfecta, yo no.

—Eso no es verdad, es algo que te has imaginado. Te han querido siempre exactamente igual que a mí.

Daniela se encoge de hombros.

—Sabes que no es así. Mamá me hizo un cumplido solo una vez, cuando estuvimos en Nueva York, por cómo hablaba en inglés. Tú no entendiste una indicación que nos dieron y yo sí. Eran las doce y veinte del 16 de noviembre.

—¡Qué exagerada! Me tomas el pelo.

—No, es verdad. También miré la hora. Nunca se me ha olvidado.

Babi se queda en silencio, se toma su café, comprende que lo que su hermana le está diciendo es cierto, que es lo que en realidad sentía, y ahora, después de sus palabras, al pensar en algunos momentos de su vida, sobre todo de cuando eran pequeñas, se da cuenta de que Daniela tiene razón.

—Me sentí muy sola a veces. Incluso pensé en quitarme la vida, ¿sabes? —Babi no sabe qué decir. Daniela se encoge de hombros—. Te lo juro, me imaginé hasta cómo hacerlo y qué carta escribir. Quería que se sintieran culpables y hacerte sentir culpable a ti también.

A Babi le gustaría decir: «Pero si yo no tenía nada que ver…», pero ve que pronunciar esas palabras ahora sería un error. A veces, ante momentos de desahogo como estos, de confidencias de dolores pasados, de graves secretos, hay que dejar a un lado la racionalidad, lo que es justo y lo que no, o quién tiene razón. Solo pueden intervenir el corazón y el amor.

—Perdóname, Daniela, podría haberme dado cuenta y hacer que te sintieras tan guapa como eres y como siempre has sido.

Su hermana sonríe, a continuación, ladea un poco la cabeza y mira la taza vacía.

—¿Puedo tomarme otro? No he dormido.

Babi se levanta y enseguida se dispone a prepararlo. Mientras está con la cafetera, se vuelve y le sonríe a su hermana, intentando reconducir la situación a la normalidad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no has pegado ojo? Ya sé, te disgustaste por no haber ido a ver *007*…

—Qué va… No, no sé si sentirme disgustada o feliz. Ya no sé nada. Sé que estoy contenta al fin por haber conseguido superar ese odio y quererte, a pesar de todo lo que me hicieron pasar de pequeña mamá y papá. Nunca te he considerado culpable. Es más, siempre te he considerado a ti como mi familia, tú, mi hermana mayor. No se equivocaban al decirle a la gente todas esas cosas buenas de ti, eran ciertas. Tú eras mejor que yo. Todavía eres mejor que yo.

Entonces mira a su alrededor.

—Te has casado, tienes una casa preciosa, haces un trabajo que te gusta y

eres libre cuando quieres. Eres como querías ser.

—Yo soy lo que mamá quería que fuera. No soy feliz. Ten, toma el café. Creo que durante toda la vida perseguimos una imagen y, cuando la alcanzamos, nos damos cuenta de que no nos pertenece. La otra noche vi una película de Channing Tatum, *Todos los días de mi vida*.

—Ah, yo también la he visto, pero hace un montón de tiempo, es preciosa. No me acuerdo muy bien. Y ¿ella quién era?

—Es bastante conocida, no me acuerdo del nombre, pero lo hacía muy bien.

—Sí…

—Pues eso, lo más bonito de la película es que está basada en una historia real. Paige, después de golpearse la cabeza, se olvida de Leo, de su amor por él, incluso se olvida de que están casados.

Y entonces vuelve a ser la de antes, enamorada de otro chico, un estúpido burgués conservador con el que había estado cinco años atrás. Pero Leo espera a que vaya cambiando. Leo sabe que Paige no era feliz con aquella vida. Un día, Paige se encuentra a Jennifer, una compañera de clase, pero ella no la saluda, se siente incómoda, y Paige no entiende por qué. Jennifer no sabe que ella ha tenido un accidente y que no se acuerda de nada. En realidad, Jennifer había mantenido una aventura con su padre y, cuando se disculpa con Paige por lo sucedido, ella va a ver a su madre como una furia y le pregunta por qué no dejó a su padre cuando se enteró de que la engañaba con la mejor amiga de su hija. Su madre contesta: «En realidad, lo pensé mucho. Papá hizo muchas cosas buenas por nosotras, no puedo dejarlo y destruir la familia por la única cosa en que se equivocó».

—Es cierto, ahora lo recuerdo. Precioso, me emocioné, me gustó que el marido «olvidado» no le diga nada a Paige, que sufra en silencio y espere a que ella recuerde, que vuelva a hacer ese cambio que ya había hecho. Eso es amor verdadero.

—Sí. Pues bien, cuando vi la película comprendí que yo me parezco mucho a ella, pero no he sido tan valiente.

Daniela se termina el segundo café. Babi agarra una botella de agua de la nevera y un vaso y lo pone a su lado. Daniela bebe un poco de agua y, cuando deja el vaso, Babi lo coge y se termina la que ha quedado. Daniela entonces coge una servilleta de papel y se seca la boca.

—Oh. Me siento mejor. Me he despertado.

—Bien, me alegro.

—De todos modos, no he venido para hablarte de los males de la joven Daniela Gervasi.

Babi se ríe.

—Venga, vamos al salón.

Llegan al sofá y se dejan caer una frente a otra.

—Anoche fui con Giuli Parini al Testaccio. Entré en casa de un tal Ivano Cori con un largo cuchillo de sierra metido en el pantalón e hice que me entregara un material.

—¿Qué? ¿Estás bromeando? —pregunta Babi acomodándose mejor en el sofá—. Dime que es una broma.

—No.

—Y ¿lo matasteis?

—¡No! Pero ¿qué dices?

—¡Lo que digo! ¡Vas a casa de alguien con un cuchillo acompañada de esa loca…! Hoy se oyen tantas cosas…, ¿por qué no podría pasarte a ti que hubieras perdido la cabeza?

—Ese tío está vivito y coleando.

—Y ¿por qué fuisteis allí?

—Porque ahora sé quién es el padre de mi hijo.

—¿Cómo? ¿Estás bromeando? Pero ¿cómo es posible?

—Fue por algo absurdo, pero es verdad. Todo empezó con una putada que le hizo Andrea Palombi a Giuli… —Y Daniela le cuenta con pelos y señales todo el increíble episodio y cómo, después de todos esos años, algo que ella pensaba que era imposible que pudiera ocurrir había sucedido.

—O sea, ¿no lo entiendes? No hay ninguna duda. He visto la grabación de esa noche, salgo yo yéndome con un tío. Fue mi primera vez, ¿te das cuenta? ¡Y luego me preguntas por qué no he dormido!

—Es verdad, nada de *007*, esto es más de *Misión imposible*. En serio, nunca pensé que pudieras descubrir lo que pasó. —Entonces se queda unos segundos en silencio—. ¿Cómo fue lo de verte allí?

—Terrible. No era yo, no podía creer lo que veían mis ojos. Lo he hecho otras veces, sí, pero no de ese modo, estaba como poseída.

—¡Ah, eso sin duda!

—¡Idiota!

—Ya vale, ¿se puede saber o no el nombre de ese misterioso papá aparecido después de todos estos años? Ningún episodio de «El secreto de Puente Viejo»

ha sido jamás tan apasionante.

—Pues sí. ¿Estás preparada? ¿Estás sentada en el sofá? No sea que lo vuelques.

—¡No me digas!

—Vale. Pues es…

—Espera, espera, déjame saborear el descubrimiento. A ver si lo adivino.

—Está bien.

—¿Lo conozco?

—Sí.

—¿En serio?

—En serio.

—Pero ¿lo conozco bien?

—Bien.

—¿Bien, bien, bien?

—¿Qué quiere decir «Bien, bien, bien»? Tres veces bien solo has conocido a Step y al hombre con el que te casaste, ¿o me he perdido algo?

Babi se ríe.

—Un poco bien también conocí a Alfredo, pero solo un poco.

—De acuerdo. Lo conoces bastante bien. Iba a nuestra escuela.

—¡No!

—Sí.

—¿Es guapo?

—No, horrible.

—¿En serio?

—Sí.

—Y ¿por qué te liaste con él?

—¡Y yo qué sé, estaba colgada! ¡A lo mejor me lo dice después!

—¿Vas a verlo hoy?

—Sí.

—¡Dime quién es!

—Sebastiano Valeri.

—¿Qué? Pero ¿cómo pudo pasar?

—Mira, yo no me acuerdo de nada de aquella noche, ¿y tú me preguntas cómo pudo pasar? Te pareces a esos que cuando pierdes algo te dicen: «¿Cómo lo has hecho? ¿Dónde lo has perdido?».

Perdona, pero si supiera dónde lo he perdido, lo encontraría, ¡¿no?! Me

parecen odiosos. ¡Todavía me irritan más que el hecho de haber perdido algo! Pero ¿tú te acuerdas bien de Sebastiano Valeri?

—¡Pues claro que me acuerdo de él! ¡Estoy atónita, todo el mundo pensaba que era retrasado, tenía esa voz ridícula…, siempre se reía, parecía que nunca entendía nada y, en cambio, luego sacaba muy buenas notas en el colegio!

—Exacto, pues ese es el padre de mi hijo.

—Tiene un imperio inmobiliario, se hicieron riquísimos haciendo unos muebles de madera horribles y no se sabe cómo los venden en todo el mundo.

—Sí, lo sé, siempre venía al colegio con el chófer en un Jaguar negro y nunca nadie volvía con él. Y ¿a ti qué te parece? Cuando lo vea, ¿se lo digo?

—Pues claro, si no, ¿para qué vas a ir a verlo? ¿No será que de golpe te has acordado de todo y que muy en el fondo te gustaba y por eso has quedado con él?

—Idiota, o sea, yo vengo aquí a confiarme contigo y tú te ríes de mí. Bueno, en fin, por suerte, Vasco se parece a mí, ha salido guapo…

—Pues diría que en el fondo Sebastiano no era feo.

—¡Sí, pero muy en el fondo! Es como cuando dices: ese es guapo por dentro, ¡lástima que no se le pueda dar la vuelta! No me digas que ahora te parece guapo solo porque es millonario. Me da por pensar que te has contagiado del germen del dinero de nuestra degenerada madre. ¡A ella, cuando le hablas de amor, en vez del corazón se le oye latir la caja registradora!

Babi se echa a reír.

—No, no me importa nada su fortuna. Recuerdo que en el colegio me caía simpático, pero no lo conocí bien. ¿Cuánto falta para que os veáis?

—Media hora.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias. Solo tenía ganas de hablar contigo; ya te lo he dicho: eres mi familia.

Daniela se levanta del sofá.

—Bueno, me voy.

Babi la acompaña a la puerta.

—Eh, por favor, ponme al corriente de lo que te dice.

—Claro.

—Y no hagas cositas con él en ningún baño, no es serio.

—Sí, hermanita idiota.

Se ríen y, a continuación, se abrazan con fuerza.

OCHENTA Y NUEVE

—Cada vez que regresaba de un viaje, Roma me parecía distinta.

Dejo la maleta delante de la puerta y busco las llaves.

—Bueno, pero me estás hablando de cuando eras pequeño y te pasabas tres meses de veraneo.

Gin lleva solo una mochila pequeña a la espalda y una riñonera con las cosas más importantes alrededor de la cintura.

—Sí, es cierto.

Encuentro las llaves, abro la puerta y me viene Anzio a la memoria, pasando mi adolescencia en aquella larga playa entre la Rotonda y los pequeños diques, el primer pulpo que pesqué de noche con una red, acompañado de mi abuelo Vincenzo, y que cocinamos enseguida en la casa que alquilábamos a pocos metros de la playa. Y mamá y papá tumbados al atardecer en las hamacas, contemplando la puesta de sol y viendo pasar todas esas golondrinas, y se oían las voces de la gente que estaba en el puesto de granizados cercano, pidiendo bebidas de tamarindo y de guindas. Cuando terminaba de cenar, salía con Paolo y recorría a pie la corta calle de enfrente, dando un paseo hasta las rocas del tercer espigón, y me quedaba mirando el fondo desde arriba. Si había luna, intentaba descubrir algún pez o el escondite de los pulpos. Si había alguien pescando, me acercaba y echaba un vistazo al cubo que tenía a los pies para ver qué había cogido hasta entonces. Permanecía en silencio, a su lado, mirando cómo el corcho flotaba no muy lejos en el mar, en la oscuridad de la noche, a la espera de que algún pez lo pellizcara y se lo llevara hacia abajo en una repentina inmersión tras morder el anzuelo. No tenía preocupaciones y mis padres estaban alegres y felices y nunca se peleaban, y a veces cantábamos todos juntos. Durante la infancia eres felizmente ciego, no ves más que las cosas bonitas, y si

hay algo que desentona, ni siquiera te das cuenta, porque no conoces otra cosa más que la música de tu corazón. Y yo, ¿qué vida le daré a mi hijo? ¿Tendré otro?

Llevo el equipaje adentro, lo dejo sobre la banqueta que tenemos en el dormitorio, e inmediatamente después me viene a la cabeza. Yo ya tengo otro hijo. Y un instante más tarde me acuerdo de otra cosa.

—Gin, voy abajo a recoger el correo.

—Sí, mientras tanto iré deshaciendo las maletas.

Entonces se para delante del espejo y se pone de perfil.

—Empieza a notarse un poco la tripita. —Y lo dice sonriendo, feliz, con la cara un poco cansada, me imagino que del viaje.

—Sí, pero sigues siendo preciosa.

Gin se vuelve y me mira con muy mala cara.

—¿Qué pasa?

—Que, si eres tan bueno contando mentiras, significa que te entrenas y que me mientes muchísimo.

—Qué desconfiada. Nos vemos ahora, y no voy a hacer como esos que dicen que bajan a comprar cigarrillos y desaparecen…

—Sí, porque no fumas.

—Oh, madre mía, no hay tregua. «Haced el amor, no la guerra», decía un famoso eslogan pintado en las paredes de la Universidad de Nanterre. ¿Sabes que la escribió un estudiante?

—¡Se ve que no ligaba!

—Bueno, voy a buscar el correo.

A continuación, cierro la puerta y salgo. Al cabo de un momento estoy delante del buzón. Lo abro.

Hay un montón de correo llegado durante estos veintiún días que hemos estado fuera. Lo cojo, cierro el buzón y empiezo a mirarlo mientras subo. Hay varias cartas con facturas que pagar, alguna publicidad, una invitación para la semana próxima con motivo del inicio de un nuevo programa de Fox, algunos sobres para Gin, pero nada «raro» que me incumba. Mejor así. Ignoro lo que sabe Babi, cómo está viviendo todo lo que ha pasado, si todavía piensa en ello, si solo se trató del entretenimiento de una noche, si las palabras que dijo eran verdad. Eran tan bonitas. Me paro en el rellano y cierro los ojos. Vuelvo a verla con el pelo revuelto que de vez en cuando le oculta el rostro, con su sonrisa, con sus lágrimas, encima de mí, hablándome, explicándose, abriéndose como nunca

lo había hecho, haciéndome saber sus dificultades, sus límites y sus defectos, haciéndose apreciar más, haciéndose amar más. Pero es demasiado tarde, Babi. Algunas cosas tienen magia porque se han producido en cierto lugar y en cierto momento.

Entonces abro la puerta de casa.

—Ya he vuelto.

La cierro de nuevo, mientras intento dejar fuera todos esos pensamientos.

NOVENTA

Dejo la correspondencia sobre la mesa del salón.

—¡Hay una carta para ti!

—Sí, hombre, solo me faltaba que, para pedirme perdón por no sé qué que hayas hecho, Maria de Filippi me invitara a su programa. Que sepas que, a pesar de que es buenísima, nunca conseguirá hacerme cambiar de idea.

—¿Otra vez? Pero ¿por qué? ¡No he hecho nada y ya soy culpable! Y no solo eso, encima, sin posibilidad de que me perdones. Vamos bien.

—Exacto, ahora ya lo sabes; actúa en consecuencia.

Gin coge el correo que ha recibido y lo ojea. Abre un sobre.

—Mira, descuentos del veinte por ciento en la Rinascente. Pero tienen mi número, ¿por qué gastan tanto papel en vez de enviar un email o un SMS? ¡Pobres árboles! ¡Te lo juro, cada vez que abro un sobre que podrían haberse ahorrado, me siento culpable por ellos! —Gin y su amor por el mundo. Luego abre otro—. ¡No me lo puedo creer…! Me han contestado del bufete Merlini: ¡me han cogido!

—Qué bien.

—Sí, pero precisamente ahora, que espero un hijo. Por lo general primero entras y luego te quedas embarazada; en cambio yo, para dejarlo claro, de entrada hago lo contrario.

Gin y su sentido del deber, su ética.

—Antes te he visto bien, no se nota nada.

—¿Quieres parar de hacer el liante? ¿Qué le vas a enseñar a este que está de camino? —Se toca la tripa—. ¿A no ser honesto? ¿A mentir? Y ¿puede que encima empiece haciéndolo justo contigo?

¿No crees que es mucho más bonito y menos cansado que seamos claros,

directos, sinceros? ¡No me atrevo a imaginarme a esos que dicen mentiras continuamente y, sobre todo, que tienen que acordarse de lo que han dicho, que es lo más difícil de todo! De una verdad te acuerdas a la perfección, porque ha sucedido; de una mentira no, porque te la has inventado a partir de nada.

—Madre mía, me recuerdas a Renzi. Solo espero no confundirme.

—¿En qué sentido?

—¡No me gustaría entregarte a ti los proyectos que me interesan y que, cuando tenga ganas, lo bese a él!

—Idiota.

—Nos vemos esta noche. Intenta no dormir, así nos recuperaremos enseguida del cambio de horario.

—Lo intentaré.

Nos damos un beso rápido.

—Si necesitas algo, llámame. Estaré en la oficina o, como mucho, por allí cerca.

—De acuerdo, cariño, que tengas un buen día.

NOVENTA Y UNO

Daniela sigue las indicaciones que le ha dado Sebastiano y principalmente las que le señala Google Maps. Continúa conduciendo por la cuesta, rebasa el giardino degli Aranci hasta llegar a la via di Santa Sabina, número 131. Baja del coche y lo cierra. Frente a ella, una gran verja blanca con tan solo un pequeño interfono a un lado en el que se lee «S. V.». Daniela se queda mirando la verja como si fuera el último filtro antes de que todo suceda. Le vienen a la memoria varias películas en las que salen chicos que quieren que su padre los reconozca. *Smoke*, por ejemplo. En esa película, un chico de color siempre estaba sentado en el muro de un taller de coches y miraba al hombre que trabajaba allí, lo seguía incluso durante toda una jornada, hasta que el hombre empieza a hablar con él. Daniela no se acuerda de mucho más de aquella película, pero le impresionó la tenacidad y la perseverancia de ese joven que quería que el hombre lo reconociera. Le gustó, la vio por televisión e incluso lloró.

Hoy seguro que no se emocionará tanto. Decide llamar. Pulsa el timbre y poco después se oye que alguien descuelga.

—¿Quién es?

—Soy Daniela Gervasi, había quedado… —Pero no tiene tiempo de acabar la frase cuando le abren la pequeña puerta encajada en la misma verja.

Ella la empuja, franquea la parte baja y la cierra a su espalda. Ante ella, un gran jardín con un césped muy cuidado, varias plantas de colores en las esquinas, algún olivo, algunas magnolias, incluso un plátano al fondo. Daniela camina hacia la casa, que es de dos plantas, muy clara, moderna, con grandes cristaleras y algunas terrazas. Tiene un porche cubierto con una puerta de hierro central.

Un poco más allá hay un cenador donde una mujer con uniforme está

quitando la mesa. Daniela sigue andando. Solo piensa en una cosa: «Es una casa preciosa, a ver si va a haber perros sueltos y me van a atacar». Justo en ese momento la puerta principal se abre y sale Sebastiano Valeri.

—¡Dani, qué alegría verte!

Lleva unos vaqueros oscuros, una camisa blanca perfectamente planchada, unos mocasines y un cinturón Montblanc muy bonito. Está muy elegante, lleva el pelo más corto comparado con la última vez que lo vio. Pero ¿cuándo fue la última vez que lo vio? ¡Pues claro, en el vídeo! Entonces se ruboriza justo mientras él va a su encuentro. Sebastiano se balancea un poco, su manera de caminar desentona con su elegancia, pero sonríe, está alegre y, sobre todo, de verdad parece contento de verla.

—¡Dani, cuánto tiempo!

Y la estrecha con fuerza y luego cierra los ojos y sonríe y sacude un poco la cabeza y asiente sin dejar de abrazarla. Es como si se estuviera contando algo a sí mismo, como si ya hubiera vivido ese momento. A continuación, se separa y se queda contemplándola, con una mirada alegre, los ojos un poco entornados.

—Venga, entremos. ¿Y bien? ¿Qué puedo ofrecerte que te apetezca? ¿Un café, una Coca-Cola?…

¿Quieres comer algo? —Entonces es como si tuviera una iluminación—. ¡Un helado! ¿Quieres un helado? Lo he comprado en Giovanni, en el viale Parioli.

«Pero ¿todavía existe Giovanni? —piensa Daniela—. ¿Cuánto hace que no voy? Ni se sabe, muchísimo tiempo. Cuando íbamos al colegio nos pasábamos allí tardes enteras, incluso alguna vez él también estaba». Sebastiano se mete entre sus pensamientos, parece que se los lea.

—Una vez te invité a un helado en Giovanni.

—¿En serio?

—Sí. Hoy te he cogido sabayón, *giuanduia*, chocolate blanco y negro y crocanti… —La última frase le recuerda algo a Daniela, y Sebastiano, antes de que ella haga el esfuerzo, la ayuda—: Son tus sabores favoritos. También tengo una cosa que os volvía locas a ti y a tu amiga Giuli. Siempre os oía comentarlo: avellanas a trocitos.

«Es verdad —piensa Daniela—, no parábamos de repetirlo, nos lo dijo el heladero en una ocasión: “¿Cómo queréis las avellanas?, ¿a trocitos?”. Así pues, ¿hoy Sebastiano ha ido a buscar el helado allí porque sabe que me gustaba? Qué amable». Entonces le sonríe.

—Ven, vamos por aquí —dice él a continuación, y la precede al interior de la

gran casa.

El salón es moderno, con unos sofás oscuros, un gran televisor, un piano y algunos bonitos cuadros en las paredes. Daniela reconoce un Schifano, luego, en el centro del salón, en una posición destacada, hay un extraño dibujo muy grande con un pájaro volando y mucha gente encima. Está hecho en tonos marrones y anaranjados.

—Es de Moebius. Fue un grandísimo ilustrador; fui a París para adquirirlo en una subasta. Es bonito, ¿verdad?

—Sí. —No puede añadir nada, no sabe qué más decir. Nunca ha oído hablar de él.

—¿Te apetece que nos quedemos en el jardín de invierno? Es el lugar que más me gusta.

—Sí, claro.

Al pasar, se cruzan con un sirviente.

—Martin, ¿nos traes el helado que he comprado? Está en el congelador, y también un poco de agua y un café. —Entonces lo piensa un momento y se dirige a Daniela—: ¿Te apetece un café?

—Sí.

—Pues dos cafés. Estaremos en el rincón de pensar.

Martin sonríe.

—Sí, *sir*.

Luego llegan a la última esquina del salón, que se transforma en una galería bien aireada, con una temperatura perfecta. A través de los cristales se ven matas de flores y hasta una piscina. Hay grandes sofás con almohadones azules y anaranjados, mientras que todo el interior es blanco.

—Sentémonos aquí. —Sebastiano se saca el móvil del bolsillo y lo deja sobre la mesita de centro, justo delante de ellos—. Disculpa, es que estoy esperando una llamada de trabajo.

—Sí, no te preocupes. Pero ¿tú vives aquí con tu familia?

Sebastiano sonríe.

—Sí, vivo aquí con mi familia balinesa, ya los has visto: Martin e Idan. Son marido y mujer. Mis padres y mi hermana pequeña, Valentina, viven en la casa familiar más arriba, en San Saba.

—Ah.

Daniela no se atreve a imaginar cómo de grande que puede ser la otra casa.

—¿Y bien? ¿Cómo estás? Qué contento estoy de que hayas venido a verme.

Has crecido, eres más mujer, sí. Bueno, también es natural, han pasado un montón de años…

—También he sido mamá.

—¡En serio! ¡Es estupendo! Y ¿es un niño o una niña?

—Un niño.

—Y ¿qué nombre le has puesto?

—Vasco.

—Me gusta el nombre de Vasco, muchísimo. Y, además, lo han llevado muchos hombres importantes. Vasco Pratolini, del neorrealismo; en la escuela nos hicieron leer *Metello*. También Vasco de Gama, gran navegante, y luego Vasco Rossi, *Voglio una vita spericolata*[49], es decir, un manifiesto para los chicos de los años ochenta. Muy bien, buena elección, la respaldo por completo.

Daniela lo mira atónita. No sabe si creerlo o no, casi parece que le esté tomando el pelo. ¿Le gusta el nombre? «¿Ni siquiera sabía que me había quedado embarazada y que había tenido un bebé?

¿Acaso nunca ha sido como creíamos y ha sido siempre un hábil actor?». Justo en ese momento aparece Martin con todo lo que Sebastiano le había pedido. Deja la gran bandeja sobre la mesa de centro delante de ellos y abre la caja que contiene el helado dispuesto a servirlo, pero Sebastiano lo despide.

—Puedes irte, gracias, ya nos ocupamos nosotros.

—Muy bien, *sir*.

—¿Tú de qué sabor lo quieres? Además, claro, están las avellanas a trocitos.

—De sabayón, chocolate blanco y… ¿eso qué es?

—*Stracciatella.*

—Y *stracciatella*, gracias.

Sebastiano lo prepara, a continuación, se lo da junto con una servilleta.

—Tómate el café, si no, se enfría. ¿Quieres un poco de chocolate blanco? Podría quedar bueno, como una especie de *marocchino*.

—Sí, exacto, ¿por qué no?

Entonces se quedan un rato en silencio, saboreando el excelente helado de Giovanni de Parioli.

Después el café y, al final, un poco de agua. Hay cierta incomodidad, sobre todo por parte de Daniela, porque dentro de poco no podrá esperar más, deberá encarar el tema. Aun así, decide tomarse algo más de tiempo.

—¿Has visto a alguno de nuestros compañeros del colegio?

—Quedo de vez en cuando con Bertolini y Gradi.

—¿En serio?

—Sí, trabajamos con aplicaciones, hemos creado varias, algunas están funcionando muy bien. Incluso logré convencer a mi padre de que hiciera una web de su empresa. Oh, qué testarudo. Pero al final gané yo y le dije: «¡Si el año que viene facturas menos, lo pondré yo de mi bolsillo, pero si, gracias a mi aplicación, el sitio y todo lo que hemos puesto en internet, vas mejor, entonces me darás la mitad de lo que ganes de más!». Como él está obsesionado con el dinero y pensaba que si salía perdiendo se lo compensaría yo, aceptó enseguida el acuerdo. ¡Pero acabó facturando el doble! ¡Sí, casi casi el cuadro de Moebius me lo han regalado las aplicaciones! —Y se echa a reír.

Por primera vez, a Daniela le parece un chico alegre, optimista, y también muy simpático e inteligente. Tal vez haya hecho bien en ir allí, se le ocurre pensar, pero entonces se echa a reír por lo que piensa y poco después se pone seria. «Bueno, ha llegado el momento».

—Oye, Sebi…

—Siempre me llamabas así en el colegio. Hoy, cuando me has dicho por teléfono: «Hola, Sebastiano», se me ha hecho raro. He pensado que la tenías tomada conmigo, que me estabas llamando para echarme la bronca por algo…

Y Daniela, de repente, ve a ese chico tan rico, tan inteligente, tan organizado, pero al mismo tiempo tan increíblemente frágil.

—No, no tengo nada que reprocharte. Bueno, he venido para hablarte de una cosa importante, pero también buena. Ahora te lo cuento, luego tú decides qué hacer.

Sebastiano asiente diciendo solo «Vale».

—¿Te acuerdas de la fiesta en Castel di Guido, ese sitio que está a la derecha, poco antes de Fregene, donde había una gran casa de campo en ruinas?

—Sí, claro, conozco esa zona. Alguna vez he ido con Bertoni a ver las competiciones que hacen allí. Hacen carreras con coches trucados. La carretera se ensancha y pasan como una bala, es increíble. En una ocasión…

Daniela lo interrumpe:

—Pero ¿te acuerdas de esa fiesta en la casa en ruinas? ¿Te acuerdas bien? ¿Te acuerdas de que yo también estaba?

Sebastiano se queda un momento callado. Baja la cabeza. Luego vuelve a levantarla. Se quita las gafas, se frota los ojos, vuelve a ponérselas.

—¿Era eso lo que querías decirme?… Sí, claro que me acuerdo. Había

muchísima gente. Fue una bonita fiesta. Y nosotros… —Entonces la mira, no sabe cómo decírselo, la verdad es que no sabe qué decir. Daniela trata de hacerlo sentir cómodo, esboza una pequeña sonrisa, de modo que Sebastiano prosigue—: Estuvimos juntos. Sí, lo recuerdo, nunca lo he olvidado. Pero pensaba que tú no querías hablar de ello…

—¿Por qué?

—Al lunes siguiente nos vimos en el colegio y no dijiste nada, casi ni me saludaste. Después intenté hablar contigo, pero para ti era como si yo no existiera. Era como si tú…, no sé, te hubieras arrepentido. Hacías como si no hubiera pasado nada…

—Y, en cambio, ¿cómo fueron las cosas?, cuéntame.

—Bueno, aquella noche, tú, de repente, te acercaste a mí y me dijiste: «Vamos allí, quiero hacer el amor». Nunca lo olvidaré.

—¿Eso te dije?

Sebastiano sonríe, a continuación, se siente incómodo.

—La verdad es que me dijiste: «Vamos allí, que quiero follar». Pero, en resumen, creo que el sentido era el mismo. —Sebastiano no sabe qué más añadir; juguetea con las manos, las cruza, todas sus carencias emocionales salen a la luz. A continuación, encuentra una solución para salir del apuro—: ¿Te apetece un poco más de helado?

Daniela sonríe.

—Sí, gracias: sabayón y avellanas a trocitos.

—¡Eso está hecho!

Sebastiano coge la cuchara de dentro de un recipiente con agua y la hunde en la tarrina, donde el helado se ha deshecho un poco. Daniela lo mira, le provoca ternura.

—Aquella noche me había tomado una pastilla, estaba pasada de vueltas. Fuiste el primero que encontré y, sin duda, fue la droga la que me hizo sentir así, con esas ganas. Normalmente no me comporto de ese modo.

Sebastiano le da una copa con el helado.

—Pero yo no lo sabía, no podía saberlo. Si no, no lo habría hecho. Imaginé que te habías dado cuenta de que me gustabas y que querías estar conmigo por eso. Cuando me lo dijiste, no podía creerlo, pensaba que se trataba de una broma. Quería preguntarte si lo había entendido bien, pero me daba miedo que cambiaras de idea, así que me callé y me llevaste de la mano hasta el baño.

Daniela no puede creer que se portara así; un poco más y es ella quien lo

viola. Aunque Sebastiano no se da cuenta y sigue hablando:

—Aquella noche, cuando regresé a casa, te escribí un poema, pero nunca he podido leértelo.

—Si no lo has perdido, me gustaría oírlo.

Sebastiano apoya el peso en la pierna derecha, mete la mano en el bolsillo de atrás y saca un papelito doblado.

—Lo tenía en el cajón de mi escritorio, no creía que un día pudiera leértelo… «No existen números, invenciones o nuevos descubrimientos para explicarle al mundo lo bonita que eres. Hasta la escuela se ha convertido en el lugar más interesante para mí, y ¿sabes por qué? Porque estás tú. La belleza de la pasada noche me ha cautivado, al igual que sucede cada día cuando me sonríes. Te quiero, Daniela Gervasi». —Cuando termina de leer, Sebastiano está un poco incómodo. Vuelve a doblar el papel, está a punto de metérselo en el bolsillo, pero entonces decide dárselo—. Perdona, pero al día siguiente era muy feliz, tal vez me pasé.

Daniela se conmueve, se le empañan los ojos, nunca nadie le ha dedicado unas palabras como esas.

—Es precioso. Al igual que fue precioso lo que pasó aquella noche.

Sebastiano se queda sorprendido, no puede creer lo que oye. Ella le sonríe.

—Con nosotros empezó su vida un niño. Espero que de verdad te guste el nombre de Vasco, no sabía que eras tú, no recordaba nada de aquella noche, si no, te lo habría dicho antes. —A continuación Daniela le aprieta la mano—. No tienes que preocuparte, es algo que solo sabemos nosotros dos y no me debes nada, pero me parecía justo que supieras que tienes un hijo. Si no quieres, tu vida no cambiará.

Sebastiano mira la mano de Daniela apretando la suya. Entonces le sonríe, exactamente igual que cuando la ha visto en la verja, con la misma sincera felicidad.

—Es demasiado tarde, Daniela. Mi vida ya ha cambiado: soy el hombre más feliz del mundo.

Y la abraza.

NOVENTA Y DOS

Cuando llego a la oficina, las chicas vienen a mi encuentro.

—¡Bienvenido, jefe! ¡Qué bronceado está!

Parecen francamente contentas de verme, o tal vez sean unas excelentes actrices a las que habría que contratar de inmediato para nuestra primera serie.

—Bien, bien, todo bien, gracias. Os he traído un recuerdo. —Saco unos paquetes que les entrego a las tres, a Alice, a Silvia y a Benedetta, la última incorporación de Renzi a nuestra empresa—. Los he cogido todos iguales, así ninguna pensará que es la preferida o que no ha recibido la atención adecuada. Solo varía el color. Ya decidiréis si os los cambiáis o no.

Los abren divertidas y curiosas, casi compitiendo por ver quién termina antes. Alice consigue desenvolverlo y lo mira alegre, apretándolo en su mano, como si todavía pudiera escapar.

—¡Un pez!

—¡El mío también! ¡Pero es más bonito!

—Tiene un pequeño aro de oro, puede llevarse al cuello o hacerse un broche. Los han tallado utilizando las famosas conchas de la buena suerte. Seremos todos más afortunados.

—Bien.

—¡Gracias!

—Qué mono…

Y vuelven a sus puestos de trabajo. También llega Renzi.

—¡Bienvenido! ¿Qué tal ha ido?

—Muy bien.

—¿Lograsteis encajar todos los vuelos, todas las salidas y las conexiones?

—Quitando los primeros días, en que Gin estaba hundida físicamente, luego

todo ha ido como la seda; volvería a marcharme ahora mismo.

—No, no, ahora haces falta aquí. ¿Has visto que no te he molestado en ningún momento? Solo te envié esos emails porque teníamos que aceptar algunas peticiones para el mercado español.

—Sí, ya lo vi, gracias, y te contesté enseguida, ¿no?

—Sí, así es.

—Y ¿cómo ha ido?

—Muy bien, han cogido tres programas y una opción para la serie. A mi parecer, quieren ver cómo funciona aquí, en Italia, para luego quedársela. Hay que tener en cuenta que somos una empresa del todo nueva en el mercado.

—Tienes razón, toma, esto es para ti.

Renzi se queda sorprendido mientras coge su paquete.

—¿Para mí?

—Claro, para ti también, es justo el mismo recuerdo que les he traído a los demás.

Lo desenvuelve y también él encuentra un pez.

—Pero es el único de color rojo. ¿Sabes que es uno de los ocho símbolos sagrados de Buda?

Representa la fertilidad, la abundancia y la armonía con el flujo de la vida. Para los antiguos griegos, el pez rojo también traía suerte en el matrimonio y las relaciones.

Renzi lo encierra en la mano.

—Entonces no lo soltaré. Venga, vamos a movernos, que han hecho cambios en la escaleta del programa; iremos a verlos al Teatro delle Vittorie.

—¿Cambios por qué?

—Porque está yendo muy bien, pero en algunos momentos de la gráfica el programa de Medinews Cinque le pasa por encima. Y parece que ha surgido una idea que podría ser estupenda para aventajarlos. ¿A que no adivinas a quién se le ha ocurrido?

—No lo sé.

—A Simone. El genio enamorado.

—¿En serio? Bien. Y ¿qué tal se lleva con los otros guionistas?

—Muy bien, ha hecho migas con todos, también se lleva muy bien con Vittorio Mariani y es el guionista preferido de Fulvio.

—Me alegro. Y ¿ha mantenido la promesa de no ver más a Segnato?

—Parece ser que sí. Pero sobre eso no pondría la mano en el fuego.

—Esperemos que así sea. Y, cambiando de tema, ¿qué me dices de Dania Valenti?

Renzi siente una especie de punzada en el corazón, se le acelera el pulso e intenta dominar el rubor que le sube por las mejillas, cosa que consigue.

—¿A qué te refieres? ¿Qué quieres que te diga?

—Si tú no lo sabes… Solo me acuerdo de que, cuando me marché, tenías que volver a la oficina para encontrarte con ella. ¿Qué clase de chica es?

Renzi querría contarle todo lo que pasó y sigue pasando, que Dania es una chica divertida, sensual, imprevisible, y que él ha cometido un error que muy a menudo había criticado en los demás.

—¿Que cómo es? Especial… De todos modos, la conocerás dentro de un rato, trabaja en el programa.

NOVENTA Y TRES

—También podríamos haber ido en mi coche. Martin conduce y nos habría acompañado, con nosotros sentados detrás. El Porsche Cayenne es muy cómodo, y Martin no es de los que corren.

Daniela le sonríe a Sebastiano mientras conduce su Up!

—Con este aparcaremos con más facilidad y, además, solo el hecho de que tú estés a Vasco ya le parecerá raro; imagínate si llegamos con un Porsche Cayenne.

—Tienes razón.

Daniela aparca. Están delante de la escuela. Bajan del vehículo y caminan uno al lado del otro como muchos padres que a esa hora van a recoger a sus hijos.

—¿Estás emocionado?

—Sí, muchísimo. Tengo miedo de no gustarle, de decir algo inadecuado que no me haga parecer simpático.

Daniela lo mira divertida.

—Pero, Sebi, no pienses en ello, sé tú mismo, eres simpático.

Eso lo reconforta un poco. Entran por la verja del colegio y se dirigen hacia el portal de la salida. Daniela saluda a unas madres que conoce, alguna mira con curiosidad a ese chico que la acompaña, pero inmediatamente después todas se ocupan de otra cosa. Siempre tienen algún tema que comentar, cómo se ha retocado una amiga suya, el programa de la noche anterior, cómo iba vestida Belen, una película…

—Anoche vi *Demolition*.

—Vale, ¿y qué? No te dije nada para no influenciarte; ¿qué te pareció?

—Al final me pegué un hartón de llorar.

—A mí me pareció una idiotez.

—Y ¿por qué?

Pero Daniela no se queda a escuchar sus explicaciones, siguen caminando y se paran delante de la escalera por la que salen los alumnos. Uno tras otro van apareciendo los niños de cada clase, la maestra se queda allí con ellos y, solo cuando ve al padre o a la madre, deja marchar al hijo correspondiente y le da permiso para ir a su encuentro.

—Bueno, está a punto de salir. —Daniela ha reconocido a alguno de sus compañeros de clase.

Inmediatamente después, en lo alto de la escalera, aparece él, con su pelo rizado, mirando a su alrededor, y, cuando la ve, sonríe, se le ilumina la cara, tira de la chaqueta de la maestra y le señala a Daniela para que le dé permiso para marcharse. La maestra busca con la mirada entre las madres que están abajo, entonces la ve, la saluda y deja que Vasco se vaya.

—Ve, ve.

—Gracias.

Él se va corriendo, baja deprisa los escalones, casi volando, y cuando se reúne con su madre la abraza con fuerza y casi la arrolla con todo el impulso que lleva.

—Menos mal, parecía que no ibas a venir.

—Pero ¿qué dices? —Daniela le revuelve el pelo mientras él, sin separarse, echa la cabeza hacia atrás y la mira desde abajo—. Si acabas de salir.

—Sí, bueno, pero para mí ya hacía un montón que estaba fuera. ¡Mira qué me ha regalado Niccolò! —Saca del bolsillo de su vaquero una extraña goma elástica gelatinosa con una divertida cara y cabellos azul cielo—. ¡Es un Skifidol! ¡Qué pasada, ¿no, mamá?! ¡Es chulísimo y, además, si se ensucia, no es como los demás, sigue pegándose en los cristales! Luego en casa te lo enseño.

Entonces Vasco se fija en el hombre que está al lado de su madre y de repente cambia de expresión. Siente curiosidad, le hace gracia, él también tiene el pelo rizado y, además, lleva unas gafitas redondas, es alto, delgado y entorna un poco los ojos. Es raro, pero tiene una cara simpática.

A continuación, mira a su madre como pidiéndole alguna explicación. Daniela, como es natural, se la da.

—Es un amigo mío, cuando mamá era pequeña iba al colegio con él.

—Ah, ya entiendo.

—Hola, encantado, me llamo Sebastiano.

—Dile cómo te llamas tú.

—Vasco.

—Bonito nombre, Vasco.

—Vamos a acompañar a Sebastiano, ¿de acuerdo?

Vasco no contesta y empiezan a caminar hacia la salida del colegio. De vez en cuando, Sebastiano lo mira. Es realmente guapo, está hecho un hombrecito, tiene carácter, además es inteligente. No entiende cómo puede saber ya todas esas cosas, solo siente que son así. Sebastiano mira al frente y luego de nuevo al niño. De vez en cuando intercambia una mirada con Daniela, pero ha comprendido que ella quiere que sea él quien decida qué paso dar. Entonces opta por decir algo.

—¿Tanto te gustan esos *Skifodol*?

—¡Skifidol! —Vasco ríe mirando a su madre. ¿Cómo es posible que ese hombre los llame *Skifodol*? Y sigue riéndose—. ¡Claro que me gustan, son chulísimos, ya tengo tres!

—Qué amable ha sido Niccolò regalándote otro.

—Sí. No sé por qué me lo ha dado, ha venido a la hora del recreo y me ha dicho: «Toma, te he traído esto». Y se ha ido.

Sebastiano mira divertido a Daniela. A continuación, continúa hablando con el niño.

—Bueno, ha sido su manera de decirte otras cosas.

Vasco se vuelve y lo mira intrigado.

—¿Qué otras cosas? No me ha dicho nada más, ya te lo he dicho.

—Pero al darte el Skifidol… —tiene cuidado de decirlo correctamente— es como si te hubiera dicho: «Somos amigos y te quiero».

—Ah. —Ahora Vasco se sosiega. Lo ha captado—. Entonces, cada vez que regalas algo, ¿siempre dices también otras cosas?

Sebastiano sonríe.

—A menudo. A veces incluso hay una nota.

—Sí, lo sé, mamá siempre me escribe notas muy bonitas con el regalo.

En ese momento llegan al coche y suben los tres, al igual que sucede en el coche de atrás y en el otro y en el otro. Daniela conduce contenta hacia casa y escucha las preguntas de Sebastiano y las respuestas de su hijo, y de vez en cuando oye que se ríen juntos.

—Y ¿tú no le regalaste nada a mamá cuando ibais al colegio?

—No solíamos hablar mucho.

—¿Por qué? ¿Os habíais peleado?

Daniela y Sebastiano se miran.

—No, es que ella siempre estaba con sus amigas y yo con los chicos. Pero una vez la invité a merendar en el bar de debajo del colegio porque oí que se había olvidado el dinero…

Daniela se vuelve hacia él divertida.

—¡De eso no me acordaba!

—Eh, pues pasó…

Vasco tira del cinturón y mete la cabeza entre los dos asientos.

—Y, cuando la invitaste, ¿qué le dijiste?

—Nada, la invité y ya está, no dije nada.

—No, no, no lo que le dijiste de verdad, sino lo que le dijiste de la manera en que me lo has explicado antes, como cuando Niccolò me ha dado el Skifidol.

—Ah. —Sebastiano lo mira—. Le dije que era muy guapa, que me caía bien y que me alegraba de estar en la misma clase que ella.

Vasco parece satisfecho con la respuesta, de modo que se apoya de nuevo en el respaldo, saca el Skifidol y empieza a jugar con él.

Al cabo de poco llegan a casa y Daniela apaga el motor.

—Ve subiendo, que la canguro ya ha llegado. Dile que te dé la merienda que he preparado. Yo voy a acompañar a Sebastiano y vuelvo enseguida, luego haremos los deberes.

—Vale, mamá. Adiós, Sebastiano.

—Sebastiano es demasiado largo. Llámame Sebi. Todos mis amigos me llaman Sebi. ¿Te apetece?

Vasco sonríe.

—¡Sí, Sebi! —Y baja del coche; tarda un poco en cerrar la portezuela.

A continuación, se acerca al interfono, se pone de puntillas y llama al timbre de casa.

—¡Soy yo!

La canguro le abre. Cuando Daniela lo ve entrar en el portal y cerrar la puerta, arranca.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido?

Sebastiano sacude la cabeza.

—Guapísimo. Inteligente. Divertido. En serio. Realmente guapo. Pero ¡¿tú estás segura de que es hijo mío?!

Daniela se echa a reír.

—¡Qué tonto! No lo digas ni en broma, y, además, ¿por quién me has tomado? —Entonces se acuerda de las imágenes del vídeo, de lo que le dijo a Sebastiano aquella noche y de todo lo que ha pasado después. Tampoco está tan segura de su afirmación, pero sabe que de todo lo demás sí lo está—. Pues claro que es hijo tuyo. Y, además, ¿no has visto cómo se te parece? Tiene el pelo rizado como tú, también algunas expresiones…

—No, no, por suerte se parece más a ti.

Se quedan un rato en silencio, Daniela sigue conduciendo, Sebastiano mira la calle delante de él.

De repente, sin volverse, empieza a hablar.

—Hoy ha sido el día más bonito de mi vida. Me gustaría que Vasco lo supiera y que fuera feliz de tenerme como padre.

Entonces se vuelve hacia Daniela, sin saber cuál será su respuesta.

—Debo encontrar la manera de decírselo, no querría que te rechazara. Creo que será mejor que primero os hagáis amigos.

Sebastiano le sonríe.

—Tienes razón. Será mi mejor amigo.

NOVENTA Y CUATRO

En el Teatro delle Vittorie hay un montón de gente en movimiento. Todos están alegres, bromean, se ríen, los chicos y las chicas charlan, alguno tantea el terreno, algún otro sueña con que pueda surgir una historia entre ellos. Este es el ambiente cuando se tiene éxito, cuando un programa de televisión va bien. Todo se hace más fácil y ligero, y las grabaciones terminan casi sin que se enteren. En cambio, cuando un programa va mal, se hacen montones de cambios, es como si todos estuvieran autorizados a hablar, cada uno dice lo que le parece, se invierten los papeles, hay un nerviosismo general, se pierde la cabeza hasta por las cosas más estúpidas, se discute, incluso se llega a las manos. El fracaso deja a la gente al descubierto. El éxito hace que finja mejor. Este último, afortunadamente, es nuestro caso.

Roberto Manni está charlando con una atractiva chica morena. Por su manera de hablar, por esa amabilidad que no le es propia, por la sonrisa constante y continua, veo que está tejiendo la telaraña con la esperanza de que pronto se convierta en un sofá o un colchón. La chica también sonríe, pero está tensa, como si todavía no hubiera decidido si rendirse o no. Llegamos nosotros y la sacamos del apuro.

—¡Buenos días!

El director se vuelve y recupera la compostura, abandonando a la *azafata* sin disculparse siquiera.

—¡Qué bonita sorpresa! —Viene hacia nosotros con un sorprendente entusiasmo y me estrecha la mano—. ¡Estás muy bronceado! ¿En qué bonito sitio has estado?

—En las islas…

—Ah, es verdad, ya me dijeron que te habías casado; felicidades,

enhorabuena, ¿qué es lo que se dice? ¡¿Sabes?, yo ya voy por mi segundo matrimonio, pero todavía no he aprendido! —Entonces me guiña el ojo y se acerca, como si tuviéramos una gran complicidad—. ¿Qué vas a hacer?, ¿crees que aguantarás, me atraparás o hasta me superarás? —Y empieza a reírse solo, como el idiota que es.

En otros tiempos creo que le habría dado una buena colleja, de las fuertes, de las que se dan con la mano abierta y hacen que el cuello se ponga muy colorado, así se daría cuenta de lo gilipollas que es. Pero esos tiempos ya pasaron, de modo que le sonrío con amabilidad.

—¡Creo que aguantaré!

—¡Muy bien, me gustas! Eres un tipo duro.

No añado nada más aparte de: «Disculpa, voy a saludar a Fulvio», y me marcho con Renzi, que en cuanto nos alejamos un poco no resiste más.

—Lo he visto en el suelo…

Le sonrío.

—Imposible, nunca le he levantado la mano a nadie, es solo una leyenda.

Vamos hacia el rincón del estudio donde he visto a Fulvio sentado. Se está tomando una Coca-Cola, pero cuando nos acercamos más, me doy cuenta de que no está solo. También está Karim.

Fulvio se halla de espaldas y no nos ve llegar. Se ríe y tiene una mano apoyada en el brazo de Karim.

Él es quien nos ve y, naturalmente, avisa a Fulvio en voz baja, que enseguida retira la mano y se vuelve hacia nosotros.

—¡Hola! —Se lo ve incómodo, pero logra reponerse bastante deprisa—. Y ¿tú qué haces por aquí?

Le sonrío y me encojo de hombros.

—Soy el productor.

—Pero los productores, cuando las cosas van bien, no se dejan ver, no le encuentran el gusto a compartir el éxito. Solo vienen cuando pueden tocar los huevos.

Y se vuelve hacia Karim, que, por supuesto, se ríe con él. Se me ocurre pensar que, dijera lo que dijese Fulvio, Karim se reiría. Entonces Fulvio se acuerda de algo, baja del taburete y me estrecha con fuerza la mano.

—Discúlpame, pero no te había dicho nada, no te he dado las gracias y nunca te lo agradeceré lo bastante. No te mandé ningún mensaje porque me pareció demasiado triste y luego me enteré de que estabas de luna de miel. Y, hablando

de eso, felicidades, enhorabuena, mejor dicho, buena suerte.

¡Oh, Dios, no sé qué se dice en estos casos!

Él y el director son idénticos, opuestos pero idénticos. Puede que Fulvio tenga más excusa que el director, porque nunca se ha casado, al menos, que yo sepa.

—«Felicidades» está bien.

—Bueno, pues felicidades y otra vez gracias, gracias, gracias. Me has hecho un hombre más que feliz.

Asiento satisfecho por mi gestión, aunque no tengo la menor idea de lo que está hablando. Miro a Renzi, porque debe de ser obra suya. Veo que me sonríe como diciendo: «Sí, es exactamente así, no te lo he dicho, perdona, jefe».

Pero al instante Fulvio nos arrolla con su entusiasmo.

—No, aunque ahora tienes que decírmelo. ¿Cómo pudiste darte cuenta?, ¿cómo lo supiste?

—Pues sí… —Intento ganar tiempo—. ¿Cómo lo hice?… Bueno, los secretos del productor.

—No, no, tú ahora me lo dices. —Se empecina, incluso da un golpe con el pie como si eso se hubiera convertido en una cuestión de principios.

—Pero venga… —Renzi sale en mi ayuda—. Estás haciendo tantas entrevistas que ya no te acuerdas de lo que dices. ¡«Estoy loco por “Looking”», en *Vanity Fair*, el número anterior!

—¡Ah, sí, es verdad! Ahí también hablé muy bien acerca de este programa…

—Cierto. —Añado enseguida—. Lo leí justo cuando recibí la nota de prensa, me pareció lo mínimo después de lo que dijiste.

Fulvio de repente parece casi conmovido.

—¿Sabes que en todos estos años nadie había tenido nunca un detalle tan bonito? A lo mejor te envían flores, una botella de champán, bombones…, pero todos son regalos impersonales, sin una sola señal de afecto. Como en el fondo es nuestro mundo…

—A lo mejor los otros no habían leído nunca tus entrevistas.

Fulvio se echa a reír como un loco.

—¡Es que siempre tienes la frase apropiada en el momento oportuno, eres increíble! —Naturalmente, Karim también se ríe, luego Fulvio prosigue—: Pues ¿sabes que con tu cajita pasé una noche fantástica? Fui a Le Sicilianedde, en el viale Parioli, y solo compré productos sicilianos: *sfincione*, parmesana de berenjenas, *arancini*, ensalada de gambas, rollitos de pez espada, e invité a un

montón de amigos a ver «Looking» en mi nuevo ático, en el viale Romania.

Karim añade divertido:

—Yo también estaba. ¡Llevé brioches y granizados de pistacho, mora negra y almendra; a todos les encantó!

—Al día siguiente fuimos a correr para quemar todo lo que habíamos comido.

Sonrío divertido.

—Me lo imagino, pero os veo en forma de todos modos…

Entonces se oye una voz perentoria que dice:

—Preparaos, empezamos a grabar dentro de un momento, gracias.

Leonardo, el ayudante de plató, llama a todos al orden. Fulvio y Karim se disculpan.

—El deber nos llama.

—Sí, por favor.

Los vemos marcharse y, en cuanto están un poco lejos, me sale la pregunta de forma espontánea:

—Pero…

—No me digas nada —me pide Renzi frenándome—. Es peor de lo que puedas imaginarte. No sé muy bien si es verdad que los pillaron practicando sexo en los servicios del estudio. Bueno, algo parecido a George Michael en los baños públicos…

—Pero, perdona, Fulvio también tiene su camerino.

—Si fuera por eso, ha pedido también uno para Karim al lado del suyo.

—Vamos bien…

—Todavía no ha aparecido ningún reportaje; de todos modos, Karim, dejando a un lado esta historia de amor, que espero que no nos complique la vida, ha sido una excelente idea. Nos ha dado mucha visibilidad y, cuando bromean y se toman el pelo, subimos dos puntos en las audiencias.

—¿En serio?

—Sí, el poder es de los gais, aceptémoslo.

—¿Bromeas? ¡Vivan los gais!

—¡Eh! ¡Por fin has llegado! —De repente, una voz nos sorprende a nuestra espalda—. ¿No me presentas a tu amigo?

Nos damos la vuelta. Quien ha hablado es una guapa chica castaña, no muy alta, pero perfectamente proporcionada y con una buena delantera. Tiene la boca carnosa y dos pequeños lunares que la hacen todavía más sensual, una especie de

Marilyn, solo que un poco más moderna.

Renzi sonríe.

—No es un amigo mío, o, mejor dicho, espero que lo sea, pero más que nada es mi jefe. ¡Y también el tuyo! Te presento a Stefano Mancini; Dania Valenti.

—Hola, mucho gusto.

Sonríe divertida mientras me estrecha la mano.

—El gusto es todo mío; ¿sabes que eres el jefe más guapo que he conocido nunca?

—Bueno, me alegro.

—Y estás tan moreno… Los presentadores están morenos, los jefes están todos blancos.

—¡No todos! En cualquier caso, tienes razón; por lo general no estoy así, es que he estado de viaje de luna de miel y me he bronceado mucho, y por lo general tampoco estoy de viaje de luna de miel.

—¡Qué guay! ¡Seguro que la que haya conseguido echarte el lazo debe de ser guapísima! ¿Es del mundo del espectáculo?

—No, pero también existen mujeres hermosas e interesantes fuera de este mundo.

—Exacto. ¡Ostras, además dices las cosas bien dichas! Tendría que haberte conocido antes… Bueno, me voy, que vamos a grabar. —Entonces mira a Renzi, le sonríe con especial dulzura, se vuelve y se va corriendo, sin ningún tipo de sensualidad.

—Pues esta es la *hija* de Calemi.

—Ya sabes… No está mal. Hay que tratar bien a Calemi. Y ¿qué tal es la tal Dania?

—Es… interesante.

—Renzi, me parece que sabes más de lo que finges saber. He visto cómo se ha despedido de ti.

—Siempre lo hace así. También ha dicho que debería haberte conocido antes… de que te casaras.

—O antes… para salir en otros programas. Yo le intereso solo como productor; en cambio, tú no. —Ladeo la cabeza como para mirarlo mejor—. A ver si vas a acabar como Simone. Cambiando de tema, vamos a ver qué están tramando nuestros guionistas.

Entonces nos marchamos del estudio y nos dirigimos a la redacción.

—Hola.

—Buenos días.

—¿Cómo va?

—¡Qué sorpresa!

Todos nos saludan.

—¡Felicidades otra vez! —Simone se acerca y me estrecha la mano—. Estoy realmente contento de que hayas vuelto. ¿Has visto qué gran éxito? Esta noche vamos a probar algo que, si sale, nos hará dar un salto, nos los vamos a comer. Toma, aquí está la escaleta. Si te apetece seguir el programa…

—Claro, me quedaré un rato.

Se me acerca Vittorio Mariani.

—Hola, Stefano, ¿todo bien? ¿Cómo ha ido por ahí?

—Bien, he visto al menos tres clases de peces que no conocía.

Me sonríe.

—Bienvenido, estamos todos contentos por este éxito de Futura.

—Y yo lo estoy con vosotros. Luego tengo que decirte una cosa, cuanto tengas un momento ven a verme al patio de butacas.

—¡Por supuesto!

Entonces salgo con Renzi.

—Esperad, esperad…

Simone nos alcanza.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Algún problema?

—No, en absoluto, quería enseñaros algo.

Mientras proseguimos por el pasillo, en dirección al estudio, decido pedirle también su opinión.

—¿Cómo va Fulvio?

—Muy bien, me parece que mejor de lo habitual; se lo ve más alegre, más fresco, siempre está animado.

—Ah, bien. ¿Y Karim?

Simone se vuelve hacia mí y me sonríe.

—Todavía mejor, es él la felicidad de Fulvio. Es su droga natural. —Entonces Simone se dirige hacia el patio de butacas. En una esquina está sentada una chica mona, pero no demasiado vistosa—. Bueno, me encantaría presentárosla: ella es Angela, mi novia. Ha venido a visitarme con una amiga y quería ver la grabación.

—Hola, encantado. Soy Stefano Mancini.

—Giorgio Renzi.

Simone nos lo cuenta mejor.

—Su amiga ha ido a dar una vuelta por Roma, no la conoce. En cambio, ella quería ver el concurso, es una fan de Karim. Se lo tomó fatal cuando le di la noticia.

Angela nos mira divertida.

—¡Todavía no me lo creo, me parece que se lo ha inventado porque tenía celos!

—¡Ah, ahora resulta que el celoso soy yo! Quería que dimitiera de Futura porque hay todas esas bailarinas.

—¿Qué tiene que ver?… —Angela ríe un poco incómoda—. Tampoco sabía que estaba Karim.

Como explicación, la verdad es que no tiene nada que ver, pero Renzi y yo, como es natural, fingimos que no nos damos cuenta.

—¡Silencio, gracias! Vamos a grabar.

—Nosotros vamos a sentarnos —decimos disculpándonos.

Simone le da un beso y se sitúa cerca de la cámara central, mientras Renzi y yo nos sentamos en primera fila.

—En tu opinión, ¿quiere convencernos o está sinceramente enamorado? —Miro a Renzi.

—Mitad y mitad.

—¿Crees que todavía la llama?

Renzi me mira y de repente se pone serio.

—Todos los días, por lo menos dos veces.

—¿Tienes pruebas?

—Lo tengo a él. Hoy hemos conocido a Angela; pon en un plato de la balanza sus fantasías con ella y en el otro plato las fantasías con Giovanna Segnato. ¿La recuerdas?

—Perfectamente.

—¿Y bien?

—Que la llama más de dos veces al día y le envía un alud de mensajes de WhatsApp.

—Eso es. Ahora reconozco a mi jefe.

Justo en ese momento empieza la sintonía. Un grupo de ocho chicas aparecen de la nada y se contonean al ritmo de un tema de Justin Timberlake, *Can't Stop the Feeling*[50]. Bailan bien, alegres, divertidas, sincronizadas a la

perfección. Algunas son morenas, una es pelirroja y tres son rubias.

Pero entre todas tengo que admitir que destaca la *hija* de Calemi. Me vuelvo hacia Renzi y me fijo en que él lo está mirando un poco todo, incluso los planos de las cámaras. No está tan obcecado como pensaba, mejor. Acaba la sintonía y Vittorio Mariani se sienta a mi lado, dejándose caer en la butaca.

—Ya estoy aquí.

Hablo bajo para no molestar, en vista de que Fulvio ha empezado el programa.

—Quería saber cómo está yendo y si te encuentras a gusto con Simone. Lo hemos metido en el programa porque necesitábamos tener a dos guionistas que estén de nuestra parte y, además también, para que crezca.

Vittorio sonríe.

—Pues bien, el programa va estupendamente. Hay un ambiente excelente y somos un buen equipo.

Simone es simpático y es muy rápido, ¡no creo que tenga necesidad de crecer! Conoce más programas que los otros guionistas, ha visto televisión desde que nació y parece hecho para este trabajo. También tiene una excelente memoria. A veces yo tengo que mirar la escaleta, y él, en cambio, sabe muy bien todos los cortes y lo que viene después.

—Bien, gracias.

Vittorio me sonríe.

—En serio, me siento a gusto con él… —Y nos deja para seguir al tanto del concurso.

Miramos un rato más la grabación. Fulvio y Karim bromean y ríen con mucha soltura, y después veo el brazo de la Jimmy Jib levantándose y yendo a encuadrar el marcador sin problema.

—¡Pero, oye, todo funciona de verdad!

—Sí, es increíble; mientras no estabas hemos obligado a hacer a todos un curso acelerado.

—¡Pues ha salido bien! ¿Volvemos a la oficina? Tengo que realizar algunas llamadas.

—De acuerdo.

Renzi se levanta primero, yo lo sigo, pero no puedo dejar de fijarme en que la *hija* de Calemi busca su mirada para que la salude. Renzi no se vuelve y va directo hacia la salida. A ella eso le sienta mal y, casi por desquite, cuando se encuentra con mi mirada, no me saluda. La situación es más grave de lo que

podía imaginar.

NOVENTA Y CINCO

—Muy bien, Vasco, los deberes te han salido muy bien. Y la maestra también me ha dicho que prestas atención en clase.

—Sí, mamá. ¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Por qué Filippo ya no viene? ¿Os habéis peleado?

Daniela sonríe.

—Qué va, es temporal. Él tenía que trabajar fuera, pero cuando vuelva seguro que viene a vernos. Seguimos siendo amigos, no te preocupes.

—Filippo es simpático, y además juega bien a la Wii.

—Y ¿Sebi no te cae simpático?

—Sí, mamá…, pero… —Vasco se queda un momento callado.

—Díselo a mamá, no te preocupes.

—Bueno, es que tiene esa voz tan rara, y su manera de reírse…, pero ¿lo hace aposta?

—No, no, siempre ha sido así, era igual en el colegio.

—Y ¿no le sabía mal?

—¿Por qué?

—A lo mejor os reíais de él. Cuando se ríen de Arianna en clase porque habla mal, ella se calla, a veces llora. A mí me molesta.

—Por desgracia, no todo el mundo es como tú. Aun así, yo nunca me he reído de Sebastiano.

Siempre me ha hecho gracia, con esa voz; es más, todavía hacía que me cayera mejor. Nos tenemos aprecio.

—Lo invitas a menudo.

—¿No te gusta?

—Mucho, así juega conmigo a la Wii en vez de Filippo. Filippo me gana

muchas veces, pero alguna vez lo gano. A Sebi lo gano casi siempre, pero yo creo que falla aposta, me deja ganar.

—Qué va, te lo parece.

—Pero, mamá, me he dado cuenta. Sin embargo, me ha hecho un regalo chulísimo. Mira, está aquí. —Al cabo de un instante, Vasco regresa de su habitación con un extraño bote en la mano—. ¡Mira! Es una pasada. ¿Lo ves? Dentro hay un monstruo. Es Alien Slime. Es mejor que el Skifidol. Y me ha dicho que mañana me traerá otro. Sebi me cae bien porque ya sabe lo que me gusta, al principio no daba una.

—Bueno, porque no te conocía.

—Porque era un desastre. Yo lo he ido ayudando.

—Buen chico, has hecho bien, y además te convenía.

—Sí. —Se ríe.

—Ahora ve a hacer un pis, lávate los dientes y métete en la cama.

—Está bien.

Entonces Vasco desaparece por el fondo del pasillo, mientras Daniela recoge los últimos platos y acaba de preparar la mochila para la escuela. Introduce allí el almuerzo para el recreo y revisa que estén los libros que necesita, los deberes y la agenda. Después se reúne con él en su cuarto. Vasco ya se ha metido en la cama.

—¿Has hecho pipí?

—Sí.

—¿Los dientes?

—Lavados.

—Déjame ver.

Se acerca y él se incorpora de la almohada abriendo la boca. Daniela hace ver que lo huele de manera ostensible.

—Sí, es verdad, huelo el perfume de las flores.

—En todo caso, a menta. Pero yo no digo mentiras. Si te digo que me los he lavado, es que me los he lavado.

Daniela lo mira. Tiene razón. Qué bien. A ver por cuánto tiempo seguirá siendo así, cómo cambiará, lo distinto que será.

—¿Qué cuento quieres que te lea?

—*Tarzán.*

—¿Otra vez?

—¡Es que me gusta *Tarzán*! ¿Por qué tengo que escuchar otra historia si me

gusta esa?

Es lo justo. Sus razonamientos son inapelables.

—Está bien, te leeré *Tarzán*.

Daniela busca el libro, lo coge, se sienta en una butaca al lado de la cama y se dispone a empezar a leer cuando Vasco la interrumpe con otra pregunta, aunque esta vez es dolorosa:

—Mamá, ¿y yo no voy a conocer nunca a mi papá?

Daniela se queda aturdida. No se la esperaba en absoluto. Se sorprende y, a continuación, se preocupa, el corazón empieza a latirle a dos mil. ¿Qué puede haber encendido esa inesperada curiosidad?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Porque pienso en Tarzán y en su historia. Él nació y su papá estaba y también estaba su mamá.

Luego murieron en la selva. A mí me ha ido mejor, tú siempre has estado conmigo. Pero dijiste que papá no había muerto, ¿verdad? Dijiste que se había ido, que tenía un problema en el extranjero, pero ¿qué problema? ¿Algún día lo conoceré? En el colegio también me lo han preguntado.

—¿El qué?

—Si tenía un papá.

—¿Quién te lo ha preguntado?

—Arianna, porque ella sí tiene; me ha dicho que siempre está discutiendo con su madre, por eso me lo ha preguntado. Me ha dicho: «¿Tu papá también se pelea con tu mamá?». Y yo simplemente le he dicho que no. No le he dicho que no tengo. He dicho que no como si quisiera decir que no se pelean, pero no es una mentira: vosotros no os peleáis. —Y se queda satisfecho con su razonamiento.

—¿Cómo te imaginas a tu papá?

—No lo sé, nunca lo he pensado. No deseo un papá concreto, deseo un papá que me quiera, como los de los demás. Bueno, sí, solo querría una cosa: que no fuera como Filippo y fuera más como Sebi.

—¿Por qué?

—Porque a Filippo y a ti de vez en cuando os oía discutir, en cambio, con Sebi no discutes nunca.

Daniela se queda en silencio y lo mira indecisa de si dar o no ese paso tan importante, si es el momento adecuado, si no es demasiado pronto. Entonces Vasco se vuelve de repente hacia ella.

—Mamá, pero ¿qué haces?
—¿Cómo que qué hago?
—Léeme *Tarzán*, ¿no?

NOVENTA Y SEIS

Llego corriendo al Teatro delle Vittorie, me para el guardia de seguridad que luego, sin embargo, al reconocerme, me deja pasar enseguida. Entro en el estudio y Simone viene a mi encuentro.

—Aquí estoy, ¿qué ocurre?

—Tenemos un pequeño problema. También le he escrito a Renzi, pero está en una reunión en Milán y me ha contestado que no podía venir. Por eso te he molestado.

—No me has molestado. Este es mi programa y también mi trabajo. ¿Y bien?, ¿qué ocurre?

Simone se mueve un poco hacia un lado, de manera que podamos hablar en un rincón sin que nos oigan.

—Teníamos que hacer salir el producto en escena, Fulvio debía tener el agua a su lado y beber dos veces durante el programa, o él o Karim. Al menos, eso es lo que acordamos. Pero él se ha negado a hacerlo. El director se lo ha recordado y él ha dicho que no tiene sed. Entonces Roberto se ha puesto como un loco, porque hoy quería grabar por lo menos dos programas, y, por su culpa, todavía no va ni por la mitad del primero.

—¿Dónde está Roberto ahora?

—En la sala de control.

—¿Y Fulvio?

—En el camerino con Karim.

Enarco una ceja como diciendo: «¿Cómo no?». Simone abre los brazos.

—Siempre están juntos. Si quieres saberlo todo, esa historia del agua se la ha sugerido Karim.

Me lo ha dicho Dora, de maquillaje, los ha oído mientras estaba en el baño y

recogía después de haberlo maquillado.

—Bien. Gracias.

Cruzo el estudio y justo en ese momento oigo vibrar el móvil. Lo saco del bolsillo. Es Renzi.

Contesto:

—Aquí estoy.

—¿Cómo va? ¿Hay problemas?

—Lo estoy solucionando.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Te llamo en cuanto lo haya resuelto.

—¿Te las arreglas solo o necesitas algo de mí? Estoy en Milán, saliendo de los estudios; aquí ha ido todo bien.

—No, no te preocupes, espero apañármelas solo.

—Me dirijo a la estación, si hay cualquier cosa, llámame.

—De acuerdo.

Cuelgo y entro en la sala de control. Tan pronto como abro la pesada puerta de grueso cristal, oigo los gritos de Roberto Manni.

—¡Qué cojones, precisamente nosotros teníamos que cargar con esta gilipollas! ¡Ahora, además, tenemos a su *novia* dictando leyes, y encima la hemos puesto nosotros para que nos dé por culo!

¡Cosa que les gustaría los dos…! Pero conmigo, ni lo sueñen…

Entonces me ve y sigue hablando:

—¡Bueno, menos mal que has venido! No podemos dejar que nos traten de esta manera. Llevo toda la vida haciendo programas, nunca nadie me había hecho sentir tan ridículo.

Lo miro mientras está sentado y da un fuerte puñetazo sobre la consola del regidor. Parece haber desahogado toda su ira, ahora se tranquiliza, pero, en cambio, no, tiene otro acceso de rabia y continúa dando puñetazos, dos, tres, cuatro, sobre la consola.

—¡Joder, joder, joder!

Hasta hacerse daño. Se masajea la mano mientras Linda, su ayudante, le pregunta con voz tranquila:

—¿Quieres un poco de agua, Robi? —Debe de estar acostumbrada a estas escenas.

—¡Sí, dame de esa que no quiere beberse la gilipollas!

Intento calmarlo:

—Bueno, voy a ir al camerino e intentaré convencerlo. Si lo consigo, seguimos con la grabación sin más polémicas, ¿de acuerdo? Hazme este favor, Roberto, gracias.

No espero su respuesta y salgo de la sala de control. Cruzo el estudio y voy al pasillo que conduce a los camerinos. Al llegar frente al de Fulvio, llamo dos veces.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy Stefano, ¿se puede?

—Entra.

Me lo encuentro sentado en la silla giratoria, mientras que Karim está en el gran sofá frente a él, hojeando una de esas revistas llenas de fotos de vips.

—Hola, Fulvio, hola, Karim; ¿qué sucede?

—Hola, Stefano —me contesta solo Fulvio—. Dime tú qué sucede. No sabíamos nada de eso del agua.

Ha usado el «nosotros». Karim deja un instante de leer y esboza con la barbilla un mínimo saludo de circunstancias, sin esforzarse en añadir siquiera una palabra. Tenía razón mi instinto, debería haberlo zurrado aquel día.

—¿Por qué me dices esto? Lo hablamos, hicimos una reunión a propósito y acordamos un aumento para cada programa.

—Un aumento… Quinientos euros. Y, además, no me enteré de que tuviera que beber agua en cada programa.

Karim decide apoyarlo:

—Sí, no está claro.

—No me acuerdo de haberte visto en esa reunión.

Fulvio corta de raíz cualquier posible discusión.

—Se lo conté yo esa misma noche. Es verdad, es como él dice, no está claro.

Karim me mira y sonríe. Está satisfecho de haberse llevado un punto para casa. Fulvio es más inteligente y evita mirarlo. Cada vez estoy más convencido de que aquel día debería haber hecho lo que me dictaba la cabeza, pero con la cabeza de antes.

—De acuerdo, lamento que haya habido este malentendido. ¿Podemos arreglar las cosas de manera que podamos seguir con la grabación?

Fulvio mira un instante a Karim y él asiente de modo imperceptible con la cabeza. Entonces el presentador me responde:

—Sí, creo que sí. ¿Cómo piensas resolver este problema? Lo siento, pero no quedó claro que teníamos que beber…

—Está bien, no le demos más vueltas, no es ningún problema.

En realidad, lo pone claramente en el contrato que ha firmado, pero decido dejarlo estar.

—¿Podrían ir bien mil euros por programa?

Fulvio sonríe.

—Sí, y quinientos para Karim. —Entonces me mira, como si la idea se le acabara de ocurrir justo en este momento—. Él también tiene que beber.

—De acuerdo. Haré que preparen otro contrato con estas condiciones. Pero nuestro acuerdo empieza ya. Volved al estudio, por favor, así podremos comenzar con la grabación.

Salgo del camerino, doy unos pasos por el pasillo, entonces miro a mi alrededor y, en vista de que no hay nadie, le doy un puntapié a la primera puerta que encuentro. La hundo. Deben de estar hechas de aglomerado de mala calidad, pensaba que aguantaría más. A continuación, veo una máquina de café. Encuentro cincuenta céntimos en el bolsillo y los saco. No toco el botón del azúcar y espero a que baje la cucharilla de plástico. A continuación atravieso el estudio y llego a la sala de control.

—Roberto, podemos empezar. Toma, te he traído un café. Lleva azúcar, solo tienes que removerlo.

Él me mira y resopla.

—Gracias, siempre eres muy amable. Espero que no surjan más problemas con nuestras amigas.

—No, espero que no.

Regreso al estudio y me dirijo a las filas del fondo. Justo mientras me siento, oigo vibrar el teléfono. Debe de ser Renzi, para que lo ponga al corriente. Contesto sin mirar.

—¿Diga?

—Pero ¿dónde estás?

Gin. En un instante me acuerdo de la cita que teníamos concertada y a la que he faltado.

—Cariño, perdona, he tenido un importante problema en el programa «Lo Squizzone»; estoy en el Teatro delle Vittorie.

—Pero me dijiste que te reunirías conmigo.

—Tienes razón, pero Renzi está en Milán y Simone me ha llamado porque estaban a punto de llegar a las manos. —Exagero un poco la situación.

—¿En serio?, ¿quiénes?

—Fulvio y el director. Ahora las cosas están más tranquilas, pero tengo que quedarme para controlar que todo funcione.

—Sí, claro. Tienes razón. Bueno, pues yo subo, te llamaré cuando salga. ¿Vendrás a cenar?

—Sí. Si no te apetece cocinar, si quieres podemos cenar fuera.

—Luego lo decidimos.

—De acuerdo; un beso, cariño, y perdóname.

—No hay problema. Hasta luego.

Menos mal que es tan comprensiva.

Gin entra en la clínica y se dirige al ascensor del vestíbulo. Lo llama y, mientras espera, piensa: «En otros tiempos, ya podía suceder cualquier cosa, podía ponerse a discutir con cualquiera, pero habría venido de todos modos». Entonces entra en el ascensor, pulsa el botón y las puertas se cierran.

«Bueno, pero ahora tiene más responsabilidades…». Llega a la planta, sale y se dirige a una secretaria que busca su nombre y, cuando lo encuentra, la hace tomar asiento. Al poco rato, llega el doctor.

—¿Ginevra Biro?

—Aquí, soy yo.

—Por favor, adelante.

Gin lo sigue y entra en una pequeña sala en la que también hay una enfermera.

—Túmbese aquí, gracias. Bueno, le dije que también quería hacerle unos análisis de sangre; ¿está en ayunas?

—Sí.

—Mi ayudante le hará la extracción. ¿Le dan miedo las agujas?

—No.

—Bien.

—Si no son demasiado largas…

—No es demasiado larga.

Una chica joven le descubre el brazo izquierdo, le ata la goma compresora; a continuación, le da unos golpecitos en el brazo, encuentra la vena y al final introduce la pequeña aguja. La primera probeta con su nombre se llena de sangre. Ginevra mira sin sentir ningún miedo, mientras la chica sustituye las probetas una detrás de otra, hasta llenarlas todas con su sangre.

—Ya está, doctor.

—Bien, gracias. Déjenos solos.

El médico coge un bote de gel, quita el tapón, lo aplica en la punta de la sonda y, a continuación, le da las indicaciones a Gin.

—Descúbrase la barriga, por favor.

Gin se levanta la blusa y se baja un poco el pantalón de cintura elástica que ha escogido de forma expresa para la visita de entre la distinta ropa premamá que ha comprado. Luego se vuelve hacia la izquierda y ve en el monitor la lectura de la ecografía. El doctor la tranquiliza.

—He calentado un poco el gel para que ni usted ni su bebé dieran un salto. Aquí está, es perfecto, ¿oye el latido? —Gin, muy emocionada, hace un gesto de asentimiento, mientras el médico toma las medidas de las diversas partes del feto y las transcribe en una carpeta que tiene abierta a su lado—. Es todo perfectamente normal y sigue creciendo. También puede verse el sexo. ¿Quiere saberlo o prefiere que sea una sorpresa?

NOVENTA Y SIETE

—Mamá, ¿por qué todos los días llegas tarde? ¡Mis amigos siempre tienen a su madre o a su padre esperándolos y yo, sin embargo, siempre tengo que esperarte a ti!

Daniela se disculpa:

—Tienes razón, tesoro, se me ha hecho tarde, no volverá a pasar.

—Incluso hoy, que es mi cumpleaños, has acabado llegando tarde al colegio.

Sebastiano, que está al volante, intenta justificarla:

—Ha sido culpa mía. Le he pedido a tu madre que me acompañara a recoger este coche porque quería venir a buscarte con ella. Pero, oye, tengo una sorpresa: ¿ves que detrás de mamá hay una pantalla? Mira lo que hace ahora…

Sebastiano mete un DVD en el equipo de música del coche. En ambos monitores empiezan a verse unas imágenes.

—¡No!… ¡Qué chulada! ¡Es la última película de Disney! ¡Es la que quería ver! ¡*Buscando a Dory*! ¡Es la continuación de *Buscando a Nemo*! ¿Sabes, Sebi, que he visto *Buscando a Nemo* más de diez veces? Además de *Stitch!* y *Tarzán*, es mi película favorita. ¡Pues sí que habéis hecho bien llegando tarde! Ahora podéis ir a donde queráis y mientras tanto yo miro la peli.

Sebastiano y Daniela se miran; ella le sonríe mientras él sigue conduciendo tranquilo y lo observa por el espejo retrovisor.

—¿Te apetecería ir a comer una hamburguesa con patatas fritas? ¿Vamos al McDonald’s?

¿Podemos, mamá?

—¡Sí! ¡Me gustaría muchísimo! Me apetece un montón, mamá… ¿Puedo?

—Luego te dolerá la tripa como siempre.

—Pero comeré despacio.

—Mejor que no.

—Pero es mi cumpleaños…

—Por eso. Quiero celebrarlo con tu sonrisa, no con tus lágrimas por el dolor de barriga.

—Está bien…

Sebastiano lo ve disgustado.

—¡Pues haremos otra cosa: vamos a mi casa y hago que te preparen igualmente una buena comida, pero que no te provoque dolor de barriga!

—¿Patatas fritas también?

—¡Claro! Es más, llamaré enseguida.

Sebastiano marca el número de su casa poniendo el manos libres. Contesta el criado.

—Martin, estamos llegando, somos tres. El cumpleañero, su madre y yo. ¡Prepáranos algo bueno de comer!

—Por supuesto, *sir*.

—Gracias.

Corta la comunicación.

Vasco se inclina hacia él desde el asiento de atrás.

—¿Por qué te llama *sir*? ¿Eres uno de los de la mesa redonda? ¿Eres como Lanzarote y el rey Arturo?

Sebastiano mira a Daniela, ella se echa a reír.

—Eso, muy bien, veamos ahora cómo te las apañas.

Sebastiano la observa divertido y acepta el reto.

—Sí, digamos que yo me siento a una mesa cuadrada, soy un caballero del rey Arturo, pero actual.

—¡Qué guay! —Vasco se pone de nuevo a mirar la película.

Sebastiano se vuelve hacia Daniela.

—¿Has visto?, solo hay que encontrar las palabras adecuadas y siempre hay una explicación para todo.

Daniela asiente, satisfecha por cómo le ha contestado.

—Sí, tienes razón.

Entonces piensa para sus adentros: «Antes o después, yo también tendré que encontrar las palabras adecuadas; están tan bien juntos, Vasco tiene que saberlo. —Mira de nuevo a Sebastiano mientras conduce—. Estoy muy contenta de que él sea el padre. Me ha sorprendido de verdad; cuando se lo dije se alegró enseguida, nunca lo ha puesto en duda y ha creído toda la historia, como tenía

que ser. Tal vez fueron mis palabras más que otra cosa las que lo convencieron. Cuando le dije: “No quiero nada de ti, no he venido por tu dinero o para crearte problemas, solo quería que lo supieras, nada más. Ha sido todo tan raro, pero ahora me parece que es lo más justo”. Él me sonrió y me contestó: “Siempre he pensado que tú eras exactamente así”. Esas palabras me llenaron de felicidad. A veces son las cosas más simples las que te hacen feliz. Luego añadió otras, de igual belleza: “Si solo se te parece un poco, será el niño más guapo que pudiera traer al mundo. Hoy me has hecho un regalo inesperado. Un día te diré una cosa”».

Daniela lo mira. No han hablado más de ello, pero ella sabe esperar. Llegará un día en el que le dirá a Vasco lo adecuado y en el que sabrá esa «cosa». Daniela ignora que esa fecha tan esperada será precisamente hoy.

El Range Rover de Sebastiano se detiene delante de la verja blanca. Él coge el mando a distancia y la abre. Cuando la verja está abierta por completo, entra en el enorme jardín y se dirige al aparcamiento. Vasco se acerca a la ventanilla.

—Y ¿esta casa es tuya?

—Sí.

—Y ¿todo esto es tuyo?

—Sí.

—¡Pero si es como Villa Borghese! Pues entonces lo justo es que yo también te llame *sir*; eres un caballero de la mesa cuadrada de verdad, pensaba que me habías dicho una mentira.

No le da tiempo a bajar del coche cuando, por detrás de la esquina de la casa, aparecen todos sus compañeros de escuela. Corren hacia él como si disputaran la carrera más importante del mundo y la recompensa fuera el premio más bonito que nunca pudieran imaginar.

—¡Felicidades! —Lo arrollan mientras lo abrazan.

Vasco se queda sin palabras, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, sonriendo casi alelado, abrumado por tanto afecto. Mira a Daniela y luego a Sebastiano y luego a todos los amigos, que, por turnos, apoyan la cabeza en su pecho o lo abrazan diciendo frases como «Te quiero», «Muchas felicidades, Vasco», y alguna niña lo besa en la mejilla y de vez en cuando por error también en la boca, y él, naturalmente, se limpia con el borde del suéter. Luego, cuando ya todos lo han saludado, Daniela se le acerca.

—¿Has visto qué bonita sorpresa? ¿Nos perdonas ahora? ¿Has visto por qué hemos llegado tarde? Ha sido idea de Sebi.

Él, un poco incómodo, se justifica en cierto modo con Vasco:

—Me lo han sugerido mis compañeros de la mesa cuadrada. ¡Me han dicho: «Invita a sus amigos por su cumpleaños, a Vasco le gustará»!

—Es verdad.

—Pero no solo me han dicho eso. Ya verás cuántas cosas habrá después de comer. Hay unas personas que te seguirán a donde vayas todo el día; aquí están.

Aparecen tres chicas y un mago con una peluca azul y un gran sombrero en la cabeza y enseguida se llevan a todos esos niños.

—Venid, la comida está lista. ¡Cada uno que se siente en su sitio!

En el gran porche hay una mesa con unos muñequitos azules para los niños y rosa para las niñas, con la imagen de su cara pegada encima, indicando dónde tiene que sentarse cada uno. El muñequito de Vasco también tiene su foto y, además, lleva una corona en la cabeza.

—¡Pero si este soy yo! —Lo coge y lo gira feliz hacia Daniela.

Sebastiano le explica el porqué.

—Así es, porque los amigos de la mesa cuadrada han decidido que hoy tú seas el rey, en vista de que es tu cumpleaños, y al lado tienes a tu damisela y a tu fiel escudero.

Efectivamente, a su derecha está el muñequito con la cara de Niccolò, el amigo simpático que le regaló el Skifidol, y a su izquierda, el muñequito rosa con la cara de Margherita, la niña que Daniela sabe que le gusta muchísimo. Vasco se sienta y es el crío más feliz del mundo. Sirven en sus platos de cartón de colores patatas fritas y también pequeños panecillos con jamón y embutido, luego pequeñas pizzas rojas y blancas y además escalopes de la medida de un bocado que todos los niños hacen desaparecer en poco tiempo. En el equipo de música se alternan todas las canciones de sus dibujos animados preferidos. Las tres chicas son atentas y se ven preparadas; se ocupan a la perfección de llenar continuamente los platos de los niños, los vasos de Coca-Cola, Fanta y agua no demasiado fría. De vez en cuando, una de ellas acompaña a los niños al baño. Empiezan los trucos del mago y el espectáculo de guiñol con las marionetas y también aparece un personaje de dibujos animados de carne y hueso y alguno de los amigos de Vasco incluso se asusta, pero una de las tres chicas hace que lo toque supera así el miedo. Luego juegan con unas grandes pompas de jabón que sacan de un barreño que son capaces de contener a un niño entero y que se rompen sobre sus cabezas. Una chica llega con un micrófono y comienzan a sonar los temas instrumentales de sus dibujos animados favoritos; algunos niños

cantan, y se pasan el micro poniéndose a prueba en lo que parece una pequeña competición musical. Y como última sorpresa también hay una especie de piñata, un gran armazón cuadrado pende de la rama de un olivo con muchos premios envueltos colgando. Todos los niños tienen un garrote de plástico y se divierten como locos golpeando los regalos, haciéndolos caer. Se apoderan de ellos, les quitan el envoltorio y luego saltan felices sobre sí mismos porque cada uno ha encontrado algo que le gusta. Con la música de «Alvin y las ardillas», Daniela ve la alegría de todos esos niños, la felicidad de su hijo; entonces se vuelve y se fija en que, un poco más allá, está Sebastiano mirando todo eso con una enorme sonrisa estampada en la cara, feliz por esa sorpresa tan exitosa.

A las siete, la verja se abre y entran uno detrás de otro los coches de los padres. Es una especie de carrusel; se paran, saludan, dan las gracias, cogen a su hijo y vuelven a marcharse, uno tras otro, hasta el último e inevitable tardón, que abandona la villa pidiendo disculpas.

—¿Y bien? ¿Te ha gustado tu fiesta sorpresa?

—Muchísimo, mamá. —Y la abraza con fuerza.

Sebastiano se disculpa, entra en la casa a dar algunas indicaciones a Martin y a Idan, pero sobre todo para dejar solos a Daniela y a Vasco.

—¿Has visto, mamá, qué bonitos regalos me han hecho mis amigos del colegio? Están todas las cosas que he visto en la tele, algunas te las iba a pedir por Navidad, pero me las han traído ellos.

—Sí, lo he visto. Pero el mejor regalo te lo ha hecho Sebi. La idea de la fiesta fue suya. ¡Pidió los números de teléfono de todos los padres de tus compañeros de colegio para darte esta sorpresa!

—Ha sido estupendo. Yo a Sebi lo quiero mucho. Ahora puedo decírtelo: mucho más que a Filippo.

Daniela se echa a reír. Entonces, de repente, comprende que ha llegado el momento de comunicárselo, pero no sabe exactamente cómo empezar. A continuación, se acuerda de esa película de la que habló con Babi y tiene una iluminación.

—Vasco, tengo que decirte algo. Hace mucho tiempo, Sebastiano tuvo un accidente, se golpeó en la cabeza y no se acuerda de nada. En realidad, él es tu papá.

El chiquillo abre la boca, se queda sorprendido, pero no afectado.

—¿En serio?

—Sí.

—Pero ¿estás segura?

—Claro…

—Pero si es muy simpático. Pues entonces tengo un padre superguay. Y, antes o después, ¿se acordará?

—A mí me parece que, si vas tú y se lo dices, recobrará la memoria y estará muy contento.

—¿Estás segura, mamá? —Estoy segurísima. Cuando se lo digas, él se acordará de todo en un instante y, si lo dice tu madre, es que es así. ¿Te he dicho alguna vez una mentira?

Vasco se queda un instante perplejo, a continuación, le sonríe. «Es cierto, mamá no dice mentiras». Entonces deja caer el garrote en el suelo y camina hacia la puerta principal de la casa.

Sebastiano está allí, de pie, dando algunas indicaciones a Martin, que está quitando la decoración, cuando oye que lo llaman.

—Sebi… —Se vuelve y ve a Vasco solo en el salón—. Quería darte las gracias por la fiesta. Ha sido estupenda, una sorpresa que me ha gustado muchísimo, de verdad.

Sebastiano permanece de pie y le sonríe.

—Me alegro de que te hayas divertido.

—Tengo que decirte algo. Me ha gustado todavía más porque he sabido una cosa. Tú no te acuerdas, pero tengo que contárselo: tú eres mi papá.

Entonces Sebastiano, sorprendido, se vuelve hacia Daniela, ve que sonríe y asiente desde lejos, así que, sin esperar más, se pone de rodillas delante de él y lo abraza con fuerza. Vasco, con la voz casi ahogada a causa del abrazo, le repite:

—¿Ahora te acuerdas un poco? ¿Aunque sea solo un poco?

Sebastiano se aparta de él y lo mira emocionado y conmovido.

—Me acuerdo muchísimo. Me acaba de venir a la memoria justo ahora… Soy muy feliz de ser tu papá.

Entonces Vasco se aparta y se dirige a la puerta; a continuación, se vuelve y le sonríe.

—Pero que no se te vuelva a olvidar, ¿eh?

—No, claro que no.

Vasco va corriendo hacia Daniela gritando con fuerza:

—¡Mamá, mamá, se lo he dicho! ¡Tenías razón, se ha acordado enseguida!

—¿Has visto? Nunca te cuento mentiras.

—¿Ahora podemos irnos a casa, que quiero jugar con la Wii que me han

regalado?

—Sí, mete los regalos en el coche, voy enseguida.

—Está bien.

Vasco va a recoger los juguetes al porche mientras Daniela se reúne con Sebastiano.

—¿Cómo lo has conseguido?

—He tenido un gran maestro. Solo hay que encontrar las palabras adecuadas…

Sebastiano sonríe.

—Es verdad…

—Le he dicho que habías perdido la memoria, que además es la trama de una preciosa película inspirada en una historia de amor real.

—Te dije que tenía que decirte una cosa. Bueno, cuando supe que Vasco era mi hijo, fui el hombre más feliz del mundo. Yo pensaba que nunca tendría hijos. Tal vez porque creía que nunca encontraría a una mujer para mí. En cambio, has sido tú quien me has encontrado a mí.

Y se queda así, delante de ella, con los ojos entornados, sonriéndole de ese modo tan suyo, y luego, simplemente, le dice:

—Gracias.

—No, gracias a ti por esta magnífica fiesta para tu hijo.

NOVENTA Y OCHO

Abro la puerta y oigo su voz procedente del salón:

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido? ¿Se han dado de tortas?

Cuelgo la cazadora en la entrada, en el perchero, y dejo las llaves dentro de la bandejita que está encima del mueble mexicano a la izquierda.

—No, por suerte, no. Pero un poco más y los atizo yo a los dos.

Encuentro a Gin en el salón, con los pies sobre la mesa de centro, un cojín detrás de la cabeza, muy relajada, viendo la televisión con el sonido bajo.

—¿Eh? Pero ¿qué haces? ¿Me engañas? ¿Ves Canale 5 a esta hora?

Se ríe mientras come un trozo de hinojo que coge de un bol azul cielo que sostiene sobre la tripa.

—¡Es que a mí me gusta más Bonolis! Fulvio se hace demasiado el actor de teatro. A veces, para decir si una respuesta es o no acertada, hace unos juegos de palabras absurdos. Cita a Molière, a Chéjov, una vez incluso a Schnitzler. ¿Tú sabías que Arthur Schnitzler había escrito una obra que se llamaba *La ronda*?

—¡No lo sabía! Pero ¿estás segura?

—Sí, lo dijo Fulvio. Y después lo busqué en Google y es verdad. Hay diez escenas en las que hablan dos actores distintos cada vez, y en todas ellas acaban practicando sexo. Cada vez uno se queda en el escenario y se encuentra con el personaje siguiente.

—Con el que practica sexo…

—Exacto.

—Bueno, ¿lo ves?, ahora ya conoces la trama de *La ronda* de Arthur Schnitzler.

—No me cuentes historias… Para mí Fulvio es demasiado *vanesio*.

—¿*Vanesio*? Y ¿de dónde has sacado ahora esa palabra? ¿También te la ha

dicho Fulvio?

Gin se ríe.

—No, esa ya la sabía por mi cuenta. La estudié en el colegio. *Vanesio*, una persona tonta que se complace de sí misma. Nace de una comedia en la que el protagonista se llama Vanesio y se comporta así. Desde entonces se usa ese término. ¡Fulvio lo es, pero quizá aún no lo sepa! Podría presentar yo en su lugar.

—Ojalá, me sacarías las castañas del fuego.

—Espera, espera. —Coge el móvil y empieza a buscar—. «Sacar las castañas del fuego»… ¡La expresión completa es: «Sacar las castañas del fuego con la mano del gato»! Nació a partir de una fábula de La Fontaine. Un mono convence con elogios a un gato para que coja las castañas de un brasero. ¡El gato lo hace y se quema la pata! ¿Lo ves?…, porque era un gato *vanesio*. Sí, está decidido, yo haré de presentadora, pero después de parir.

—Es verdad, no te he dicho nada, perdóname. ¿Cómo ha ido?

—Muy bien. Medidas perfectas, crece de manera normal… Y también me han dicho el sexo.

—No, no me lo puedo creer. ¡Por fin!

Gin coge una carpeta que está a su lado sobre el sofá y me la tiende, pero cuando intento agarrarla, ella la aparta hacia atrás dejándome con las manos vacías.

—No, no te la daré. ¡Haber venido a la cita!

—Pero no es que se me haya olvidado. Es que no he podido, en serio. Renzi estaba en Milán y no había nadie que pudiera resolver el problema. Te lo aseguro, me he visto obligado a quedarme.

—Pues claro, como ahora el señor es el productor…

—Tonta.

Gin me tiende de nuevo la carpeta, trato de hacerme con ella, pero es más rápida y, con solo mover la muñeca, me la arrebata.

—¡Venga, eres terrible!

—Muy terrible y muy vengativa. Vale, vamos a jugar a un juego: quiero ver si adivinas de qué sexo es, al fin y al cabo, lo pone aquí. Si lo adivinas, tú escoges el nombre. Si te equivocas, lo escojo yo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Me sonríe. Deja la carpeta en el respaldo del sofá, justo delante de mí. La miro a los ojos e intento adivinarlo. Ella enarca una ceja.

—No te daré ninguna pista.

De repente me viene Babi a la cabeza, de manera inevitable, dramática. ¿Cómo le comunicó la noticia a su marido? ¿Supo el sexo del niño en la primera visita? Y, cuando lo supo, ¿se lo dijo enseguida? ¿Lo esperó en casa o le mandó un mensaje en cuanto salió del ginecólogo? Y, si lo hizo, ¿le envió la foto de un niño varón, de un lazo azul, de unos zapatitos celestes de bebé, del símbolo masculino del círculo y la flecha hacia arriba, orientada a la derecha, que representa un escudo o se refiere al dios romano Marte?

—Eh…, ¿y bien? Pero ¿en qué estás pensando? ¡O es niño o es niña, no hay tantas opciones!

¡Tampoco es que te esté pidiendo que adivines el peso!

Sonrío, pero estoy molesto. Intento que no lo note, aunque una inquietud se apodera de mí desde lo más profundo. El niño que vive con Babi y su marido es mío. Y entonces, por oposición, sin haberlo pensado realmente, le suelto de golpe:

—¡Niña!

Gin se queda con el hinojo mordido en la boca y luego sigue masticando.

—Bien. ¡Ostras! ¡Siempre tienes suerte!

—Bueno, tenía un cincuenta por ciento de probabilidades. Pero me ha salido bien. Bueno, vamos a ver… ¡Gertrude! Sí, eso es, Gertrude me gusta muchísimo, un nombre no demasiado común, un nombre importante. Gertrude era la reina, la madre de Hamlet, de la famosa obra de Shakespeare.

—¿Se puede saber quién te cuenta todas esas cosas? Fulvio no las sabe. ¿Puede ser Renzi? ¡Me gustabas más cuando eras un ignorante! Pero ¿a ti te parece que mi hija va a llamarse Gertrude?

Escucha cómo suena…

—Precioso, único, especial… ¡He ganado, así que el nombre lo decido yo!

—¡Pero lo he dicho por decir! Y, además, Gertrude también era el nombre de la monja de Monza.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! Esto también es fruto de mis personales conocimientos escolares. No querrás que tu hija sea igual de pecadora, ¿no?

Y continuamos tanteando nombres de niña: Giorgia, Elena, Eva, Giada, Francesca, Ginevra, como la madre, o incluso Gin, Anastasia, Anselma, Isadora, Apple, como la hija de Chris Martin y Gwyneth Paltrow, o Lourdes María, como la hija de Madonna, o incluso el nombre de la hija de Cher y Sonny Bono,

¡Chastity! Seguimos bromeando, y todo esto me recuerda a cuando Babi y yo entramos en aquella casa de la costa con acceso al mar y encontramos unos albornoces con las iniciales, y después de bañarnos nos los pusimos y empezamos a inventar los nombres más absurdos, exagerando a propósito. Al final, Amarildo y Sigfrida estaban abrazados mirando las estrellas, tan felices como para sentirse a tres metros sobre el cielo. Noto una punzada en el estómago. ¿Lograré algún día librarme de ella, de cada recuerdo, alegría o dolor, de todo lo que durante tantos años se me ha quedado irremediablemente dentro?

NOVENTA Y NUEVE

Babi baja del dormitorio de Massimo.

—Te he mandado rosas rojas y ni siquiera me has enviado un SMS…

Lorenzo está de pie en medio del salón.

—He estado fuera todo el día, sabía que ibas a volver. Y luego quería revisar los deberes de Massimo.

—Para eso tenemos a una tata.

—Necesito que mi hijo crezca conmigo, que oiga mi voz. Odio cuando en la escuela los niños hablan con el acento de los filipinos.

—Siempre has sido racista.

—Soy la persona más tolerante y abierta del mundo. Cuando hablas de mi hijo y de su educación a veces me sorprendes. Pensaba que me conocías, no me gusta tener a una tata por casa. Nosotras, de pequeñas, tampoco tuvimos.

—Pero podemos permitírnosla…

Babi lo mira con mala cara.

—Mis padres también podrían haberla tenido si hubieran querido, pero lo prefirieron así.

Entonces se acerca a las rosas, las esparce en el jarrón, coge la nota que está al lado y la lee: «Te amo como entonces». Vuelve a cerrarla.

—Gracias, son preciosas.

—¿Sabes por qué te las he regalado? —Babi permanece en silencio. Ordena unas piezas de un juego de Massimo que se han quedado por el suelo. Lorenzo la mira mientras está de espaldas—. Porque hoy es nuestro aniversario. De la primera vez que nos besamos. Era de noche, y muy tarde, estábamos en el Gianicolo. Bajamos del coche, hacía frío y tú me dijiste: «Abrázame». Y yo lo hice, te abracé y nos quedamos un rato así. Luego te besé, tú te reíste y me

dijiste: «Y ¿qué quiere decir esto? ¿Que nos hemos hecho novios?». Y yo te contesté: «No, que quiero casarme contigo». ¿Lo recuerdas? —Lorenzo sonríe, saca un paquete de cigarrillos y enciende uno.

—A la perfección. Como tú no te acuerdas de no fumar en casa.

Babi sale a la terraza, Lorenzo coge un cenicero y la sigue. Lo deja en el borde de la barandilla y se acerca a ella. Se quedan un rato en silencio, mirando los coches que pasan por la via Nomentana.

Hay un poco de tráfico. En una lejana azotea ondea la bandera de una embajada, más allá se ven las espléndidas bóvedas de Santa Constanza.

Lorenzo mira a su alrededor.

—La terraza ha quedado estupenda. La iluminación también me gusta mucho. ¿Nos sentamos ahí?

Le señala un sofá al lado de unos madroños y un pino rodeno iluminado con luces azules. Babi lo alcanza mientras él se acerca al interruptor de las luces de la terraza y las baja ligeramente. Cuando Babi se vuelve ya no lo ve; en ese momento oye sonar en los altavoces *Meraviglioso*, de los Negramaro[51], que se extiende por la terraza, y al momento aparece Lorenzo con un mando a distancia en la mano.

—Baja un poco la música; me da miedo que, si Massimo nos llama, no lo oigamos.

Entonces él le sonríe y le muestra un vigilabebés encendido.

—Con esto seguro que lo oiremos. —Lo deja sobre la mesa de centro delante de ella—. ¿Quieres algo de beber?

—Un café, gracias.

Lorenzo vuelve a entrar en casa y poco después aparece con una bandeja con el café para Babi y una botella de whisky Talisker con un vaso bajo y una cubitera con hielo. Se sienta, se llena el vaso con cubitos y echa el whisky, hasta que está casi lleno. Luego le da un trago, se apoya en el respaldo, abre los brazos y mira hacia el cielo.

—Siempre estoy viajando por el mundo y, aun así, no consigo mitigar la inquietud, doy más vueltas que una peonza, y lo que en realidad me gustaría es estar aquí contigo.

—Pero incluso cuando estás aquí, en Roma, tampoco te vemos nunca. No vienes a comer a casa, no vas a recoger a Massimo al colegio y, por la noche, casi siempre tienes cosas que hacer o quedas con tus amigos. Todo eso hace que

piense que hay otra.

—Ojalá.

Babi se vuelve y lo mira sorprendida, no lo entiende. Lorenzo da otro trago y se termina el whisky. Se llena de nuevo el vaso y sigue bebiendo; a continuación, saca el paquete y se enciende otro cigarrillo.

—Te tengo en la cabeza desde que era pequeño. Te he perseguido toda la vida, iba detrás de ti, te buscaba, te llamaba, te invitaba a fiestas…, siempre has sido mi obsesión.

—Nunca he creído que fuera tan importante para ti. Así pues, ¿estás contento de haber conseguido realizar tu sueño? Me casé contigo.

Lorenzo se termina de nuevo el vaso, lo llena y sigue bebiendo. A continuación, le da una calada al cigarrillo.

—No te casaste conmigo. Fui yo quien se casó contigo. Mejor dicho, una parte de mí, la que necesitabas para llenar el espacio que podía ocupar en tu vida. Aún no comprendo por qué precisamente yo. Por qué me elegiste. Tal vez querías castigarme por algo.

Babi se echa a reír. Lorenzo aprovecha su distracción, la atrae hacia sí y la besa. Por un instante, ella lo deja hacer, aunque no abre la boca. Entonces él le levanta el vestido, le toca las piernas, intenta abrírselas y meter la mano en sus bragas, pero ella se resiste, aprieta los muslos, no se deja tocar. Lorenzo hace más fuerza, pone una pierna encima de las suyas para intentar abrírselas, y en ese punto empieza una especie de lucha, pero de repente Lorenzo se aparta porque ella le muerde el labio.

—¡Ay!

—Te estabas pasando.

—Te deseo.

—Así no.

—¿Sabes cuánto hace que no hacemos el amor? Más de ocho meses. ¿No comprendes que aún te amo? ¿Qué tengo que hacer para que lo entiendas? Eres la única a la que deseo, que me gusta, que me excita.

—Voy a ver cómo está Massimo.

Babi se aleja dando un gran rodeo. Lorenzo la mira al marcharse.

—Me gustaría que me amaras una décima parte de lo que lo amas a él —dice Lorenzo. Después, coge el vaso y se lo termina de un trago.

Babi entra en casa. «Incluso una décima parte —piensa— seguiría siendo demasiado».

CIEN

Gin se despierta temprano y va a la cocina. Sabe que Step tenía una cita a primera hora. Encuentra una nota delante de su taza del desayuno:

Mucha suerte para hoy, un beso.

Entonces coge el móvil y le manda un mensaje:

Gracias. Un beso también para ti.

Aunque se fija en que no aparece el doble *check* azul de WhatsApp indicando que lo ha leído.

Gin se prepara el desayuno, pone agua a hervir y, mientras tanto, da unos pequeños bocados a una tostada; a continuación, hojea el periódico, lee algunas noticias, mira la página de espectáculos.

«Hace mucho que no vamos al teatro. Me gustaría ver esta obra, *Due partite*, de Cristina Comencini. Va de unas chicas de los años sesenta que luego son las madres de las chicas que salen en el segundo acto. Es una buena idea. Y, además, la interpretan cuatro buenas actrices. A lo mejor compro las entradas y le doy una sorpresa. —Entonces cambia de idea—: Mejor que no; si luego tiene un evento o una gala importante, me dará plantón, y con motivo». Oye que el agua está hirviendo, se levanta, apaga el fuego, mete una bolsita de té verde dentro, la mueve arriba y abajo y poco después la retira.

A continuación, coge un agarrador acolchado para no quemarse y lleva la tetera a la mesa. Llena la taza, se echa una cucharada de miel y empieza a agitarla para que se derrita. Mientras tanto, se come otra tostada. Mira la hora. Todavía tiene tiempo. «Al final, prescindiendo de quién había ganado, decidimos el nombre de nuestra niña. Se llamará Aurora. Estoy muy contenta, verdaderamente es un momento maravilloso de mi vida: el próximo nacimiento de Aurora, la habitación para ella, que habrá que hacer nueva, el trabajo de Step, que va creciendo cada vez más; su carácter ha mejorado mucho y hoy, por si no fuera suficiente, me han citado en un bufete de abogados para una entrevista después de haber estado enviando currículums. Claro que lo envié hace seis meses, ¡cuando todavía no sabía que pronto íbamos a ser dos!…». Después se arregla con calma, se da una ducha, se seca el pelo, se maquilla, se queda indecisa sobre si ponerse una falda o el pantalón azul marino, una blusa blanca, un bonito cinturón ancho y unos zapatos no demasiado altos, negros. Luego, al final, se decide y, vestida de punta en blanco, sube en su Fiat 500L y orienta el retrovisor. «Bueno, más tranquila que así es imposible». Al cabo de un rato llega al viale Bruno Buozzi. La oficina está allí. Encuentra aparcamiento enseguida y eso le parece una excelente señal del destino. A continuación, cierra el coche y entra en un precioso portal. La entrada es toda de mármol. En las esquinas, cerca de la escalera principal, hay dos grandes plantas bien cuidadas. A la derecha, en cambio, la portería, donde un hombre sentado a una pequeña mesa de madera revisa el correo que acaba de llegar.

—Buenos días, voy al bufete de abogados Merlini.

—Sí, debe subir en el segundo ascensor, tercera planta.

—Gracias.

Gin sigue las indicaciones del portero y llega frente a una gran puerta con una placa con el nombre del bufete y sus varios asociados. Llama al timbre. Ve que, a la izquierda, un poco más arriba de la puerta, hay una pequeña cámara. Casi con seguridad alguien la está observando. La puerta se abre con un sonido electrónico.

—Buenos días. —Entra, cierra la puerta a su espalda y se dirige a una joven con el pelo corto que está sentada detrás de un pequeño escritorio—. Soy Ginevra Biro, tengo una cita con Carlo Sacconi.

—Sí, por aquí… —La chica sale de donde está y camina por el pasillo de las oficinas.

Gin la sigue, mirando a su alrededor. El bufete es muy bonito, grande, con

varias salas en las que están los abogados, hombres y mujeres muy jóvenes. La chica se para delante de un despacho con la puerta abierta.

—Señor Sacconi, ha llegado la persona que esperaba.

Gin entra en el despacho. Un hombre de unos cuarenta años se levanta, sale de detrás de la mesa y va a su encuentro.

—Es un placer conocerla. Por favor, tome asiento.

Gin se sienta delante de donde estaba antes el hombre, que, después de cerrar la puerta, vuelve a su sitio.

—Me alegro mucho de que haya aceptado esta entrevista. Hace que tenga esperanzas, significa que todavía no ha entrado en otro bufete.

Gin sonríe.

—Exacto, de momento no le he dicho que sí a nadie. ¡Excepto a mi marido hace unas semanas!

—¡Ah! ¡Se ha casado hace poco! Bien, felicidades entonces.

—Ahora me estoy recuperando un poco de la boda. Fue estupendo prepararla, pero también muy agotador; por suerte después hicimos un bonito viaje de novios muy relajante.

—Y ¿a qué bonito lugar fueron?

—A Fiyi, islas Cook y Polinesia.

—Debe de ser un viaje precioso. Mi mujer y yo estuvimos en las Mauricio. Pero no nos gustó mucho. En cambio, un viaje que nos encantaría hacer es a las Seychelles.

—Me han dicho que son preciosas.

—Sí, hay una isla grande que se llama Praslin, pero todo el mundo dice que el lugar realmente magnífico es La Digue.

—Mi marido también me lo ha dicho. —Y Gin sigue hablando, sorprendida de no sentirse en absoluto incómoda; es más, le parece lo más natural del mundo —. Tal vez un día nos encontremos allí de vacaciones.

—Sí, a veces se dan estas coincidencias.

Siguen comentando las particularidades de todas las pequeñas islas de las Seychelles. Y el abogado parece saberlo todo sobre el clima («En julio y agosto hace frío»), sobre la sandía («La planta con la semilla más grande del mundo»), sobre el primitivo árbol medusa, sobre el loro negro de Praslin y el atrapamoscas del paraíso.

—¡Pensaba que lo decía por decir, pero es usted realmente un fan de las Seychelles! Vayamos todos juntos, pues, así nos hace de guía.

El abogado se ríe.

—Claro, los avisaremos con tiempo. Bueno, ahora vayamos al grano y, sobre todo, a su tesis.

Usted también tiene un fan, ¿sabe? Se trata de nuestro jefe supremo, el abogado Merlini en persona.

Leyó su tesis sobre derecho digital y la encontró extraordinaria. Esa fue la expresión que usó, y quiso remarcarla, *extraordinaria*, por la manera en que ha sabido enfocar el fenómeno en términos legales.

¿Qué le parece?

—Pues que me alegro mucho, me entusiasmó hacerla, y estoy contenta de que le gustara al señor Merlini. Pero tengo que ser sincera…

El abogado detiene a Gin con un gesto de la mano.

—No me diga nada, no quiero saberlo, y más si se refiere a otro bufete en el que tengo amigos; no quiero cometer una incorrección. Nosotros, además de las prácticas, también le reembolsaríamos los gastos e incluiríamos las dietas de forma semanal. No digo que ya esté contratada, pero se acerca mucho. El señor Merlini me ha dado expresamente todas las indicaciones. De modo que no debo hablar con nadie para proponérselo. —A continuación, Sacconi mira a Gin sonriéndole—. Espero que acepte mi propuesta.

—Y yo espero que usted pueda aceptar la mía: tengo una hija.

—¿Quiere que también la contratemos a ella aquí, en el bufete?

—Puede que dentro de unos veinte años; de momento está estudiando dentro de mí. —Y se toca la tripa para ser aún más explícita.

—Bien, me alegro por ustedes, y espero que esto pueda conciliarse a la perfección con nuestro proyecto. Hablaré de ello con el señor Merlini, pero estoy seguro de que no será ningún problema.

En la medida en que sea compatible, dedicará su tiempo a la recién nacida y también un poco a nosotros y, conforme vayamos avanzando, ya encontraremos la solución más justa, no me cabe duda.

Gin se queda sorprendida al oír esas palabras.

—Por supuesto, me hace mucha ilusión. Así pues, ¿me dirá algo usted?

—Desde luego, lo antes posible. —El abogado se levanta y se dirige a la puerta—. Venga, la acompañaré.

Salen del despacho y recorren todo el pasillo hasta llegar a donde está la secretaria.

—Entonces, hasta pronto.

—Gracias por haber venido. Valoro su trabajo y su sinceridad.

Sacconi se va. La secretaria hace que la puerta se abra y, justo cuando Gin está saliendo del bufete, casi choca con un chico.

—Disculpe.

—¡Disculpe usted!… ¡Ginevra! ¡Qué sorpresa! Pero ¿qué haces aquí?

Ella necesita unos segundos para ubicarlo.

—¡Nicola! ¡Hola! —Se dan un beso—. He venido a una entrevista. ¿Y tú?

—Trabajo aquí. —Entonces le indica la placa de la puerta—. ¿Lo ves? Ya no te acuerdas de mi apellido.

«Es cierto. Se llama Nicola Merlini, ¿cómo he podido no acordarme? Pero hace mil años que no lo veo, tengo excusa».

—Tienes razón, la verdad es que no lo he pensado.

—¡No pasa nada! ¿Te apetece que vayamos a tomar un café? Hay un bar aquí abajo.

De modo que bajan en el ascensor y Gin lo mira intrigada. Nicola tenía debilidad por ella, e incluso habrían podido empezar una relación si no hubiera sido por la prepotente irrupción de Step en su vida.

—Hace un montón que no nos vemos, ni siquiera nos hemos encontrado por casualidad.

—Menos mal que ha ocurrido hoy; ¿qué tal ha ido?

—Bien, creo…

—Sacconi es muy competente. Sabía que mi padre había hablado muy bien de una tesis, pero no tenía ni idea de que fuera la tuya.

Entran en el bar.

—¿Qué tomas?

—Un descafeinado.

—Un café descafeinado y para mí uno normal, gracias.

De repente Gin tiene una iluminación. ¿Por casualidad no será que Nicola, al ver su currículum, ha querido que la contrataran?

—Nicola…, tú no tienes nada que ver con mi entrevista, ¿verdad?

—En absoluto.

—Sabes que solo por el hecho de saber que voy con enchufe no aceptaría el trabajo.

Les sirven los cafés.

—Aquí tienen.

—Gracias.

Ambos se echan azúcar. Luego Nicola le sonríe.

—Sé perfectamente cómo eres y me gustabas también por eso. Yo, de todos modos, no tengo nada que ver en esto. Todo ha sido gracias a tu tesis.

Gin disfruta aún más de su café. Nicola la mira y le sonríe. Todavía le gusta mucho. Ha hecho bien en insistirle a su padre para que la contrate.

CIENTO UNO

Cuando entro en Vanni, hay mucha gente. Todos charlan, ríen, es un continuo flirteo. Alguno se inventa una reunión de trabajo con tal de encontrarse con una chica guapa e intentar convencerla desde todos los puntos de vista. Algún otro está allí para trabajar en serio, mientras que otra chica guapa está convencida de lo contrario, aunque se equivoca de lleno porque ese tipo es gay. Entonces lo veo, sentado en un rincón, leyendo el periódico con las gafas apoyadas en la punta de la nariz y sosteniendo un capuchino a media altura con la mano izquierda.

—Enrico Mariani, la persona que me permitió entrar en este mundo de oropeles y lentejuelas.

Él deja el periódico y la taza sobre la mesa y se levanta.

—Ven aquí, maleante.

Me gusta oír esa expresión antigua en su cálida voz, amoldada al sesentón que es, fascinante y culto, arisco y simpático, un señor de otra época con una elegancia que muchos ni siquiera podrían imaginar. Me abraza con fuerza, luego me pone las manos sobre los hombros y me los aprieta mucho.

—Déjame que te mire. —Me examina—. Te veo en buena forma.

Seguidamente, me deja y nos sentamos.

—Yo a ti también.

—No te guasees. Estoy viejo y achacoso, tú eres joven y fuerte…

—Esos eran trescientos… ¡y están muertos!

Se echa a reír.

—Eres un verdadero granuja. Un maleante y un granuja. Me imagino la de mujeres que tendrás.

—¡Pero si acabo de casarme!

—Es cierto. No me encontraba muy bien, si no, habría ido encantado a tu boda. Gracias por la invitación, sé que no invitaste a nadie del ámbito del trabajo, así que ese detalle todavía me gustó más.

—Me parece que no tengo amigos en este ámbito, como mucho alguna persona a la que aprecio…

—¿Bromeas? Has hecho una carrera increíble. Futura está cosechando éxitos.

—Pero si estamos apenas en los inicios.

—Quien bien empieza…

—Está en la mitad de la obra.

Me divierte este juego, antes también lo hacíamos algunas veces, cuando empezamos a trabajar juntos.

—Entonces tendré que ir a proponerte algunas ideas.

—Encantado.

—Pero con la condición de que me las tumbes, como a cualquier otro.

—Si no son buenas…

—¡Pues claro!

—Si no, las cogeremos pagándotelas mal, como a cualquier otro.

Mariani se echa a reír.

—¡Trato hecho! ¿Te gustó mi regalo?

—Muchísimo…

Me mira y enarca una ceja, como si pensara que no me acuerdo de lo que me regaló.

Le sonrío.

—¿Me estás poniendo a prueba?

Bebe un poco de capuchino y sigue mirándome, mientras intenta adivinar si me estoy marcando un farol o no. Permanezco impasible. Al final, se seca la boca y deja la taza.

—Está bien. Si pierdo, pides lo que quieras, si no, lo pagas tú todo. Me parece que no te estás marcando un farol. En mi opinión sí sabes lo que te he regalado.

—De acuerdo, tomaré un sándwich y un capuchino frío.

Mariani levanta la mano y al momento llega Anna, la encargada de Vanni.

—¿Sí, Enrico?

—Otro capuchino caliente para mí y un capuchino frío y un sándwich para el señor.

—Muy bien.

—Gracias.

Anna se aleja.

—Pero estás jugando al revés, puedo decirte todo lo que no es… Puedo fingir que no sé cuál era tu regalo.

—Pero también sé que no me mentirás. Lo consideras una debilidad y, como tal, lo odias.

—Es cierto. Lo he colgado nada más entrar en el salón. Un cuadro de Balthus precioso.

No sabe que, cuando lo vi, por un momento pensé que me lo había enviado Babi. No podía creérmelo, menos mal que luego encontré su nota. Se la recito:

—«Al autor de una bonita historia, la tuya. En el presente no hay tiempo para el dolor de ayer».

—Te acuerdas…

—¡Claro, también intenté entender qué significaba!

—Siempre consigues hacerme reír.

Traen el sándwich y los dos capuchinos.

Enrico Mariani saca la cartera del bolsillo y paga.

—Gracias, Anna, quédate con el cambio.

Empezamos a tomarnos cada uno su capuchino en silencio. Yo, además, le doy un bocado a mi sándwich.

—¿Y bien? —Me coge desprevenido—. Lo que pasó en el Teatro delle Vittorie te unió todavía más a esa chica, en vista de que te has casado con ella.

—Sí.

—Y ¿eres feliz?

Todo el mundo está obsesionado con esa pregunta. Al final, creo que lo soy, de modo que puedo contestar sin mentir:

—Sí, mucho.

—¡Oh, por fin alguien que no se avergüenza de admitirlo! ¡A todo el mundo parece que le dé miedo ser feliz! Haces bien, disfruta de este momento, de la fama, del éxito, del honor, del dinero…

¡A lo mejor pronto llega también algún hijo! Está bien ser felices cuando podemos permitírnoslo. ¡Mi hijo, en cambio, no logra serlo nunca! Incluso ahora que está haciendo su primer programa como guionista, y no sé si tengo que agradecértelo a ti, aunque ese es otro tema…, bueno, ¡pues él no es feliz!

—Es por la inquietud de ser todavía joven, pero está por la labor… Déjalo

vivir su infelicidad, a lo mejor lo hace ser más creativo. Ya tendrá tiempo de ser feliz.

Mariani bebe sorbos de su segundo capuchino.

—Mmm, no me convences. ¿Es que has hablado con él?

—No, qué va.

—Está bien, sé sincero: ¿qué te parece?

—Un excelente guionista.

—Y ¿como hombre?

—Un excelente muchacho.

—¿Es marica?

—No. Es decir, no creo. Lo veo hablar con las bailarinas, pero sin darles mucha importancia. En mi opinión, está muy metido en el trabajo, con ganas de llegar, le gustaría superar a su padre, pero no será fácil.

—¡Bien, me has convencido, joder, debería haber quedado antes contigo! En un momento me has devuelto la paz, ahora estoy más tranquilo respecto a Vittorio. Aparte de que a mí me importa un pimiento si es marica o no. Solo me gustaría que algún día me invitara a comer y me dijera: «¡Papá, no sabes lo feliz que fui ayer, me lo pasé estupendamente, qué bien!».

—Ya llegará, estoy seguro; mientras tanto, por lo que puedo decirte, es un chico excelente de verdad.

—Bien, me he alegrado de verte. —Se levanta y me abraza—. ¡Tenemos que vernos más a menudo!

—Te espero en la oficina con tus buenos proyectos que pagaré muy mal.

—Sí, y, en cambio, yo intentaré sacar el máximo, porque sé que son los mejores.

Y se marcha así, algo renqueante, con su barba corta, el pelo blanco, el cuerpo enjuto pero vigoroso, como el de un luchador. Una especie de Hemingway televisivo que siempre ha pescado a las chicas más bellas. Luego me vuelvo y veo a Renzi en la barra. Está de perfil, se ríe, bromea y, de vez en cuando, come un bocado de *rustico* de hojaldre. Tiene un bíter en la mano y a una chica frente a él, pero no consigo verla bien. Entonces la chica, que agita las manos sin parar, lleva el peso a la pierna que tiene en el exterior y, cuando al fin se mueve, la reconozco. Es Dania Valenti, la *hija* que nos envió Calemi. Intento apartar la mirada, pero es demasiado tarde; ella también me ha visto y, sin dejar de sonreír, se lo dice a Renzi. Él se vuelve hacia mí, primero tenso, a continuación, cuando se encuentra con mi mirada y ve que sonrío, recobra el

natural aplomo de quien no ha hecho nada malo, al menos no todavía. Me reúno con ellos.

—¿Y bien?, ¿qué estáis celebrando?

—Ayer alcanzamos el 28 por ciento y Dania ha hecho de asistente de Karim durante todo el programa. Dice que todo ese punto y medio de más es mérito suyo…

Dania levanta su vaso.

—¡Mérito de mi simpatía! Evidentemente, no de mi belleza. Allí hay un montón de chicas más guapas que yo.

Por cómo Renzi la mira, me gustaría decirle: «¡Qué raro, él ni siquiera se ha dado cuenta de que hay otras chicas!».

Dania está eufórica.

—Lo que es bueno es el programa. O sea, mezcla la curiosidad de las preguntas con la que suscitan los personajes, en mi opinión, eso es lo fascinante…

Renzi escucha su teoría televisiva con gran curiosidad, pero entonces una chica se abalanza sobre nosotros.

—¡Dania! ¡Pero si estás en Roma! —Y se le echa encima arrollándola con un entusiasmo solo procedente en las películas de la tarde de Disney Channel.

A continuación, la recién llegada se aparta y salta sobre los dos pies como un raro canguro de pelo largo.

—¡Qué pasada! ¡Alucinante! ¡Qué contenta estoy de verte!

Dania, educada, nos la presenta.

—¿Puedo presentarte a Giorgio Renzi y a Stefano Mancini, el productor?

La chica se quita las gafas y me sonríe.

—¡Pero si nosotros ya nos conocemos, soy Annalisa, Annalisa Piacenzi!

En este momento, la reconozco.

—Claro, por supuesto, ¿cómo estás?

—Muy bien, a pesar de que no me habéis escogido para «Lo Squizzone»…

Dania parece disgustada.

—Venga ya, ¿hiciste la audición? Pues podríamos haber estado juntas, qué lástima…

—Ah, ¿es que tú haces «Lo Squizzone»? Qué bien, habría sido estupendo.

Dania mira a Renzi para ver si habría la posibilidad de meterla de todos modos en el programa, pero en ese momento oigo que alguien llega por mi espalda y llama a la recién llegada:

—Annalisa, toma, te he cogido el yogur helado con el *topping* que querías.

—Pero ¡este, no, yo quería el de trocitos! ¿Ves como nunca me escuchas?

A continuación, a pesar de ese imperdonable error, decide presentárnoslo de todos modos:

—Él es Lorenzo, un amigo mío…

Pero yo a este tipo ya lo he visto antes. Ah, sí, estaba con ella hace algún tiempo, precisamente aquí, en Vanni, y además se besaron. En ese momento ya me recordó a alguien. Y de repente lo reconozco.

—Stefano y yo ya nos conocemos. —Me sonríe de una manera falsa—. Solíamos vernos de jóvenes. Soy el marido de Babi.

No querría hacerlo, pero miro a Renzi. Él, tan solo, cierra los ojos. Por suerte, justo en ese instante llega Simone Civinini.

—¡Rápido, venid al estudio, ha ocurrido un desastre!

CIENTO DOS

El vigilante de la garita nos deja entrar, a pesar de que llegamos a toda prisa. Una vez dentro del Teatro delle Vittorie, Simone afloja el paso.

—Pero, en resumen, ¿se puede saber qué ha pasado?

—¿Estáis preparados? Fulvio ha intentado suicidarse.

—¿Qué? Y ¿por qué?

Renzi, en cambio, quiere que le aclare otra duda:

—¿Cómo?

Simone nos mira a los dos.

—Se ha encerrado en el camerino y se ha atiborrado de pastillas. Lo estábamos esperando para empezar y, como no venía, hemos llamado a la puerta. Al ver que no contestaba hemos echado la puerta abajo. Lo hemos encontrado tirado en el suelo con espuma en la boca y hemos llamado a una ambulancia. Le han hecho un lavado de estómago aquí mismo y no ha querido ir al hospital. ¿Queréis saber por qué lo ha hecho? Mirad.

Se saca de la cazadora una revista abierta por la página responsable de los hechos. Aparecen Fulvio y Karim comiendo en un restaurante, después caminando por la calle de noche, luego besándose delante del portal y, al final, Karim entrando y Fulvio mirando a su alrededor para estar seguro de que nadie los esté viendo o los haya seguido. A continuación, entra también él y cierra la puerta a su espalda.

—¡Ha estado pendiente de todo, excepto de si alguien los estaba fotografiando!

—¿Y luego?

—Antes de los ensayos ha venido Gianfranco Nelli, su amiguito guionista que trabaja en Milán.

Se han encerrado en el camerino y se han dicho de todo. De eso nos han informado más tarde los de vestuario, que estaban allí fuera con la ropa preparada para el programa de hoy. Se ve que Gianfranco ha dicho: «¿Tenía que enterarme por las revistas de que me engañas? ¿Ni siquiera has tenido el valor de decírmelo? He tirado cuatro años de mi vida detrás del sueño más despreciable que podía tener: tú». Al menos, eso es lo que me han contado los de vestuario.

Renzi sonríe.

—Bonito discurso, a lo mejor lo llevaba escrito. —Después nos mira al tiempo que se da cuenta de su cinismo. De modo que, para justificarse, añade—: Bueno, es guionista, ¿no?

—Vamos a ver cómo está.

Cruzamos el teatro. En el centro del estudio, sentado en su sitio habitual, está Karim. Nos ve pasar y nos sonríe con la misma expresión de siempre, como si no hubiera ocurrido nada en absoluto.

Poco después estamos delante del camerino de Fulvio. La puerta simplemente está entornada. Ya no tiene cerradura y todo el borde está astillado.

—Estas puertas las hacen de aglomerado. —Renzi siempre se fija en los detalles.

Llamo.

—¿Se puede? —No recibo respuesta—. Fulvio, soy yo, Stefano Mancini; ¿puedo entrar?

Nada. No oigo ningún ruido. De modo que, poco a poco, empujo la puerta con la mano y esta se abre mostrándome un camerino por completo patas arriba, como si hubieran entrado ladrones. Luego veo las piernas de Fulvio. Abro la puerta del todo. Está tendido en el sofá, con los pies sobre la mesita y una compresa mojada en la frente. Tiene los ojos cerrados, pero está vivo, en vista de que mueve la mano, junto a él, y se la lleva a la tripa.

—Me encuentro mal. —A continuación, susurra—: Esto no tenía que ocurrir —y empieza a llorar.

Se dobla sobre sí mismo, encoge las piernas, se incorpora y se queda sentado. Apoya los codos en las rodillas y sigue llorando, cada vez más, a mares.

—Yo lo amaba. He hecho una gilipollez, no me lo perdonaré nunca. Yo lo amaba, ¿cómo he podido…? ¡Joder, joder, joder!

Y golpea el suelo con el talón derecho, varias veces, con rabia y desesperación. Llora y sorbe por la nariz, se limpia con el antebrazo y continúa llorando. Sacude la cabeza, con el pelo empapado de sudor y las manos en la

cara; de vez en cuando intenta secarse y se frota los ojos, está pálido como la cera.

Y yo me pregunto: en los mayores momentos de desesperación, en el infinito dolor que a veces he sentido, en la desilusión y la impotencia, con toda la rabia que me ha desgarrado, ¿yo he reaccionado así? Claro que yo no soy una mujer. Entonces niego con la cabeza. No seas estúpido, cada uno reacciona a su manera. Es cierta esa frase: «Todas las familias felices se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera». Y eso también puede aplicarse en el amor. Así pues, me acerco a él y le pongo una mano sobre el hombro.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Escucha mi voz en silencio, se queda un momento pensando.

—Deberías poder detener el tiempo, rebobinarlo y hacerme volver a ese momento, donde no volvería a equivocarme. —Y lo dice con la cara todavía escondida entre las manos, parece una escena surrealista.

Veo encima de la mesita el frasco de píldoras vacío, una botella de whisky, un botellín de agua vacío, tirado, sin tapón, y un poco más allá, en el suelo de esa vieja moqueta manchada de suelas de zapatos, los últimos rastros de vómito limpiado de cualquier manera.

—No tengo ese poder —digo.

A continuación, salgo del camerino. Simone y Renzi me siguen sin decir nada. Cuando estamos fuera, en el pasillo, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos paramos los tres un poco más allá y montamos una reunión improvisada.

—¿Y bien? Dentro de un rato entramos en directo. Falta una hora. ¿Qué hacemos?

—¿Podemos intentar conseguir que se recupere? —Renzi es pragmático.

—¡Ni con cocaína, tiene una depresión de caballo! Y tampoco sé si se va a recuperar de todo esto.

Simone se muestra sorprendentemente tajante al decir estas palabras.

—¿Y bien, pues?

—Tenemos que llamar a la cadena y decir que pongan una película.

Renzi sacude la cabeza.

—¿No lo diréis en serio? Es absurdo, nos hará mucho daño. Esta noche tenemos invitados vips participando en el concurso. Es la primera vez que saldremos en directo. ¡Quizá se os haya olvidado, pero nos han dado el *prime time* del viernes gracias a lo bien que vamos! ¡No podemos pinchar ahora!

Me quedo un momento en silencio, se me está ocurriendo una idea.

—Vamos a la redacción, y llama también a los otros guionistas.

Al cabo de un rato, la decisión está tomada.

—Pero ¿estamos seguros de esto?

—Es la única solución que me ha venido a la cabeza; si tenéis otra mejor, este es el momento de exponerla.

—No hay ninguna más.

—¡Excelente!

—Pues lo haremos así.

—Ya he llamado a la dirección de la cadena. Le han dado el visto bueno a Karim. En realidad, han dicho que, en vista de que es una emergencia, sigamos adelante. Es más, casi se han alegrado, han dicho que puede ser una oportunidad estupenda para probar un nuevo presentador.

—¿Es que ellos no se atreven a probar nuevos presentadores? ¿Necesitan situaciones como esta para hacer experimentos?

—Eso parece. Ahora ya estamos en medio del baile. ¿Qué hacemos?

—Bailar.

Cuando hablamos con el director, nos mira desconcertado.

—Pero ¿estáis locos? Y ¿tiene que ser precisamente esta noche, en directo y con todos esos vips participando en el juego? ¿Ya se lo habéis dicho a Karim?

—Todavía no, esperábamos a saber tu opinión.

Roberto Manni nos mira y sacude la cabeza.

—Para mí, ese solo sirve para hacer una cosa, y no me hagáis hablar, que hay señoras delante.

Linda, la ayudante de dirección, mira a su alrededor y sonríe al ver que es la única mujer que hay por allí cerca.

—No hay otra solución. De lo contrario, tendremos que llamar a la cadena y decirles que pongan una película.

Roberto lo piensa un momento y, a continuación, asiente.

—Id a hablar con él, intentémoslo, yo revisaré los encuadres; después habrá que ver lo que es capaz de decir. ¡Para mí que no tiene las capacidades mentales muy en su sitio!

Salimos de la sala de control y vamos al estudio.

Roberto Manni se deja caer en una silla.

—Ya sabía yo que con esos dos íbamos a acabar metidos en un lío.

—¿Vittorio? —Llamo a Mariani, en mi opinión, el guionista de más

confianza—. Haz que preparen el *teleprompter* de todo el programa.

—¿De todo?

—Sí. Tienes que meter todo el guion en el *teleprompter*, palabra por palabra…

—Pero si Fulvio no lo necesita.

—De hecho, Fulvio no va a hacer el programa de hoy. Lo presentará Karim.

—¿Qué? ¿Karim? Oh, madre mía. —Dicho esto, me mira y ve que no se trata de ninguna broma—. Voy enseguida.

—Llamad a Karim y a los demás guionistas, que vayan a la sala de reuniones.

Poco después estamos todos allí. Cuando Karim entra en la sala se lo ve circunspecto, piensa que alguien querrá echarle las culpas de lo que ha pasado. Enseguida intento hacer que se sienta cómodo.

—Bueno, Karim, tienes que ayudarnos. Solo tú puedes salvarnos de esta situación. Está todo en tus manos, pero nosotros estaremos a tu lado y te acompañaremos paso a paso.

Mira a su alrededor, todavía está receloso, no entiende lo que está ocurriendo. A continuación, decide darnos una oportunidad.

—Sí, claro, dime, ¿qué debo hacer?

—Fulvio no está muy bien.

Asiente, sabe perfectamente lo que ha sucedido; finge estar disgustado.

—Sí, lo sé.

—Tendrás que presentar el programa.

De repente se le ilumina la cara, sonríe enseguida, contento por el encargo, en absoluto preocupado, a pesar de su total inexperiencia y, sobre todo, de su gran incompetencia. Entonces lo miro a los ojos.

—¿Te ves capaz?

De pronto, vuelve a ponerse serio.

—Lo estaba deseando.

—Bien. Entonces, todo el mundo a sus puestos. Dentro de poco estaremos en directo; id a comprobar que todo esté listo y avisad del cambio a los concursantes, a los invitados y a cada uno de los departamentos.

Al instante, los guionistas salen de la redacción, una chica coge la escaleta que acaba de imprimir y empieza a repartirla.

—Tirad la anterior, esta es la que vale, la de las 20.00.

Miro el reloj, faltan veinte minutos para estar en el aire. Renzi está mirando

el suyo.

—Me gustaría que tuviéramos veinticuatro horas en vez de veinte minutos.

—Ya, pero no las tenemos. Vamos para allá.

Mariani está al lado de Karim, lo ha hecho sentar en el sitio de Fulvio y le está explicando algunos fragmentos de la escaleta.

—Bien, ya llevas hechos treinta programas, este no es distinto de los anteriores, sabes todo lo que ocurre y solo tendrás que seguir nuestras indicaciones, los juegos son los mismos. ¿Conoces a los vips que han venido?

Karim parece tranquilo, y su excesiva seguridad resulta incluso insolente.

—Me sé la vida y milagros de cada uno de ellos, hasta con quién han follado.

Vittorio Mariani lo mira con mucha resignación.

—Bueno, mejor que eso no se lo digas.

—No, claro.

Y lo peor es que encima contesta…, pero ¿en manos de quién estamos? Aun así, Mariani sigue haciendo su trabajo.

—Acuérdate de que aquí, tras el primer bloque, entra la publicidad. Luego vendré y repasaremos la segunda media hora. Si lo piensas bien, solo debes resistir los primeros quince minutos, después ya será pan comido…

—Sí, claro.

Vittorio Mariani lo mira. Karim parece tranquilo, lo ha entendido todo, no está preocupado.

Mejor así.

—Bien, acuérdate de que abres en esa cámara central. —Se la señala—. En la dos. A continuación, sigues las luces que se vayan encendiendo, y muéstrate tranquilo y sonriente con el público que te ve desde casa.

—Claro, ¿por quién me has tomado? —Casi lo mira mal—. Yo amo a mi público. Al igual que él me ama a mí.

Vittorio Mariani asiente.

—Por supuesto, perfecto. ¿Lo tienes todo claro?

—Sí.

Entonces aparece Simone Civinini, que ha venido a supervisar.

—¿Cómo vamos?

Karim le responde sonriendo:

—Estupendamente, será pan comido.

Simone mira a Vittorio, que asiente, o eso parece.

—Bien, perfecto. Lo tienes todo en el *teleprompter*. Los nombres de los

concursantes, los nombres de los vips y las preguntas.

Para hacer una prueba, le señala un monitor entre la cámara dos y la tres en el que va apareciendo un texto.

—Para cualquier cosa, yo estaré ahí al lado, me sé todo el programa de memoria. Así que solo mírame a mí. Yo seré quien te indique cada cambio y todo lo demás. No pierdas los nervios, sé tú mismo, y ya verás como todo saldrá bien.

—Yo no pierdo los nervios. A mí no me asusta nada.

Simone mira de nuevo a Vittorio, que, sin embargo, decide no encontrar su mirada.

—De acuerdo, nosotros nos vamos a comprobar que todo lo demás esté bien. De todos modos, estaremos ahí. —Y le señala una posición justo detrás del *teleprompter* y la cámara central.

Karim sonríe.

—Tranqui. Está todo controlado.

Vittorio y Simone se van. En cuanto se alejan, Vittorio no puede más.

—¿Cómo lo ves?

—De fábula… ¿No lo has oído? *Tranqui*.

Sonríen, pero ambos están francamente preocupados. El tiempo corre, los concursantes entran en el plató, los vips también se sitúan en sus puestos. Karim, en cambio, está sentado en medio del estudio y, en vez de repasar el texto de presentación, habla por teléfono.

—Mamá, pon Rete Uno, por fin vas a verme. ¿Qué? No, mamá, Rete Uno. Ahora tengo que colgar.

Inmediatamente después, hace otra llamada.

—Tina, ¿qué haces? Muy bien, pon Rete Uno. No te lo vas a creer. ¡Esta noche presento yo! Sí, en serio, no es broma. —Luego mira el reloj que está encima del monitor central—. Dentro de diez minutos me verás. No, Fulvio Binna no se encuentra bien, no sé qué le pasa. Me han elegido a mí.

Cuelga y sigue avisando a sus amigos, a sus familiares, a gente que nunca había creído en él o apostado por sus posibilidades, hasta la última llamada:

—¿Peppe? Solo quiero decirte una cosa: gracias. Me has regalado un sueño. Pon Rete Uno. Si estoy aquí es solo gracias a ti, y yo soy de los que no olvidan.

Entonces se oye la voz de Leonardo, el ayudante de plató:

—Atención, treinta segundos.

Karim cuelga y guarda el teléfono en el bolsillo interior de la americana. A

continuación, se acomoda en la silla, se arregla el cuello de la camisa, la estira un poco hacia delante y dice «Listo» con el pulgar levantado a Leonardo, que, sin embargo, abre los brazos, asiente y a continuación sacude la cabeza.

—Atención, sintonía.

La cámara central dos se enciende, la luz roja señala que la emisión ya ha comenzado. El operador de cámara tiene ambas manos quietas, una en el zoom, la otra en el mango lateral. Sí, estamos en el aire. Karim mira a cámara y sonríe. Permanece en silencio y sigue sonriendo, quizá demasiado tiempo, pensamos todos, pero luego, al fin, empieza a hablar.

—Buenas noches, ¿qué tal? Yo, muy bien. Por desgracia, Fulvio Binna ha tenido un problema, así que esta noche podrán… No, esta noche podrán vernos, sí, podrán vernos. Bueno. Pueden ver nuestro programa, como siempre, por otra parte… —De repente, Karim pierde la sonrisa, mira el *teleprompter*, pero es como si no lo viera, mira las otras cámaras apagadas sin ninguna razón. A continuación, vuelve a enfocar la mirada en la cámara dos, la que está encendida, y simplemente dice—: Bueno, sí, pueden…

Vittorio se lleva una mano a la boca.

—Oh, joder…

En el control, Manni empieza a dar puñetazos a la consola.

—Joder, joder, joder…, esta gilipollas no sabe ni decir dos palabras seguidas, se ha bloqueado.

Miro a Renzi e intento mantener la calma.

—¿Qué hacemos?

Él parece haberse quedado sin energía, sacude la cabeza, tiene los brazos abandonados a ambos lados del cuerpo.

—No lo sé.

Veo la cara petrificada de Karim, que mira a la cámara dos alelado, en el silencio más ensordecedor. Salgo de la sala de control y corro hacia el estudio; se me ha ocurrido otra idea.

—Deprisa, dadme un micrófono.

Cojo uno de mano que me da Leonardo y se lo paso a Simone.

—Conoces el programa de memoria. Ve tú. Hazlo tú, presenta el concurso.

—¿Yo?

—¡No veo otra solución!

—Si tú lo dices…

Simone da un golpe al micro, ve que está abierto y entra en escena.

—¡Buenas noches, buenas noches a todos! ¡Era una broma! —Y en un instante está en el centro del estudio, al lado de Karim—. ¡Bien, que Fulvio Binna no se encuentra bien no es ninguna broma, y yo, Simone Civinini, uno de los guionistas de este programa, seré el encargado de presentar el increíble concurso de esta noche! Por favor, Karim, ya puedes ocupar tu lugar…

Karim se levanta de la silla, abandona totalmente mudo esa única y teórica oportunidad, esboza una triste sonrisa, parece que le da las gracias a Simone y, en un instante, vuelve a ser el mejor ayudante de siempre.

Simone, en cambio, con una increíble y natural simpatía, empieza tranquilo a presentar el programa.

—¡Pues bien, me han dado la oportunidad, precisamente a mí, de mostrarles el programa más sorprendente de toda la temporada! ¡Esta noche, famosos vips jugarán con nuestros concursantes!

¡Ahora se los voy a presentar!

Y, con un gran don de palabra, Simone Civinini bromea y ríe con los vips más famosos, respeta los bloques, se divierte con cada pregunta, juega con los errores de los concursantes y hace que sea todavía más divertido y agradable lo que podría haberse convertido en el mayor desastre televisivo de todos los tiempos.

CIENTO TRES

Y así, mientras la emisión transcurre sin más tropiezos, regreso a la sala de control. Renzi está sentado al fondo. Roberto Manni va cambiando los planos de las cámaras uno tras otro, de pie delante de todos esos monitores, y chasquea los dedos.

—Uno, cuatro, tres. Sí, esto da gusto, así se presenta un programa. ¡Seis! ¡Cinco!

Entonces Simone Civinini hace un divertido comentario a la concursante que ha fallado una pregunta y se oye al público riéndose en plató.

—Este chico improvisa, es alegre, divertido, tiene chispa. Es una mezcla entre Bonolis y Conti. ¡Es un monstruo! ¡Siete, dame la cinco, cinco! —Y sigue cambiando los planos, divirtiéndose, del todo encantado con el nuevo presentador.

Miro a Renzi, que me sonríe.

—Y nosotros que pensábamos que solo era un buen guionista…

—Ya ves. Al final he cometido el error que tanto esperabas.

Lo miro con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—No le he hecho un contrato como presentador.

—Si hubieras previsto también esto, me habría preocupado de verdad.

Justo en ese momento, suena mi móvil. Es un número privado, pero contesto igualmente.

—¿Diga?

—Hola, buenas tardes; el señor Bodani, el director, quiere hablar con usted. ¿Puedo pasárselo?

—Por supuesto. —Espero en línea hasta que oigo a alguien coger el teléfono.

—¿Oiga? ¿Stefano Mancini?

—Sí.

—Bien, en primer lugar, enhorabuena por el programa, y disculpe que no haya podido ir a visitarlos…

—No se preocupe, lo importante es que esté saliendo todo bien y que ustedes estén satisfechos.

—Lo estamos. Pero ante todo me gustaría saber quién ha tenido la idea de poner a este chico en el puesto de Fulvio Binna.

—No ha sido una idea: ha sido una necesidad. —No acierto a saber si está enfadado o no. Renzi me hace un gesto para preguntarme con quién hablo. Tapo el micrófono y se lo susurro—: El director, Bodani.

Entonces mueve la mano arriba y abajo como diciendo: «Es un tipo duro». Pero ahora lo tengo al teléfono, el programa está en el aire y es evidente que no puedo echarme atrás.

—Ha sido decisión mía —añado.

—Pues déjeme que le diga una cosa… Es usted un genio. Ha conseguido encontrar a un nuevo presentador. ¡Es la primera vez que me divierto viendo un programa mío! Y, qué cojones, iré a verlo pronto. —Y, dicho esto, cuelga.

Renzi, intrigado, me pregunta enseguida:

—¿Qué ha dicho?

—Que soy un genio.

—Es verdad. Podrías haber apostado por cualquiera, pero lo escogiste precisamente a él. ¿Por qué?

—Porque está loco. Es un maníaco. Tiene una mente que lo ordena todo sin cesar. Su memoria es infalible y ama este trabajo. Es cínico y frío, y sin duda las luces de las cámaras no iban a asustarlo como ha sucedido con el otro.

—Sí, en efecto. Si a Karim le quitas las botas con puntera, la cazadora y el pelo engominado, no vale nada en absoluto.

En ese momento vamos a publicidad, Roberto Mariani se levanta de su puesto y se reúne con nosotros.

—Estoy de acuerdo contigo. Y a este no lo dejéis escapar, con él se pueden hacer todos los programas que queráis. —A continuación, se dirige a los demás —: Tenemos una pausa publicitaria de dos minutos.

Sale de la sala de control. Lo seguimos.

En el centro del estudio hay muchísima gente alrededor de Simone. Todos lo felicitan, incluso los vips que participan en el concurso, mientras que Karim,

relegado en un rincón, mira con rabia y decepción el tren que se le acaba de escapar y para el que ni siquiera ha sido capaz de validar el billete.

—Felicidades, has estado muy bien, y esa broma, qué buena ha sido, realmente divertida.

Alguien del público se levanta de la primera fila y se acerca con el móvil.

—Disculpe, ¿puedo hacerme un selfi con usted?

Simone se ríe, sorprendido por esa repentina popularidad.

—¡Claro!

La gruesa señora posa al lado de él y casi no le da tiempo a sacar la foto cuando Leonardo la invita a regresar enseguida a su asiento.

—Vuelvan a sentarse, vamos, vamos, estamos a punto de reanudar la emisión, dejen libre el plató.

De modo que todos se alejan. Solo se queda Vittorio Mariani junto a Simone y le explica algunas cosas.

—Bueno, acuérdate de que pueden jugar juntos y de que puedes proponerle a la concursante que escoja a quién desafiar.

Simone lo mira divertido.

—Sí, por supuesto. —A continuación, se le acerca y le susurra al oído—: Oye, he visto el programa treinta veces seguidas, sé cómo funciona, yo no soy Karim… ¡Tranqui! —Y se echan a reír.

—Tienes razón, perdona.

—Siempre me has subestimado.

—No digas eso.

—Sí, sí, lo digo, lo digo.

Y siguen bromeando entre ellos. Me gusta esa complicidad.

—Bueno… —Me acerco—. Nos has mentido. ¡No solo eres un buen guionista, sino que además eres un excelente presentador!

—No es cierto. Yo nunca miento, para mí también ha sido un descubrimiento. En casa, de pequeño, de vez en cuando jugaba con mi hermana Lisa a que yo era el presentador y ella mi asistente.

—Entonces tendremos que pedirle también a ella que intervenga en el programa.

—Imposible, es bióloga y vive en Alemania. Pero una ayudante en vez de Karim podría estar bien. Porque, además, si Fulvio no se recupera, ¿qué vamos a hacer? En mi opinión, Karim está demasiado enfadado porque no ha logrado presentar el programa. La situación con él es insostenible, no sé si estáis de

acuerdo…

—Sí, yo también lo he pensado. De todos modos, ahora no te preocupes por eso, acaba el programa de hoy, luego iremos todos a cenar y hablaremos con calma.

—De acuerdo.

Se oye la sintonía de vuelta de la publicidad. Tras la indicación de Leonardo, el público arranca con un aplauso, que nunca como ahora ha sonado tan caluroso y participativo.

—Ya estamos aquí de nuevo, buenas noches a todos los que acaban de sintonizarnos. No soy una mutación genética de Fulvio Binna, sino uno de sus guionistas, que lo sustituye porque no se encuentra muy bien. Me encanta estar aquí, pero no he hecho nada para que Binna no esté. ¡Y con esto me dirijo también al comisario Montalbano: yo no lo he envenenado!

El público se ríe, en la sala de control los guionistas también se divierten. Solo una persona lo mira de soslayo: Karim, quieto en una esquina con un sobre en la mano. Ahora llega su momento y se lo entrega a Simone.

—Gracias, Karim, puedes sentarte… —Lo despide y no le dice nada más. No lo hace quedar como siempre ha hecho Binna.

Karim regresa a su sitio dándose una serie de justificaciones para aceptar con tranquilidad su clamoroso fracaso: «Total, Fulvio regresará enseguida y todo volverá a ser como antes. Seguiremos siendo la pareja que estaba haciendo el programa estupendamente y con excelentes resultados.

Porque, al fin y al cabo, eso es lo que cuenta, hay poco que hacer. Yo quedo mejor a su lado, soy más bueno como *partenaire*, no es el momento de ponerme a presentar».

Mientras tanto, Simone abre el sobre y sonríe. Si continúa presentando el programa, Simone Civinini ya tiene una idea de quién sustituirá a Karim Derrano, se le ha ocurrido enseguida. En realidad, nunca ha dejado de pensar en ello.

CIENTO CUATRO

—Por favor, tome asiento.

La secretaria hace pasar a Gin a una pequeña sala de espera en la que hay otras mamás con tripas más o menos pronunciadas, algunas tan grandes que deben de estar a punto de dar a luz. Una mira el móvil, otra hojea una revista, otra más juega con su hija de unos cuatro años.

—Y ¿por qué lo llamamos como al abuelo? Entonces, cuando diga Ugo, ¿lo estaré llamando a él o al abuelo?

—A los dos. —Su madre le sonríe.

—Ah.

—¿Señora Biro? —pregunta la enfermera.

Gin se levanta y se encamina hacia ella.

—Por favor, adelante, el doctor Flamini la está esperando.

—Gracias.

Gin se dirige hacia el pasillo, pasa de largo las puertas de otras consultas, hasta que llega frente a una placa en la que se lee: «DR. VALERIO FLAMINI».

Gin llama.

—Adelante.

Entra y entonces el médico se levanta y va a saludarla.

—Buenos días, Ginevra, ¿cómo está? ¿Se siente cansada?

—No, en absoluto, claro que he subido en ascensor.

Le sonríe. El médico la mira y asiente.

—Por favor, acomódese. —Le señala una silla frente a su mesa.

—Gracias.

El doctor también toma asiento.

—Veamos… —Abre una carpeta—. ¿Ha tenido alguna molestia? ¿Dolores?

¿Náuseas? ¿Se siente especialmente fatigada?

—Un poco sí.

Entonces el médico se quita las gafas, las deja encima de la mesa, a continuación, junta las manos, se apoya en el respaldo y cierra los ojos solo un instante. Luego los abre y la mira. De repente, Gin se pone rígida, ve que hay algo raro. El doctor intenta sonreír, pero la expresión de su boca también parece sospechosa.

—Tenemos un problema.

Gin siente que su corazón empieza a latir muy deprisa, le falta el aire.

—¿La niña?

—No, usted.

Y, por absurdo que parezca, se tranquiliza de golpe, su corazón comienza a ir más despacio, es como si por dentro se estuviera diciendo: «Ah, bueno, no sé qué me había imaginado».

El médico vuelve a ponerse las gafas y saca una hoja de la carpeta.

—Todo parecía ir bien, pero he visto una minúscula hinchazón provocada por un ganglio linfático que se ha hecho más grande, por eso le he pedido unos análisis más concretos. Esperaba haber sido demasiado puntilloso, que tan solo se tratara de una inflamación, pero por desgracia no es así. Tiene un tumor. Y es un tumor problemático, es un linfoma de Hodgkin.

En ese instante, Gin siente una punzada y al momento es como si se auscultara ella misma: entra en su interior, se vuelve más sensible, intenta percibir la más leve diferencia, la más mínima molestia, algún minúsculo estorbo, pero no siente nada. Nada de nada. Entonces lo mira atónita y le gustaría decirle: «A lo mejor se ha equivocado». Sin embargo, permanece callada y las preguntas empieza a hacérselas al destino: «¿Por qué justo a mí?, ¿por qué justo ahora que estoy esperando a Aurora?». El médico la mira y lamenta no poder dejar abierta la puerta de un posible error.

—Le he hecho repetir los análisis dos veces precisamente porque esperaba haberme equivocado o que los datos fueran erróneos. Pero no es así…

Permanecen en silencio durante unos segundos y Gin repasa todo lo que ha vivido las últimas semanas: la bonita boda, las fotos con los invitados, la luna de miel, las primeras ecografías… Es como si de repente todo perdiera brillo. Entonces se sacude esa especie de sopor, menea la cabeza, intenta recobrar el equilibrio y la lucidez.

—Y ¿ahora qué hacemos?

El doctor le sonríe.

—Hemos tenido suerte. Las visitas ginecológicas nos han permitido descubrirlo en un estadio incipiente, de modo que deberíamos empezar enseguida con ciclos de quimioterapia y radioterapia, así quedará eliminado por completo.

—¿Y la niña?

—Para empezar el tratamiento y acabar con el tumor debemos interrumpir el embarazo.

Al oír esas palabras, Gin se queda aturdida. Perder a Aurora, perderla así, después de haberla visto, de haber oído el rápido latido de su corazón, de haber notado de vez en cuando alguna pequeña patada y no poder verla nunca más… No poder conocerla, ni siquiera por casualidad.

—No.

El médico la mira asombrado.

—¿No, qué?

—No, no me siento capaz de perder a mi hija.

Él asiente.

—Me imaginaba que su respuesta podía ser esa. Es una decisión que debe tomar usted. ¿Quiere pensarlo un poco? ¿Hablar de ello con su marido, con su familia?

—No, ya lo he decidido. ¿Cuáles pueden ser las consecuencias si espero estos meses?

—No lo sé, el linfoma podría desarrollarse muy lentamente y, por tanto, no debería suponer un gran problema empezar el tratamiento después del nacimiento de su hija. Pero también podría ser agresivo y entonces nos costaría mucho más. De todos modos, piénselo bien, no es un tumor sin importancia. Déjeme que insista, habría que comenzar enseguida.

Gin niega con la cabeza.

—No.

—Ahora tendríamos un ochenta por ciento de probabilidades de curación; dentro de seis meses, quizá un sesenta.

Gin esboza una pequeña sonrisa.

—Es un buen porcentaje, me esperaba algo peor.

El doctor Flamini exhala un suspiro.

—Usted es una mujer optimista y positiva; siga pensando y actuando así, se lo aconsejo. Nuestro estado de ánimo puede influir muchísimo en el estado de

nuestro cuerpo, especialmente si está enfermo…

A continuación, le sonríe y acaricia su mano con un gesto paternal.

—No sea demasiado dura consigo misma. Piénselo bien. Y si por casualidad cambia de opinión, no cometa el error de no hacerlo solo porque lo ha decidido hoy delante de mí. Muchas mujeres se han encontrado en la misma situación y se han dicho: «¿Y si nace y no tiene a su lado a su mamá? ¿No sería mejor que la misma niña naciera cuando yo esté mejor?».

Gin sonríe.

—En la vida podemos mentirnos a nosotros mismos tanto como queramos, pero eso lo sabe tanto usted como esas madres. Sería la segunda hija. Usted ha dicho que soy optimista; pues ¿sabe qué le digo? Que yo espero tenerlas a las dos.

CIENTO CINCO

Voy en tren de camino a Milán. Renzi me ha reservado un compartimento en primera clase muy cómodo y exclusivo. Es tan exclusivo que voy solo. Tengo una cita con Calemi, posiblemente para cerrar dos contratos de *prime time* en Medinews Cinque y uno en Medinews Quattro, si todo va bien.

Futura daría un gran paso adelante. Miro el reloj. Gin tenía la visita para Aurora. Ya debería haber terminado y estar fuera. Intento llamarla y me contesta al primer tono.

—¡Eh, qué rápida! ¡Pensaba que ya estarías en el coche o medio desnuda delante de tu médico!

Gin se ríe.

—¡Qué exagerado! ¡Como mucho, le enseño la tripa! Solo era una ecografía. De todos modos, he terminado pronto y ya estoy en casa.

—Bien, ¿cómo ha ido la visita?

—Muy bien, Aurora crece sana y fuerte. La ha pillado chupándose el dedo; he hecho una foto, te la mando dentro de un rato.

—¡Qué pasada! ¿Y tú? ¿Todo bien? ¿Estás preocupada? ¿Cómo te encuentras?

—Yo estoy en plena forma. Esta tarde haré la primera clase de natación para embarazadas. Me lo han aconsejado, así estás más elástica.

—Pero si tú eres superelástica.

—Sí, claro, reboto…, ¿eso querías decir?

—Qué va, me parece que embarazada estás todavía más guapa.

Gin cierra los ojos. Él no sabe cómo le gusta oír ese cumplido y lo mucho que lo necesitaba.

Entonces intenta ocultar su preocupación. Irá todo estupendamente.

—Querido Mancini, eres un pesado, esas frases te las sopla tu parte de corazón más insidiosa o directamente ese de ahí, el que tienes más abajo.

—¡Ah, ya entiendo, el hígado! La verdad es que ese no me dice nada.

—¡Tu pene! ¡Ese, para conseguir el «objetivo», te sopla cualquier cosa! Aunque ahora que Aurora está creciendo tendrá que ponerse un poco a dieta.

—No es verdad, el médico ha dicho que las dos cosas son compatibles.

«Por desgracia, Step, el médico también ha dicho otra cosa, pero tú no lo sabes. Ahora tengo que colgar, o me echaré a llorar».

—Perdona, mi madre me espera, te llamo más tarde.

—Claro, cariño, no te preocupes.

—Ah, dime solo una cosa: ¿cómo fue «Lo Squizzone»? Ayer vi un trocito, ¡me gustó mucho!

—Todavía no han salido las audiencias; en cuanto lo sepa, te lo digo.

Dicho esto, colgamos. Es verdad, todavía no me han mandado nada, qué raro. Son las 10.42, por lo general a esta hora llegan los resultados. Llamo a Renzi, que me responde enseguida.

—Ahora iba a llamarte.

—¿Y bien? Estoy muy intrigado, ¿cómo hemos quedado?, dime.

—En mi opinión, han tardado tanto porque ni ellos mismos se lo creían. Cinco puntos más. «Lo Squizzone» ha pasado de un 18 a un 23. ¿Te lo puedes creer?

—No, no puede ser…, me tomas el pelo.

—Me ha llamado todo el mundo. Hasta el director general. Están contentos de verdad, han dicho que hacía falta una bocanada de aire fresco.

—Increíble, lo hemos recogido de Civitavecchia y va a lograr conquistar América, será el nuevo Mike Bongiorno.

—Sí, pero al revés: Mike nació en Nueva York y ha conquistado Italia.

Renzi siempre tan riguroso.

—Está bien, dejémoslo. Y ¿ahora qué hacemos con nuestro nuevo presentador?

—He estado hablando con él largo y tendido; de momento no firmará nada con nadie, quiere pensarlo. Ha dicho que no hay prisa. Ahora está en su despacho, ha recibido un montón de llamadas y también regalos de la Rete. Quieren que continúe él.

—¿En serio? Y ¿Binna cómo está?

—Después de ver que otro presentaba «Lo Squizzone», se ha recuperado

enseguida. Cuando ha sabido que había subido cinco puntos, se ha cabreado, y en cuanto se entere de que Simone Civinini seguirá en su lugar, me parece que intentará suicidarse otra vez.

—¿Estás seguro de que es eso lo que han decidido?

—¡Por supuesto!

—Y ¿pueden hacerlo?

—Bueno, el contrato se lo permite todo. Le han pedido a Civinini que haga toda la semana, en mi opinión, para ver cómo va realmente o si ayer salió tan bien gracias a la curiosidad del primer programa. En resumen, para ver si es un verdadero fenómeno o no. Luego, al final de esta semana, decidirán qué hacer.

—Y ¿se lo han comunicado a Binna?

—No. Han dicho que debes decírselo tú, eres el productor.

—Ah, claro, soy el productor cuando a ellos les interesa…

Renzi se ríe al otro lado.

—Stefano, son los pros y los contras de tu papel. Hazle una llamada, estoy seguro de que se lo dirás de la mejor manera posible…

—En vista de cómo me acabas de embaucar, tú lo harías mucho mejor.

—Pero…

—Pero tengo que hacerlo yo, lo sé, ya veo, soy el productor. Ahora lo llamo y luego te cuento.

Cuelgo el teléfono. Me quedo un momento en silencio, a continuación, abro las notas del móvil y apunto algunas cosas que pueda utilizar durante la conversación. Siempre lo hago antes de enfrentarme a una discusión. También puede suceder que la conversación vaya en otra dirección, pero por lo menos lo he intentado todo y he optado por decir lo que me ha parecido más justo.

Repaso los apuntes y luego marco el número.

—Fulvio, buenos días, ¿cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté? Como alguien a quien han traicionado, que ha sido apuñalado por sus amigos, por todos los que día tras día fingían apreciarme.

—Pero ¿por qué dices eso? Perdona, pero nadie le habría dado nunca el programa a otro si tú ayer no hubieras tenido ese problema.

—¿Qué problema?

—Bueno…, es decir, no estabas en forma.

En las notas me había apuntado: «No comentar nada en absoluto de que estuvo a punto de suicidarse».

—Ya entiendo, pero si hubiera sabido que el programa iba a salir en antena

de todas maneras, ¡me habría recuperado! ¡Pensaba que podría suspenderse, que pondrían una película, no que otro iba a hacer mi programa!

—Tienes razón, Fulvio, pero ayer, teniendo en cuenta todo lo que pasó, fue mejor así. No te encontrabas bien, se habría notado.

—No, los espectadores no se habrían dado cuenta de nada, yo también sé interpretar, igual que el otro, Civinini; se hace mucho el simpático, pero odia a la gente. Él no es como yo, yo la quiero de verdad…

—Sí, tienes razón…

—Y encima se equivocó en un montón de cosas con los vips… Además, podrían haberse hecho muchas más bromas, meterlos en apuros. Él, en cambio, los hizo parecer incluso más cultos de lo que son en realidad.

—Ya…

—Y, de todos modos, ha obtenido un 23 por el efecto novedad. ¡Lástima que nunca sabrá cómo y cuánto habría bajado! Porque esta noche vuelvo, y ya verás como, con lo que pasó ayer, ¡volvemos a hacer un 23, si no más!

—Bueno, sí, precisamente te llamaba por eso. La Rete quiere que esta semana continúe Civinini.

—¿Cómo? Pero ¿estáis locos? ¡Yo he levantado ese programa, yo he creado la parte divertida de «Lo Squizzone», yo he inventado las frases con gancho y los numeritos con Karim! ¡Yo… yo os voy a denunciar!

—Mira, creo que no puedes hacer eso. El departamento jurídico de la Rete habrá mirado con lupa todo el contrato para ver si podías impugnarlo y llevarlos a los tribunales. Está claro que no tienes armas, si no, nunca se habrían aventurado a hacer una cosa así.

Se queda un momento en silencio, de modo que continúo convenciéndolo.

—Escucha, Fulvio: en mi opinión, te conviene aceptar esta decisión. Hazme caso, te daré un consejo: no te metas en líos. Tú ahora descansa un poco, arregla tus asuntos personales, en vista de lo que ha salido en las revistas. Total, verás que estás en lo cierto, el «fenómeno Civinini» se apagará y tú regresarás victorioso y, sobre todo, de nuevo en forma. Yo, cuando tengo un problema en casa, hasta que lo resuelvo me doy cuenta de que no rindo…

Fulvio permanece callado. A continuación, ataca con decisión.

—Pues te equivocas, querido Mancini; para mí sería perfecto seguir presentando mi programa, en cambio tú me la estás colando haciéndome creer que me haces un favor.

Me dan ganas de reír, pero intento aguantarme. ¡Y lo dice él!

—Que no, en absoluto, es que los dos nos encontramos ante una decisión de la Rete, y te aseguro que está por encima de mí.

—Está bien, hablaré con mi abogado.

—Sí, llámalo y luego seguimos hablando. Pero no pierdas el control, por favor.

—De acuerdo.

Cuelga.

No me lo puedo creer. He conseguido meter en razón a una «loca histérica» y hacerle ver que saldrá ganando en una situación que, para él, de todos modos, es obligada. Ya no me reconozco. Lo más triste es que solo ha pensado en sus intereses, en el programa de éxito que pierde, y no en la historia de amor que se le está yendo a pique. No ha pensado en la persona a la que ha decepcionado y que parecía amar tanto. Ayer quería suicidarse por él; hoy, por el dinero y el éxito de «Lo Squizzone», está dispuesto a todo. Pues sí que es verdad, los gais son idénticos a nosotros. Lástima; aunque parezca absurdo, me los imaginaba mejores.

CIENTO SEIS

Renzi llama a la puerta de Simone.

—¿Se puede?

—¡Claro! Entra, entra.

Renzi abre un poco más y ve que frente a él está sentada Angela, su novia.

—¡Hola! Disculpa, pensaba que estabas solo.

Simone sonríe.

—Delante de ella puedes hablar con tranquilidad, es parte de mí.

Y la chica, al oír esas palabras, sonríe feliz y se emociona.

—Bien, quería decirte que estamos todos muy contentos, es un éxito increíble que nadie se esperaba.

—Bueno, yo, cuando Stefano me dijo «Presenta tú», en ese momento pensé: «¿Quieres ver como acabo igual que Magalli?».

Renzi se queda sorprendido.

—Ah, conoces la historia…

Angela los mira divertida.

—Simone lo sabe todo de la televisión, la lleva estudiando prácticamente desde siempre. La única que no sabe nada de Magalli soy yo.

Renzi mira a Simone y le pasa a él la tarea de contárselo.

—Bueno, pues resulta que Giancarlo Magalli era uno de los guionistas del programa de Enrica Bonaccorti «Pronto, chi gioca?». Luego, durante su embarazo, él la sustituyó de forma temporal y lo hizo tan bien que lo ascendieron de guionista a presentador.

Renzi sonríe y añade:

—Al año siguiente presentó el mismo programa desde el principio, porque Bonaccorti pasó de la Rai a Mediaset.

—Que ahora se llama Fininvest —puntualiza Simone.

—Exacto, pero al programa le pusieron un nuevo título: «Pronto, è la Rai?» —añade Renzi divertido.

—Cierto.

Angela los mira y sonríe.

—Eh, podríais ir a «Rischiatutto», no sé quién de los dos ganaría respondiendo las preguntas sobre la historia de la televisión.

Renzi señala a Simone.

—Él, tiene más memoria que yo, hasta se acuerda de los datos de cada uno de los programas de entonces.

Angela asiente con la cabeza.

—De vez en cuando me dice cosas de mi pasado con una precisión alucinante, cosas de las cuales a veces ni yo misma me acuerdo; para mí que se lo inventa.

Simone se pone serio.

—Yo nunca me invento las cosas, puede que a la gente no le siente bien, pero digo la verdad.

Y por un instante parece que se crea un poco de tensión. Renzi enseguida interviene para relajar el ambiente.

—¿Y bien?, ¿has decidido cómo continuar el programa?

—Sí, tengo una propuesta. He pedido a Vittorio Mariani y a los demás guionistas que vengan a la oficina para repasar algunas cosas de la escaleta, y luego, si estáis de acuerdo, he citado también a Dania Valenti, que la verdad es que me parece la más competente de todas, y también la más simpática.

Angela asiente.

—¡También es la más guapa, o al menos la más mujer! Se la ve segura, tranquila, y no compite con las demás.

Simone abre los brazos.

—¿Lo ves? Y ni siquiera la he aleccionado. Y es raro que una mujer hable así de otra mujer… ¿A ti te gusta?

Renzi se pone rígido, pero intenta por todos los medios que no se le note.

—Sí, vuestras apreciaciones me parecen acertadas.

Simone lo mira y esboza una extraña sonrisa, como si supiera perfectamente que entre ellos dos hay algo. En cualquier caso, deja esa puerta abierta.

—Así pues, estamos todos de acuerdo.

Renzi intenta aclarar sus intenciones.

—Pero ¿qué queréis hacer con ella?

Y, al pronunciar esa frase, se ruboriza por lo molesto que se siente. Le parece increíble que esté tan celoso y, además, sin ningún motivo, al menos en esa ocasión. Simone abre el ordenador.

—Bueno, mira, me he anotado unas escenas que pueden quedar muy bien, pero que quede claro que la quiero tanto a ella como a Karim. Es más, por mi parte, de hecho, crearía situaciones diferentes, si no, Karim será demasiado similar a como era con Fulvio y conmigo no funcionará. Ese par tenían una relación muy estrecha… —Entonces se echa a reír—. Sí, ya, en todos los sentidos, pero no me refería a eso. En mi caso me parece mejor hacer bromas, flirtear o picarme con una mujer. En mi opinión, Dania es perfecta para eso. ¿Estás de acuerdo?

Renzi ahora se pone a reflexionar de manera exclusivamente profesional.

—Sí, es lo mejor.

—Y luego Karim podría fingir que está colado por ella o que sufre con nuestra relación, y también porque ella, a la chita callando, le está robando el protagonismo. De ese modo se crea una competitividad entre ellos y me preparan sorpresas para ver quién de los dos tiene mejores ocurrencias. Me las he anotado aquí, en el ordenador… —Lo gira hacia Renzi y le muestra una lista bastante larga—. Bueno, esto son solo algunas ideas, después las desarrollaré con los otros guionistas.

—¿Se puede?

Justo en ese momento aparece en la puerta Vittorio Mariani con tres guionistas más y, por supuesto, con Dania Valenti.

—Hola, claro, entrad. —A continuación, Simone sale de detrás de su mesa —. Voy a buscar sillas para todos. Aunque podríamos hacer algo mejor… —Se dirige a Renzi—: ¿Podemos ir a la sala de reuniones?

—Por supuesto, estaréis más cómodos y trabajaréis mejor.

Así pues, salen todos del despacho. Angela besa a Simone.

—Bueno, yo me voy. Nos llamamos más tarde.

—De acuerdo, cariño, hasta luego.

A continuación, se despide de todos y se marcha de la oficina mientras Renzi le sonríe a Dania, que le devuelve la mirada y entra junto a los demás en la sala de reuniones. Simone cierra la puerta.

Renzi se queda mirándolos a través del cristal. Ve a los chicos hablando, pero no oye nada. Ríen, bromean, observan algo en una gran pizarra. Al cabo de un

rato, se ponen serios, escuchan lo que Simone les está explicando apoyado por Vittorio, quien inmediatamente después continúa con su exposición. Uno de los chicos más jóvenes, un tal Adelmo, se acerca a Dania y le susurra algo al oído. Ella se ríe, luego él añade algo más y ella le da un puñetazo en el hombro como respuesta mientras le echa la bronca, divertida, por lo que se ha atrevido a decir. Dania le pide que pare, que quiere escuchar a Simone. Pero en un determinado momento es como si ella notara la mirada de alguien encima. Entonces se vuelve hacia la puerta de cristal y ve a Renzi al fondo del pasillo que la está mirando. Dania le sonríe, francamente feliz. Él le devuelve la sonrisa, pero en cuanto entra en su despacho, solo siente rabia por culpa de los celos.

CIENTO SIETE

Raffaella está dando las últimas indicaciones a Iman, su asistenta.

—¿Será posible que todavía no hayas entendido cómo se pone la mesa? Quiero los cubiertos en este orden, la cucharilla para el entrante tiene que ser la primera desde fuera.

—Pero es que a veces la quiere delante del plato, desde el principio de la comida o de la cena.

—Porque en ese caso serviremos un pastel o algún postre. ¿Tú has visto algún postre hoy?

—Bueno, hay muchos en el congelador.

—Y ¿te ha parecido ver alguno descongelado?

—No, pero…

—Bien, podríamos estar hablando hasta mañana. Así que tú haz lo que te digo y ya está.

—Sí, pero era para no equivocarme.

Raffaella alza la voz:

—¡Y no discutas siempre! ¡Se hace así y punto!

Iman se queda callada, pone los cubiertos de uno en uno en el orden que Raffaella desea, rodeando la mesa, mientras ella arregla las flores de la entrada, que están demasiado amontonadas en el interior de un jarrón de cristal. Sin embargo, en cuanto las toca, los pétalos de los tulipanes amarillos se caen todos a la vez, llenando la base de la librería.

—¡Claudio! —grita.

Un instante después aparece él al final del pasillo.

—Ahora mismo venía a buscarte.

—¿Querías disculparte antes de que lo viera? Demasiado tarde. Mira, mira

qué flores has comprado. Las he tocado y, ¡pam!, se han caído todas.

—¡Bueno, es que intentaba economizar! He ido al carrito del ponte Milvio, ese en el que tú siempre compras.

—Te han dado de las que congelan, que se mantienen pegadas con saliva; las he tocado y se han soltado los pétalos.

—¿Quieres que salga y compre más?

—Déjalo estar, tendrán que conformarse con las flores de la terraza. Iman… ¡Iman! —La llama a gritos.

Ella acude rápidamente desde la cocina.

—¿Sí, señora?

—Tira estas flores a la basura, cuidado con cómo las recoges, se desmontan enseguida.

—Sí, señora.

—Y luego, en cuanto las hayas tirado, pasa también el aspirador, que, si no, después no habrá quien aguante a Daniela con el asma que tiene, y más que nada por culpa del polen. ¿Cómo puede una mujer ser alérgica a las flores? Es como si un hombre fuera alérgico al fútbol.

Claudio sonríe.

—Pero ¿quién viene a cenar esta noche?

—Solo tus hijas, sin acompañantes.

—Ah.

—Han sido ellas las que han pedido que hiciéramos esta cena.

Claudio asiente y sonríe. En realidad, piensa: «Y ¿para qué he tenido que salir a comprar flores?

Si ya saben cómo es nuestra casa. Son nuestras hijas, ni que fueran desconocidos». Raffaella arregla las cortinas, que están demasiado recogidas.

—¿Y bien?, ¿qué querías decirme? ¿Por qué me estabas buscando? Pero, antes, aclárame una duda que tengo: ¿cuánto te han costado las flores?

—Doce euros.

Raffaella refunfuña. A fin de cuentas, el precio le parece bien; lástima que Claudio le haya mentido: ha pagado veinte euros por ellas, pero al contado, así ella nunca podrá comprobarlo.

Claudio se arma de valor.

—¿Te acuerdas de mi amigo Baroni, que está a cargo de la sucursal de una gran empresa? Nos ha dado una estupenda noticia para poder invertir, él lo ha hecho el primero y luego también nosotros. Y resulta que compramos a uno

veinte y ya ha llegado a uno treinta. Ahora tenemos que comprar todos un poco más, de este modo, antes del verano retiraremos la inversión y nos haremos una casa nueva y cualquier otra cosa que quieras. Si va todo bien, habremos quintuplicado la inversión. Es una empresa farmacéutica y está a punto de expandirse. Pero tenemos que comprar más acciones para hacerla todavía más atrayente en el mercado.

—¿Baroni también ha invertido?

—Sí, veinte millones, y los he visto, ¿eh?… Si no, y un rábano íbamos a invertir.

—¿Estás seguro?

—Claro, nunca me arriesgaría. Es un negocio seguro. Solo tenemos que hacer este pequeño esfuerzo final y, luego, se acabó.

Claudio pone unos papeles sobre el mueble que tiene al lado y le pasa un bolígrafo.

Seguidamente, le indica la línea de abajo a la derecha.

—Bien, tienes que firmar aquí.

Raffaella firma enseguida en la hoja, Claudio retira la primera y le señala el mismo lugar en la segunda.

—Aquí también, tienes que firmarlas todas.

Ella resopla y sigue firmando. Entonces oye que llaman a la puerta.

—Ya están aquí; quita estos papeles de en medio, no me apetece que nos vean con nuestros asuntos privados.

Claudio coge la carpeta y desaparece por el pasillo. Al llegar a su pequeño despacho, la mete en el primer cajón del escritorio y luego se frota las manos. Está muy contento con ese negocio. Se está arriesgando mucho, pero el hecho de que Baroni esté dentro le proporciona tranquilidad. Lo que saque le permitirá vivir como siempre ha querido. Como un rico, de forma cómoda, con la posibilidad de ir de vacaciones a las Maldivas cada año como siempre ha querido hacer Raffaella, pero de ahora en adelante sin tener que comprobar una y otra vez si la cuenta bancaria está o no en números rojos. Claudio oye que se abre la puerta del salón y, a continuación, la voz de su mujer.

—Oh, por fin, qué bien, solo nosotros cuatro, como en los viejos tiempos. ¿Dónde habéis dejado a los niños?

Babi le da un beso a Raffaella.

—Están los dos en mi casa, con Leonor. Estaban viendo los dibujos en la televisión y después iban a dormir juntos.

Llega Claudio.

—Me alegro de que Massimo y Vasco se lleven tan bien. ¡Un poco como nosotros! —Y las besa estrujándolas a las dos contra su pecho, cosa que Babi y Daniela odian desde que eran pequeñas, pero nunca han tenido el valor de decírselo.

—¡Cuidado, papá! —grita Daniela—. ¡Llevo unas pastas!

Raffaella se apresura a cogérselas de las manos.

—¡Sí, solo faltaría que vuestro padre también se encargara de esto! Venga, vamos a sentarnos a la mesa. ¡Iman!

Llega la asistenta para escuchar lo que la señora tiene que decirle y saluda a las dos chicas.

—Coge este paquete y mételo en la nevera.

Cuando Iman ya se ha ido, Raffaella le sonríe a Daniela.

—Qué bien, habéis pasado por Euclide, igual que en los viejos tiempos.

—Sí, hemos comprado repostería —señala Babi—; me encanta poder probar pastelitos de varios tipos, y también hay seis trufas, así me podré comer por lo menos dos.

Claudio se divierte pinchándola:

—Intentaré birlarte toda la bandeja.

—¡Ni lo intentes, papá! Cuando sea el momento, ya iré yo a buscarla a la nevera.

Claudio la abraza. A continuación, le susurra:

—Ya le he dicho a Iman que la haga desaparecer —y finge una carcajada de sádico.

—Pues sí… —Daniela se sienta—. Cuando era pequeña y te reías así, me dabas muchísimo miedo.

Raffaella también se sienta.

—Así que todas esas veces que llorabas era por culpa suya, te acordabas de su carcajada…

—No, mamá —replica Daniela, y mira a Babi, recordando la confidencia que le hizo—. Era por otros motivos.

—Bueno, y ¿qué tenemos para cenar? ¡Hoy estoy muy contento y voy a saltarme la dieta!

—Estoy muy intrigada por saber por qué os habéis autoinvitado a cenar.

—Porque no nos vemos nunca.

Raffaella mira a Daniela y enarca una ceja.

—¿De verdad crees que tu madre es tan estúpida? —Pero no le da tiempo a responder—. Iman, trae el entrante, por favor.

A continuación, empiezan a cenar con tranquilidad. Daniela cuenta algunas anécdotas divertidas que le han sucedido en el trabajo. Todos dejan a un lado cualquier preocupación y la escuchan con curiosidad, haciéndose un hartón de reír. Incluso Raffaella, que siempre ha sido la más difícil, se deja ir y ríe, francamente divertida. Babi y Daniela se miran sorprendidas, pero están contentas y disfrutan con alegría de esa increíble excepcionalidad. Hasta que llega el momento de los postres.

Entonces Babi se levanta corriendo.

—¡Voy yo! —Se precipita a la cocina, avanzándose a su padre, que había hecho ademán de levantarse.

Regresa con el paquete, lo deja en el centro de la mesa y retira el envoltorio. Un poco de nata y algún trocito de crema y de chocolate se quedan pegados al papel. Daniela pasa el dedo por encima y al final se mete ese dedo de dulzura variada en la boca.

—¿Daniela? Pero ¿qué haces?

—¡Disfrutar, mamá!

—Sigues siendo la misma…

—Tienes razón, pero esta noche, además de por el placer de estar con vosotros, también he venido para daros dos noticias que no están directamente relacionadas.

Raffaella la frena.

—Espera un instante. —A continuación dice a voces—: ¡Iman! ¡¿Nos haces café?!

Se oye la respuesta desde la cocina:

—De acuerdo.

—¡Gracias! Continúa.

Claudio aprovecha para coger una trufa y dos pastelitos de chocolate y se los pone en el plato.

Daniela los mira.

—¿Puedo proseguir, papá?

Claudio, que acaba de meterse un pastelito de chocolate entero en la boca, no puede hablar, aunque masculla algo. Babi se da cuenta y se ríe.

—Oh, Dios mío, ahora mamá lo va a reñir.

Pero Raffaella ni siquiera lo mira.

—Te he dicho que continúes, me has dejado intrigada…

Daniela juega con las migas de encima de la mesa; a continuación, prosigue donde lo había dejado.

—Pues bien, estaba diciendo que tengo que contaros dos cosas, pero que no están relacionadas entre sí. La primera es que he roto con Filippo.

Raffaella se hace la sorprendida.

—¡Oh! ¿Qué ha pasado? Habías dicho que estaba tan enamorado, que te parecía la persona adecuada…

—Me equivoqué. No ha ocurrido nada raro, pero me he dado cuenta de que yo, para estar con una persona, tengo que estar enamorada o, al menos, poder creer que lo estoy. Si, en cambio, veo que no lo amo en absoluto, por mucho que pueda esforzarme, no consigo encontrar un motivo que me convenza para quedarme con él. De modo que lo he dejado. Se presentó en casa, intentó convencerme de todas las maneras, incluso me envió rosas rojas de tallo largo… —Claudio piensa en sus tulipanes congelados de antes—. Doce, para ser más exactos, pero no sirvieron de nada. Así que vuelvo a estar soltera.

Raffaella la mira ligeramente mordaz.

—Y ¿has convocado esta cena para darnos esa nefasta noticia?

Daniela le sonríe.

—No, mamá. No solo por eso.

En ese momento entra Iman con una bandeja en la que lleva cuatro cafés y el azúcar, pero nadie parece darse cuenta. Solo Claudio susurra un tímido «Gracias».

—¿Lo pongo aquí?

Raffaella ni siquiera la mira.

—Sí, gracias. Déjanos solos.

A Babi no le parece bien, pero no es su casa, piensa.

—Discúlpanos, Iman.

La asistenta sale del salón y Daniela sigue hablando:

—La otra cosa que tengo que decir es que he descubierto quién es el padre de Vasco.

Ante esa noticia, Raffaella abre unos ojos como platos. Claudio deglute engullendo también el segundo pastelito. Babi, que conoce toda la historia, disfruta de la escena.

Raffaella la acribilla a preguntas, con la adrenalina al máximo:

—Oye, ¿cómo lo has hecho? Pero ¿estás segura? Así, ¿después de todo este

tiempo? Y ¿cómo ha ido? Pero ¿seguro que es él?

A continuación, se sirve ella misma un poco de agua y se la bebe intentando calmarse mientras Daniela continúa:

—Sí, estoy segura, y él también me lo ha confirmado. Lo descubrí por una serie de circunstancias que ahora no os voy a detallar, pero lo mejor es que está encantado de ser el papá de Vasco. Quiere reconocerlo.

Raffaella coge el café y le echa azúcar; seguidamente, lo remueve con la cucharilla pensando bien lo que va a decirle a su hija. Al final, opta por una frase:

—Si tú estás bien, me alegro por ti. —En realidad, le gustaría saberlo todo de ese papá.

Daniela le sonríe.

—Gracias, mamá. Resulta que en el pasado él intentó acercarse a mí, pero yo no quise saber nada. Pensaba que no quería que conociera a nuestro hijo. No sabía que no me acordaba de nada de lo que había ocurrido. Es muy rico, pero no pretendo casarme con él ni pedirle dinero.

Raffaella deja de remover el café. Acto seguido, bebe un sorbo poco a poco. «Ha tomado esa decisión por mí, no por el bien de su hijo, sino para castigarme. ¿Por qué mi hija me odia tanto? ¿Qué le habré hecho?». Daniela le sonríe.

—Quiero que él comprenda que solo es importante como padre, y que yo soy la mujer más feliz del mundo por haberlo encontrado. De todos modos, os diré quién es: Sebastiano Valeri.

Raffaella cree que no ha entendido bien el nombre.

—¿Sebastiano Valeri de Valeri Mobili?

—Sí, ese mismo.

Raffaella no se lo puede creer. Se trata de la familia más rica de Roma. Entonces bebe el último sorbo de café y, sin saber por qué, le sabe menos amargo.

—Has «caído» en buen sitio…

Daniela le sonríe.

—Para mí será siempre y únicamente Sebastiano, el padre de Vasco.

Claudio la mira emocionado; pone una mano sobre la suya y se la aprieta mientras le sonríe.

—Muy bien, hija mía, eres especial.

A Daniela le entran ganas de llorar, piensa en las veces que le habría gustado oír esa frase cuando era pequeña, cuando parecía que solo era adecuada para

Babi, pero logra retener las lágrimas y le sonríe.

—Gracias, papá.

—Te quiero.

Raffaella, en cambio, coge un pastelito de crema y se lo sirve en el plato. A continuación, busca el tenedor y el cuchillo, pero solo ve los grandes, y entonces se pone nerviosa. Iman no ha pensado en traer los pequeños. Por un instante le parece que todos están contra ella, que lo hacen aposta.

«Bueno, como siempre. Es difícil encontrar a alguien que actúe de manera adecuada sin que tú tengas que indicárselo a cada paso».

CIENTO OCHO

Teresa, la compañera de Giorgio Renzi, se encuentra en casa. Está terminando de ordenar unas cosas cuando oye abrirse la puerta. Mira el reloj. Son las 21.48. «Ni siquiera me ha avisado, normalmente lo hacía; este trabajo lo está absorbiendo demasiado».

—Hola, ¿qué tal?

Renzi está tenso, pero le sonríe.

—Bien, todo bien.

Teresa se le acerca para besarlo y él le da un beso rápido y ligero en los labios, no se detiene ni un instante de más, preocupado por que ella pueda notar algo, un perfume o, aunque parezca absurdo, un sabor en esos labios que ya no son solo suyos.

—Hemos terminado tarde. ¿Sabes?, los cambios que ha habido que hacer en «Lo Squizzone» han creado unos cuantos problemas.

—He visto al chico que me comentaste, Simone Civinini; ¿se llama así?

—Sí.

—Lo hace bien, es simpático, y mucho más natural que Binna. Da más en el perfil. He preparado los rollitos rellenos con salsa que tanto te gustan y una ensalada verde con maíz, zanahoria y tomate.

¿Te parece bien?

—Perfecto.

Renzi va a la nevera, la abre y saca un botellín de cerveza, quita el tapón y lo lleva a la mesa.

Cenan en la cocina, como todas las noches. Él sirve agua con gas en el vaso de Teresa y luego le sonríe mientras ella deja un plato sobre la mesa. Le devuelve la sonrisa, pero nota que algo va mal.

—¿Todo bien con Stefano Mancini?

—Sí.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

«¿Me responde con monosílabos porque no le apetece hablar? ¿O porque está nervioso?».

Entonces Teresa también se sienta. Giorgio parece tranquilo, está comiendo un trocito de pan y bebiendo un poco de cerveza. «Se está relajando —piensa ella—, habrá tenido un montón de reuniones en las que todo el mundo habla muchísimo». Teresa le sirve un rollito en el plato.

—¿Te pongo dos?

—Sí, gracias.

De modo que le sirve el segundo al tiempo que él coge los cubiertos de la ensalada y se llena el plato que tiene al lado. A continuación, empiezan a cenar en silencio. Renzi saborea el rollito.

—Qué ricos, te han salido muy bien.

—¿Mejor que la otra vez?

—Sí.

Teresa sonríe.

—La otra vez dijiste que eran *estratosféricos*, todavía me acuerdo, usaste esa palabra.

Renzi asiente. La otra vez todavía no había conocido a Dania.

—Esta noche están todavía más estratosféricos.

Ella ríe. Él intenta ser gracioso. Dice algo más, pero se da cuenta de que suena flojo, de que no hace gracia, de que no le sale. No está acostumbrado a subterfugios, mentiras y disimulos. A él lo que le gusta es producir series de ficción, no hacer de intérprete. «Así pues, ¿esta es mi vida ahora, ya no soy dueño de ella?». Come nervioso, mastica deprisa, engulle un bocado y pasa enseguida al siguiente, y la mira casi a escondidas, con rabia. «¿Cómo es posible que no se dé cuenta? Teresa debería alegrarse por este momento que estoy atravesando, tendría que amarme tanto como para notar mi nueva e increíble felicidad. Compartirla conmigo, sí, sin mostrarse celosa o posesiva; entender que la sigo queriendo, pero de un modo distinto, no como deseo a esa chica, de una manera obsesiva, arrolladora, ilimitada». Entonces se para. En realidad, se le ha cerrado el estómago. Ni siquiera le apetece comer. «Todo esto me va grande, demasiado grande. En cambio, de Dania no me molesta nada, incluso la cosa

más sucia con ella me parece limpia. Nunca me había pasado algo así».

Entonces Renzi deja el tenedor y el cuchillo, casi los suelta sobre la mesa, de tal manera que Teresa se sobresalta. Él la mira y cambia de expresión. No puede seguir fingiendo.

—He conocido a una chica.

Teresa sonríe, piensa que está a punto de contarle una de las muchas anécdotas que solía compartir con ella cuando volvía a casa. A ella le gustaban, conseguían que se sintiera más próxima a él, la hacían partícipe de ese mundo tan lejano. De modo que espera intrigada el resto de la historia.

Pero esta vez no es así. Renzi la observa un instante y seguidamente baja la mirada, y no para comer algo más o para buscar la sal u otra cosa, sino solo para evitar su juicio. En ese momento el rostro de Teresa se transforma poco a poco, su sonrisa se apaga, las comisuras de su boca se inclinan hacia abajo, incluso pierde luminosidad. Coge la servilleta de las piernas, se limpia la boca, la deja junto al plato. Se levanta, aparta la silla y se va al dormitorio. Renzi oye el portazo y cierra los ojos un instante. Enseguida le viene a la cabeza cómo se conocieron. Ocurrió en casa de unos amigos, en una fiesta. Empezaron a charlar y, cuando Giorgio descubrió a qué se dedicaba, le dijo: «¡Espero no tener que necesitarte!». Ella tuvo una respuesta divertida: «¿Como abogada? Estoy de acuerdo. Pero ¿también en todo lo demás? Pues sí que eres desconfiado». Después bailaron, se rieron, se estuvieron mirando todo el tiempo con curiosidad y deseo, con ganas de descubrir algo más, de conocerse mejor en todos los sentidos. Los inicios siempre son más bonitos que los finales, aunque solo sea porque al menos los dos se sienten alegres. En cambio, cuando una relación se termina, uno de los dos siempre llora, luego se pregunta por qué, y más que nada piensa que ha malgastado un montón de tiempo.

Teresa ahora se halla en su dormitorio. Estará pensando qué hacer, cómo afrontar la situación.

Renzi está sorprendido, pero también aliviado por el hecho de que ella no le haya preguntado nada, no haya querido saber cómo se han conocido, cómo ha sido, qué ha sucedido. Tal vez ahora esté llorando. «Teresa es siempre tan sensible…, lamento haberla herido». De repente, la puerta de la habitación se abre y ella sale completamente distinta de como se la había imaginado. Está llena de rabia, tiene los ojos entornados, nada hinchados, y entra en la cocina como una exhalación.

—¿Quién coño es esa? ¿Cuánto hace que dura esa historia? Te la has follado,

¿verdad? Si no, ¿para qué me lo ibas a contar?… Pretendes descargar las culpas sobre mí, para sentirte tú más ligero, ¿no es así? Mañana es nuestro aniversario. Habría hecho cinco años que estamos juntos, incluso me diste a entender que el año próximo, si las cosas iban bien en el trabajo, nos casaríamos… Y ¿ahora qué? Pues ahora, como has conocido a una que se abre de piernas con facilidad, lo echas todo a perder, como un niño que lanza la pelota a una tienda de cristales y dice: «Oh, ha ocurrido». Y luego, tan tranquilo, se va corriendo.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Es lo único que eres capaz de decir? Ahora me dirás su nombre y apellido, cuántos años tiene, qué habéis hecho. Me lo contarás todo.

Y lo coge por el cuello de la camisa, arrancándole incluso el primer botón. Y prosigue colérica:

—Me he tragado las comidas en casa de tu madre y de tu padre, hablando de los mismos fútiles, aburridos y tristes temas de siempre, sin ni una mínima visión de la vida, con tus dos hermanos y sus inútiles parejas. He estado con toda tu familia, que son una vergüenza para la misma palabra *ignorancia*. Pero siempre he vivido todas esas cosas con gusto, alegría y ligereza, porque lo he hecho por ti, por lo que creía que tenía contigo. Y ¿ahora te limitas a decirme que has conocido a otra? ¡Pues eres un cabrón! Pero ¿no te da vergüenza?

Renzi no parpadea.

—¡Eh, estoy hablando contigo! —le espeta Teresa, y le tira otra vez de la camisa—. ¡Contigo! ¡Contigo! —Empieza a gritar, zarandeándolo, rasgándole del todo la camisa; al final incluso le tira del pelo.

Arriesgándose a hacerle daño, Renzi le aparta las manos del pelo y se levanta. A continuación, va hacia la puerta, coge la americana y las llaves y, sin decir nada, sale de casa. Teresa se echa a llorar, corre a su habitación y da un portazo con inaudita violencia, como si quisiera hacerla estallar.

Renzi se pone la americana y sube al coche. No podía seguir viviendo en una mentira. En una ocasión Teresa le dijo: «Si alguna vez tuvieras una aventura, debes decírmelo. Incluso podría entenderlo y perdonarte. Pero si lo descubriera yo, me enfadaría tanto que ni te lo imaginas. Quiero saber que no le voy a estrechar la mano a una persona que ha tenido tu “cosa” en la suya y me sonríe, muy simpática, mientras se burla de mí».

—No sucederá.

Renzi ha mantenido la promesa. Teresa, en cambio, no ha reaccionado como había dicho. Pero el amor nos sorprende, el amor nos obliga a hacer cosas que

nunca habríamos imaginado que seríamos capaces de hacer, para bien y para mal. Entonces Renzi coge el móvil y llama a Dania. Apagado. «Ya estará durmiendo. Ha tenido que estudiar algunas escenas para el programa de mañana. Estaba muy cansada». Al menos, eso es lo que quiere creer, lo que necesita creer; en otro caso, está tirando inútilmente su vida a la basura.

CIENTO NUEVE

Saco un botellín de cerveza del frigorífico y lo abro. Me sirvo un poco en un vaso y enciendo la tele.

El programa de hoy de «Lo Squizzone» estaba grabado y ha quedado perfecto. Mañana me interesa mucho saber qué cifras hemos conseguido. Es cierto que el segundo programa siempre baja un poco, pero quién sabe qué ocurrirá en este caso. Al tener un presentador distinto, es como si empezara una nueva temporada. Tengo curiosidad por averiguar qué estará tramando Fulvio Binna. Dudo que se haya calmado; puede que haya ido a Milán para hablar en serio con su joven guionista y hacer las paces. Hoy Karim ha reaccionado bien ante la idea de tener al lado a Dania Valenti. Habrá visto que puede resultarle útil, y que por mucho que no hubiera estado de acuerdo no habría cambiado nada. Al menos, él ha aprendido la lección. Oigo que se abre la puerta.

—Gin, ¿eres tú?

—No, cariño, soy un ladrón.

Voy hacia ella corriendo.

—Es verdad, me has robado el corazón —digo, y la abrazo.

—Oye… Primero eras guionista televisivo, ahora eres productor, pero a mí me parece que sigues siendo un liante, un espabilado que utiliza los mismos textos en cuanto ve la oportunidad. Venga, ánimo, enséñame ese guion; ¿dónde lo tienes?

Le señalo mi cabeza.

—Está todo escondido aquí… —A continuación, pongo la mano sobre su corazón—. Y aquí.

Se aparta de mí con un empujón.

—¡Me gustaría entrar ahí dentro, en serio, revolverlo todo y ver qué se

esconde en esos cofres!

Me echo a reír.

—Pues imagínate si los encuentras vacíos, que no hay nada; qué dramático descubrimiento harías.

—Eso es lo que me temo.

—Nunca lo sabrás…

Voy a la cocina.

—¿Quieres tú también un poco de cerveza?

—Ojalá pudiera, pero un zumo sí, gracias.

—De acuerdo, te lo traigo.

Lleno un vaso con el zumo y el mío con cerveza y me reúno con ella.

—Eh, pero casi no me has contado nada de la visita de hoy. ¿Cómo ha ido? En el tren había poca cobertura. Luego he salido corriendo a los estudios, perdona que no te haya llamado.

Gin ha intentado no pensar en ello. Y ahora nota una punzada, pero prefiere hacer como si nada.

—Bien, todo normal, Aurora sigue creciendo.

Atisbo una sombra en su rostro.

—¿Estás segura?

—Sí, por supuesto. —Abre una bolsa, saca una carpeta y me la tiende—. Son los resultados de hoy. Crecimiento del diez por ciento, está en magnífica forma.

—Bien, me alegro.

Echo un vistazo a los informes, leo las medidas, miro la foto de ese minúsculo cuerpecito y, mientras estoy distraído por la belleza de todo lo que estamos creando, no me fijo en la tristeza que de repente la invade. Gin ha estado todo el día fuera, intentando dar salida a ese dolor, buscando a alguien con quien compartir la desesperación de su descubrimiento.

Eleonora contesta al teléfono sin mirar siquiera quién es.

—Ele, ¿qué haces?

—¡Gin! ¡Qué sorpresa! Nada, acabo de llegar a casa.

—¿Bajas?

—¿Estás aquí abajo?

—Sí.

—Ya voy.

Un instante después, Eleonora sale del portal. La mira, la escruta en silencio, no sabe muy bien qué decir, qué pensar. Luego suelta una de esas frases un poco inútiles pero que sirven para empezar una conversación:

—¿Y bien?

—Nada.

—¡No me digas que pasabas por aquí porque te cojo del cuello!

Gin esboza apenas una sonrisa.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

Gin se queda un instante en silencio. Se da cuenta de que no le sale, no es capaz de hablar de ello.

—Tal vez no sea una buena madre.

Eleonora sacude la cabeza.

—Oye, si tú no eres una buena madre, yo como máximo podría tener un pez y tampoco estoy muy segura de que no acabara ahogado.

Entonces se abrazan y Gin le susurra:

—Tienes que estar siempre a mi lado.

—Siempre. Aunque alguna noche saldré con un tal Marcantonio.

Gin se aparta de ella.

—¡Venga ya! ¡Qué contenta estoy! Aunque, esta vez, ¡intentad que dure! Sois perfectos juntos, los otros dos no tenían nada que ver con vosotros… Y ¿han acabado saliendo entre ellos?

—No. Eso solo sucede en las películas. Él ha vuelto con una de sus ex, y creo que ella está saliendo con un compañero de clase.

Y siguen charlando así, bromeando de esto y de aquello. Gin se ríe y, mientras mira a Eleonora, en realidad siente una tristeza infinita. «No soy capaz de hablar con mi mejor amiga, no soy capaz de contarle mi problema, no le estoy diciendo nada, sigo riéndome, pero solo tengo ganas de llorar…».

Más tarde, Gin va a ver a su madre.

—Eh, ¿qué haces aquí? ¡He oído las llaves y pensaba que era tu padre, que había vuelto antes!

—No, no, soy yo; todavía estoy autorizada a tener las llaves, ¿no? Me las disteis a los catorce años y no pienso renunciar a ellas.

—Claro, son tuyas; yo tampoco renunciaré nunca a ti.

Al oír esas palabras, Gin se esfuerza por no echarse a llorar, y en ese preciso instante se da cuenta de su fragilidad. De modo que se vuelve hacia el otro lado

y finge.

—Tengo que coger una cosa de mi habitación…

Se aleja por el pasillo, desapareciendo de la vista de su madre. Poco después, una vez recuperado el equilibrio, aparece sonriente.

—¡Eh! ¿Va todo bien?

—Sí, estaba buscando este libro, me he acordado de que lo tenía aquí y me han entrado ganas de leerlo.

Muestra a su madre *Tres habitaciones en Manhattan,* de Georges Simenon.

—Es muy bonito, a mí también me gustó.

—¡Stefano no tiene ninguno de mis libros; un día vendré a buscarlos todos, al fin y al cabo, es justo que la librería de mi casa sea también un poco mía!

—Claro.

A continuación, va hacia la puerta y, mientras se aleja de espaldas, piensa: «Si no se lo digo a mi madre, ¿a quién se lo puedo decir?». Y en ese instante, ella misma se da una respuesta: «Ya sabes lo que te diría. Te diría que empezases el tratamiento. No quiere perder a su hija, al igual que tú no quieres perder a la tuya». Entonces se siente más fuerte y se vuelve convencida.

—Adiós, mamá; quedamos pronto para cenar, ¿te apetece?

—Claro.

Y sale sonriendo de casa.

Francesca se queda unos instantes observando la puerta cerrada, esperando que su hija no le haya mentido, que todo vaya bien, que no haya problemas con Stefano. Luego exhala un suspiro y regresa a la cocina.

Gin entra en el ascensor, pulsa el botón, las puertas se cierran y se mira al espejo. «Bueno, sobre esto no cabe duda: he mejorado muchísimo como actriz». Seguidamente decide ir a dar una vuelta en coche por la ciudad, sin ninguna meta. Pone la radio y canta, intenta evitar los semáforos. Cada vez que tiene que detenerse, siente unos ojos sobre ella, a alguien observándola, así que mira hacia delante y sigue cantando. Ahora han puesto una canción de Vasco Rossi que no podría ser más adecuada. Canta a voz en grito: «*Voglio trovare un senso a questa vita, anche se questa vita un senso non ce l’ha*», «Quiero encontrarle sentido a la vida, a pesar de que la vida no tiene ningún sentido»[52]. Y, de repente, mientras grita esas palabras, se interrumpe y se echa a llorar. «¿Por qué precisamente a mí?, ¿por qué precisamente ahora?». Y se siente muy sola, no se atreve a confiarle a nadie su dolor. Le gustaría que la abrazaran, que la ayudaran, que no

hubiera ninguna posibilidad de elegir. Puede que sea eso lo que más la consterna, pensar que podría cambiar las cosas, que podría decidir de otro modo… «Pero yo quiero a Aurora más que a nada. Estoy segura de que al final todo irá bien porque Dios no puede…».

—¿Gin?

—¡Eh!

De repente, es como si se despertara. Me ve delante de ella, observándola, sonriéndole.

—¿En qué estabas pensando? Ponías una cara muy rara… Primero estabas como tensa, parecía que estabas discutiendo con alguien, y luego al final has sonreído como si hubieras encontrado una solución para todo…

Gin me hace una caricia en la cara.

—Sí, es exactamente así.

—¿Estás segura de que todo va bien?

—Sí, por supuesto.

—¿Te apetece salir? Estoy invitado a una inauguración, un canal nuevo de la Fox.

—No, gracias, estoy algo cansada, he tenido un día agotador. ¿Te acuerdas de que hoy, además, he empezado a trabajar en el bufete? Ya no estaba acostumbrada.

—Está bien, como quieras; voy a darme una ducha.

Gin termina de beber su zumo. «La verdad es que tengo que ir al bufete; trabajar me ayudará a tener la mente ocupada y, además, tiene razón el doctor Flamini: hay que mantener el ánimo tranquilo y optimista, él también tiene la capacidad de curar».

CIENTO DIEZ

Lorenzo entra en casa.

—Estoy aquí, ya he llegado.

Pero no obtiene respuesta. Va al salón y encuentra la mesa puesta solo para uno y dos platos tapados. Entonces aparece Babi. Lleva un vestido negro, largo, un pequeño bolso en la mano, el pelo recogido en un peinado elaborado y un maquillaje perfecto que realza todavía más sus ojos azules, a pesar de ser ligero. Lorenzo no puede evitar notar lo increíblemente guapa que es. Y esta noche, quizá, lo esté más que nunca.

Babi se fija en su mirada y le sonríe.

—Leonor me ha dicho que ibas a venir, así que te he hecho preparar un plato de pasta fría con mozzarella y tomate, que tanto te gusta, y un *vitello tonnato*. Además, aquí tienes una ensalada de canónigos; si no, también puedes hacer que te calienten unas espinacas. He puesto a enfriar un Blanche, si te parece bien, o, si no, tienes un Herman o un Donna Fugata; en la bodega hay de todo.

No lo he abierto porque no sabía cuál querrías para acompañar la cena.

Lorenzo se acerca y le sonríe.

—Un Blanche es perfecto, has hecho una buena elección. —A continuación, le acaricia el brazo—. Estás muy guapa, ¿me haces compañía mientras ceno?

—No, lo siento, voy a salir. Massimo está arriba, durmiendo, así que no hagas ruido. Pero si te apetece salir, no te preocupes; de todos modos, Leonor se está ocupando de él y si hubiera algún problema nos llamaría al móvil…

A continuación, Babi se dispone a marcharse, pero Lorenzo la sujeta de un brazo con firmeza. Se lo aprieta con fuerza a propósito.

—Tú eres mi mujer. No puedes hacer lo que te dé la gana. Ni siquiera me habías avisado de que ibas a salir.

—No sabía que vendrías, pensaba que esta noche también la pasarías fuera… con Annalisa Piacenzi.

Lorenzo palidece. Le suelta el brazo y de repente lo ve todo claro.

—De modo que estás viendo de nuevo a Stefano Mancini, tu amado Step. Me lo encontré en Vanni y yo estaba con ella, pero se lo ha inventado todo. Qué asco, lo hace para volver a llevarte a la cama, es incapaz de olvidarte.

—No lo veo y tampoco hablo con él, y lo más importante; aunque me lo hubiera encontrado no me habría dicho nada. Es demasiado considerado; pero tú esas cosas no puedes entenderlas. Hoy no me funcionaba el ordenador y he usado el tuyo. Te dejaste el chat abierto con todas vuestras bonitas fantasías y todo lo que realmente ha habido entre vosotros. Felicidades. Incluso le dijiste que yo quería hacer el amor en la terraza, que insistí, y que fuiste tú quien tuvo que decirme que no. Si te hace falta, puedes utilizarme. Pero cierra tu correo. Tenemos un hijo que ya ha aprendido a leer, gilipollas.

Babi se marcha.

—Tú no vas a ninguna parte. —Lorenzo la aferra de nuevo por el brazo.

Babi se vuelve de golpe y, con una rapidez increíble, le clava el filo del bolso en la mano.

—No se te ocurra tocarme nunca más, ni te atrevas. He hecho una captura de pantalla y he copiado el chat; ya se lo he enviado todo al abogado. Espero que nos separemos de manera civilizada y educada. Mantengamos una buena relación por nuestro hijo. Pero no te atrevas a entrar en mi vida nunca más ni a cuestionarme en nada o, de lo contrario, te hundiré. Te aseguro que con lo que sé y las armas que tengo puedo hacerlo. —A continuación, le sonríe—. Si estás nervioso, no comas deprisa y no bebas demasiado. A Massimo le sabría mal si te ocurriera algo. Buenas noches.

Lorenzo se la queda mirando mientras ella coge la chaqueta que había dejado sobre el sofá y sale sin volverse.

Babi aguarda la llegada del ascensor con la esperanza de no oír abrirse la puerta y que Lorenzo tenga todavía algo que decir. A medida que pasan los segundos, se siente mejor, más ligera, feliz por las palabras que ha dicho y, sobre todo, por la decisión que ha tomado. «Pero ¿cómo se me pudo ocurrir casarme con alguien así? No tiene nada que ver conmigo, ni con mi vida, ni con lo que me gusta, me interesa, me divierte… —Sacude la cabeza—. A veces creo que estoy loca, no me reconozco, es como si una parte de mi vida la hubiera conducido otra persona. ¡Y cuando hace ese tipo de tonterías, la emprendería a

patadas con ella!». Entra en el ascensor y la más cuerda de las dos se echa a reír.

CIENTO ONCE

Cuando llego a los estudios de la via Tiburtina, hay varios coches en fila. He hecho bien viniendo en moto; los adelanto a todos y llego hasta la zona reservada solo para motocicletas. No hay nadie más.

Se me acerca un guardia con la lista de invitados en la mano.

—Buenas noches.

—Buenas noches; Stefano Mancini.

Revisa la primera página; no estoy en la lista, al parecer, terminaba antes de la «M». Vuelve la hoja, la coloca debajo de su mano izquierda y mira la segunda página. Me encuentra, puntea el nombre con un bolígrafo y pasa la hoja hacia delante.

—Por favor, mire: ahora tiene que ir hasta el fondo y luego a la derecha. Encontrará el Teatro Sette, allí es donde tiene lugar la fiesta.

—Gracias.

Meto primera y recorro con un punto de gas el interior de los estudios. Algunas personas elegantes deben de haber dejado el coche fuera y entran a pie. Otras, en cambio, hacen cola en el interior de sus vehículos. De vez en cuando, alguna chica que ya no puede esperar más baja del coche y, sin siquiera despedirse de la persona que la acompaña, se encamina hacia el teatro. Prácticamente ha utilizado a su pareja como a un cualquiera, como si fuera un simple chófer. Al llegar al estudio número siete, aparco y cierro la moto. Meto el casco en el baúl junto con el otro que llevo y me encamino yo también hacia la puerta. Algunos guardias de seguridad muy elegantes nos paran en la entrada. Hay diez con listas en la mano, de manera que no tengan que hacer esperar a nadie.

—Soy Stefano Mancini.

Encuentran enseguida mi nombre.

—Perdone, debería ponerse esto. —Una chica me coloca una pulsera en la muñeca y luego sonríe disculpándose—. Con esto podrá moverse por todas partes.

Le sonrío a mi vez y empiezo a caminar por un pasillo. Oigo la música a todo trapo, han utilizado partes de antiguas escenografías para decorar todo el teatro. Cuando cruzo el enorme portón, me doy cuenta de que hay muchísima gente; los focos iluminan a los invitados y los tiñen de verde, de azul y de amarillo. Algunos chicos vestidos de romanos, que llevan puestas máscaras antiguas, bailan sobre unos altos cubos repartidos por todas partes. Van con el torso descubierto, y sus músculos, completamente lubricados, resaltan todavía más bajo el reflejo de la luz, creando una magnífica escena. Detrás de varias barras situadas en los laterales y todavía más numerosas detrás del cuadrado central, una especie de vestales muy destapadas sirven sin parar todo tipo de bebidas a los sedientos invitados. Los camareros, vestidos de romanos más anónimos, no cesan de pasar recogiendo vasos vacíos. No me parece ver nada de comer. Han invertido mucho en la parte alcohólica siguiendo la línea de la filosofía de la mayoría; muchos están a dieta, todos beben. La fiesta se desarrolla a lo largo de todo el estudio número siete y luego continúa en el de al lado. En algunas partes han utilizado fondos y paneles para que no parezca un teatro de mentira, sino un verdadero decorado para el evento. Reconozco una casa de los años sesenta, el interior de un sumergible, la fachada de un edificio, una habitación donde debe de haber vivido un maníaco en la línea de *Hannibal*, el caníbal, o *The Hostel*, en vista de que hay instrumentos de tortura de todo tipo y también máscaras de piel.

—¡Hola, Stefano!

—Hola. —Sonrío a una chica que pasa junto a otras dos tan deprisa que no la reconozco, si es que eso hubiera sido posible.

Me cruzo con algún periodista, alguna cara conocida de gente del sector; los saludo a todos, pero no me paro a hablar con nadie. Prosigo mi deambular llevado por este trenecito de invitados más o menos perfumados, más o menos desconocidos. De vez en cuando, entre las oleadas de gente común, aflora la cara de algún vip famoso en otro tiempo, uno de esos que iría bien para el programa «Meteore». Entonces el Teatro Sette se estrecha en un pequeño túnel, para hacernos emerger a todos poco después en el Teatro Otto. Aquí las luces son distintas, también la música. Hay una mujer disc-jockey con unos cascos

pegados a la oreja izquierda, mientras que con la mano derecha manipula la consola. Va medio vestida de militar, con una camisa blanca debajo y lencería negra; tal vez piensa que es la versión femenina de una extraña mezcla entre Bob Sinclar y David Guetta. Seguramente cobra una décima parte de lo que cobran ellos, pero la música no está mal. Todo el mundo baila y, divertidos y soñadores, se mueven al compás de la canción *Far l'amore*, de Raffaella Carrà, pensando que imitan, cada uno a su manera, la escena de *La gran belleza*. En el centro de estos estudios de grabación hay un gran ring, elevado un metro y medio, al que se accede a través de una grada. Un guardia de seguridad controla quién sube, detrás de él hay varios sofás negros, mesitas bajas, algún puf y la gente más diversa que ha sido elegida como vip por los motivos más desconocidos. Cuando paso por allí al lado, veo que, en un sofá, entre un guapo chico de pelo largo y el joven responsable de área de la Rete, Aldo Locchi, está Dania Valenti. Ella también me ve, se disculpa y corre hacia el borde del ring.

—¡Eh, hola! ¡Qué alegría verte aquí! Pero ¿ha venido Renzi?

—No, no creo.

—Me he quedado sin batería en el móvil. Si lo ves, ¿puedes decirle que estoy aquí? Además, luego no tengo ni idea de cómo voy a volver a casa. ¿Sabes que puede que más tarde también se pase Calemi? Tenía una cena, pero ha dicho que se reuniría conmigo. ¿Quieres quedarte un rato aquí, en el privado, con nosotros? Se lo digo a ese tipo.

—No, gracias, voy a dar una vuelta…

—Vale, como prefieras. Yo estaré aquí, como mucho bajaré a bailar.

Y se va contoneándose, con sus shorts de piel negra, una cazadora vaquera, una blusa plateada y una especie de zancos de fiesta. «Como mucho bajaré a bailar…». A saber qué más puede llegar a hacer. No me da tiempo a volverme cuando me tropiezo con ella.

—Pues sí que eres tú. Te he visto de lejos, pero no estaba segura. Hola.

Me sonríe, más guapa que nunca, con sus ojos azules, su elegante vestido negro, su pelo recogido.

Su belleza casi me parece fuera de lugar comparada con todo lo que he visto aquí hasta ahora. Su delicadeza, sus hombros, sus brazos delgados, ese poco de oro blanco que lleva. Se acerca y me besa en la mejilla. Cierro los ojos; incluso su perfume tan delicado y fresco no tiene nada que ver con todo lo que me rodea. Pero ¿puede que sea el único que la vea así? Tan solo consigo decirle:

—¿Qué haces aquí?

Se ríe y sacude la cabeza.

—¡Esta vez no tengo nada que ver! ¡Lo juro! No es culpa mía que tú estés aquí, yo no te he enviado la invitación. Nos hemos encontrado por casualidad.

—Sí, te creo…

Exhala un suspiro de alivio.

—Bueno… —Y me señala la gran «F» del nombre del canal que aparece proyectada y que puede verse también en todos los vasos, incluso en los bordes del ring—. ¿Te gusta cómo ha quedado? La he hecho yo. He sido invitada por ser la diseñadora gráfica.

—Sí, es original, es un buen trabajo.

—Gracias.

Luego nos quedamos en silencio, rodeados de esa música ensordecedora. Pero Babi al final no lo resiste más, quiere satisfacer la curiosidad que quizá sentía desde el principio.

—¿Estás solo?

—Sí.

Y me gustaría decir algo más, pero no sé por qué únicamente me sale ese «Sí». Y, por si no fuera suficiente, incluso se me ocurre añadir:

—¿Y tú?

—Sí, yo también.

—Vale. —Y me mira sonriendo—. Entonces, a lo mejor volvemos a vernos.

—Sí…

Nos quedamos todavía unos instantes así; a continuación, le sonrío y me alejo, pero al cabo de un momento no lo resisto, me vuelvo y veo que entra en el ring. De modo que me pierdo de forma deliberada entre la muchedumbre. Ya no tengo nada que ver con ella. No hubo nada, solo fue una noche con una acompañante. Pero yo sé que para mí no es así. Sigo caminando entre la gente. Ahora la música me parece más alta. Quiero perderme, confundirme, anularme. ¿Por qué estoy aquí? Saco la invitación del bolsillo: «Ven, te espero. Pietro Forti, director de marketing. P. D. Estoy en el Tempio». Miro a mi alrededor: veo que hay una gran escalinata que dibuja una curva y luego se pierde más arriba, en un gran recinto antiguo. Parece una extraña mezcla entre el Partenón y un templo romano, con alguna reminiscencia budista. Empiezo a subir la escalera cuando veo que viene a mi encuentro.

—Por fin, ya estás aquí; ¿qué tal, Stefano? —Se me acerca al oído—. Quiero presentarte a nuestro director, Arturo Franchini, a la responsable de ventas, Sonia

Rodati, y a nuestra creativa, Flavia Baldi.

Les estrecho la mano a todos, sonrío, pero en la confusión general y con esa música tan alta, he entendido solo alguna parte de los nombres y la importancia de sus cargos, sobre todo por cómo los enfatizaba Pietro Forti. Me invitan a beber algo, me dicen que les ha gustado mucho el «*game*» de las familias de vacaciones, que están muy interesados en quedárselo y que quieren hacer muchas más cosas con nosotros, que Futura es una empresa que trabaja bien y que es lo que ellos necesitan.

Asiento, me termino el champán, la chica de nuestra mesa me sonríe y me llena de nuevo la copa. Le doy las gracias y, a continuación, me acerco a ellos para que puedan oírme.

—Me alegro, ya verán como trabajaremos bien juntos. Iré pronto a verlos. —Y esto en cierto modo los tranquiliza.

Luego me levanto, voy al borde de esta especie de templo, me apoyo en la barandilla, marco el ritmo de la música, pero en realidad es como si no oyera nada. Miro hacia abajo. La gente baila, se agita, algunos parece que se mueven al ralentí, otros demasiado deprisa, incluso algunos fuera de tiempo. Entonces la veo. Está sentada en un sofá de piel, conversando con una chica. No ríen. Me parece que están hablando de trabajo. Babi asiente, está de acuerdo, la chica mueve las manos, le está contando algo. Seguidamente llega un chico, se queda de pie delante de ellas, se dirige a Babi, le está diciendo algo. La veo sonreír, él le da una tarjeta, ella la coge, la lee, él le pregunta si puede sentarse a su lado, Babi asiente y le deja sitio. El chico se instala y le sonríe. Es amable, tiene el pelo largo, oscuro, los hombros anchos. También parece un buen tipo. La otra chica se disculpa, se levanta y los deja solos. Ellos la saludan; a continuación, él llama a un camarero y le pregunta a Babi si quiere tomar algo. Ella dice el nombre de no sé qué bebida, él se lo repite al camarero y este se aleja. Luego el chico se acerca y le dice algo al oído. Ella se queda sorprendida; primero sonreía, ahora se ha puesto seria. De modo que no espero a ver su respuesta. Bajo rápidamente por la escalera. Aparto a algunas personas, hago un eslalon intentando no chocar con la gente que está bailando, no sé si lo consigo o no; no siento nada, nada de nada, ningún dolor, nada. Solo sé que tengo que estar con ella. Y en un instante llego a la grada del ring. El guardia de seguridad, al verme llegar corriendo, se pone rígido. Cuando estoy arriba, viene a mi encuentro, me cierra el paso, intenta detenerme. No digo nada. Me mira, sacude la cabeza y dice:

—¿Perdona?

Yo sonrío y abro los brazos. Él, afortunadamente, ve la pulsera azul que me han puesto en la entrada.

—¡Ah, discúlpeme!

Y me deja pasar. Un momento después estoy dentro del ring; miro a mi alrededor entre los sofás, hasta que la veo. El tipo sigue hablándole al oído, muy cerca, demasiado cerca; de vez en cuando le sonríe y casi parece que se aproxima a su boca y ella lo deja hacer, escucha, asiente. No veo nada más. Llego hasta Babi y la cojo de la mano.

—Tenemos un problema, tienes que venir conmigo… Discúlpanos, por favor.

No me da tiempo a oír la respuesta del tipo. Me la llevo conmigo. La arrastro hacia abajo por la grada, entre la gente que baila, entre los recién llegados, que van en dirección contraria, que chocan con nosotros pero que, al final, nos dejan pasar. Parecemos los únicos que se mueven a contracorriente, tratando de no chocar, apartándonos a derecha e izquierda, siguiendo adelante, sin detenernos, hacia la salida. Cuando estamos fuera de los estudios veo una esquina oscura, me dirijo hacia allí con rapidez y solo me paro al llegar. Ya está. De pie uno delante del otro, nos recuperamos de la carrera. Ella, con la respiración entrecortada y sus intensos ojos. Y yo, que la miro en silencio y me doy cuenta de que no ha pasado ni un instante desde entonces. A continuación, Babi me sonríe.

—Esperaba que me estuvieras mirando… Y he soñado que me llevabas contigo.

Y entonces la beso, sin pudor, sin preocupaciones, rebelde dueño de mi vida. Seguimos besándonos así, como si fuéramos dos adolescentes que le han cerrado la puerta en la cara al mundo, que quieren estar solos, que esperaban este momento desde siempre, porque quien ama no tiene miedo. Su beso es único, es amor, es una historia infinita, es mis lágrimas y mi dolor, es mi felicidad y mi vida, es perdición y deseo, es condena y libertad. Es todo lo que quiero y sin lo que ya no puedo vivir.

CIENTO DOCE

Un poco después llegamos a donde está la moto. Veo de pasada a Dania Valenti cogida de la mano de un hombre de unos cuarenta años, pero está claro que no es asunto mío. Nos ponemos los cascos, arranco la moto y en un instante estamos fuera, en el viento de la noche. Ella se me abraza igual que entonces. No tiene miedo, confía en mí, sabe cómo conduzco, se abandona completamente. Pero de vez en cuando me estrecha con más fuerza, quiere notarme, no puede creerse la maravillosa sensación que estamos viviendo: nosotros dos juntos de nuevo. Me mete la mano por debajo de la camisa, me roza la piel, me acaricia despacio los abdominales, necesita tocarme, sentir que todo es real, que no estamos soñando. Me vuelvo hacia ella, le sonrío.

—¿Adónde vamos?

—Ve hacia la Aurelia. Tengo una idea.

A continuación, veo que coge el móvil y envía un mensaje a alguien. Continúo conduciendo mientras sigo sus indicaciones. Media hora después, una barrera se levanta y nos deja pasar.

Recorremos unos metros más y es cuando me lo veo delante. El *Lina III*. Ayudo a Babi a bajar, luego pongo el caballete y también bajo. El capitán nos espera en la escalerilla.

—Encantado de volver a saludarlos.

Nos quitamos los zapatos y subimos al yate. El capitán se acerca a Babi y le susurra:

—Los he mandado a todos a dormir, como usted me ha pedido, y le he hecho preparar todo lo que quería.

—Perfecto, Giuseppe. No sabes cómo me alegro de tener a alguien en quien siempre se puede confiar.

—Va a hacer que me emocione… Bueno, si no necesita nada más, me voy a dormir yo también. De todos modos, si tocan el timbre, siempre habrá alguien disponible.

Babi le sonríe.

—Ya os he pedido demasiado y en el último minuto. Buenas noches y gracias.

—Buenas noches.

Y Giuseppe desaparece entrando por la escotilla y metiéndose en un pasillo que conduce a su camarote.

—Ven, vamos a subir.

Esta vez es Babi quien me coge a mí de la mano y me hace subir por una ancha y elegante escalera de caracol completamente tapizada con una suave moqueta de un blanco roto. Llegamos a una habitación rodeada de cristaleras con unas luces azules muy tenues. Los sofás son de piel clara, en el suelo hay una preciosa alfombra de color cerúleo y beis. Un gran mueble con un televisor de plasma encima, una nevera de acero satinado y, sobre el mueble, un altavoz Bose con un iPod acoplado. Babi lo coge, busca algo; a continuación, se vuelve hacia mí poniendo una cara entre pícara e infantil.

—Es mi *playlist*.

Vuelve a colocarlo en la base justo cuando empiezo a oír las primeras notas y luego esas palabras: «*Ripenserai agli angeli… Al caffè caldo svegliandoti…*», «Te acordarás de los ángeles…

Del café caliente despertándote…».

—¿La recuerdas?

—Claro que la recuerdo. La escuchábamos siempre. Tiziano Ferro nos volvía locos. Al igual que esta canción.

—Era nuestra canción, de cuando nos conocimos.

Y Babi canta con él. «*Mentre passa distratta la notizia di noi due…*», «Mientras pasa distraída la noticia de nosotros dos…». Y sigue cantando y se mueve divertida con esas notas, hasta que me levanto y canto con ella. «*Di sere nere… che non c’è tempo, non c’è spazio e mai nessuno capirà…*».

«De noches negras… que no hay tiempo, no hay espacio y nunca nadie entenderá…». Y nos miramos a los ojos y nos cantamos a nosotros mismos, al mundo que duerme, que no nos escucha. «*Perché fa male, male, male da morire senza te*». «Porque hace daño, daño, muchísimo daño sin ti[53]». Y nos

abrazamos y seguimos escuchando en silencio esa espléndida canción que habla del tiempo que hemos perdido y del daño que nos ha hecho ese *Senza te*, «Sin ti». Y en nuestros ojos veo dolor y felicidad, veo todo lo que no sé, veo tus celos, tus ganas de que yo sea tuyo para siempre. En ese momento me abraza fuerte, muy fuerte, lo más fuerte que puede, y me susurra al oído, mientras se termina la canción:

—Te lo ruego, nunca más sin ti.

—Sí, nunca más.

Y, como si se tratara del mayor de los juramentos y ella casi se avergonzara de habérmelo arrancado, se aparta de mí y, sin mirarme a los ojos, me pregunta:

—¿Quieres beber algo?

—Sí, lo que sea.

A continuación, abre la nevera y trastea en el interior. Seguidamente se vuelve hacia mí y me sonríe, casi tímida por nuestra nueva intimidad.

—Toma… —Y me deja delante una cerveza artesanal L'Una y un vasito de ron—. Es Zacapa XO. —Luego me pasa un vaso grande—. Puedes echar la cerveza aquí, así te la bebes como a ti te gusta.

Sigo sus indicaciones. Lleno el gran vaso de cerveza y luego le añado el vasito de ron, que se desliza hacia abajo para naufragar en el fondo y mezclarse con ella. Me lo bebo con gusto, saboreando cada detalle de este momento. Entonces, ella se me acerca, yo la abrazo y empezamos a besarnos. Enseguida me excito.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé… Pero ¿podríamos no pensarlo ahora?

Ella se echa a reír.

—Tienes razón, no acierto nunca el momento.

Y se sube encima de mí levantándose el vestido.

CIENTO TRECE

He llevado a Babi a su casa y ahora conduzco despacio en la noche. Se ven las primeras luces del alba cuando de repente me acuerdo de esas palabras.

«¿Eres feliz?». Su pregunta todavía resuena en mi cabeza. El padre Andrea está delante de mí en silencio, con los ojos cerrados. Espera preocupado mi respuesta. Cuanto más tiempo pasa, más pesado, fastidioso y molesto se vuelve el silencio. Es como si todavía diera más eco a todo lo que no se está diciendo. A lo lejos oigo el sonido de alguna ave nocturna y, más distante, el parloteo alegre de la voz de Gin y de sus padres, Francesca y Gabriele. Luego, de repente, la voz del padre Andrea, grave, seria, pero sutil a su manera, rasga ese silencio.

—¿Has entendido la pregunta que acabo de hacerte? Tampoco es tan difícil, te he preguntado si eres feliz. —Abre los ojos, se vuelve hacia mí y me mira tranquilo, como si la respuesta que está esperando fuera la más sencilla del mundo. Pero continuamos callados y al final me mira y sonríe.

—Bueno, si tardas tanto en contestar, en cierto modo ya me has dado la respuesta. Lo siento mucho.

—No es tan fácil.

—Lo sé, parece una pregunta simple, pero en realidad es complicada porque prevé un montón de cosas.

—Me gustaría mucho serlo.

Me mira y se echa a reír.

—Y ¿quién no querría serlo? Hicieron una buena película sobre ese tema, *En busca de la felicidad*, de Gabriele Muccino.

—Sí, la he visto…

—Yo también. Allí, el protagonista, ese famoso cantante de color, ¿cómo se llama…?

—Will Smith.

—Exacto. Pues bien, él lograba encontrar la felicidad, y ¿sabes por qué? Porque como no tenía nada, se conformaba con poco. A los hombres que lo tienen todo les cuesta más encontrarla.

Pirandello decía que la verdadera felicidad reside en tener pocas necesidades. Camus, que nunca serás feliz si sigues preguntándote en qué consiste. Yo creo que cada uno de nosotros sabe qué lo haría realmente feliz. La cuestión es tener el valor de serlo. En resumen, como dice Borges, «solo he cometido un pecado en la vida: no he sido feliz».

Y volvemos a quedarnos callados. Es un cura muy particular. Le gusta el cine y las citas y me cae simpático. Luego —como si se tratara de un amigo de toda la vida, o más aún, y me dan ganas de reír solo de pensarlo, como si Pollo se hubiera encarnado en él—, empiezo a hablar.

—Gin es una chica maravillosa, es bonita, es alegre, es divertida, es práctica, es inteligente, pero no tiene malicia, cosa que, la verdad, para mí es una virtud…

Asiente al escucharme, está de acuerdo conmigo.

—Sí, tienes razón. La conozco bien.

—Ah, sí, por supuesto. Se me olvidaba, ella es quien lo ha elegido para oficiar nuestra boda.

—Exacto…

Me sonríe y entonces prosigo:

—Y estoy seguro de que será una excelente madre.

—Estoy de acuerdo contigo. La he visto muy feliz.

—Yo también lo soy.

—Oh, bien, me alegro.

Y, a continuación, pronuncio esa palabra que nunca habría imaginado que llegaría a decir.

—Pero tengo miedo.

Entonces el padre Andrea se vuelve hacia mí y me sonríe, me pone la mano en el brazo y me mira con afecto.

—El miedo en un caso como este es un sentimiento noble. En realidad, tienes miedo porque ella te importa.

—Y sus padres, y el niño que tendremos. Tengo miedo de no estar a la altura.

—Lo ha logrado un montón de gente con muchas menos cualidades que vosotros dos.

Entonces decido decirle la verdad.

—El otro día me encontré a una mujer, sucedió por casualidad. Hacía muchos años que no la veía y esperaba no volver a verla nunca más en toda mi vida. Principalmente, por lo que sentía por ella.

—Y que sientes.

—Sí.

El padre Andrea enarca una ceja, cierra los ojos y asiente.

—Entonces la cosa cambia. En este caso es difícil ser feliz. —A continuación, mira hacia Gin.

Ella está riendo con sus padres, Gabriele tira de ella, la abraza y su madre se preocupa; oímos su voz desde aquí.

—¡Gabriele, ten cuidado, no te pases, le vas a hacer daño!

—¡¿Qué dices?, estamos bromeando!

El padre Andrea continúa hablando sin mirarme.

—Así pues, ¿qué quieres hacer? ¿Quieres posponer la boda hasta que te hayas aclarado o prefieres anularla?

—No, vamos a tener un hijo.

Entonces se vuelve hacia mí.

—Es una buena noticia.

—Sí, estupenda.

—Pero si lo criais siendo una pareja infeliz, con discusiones y todo lo demás, haréis que él también sea infeliz, y puede que cargue con ello toda su vida. Si de verdad lo amáis, no podéis hacerle eso.

Entonces me quedo callado. Pero el padre Andrea prosigue:

—Qué raro que no me hayas hecho la pregunta que suelo oír en estos casos.

Siento curiosidad.

—¿Cuál?

—¿Se puede amar a dos mujeres a la vez?

Me hace sonreír.

—La verdad es que lo había pensado, pero me parecía absurdo hacer una pregunta como esa a alguien como usted.

—Muy bien, porque creo que es una tontería, solo una excusa de alguien que no sabe asumir sus responsabilidades. Quien se encuentra ante esa indecisión tiene que elegir, dejar a la mujer que cree que ama, con todo el dolor y el posible disgusto, y tener el valor de ser feliz con la que está seguro de amar. Porque en el fondo siempre lo sabemos.

—Vamos a tener un hijo. Gin es estupenda y la vida que quiero construir es

con ella.

—Muy bien. Pues entonces lo has pensado, lo has razonado y has tomado una decisión. Pero cuando hayan pasado los años no te hagas reproches, no te imagines cómo podría haber sido tu vida…

Pensar eso sería una pérdida de tiempo, porque de todos modos nunca lo sabrás, quizá habría ido todo mucho peor… —Sacude la cabeza—. Y, sobre todo, no vuelvas a ver nunca más a esa mujer.

Entonces sonrío.

—¿Qué ocurre?

—Precisamente eso es lo que me da miedo.

—Hace poco que te conozco, pero he visto cómo eres. Si decides que será así, así será. Tu vida es tuya. Regresaremos con ellos.

Se levanta, da unos pocos pasos y luego se vuelve hacia mí. Me espera, de modo que lo alcanzo.

Después me coge por el brazo y me sonríe.

—¿Te he convencido?

—No, el miedo que tengo es de que esa chica sea más fuerte que mi voluntad. Por otra parte, si fuera tan fácil tomar una decisión de este tipo y que al momento todo funcionara bien, entonces las confesiones, todos esos avemarías, y sobre todo ustedes, ya no servirían de nada. Mi pecado, en caso de que peque, los justifica.

Entonces el padre Andrea se vuelve de nuevo hacia mí, pero esta vez no sonríe.

CIENTO CATORCE

—¡Eh, buenos días! —Gin entra en la cocina medio adormilada. Lleva una bata ligera y el pelo recogido con una pinza que acaba de ponerse—. Ayer no te oí llegar.

—Hice muy poco ruido. Intenté no despertarte.

—Y lo conseguiste.

—¿Quieres un poco de café?

—No, prefiero té. Es más ligero.

—Te lo preparo enseguida.

Gin me mira. Estoy de espaldas mientras lleno la tetera de agua. La enjuago, la lleno de nuevo y la pongo al fuego.

—¿Qué tal fue la fiesta de anoche? ¿Había mucha gente?

—Muchísima. Estuvo bien, pero no habrías disfrutado. Demasiado humo; además, todo el mundo hablaba a gritos, se pasaron con las invitaciones.

—¿Te encontraste a mucha gente?

—Prácticamente a todo el mundo. —Me parece que es la única respuesta posible sin que tenga que decir mentiras; sin embargo, en el mismo instante en que lo digo, me avergüenzo. El problema no es a quién me encontré o qué hice, sino lo que siento. Intento no pensar en ello—. Estuve charlando un buen rato con el director de marketing de la cadena, Pietro Forti, el cual quiere quedarse varios programas; estoy muy contento.

—Yo también me alegro por ti, amor…

Se acerca y me acaricia la mano. A continuación, se inclina hacia delante y me besa. Es un beso ligero, que me roza, y sin embargo me siento mucho más culpable en este momento que anoche, con todo lo que pasó.

Le sonrío mientras vuelve a sentarse. Quién sabe lo que estará pensando.

Lo miro. Está viviendo un momento estupendo y yo me alegro mucho por él. Me gustaría poder contarle todo lo que me dijo el médico, pero ¿de qué serviría? He tomado una decisión, y debo ser fuerte; solo le causaría congoja, quizá discutiríamos porque querría que cambiara de opinión, pero no voy a modificar mi decisión, de modo que es mejor que ahora no le diga nada. Se lo diré al final, cuando llegue el momento, cuando tenga que empezar mi batalla.

Pero ¿en qué está pensando Gin? No me gustaría que hubiera empezado a sospechar algo. No creo que me oyera llegar, prácticamente he tenido el tiempo justo de darme una ducha y preparar el desayuno.

—Eh, ¿va todo bien? Dime, ¿en qué estás pensando? Estás tan absorta…

—En nada… Es decir, en algo, sí: ¡en que ese té está tardando un montón!

—¡Que no, que ya están saliendo las burbujitas! —Apago el fuego, saco la bolsita del sobre, la meto dentro y la agito arriba y abajo.

—No demasiado, lo prefiero suave.

Así que la retiro, tal como me ha dicho ella, y la dejo en el fregadero. A continuación, con el agarrador, cojo la tetera y le sirvo una taza de té.

—Aquí tienes.

Ella coge la miel, mete dentro del tarro esa cuchara especial con forma de espiral que hace que no gotee, le da una vuelta y la sumerge en la taza para que se derrita.

—Bueno, voy a marcharme, tengo una cita en la oficina.

—Claro, que vaya bien. Yo estaré en el bufete. Nos vemos esta noche. Adiós, cariño.

Y esta vez, al besarla, me siento menos culpable. No hay nada que hacer, los hombres somos como somos: nos acostumbramos a todo y a lo contrario de todo.

CIENTO QUINCE

Cuando entro en la oficina veo mucho movimiento. Alice viene a mi encuentro con unos papeles.

—Buenos días, ¿qué tal? ¿Quiere un café? Tome, son los datos de ayer.

Los cojo y me encamino hacia mi despacho.

—Gracias. Pero antes, dime: ¿cómo ha ido «Lo Squizzone»?

—Muy bien, hemos vuelto a superar a nuestra competencia y Simone Civinini ha conseguido un punto más.

Me siento a mi mesa. Dejo mi maletín y pongo las hojas encima. «Simone Civinini ha conseguido un punto más»… Es decir, no «Lo Squizzone», sino que el resultado es mérito suyo. Miro la gráfica, es increíble: el que va antes de nosotros nos deja al 11 por ciento, los siguientes puntos de *share* los hemos recogido todos nosotros. El primer programa obtuvo un 23, y el segundo, que normalmente baja al menos un punto o dos, pero también puede llegar a siete puntos menos, ha subido uno y ha cerrado con una media de 24; es una locura.

—¿Has visto? Hemos creado un monstruo… —Renzi está en la puerta con un café en cada mano.

—Pues sí. Podemos decir que hasta en esto somos buenos.

—Por supuesto, es todo mérito nuestro, mejor dicho, tuyo, para ser exactos.

Me pasa uno de los dos cafés.

—Gracias.

—¿Puedo? —Señala el sofá de la esquina.

—Claro.

Lo miro con más atención, va un poco desaliñado.

—¿Ocurre algo? ¿Va todo bien?

—A medias. Una pequeña discusión en casa. Teresa está muy nerviosa

últimamente, hacía un tiempo que las cosas no iban muy bien, de modo que me he trasladado a un hotel.

Me termino el café y lo dejo sobre la mesa.

—Lo siento. Gin y yo estábamos organizando una cena en casa, para conocerla.

Renzi se levanta.

—Tal vez podamos hacerla más adelante. En este momento no quiero pensar en ello. Tenemos tres programas que están arrancando, además de la serie. Debo tener la cabeza centrada en esto. Un período de reflexión nos irá bien a ambos.

—Sí, tal vez tengas razón. Cuando se toman decisiones demasiado deprisa nunca se acaba de saber si son acertadas o no. —En realidad, mi situación es mucho más complicada que la suya, de modo que la opción de no pensar en ello me parece una excelente idea—. Anoche estuve en la presentación del nuevo canal de Fox. Una bonita fiesta, muy bien organizada, la música, la ambientación, todo perfecto. Había una invitación para ti también. ¿No te acercaste?

—No, no me apetecía; anoche fue cuando discutí con Teresa, no estaba de humor. Luego resulta que te citas con alguien por trabajo, te dice algo que te pone nervioso y tú le respondes sin poder controlarte. Me ha ocurrido otras veces; yo soy así, y no quiero caer en el mismo error.

—Pues, siendo así, hiciste bien. En cambio, yo hablé con el director de Fox, forman un buen equipo, joven, y además me parece que van al grano.

—Sí, en efecto. —Renzi se echa a reír—. Me han escrito un email, nos han comprado «La famiglia in vacanza» y han optado por otros cuatro programas. No sé qué les dijiste anoche, pero los convenciste.

—Si tengo que ser sincero, me invitaron a tomar algo en su mesa, luego desde allí vi a un amigo mío, fui a reunirme con él y después me marché sin despedirme siquiera.

—Al parecer, tu comportamiento los impresionó. Por lo general, los otros productores se muestran obsequiosos y exageradamente lameculos con tal de conseguir algo. El Empanada, por ejemplo, nunca los habría dejado allí. En cambio, tú, con tu conducta, los descolocaste, debieron de pensar que no los necesitas, que estás seguro de tu producto, que no son tan fundamentales porque también puedes dárselo a otros canales.

—¿Todo eso pensaron?

—¡Sí; allí por donde pasas vas dejando huella!

—Vale, hasta aquí casi me lo había creído, pero ahora ya lo entiendo todo.

—¿El qué?

—¡Que te estás cachondeando de mí!

—Venga ya, era una broma. Cambiando de tema, el director de la cadena ha llamado a Simone Civinini. No sé qué querrán de él.

—De un modo o de otro, lo sabremos pronto.

—Sí, claro. Aun así, es bueno, es divertido, esa idea de poner a una chica al lado de Karim es perfecta.

—Y sobre todo es un buen actor. A propósito, anoche estaba esa chica, Dania…

—Ah. —Renzi se ensombrece por un instante, pero enseguida intenta reponerse; no se da cuenta de que lo he notado.

—Sí, fue muy amable, me preguntó si quería entrar en un privado pensando que no tenía pase. Y también me preguntó por ti.

Renzi me sonríe.

—¡Ahora eres tú el que se cachondea de mí!

—No. Te lo juro, me lo preguntó, en serio.

—Me gustaría creerte.

—No se bromea con según qué cosas, lo sé perfectamente.

Se echa a reír. Luego, en cierto modo, intenta resistirse, pero al final se derrumba.

—¿Con quién estaba?

—Pues no lo sé, pero con un grupo, había varias personas.

En el fondo, esta vez tampoco estoy diciendo ninguna mentira. Renzi tira el vaso del café a la papelera.

—Bueno, me voy a mi despacho, tengo que contestar unos cuantos correos.

—De acuerdo, hasta luego.

Me levanto y cierro la puerta. A continuación, me siento delante del ordenador y empiezo la búsqueda. Poco después encuentro lo que quería. De modo que hablo por teléfono con una señora muy amable y profesional. Me explica con enorme paciencia la disponibilidad que tienen, me hace ver unas fotos, me convence de que es la mejor opción y, al cabo de casi una hora de conversación, soy yo quien la sorprende.

—De acuerdo, me lo quedo.

—Pero ¿así, sin más? ¿Ni siquiera quiere verlo?

—Por supuesto, así nos conocemos y le llevo todo lo que necesita.

Angelica, así me ha dicho que se llama, se echa a reír.

—Ojalá todos los clientes fueran como usted, sería el mejor trabajo del mundo. Me gusta muchísimo y pongo todo mi entusiasmo en él.

—Se nota.

—Solo que a veces te encuentras con personas tan indecisas que te hacen perder un montón de tiempo y al final no llegas a ningún acuerdo.

—Esta vez hemos llegado a un acuerdo por teléfono.

—Sí, quedará en los anales de la historia, me temo…

—El único detalle es lo que le he comentado. Y eso es fundamental. Lo necesito enseguida. No me haga perder el tiempo usted a mí, si no, acudiré a otra parte.

—Ya se lo he dicho. Me parece que no habrá problema. Déjeme hacer una llamada, así podré asegurarme.

—Gracias.

Colgamos. Me pongo a mirar de nuevo los datos del programa. Estoy sorprendido por la curva ascendente de la gráfica. Incluso durante la publicidad, la audiencia no cambia de canal, y eso es algo excelente. Si el año próximo se vuelve a hacer, podemos pedir mucho más. Llamo al teléfono interno de Renzi, que me responde enseguida.

—Sí, dime.

—¿El contrato para «Lo Squizzone» es por dos años?

—No.

—¿Tienen alguna opción?

—No.

—De modo que podemos cambiar de cliente.

—Sí, quisieron ahorrar y no saben lo tontos que han sido; si sigue yendo tan bien, pediremos el doble.

—Pues sí. De una manera o de otra hemos hecho bien invirtiendo en Simone Civinini.

Cuelgo la llamada justo a tiempo para contestar a Angelica.

—¿Y bien?, ¿qué me cuenta?

—Perfecto, tal como usted quería.

—Estupendo.

Acto seguido, vuelve a darme la dirección.

—Nos vemos allí dentro de un cuarto de hora.

Salgo de la oficina rápidamente, saludando a todos.

—Nos vemos más tarde.

Renzi, que está al teléfono, intenta saber adónde voy. Le hago un gesto para decirle que volveré.

Cojo la moto, me detengo solo un instante en una tienda a comprar algo que no puede faltar y me reúno con Angelica. Está delante del número que me había dicho. Va con un pantalón negro, una camisa clara y una carpeta gris debajo del brazo. Lleva el pelo negro al estilo *bob*, flequillo, unas gafas graduadas rectangulares; es baja y regordeta, pero en conjunto resulta agradable. Bajo de la moto, saco el maletín del baúl, meto dentro el casco y cierro.

—Ya estoy aquí.

—Buenos días; sabía que iba a venir en moto, me lo esperaba. Usted no es de los que hacen cola.

Le sonrío.

—Lo paso demasiado mal, es verdad. Diría que lo ha adivinado por la llamada.

Se echa a reír.

—Venga, se lo explicaré todo.

Angelica es perfecta, de una sencillez y una concisión abrumadoras. Ha previsto todas mis posibles preguntas incluso antes de que yo pudiera hacérselas. De modo que firmo todo lo que hay que firmar y me despido de ella.

—Venga a vernos a la oficina, estoy segura de que tenemos muchos negocios interesantes para usted.

—Encantado.

Entonces me quedo solo, disfruto de la sorpresa, preparo el regalo y luego le mando un mensaje.

CIENTO DIECISÉIS

La veo venir desde lejos, camina deprisa, luego se para y mira a su alrededor. Pero no me ve. Estoy sentado a una mesa, saboreo mi cerveza despacio, disfrutando de las dos. Se la ve tranquila; lleva una pizca de maquillaje, poco pintalabios, ha adelgazado, parece mayor, es más hermosa, y hasta ahora no me he dado realmente cuenta. O tal vez sea porque he aceptado lo que todavía siento por ella. La amo. Y no hay nada más bonito que convertirse en náufrago en un amor, arrollado por un destino concreto, perdido en el deseo de una persona, abandonado en ella sin más preocupaciones.

Cojo el móvil y le mando un mensaje.

> Hasta Dios se sorprende por cómo te ha pintado. Es increíble que la ciudad entera te permita salir a dar una vuelta… Eres un atentado para el orden público.

Babi lo lee y se echa a reír, sacude la cabeza y escribe algo. Después de un segundo me llega su respuesta.

> Deja de tomarme el pelo. ¿Dónde demonios estás?

> En el bar que está frente a ti.

Cuando lee el último mensaje se vuelve hacia el bar, buscándome entre la gente, y al final me ve.

Entonces sonríe de una manera única, con una belleza tan devastadora que cualquier preocupación o reparo que todavía pueda tener quedan relegados. Si

una persona sonríe de esa manera solo porque te ha visto, es como si te lo hubiera dicho en televisión en horario de máxima audiencia, como si lo hubiera escrito en el palacio Montecitorio, como si lo hubiera grabado directamente en el sol. Me levanto en cuanto llega a la mesa.

—Qué hermosa eres.

—Sí, sí, hola, falso poeta.

Y nos besamos en la mejilla, como dos amigos cualesquiera, pero la sacudida de deseo que me atraviesa creo que podría provocar un cortocircuito en Roma y quemarla por completo como un moderno Nerón. A continuación, nos sentamos y ella se echa a reír.

—¿Qué clase de juego es este? Me has dicho: «Reúnete conmigo aquí…». Y has tenido suerte de que Massimo se encuentre en el colegio y yo no esté ocupada…

—Yo tengo suerte.

—Eso ya lo sé. —Y me sonríe—. Ambos la tenemos, pero no me habrás hecho venir corriendo hasta aquí para tomar un café, ¿verdad?

Entonces dejo el dinero encima de la mesa, me levanto, la cojo de la mano y la llevo conmigo.

—Ven.

Caminamos en silencio por la calle de Borgo Pio; a lo lejos se oyen las campanas de alguna iglesia.

—Si se trata de matrimonio, creo que hay un pequeño problema por ambas partes.

—Sí, a mí también me lo parece.

—¿Pues entonces? ¿Quieres fingir que somos turistas y volver a casa tratándonos de usted?

—Eso ya lo hicimos.

Entonces se inclina hacia mí y me roba un beso.

—Pues volvería a hacerlo. Contigo volvería a hacerlo todo cada día y no me cansaría nunca. —Me toca el brazo—. ¿Sabes que te deseo de una manera absurda? Nunca me ha pasado algo así.

Nunca he deseado a nadie de esta forma.

Por un instante, cierro los ojos. El hecho de que aun así haya habido alguien en su vida es como si me atormentara. No debo pensar en ello. Es pasado, se ha acabado, queda a nuestra espalda, al otro lado de la puerta de nuestra felicidad. Tengo que lograrlo. Era capaz de llegar a las cuatrocientas flexiones, ganaba a

Hook y al Siciliano, mucho más fuertes que yo, solo porque no me detenía, porque mi cabeza iba más allá, hasta el lugar donde ellos se habían rendido. Y ¿ahora no soy capaz de hacer añicos las pequeñas, inútiles, minúsculas sombras de su pasado, desintegrarlas como piedras simplemente con mi fuerza de voluntad? Debería. Entonces lo saco del bolsillo.

Babi está sorprendida.

—No puede ser…, ¿dónde lo has encontrado?

—Me ha hecho compañía durante estos años, mientras tú estabas en el extranjero estudiando, ¿no? —Le sonrío—. Te estaba esperando.

Toca el pañuelo verde, liso, gastado en los bordes, histórico, épico espectador de su primera vez.

Después se lo acerca a la nariz, cierra los ojos y respira la belleza de todo ese recuerdo. A continuación, me mira emocionada.

—Qué tontos fuimos.

—No pensemos más en ello. —Le cojo el pañuelo y luego lo desdoblo—. ¿Puedo?

Y Babi vuelve a ser la chica de entonces; se da la vuelta, se deja vendar los ojos y me da la mano. Nos ponemos a caminar.

—No dejes que me caiga, ¿eh?

—No, claro que no.

—Me da miedo hacerme daño.

—No debes tener miedo, yo estoy contigo.

—Aquella vez también me dijiste eso y luego me di un golpe en la pierna.

—¡Es verdad, madre mía, qué memoria!

—Me habría gustado olvidarte, pero siempre has estado dentro de mí.

Sonrío, aunque no me ve. Luego un perro ladra hacia Babi y se le acerca. Ella, a pesar de no verlo, se aparta y al final me abraza.

—¡Socorro! ¡Me va a morder!

La mujer que lo lleva sujeto tira de él y hace que se quede a su lado.

—Tranquilo, *Rocky*, tranquilo. —Se aleja sacudiendo la cabeza, sorprendida por nuestro extravagante comportamiento.

—¿Era muy grande ese *Rocky*?

—¡Qué va, un perro salchicha! Y hasta se parecía a su dueña, igual que al inicio de *101 dálmatas*.

Babi se echa a reír.

—¡Me lo he perdido!

Sigo llevándola de la mano ignorando los ojos curiosos de la gente, de algún niño que nos señala y pide explicaciones a su madre, que, sin embargo, no sabe qué decir ni qué inventarse.

—Bien. Párate aquí.

—Step, pero no estamos casados. ¿Y si te ve alguien y se lo cuenta a tu mujer?

—Diré que era un ensayo para un *spot* de televisión.

Y Babi casi se toma mal mi rápida respuesta.

—Tú no eras así.

—Es culpa tuya. —Entonces me doy cuenta de que es algo que la atormenta de verdad—. Perdóname, soy un tonto. No volveré a decirlo y no haremos más cosas de este tipo, pero ahora ya está hecho. De todos modos, hemos llegado. Cuidado con el escalón.

—De acuerdo.

La ayudo a entrar en el ascensor. Cierro las puertas y vuelvo a abrirlas cuando llegamos al ático.

—Eh, no voy a encontrarme una fiesta sorpresa con toda mi familia, ¿verdad? No sé cómo se lo tomarían.

—¡No! —Me río—. Y más que nada porque hoy no es tu cumpleaños, ¿o sí?

Intenta golpearme, pero por suerte me aparto con rapidez hacia atrás y no me da. A continuación, le cojo los brazos.

—Venga, era una broma, para… Estate quieta.

Cierro las puertas del ascensor y abro la de casa. La conduzco más hacia delante.

—Así, bien, por aquí, un poco más. Vale, párate.

Seguidamente, cierro la puerta a su espalda, me sitúo detrás de ella y le quito el pañuelo. Babi abre muy despacio los ojos, los entorna un poco a causa de la luz excesiva, hasta que se acostumbra y se queda sorprendida. Delante de ella, la cúpula de San Pedro, los tejados de todas las casas de via Gregorio Settimo, la vista de via Conciliazione.

—Sé que te gustan los áticos; este es el más alto que había. Y estas… —le paso un pequeño llavero con la letra «B»— son tus llaves. No sé cómo irán las cosas entre nosotros, no sé qué sucederá, no quiero herir a nadie, pero tampoco estar sin ti.

Babi no dice nada, sigue mirando el espléndido panorama que se extiende bajo sus ojos. Estamos en una gran terraza, por encima de los demás edificios, en

línea recta con el Vaticano. Me sonríe al señalarlo.

—Esperemos que tengamos su bendición.

Pero ambos sabemos que somos pecadores; no queremos arrepentirnos, porque cuando amas a alguien, y amas de este modo, crees que ya estás absuelto. ¿Acaso no era este el amor del que hablaba Dios? Habría dado cualquier cosa y renunciado a todo con tal de poder seguir viviéndolo…

¿No podría haber hecho que las cosas fueran más fáciles desde el principio? Pero no digo nada.

Recorremos en silencio el ático rehabilitado, inmaculado.

—Lo reformaron hace poco y todavía no ha vivido nadie en él. Tenemos que hacerlo nuestro, ponerle color.

Entonces Babi se me acerca y me abraza.

—Me gusta muchísimo. Yo lo habría hecho exactamente así, tú y el ático sois mi sueño convertido en realidad. Quiero vivirte mientras sea posible. Me lo he preguntado toda la noche. He seguido pensando en ello hasta esta mañana. Ya sé que no es justo. Ya sé que me estoy equivocando.

Ya sé que no debería, pero no soy capaz de hacer otra cosa, no lo resisto, basta… Quiero ser feliz.

Nos damos un largo beso en medio de ese salón desnudo, de ese ático vacío, sin cortinas, sin cuadros, pero lleno de luz, de locura y de pasión. Como un mar al atardecer, con una superficie quieta y tranquila, pero que esconde quién sabe qué cercana tormenta. Pero no ahora. Ahora somos felices, somos nosotros y nada más, como siempre debería haber sido.

—Ven conmigo. —La llevo delante de una puerta cerrada.

A continuación, cuando la abro, aparece una cama con sábanas nuevas, oscuras, de seda. Sobre el mueble de la izquierda hay unas rosas rojas y, al lado, una botella de champán con dos copas todavía envueltas.

—Solo era para que no se rompieran. ¿Te acuerdas?

Y ella, emocionada, asiente. Luego cojo mi móvil y lo sitúo sobre el mueble junto al pequeño altavoz, del que en esta ocasión, no por casualidad, salen las notas de *Beautiful*, nuestra canción.

—Bueno, ¿te apetece volver a empezar desde aquí?

—No lo has entendido. Yo siempre he estado aquí. Te amo.

—Vuelve a decírmelo.

—Te amo, te amo, te amo.

—Pero esta vez no cambies de idea.

CIENTO DIECISIETE

Regreso a la oficina a última hora de la tarde. Giorgio acude enseguida a mi encuentro.

—Eh, ¿todo bien?

—Sí, todo bien.

Me mira para adivinar si estoy tranquilo, pero no le doy pie a que pueda darse cuenta de nada, porque en realidad lo estoy.

—Esta tarde han venido los guionistas; te he mandado un mensaje, pero no me has contestado.

—Tienes razón, perdona. He estado todo el tiempo ocupado. De todos modos, me acordaba de que solo debían entregarnos la escaleta de «Radio Love», así la podremos leer, ¿no? No teníamos ninguna reunión…

—Exacto, te he dejado una copia sobre tu mesa. Está llamando todo el mundo, quieren a Simone Civinini para los próximos programas; ¡como si ahora nosotros fuéramos sus agentes!

—Y ¿por qué no? Pidamos el veinte por ciento sobre todo y se lo damos…

—Muy bien, no lo había pensado. ¡Lástima que haya entrado en la agencia de Peppe Scura!

—No me lo puedo creer…, ¿con ese? Es el peor. Y ¿quién se lo ha aconsejado? Nosotros seguro que no.

—Por desgracia, alguna idea tengo. Es el agente de Karim, ¿no? Y también de nuestra amiga, Giovanna Segnato.

—Pues vamos bien.

—Y la otra noticia es que ha firmado un contrato por todo el programa. Le han dado ciento cincuenta mil euros.

—¿Cómo?

—Sí… ¿Ves lo que pasa cuando se está lejos de la oficina, distraído…? Es broma. Lo acabo de saber a través de una amiga que trabaja en la Rete. Civinini ni siquiera nos ha consultado.

—Le han ofrecido una buena cantidad.

—Sí, como el resultado ha sido excelente, le han ofrecido el máximo. Y piensa que es solo por este programa. No es que haya cerrado un contrato con la cadena o tenga una exclusividad por dos años. De modo que, una vez que se termine «Lo Squizzone», quedará libre y en el mercado.

—Deberíamos haberle hecho firmar desde el principio un contrato también como presentador. No se nos ocurrió.

—No podíamos imaginarlo.

—Es cierto. Ahora me leeré la escaleta.

—De acuerdo, ya me dirás qué te parece.

Dicho esto, me encierro en mi despacho, dejo mi maletín sobre la mesa, saco la carpeta con el contrato de alquiler del ático de la via Borgo Pio y lo meto en la caja fuerte, junto con el juego de llaves. A continuación, me siento a la mesa y empiezo a leer. Me sumerjo completamente en el argumento, me gustan los personajes, me gusta lo que ocurre. De vez en cuando me río yo solo, imaginando alguna de las escenas que se describen. No consigo adivinar quién puede ser el autor de lo que más me está divirtiendo. Forman un buen equipo; seis guionistas muy distintos: unos, alrededor de los cuarenta; otros, de los veinte; unos, burgueses; otros, alternativos. Me imagino a Ilenia, la alternativa con el pelo rapado, discutiendo acerca de la actitud de uno de los personajes femeninos, quizá con Claudia, la otra guionista de unos cuarenta años que se casó joven, dijo que era del PD pero muy religiosa y puede que tenga hijos de la misma edad que Ilenia. No me atrevo a imaginar qué puede salir de la combinación de esas dos, me gustaría ser invisible y poder colarme alguna vez en una de sus reuniones de trabajo. Entonces miro el reloj. Las ocho y cuarto. No me he dado cuenta. El tiempo ha pasado volando. Tengo una llamada perdida de Gin y un mensaje suyo.

> ¿Qué haces? ¿Todo bien? He intentado llamarte, pero no contestas. Quería saber si vas a venir a cenar. Un beso, amor.

Cierro los ojos. «Un beso, amor». ¿Cómo me siento? ¿Terriblemente culpable? No. No puedo evitarlo. ¡Me sentiría culpable solo por educación, por

respeto a las promesas hechas, por el juramento hecho ante Dios! Sí, lo sé, debería ser así, pero no lo es, y no puedo remediarlo. Quiero a Gin, la amo, pero es otro tipo de amor. Debería dejarla. Al menos, debería decírselo. Pero ¿qué sentiría?, ¿cómo se lo tomaría? Miro la hora. Las ocho y veinticinco. Hemos acordado que «Nunca después de las ocho y media. Será nuestra regla. Y ningún mensaje». Lo ha decidido todo ella.

—Como quieras.

—Y nuestras vidas se quedan fuera de estas paredes, ¿está claro? Aquí no hay preguntas. En esta casa estamos tú y yo, solo estamos tú y yo, no existe nada más, ni mi marido ni tu mujer, ni preguntas sobre ellos. Y, evidentemente, no te permitiría nunca que tuvieras a otra mujer al mismo tiempo que yo, ni siquiera que tonteases con ella, ¿está claro?

Babi me mira, quiere parecer amenazadora.

—Imagínate que tuvieras otra amante. La amante del amante, sería absurdo. No sabes lo que sería capaz de hacerte si lo descubriera.

—Tú no eres mi amante, eres mi esposa.

—En esta casa. Solo en esta casa, no te confundas.

Infrinjo las reglas y la llamo.

—¿Hola? ¿Puedes hablar?

—Sí, estoy sola, iba a meter a Massimo en la cama. ¿Todo bien?

—Sí, muy bien, estoy en la oficina.

—¿Has cambiado de idea? ¿Es demasiado complicado?

—No.

—¿Quieres realquilar el ático?

—No.

—¿Quieres que nos repartamos el alquiler?

—No.

—¿Quieres decirme que sí al menos una vez?

—Está bien, sí.

—¡Menos mal, creía que también ibas a decir que no!

Y continuamos riéndonos y bromeando sin tiempo, suspendidos por encima de todo. Después nos despedimos dándonos ya las buenas noches y nos

quedamos los dos callados, en ese extraño, único, especial silencio. La imagino sola, en alguna habitación, sonriendo pegada a su teléfono. Sí, ahora me gustaría encontrar una frase perfecta que pudiera hacerle entender realmente lo que siento por ella. Pero esa frase no existe. Entonces, después de todo ese silencio, digo «Adiós», pero de una manera tan especial que me parece que contiene todo lo que he intentado decirle con desesperación.

Y tal vez incluso más. A continuación, cuelgo y me quedo mirando el teléfono. ¿Cómo conseguiremos sobrellevar todo esto? No lo sé, y no quiero pensar en ello.

Le escribo a Gin:

¿Te apetece que vayamos a comer algo tú y yo?

Sí, me apetece muchísimo.

De acuerdo. Te llamo cuando esté abajo.

Pero vamos en coche.

Claro.

En un instante, esa frase me transporta a la realidad, a la niña que está en camino, a mis responsabilidades… Y me falta el aire. Pero luego me recobro. No puedo pararme a pensar. Me despido de los que todavía están en la oficina.

—Me voy.

Vamos a Giggetto, en la via Alessandria. Gin está alegre y justificadamente hambrienta.

—No sabes cuánto me apetecía una pizza con mozzarella y tomate. ¡Lo único que siento es no poder atiborrarme de frituras, con lo riquísimas que las hacen aquí!

—Es cierto. —Le sonrío mientras le sirvo agua.

A continuación, dejo la botella, cojo mi cerveza y bebo un poco.

—Podríamos habérselo dicho a Ele y a Marcantonio. Habría sido divertido estar con ellos y verlos de nuevo oficialmente juntos, no como unos ridículos

amantes que se besan a escondidas en los restaurantes…

Sonrío. «Ridículos amantes…». ¿Un amante puede ser ridículo? No, me parece más relacionado con algo que tenga que ver con el dolor, con la imperfección, algo que no está completo, que vive en la sombra, que no disfruta del sol… Gin sigue charlando.

—Sí, unos ridículos amantes. A lo mejor ahora que están juntos ya no vuelven a besarse; más que ridículos, esos dos son realmente raros.

—Sí, es verdad.

—¿Qué has hecho hoy?

—¿Yo?

Y no hay nada más desacertado que contestar así. ¿A quién iba a referirse sino a mí? Tengo que mejorar.

—He leído las escaletas de la nueva serie de ficción. Tú también tienes que leerlas.

—¿Está quedando bien?

—No te diré nada, quiero tu opinión.

Y seguimos charlando de esto y de aquello, de lo que hemos hecho, del trabajo que nos ha tenido tan ocupados.

—En el bufete me siento a gusto. Está el hijo del jefe, Nicola, que hace tiempo me iba detrás, cuando tú y yo rompimos, pero no sucedió nada porque luego llegaste de nuevo tú, antes de que pudiera ocurrir nada… Lástima.

Tal vez pretende ponerme un poco celoso. Pero yo, en cambio, estoy tranquilo, bromeo sobre ello, le hago notar que he cambiado, que ya no me peleo.

—Lo lamento, no voy a montarte ninguna escena de celos por ese Nicola…

Entonces Gin se ríe.

—Oh, menos mal…, ¡pues ahora ya puedo hablarte también de los otros!

—Claro.

En realidad, no he cambiado tanto respecto a lo que le había prometido. Solo hay una única verdad: no debería haber vuelto.

CIENTO DIECIOCHO

Pallina llega al Tiepolo, mira a su alrededor y, al cabo de un momento, la ve. Está sentada en una esquina, centrada en el móvil. Sonríe mientras se encamina hacia su mesa. «Pues sí que está en forma Babi; parece una jovencita, con las mejillas sonrosadas, sin una arruga, fresca como una rosa». Se sienta y la sorprende, como siempre, con su carácter arrollador.

—¡Venga! Dime con quién has hecho un pacto como si fueras Fausto. Es que quiero saber si estar tan descaradamente guapa y extraordinariamente más joven que yo se consigue a base de inyecciones o solo con zumos o alguna puñeta de bebida milagrosa.

Babi se ríe.

—¡No, ahora me lo sueltas todo! —insiste Pallina.

—En primer lugar, me has pegado un susto que casi me da un ataque, de modo que ya puedes quedarte tranquila porque debo de haber envejecido por lo menos diez años.

—¡Sigue siendo demasiado poco! Vamos a pedir, que tengo que volver pronto al trabajo. Ha habido algo de follón.

—¿Qué ha pasado? Cuenta.

—Bueno, ya te hablé de mi jefe, ese cabeza hueca de Adalberto Trevi: «Soy un tipo superguay», «Les gusto a todas las mujeres, seguro que a ti también…». Bueno, pues el otro día se puso muy pesado y, cuando volví a casa, me equivoqué.

—¿Qué hiciste?

—Yo temblaba de pies a cabeza, estaba muy nerviosa. Bunny se dio cuenta, empezó a hacerme preguntas y más preguntas, y al final me di por vencida y se lo conté todo.

—Pero ¿estás loca? Es como si hubieras cargado una escopeta.

—Exacto. Al día siguiente lo esperó delante de la oficina; yo le rogué y le imploré que no llegara a las manos y, por suerte, me hizo caso.

—Y entonces ¿qué pasó?

—Le dio una serie de bofetadas, pero suaves, ¿eh?, bofetones…

—¿Bunny? ¡Me lo imagino!

—Te lo juro, se los daba mientras le hablaba, pero solo para que sus palabras le entraran bien en la cabeza.

—Y ¿qué le decía?

—«No deberías volver a hacerlo…, si no, me tocará ir a hablar con tu mujercita», «No puedes despedirla, en otro caso, también me tocará ir a hablar con tu mujercita…», y «Tienes que portarte bien en general, de lo contrario…».

—¡«Me tocará hablar, como siempre, con tu mujercita»!

—Eso es, y diría que él también lo entendió. Solo que no puedo cometer ningún fallo en nada.

Adalberto Trevi me odia. En cuanto le dé la oportunidad de echarme, lo hará, estoy segura. En realidad, ya estoy mirando por ahí… Es más, si alguno de vuestros amigos ricos tiene un estudio de arquitectura y diseño, no es de los que se hacen pesados con las mujeres, y si es gay mejor todavía, voy para allá de cabeza. Empiezo desde abajo y no ensucio…

—¡Venga, vamos a pedir!

Eligen dos ensaladas, zumos, fruta, sin apartarse mucho de una dieta saludable.

—Bueno, ya te he puesto al corriente de todos mis líos; y ¿tú qué me cuentas? Esta cenita la has convocado tú.

—En primer lugar, ahora que nos hemos reencontrado, no debemos echarlo a perder, así que cuando sea posible me gustaría que nos viéramos. Mejor dicho, ¿sabes qué? Podríamos quedar una noche para ir al cine a ver la última de Woody Allen.

—*¿Café Society?*

—Sí. Me han dicho que está muy bien.

—Perdona, pero ¿por qué no vas con Lorenzo?

—Es difícil…

—¿Porque siempre está de viaje?

—No, porque nos hemos separado.

—¡¿Cómo?! ¡Pero eso es una noticia bomba! Y ¿cómo ha sido? Espera,

déjame adivinarlo. Lo has pillado con otra.

Babi le sonríe.

—¡Sí, y no sabes cuánto me alegro!

—¿Me tomas el pelo? Me parecíais una pareja estupenda.

—Lorenzo se dejó el ordenador abierto y encontré un chat erótico con una de esas bellezas de la tele.

—Sí, muy bellas, pero en multipropiedad.

—No sé, tal vez, aunque de todos modos no me interesa. Era lo que esperaba para que mi matrimonio acabara y que no fuera por culpa mía…

Pallina abre unos ojos como platos.

—No me digas…

Babi sonríe y empieza a asentir.

—El *Lina III*, su fiesta de despedida de soltero…

—Hubo una llama.

—¿Tú tienes a Step en mente?

—Fuego.

—Pero ¿de qué manera lo estás viendo? —Babi se echa a reír—. Hubo un incendio.

—¡Pero vosotros dos estáis locos! ¿Cómo es posible? Los dos estáis casados, él, además, se ha casado hace poco… —Pallina se interrumpe, la asalta una duda —. Oye, nunca hemos hablado de ello a fondo, pero yo, al volver a ser tu amiga del alma…, porque soy eso, ¿verdad?

Babi sonríe.

—Sí.

—Pues eso, no quiero que te lo tomes a mal, pero tengo que decírtelo. Sabes que están esperando un hijo, ¿verdad?

—Sí, Step me lo ha contado todo.

—Pero dijiste que sería lo único que te detendría.

—También me he derrumbado en eso. De todos modos, hemos estado hablando mucho de ello, además hemos aclarado muchas cosas del pasado. Lo sé, y si no existiera ese niño que está en camino, tal vez estaríamos juntos a plena luz.

—Y ¿no piensas en Massimo? ¿Cómo se lo tomaría?

—Me preocupa un poco, pero los niños, si sienten el amor, al final lo entienden. Y, además, su padre ha estado muy poco con él, la verdad…

—De acuerdo, pero Lorenzo siempre ha estado en las vacaciones, en

Navidad, en todas las fiestas, en resumen, ha estado con él a menudo.

—Tampoco es que ya no vaya a estar más.

A continuación, Babi lo piensa un instante y al final se decide.

—Mira, te he contado una cosa, y ahora te contaré otra, pero tienes que jurarme que no le hablarás a nadie sobre ello.

—Te lo juro.

—Si Step supiera que te lo he dicho, me estaría jugando perderlo otra vez.

—Te lo he jurado, nunca te haría una jugarreta como esa… Ya lo sabes.

—Es verdad. Entonces te lo digo: hemos alquilado un piso.

—¿Cómo? Vosotros estáis locos… O sea, que vivís juntos en otro sitio…

—Sí, nos encontramos allí de vez en cuando…, como si estuviéramos casados, pero no te diré nada más y, sobre todo, no te diré dónde está.

Pallina coge el zumo licuado y se lo bebe todo. A continuación, deja el vaso y señala el de Babi.

—¿Puedo?

Ella asiente y Pallina también se lo bebe.

—Pensaba que tendríamos una cena divertida, pero no desconcertante. La verdad es que esto no me lo esperaba. Y ¿ahora qué? Menudo embrollo.

—No quiero pensar en ello. Lo importante es que los dos nos hemos vuelto a encontrar. Dios lo ha querido así y Dios decidirá por nosotros.

—¿Y si, llegado el día, tuviera un montón de cosas que hacer?

CIENTO DIECINUEVE

De repente, mi vida cambia como nunca habría imaginado que pudiera ocurrir.

O quizá vuelve a ser la que siempre debería haber sido.

—He traído este cuadro, ¿te gusta?

Me enseña una foto de nosotros retocada; estamos sentados en un muro, inmortalizados por no sé quién, sonriendo perdidos en nuestras miradas. Mucho más jóvenes, pero tal vez menos enamorados de como lo estamos ahora.

—Ha pasado por un tratamiento de grabado y luego lo han retocado con esmalte…, ¿te gusta?

—Muchísimo.

—¿En serio? No me mientas.

—Sí, me gusta muchísimo, y sobre todo me gustas tú.

Y nos dedicamos a decorar la casa. Nos citamos en alguna tienda, compramos cortinas, alfombras, sábanas, pero no televisor. Cada día nos encontramos a la hora del almuerzo, me prepara algo de comer y opinamos sobre alguna nueva pieza de decoración de nuestro ático.

—¿Te gustan estos vasos?

—Mucho. —De modo que los vuelve a guardar dentro de un mueble antiguo que hemos encontrado en un trapero del Trastevere. Entonces me encojo de hombros—. A lo mejor los utilizamos alguna vez que invitemos a alguien.

—Sí, claro.

Pero ambos sabemos que eso no va a ser posible.

Pasan los días, las semanas; el trabajo va cada vez mejor, estoy poco en casa y, como Gin también está trabajando, no nos vemos a menudo. Por ahora las cosas

están así, pero sé que dentro de poco la situación ya no será la misma. Aurora está en camino. Ya no tendré excusas.

Me suena el teléfono.

—Ven, estoy en el Teatro delle Vittorie. Ven enseguida.

Renzi está bastante alarmado.

—¿Qué sucede?

—Te necesitamos aquí. Ven en cuanto puedas.

Corto la llamada, desde la oficina llego en un momento. Estamos a la mitad de la producción; «Lo Squizzone» sigue obteniendo una media de 23. Ningún programa en antena a esa hora había tenido una audiencia similar en los últimos años. No entiendo cuál puede ser el problema. Pero cuando entro en el Teatro delle Vittorie, no hace falta que nadie me explique nada. Simone está en el centro del escenario con Giovanna Segnato. Karim y Dania están sentados en un lateral, junto a los concursantes. Simone Civinini está explicando lo que sucederá.

—A Giovanna y a mí se nos ha ocurrido lo siguiente: ella hará de Sibilla, la pitonisa que predice el futuro de algunos objetos o palabras, y los concursantes tienen que adivinarlo. Pondré un ejemplo… —Y señala a Giovanna, quien, pertrechada con un micrófono, dice: «El pan»—. Eso es; ¿cuáles pueden ser las respuestas en este caso? ¿Leonardo?

El ayudante de plató, que se encuentra en el sitio de los concursantes, responde:

—Se lo comerán.

Simone hace ver que mira la respuesta en un papel que lleva en la mano.

—No.

Leonardo vuelve a intentarlo:

—¡Lo bendecirán!

—¡Exacto! ¿Lo habéis entendido? Es sencillo, y divertido, además, si tardan un poco en adivinar la respuesta, yo les daré indicaciones.

Renzi se me acerca.

—¿Has visto?

—Sí…

—¿Qué podemos hacer?

—Nada, creo. Lástima, estaba subiendo como la espuma.

—Sí, a ver ahora cuánto dura con ella.

—Pero también tienes que pensar que, si ha llegado tan lejos y si Giovanna

Segnato está aquí, es todo culpa o mérito suyo, nosotros no tenemos nada que ver.

Renzi me sonríe.

—Exacto. Y el juego, ¿qué te parece?

—Una chorrada. Pero él transforma en oro también las chorradas, así que irá bien. Vamos a saludarla, venga…

De modo que nos acercamos.

—Hola, Giovanna.

—¡Hola, Stefano! —Baja del escenario, se me acerca y cubre con la mano el micrófono que lleva enganchado a la blusa para que nadie la oiga—. Estoy contenta de hacer este programa, gracias.

—No tienes que dármelas, Simone es un genio. Estamos todos encantados.

Lo miro de lejos y levanto el pulgar. Él agita el puño cerrado.

—Este juego está quedando muy bien, puedes estar tranquilo, Stefano…

—¿Cómo no voy a estar tranquilo contigo? ¡Confío plenamente en ti!

Pierde un poco la sonrisa al ver que me voy del estudio. Entra el director, Roberto Manni.

—Atención, haremos cinco minutos de pausa. ¿Podéis avisar a Gianni Dorati? Quiero poner una iluminación especial sobre nuestra bella pitonisa Sibilla. —Y se acerca a Giovanna, sonriéndole—. Tienes que salir en este programa más hermosa todavía de lo que eres.

Pero Simone la coge de la mano.

—¿Todavía más? ¡Demasiado! Nosotros vamos a tomarnos un café, avisadnos cuando vayamos a empezar los ensayos. —Y se alejan abrazados, riendo y sin esconderse.

Karim coge el teléfono y llama a alguien.

—¿Peppe? Sí, disculpa, pero tengo que hablar contigo sin falta. Esto no funciona, joder, he construido un personaje, y ¿ahora va este y me lo destruye? —A continuación, escucha lo que dice Peppe Scura desde el otro lado y continúa —: No me importa en absoluto; ven a Roma y hablaremos, porque esto no funciona… —Luego desaparece entre bastidores y nos deja sin poder disfrutar del espectáculo que estaba dando.

Roberto Manni es clemente.

—No abráis el audio de Karim en el estudio, gracias, y no escuchéis desde control.

Pero seguro que esa última indicación no van a seguirla.

Renzi se acerca a Dania.

—¿Te apetece un café?

—No, gracias. Estoy harta, solo faltaría que me pusiera todavía más nerviosa. Pero ¿no puedes hacer algo por mi personaje? Era tan gracioso… De este modo, en cambio, soy un cero a la izquierda, ni siquiera se me ve. He pensado en volverme a Milán, me han dicho que allí están comenzando un montón de programas. —Entonces lo mira y le dedica una sonrisa de niña maliciosa—. Si es así, ya no nos veremos. Venga, intenta hacer algo…

—Veré qué se puede hacer.

—Sí, eso, aunque sea algo pequeño, pero que se me vea.

Renzi piensa en las indicaciones de Calemi. Dania debía empezar haciendo prácticas y quedarse entre bastidores y ahora está obsesionada con aparecer en pantalla.

—Ayer te llamé un montón de veces; primero sonaba normal, pero luego lo apagaste…

—Sí, hablaba con mi madre. Tuvimos una discusión. Después estaba enfadada y me fui a dormir.

No tenía ganas de hablar con nadie.

Renzi piensa «Pero yo no soy nadie». En cambio, le dice algo muy distinto.

—Lo siento. ¿Cenamos juntos esta noche?

—No lo sé, puede que ya tenga un compromiso; de todos modos, primero iré al Ials. Hablamos más tarde. ¿Intentas arreglarme este tema? Me gustaría saberlo.

—Sí, lo intentaré.

Renzi se encamina por el pasillo que lleva a la redacción y luego a los camerinos. Entra en la sala de los guionistas.

—¿Qué tal, chicos?

—Bien, estamos consiguiendo un veintitrés.

Pero en realidad todos parecen algo hartos del poder absoluto de Simone Civinini.

—Muy bien, seguid así.

Entonces se para delante del camerino de Simone. Permanece un instante indeciso y al final llama.

—Adelante.

—¿Se puede?

Cuando Simone lo ve, se levanta y va a su encuentro.

—Claro, qué bonita sorpresa. Pero no vengas a sermonearme, ¿eh, papá?

Renzi finge que le hace gracia.

—No. Hola, Giovanna.

—Hola.

—Quería pedirte un favor. —Entonces mira a Giovanna Segnato, que está sentada en el sofá limándose las uñas.

Simone se fija en su mirada.

—Giovanna y yo tenemos confianza absoluta. Di lo que hayas venido a decir.

—Me gustaría que Dania Valenti hiciera algo, que no desapareciera del todo. Quizá podrías utilizarla como azafata, trayendo los sobres o las repuestas de Sibilla.

Él mira a Giovanna.

—No, mientras yo esté, no.

Simone ve que la situación es delicada.

—Está bien, la haré salir al principio, con las primeras preguntas, así estarán lo bastante lejos.

¿Te parece?

Giovanna, simplemente, se encoge de hombros.

—De acuerdo.

—Así pues, ¿lo doy por bueno?

Simone le da una palmada en el hombro.

—Sí, papá. ¿Has visto cuántas cosas en común tienen un padre y un hijo?

—Calemi me ha dado recuerdos para ti, ya le diré que has hecho esto por él.

Simone enarca una ceja sonriendo socarrón.

—Ya se lo diré yo, gracias: esta noche cenamos juntos. —Y luego lo hace salir del camerino.

Los días van pasando tranquilos en el ático de Borgo Pio.

—Esta noche Gin ha organizado una cena en mi casa solo para mujeres, puedo quedarme hasta más tarde si te apetece. ¿Hacemos nosotros algo en el ático?

Babi es feliz.

—Por fin podré cocinarte algo rico. Sí, ¿nos vemos allí?

—De acuerdo. Si quieres, puedo ir yo a hacer la compra, mientras metes a

Massimo en la cama, y luego ya vendrás, así no pierdes tiempo.

—Sí, me parece una excelente idea.

—Pues mándame un mensaje con todo lo que hace falta, yo iré al supermercado y nos vemos allí más tarde.

—De acuerdo.

Sigo trabajando con calma en algunos proyectos cuando oigo que llega un mensaje:

> Queso grana, rúcula, aguacate, lechuga, un tomate verde y uno rojo, cebolla roja, una manzana, una pera, uva, marrasquino y una botella de pinot gris… ¿Te recuerda algo?

Leo lo que va a cocinarme y veo que ha hecho una lista muy larga. Le contesto enseguida:

> Eh, ¿quieres hacerme engordar como el mejor marido que se precie?

> Sí, te cogeré por el gaznate… ¡Y no solo por ahí!

Le envío una carcajada:

> Ja, ja, ja.

> Ya veo que no tienes memoria: fue la primera cena que me preparaste tú… No hay nada que hacer, ¡es como echar margaritas a los cerdos!

> ¡Y ¿tengo que acordarme de algo que pasó hace más de siete años?! ¡Una cena a la que, además, ni siquiera viniste!

Y seguimos bromeando por teléfono, como si desde entonces no hubiera pasado ni un día.

Poco después, estoy en el supermercado de corso Francia. No hay mucha gente, enseguida encuentro aparcamiento. Es una zona oscura, los carritos están fuera y hay mucha vegetación alrededor. Hago la compra intentando recordar todo lo que me ha pedido, añado una botella de Blanche y una de un buen tinto, un Tancredi, y, a continuación, voy a la caja. Pago y salgo con las dos bolsas. Aún no las he metido en el coche cuando oigo gritar a una mujer:

—¡Socorro! ¡No! ¡Quietos! ¡No! ¡Ayuda!

No muy lejos de mí, dos chicos están tratando de robarle el bolso. Ella grita a más no poder, da patadas, forcejea, se lo aferra al pecho y, cuando intentan separarle los brazos, la mujer acaba en el suelo. Dejo las bolsas y en un instante estoy encima de los dos. No les da tiempo a verme; al primero lo golpeo con un puñetazo directo en el pómulo derecho, noto que se parte bajo mis nudillos y al momento su cabeza se inclina hacia atrás. Al otro le entro con la pierna estirada, golpeándolo en un costado con tal fuerza que cae al suelo. Intenta levantarse enseguida, pero resbala, quiere alejarse lo más rápidamente de mí, y patina en la gravilla. Encuentro una piedra en el suelo, la cojo y se la tiro en medio de la espalda. A continuación, recojo una botella, dispuesto a encararme con ellos, pero salen corriendo a toda velocidad, perdiéndose en la oscuridad de las calles de debajo del puente de corso Francia. Entonces ayudo a la señora a levantarse.

—¿Cómo está? ¿Todo bien? Se han ido, tranquila, apóyese en mí.

En cuanto le veo la cara y la reconozco, me quedo sin palabras. Porque cuando el destino se empeña, es insuperable.

Abro la puerta de casa.

—Babi, ¿estás aquí?

—Estoy en la cocina, haciéndole la cena a mi maridito.

Me reúno con ella y dejo las bolsas sobre la mesa que está a su lado.

—Qué bien huele…

Nos damos un beso y, seguidamente, me fijo en que va muy elegante. Lleva una falda azul marino, unos zapatos altos, una camisa de seda y un largo collar de piedras negras. Encima lleva puesto un delantal.

—¿Así es como cocinas?

—Por lo general voy en ropa interior… ¡Pero por ti he hecho una excepción!

Cojo una Coronita de la nevera y la destapo. Me siento a la mesa y le doy un largo trago.

—Bueno, espero haber acertado con la compra que me has pedido. En mi opinión, parece más una prueba para ver cómo me las apaño que otra cosa.

—Exacto. Déjame ver. —Abre las bolsas y mira el interior—. Perfecto, diría que ahora sí que me caso contigo.

—¡Cuidado, porque a veces los milagros ocurren! ¿Sabes a quién he salvado hace un rato?

—¿A quién?

—A tu madre.

—¿A mi madre?

—Sí, estaba haciendo la compra en el mismo supermercado. Al salir, dos tipos la han agredido y han intentado robarle el bolso.

Babi cambia de expresión.

—¿Se ha hecho daño? ¿Cómo está?

—No, no, todo bien. La he acompañado al coche y ya estaba más tranquila.

—Ni siquiera puedo llamarla, porque se supone que yo no sé nada.

—Pues sí.

—Increíble. Y ¿qué os habéis dicho?

—Le he preguntado cómo estaba, ella ha contestado que se alegraba mucho de verme, que le parecía más irresistible de lo habitual y que quería devolverme el favor…, pero yo le he dicho que no podía porque tenía que cenar y hacer el amor con su hija.

—Idiota. Venga, no bromees.

—La he tratado como a una mujer a la que habían intentado atracar. He sido amable, le he preguntado si quería que la acompañara, le he ofrecido un poco de agua y, cuando he visto que estaba bien, la he acompañado al coche. Ella me ha dicho: «Me has salvado precisamente tú; yo que pensaba que estabas compinchado con esos dos».

—¡No me lo creo! Mi madre es terrible, nunca se rinde.

Me acabo la cerveza, me levanto y, mientras cocina, la abrazo por detrás, le agarro el cucharón y apago el fuego. Babi se vuelve y acaba entre mis brazos.

—¿Qué haces? —Me mira curiosa sonriendo.

—He salvado a la madre. ¡Me merezco al menos a la hija!

Y la cojo de la mano, llevándomela conmigo.

Raffaella ya está en casa; le cuesta abrir la puerta con la bolsa de la compra en una mano, pero en cuanto entra, la deja caer sobre la banqueta.

—¿Claudio? ¿Estás aquí? ¿Dónde estás? No sabes lo que me ha pasado.

Al no oír respuesta, cierra la puerta y recorre el pasillo hasta llegar al salón.

—¿Claudio?

Lo ve sentado en su despacho frente al ordenador, con carpetas abiertas, unas cuantas hojas delante y el pelo revuelto. Lleva las gafas puestas y mueve el ratón arriba y abajo sin parar, buscando algo en la pantalla. Es como si no encontrara algo que sin duda debería estar.

—¿Claudio? ¿Claudio? ¿No me oyes? No sabes lo que me ha pasado. Han intentado atracarme, y ¿adivinas quién me ha salvado?

Pero es como si él estuviera en otra parte, hasta que Raffaella da un grito:

—¡Claudio! ¡Que te estoy hablando! ¿Me quieres escuchar?

Entonces por fin repara en la presencia de su mujer, la mira y rompe a llorar, pero no porque le vea la blusa rasgada o la falda arrugada.

Eleonora mira a Gin con curiosidad.

—¿Qué te pasa? ¡Se te ve perfecta, con esa tripa tan redondita, tienes una cara estupenda, mejor de lo que la has tenido muchas otras veces; ahora ya puedo decírtelo!

Gin se echa a reír. Ele sacude la cabeza.

—Oye, que no es ninguna broma. Algunos días estabas hecha una piltrafa.

—Oh, Dios mío, no me digas eso, que me pongo a parir a Aurora ahora mismo, aquí, en casa, y tendrás que ocuparte tú de todo…

—No, no, estaba bromeando; perdóname, no te rías más, ponte seria.

Gin se recompone, se acomoda mejor en el sofá, apoya ambas manos en los almohadones e intenta echarse un poco hacia atrás con el trasero para quedar más erguida. Ele se da cuenta.

—¿Quieres que te eche una mano?

—No, no, ahora estoy bien. —A continuación, después de permanecer en silencio un instante, le indica—: Creo que Step tiene a otra…

—Oh, Dios mío, no sé qué me había imaginado que me ibas a explicar…

Gin la mira asombrada. Ele se disculpa.

—No, me refiero a que me había preocupado por tu salud, por la niña, yo qué

sé… —De inmediato, comprende lo mucho que Gin sufre por lo que le ha dicho —. Perdona. Cuéntamelo todo. A veces soy una idiota. ¿Qué es lo que te hace pensar eso? ¿Has encontrado algo?

—No, son sensaciones. Nunca está a la hora de comer. Antes venía siempre. Algunas veces sale por la noche, siempre está ocupado, no me llama, no me manda mensajes y, además, hace un montón de tiempo que no tenemos sexo.

—Gin, eso es normal, estás embarazada; a lo mejor piensa en Aurora, le preocupa… Es más, deberías valorar que no sea como esos hombres a los que no les importa si tienes barriga y lo pasas mal… ¡O sea, a los que les vale con que respires!

Gin sacude la cabeza.

—Nada, no tienes remedio, incluso en las ocasiones más dramáticas siempre consigues hacerme reír. Eres un desastre.

—Pero ¿qué dices? ¡Te animo! ¿Cómo que soy un desastre?

—Pues sí, la situación es complicada y tú te lo tomas todo a cachondeo.

—¡Qué va! Te hago ver el lado correcto de las cosas. Mejor dicho, el lado positivo. Step está trabajando mucho, gracias a Dios, gana dinero, no se mete en peleas, ha sentado la cabeza, es elegante, está muy bueno, todo hay que decirlo, y ahora Aurora está en camino. De modo que todo lo que ocurre o lo que no ocurre, como el sexo, es absolutamente normal. Eres tú la que se monta películas sin ninguna razón. ¿Tienes pruebas? ¡No, porque si no tienes pruebas, tu protesta queda denegada! —Ele coge un cenicero y golpea dos veces con él la mesita de centro de cristal que está frente al sofá—. ¡Se levanta la sesión!

Gin se echa hacia delante e intenta detenerla.

—¡Ten cuidado! ¡Se levanta la sesión, pero me vas a hacer añicos la mesa!

—Hola, mamá.

—Hola.

Daniela y su madre se besan en la puerta.

—¿Babi ha llegado ya?

—Sí, está allí, con tu padre.

Daniela entra en el salón y los encuentra sentados en el sofá.

—¡Hola, *sister*, qué puntualidad! ¿Es que no has encontrado tráfico? Corso Francia estaba colapsado.

—He venido por abajo, por el ponte Milvio.

—No tienes remedio, siempre tan astuta…

—Sí, ya ves… ¿Quieres venir el sábado a mi casa con Vasco? Van a venir unos amiguitos de Massimo, quizá se lo pase bien.

—El viernes me voy a Eurodisney.

—¡Venga ya! No me habías dicho nada.

—Es una sorpresa de Sebastiano; se ha presentado hoy en la escuela con los billetes. Ha sido todo cosa suya. Estaremos tres días y volveremos el domingo por la noche.

Babi la mira y levanta una ceja con malicia, pero Daniela aclara:

—Ha cogido una suite para Vasco y para mí y una habitación contigua para él.

Babi ríe.

—¡Muy elegante, muy al estilo príncipe de Cenicienta!

—¡Ya, pero dudo de que venga a traerme mi Converse All Star y luego se case conmigo!

—¿Por qué?

—¡Porque esa zapatilla de deporte huele que apesta!

—Tonta.

—¿Queréis un té?

Raffaella sonríe a sus dos hijas.

—¡Encantada!

Al cabo de un rato están todos sentados en el salón. Babi se come con gusto una galleta.

—Es fabulosa, realmente buena.

Claudio se adjudica todo el mérito.

—Las he descubierto yo, son inglesas.

Raffaella sentencia:

—Demasiada mantequilla hace daño. Y además…

Claudio mira a sus dos hijas desconsolado.

—Llevo toda la vida equivocándome.

Babi coge su taza.

—No es verdad, en una cosa acertaste. Te casaste con ella…

A Daniela le gustaría añadir: «Sí, porque, si no, a ver quién iba a casarse con ella, con ese carácter…». Pero prefiere decir solo «Cierto».

Raffaella sonríe, hace ver que le divierte esa reunión familiar, se termina el té, deja la taza, se limpia la boca y mira a sus dos hijas. A ver cómo se lo van a

tomar y, sobre todo, qué dirán.

—Bueno, os hemos hecho venir porque tenemos un enorme problema.

Babi y Daniela dejan de sonreír y se ponen serias. Si su madre empieza con una frase como esa, significa que la cosa es realmente grave. «Podría tratarse de un problema de salud, quizá papá esté enfermo —supone Babi—. En efecto, parece bastante cansado». «Tal vez haya recibido alguna amenaza —piensa Daniela—, pero ¿por qué?». No les queda más que escuchar. Raffaella, sin embargo, no sabe cómo empezar; titubea, busca las palabras adecuadas, se la ve incómoda y al mismo tiempo avergonzada por esa situación. Entonces Claudio la mira e intenta rebajar la tensión que se ha creado.

—Ahora no empecéis a preocuparos, no es algo tan dramático, tan solo es que lo hemos perdido todo, es eso… —A continuación, para que sea más fácil digerir la noticia, procura bromear—: Ahora somos pobres.

Babi y Daniela se quedan sin palabras. Por una parte, están aliviadas porque no es nada de lo que habían imaginado, pero por la otra es una noticia que les parece imposible. Babi es la primera en intervenir.

—Pero ¿cómo ha ocurrido?

Claudio trata de aclararlo:

—Hemos intentado hacer una gran operación financiera.

—*Has* intentado. —Raffaella muestra su rabia y su desprecio.

Él asiente.

—Así es, *he* intentado, pero solo porque un amigo mío me aseguró que una empresa farmacéutica iba a abrir mercado en Francia e inmediatamente después en Estados Unidos. Él mismo ha invertido más de veinte millones de euros. No vi ningún riesgo.

—Y ¿cuánto habéis invertido?

—Siete millones.

Babi y Daniela se quedan sorprendidas, no se imaginaban que pudiera tratarse de una cifra como esa. ¿Cómo es posible que sus padres dispusieran de todo ese dinero para invertir? Claudio se lo explica:

—Hemos hipotecado la casa de la playa y también esta, además de todos los terrenos y los otros inmuebles, incluidas dos pequeñas tiendas que nos daban un excelente rendimiento.

Raffaella aclara mejor el concepto para sus hijas:

—Ya no tenemos nada.

—Bueno, nada…, tenemos cincuenta mil euros en el banco.

—Cuarenta y seis mil quinientos.

La dolorosa puntualización de Raffaella deja adivinar el sufrimiento que le provoca esa situación.

Babi se encoge de hombros.

—Si os soy sincera, me parece que ha sido un paso realmente arriesgado. Pero me alegro de que se trate de este problema en vez de algo relacionado con la salud. Papá, ya verás como las cosas se van poniendo en su lugar; quizá ahora tengáis que vivir con más cuidado, ahorrar un poco en todo, y en la sociedad financiera que administras, tendrás que hacerlo todo con mucha más atención…

Raffaella pone una sonrisa de circunstancias.

—Sí, claro.

Daniela, en cambio, es mucho más directa:

—Perdonad, pero ¿por qué nos habéis llamado?

Claudio no dice nada. Raffaella lo mira un buen rato, pero al ver que no sale de su mutismo, sacude la cabeza. «Ya me lo imaginaba. Mi marido no se atreve a decirles nada a nuestras hijas. No me cabía duda, tendré que hacerlo yo, como siempre, claro».

—Necesitamos vuestra ayuda. Hemos hecho números, y para quedarnos en esta casa necesitamos unos ochocientos mil euros. Como es evidente, ya hemos pensado en un plan para devolverlos.

Podemos pagar una mensualidad de mil cuatrocientos, quizá incluso algo más. —Entonces Raffaella mira a Babi—. Para tu marido, eso no es nada. —Luego se dirige a Daniela—: Y tampoco para Sebastiano. Habíamos pensado que podrían ser seiscientos por parte de Lorenzo y doscientos por parte de Sebastiano. El pago de las mensualidades las dividiríamos a medias entre los dos… Pero esto lo podemos hacer como vosotras queráis, podéis darnos las indicaciones que os parezcan mejor.

Babi sonríe.

—Mamá, lo siento mucho, pero la verdad es que no puedo ayudaros.

—Pero, perdona, deja que lo decida Lorenzo; quizá esté encantado de hacerlo, hará que se sienta importante, más noble.

—Nos vamos a separar. No sé si podremos hacerlo de forma civilizada, pero lo que está claro es que no puedo ir a pedirle seiscientos mil euros para mis padres.

Raffaella se vuelve para mirar a Daniela.

—¿Y tú? ¿Qué opinas? —Se queda mirándola, y en su mirada es como si le

echara en cara todo el dinero que se ha gastado en ella y en su hijo hasta hace unos meses. La ayuda que Raffaella le ha dado siempre cuando no trabajaba y no había un padre.

Daniela sabe leer perfectamente cada uno de los pensamientos de Raffaella: por otra parte, su madre nunca ha evitado que se sintiera mal con ello.

—Mamá, sé lo mucho que me has ayudado y te estaré siempre agradecida. Estoy contenta de haber empezado a trabajar y por fin haber podido renunciar a tu ayuda. Sebastiano ha querido reconocer a Vasco y hace muchísimo por nosotros, pero no puedo dejar que piense en absoluto que lo he buscado por su posición económica. Quiero que sea «solo» el papá de Vasco, y no el que pone el dinero. Debe darle su amor, su tiempo, su atención, cosas que valen mucho más, e incluso los más ricos a veces carecen de ellas.

Raffaella mira a Daniela y sonríe, a continuación, mira a Babi y sigue sonriendo. Luego, de repente, cambia por completo de expresión, se pone seria, dura, rabiosa, de la manera en que sus hijas la han visto a menudo.

—Así pues, ahora vosotras dos me estáis dando una lección, me estáis enseñando qué va antes en la escala de valores; mejor dicho, me estáis demostrando la suerte que he tenido al no haberme dado cuenta de nada de esto hasta ahora, ¿no es eso?

Babi, como hermana mayor, es la primera en intervenir, intentando calmarla.

—Mamá, no te lo tomes así, no le estamos enseñando nada a nadie. Solo te estamos explicando cuál es nuestra situación, lo que podemos hacer con nuestros medios, con nuestra mejor voluntad. Si necesitáis dinero, dentro de nuestras posibilidades, os lo daremos todo, me imagino… —Babi mira a Daniela.

—Sí, claro. Si tenéis que abandonar esta casa, por ejemplo, estaremos contentas de acogeros en la nuestra.

Babi asiente.

—Por supuesto.

Raffaella sonríe.

—Bien. Ahora disculpadme, pero quiero ir a mi cuarto a pensar en esta situación.

Raffaella se levanta. Babi hace lo mismo.

—Mamá, no es tan dramático, piensa que no tienes una enfermedad, no te pasa nada, has estado muy bien económicamente durante toda la vida, ahora solo tendrás que vivir de una manera más contenida, eso es todo. Y, si queréis, os lo repito, en mi casa tenéis las puertas abiertas. Dispongo de una habitación de

invitados, y estoy segura de que tampoco vas a estar tan mal.

Raffaella piensa en sus cenas, en sus amigas, en lo que dirán de ese cambio. Si decidiera ir a vivir con una de sus dos hijas, debería pedir permiso para jugar a las cartas. Y luego, de manera natural, le sale la más espontánea de las sonrisas.

—Sois muy amables, gracias. Ahora disculpadme.

Y se aleja, camina rígida, estirada; pero cómo le gustaría por una vez ser sincera, dar la espalda a esa educación en la que ella tanto ha insistido que tuvieran, y mandarlas a las dos a freír espárragos. En cambio, cierra la puerta del dormitorio con elegancia.

Claudio mira a Babi y a Daniela.

—Tenéis razón, y gracias por vuestra ayuda. Es solo un momento malo. A mamá siempre le cuesta aceptar los cambios… —Y sonríe con la misma ligereza con la que ha perdido siete millones de euros.

CIENTO VEINTE

En el estudio de grabación del Teatro delle Vittorie, la adrenalina está al máximo. El último programa de «Lo Squizzone» se emite en directo. Roberto Manni va cambiando las cámaras una tras otra.

—Siete, once, cuatro, preparad la dos, cierra más el plano sobre ella, ¡dos! Perfecto, preparados con la Jimmy y luego de nuevo la dos, ¡once! ¡Bien, así, más rápido, tres!

Simone Civinini está en el centro del escenario; saluda a los concursantes vips que han participado.

—Gracias a Fabrizio, a Paolo, a Antonella y a Maria. ¡Y especialmente gracias a todos vosotros, que desde casa nos habéis seguido con puntualidad y nos habéis animado, haciendo de este programa el más visto de los últimos cinco años! Nos veremos pronto si Dios quiere; una sonrisa de parte de Simone Civinini y…

—¡Y de Giovanna Segnato!

Y empieza la sintonía, entra el ballet y, cuando terminan de pasar los títulos de crédito, se acaba la emisión. Todos estallan en un aplauso: los encargados, los técnicos, los guionistas, los directivos que han venido de la sede central a saludar y a ver al mayor éxito de los últimos tiempos.

—¡Felicidades, muy bien todos, estupendo, Simone!

Los encargados de la seguridad contienen al público, mientras Simone llega a los camerinos junto a Giovanna. Roberto Manni los está esperando allí.

—Muy buen programa, felicidades, de verdad.

—Gracias, Robi; me doy una ducha y nos vemos todos en el Goa. Producción ha hecho una reserva, ¿iréis?

—Por supuesto, hasta luego.

—Mejor dicho, haremos una cosa; comemos primero un bocado en el Carolina, en el ponte Milvio, pero solo los más allegados, ¿eh? Así nos relajamos un poco, que luego allí será un follón.

—¡Perfecto!

Nos encontramos en el pasillo a Roberto Manni, que me estrecha la mano con fuerza.

—¡Ha sido una muy buena temporada, un buen programa, divertido, lleno de sorpresas «humanas», y encima con un gran éxito!

—Es cierto…

—¡Habría que rodar una serie de ficción de todo esto, no tendría nada que ver con los rollos aburridos que suelen hacerse!

Y se va sacudiendo la cabeza. Renzi está de acuerdo.

—Y ¿a qué actor escogeremos para el papel del Ridley Scott de Ragusa?

—A mí me parece que se lo podríamos proponer a él.

—Exacto, es insuperable.

Llamo al camerino de Simone, que nos abre enseguida.

—Hola, oh, precisamente a vosotros os quería ver; gracias por haberme dado esta oportunidad.

Renzi y yo estamos en la puerta. Simone se ha quitado la americana y la corbata.

—Has estado estupendo. ¿Volvemos a trabajar juntos en el programa el año que viene?

—¡Claro, por qué no! —Sin embargo, veo que nos mira un poco incómodo.

—¿Vienes al Goa?

—Sí, pero le he propuesto a Manni que comamos algo primero en el Carolina, así me relajo…

¡Venga, venid con nosotros y luego vamos todos a bailar!

—De acuerdo. Nos vemos allí.

Volvemos al estudio de grabación. Renzi me mira.

—Me ha parecido muy incómodo.

—Pues sí. Ha firmado con Medinews y no se atreve a decírnoslo.

—¿En serio? Y ¿por quién lo has sabido?

—Yo también tengo mis informadores. Cobrará un millón y medio por un año de exclusividad.

—¿Solo un año? No es habitual en ellos.

—A mí me parece que solo lo han cogido para quitarlo del mercado, como

hicieron con ese presentador que iba tan bien en la Rai, Marco Baldi. Lo compraron para aparcarlo y hacer que su éxito se fuera deshinchando. Luego lo despidieron y ya nunca más lo ha contratado nadie.

—Es verdad, desapareció.

—Verás como no me equivoco.

Un poco más tarde estamos sentados en el Carolina con Simone, Giovanna y algunos directores, mientras que en otra mesa están Karim, Dania y algunas chicas y chicos del ballet. Comemos, reímos y bromeamos, disfrutando del éxito que hemos conseguido. Simone se levanta y reclama la atención de todos.

—Disculpad, me gustaría hacer un brindis. ¡Por Futura, por Stefano Mancini y por este maravilloso éxito, por que pueda ser el primero de muchos más!

—¡Gracias! ¡Por ti!

Todos aplauden; a continuación, beben y siguen hablando. Yo, después de haber hecho mis «particulares gestos púbicos para alejar la mala suerte», me acerco a Renzi y le digo al oído:

—Qué falso es. Está interpretando. ¡Oye, podríamos hacerle nosotros un contrato de exclusividad como actor!

—Pues sabes que no está mal la idea… —Renzi ríe.

—Prácticamente, la de esta noche es su última cena…

—Con Futura, luego ya se verá.

Entonces levantamos nosotros también las copas y brindamos.

—Por nuestros éxitos… Sin traiciones ni doble juego.

Renzi levanta su copa.

—¡Siempre!

Y seguimos comiendo *pinsa* blanca con los mejores quesos y los embutidos más refinados, y una excelente cerveza artesanal helada, justo como a mí me gusta.

Miro el móvil, tengo un mensaje de Gin:

> Cariño, ¿cómo ha ido el último programa? Lo he visto y me ha gustado muchísimo, sois estupendos, tú más que nadie… Pero solo a ti… te amo.

Sonrío al leer esa última frase «incorrecta». Me soplo la cerveza, me siento culpable. Luego, en cierto modo, me perdono. Desde un principio me habría gustado estar enamorado de ella, olvidar a Babi, no sufrir, ser feliz a partir de

entonces. A veces envidio la facilidad con la que terminan algunas relaciones, esos amores que vuelven a empezar con increíble prontitud dejándolo todo atrás: palabras, besos, promesas, risas, celos. Todo pertenece a un pasado que enseguida queda enterrado, casi borrado, a diferencia de esa película tan bella como dolorosa, ¡*Olvídate de mí*!, que en italiano se tituló *Se mi lasci ti cancello* («Si me dejas, te borro»). He aquí una zafia traducción de quienes la trajeron a Italia. El título original estadounidense era *Eternal Sunshine of the Spotless Mind*, «Eterno resplandor de una mente sin recuerdos», tomado de un verso del poema «Eloisa to Abelard», del poeta inglés Alexander Pope. Y, aunque el distribuidor italiano no tuvo el valor de usar un título a la altura de la película, el atrevido y visionario guionista sí ganó un Oscar. Y es lo correcto, porque gana quien se atreve. El amor, el de verdad, no se puede borrar. Se queda tatuado en tu corazón, no hay láser que pueda quitarlo, y tanto si quieres como si no, aunque lo intentes, la cicatriz la llevarás para siempre.

Pido otra cerveza; veo que Renzi está observando lo que ocurre en la otra mesa. Sigo la dirección de su mirada: es por Dania, se ríe, se frota con Karim, se deja abrazar, tocar, se permiten miradas maliciosas, hipotéticas promesas. Entonces, de repente, el responsable de departamento que está sentado a su lado llama a Renzi.

—Oye, ¿cuánto hacía al principio «Lo Squizzone»? ¿En los primeros programas?

—Un dieciséis.

Y Renzi se ve obligado a parecer interesado, a escucharlo.

—Pues ahora te lo voy a decir: ¿sabes por qué ha ido tan bien?

Veo que él sacude la cabeza.

—No, ¿por qué?

Aunque yo sé que no le importan nada en absoluto sus teorías televisivas; todo su ser sigue estando en la otra mesa, los celos lo consumen, le gustaría mandar al responsable de departamento y sus teorías fantásticas sobre la televisión a freír espárragos, coger a Dania por un brazo y llevársela de aquí. No lo envidio. Así pues, le sirvo más bebida. Él se vuelve e inevitablemente echa otro vistazo a la mesa de al lado, pero luego se encuentra de nuevo con mi mirada, suspira y se limita a decirme: «Gracias». Sin embargo, puedo detectar todo su sufrimiento. A continuación traen más bebida, alguno pide los cafés y al final Renzi va en busca del dueño para pagar. Cuando regresa a la sala del restaurante, Dania y los demás ya se han marchado. También Simone y

Giovanna. Nos hemos quedado solo los directores y yo.

—¿Qué hacéis?, ¿venís al Goa?

—¿Por qué no? —Luego, me dirijo a Renzi—: ¿Quieres que te lleve?

—No, gracias, he traído mi coche. Nos vemos allí, en la entrada.

De modo que subo en el Smart y, mientras conduzco, la llamo. Me ha dicho que saldría con unas amigas. Me contesta enseguida.

—Hola, esperaba que me llamaras. Felicidades, antes de salir he visto una parte de «Lo Squizzone»; ha estado muy bien, ha mejorado.

—Gracias. Vamos a ir a celebrarlo al Goa. ¿Tú qué haces?

—Nosotras casi hemos terminado de cenar.

—¿Por qué no venís al Goa?

—Estaría bien. —Luego baja la voz—: Pero estas son dos muermos, llevan todo el rato hablando solo de los hijos y de qué harán las próximas vacaciones.

—Si vienes, te espero o voy a recogerte a la entrada.

—Está bien, cuando me marche te enviaré un mensaje.

—De acuerdo.

Nos quedamos un momento callados, luego Babi se ríe.

—¡Eh!

—¿Qué?

—Todo lo que tú sabes. —Y me cuelga. Está loca. Es una pasada, tengo ganas de verla.

Al cabo de un rato estoy en la via Libetta. Aparco. Me dirijo a la entrada de la discoteca y me acerco al guardia de seguridad, que lleva una carpeta en la mano.

—Buenas noches, hemos reservado tres mesas… —Pero no me da tiempo a terminar la frase.

—¡Step! ¡¿Qué pasa, hermano?! No te había reconocido.

El otro guardia, que hasta ese momento estaba vuelto hacia el otro lado, es Cecilio, que para mí está totalmente irreconocible. No le queda ni un pelo en la cabeza, todos los músculos abultados que le habían salido únicamente a base de anabolizantes han desaparecido, solo conserva la misma sonrisa de idiota de entonces, pero con algún diente más amarillo. No obstante, para él no ha cambiado nada, aún está en la puerta haciendo de gorila. Así que me abraza, me da una palmada en el hombro y después se dirige al otro gorila, más joven que él.

—Eh, Miche’, ¿a que no sabes quién es este? ¡Es Matrícula de Honor! Qué

coño vas a saber tú…

¡Ay, Step, ya te lo digo yo, estos no han salido del cascarón! —Luego vuelve a dirigirse a su colega—: ¡No me digas que no lo dejabas pasar! No te vas a dar cuenta y ya estarás tú dentro con él, pero en el suelo… —Y se echa a reír como un idiota—. ¿Qué peleas, eh, Step? Buenos tiempos. Pero ¿qué haces?, ¿entras o no?

—Espero a un amigo.

—Vale. Nos vemos luego. —A continuación, se dirige a su colega—: Eh, Miche', déjalo pasar a él y a quien él quiera.

Miche', que me imagino que se llama Michele, aún no ha abierto la boca y continúa en la misma línea.

—Es muy posible que venga una chica, quizá con unas amigas. Tenemos la reserva a nombre de Futura, ¿la dejarás pasar?

El tipo profiere un gruñido que me tomo como un «Sí». Miche' no está muy contento por cómo lo ha tratado Cecilio.

Ni un minuto más tarde llega Renzi y entonces entramos. Hay muchísima gente, pero veo a Simone y a Giovanna justo en el borde de la pista. También están los demás, sentados a nuestras mesas. Nos reunimos con ellos. La música está muy alta, así que nos saludamos con gestos y sonreímos, dando a entender que todo va bien.

—¡Esta es preciosa! —grita una tal Tania, una bailarina, y arrastra a su amiga del brazo para que vaya a bailar con ella.

Hay otros que también se levantan de los sofás y van a la pista. Ya han traído algunas botellas, hay copas llenas de champán en una bandeja colocada en el centro. Le paso una a Renzi y luego cojo otra para mí. Las alzamos y brindamos. Me parece más tranquilo. Bebo champán. Veo que unos fotógrafos se acercan a la pista. Karim destaca entre todos, está bailando en el centro, bajo la mirada de muchas chicas. Se mueve bien, tal vez exagera un poco, pero sigue el ritmo y está dando espectáculo precisamente porque ve los flashes sobre él. A continuación, sucede lo inevitable. Bajo la mirada implacable de las cámaras fotográficas, Dania Valenti baila cada vez más cerca de Karim, se pega a él y, aún más animada por la luz de los flashes, lo besa. Entrelazan sus lenguas sin parar, incluso se desbordan de sus bocas bajo los objetivos exaltados de tres o cuatro aparentes reporteros que piensan que están inmortalizando a saber qué increíble imagen de una remota Dolce Vita. Miro a Renzi, postrado en el sofá delante de mí, presenciando impotente toda la escena, que poco a poco va

degenerando. Karim y Dania ahora se besan de una manera exagerada, imitan un coito, todo ello bajo la mirada de algunos chicos, que casi parecen molestos. Veo que Renzi se levanta del sofá y va hacia el baño. Lo sigo. Lamento lo que ha sucedido. Pero en realidad no sé qué puedo decirle. Cuando entro, lo encuentro tranquilo, de pie delante del urinario. De modo que yo también me acerco y le hago compañía en todos los aspectos. Permanecemos en silencio mientras hacemos pis. Hay mucha otra gente que sale de los servicios que tenían la puerta cerrada. Alguno se lava las manos, se mira al espejo y se marcha. En un determinado momento, Renzi se abrocha el pantalón y va hacia el lavabo.

Yo hago lo mismo. Nos lavamos las manos, después nos las secamos debajo del chorro de aire caliente, todavía sin decir una palabra. Quien interrumpe nuestro respetuoso silencio es Simone Civinini.

—Estáis aquí. Pues así os habéis perdido el espectáculo: Karim y Dania casi están follando en la pista. —Acto seguido, mira a Renzi—. Papá…, no te lo tomarás a mal, ¿no? ¡Ese es marica cuando le conviene! En cambio, a esa basta con que le prometas que hará algo ¡y te lo da todo! Hasta yo me la he follado.

Renzi ya no ve nada. Piensa en ese chaval de Civitavecchia, en el hecho de que prácticamente fue él quien le dio permiso para abrir la boca. Todavía me estoy secando las manos cuando Renzi se le acerca, le sonríe, lo abraza al vuelo y, mejor que Suárez con Chiellini, que Tyson con Holyfield, le hinca los dientes en la oreja.

—¡No, quieto, ¿qué haces?!

Enseguida me echo encima, intento separarlos, pero Renzi parece que no lo suelta, mientras que Simone grita y forcejea como un loco. Al fin lo logro. Simone se lleva enseguida las manos a la oreja y, cuando las aparta y las ve llenas de sangre, grita aún más. Renzi le empuja.

—Y acuérdate de que no soy tu padre, gilipollas.

Lo saco del baño al tiempo que, con el rabillo del ojo, veo que Simone se mira al espejo tratando de comprobar qué le ha pasado realmente a su oreja. Nos abrimos paso entre la gente y nos paramos en un rincón más tranquilo.

—¿Todo bien? ¿Cómo estás?

Renzi asiente, pero no dice nada.

—El matón y el carnicero, la leyenda continúa…

Se echa a reír, pero veo que está hecho trizas. Luego, de repente, Babi aparece ante nosotros.

—Eh, estás aquí. Te he mandado un mensaje. Te he llamado, pero no

contestabas.

Renzi la mira.

—Es culpa mía, me estaba peleando y él me ha sacado del lío… Creo que será mejor que me vaya.

—Sí, será mejor.

Renzi se aleja sin volver a mirar a la pista. Prefiere evitar el espectáculo que esos dos siguen dando, aunque de una manera más tranquila.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Nada, una pequeña pelea por unos inútiles celos…

—Y ¿tú te has convertido en moderador?

—Sí…

—No me lo puedo creer.

—Ya, pues así es. Ven, no nos quedemos aquí…

He visto que hay una escalera al fondo de la sala; la llevo allí, subimos en la oscuridad y salimos a la azotea del Goa. La música también llega hasta aquí. Hay algunos chicos fumando algo más o menos normal, alguno lleva una botella, otros bailan un poco más alejados. Encontramos un rincón oscuro y por fin nos besamos.

—Hace un siglo que no voy a una discoteca.

—Yo también.

La abrazo y bailamos sin seguir el ritmo, una música solo nuestra. De vez en cuando nos besamos y seguimos moviéndonos, pero de una manera mucho más elegante que Karim y Dania y, afortunadamente, sin flashes.

CIENTO VEINTIUNO

—¡Eh, anoche volviste tarde! ¡Me desperté a las tres y todavía no estabas!

Gin me sonríe mientras desayunamos.

—Sí, debí de volver hacia las cuatro.

—Me habría gustado ir contigo, hace un siglo que no voy a una discoteca…

Las mismas palabras que Babi. Me parece estar viviendo en esa película, *Atrapado en el tiempo*.

Solo que aquí las frases que se repiten las dicen dos personas distintas.

—La música estaba muy bien.

Entonces Gin se levanta del taburete con un poco de esfuerzo.

—Pero ¿adónde quieres que vaya con esta barriga?

—La verdad es que es muy redonda. ¿Cuánto falta?

—Ya casi es el momento. Ayer fui al médico y pedí hora para la primera monitorización, pero por los controles ha dicho que Aurora está estupendamente, lista para salir. Estoy supercontenta.

Gin consigue fingir sentirse tranquila. «En realidad, el médico me insistió para que también me hiciera un control del linfoma, pero, al igual que en las visitas anteriores, sigo firme en mi decisión».

—Doctor, no insista, no quiero preocuparme sin necesidad. Esté en el punto que esté ese monstruo, seguiré sin hacer nada, así que, ¿para qué voy a angustiarme?

—Su planteamiento es indiscutible. Es que la veo en un momento de tanta belleza y felicidad que me gustaría que todo prosiguiera de la manera más serena posible.

Gin se queda un instante en silencio. «¿Y si al final no fuera así? ¿Qué hará Aurora sin mí? Mi niña ni siquiera ha venido al mundo y yo ya me voy». Y un

velo de tristeza le empaña los ojos.

El doctor se da cuenta.

—Ginevra, tiene que continuar con el ánimo positivo, alegre y optimista. Debe pensar que todo va a salir bien. Justo como me dijo usted. Y ¿ahora qué hace?, ¿primero me convence y luego cambia de idea?

Ella se ríe.

—¡Tiene razón!

—Oh, muy bien, así me gusta.

El doctor la acompaña a la puerta.

—Recuerde que nuestra cabeza, nuestro corazón y sobre todo nuestro ánimo son nuestros grandes sanadores.

Gin bebe un poco más de capuchino con leche de soja; luego, de repente y sin pensarlo, le sale de manera natural preguntarme:

—Step, ¿va todo bien?

Me quedo desconcertado.

—Sí, claro. Todo perfecto. ¿Por qué lo dices?

—No lo sé, a veces tengo una extraña sensación. Últimamente no has estado mucho y, cuando estás, en cierto modo te siento distinto. También es verdad que yo siempre estoy cansada. En efecto, los hombres deberíais probar alguna vez lo que significa que un pequeño ser crezca dentro de ti y te ensanche de forma desmesurada, te haga vomitar, te quite las fuerzas, te haga tener antojos raros…

¡Pero no de eso!

—Pues sí, la última vez me hiciste salir de noche porque te apetecía gelatina de sandía. ¡Fue demasiado! ¿Cómo va a salir esta niña, con una mancha de sandía o con muchas de pepitas?

—Tonto. No tienes que echarme en cara esas debilidades.

—Tienes razón.

A continuación, abre los brazos sonriendo.

—¿Me abrazas un poco?

Está deseosa de un poco de amor, de seguridad y tranquilidad, de poder abandonarse y refugiarse en mí. De modo que me acerco y la estrecho con delicadeza, ella apoya la cabeza en mi pecho y la veo cerrar los ojos, sigo su respiración, que mueve sutilmente esos pocos cabellos oscuros que le han quedado delante de la boca. Quién sabe en qué está pensando. Debería ser su isla

feliz, su puerto seguro, ese refugio que resiste todo tipo de intemperie, debería ser su búnker hecho de hormigón armado, sólido, capaz de defenderla incluso de una bomba atómica. Sin embargo, no soy nada de todo eso, soy un alma a la deriva guiada por un corazón hecho prisionero hace mucho tiempo.

Después, Gin se aparta de mí.

—Gracias, la verdad es que lo necesitaba.

Se queda mirando un instante mis ojos, los ve brillantes. Entonces me sonríe.

—Eso es lo más bonito de ti. Todavía te emocionas por momentos sencillos como este. Te amo.

CIENTO VEINTIDÓS

Hemos hecho el amor y nos hemos duchado juntos, como cuando éramos jóvenes. Como cuando para ella el problema eran sus padres. Como cuando no teníamos hijos. Ahora estamos en la mesa. Ha pedido *sushi* y *sashimi*. A estas alturas, ya hemos probado todos los restaurantes cercanos a Borgo Pio, aunque siempre nos traen la comida a casa. Por la ventana del salón entra el sol. Las finas cortinas blancas lo dejan pasar y se extiende por la gran alfombra, roza los sofás, los muebles, incluso el gran televisor que al final ha querido regalarme.

—Eres productor de televisión… ¡No puedes estar aquí sin seguir los programas que ponen a la hora del almuerzo! Es más, deberíamos tener más televisores y llenar una pared, así podrías seguir al mismo tiempo lo que pasa en todas las cadenas.

—Eres dramáticamente perfecta.

«Como para casarme contigo», me gustaría decirle, pero no le haría gracia. Ahora comemos en silencio, tranquilos y satisfechos por el placer que acabamos de sentir. Sus besos siempre son para mí un cortocircuito. Me basta un mínimo contacto para que se me estremezca el corazón, una sensación única. Una vez ella me dijo algo que se le acercaba. Acababa de entrar en casa, la besé, le metí la mano por debajo de la blusa y le toqué la espalda. Entonces ella cerró los ojos, sacudió la cabeza y a continuación sonrió.

—No me lo creo. Para mí, tú eres como la canción de Battisti *Le cose che pensano*, «Las cosas que piensan»… «*M'estasiai, ti spensierai*»…, «Me extasié, te despreocupé[54]».

—¡Venga ya!

—¡Es verdad! Lucio Battisti piensa en nosotros cuando canta esas palabras…

Yo me pierdo en ti como en esa canción. La lástima es que ya no me reconozco. Esta mañana le estaba preparando unas natillas a Massimo y, mientras las removía con una cuchara larga, han puesto justamente esa canción y me he echado a llorar; removía y lloraba, removía y lloraba, como una idiota.

—¿Por qué, amor?

—Por la felicidad y al mismo tiempo por el miedo a perderte de nuevo.

Cojo el *sushi* de salmón con los palillos, lo mojo en la salsa de soja y me lo llevo a la boca. A continuación, cojo la Asahi, sirvo un poco en su copa y lleno también la mía. Cuando dejo la cerveza, me doy cuenta de que me está observando. Tiene una sonrisa ligera. Sin embargo, es como si no fuera feliz.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Pensaba en estos momentos, en lo bonitos que son. Nunca habría imaginado poder sentir esto otra vez…

—¿Solo estabas pensando en eso?

—No.

—¿Qué más? ¿Me lo dices?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Que dentro de poco vas a ser papá.

Le sonrío.

—Sí, pero por segunda vez.

—Pero será distinto. Por desgracia y por culpa mía, no has podido disfrutar de tu primer hijo, y no te imaginas el dolor que eso me provoca. Ni siquiera sé si algún día podrás perdonarme. —Entonces se levanta y se va a la cocina. Se apoya en el fregadero mirando hacia los fogones y empieza a llorar.

Voy a su lado, la abrazo por detrás y apoyo la cara en su hombro.

—Babi, ¿por qué haces esto? No hay nada que perdonar. Lo veo a cada instante a través de ti y, además, las veces que hemos estado juntos en el parque o cuando lo espero contigo a la salida del colegio, esa sonrisa suya cuando lo veo venir, o cuando oigo que me llama: «¡Eh, Step!»…, todo eso me colma el corazón, me satisface. Es mi hijo y tiene todo mi amor. Siempre estaré presente en su vida, pase lo que pase, en cualquier momento en que él pueda necesitarme. Lo único que quiero saber es que es feliz. Eso es para mí ser padre. Y, cambiando de tema, ¿Massimo no dice nada en casa de que de vez en cuando está ese tal Step en su vida? No vaya a ser que Lorenzo, al oír mi nombre, la tome contigo…

Babi se seca las lágrimas con el dorso de la mano y sacude la cabeza.

—No, todo está bien. Le he dicho que nos hemos visto alguna vez, pero solo porque trabajas cerca de donde yo trabajo. Y también le he dicho que estás felizmente casado. —A continuación, se vuelve y me sonríe—. Además, Lorenzo nunca me pregunta nada, porque si yo le hiciera alguna pregunta, sería él quien se vería en un apuro.

No sigo con el tema, tampoco le he contado nada sobre nuestro encuentro en Vanni. De modo que volvemos a la mesa y terminamos de comer. Seguidamente, cojo una tarrina de helado y preparo dos copas: *stracciatella* y pistacho para ella, chocolate solo para mí.

—Oye, está riquísimo; ¿dónde lo has comprado?

—En la esquina de la piazza Risorgimento, en Old Bridge.

—¿Donde siempre hay un montón de gente? Pensaba que ahí regalaban los cucuruchos, en vista de la cola que hay a todas horas.

Babi sonríe y luego coge una buena cantidad con la cucharilla. Se lo mete en la boca y deja que se derrita poco a poco.

—No, no, es porque el helado es buenísimo, muy cremoso.

—Es verdad.

Cierra los ojos, saboreándolo.

—Es un sueño, como tú… —A continuación, vuelve a abrirlos—. ¿Crees que me despertaré algún día? A ti ¿qué te parece?

—¿Se puede saber qué te pasa hoy?

—¿Te has cansado de mí? ¿Te has cansado de venir aquí todos los días?

—Tenía la esperanza de aplacarme, de no tener más ganas de ti, de que esta continuidad de alguna manera me calmara, me saciara, pero no ha sido así. Siempre es todo fascinante, lo que siento por ti cada vez que te toco. Eres de un sabor infinito.

Entonces Babi se levanta y se pone a mi lado, me quita la copa de las manos y la deja sobre la mesa. Se sienta a horcajadas encima de mí. Me da un beso largo; nuestras lenguas están frías de helado y nuestros labios tienen el sabor de todos los matices de la felicidad, son suaves, perfectos.

Lo que más me impresiona es que no ha habido ni una vez en que alguno de nuestros besos «haya desentonado». Seguidamente interrumpe el beso pero se queda junto a mi boca con los ojos cerrados, respirándome. A continuación, los abre.

—Dime la verdad: ¿crees que cambiará alguna cosa con la llegada de vuestra

niña?

—No.

Y la beso de nuevo por miedo a ser sincero.

CIENTO VEINTITRÉS

La reunión para la serie de ficción con los dos supervisores de la Rete, Achille Pani y Marilena Gatti, dura toda la mañana. Pero al final el resultado es justo el que esperábamos.

—Felicidades, unos guiones excelentes, tendrán mucho éxito.

Achille Pani parece francamente satisfecho. Debe de tener unos sesenta años, es calvo, lleva unas gafas graduadas redondas, un bigotito blanco y es regordete. Por lo que Renzi me ha dicho, hace mil años que está en el mismo puesto. Cada vez que hay elecciones, los rumores lo dan como posible director pero, en cambio, todos los años acaba haciendo el mismo trabajo, solo que por algo más de dinero. Marilena Gatti es más joven, tendrá unos cuarenta y cinco años, nunca aparece en las quinielas por ningún puesto de dirección y es una entusiasta.

—¡Por fin! ¡Es lo que la gente quiere ver! Me alegro tanto de que hayáis ganado vosotros. No debería decirlo, pero he leído las escaletas y los temas de la serie de Ottavi y, la verdad, es más de lo mismo. Ahora contamos con un público que tiene el dedo atrofiado, no cambia de canal, que ni siquiera sabe qué está mirando; hay que despertarlo.

Achille Pani la regaña:

—Marilena, no hemos leído ni la escaleta ni los temas de la otra serie.

—Es cierto, me he confundido.

Renzi y yo reímos.

—¡En este trabajo no hay que confundirse!

—¡Siempre medias verdades!

—Exacto.

A continuación, nos levantamos y los acompañamos a la puerta. Achille me estrecha la mano de forma vigorosa.

—Y el casting también me gusta muchísimo.

—Sí, hemos intentado coger a gente válida. Hay mucha por ahí, no se entiende por qué siempre se emplea a los mismos. Por lo menos, podrían alternarse con caras ya conocidas, para experimentar y dar una oportunidad también a los demás.

Marilena enseguida añade:

—Exacto. ¡Ottavi, en cambio, siempre utiliza a los mismos incluso en series distintas; al final llega un momento en que no sabes ni qué serie estás viendo!

—¡Marilena…!

—Pero nosotros tampoco hemos visto su propuesta de casting… Lo sé, lo sé.

—Hoy mismo haremos que salga la segunda parte del pago. ¿Cuándo pensáis que empezará el rodaje?

Miro a Renzi.

—El mes que viene estaremos listos.

—Estupendo. —Y se van muy contentos.

Cerramos la puerta y volvemos a la sala de reuniones. En el gran panel están las fotos de todos los actores. En la puerta aparece entonces Alice.

—¿Quieren un merecidísimo café?

Renzi le sonríe.

—La verdad es que esto merecería champán.

Lo regaño:

—¡Si nos pasamos el día bebiendo! ¡Ve a por el café!

—Lo preparo enseguida. —Entonces Alice echa un vistazo a las fotos del panel—. Así es como me había imaginado a los protagonistas. Me muero de ganas de verla.

Y desaparece con toda su alegría. La miro satisfecho.

—Bueno, Alice es el mejor fichaje del año; es más, tenemos suerte de que todavía no nos la hayan quitado.

—No es una traidora.

—Civinini es lo peor.

—Y encima me ha puesto una denuncia. Ha pedido no sé cuánto por daños, y ahora los abogados se están ocupando de todo…

—Perdiste la cabeza. Tienes que mantenerte frío y lúcido… —Lo imito divertido—. No eres ningún matón, ¿no?

—¡No!

—Bueno, así alimentamos la leyenda y ya nadie podrá saber quién de los dos

ha hecho qué.

Veo que Renzi está molesto, por lo que intento quitarle hierro al asunto.

—Me he enfrentado a causas peores. Por suerte, en realidad no pasó nada grave.

—Ya. De todos modos, me equivoqué, y no me lo perdono. No volverá a ocurrir.

—Perfecto. ¿Te acuerdas de que buscaba algún fallo en ti? Ya lo he encontrado. Y ¿quieres que te diga la verdad? Es el mejor error que podrías haber cometido. Se lo merecía. Es un falso, un vendido, un desagradecido y, además, sea lo que sea lo que hayas hecho con una mujer, no son maneras de hablar. Es más, si no lo hubieras hecho tú, me habría ocupado yo. De modo que gracias por tu error, porque yo ya me he equivocado bastante.

Entonces Alice llama a la puerta.

—¿Se puede?

—Pasa.

—Aquí están los cafés.

Entra, los deja sobre la mesa y se dispone a salir de la sala.

—¿Quieren que les cierre la puerta?

—Sí, gracias.

Volvemos a quedarnos solos.

—Bien, me parece que vamos por el buen camino. El director es Damario, lo han puesto ellos, pero era una de nuestras opciones. Los guiones les han gustado y van a hacer el pago del segundo plazo hoy mismo.

—Con el que obtendremos un buen beneficio porque, de todos modos, comparado con los gastos que habíamos estipulado, hemos conseguido ahorrar un treinta por ciento.

—¿Cómo es posible?

—Han preferido aplicar una fórmula nueva. Episodio llave en mano. Cierran el trato a un determinado coste que está por debajo de lo que costaba antes. Ten en cuenta que nosotros no hemos escatimado a la hora de escoger lo mejor en cuanto a ambientación, número de extras, secundarios, y aun así seguimos ganando muchísimo. ¡Imagina cómo hinchaba los gastos Ottavi «el Empanada»!

—Bien hecho, Renzi. Y recuerda que la semana que viene tenemos que presentar a la Rete el nuevo proyecto de la serie de ficción para la próxima temporada.

—Está todo a punto, volveremos a competir con el Empanada y dos

pequeñas empresas más.

—A ver si conseguimos pasar también esta vez…

Giorgio levanta la taza de café, como un brindis.

—Pues claro que sí.

Lo imito y bebemos; a continuación, la dejo sobre la mesa. Entre las fotos de los actores que están colgadas en el gran panel, veo que está también la de Dania Valenti. Él se da cuenta.

—Es un papel pequeño… Solo tres apariciones.

—Haces bien, a Calemi le gustará que sigamos sus indicaciones.

—Ya no está pendiente de ella, me parece que ha adoptado a otra hija… Es un favor que le he hecho directamente a ella.

—Bien. Es mejor mantener las relaciones de todos modos, nunca se sabe… ¿Y con Teresa?

—No hablamos.

—No sé qué decirte. En estos casos, digas lo que digas, no sirve de nada.

Renzi suspira.

—Con todo lo que critiqué esta situación, y al final soy yo el que se encuentra metido en ella. Me parece que ahí arriba lo han hecho aposta, me han visto seguro y sabelotodo y han querido ponerme a prueba; ni que fuera Job…

—Pues yo no sé qué habré dicho… Porque ni todas las series juntas pueden llegar a contar lo que estoy viviendo…

—Ah, ¿tan mal estás?

—Peor.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. —Sonrío.

—Me parece normal.

Y justo en ese momento, como si el destino estuviera escuchando, me suena el teléfono. Es Gin.

—¡Cariño, estoy en casa de mi madre, había pasado a saludarla tranquilamente y resulta que he roto aguas! Vamos al hospital San Pietro, el que acordamos con el doctor Flamini.

—De acuerdo, nos vemos allí.

Cuelgo el teléfono y miro a Renzi.

—Bueno, ya está, un nuevo capítulo a la vista. Se titula: «¡Aurora está a punto de nacer!».

CIENTO VEINTICUATRO

No me despido de nadie en la oficina, cojo el ascensor y en un instante estoy fuera del edificio. Pero ahora, antes de irme, tengo que hacer una llamada.

—Hola, Babi, ¿ya has salido?

—No, estaba a punto.

—No podré ir, lo siento.

—¿Qué ha pasado? ¿Has olvidado que tenías una reunión? ¿O vas a ir a comer con otra?

La oigo reír.

—¡Con la amante del amante! Mira que te avisé, si te pillo, no te lo perdonaré…

Quedamos en que nos lo diríamos todo, no puedo mentirle.

—La niña está a punto de nacer, voy al hospital.

Y de repente la oigo cambiar de tono.

—Ah, perdóname.

—¿Por qué «Perdóname»?, ¿qué tiene que ver? No lo sabías, pero tampoco es una situación dramática… ¡Espero!

De modo que recupera su tono alegre.

—¡Claro que no! Tienes razón, yo qué sé, me parecía que había dicho algo fuera de lugar. Ve, ve, amor. Y felicidades. Pero envíame un mensaje, hazme saber que ha ido todo bien.

Babi cuelga. Sin poder controlarse, se echa a llorar. Luego se mira al espejo y se siente ridícula, de modo que se echa a reír ella sola. «Bueno, mírate: eres horrible, lloras como una idiota. ¿Cuánto hacía que no lloraba? ¡Ni se sabe! En

cambio, deberías estar feliz por él, deberían ser lágrimas de alegría, no sabes amar de verdad, anteponerlo a ti. ¡Así debería ser! Ahora también tiene un hijo con ella. ¡Es decir, en realidad, tiene dos, o por lo menos uno y medio!». Y se echa a reír de nuevo; a continuación, coge el móvil.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Qué ocurre para que me llames a esta hora?

—Bueno, no me hagas preguntas y solo dime que sí, ¿de acuerdo?

—¿Qué tengo que decir, «Sí» o «De acuerdo»? No lo entiendo…

—No tienes que hacer preguntas y di que sí.

—Sí, de acuerdo…

—¡Idiota! Bueno, llama a la oficina de Step y di que lo estás buscando.

Y le explica con detalle lo que debe hacer sin falta.

En el pequeño bar Etilico Spirit de la piazza Bainsizza, algunos chicos leen *La Repubblica*, otros charlan animadamente sobre quién sabe qué nuevas ideas revolucionarán el tubo de rayos catódicos y solo dos o tres comen con tranquilidad, y eso es porque todavía van a la universidad. Les quedan dos o quizá tres años, según cómo salgan los exámenes; luego ellos también se contagiarán de esa prisa por cambiar el mundo.

Dania Valenti no tiene ninguna, de modo que saluda a Renzi, que va a su encuentro como si no hubiera ocurrido nada en absoluto entre ellos.

—¡Hola! ¡Cómo me alegro de que hayas podido venir!

—Sí, pero no puedo quedarme mucho. Le he dicho a Stefano que tenía una cita, pero luego tengo que pasar a verlo sin falta. Su hija está a punto de nacer.

—¡Venga ya, qué ilusión, me cae superbién! Me alegro por él. No sabía que estaba casado. Su mujer no ha venido nunca a ver el programa.

—Tampoco es que alguien esté casado solo porque su mujer vaya a ver el programa.

—Madre mía, qué quisquilloso. ¿Qué pasa?, ¿todavía estás enfadado por lo de Karim? Solo nos besamos porque estaban los fotógrafos. ¿Has comprado la revista? ¡Sale la foto! O sea, había todo un reportaje.

—Sí, lo he visto.

Luego una chica baja y regordeta, vestida de negro, con los labios rojo cereza y el pelo rizado y corto, se acerca a la mesa. Saca un bloc y un bolígrafo del bolsillo de su delantal negro para poder empezar a escribir enseguida.

—Hola. ¿Y bien?, ¿qué van a tomar?

—Para mí solo un zumo de granada —contesta Dania. Entonces le dice a Renzi en voz baja—: He engordado un montón.

—Yo también tomaré uno.

La chica se guarda el boli y el bloc en el bolsillo del delantal; a continuación, se va hacia una mesa sucia, retira algunos platos, vasos y servilletas de papel y, con todo eso, vuelve a entrar en el bar.

—¡Venga, no estés enfadado! Además, me dijiste que tenías mujer, así que, ¿para qué incordias?

—Ya no estamos juntos.

—Me sabe mal que os hayáis peleado… ¿Qué ha pasado? No, no, no es asunto mío.

—Te lo diré.

—No, te he dicho que no quiero saberlo. Cambiando de tema, dime, ¿has podido conseguir algún papel para mí? ¿Voy a hacer de Stefania, la presentadora de radio que empieza desde abajo y se hace famosa?

—No, para ese papel han elegido a Vargada.

—¡Pero si siempre lo hace todo ella! ¡Y ¿qué tiene que no tenga yo?! Ya sé por qué trabaja tanto, porque es la amante de Delfini, el director de la cadena, por eso. Si lo hubiera sido yo, a estas horas estaría en Hollywood. ¿Y bien? ¿Cuál haré, entonces?

—Caterina.

—¡Pero si Caterina solo sale en un capítulo, es un papel minúsculo!

—Pero es el tema del capítulo, está totalmente centrado en ella… Además, estás empezando, nunca has hecho nada de ficción.

—¡No! Al menos quiero hacer de Federica, la hermana de Stefania. ¡Si no lo hago, me vuelvo a Milán!

Dania coge un paquete del bolso, saca un chicle minúsculo, se lo mete en la boca y, a continuación, como si fuera una canasta, vuelve a tirarlo dentro, perdiéndolo en ese barullo. Molesta, comienza a mascarlo con la boca abierta, y entonces se le ocurre una idea.

—Y ¿quién es el director?

Renzi la mira, imaginándose sus planes.

—Todavía no está decidido.

Mientras tanto, llega la chica con los zumos.

—Gracias.

Dania empieza a beber en silencio. Cuando ya casi lleva tres cuartas partes, deja el vaso sobre la mesa.

—De todos modos, habría sido justo que hubiera podido hacer una audición para el papel de Stefania. ¿Ellos qué saben si soy buena o no? Tal vez una desconocida pueda sorprenderlos a todos, ¿no? En la época del realismo, cogían a la gente por la calle, era todo más verdadero, eso era cine.

Y vuelve a beber hasta que se termina todo el zumo. En ese momento, se le ocurre otra buena idea.

—¿Por qué no vamos a mi casa? Ensayamos el guion del primer capítulo y ves qué tal me sale.

Venga, tú nunca me has visto. Si te das cuenta de lo mucho que valgo, estoy segura de que insistirás mucho más para que me den el papel porque serás el primero en creer en mí.

—Tengo que ir al hospital.

—¡Pero si Stefano acaba de ir, la niña nacerá dentro de tres o cuatro horas; no se van a escapar!

¿Adónde quieres que vayan?

Dania le sonríe y le guiña el ojo. Renzi la mira, entonces piensa en aquel sillón en medio del salón que da a aquella ventana, en la belleza de ese panorama… ¿Cómo va a decirle que no?

CIENTO VEINTICINCO

Cuando llego al hospital San Pietro, por primera vez me parece distinto. Estuve allí después de un accidente de moto, esperando en urgencias, porque me había hecho una luxación en un codo. En otra ocasión, por un esguince de tobillo, durante un partido de fútbol sala, y una noche después de una pelea en Piper. Vinimos juntos Pollo y yo, a los dos se nos veía bastante magullados. Estábamos sentados en la sala de espera de urgencias, pero luego, al ver que a todos los que llegaban los hacían pasar antes porque estaban peor que nosotros, fuimos al bar de corso Francia. Pedimos un poco de hielo y nos quedamos fuera, sentados a una mesa, usando los paños sucios de la moto para sujetar los cubitos. Intentamos rebajar un poco la hinchazón antes de volver a casa y estar más presentables.

Hicimos la crónica de la pelea, recordando más o menos todos los detalles, falseando algunos, exagerando otros, pero de todos modos no cabía duda de que nos había ido mucho mejor que a los demás, eso era lo importante. Yo era un muchacho, con toda esa rabia y esa violencia, con mi amigo Pollo y su mentira. Eran otros tiempos. Ahora estoy aquí porque vuelve a cambiar mi estado en el registro civil, de marido a padre. Y, a pesar de todo lo que ha pasado últimamente, estoy muy emocionado. Sigo las indicaciones, unidad privada. Subo a la segunda planta y al fondo del pasillo veo a Francesca y a Gabriele.

—Hola, ¿cómo está Gin?

Su padre sonríe, asiente, pero no dice ni una palabra. Francesca está mucho más tranquila.

—Todo bien, está dentro, ya falta poco, el doctor ha dicho que ya ha dilatado del todo. Entra, si quieres, si no te da miedo…

Le sonrío, y ella, como para disculparse, añade:

—A muchos les gustaría, pero a la hora de la verdad son incapaces. Gabriele conmigo no pudo entrar. Hoy, es un milagro que haya llegado hasta aquí. Él, en cuanto se presenta en un hospital, empieza a sentirse mal, incluso se desmaya.

Gabriele se ríe y al fin recupera la palabra.

—¡Ya está, te has lucido! ¡Esta vez que todo iba tan bien…! Ahora, por tu culpa, voy a encontrarme mal.

Los dejo discutiendo con ternura, empujo la gran puerta y me encuentro en una sala perfectamente esterilizada, más fría que el pasillo. Enseguida aparece una enfermera.

—¿Quién es usted?

—El marido de Ginevra Biro, la lleva el doctor Flamini.

—Sí, está dentro. ¿Quiere asistir al parto? Ya está a punto…

—¿Ya?

—Y ¿no se alegra? ¿Acaso quería pasarse aquí todo el día?

—No, no.

—Bueno, pues póngase esto. —Me pasa una pequeña bolsa transparente que contiene unas prendas de color verde oscuro.

La abro; hay una bata fina, una especie de gorro y unos cubrezapatos. Me lo pongo todo con rapidez y me dirijo al lugar por donde la he visto desaparecer. Entro en una gran sala. Ya la veo. Gin está en una camilla, acalorada, apoyada sobre los codos; una sábana la cubre hasta las rodillas dobladas y tiene las piernas en alto. El doctor está frente a ella.

—Venga, otra vez, así, así, muy bien, empuje… Está bien, pare, ahora respire. Dentro de un momento volvemos a empezar. —Entonces el médico me ve—. Hola, póngase ahí, a su lado, junto a la cabecera de la cama, detrás de Ginevra.

—Cariño, ya has llegado.

—Sí. —Y no digo nada más para no equivocarme y estropearlo todo.

Gin me sonríe, alarga la mano, yo se la cojo y me quedo así, un poco alelado, sin saber muy bien qué hacer. Entonces noto que me la aprieta fuerte y oigo la voz del médico.

—¡Bien, ya sale, veo la cabeza, siga así, empuje, ahora respire, un poco más fuerte, empuje, empuje!

Gin hace unas respiraciones cortas, una tras otra, arquea la espalda, aprieta los dientes, entorna los ojos y estruja mi mano hasta que da a luz a Aurora. Y vemos que ese pequeño ser, todavía ligado a un largo cordón de carne, todo

sucio y puesto boca abajo, de repente se echa a llorar, cambiando completamente su sistema respiratorio. El doctor coge unas tijeras y me las pasa.

—¿Quiere cortarlo usted?

—Sí.

Otra vez digo solo «Sí»; sigo sin poder decir otra cosa. Entonces me las tiende y me señala el punto exacto.

—Por aquí.

Abro las tijeras, corto y Aurora es independiente por primera vez. El doctor le pasa la niña a la enfermera, que la lava enseguida bajo un suave chorro de agua, la limpia con movimientos rápidos, la seca, le pone una especie de crema en los ojos. Luego se acerca una doctora que le hace una revisión y apunta algo en una especie de librito y, cuando termina, la arropa y se la lleva a Gin.

—¿Quiere tenerla a su lado? Sosténgala un rato encima de usted.

Gin acepta indecisa. Entonces la coge muy despacio con las manos, está emocionada, ella tampoco dice nada, y a continuación la pone sobre su pecho. Aurora mueve poco a poco la cabeza; Gin la mira fascinada, es más feliz que nunca, y se vuelve hacia mí, como si pidiera una confirmación.

—¿De verdad que esta niña la hemos creado tú y yo? ¿Solo tú y yo? ¿Nadie más? No puede ser.

¿No es la cosa más bonita del mundo? ¿No es por esto por lo que hemos venido aquí, a esta tierra? Y ¿no es por ella por lo que nos hemos encontrado?

Aurora mueve de nuevo la cabeza y yo me emociono; me doy cuenta de que me caen las lágrimas, no puedo pararlas, no puedo hacer nada, absolutamente nada, lloro, lloro de felicidad. Si no hubiera llegado Aurora, a esta hora habría estado en otro sitio, con Babi, como he hecho durante todos estos últimos meses, cuando debería haber estado a su lado. Y me avergüenzo, me avergüenzo de mi felicidad robada, me parece habérsela arrancado a otra persona, a quien la habría merecido más que yo; a ese Nicola, por ejemplo, o a otros miles de hombres que podrían haberse sentido felices y orgullosos de estar ahora aquí, en mi lugar.

—Cariño, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras así? Ha ido todo bien, es preciosa, es tu hija, es Aurora, cógela, cógela tú también.

Y yo sacudo la cabeza y sigo llorando, digo que no, no puedo. Pero luego veo que Gin se aparta un poco, como si quisiera enfocar mejor la escena, como si quisiera verme bien, como si no lograra entender. Entonces le sonrío, asiento y me acerco a ella, que recupera la serenidad; lentamente me pasa ese delicado envoltorio y yo lo cojo con ambas manos, preocupado por que pueda caérseme,

como el cristal más fino y frágil que nunca haya sido creado, pero al mismo tiempo el tesoro más precioso de este mundo. Y, cuando la atraigo hacia mí, veo ese rostro perfecto, esos ojos cerrados, esos labios pequeños y finos, esas manos tan menudas, minúsculas, casi evanescentes. Aurora. Y me imagino su corazón, latiendo con suavidad, bombeando su sangre, haciéndole mover esas piernecitas, esas manitas que, de vez en cuando, casi al ralentí, se abren y se cierran. Ese pequeño corazón al que nunca, nunca en mi vida, querría hacer sufrir.

CIENTO VEINTISÉIS

Cuando salgo de la habitación de Gin, todavía estoy completamente conmocionado y no me doy cuenta de toda la gente que ha venido. El pasillo está lleno de familiares y amigos.

—¡Hola, Stefano, enhorabuena! ¡Muchas felicidades! ¡Qué ilusión! ¿Cuándo podremos verlas?

Están Simona, Gabriella, Angela, Ilaria y otras amigas de Gin de las que no recuerdo el nombre.

Y, por supuesto, también está Luke, su hermano, con su novia Carolina. Él me abraza.

—Estoy supercontento. ¿Cómo está Gin?

—Bien, bien. Si queréis, dentro de un rato podéis entrar, será mejor que la avise. Se está recuperando. Pero solo la saludáis un momento y no todos a la vez, si no, le va a faltar el aire… Y también a Aurora.

—¿Cómo es?

—Preciosa.

—Y ¿a quién se parece?

—¡Y yo qué sé! Ya lo diréis vosotros a quién se parece. ¡Yo no sé distinguirlo!

Francesca, la madre de Gin, se echa a reír.

—¡Dejadlo un poco en paz, a él también lo estáis dejando sin aire!

—Sí, por favor, sálvame.

Luego llega Gabriele, que me trae un café largo en una taza grande y no en un vasito de plástico.

—Pero ¿de dónde lo has sacado?

—He sobornado a la jefa. Yo sé que siempre tienen escondida una cafetera

en alguna parte.

Me aprieta el brazo, me golpea en el hombro; a continuación, me sonríe y dice en voz baja:

—Acabo de ser abuelo. Chis. —Como si aún no lo supiera nadie.

Asiento.

—Claro.

Luego se echa a reír, ve que no está en sus cabales.

—¡Qué tonto soy! —Entonces me abraza fuerte y casi me tira el café por encima—. Era lo que más deseaba en el mundo. Gracias, Stefano, me has hecho realmente feliz.

Veo que Francesca nos mira. Ha seguido la escena, está emocionada; a continuación, lo llama:

—Gabriele, ven aquí, déjalo tranquilo. Pareces un chiquillo.

Luego él se reúne con ella y se abrazan. Gabriele le da un beso en la frente, entonces empiezan a hablar en voz baja, y yo ya no los oigo, pero veo que se ríen. Son felices, son unos abuelos jóvenes, todavía se aman, ninguno de los dos parece tener dudas, ninguna sombra, y mucho menos a otra persona. Se vuelven, me miran y me sonríen. Esbozo yo también una sonrisa. No quiero pensar qué sucedería si dejara a Gin por otra, cómo recordarían esta escena, la verían desde un punto de vista del todo distinto, qué grande sería su decepción: «¿No tenía suficiente con la llegada de Aurora? ¿No habría llenado sus días y su corazón?». «¿Y yo? ¡Incluso ayudé para que volvieran a estar juntos! Es culpa mía. Gin no quería saber nada de él y, en cambio, de alguna manera, yo la convencí. Me he equivocado en todo. Pobre hija mía. No me lo perdonaré nunca».

Imagino que esas podrían ser sus palabras. Tal vez Gabriele todavía sería más duro, no tendría miedo de mí, se creería justificado por el dolor que siente, tal vez me insultaría sabiendo que yo no haría nada. Tiene razón. Todos tienen razón. Y yo soy el primero que no puede perdonarme.

Por la tarde llega mi padre con Kyra. Han traído unas flores, una planta enorme, para ser más exactos.

—Dejadla fuera en la terraza, o dentro de casa, ahora no me acuerdo qué era mejor. Pero crecerá junto a Aurora.

Luego llega Paolo, ha venido con Fabiola, y me dan un regalo envuelto.

—Esperad, entrad y saludáis a Gin.

La han trasladado a la habitación 102. Al llegar a la puerta, llamo.

—¿Se puede?

Abro suavemente, dentro están su tío y su tía.

—Hola, Stefano, pasad, pasad, que nosotros ya nos íbamos.

De modo que hacen el cambio y entran Paolo y Fabiola. Gin sonríe al verlos; está un poco cansada, pero se está recuperando.

—¡Qué alegría que hayáis venido, entrad!

Fabiola le coge el paquete de las manos a Paolo y se lo tiende.

—Te hemos traído esto. Ya verás qué bien te irá.

Gin empieza a desenvolverlo, deja el papel sobre la cama; yo lo recojo, hago una pelota y lo tiro a la papelera, que está llena de papeles de otros regalos. Gin mira sonriendo lo que le han traído.

—¡Qué bonito!

Fabiola se coge del brazo de Paolo y lo aprieta contra sí.

—Es una lámpara musical con forma de luna que gira y proyecta imágenes en la pared. —Fabiola está orgullosa de su regalo—. ¡Será tu salvación! No sé cómo te saldrá Aurora, pero cuando Fabio nació lloraba continuamente, yo estaba exhausta e histérica, Paolo todavía peor que yo, y este carillón era lo único que conseguía calmarlo y hacer que se durmiera. Es como si esta luna giratoria hubiera salvado nuestro matrimonio.

Y, para rubricarlo, le da muy contenta un beso en los labios a Paolo, que sonríe.

Llega algún otro familiar. A Aurora se la han llevado al nido, de modo que los acompaño y la miramos desde detrás de un cristal.

—Es esa, esa de ahí. —Se la señalo.

Un poco más allá, otro padre primerizo hace lo mismo con su bebé. Como no se ve bien el número de la pulsera que lleva en la muñeca, un padre discute con un familiar que no acaba de creerse cuál es su hijo en realidad.

—Es ese…

—Que no, te digo que es ese, después de aquel, es más largo…

De modo que los dejo con su indecisión y regreso con Gin.

—¿Se puede?

Por fin está sola.

—Sí, cariño, qué bien que hayas vuelto, pensaba que te habías marchado…

—¿Bromeas? Toma, tengo algo para ti.

Le paso un pequeño paquete y lo desenvuelve.

—¡Si es precioso! —Es un pequeño colgante con forma de niña en oro blanco, con un diamante y una cadenita. Detrás está grabado el nombre de

Aurora—. Gracias. ¿Me lo pones al cuello?

Me acerco y, con delicadeza, consigo pasárselo por debajo del pelo y cerrarlo. Ella se lleva la mano al pecho.

—Soy tan feliz…

—Yo también.

—Ha ido todo bien.

—Sí, has estado estupenda.

—Tú me has cogido de la mano y me has dado valor. Cuando he oído tu voz junto a mí, ya no he tenido miedo. Contigo no puede sucederme nada.

Me sonríe mientras yo me quedo en silencio y también le sonrío. A continuación, casi parece disgustada.

—Últimamente no he estado mucho a tu lado, no he ido a muchas cosas importantes de tu trabajo, incluso a la fiesta final de tu primer programa. ¿Me perdonas?

No sé qué decir. Tengo un nudo en la garganta. Ella sigue sonriéndome.

—Te aseguro que ahora volveré a ser la Gin de siempre. Estaré a tu lado más aún que antes y Aurora estará con nosotros, y no seré de esas mamás miedosas o torpes, me esforzaré al máximo. Y ella nos aportará todavía más luz, no nos quitará nada. Seremos perfectos, como siempre has deseado.

Por un instante, la veo insegura, como si un pensamiento le hubiera cruzado por la mente, pero enseguida recupera la serenidad, nuevamente convencida de todo lo que ha dicho. Y a mí también me gustaría estarlo.

—Cariño, no podías hacer otra cosa. Ahora solo piensa en descansar, así te recuperarás enseguida y volveremos a casa. Lo más importante es que Aurora ha nacido, está bien y es preciosa. —La beso con delicadeza—. Me voy a casa, me daré una ducha y traeré algunas cosas para quedarme a dormir aquí.

—No hace falta, cariño, quédate en casa. Ha ido todo muy bien, no hay ningún problema. Te llamaré si necesito algo, pero la verdad es que espero que no.

Insisto y, al final, consigo convencerla. Luego salgo de la habitación. Voy al piso de arriba, donde se encuentra Aurora con los otros recién nacidos. Cuando llego, en el pasillo ya no hay nadie. Me acerco al cristal. Hay una enfermera que está vigilando a los bebés. Al verme, me reconoce y amablemente coge la cunita de Aurora y me la acerca, dejándola justo debajo del cristal. Le doy las gracias y ella se aleja. Aurora se despierta, mueve las manitas e intenta abrir un poco los ojos, pero no lo consigue. Luego hace unas muecas, como si quisiera intentar

llorar o algo la molestara, pero es un instante; vuelve a quedarse tranquila y mueve los labios como si succionara. Es preciosa.

Alguien llama a la puerta de la habitación 102.

—¿Se puede?

—Adelante.

El doctor Valerio Flamini entra en la habitación de Gin.

—¿Cómo se siente? ¿Todo bien? La niña es maravillosa y no tiene ningún problema de ningún tipo. Hemos hecho todos los controles posibles, análisis y otras cosas; no presenta ni una mínima señal de ictericia, está perfecta.

—Bien, me alegro, gracias por todo, doctor.

Valerio Flamini mira a Gin.

—Pero, por desgracia, sabemos que no podemos decir lo mismo de la madre.

Gin le sonríe.

—¿No podría haber desaparecido por un extraño milagro?

—Sí, habría sido estupendo, pero no hay que confiar en los milagros. Contamos con la medicina y tenemos que hacer el mejor uso posible de ella. Se ha avanzado mucho y las técnicas cada vez se perfeccionan más. Por tanto, yo le he hecho caso, he respetado su decisión, pero ahora tenemos que ocuparnos del linfoma. Usted no quería estar estresada y yo no le he dicho nada, pero los últimos análisis y la ecografía que le hemos hecho nos dicen que está a medio camino, ha crecido, no con tanta rapidez como me temía, por fortuna, pero no podemos dejarlo ahí tranquilo. Es el momento de atacarlo con decisión, mediante quimio y radio. Si está usted de acuerdo, a partir de mañana empezará el primer ciclo. La llevará un colega mío, el más experto en este campo, el doctor Dario Milani. Estoy seguro de que, si comenzamos enseguida, conseguiremos derrotarlo en poco tiempo.

Gin cierra los ojos un instante, trata de infundirse ánimos.

—Sí, pero ¿eso significa que no podré darle el pecho a Aurora?

—No, no podrá. Pero es mejor darle leche artificial que seguir esperando. Comprendo la decisión que tomó, pero no puedo en absoluto seguir obviando todo esto. Se encuentra usted en una situación muy grave. Debe hacerlo precisamente por Aurora.

Poco a poco, de los ojos de Gin empiezan a caer las lágrimas. El médico se da cuenta y le pasa una caja de pañuelos que tiene al lado.

—Lo sé, es una faena, pero debe ser positiva, optimista. Su estado de ánimo es fundamental.

Ahora repose, estará cansada. Llámeme si hay cualquier cosa.

El doctor Valerio Flamini sale de la habitación.

En los momentos más diversos, incluso cuando la vida no debería ser más que maravillosa, la gente consigue complicársela. Y yo, como un idiota, he pasado a formar parte de ese grupo. Estoy aquí, delante del cristal, mirando sonriente de la manera más simple y natural, casi atontado, la más mínima peripecia motora de Aurora, fascinado y divertido por esos movimientos, que pronto ya no le pertenecerán. Me recuerda a *La metamorfosis* de Kafka, una de las pocas lecturas que me gustaron en el colegio. Sé que comparar a mi hija con un escarabajo está del todo fuera de lugar, pero ahora sus dificultades, su total impotencia, han conectado de forma tonta mis sinapsis con ese libro. Tal vez la comparación no sea tan absurda con un pequeño matiz: en realidad, el escarabajo soy yo. Me encuentro apoyado sobre mi espalda, con las piernas y los brazos mirando al techo, sin posibilidad de voltearme, de ser otra vez dueño de mis movimientos. Es como si todo lo que me ha ocurrido últimamente me hubiera dejado varado. Exacto, es como si fuera un ballenato que, habiendo errado las corrientes, acaba en una playa. Me estoy apagando al sol, ridiculizado por algún espectador curioso que no tiene nada mejor que hacer esa mañana. No hay nada peor que haber perdido las riendas de tu propia vida, ir a lomos de un caballo desbocado que no sabes adónde te está llevando, aunque él sí lo sabe y se divierte con tu ignorancia. O estando solo, un día ventoso, en un velero sin timón, a la deriva. No puedes corregir el rumbo y no te queda más que esperar resignado su andadura hacia esas rocas. Pero ¿de verdad no puedo hacer nada más?

—¡Es preciosa! Es la niña más guapa que he visto en mi vida.

Pallina está a mi espalda, me coge por sorpresa, me sonríe y, a continuación, me abraza.

—Pollo estaría loco de alegría por ti y querría ser el padrino fuera como fuese. —La mira con más atención acercándose al cristal—. Y hasta se te parece, ha salido mucho a ti. ¡Lástima, podría haber salido más guapa!

Entonces se echa a reír.

—Estoy bromeando, es un sueño, te volverá loco, te enamorarás de esa

mujer como nunca te has enamorado.

Y las palabras que me dice, junto a todas las emociones vividas hasta este momento, hacen que me derrumbe.

—Estoy viendo otra vez a tu amiga.

CIENTO VEINTISIETE

A Pallina le gustaría decirle a Step que vuelve a ser amiga de Babi y que ella ya se lo ha contado todo, pero se lo ha prometido. No puede hacerlo. No puede traicionar una amistad recuperada, de modo que se convierte en una excelente actriz y se muestra sorprendida, realmente asombrada por la noticia, aunque sin exagerar.

—¡Sí, hombre! Pero ¿qué quieres decir? ¿Os estáis viendo otra vez? No me lo creo…

Y las palabras que ha elegido hacen que parezca más creíble.

—Sí. No sé cómo ocurrió. Yo creo que nunca hemos dejado de amarnos.

Acaban sentados en un banco del hospital, delante del ir y venir de la gente, preocupada, feliz, desesperada, esperanzada, gente que entra y sale por esa puerta de hospital para ver a un amigo, a un familiar ingresado, o para ser objeto de una visita que le revelará quién sabe qué resultado.

—Creía que podría controlar la situación, pero no es así.

Y Step se lo cuenta todo: su encuentro en Villa Medici, la despedida de soltero, sus celos en la fiesta cuando vio que un extraño quería ligársela.

—Eso me hizo comprender lo que todavía siento por ella. Ya no vi nada más, Pallina. Y tú me conoces…

—Menos mal que no le pegaste.

—No, no lo hice. —Step se echa a reír—. Por lo menos, en eso sí que he mejorado. Pero no en todo…

Y entonces le cuenta la sorpresa que le preparó.

—Le vendé los ojos como cuando fuimos a Ansedonia y la llevé a un precioso ático en Borgo Pio, pero esta vez sin echar la puerta abajo.

—Venga ya…

Pallina intenta parecer sorprendida para que no la descubra.

—Sí, lo alquilé para poder vivir con ella todos los días, como siempre había querido.

Step apoya los codos sobre sus piernas, mete la cabeza entre las manos, como si de alguna manera, en alguna parte, pudiera haber una solución. Pero no la hay, o al menos él no consigue encontrarla. Entonces levanta la cara y le sonríe.

—Hoy, en esa sala, con Gin, cuando ha cogido a Aurora entre sus brazos, he llorado como nunca, no podía parar. —Step se echa a reír—. Te lo juro, Pallina, es una situación absurda. No sé qué tenía dentro, pero ha sido como si con ella se hubiera desbloqueado.

Ella lo mira con ternura. Ese chico, ese hombre que nunca ha tenido miedo de nada, que se ha metido en peleas, enfrentándose a tipos que lo doblaban en tamaño, ahora está de rodillas a causa de un bebé.

—Lo siento.

Step la mira sorprendido.

—No tienes que sentirlo, estoy mejor, en serio, es algo extraño, pero me noto como más ligero.

—Pues entonces me alegro.

Step la mira y sacude la cabeza.

—Tú siempre haces que todo parezca muy fácil.

—Perdona, pero si me dices que estás mal, lo siento, y si luego me dices que estás bien, me alegro.

—Claro, exacto. ¿Qué tal va con Bunny?

—Bien, muy bien. Estoy contenta, así que tú también tienes que estarlo.

—De hecho, lo estoy. —Step se echa a reír—. ¿Lo ves?, ya sé cómo funciona. —Y siguen riendo los dos. Luego él vuelve a ponerse serio—. Lo más terrible es que, vaya como vaya esta historia, escoja lo que escoja, acabará siendo un drama de todos modos. Siempre habrá alguien desgraciado. —Pallina sigue escuchando en silencio—. Pero hoy, al coger a Aurora en brazos, he comprendido que tengo que quedarme aquí. De una manera u otra habrá menos infelicidad para los demás, y en cuanto a mí… Bueno, ya estoy acostumbrado.

Pallina ve que, inevitablemente, en el fondo siguen quedando viejas heridas y que un amor tan grande no puede borrarlas del todo.

—Ahora solo tengo que encontrar la manera de decírselo a Babi. No tiene sentido que sigamos viéndonos cada día, todavía haría más doloroso el momento

en que debamos despedirnos.

Pallina asiente en silencio. No creía que se abriría así y no esperaba oírlo decir esas palabras.

Entonces, de repente, Step se vuelve hacia ella.

—Por favor, te lo pido, no le digas nada, déjame buscar la mejor manera de contárselo, aunque sé que no hay nada, ni ninguna palabra, que pueda hacerlo más aceptable. Júramelo.

—Te lo juro.

«Es extraño —piensa Step—, ahora sí que entiendo a mi madre y el amor del que hablaba Giovanni Ambrosini. Un amor que te es prohibido es la mayor injusticia».

CIENTO VEINTIOCHO

Pallina aparca no muy lejos del local y se encamina hacia allí con cuidado de no meter los tacones entre los adoquines. Cuando llega al vicolo Cellini, 30, llama a la puerta de Jerry Thomas. Se abre una mirilla por la que aparece un chico con una barba tupida, un par de gafitas redondas y un chaleco perfectamente acorde con los felices años veinte.

—¿Santo y seña?

—¡Artemisia Absolut!

El chico sonríe, cierra la mirilla, abre la puerta y la deja entrar.

—Pase, por favor, soy Robbie; siga hasta el fondo por este pasillo.

—Gracias.

Pallina recorre una larga sala con un suelo blanco y negro, con pequeñas antorchas en las esquinas que ofrecen una iluminación muy especial. Son los años de la Ley Seca. En una sala roja con unos sofás de piel oscura y unas mesitas bajas, un trío musical interpreta una balada muy particular. Hay camareros por todas partes con una indumentaria muy de los años veinte, cuidada hasta el más mínimo detalle. Entonces la ve. Babi está sentada en el único sofá rojo, sostiene un puro y se está tomando un cóctel de un tarro de cristal lleno de hojas de menta. Pallina se sienta a su lado.

—Hola…

—Eh, no te había visto. —Detiene enseguida a un camarero que pasa por su lado—. Perdona, ¿puedo presentarte a esta amiga mía? Ella es Pallina y él es Alex.

—Mucho gusto; ¿qué tomas?

—Lo que está bebiendo ella.

—Eh, oye, vais fuertes… —Y se aleja sin decir nada más.

Pallina mira sorprendida a Babi.

—Y ¿aquí se puede fumar?

—¡Aquí se puede hacer de todo! Pero si no llego a reservar, no habría sabido el santo y seña que te he dado y no podríamos haber entrado. Ellos parten de esta premisa: ¡son los propietarios del local, por tanto, aquí se puede hacer todo lo que a ellos les dé la gana!

—Qué guay. —Pallina prueba las patatas fritas que están sobre la mesa.

Babi deja el tarro.

—Venga, estoy lista. ¿Qué tal la niña?

—¿Prefieres la versión suave?

—Espera… —Babi vuelve a coger su cóctel y le da un largo trago; a continuación, lo deja de nuevo y se seca la boca—. La fuerte. Venga.

—Bueno, la niña es preciosa. Es igual que su padre, pero en femenino, es decir, todavía más guapa. En fin, es lo que me imagino… En realidad, todavía no se ve nada, es una especie de engendro arrugado, pero la sensación que tengo me dice que será alucinante y guapísima.

Babi sonríe.

—Bien. Bromas aparte, me alegro por ella.

Justo en ese momento llega Alex con el otro cóctel y algo de picar.

—Aquí tenéis, os he traído también unas minipizzas porque, si os tomáis eso con el estómago vacío, luego me tocará cargaros al hombro y acompañaros a las dos a casa…

—¡Gracias!

Alex se aleja; Pallina coge su cóctel, aparta las hojas de menta y bebe. Pero en cuanto da un sorbo, le falta el aire.

—¡Oye, está superfuerte! ¡Y tú te lo bebes como si fuera un zumo! Pero ¿qué es?

—¡No sé, se llama *Ángel azul* y la base es sobre todo ginebra; me ha parecido muy acorde con el tema!

Pallina se echa a reír.

—Estás completamente loca.

—Si no te tomas la vida con cierta ironía, después resulta que la ironía es la que toma tu vida.

—Tal vez tengas razón. —Entonces Pallina da otro sorbo al cóctel e intenta coger oxígeno deprisa y no toser, pero no lo consigue.

Babi se ríe al ver que se le ponen los ojos brillantes y que no para de tragar

saliva, hasta que al final su amiga se recupera.

—Madre mía, qué fuerte. Y ¿aquí bebe todo el mundo así?

—Es un local clandestino. Por eso lo he escogido. Nuestro encuentro nunca se ha producido.

Pallina da un sorbo más pequeño, esta vez no lo pasa tan mal como antes. La música es bonita, en los sofás hay más mujeres que hombres, es raro el ambiente de ese lugar.

—¡Eh! —Babi la está observando—. ¿Me lo vas a contar o no? ¡Te he enviado al hospital San Pietro para saberlo todo!

—Pesa dos kilos seiscientos gramos, está bien, no ha habido complicaciones.

—De acuerdo, pero eso ya me lo habías dicho. ¿Y ellos?, ¿cómo están ellos? Un momento como este es fundamental para saber cómo irán las cosas entre nosotros.

A Pallina le gustaría contárselo todo, pero no es capaz. Piensa en su amistad con Step, en qué opinaría Pollo, en cómo quedaría si lo traicionara de ese modo después de habérselo jurado. Step quiere dejar a Babi, la llegada de Aurora lo ha cambiado todo. Tal vez él no pueda soportar estar lejos de ella y vuelvan a estar juntos… Pero ¿sería todo como antes? Y Babi, ¿lo aceptaría? Y si ahora se lo contara todo, ¿sería ella capaz de esperar a oírlo de él? No, no lo aguantaría en ningún caso. Pallina da otro pequeño sorbo. Está ganando tiempo, pero algo tiene que decir. Babi está esperando, mueve la pierna muy deprisa, la agita mientras sacude el tacón arriba y abajo, como si quisiera subrayar el nerviosismo que le está provocando la espera. Entonces a Pallina se le ocurre una idea. Uno puede desvelar algo sin decir lo que le han contado.

—Vale, ¿quieres saberlo todo?

—Sí.

—Estoy contenta. Estoy muy contenta. Si no me lo hubieras contado tú, no podría creerme la historia de la despedida de soltero, de que haya cogido un ático solo para vosotros, para que podáis pasar tiempo juntos cada día. La llegada de Aurora ha transformado a Step completamente, ahora es padre. —Babi está a punto de decir algo, pero Pallina la detiene—. Sí, ya lo sé, ya era padre. Pero tú no le dejaste vivir el nacimiento de vuestro hijo, lo ha sabido después de mucho tiempo. Con ella, en cambio, ha sido padre hasta el fondo, ha asistido al parto, ha cogido en brazos a su niñita en cuanto ha nacido, ha llorado…

Babi permanece callada. Entonces ve pasar a Alex.

—Perdona… ¿Podrías traernos dos más?

—Sí, claro.

El camarero se aleja. Pallina enarca una ceja.

—¡Pero si yo todavía no me he terminado el mío!

—Son los dos para mí.

Y Babi se acaba su Ángel azul de un solo trago. A continuación, deja el tarro, vuelve a coger el puro, le da una calada y lo reaviva. Los músicos están tocando una pieza de jazz buenísima, *Speak Low*, de Nina Hoss. Babi da otra calada. Luego mira a Pallina y le sonríe.

—Esta noche he tomado una decisión importante. Y lo más sorprendente es que me la has hecho tomar tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque me has mentido.

—¿Cómo? Si yo no te he dicho ninguna mentira.

En ese momento llegan los dos cócteles; Alex los deja encima de la mesa. Babi coge el primero y se lo bebe de un trago. Ahora su decisión está dolorosamente clara. Entonces la mira.

—Verás, lo estabas haciendo muy bien, tan solo has cometido un error. Y aquí, en Jerry Thomas, eso no se perdona.

—Pero ¿qué error he cometido?

—Yo nunca te he dicho que el piso que alquilamos fuera un ático.

CIENTO VEINTINUEVE

Los días que pasan son muy extraños. Gin y la pequeña están en casa. La habitación de Aurora hace que todo el piso huela a perfume de bebé. Por todas partes hay alguna cosa de la recién llegada.

Hervidores, botes de leche en polvo, chupetes de los tamaños más diversos, biberones, una pequeña balanza para pesar la comida —Gin dice que nos irá bien cuando deje la leche—, otra un poco más grande para controlar su peso.

—¿Por qué no le das tu leche?

—Porque no tengo suficiente.

—Nunca lo habría dicho.

Gin se echa a reír.

—Las apariencias engañan. ¿No estás contento de que duerma de una forma regular y se despierte a las horas indicadas para tomarse el biberón? ¡Es mucho más exacto, y tú solo le estás dando el de las seis!

—Estaré encantado de sacrificarme para alguna toma más, si lo necesitas.

—No, me preocupas, estás distraído; aquí hay que ser superprecisos, ya lo hago yo.

—Pero yo te veo un poco cansada.

—No te preocupes, me estoy acostumbrando, ya me recuperaré.

El trabajo prosigue cada vez mejor; han empezado los ensayos del programa que le hemos comprado a Simone Civinini, «Quién quiere a quién». Nos han dado a una pareja de jóvenes presentadores estupendos, un chico y una chica, Carlo Neri y Giorgia Valli, que me parecen competentes y sobre todo tranquilos. Aunque parezca extraño, no vienen recomendados. El jefe de proyecto es

Vittorio Mariani, la organización del casting de los concursantes nos la han dejado a nosotros y Futura ha hecho un buen trabajo. Las parejas que hay que adivinar proceden de toda Italia y hay algunas combinaciones muy divertidas. El director no es Roberto Manni, *el Ridley Scott de Ragusa*, sino un tal Cristiano Variati, de la Rete, un hombre de la casa, de unos cincuenta años, cuidadoso y simpático, que trata a todo el mundo con una amabilidad sorprendente, sobre todo comparado con lo que estaba acostumbrado el estudio. La serie de ficción también ha empezado. Hemos visto algo de lo que se ha rodado y todavía me parece mejor de lo que era sobre el papel. Los actores están perfectos en sus interpretaciones, y la dirección es esmerada y atenta. Cada uno ha aportado algo más a su personaje y está resultando un buen trabajo. Renzi está muy satisfecho.

—¿Has visto? Hasta Dania Valenti funciona.

—Sí, es muy creíble como actriz.

En realidad, el papel que le han dado ha acabado siendo muy similar a como es ella. Ya no se sabe si interpreta así en la ficción o en la vida real. Lo único seguro es que el número de sus apariciones ha ido aumentando, y algunos rumores de pasillo dicen que se debe a su trato asiduo con el director. Renzi ha preferido ignorarlos, a pesar de que se los contó el director de producción, Remo Gambi, a quien él mismo escogió.

—No se mueve de la autocaravana del director. Viene al set hasta cuando no tiene que rodar.

—A ella le encanta este trabajo. Seguro que quiere aprender todo lo que pueda.

Remo me mira intentando comprender qué está pasando, cómo es posible que Renzi haya contestado de ese modo. Yo, naturalmente, cambio de tema.

—¿Qué tal va con las horas extras?

—La semana pasada nos excedimos dos horas, pero en conjunto estamos por debajo de lo que estaba previsto.

—Excelente, sigamos así.

Parece muy contento por estar manteniendo ese ritmo y respetar el plan. Además, Renzi le ha prometido una prima por productividad.

—Si logras acabar antes, por cada día menos te daré mil euros. Pero si veo que hay que tirar grabación, por cada escena mala te quitaré dos mil.

Al principio, Remo ha sonreído, pero luego ha visto que se trataba de un arma de doble filo.

—Bueno, vamos a hacerlo de otro modo… Yo intento ahorrar el máximo

posible y, si luego creéis que he hecho un buen trabajo, me dais el premio que os parezca.

En cambio, con Babi la situación es extraña, diría que rehúye. Ahora que he tomado esta decisión, no puedo hacérsela saber. Es como si arrastrara un sufrimiento sin posibilidad de desahogarme. Tengo que verla como sea. Estoy a punto de salir de viaje hacia España y, si puedo decírselo antes, estoy seguro de que los días que pase fuera me ayudarán a aceptar todo esto. Al menos, esa es mi esperanza.

—¿Hoy tampoco puedes, amor?

—Tengo que estar con Massimo. Lo está pasando mal últimamente en el colegio, se ríen de él, le hacen trastadas. Y, por supuesto, su padre no está nunca.

Pienso en Lorenzo, en su continua ausencia con «su hijo».

—Pero no puede ser. Él necesita a un hombre que le cuente que lo que le está ocurriendo es de lo más normal. Yo también recibí de lo lindo cuando iba al colegio.

—Sí, aunque luego te vengaste.

—Bueno, debería decirle todo eso, le sería de ayuda.

—Pero no puedes. Ahora tienes que ocuparte de tu niña.

—Sí, pero quiero verte, dentro de poco me voy a España, estaremos una semana en Madrid para organizar un programa que han comprado. ¿Nos vemos hoy? ¿No me lo estás haciendo aposta, Babi?

Ella se echa a reír.

—Siempre pensando mal. ¿Estás celoso de mi hijo?

Me gustaría decirle: «¿Y tú estás celosa de la mía? No me has dicho nada, solo me has mandado un mensaje: “Espero que haya ido todo bien, que esté sana y sea preciosa”. Como diciendo: “Sufro, pero no digo nada”. No estoy celoso de Massimo. Estoy celoso del tiempo que ya no podré vivirte».

Basta, es mejor que nos veamos y acabar con esto enseguida.

—Así pues, ¿nos vemos? Necesito verte, en serio.

Permanecemos callados un instante.

—De acuerdo, nos vemos a las cinco, ¿te va bien? ¿Puedes?

—Sí. Hasta luego.

Cuando Babi cuelga el teléfono es como si su vida también se colgara. Sabe que cuando se vean todo terminará, ya no habrá más días para ellos. Y un increíble vacío la asalta de repente; se imagina la soledad que sentirá, los días que pasará intentando con desesperación no pensar en él, inútilmente. Y le vienen a la mente todas las canciones que hablan de ese momento: *The Blower's Daughter*.

Orgoglio e dignità. Nessun rimpianto. Mille giorni di te e di me. La mia storia tra le dita. Creep.

Io vorrei… non vorrei… ma se vuoi[55]. Pero ninguna de ellas consigue hacerla sonreír, darle un mínimo consuelo, alejar todo el dolor que siente.

Me paso todo el día en la oficina, asisto a una reunión tras otra, compruebo el correo, examino nuevos proyectos, escribo a personas con las que hace tiempo que debería haber hablado pero lo he ido posponiendo. En realidad, no quiero pensar, no quiero buscar las palabras. Siempre es difícil decir: «Se ha terminado, no nos veremos más, nos hemos equivocado, tal vez sea mejor dejarlo estar». Pero todavía es más difícil si no lo piensas. «Babi, solo te pido un poco de tiempo, en este momento la situación es demasiado complicada…».

Puedo imaginarme cualquier frase, pero en mi interior suena de una manera horrible. Es un chirrido, un sonido cacofónico, un grito demasiado agudo, de esos capaces de romper el cristal, o incluso peor, el corazón. Me imagino desvanecerse su sonrisa, su estupor, su decepción: «Pero ¿cómo es posible? Si hasta has alquilado este ático, y yo nunca te he pedido nada. Solo quiero tu corazón y nadie lo sabrá jamás. No te juegas nada».

Eso es lo que podría decirme, pero tampoco eso me sería suficiente. Siempre he odiado a los hombres a medias. Incluso Renzi, con todas sus grandes cualidades, su tenacidad, su clarividencia, al principio me decepcionó, pero luego supo aceptar su debilidad, haber sido arrastrado por esa chica fácil y ligera, y haberlo dejado todo por su amor: su mujer, su casa, sus certezas, sin medias tintas.

«Así pues, no me amas lo suficiente», podría decirme.

No puedo traer al mundo a una niña y tergiversar cualquiera de sus poemas incluso antes de que sepa pronunciarlos. Tengo que quedarme junto a ellas.

«Perdona, Babi». Y debería decirle también: «Olvídame». Pero no tengo fuerzas. No querría que me borrara del todo, al igual que sé que, pase lo que

pase, en todos los instantes de mi vida que parezca que esté distraído, ella siempre estará presente en mi corazón.

Llego delante de la puerta del ático de Borgo Pio casi sin darme cuenta. Meto la llave en la cerradura y la hago girar. Pero solo doy una vuelta. Ya ha llegado.

—Step, ¿eres tú?

—Sí, amor.

Y, al mismo tiempo en que digo esas palabras, me avergüenzo como un estúpido. Luego sale de la cocina, guapísima, como siempre, quizá más que nunca, precisamente por lo que sé que está a punto de pasar.

—¡Hola!

Me estrecha entre sus brazos y me da un beso en los labios, pero breve. A continuación, se recuesta en mi pecho y me abraza. Me quedo un momento sorprendido. Entonces, se aparta y se ríe.

—¿Cómo estás? Pero ¿cuánto hace que no nos vemos? ¡Me parece muchísimo!

—Cuatro días.

—Son demasiados.

»He traído una cosa. —Va a la cocina y regresa al cabo de un segundo con dos copas—. He comprado un espumoso de pera. Un Poiré. Ya verás qué rico, lo probé en una fiesta y me encantó. —Me pasa una copa.

Lo ha probado en una fiesta. Ella ya ha estado en otro sitio. Ella va a estar en otra parte. Ella sin mí.

Me mira y me sonríe, luego levanta la copa y la acerca a la mía.

—Por nuestra felicidad, sea la que sea… —Y entrechoca su copa con la mía y se la bebe deprisa, hasta el final, lo saborea cerrando los ojos.

Yo bebo más despacio. Y la miro con más atención. Lleva un pantalón azul marino, ancho, unos zapatos de punta muy elegantes, un cinturón y una blusa blanca con unos pequeños botones que le llegan hasta arriba. El cuello es grande, las mangas anchas con un largo puño más estrecho. Se fija en que la estoy observando.

—¿Qué te parece? Me la compré ayer en Max Mara.

Y entonces pienso: «¿Cómo es posible, si estos días siempre me decía que estaba ocupada?, y ¿en qué? ¿Yendo de compras? ¿Asistiendo a alguna fiesta?». Luego Babi deja la copa.

—Me gustaría no llorar, Step, pero no creo que lo consiga. Me gustaría decirte que he conocido a alguien, pero no sería justo, porque volvería a herirte

de un modo inútil. Siempre seré tuya, eso debe bastarte. Te lo ruego, no me preguntes nada, deja que me marche así. El amor más grande que se pueda sentir por una persona se demuestra haciendo que esté contenta, pensando en su felicidad antes que en la tuya. Creo que ahora tienes que hacer tu vida, quizá ibas a decirme precisamente eso, pero no te sale. No hemos acertado el momento, me he equivocado, pero no quiero seguir equivocándome.

Me gustaría que fueras el padre perfecto para tu hija, siempre al lado de tu mujer, y solo con decirlo me siento hecha pedazos. Para mí no existirá nadie más que tú, siempre, y esta vez, por desgracia, estoy muy segura de ello.

Entonces dejo mi copa y la atraigo hacia mí. La beso con delicadeza y me parece el beso más bello que nunca le he dado. La estrecho con fuerza y la deseo más que a cualquier otra cosa, pero luego noto que se detiene y empieza a llorar en silencio y casi susurrando dice:

—Te lo ruego, deja que me vaya, otro beso y me quedaré para siempre.

Así que mis brazos caen hacia abajo y en un instante ella está libre. Pasa por mi lado, coge el bolso de encima de la silla y la oigo marcharse. Una puerta que se cierra. Un ascensor que acude a la llamada. Sus pasos veloces bajando la escalera. No quiere esperar, tal vez piensa que podría abrir esa puerta y salir corriendo detrás de ella, o quizá no piensa nada, solo quiere huir de nosotros. Me quedo de pie en el salón y de repente me asalta un fragoroso silencio. La soledad de esta casa, después de todas las risas, los besos, la pasión… Un amor que ha existido, pero que ya no vive aquí.

Empiezo a deambular, mirando los objetos que hemos comprado juntos, los libros, los colores de algún vaso, de un sacacorchos, de una lámpara. Piezas dispersas de un amor que ha estallado de forma repentina. Babi ya no está. No puedo creerlo. Pensaba que al final no diría ninguna de todas esas palabras, que no tendría elección, con tal de seguir viviendo nuestro amor. Al final habría aceptado ser un hombre a medias, pero completamente feliz. Sin embargo, lo ha dicho ella en mi lugar, me ha quitado las palabras de la boca, ha tenido más valor que yo.

Luego, cuando entro en el dormitorio, encuentro una sorpresa sobre la cama. Un álbum igual que el que me hizo llegar a la oficina, con una nota encima: «Pensaba que podría continuar… Lástima». Y, cuando lo abro, me quedo sin palabras. Hay muchas fotos robadas, hechas en varios momentos que hemos pasado juntos ella y yo, Massimo y yo, nosotros tres. En el parque, en bicicleta, las veces que la acompañé a recogerlo al colegio, todas las fotos sacadas con el

móvil que cuentan los momentos más bellos que hemos vivido durante estos meses. Y, justo en ese instante, casi llamándome al orden, recordándome el compromiso que he adquirido, suena mi móvil. Es Gin.

—Cariño, ¿qué haces? ¿Vas a venir a cenar esta noche o no?

—Sí, dentro de un rato estoy en casa.

—¿Sabes que hoy Aurora se ha estado riendo todo el día? Es una niña guapísima. Gracias, cariño, por el magnífico regalo que me has hecho.

—Sí, me alegro. Estoy deseando veros.

Y, dicho esto, cuelgo, dejo el nuevo álbum de fotos al lado del otro y cierro la puerta del ático de Borgo Pio. Lo peor cuando tomas una decisión como esta es el instante que viene después, en el que crees que te has equivocado en todo.

CIENTO TREINTA

Los días siguientes lleno cada momento intentando distraer mi mente. Vuelvo al gimnasio, me entreno en silencio, hago un poco de cinta para ponerme en forma de nuevo. Miro distraído la sala que está frente a mí. Algunas mujeres de todas las edades tratan de seguir el ritmo de una alegre monitora.

Alguna lo consigue, otra no tanto, pero en cada una de ellas me pongo a buscar a Babi. Un corte de pelo, un fragmento de sonrisa, un poco de piel, unos pendientes, una mano, una boca, el rasgo de los ojos, la barbilla. Y en ellas busco con desesperación, como un perverso y condenado Frankenstein, algo de ella que pueda saciarme. Pero no hay nada que consiga aplacarme. Tengo que empezar a entrenar la mente otra vez, no debo volver a caer en ese pensamiento, en esa espléndida y continua obsesión. Y, por si no fuera suficiente, en los altavoces del gimnasio sintonizados en la RTL empieza a sonar una canción del traidor Lucio Battisti: «*Senza te, senza più radici ormai, tanti giorni in tasca tutti lì da spendere…*», «Sin ti, ya sin raíces, con todos esos días en el bolsillo para gastar…»[56]. Sonrío, simplemente derrotado. No hay una estrofa de esta canción que no se divierta con lo que estoy pasando, casi parece que se burle de mí. «*Non c'era soluzione, ma sì che ho fatto bene*», «No había solución, pero he hecho bien». Parecen esas excusas que te repites a ti mismo solo para convencerte, pero sabes a ciencia cierta que las cosas no son así. De hecho, justo después, añade: «*Ma perché adesso senza te, mi sento come un sacco vuoto, come un coso abbandonato…*», «Pero por qué ahora sin ti me siento como un saco vacío, como un objeto abandonado». Ya solo el título es todo un poema, *Orgoglio e dignità*, «Orgullo y dignidad». De hecho, es en estos momentos cuando ves la fuerza de voluntad, cuando logras quedarte «*lontano dal telefono,*

sennò si sa…», «lejos del teléfono, si no, ya se sabe…». Acabo el entrenamiento y voy a los vestuarios. No puedo mentirme a mí mismo, lo primero que hago es abrir la taquilla y mirar el móvil. Compruebo si me ha llamado, si me ha escrito, si me ha llegado algo antes de que lo metiera en la taquilla; a lo mejor me ha buscado, me ha escrito. Pero no había cobertura. No, nada de nada, mi última y más débil ilusión también se desvanece. Si alguien hubiera querido contactar conmigo, podría haberlo hecho perfectamente.

Solo algunos momentos de trabajo consiguen distraerme de verdad.

—¿Recuerdas que debemos presentar los costes de la nueva serie de ficción? Tan solo tenemos una semana, si no, perderemos la oportunidad de participar en la producción de la Rete para el próximo año. —Le cuento a Renzi por teléfono.

Renzi asiente.

—¿Tan distraído me ves?

No digo nada.

—Está bien, tienes razón, me ves distraído. Me he pasado. Lo he estado y lo estoy. Pero hay un límite para todo. Es un compromiso demasiado importante. Será nuestra segunda temporada en las series de ficción y podría significar nuestra confirmación durante mucho tiempo…

—Lo sé. Por eso te lo recuerdo.

—He preparado toda la documentación, lo único que necesito saber es el coste de algunas localizaciones, y me llegarán dentro de dos o tres días. Para el viernes estará todo listo para entregarlo. Ya verás, si todo va bien, iremos otra vez a celebrarlo a la piscina del Hilton, en los morros del Empanada, y esta vez nos llevaremos también a Aurora.

«Sí, Aurora. Sobre todo, es por ti que resisto, por tu felicidad, por tu mirada, para que puedas sonreír al mirarme y no veas en mí solo a "ese que hizo sufrir a mamá"».

Cuando regreso por la noche, me acerco a su cuna y la respiro. Solo esto parece tranquilizarme de verdad. Así, me siento mejor, sonrío en la oscuridad de la habitación. Luego entorno suavemente la puerta y voy al dormitorio. Gin está bajo las sábanas, con la luz de la mesilla encendida, leyendo un libro.

—Mira. —Me enseña la cubierta—. *El lenguaje secreto de los niños*. Tú también deberías leerlo, es importante. No sabes cuántas cosas estoy aprendiendo, nunca me las habría imaginado siquiera.

—Yo también lo leeré. Aurora es tan preciosa…, quiero aprender a no equivocarme.

Gin cierra el libro y lo deja sobre las piernas.

—¿Sabes?, por un instante pensé que te había perdido. No sabía qué sucedía, era como si la idea de que la niña estuviera en camino te fuera alejando de mí…

—Pero ¿qué dices? No.

—No estabas. Siempre te encontrabas lejos, aunque te hubieras sentado a mi lado, y te ponías nervioso por las cosas más tontas.

—Perdóname.

—No, seguramente también es culpa mía. Tú no lo sabes, pero cuando piensas aparecen en tu cara las expresiones más diversas. Te miraba y estaba claro lo que pensabas.

—Y ¿qué pensaba?

—Estabas sufriendo. —Entonces se echa a reír—. Haría falta un libro para interpretarte a ti también: *El lenguaje secreto de Step*. A lo mejor entendería algo…

—No mucho, creo, yo tampoco he entendido nunca nada.

Gin sonríe y decide no hacerme más preguntas.

—Me alegro de que hayas vuelto.

Los siguientes días obtenemos excelentes resultados profesionales. Pasamos una semana en Madrid, en los estudios de Tele Tres. El programa es perfecto, incluso lo han mejorado y, por si no fuera suficiente, nos hacen una oferta de exclusividad: diez programas nuestros que realizaríamos solo con ellos durante tres años, y cinco millones de euros.

—Tenemos que pensarlo un momento.

Veo que nuestra traductora, Elvira Cortez, se queda callada, de modo que se lo repito.

—Disculpe, ¿puede traducir lo que he dicho?

—Sí, sí, claro.

Poco después, oigo una frase en español y veo que el director general me sonríe.

—Claro que sí —dice en español.

—Claro que sí —nos traduce Elvira Cortez.

Pero esto ya lo habíamos entendido a la perfección nosotros mismos.

Por la noche vamos al restaurante La Finca de Susana. Nos lo han recomendado unos guionistas españoles, un estupendo local a pocos pasos de la Puerta del Sol. Tomamos un excelente arroz con sepia y salsa alioli. Y una botella de albariño Burgáns, un vino gallego que literalmente nos soplamos.

—¡Un éxito inesperado! —Renzi está del todo eufórico—. Nunca habría pensado que sucedería todo esto, es maravilloso. ¡Por Futura!

Y no paramos de brindar. Luego traen un fantástico jamón ibérico, unas patatas bravas y unos calamares fritos. De modo que pedimos otra botella de albariño Burgáns.

—Ahora ya solo nos falta conquistar los países anglosajones y luego Estados Unidos.

—Y toda Sudamérica.

—Sí.

Brindamos y soñamos con los ojos abiertos. A continuación, Renzi coge el móvil y lo mira, quizá con la esperanza de encontrar quién sabe qué mensaje. Lo cierra y se lo guarda en el bolsillo.

—¿Sabes qué echo muchísimo de menos? Una persona con la que compartir todo esto.

—¡Me tienes a mí! —bromeo intentando quitar hierro a esta repentina melancolía alcohólica.

—Gracias, pero no eres mi tipo. Me gustaría tener aquí a la única persona que me hace feliz, la única con la que me apetece estar, a pesar de saber que es totalmente inadecuada para mí.

No sé qué decirle. Sé de quién habla y es una situación de verdad imposible, tal vez la más complicada en la que podría haberse metido. Aunque parezca increíble, es peor que la obsesión de Simone Civinini por Giovanna Segnato.

—Renzi, ¿puedo decirte una cosa?

Me mira en silencio, duda si darme permiso o no. Creo que se imagina que lo que voy a decirle no le sentará bien. Pero es un temerario, de modo que acaba asintiendo para que hable.

—Bueno, creo que ella es todavía muy joven, que no sabe bien lo que quiere. En cambio, tú estás en un momento muy distinto, vas por otro camino, tienes otros objetivos. Teresa es la persona adecuada para ti. Búscala, si no es demasiado tarde. Dania ha sido una locura, un pasatiempo, si quieres, un error

deseado… El que antes o después esperaba que cometieras. —Se echa a reír—. Pero ahora basta. No sigas permitiéndote esta inútil debilidad, vuelve a ser fuerte. Solo te hace daño, merma tu seguridad, tu personalidad, tu mente.

—¿Hasta eso?

—Sí, hace que pierdas el gusto por la vida, por la belleza de la gente, por la ligereza de las personas. Con ella te pierdes en aguas revueltas. Lo has vivido, te ha gustado…

—Mucho, muchísimo.

—Bueno, pero ahora ya está, será tuyo en el instante en que lo superes, será todavía más tuyo cuando disfrutes mirándolo desde lejos, te habrás divertido, pero ya no podrá afectarte.

Nos quedamos un rato callados. Luego me sonríe.

—Oye, parece fácil.

—Si quieres, lo es.

—¿Tú lo has conseguido?

—No, pero finjo que sí.

Y, en el mismo instante en que lo digo, me veo arrollado por una serie de recuerdos e imágenes de momentos diversos. Babi de joven, Babi hoy, mujer, madre, terriblemente sensual. Su sonrisa, su risa, sus piernas, su boca, nuestras miradas, nuestras manos unidas, nuestros cuerpos, nuestras duchas. Babi terriblemente mía. Sus palabras, sus declaraciones, su amor, su abrazo, sus risas mientras teníamos sexo. Babi, Babi, Babi, tres veces tú.

Bebo una copa de vino para intentar confundir mi mente, distraerla, aturdirla, sofocarla y, en cambio, ella, ruin, desleal, infame, en perpetua lucha con mi corazón, deseosa de vencerlo en todo y para todo hasta hacerlo estallar, me la muestra bella, elegante, hablando con alguien, riendo de sus palabras, sin pensar en mí. Distraída, atraída, llegando incluso a rozarlo, a tocarlo. ¿Cómo es posible? Tú, mía, tú, que me habías jurado, tú, que nunca, tú, que te declaraste incapaz incluso de mirar a otro hombre, ¿dónde estás ahora? ¿Con quién hablas? ¿Qué pasa por tu mente? ¿Qué intenciones tienes? Y me entra un ataque de pánico. La imposibilidad de encontrarme con ella ahora, enseguida, de poder verla, de poder hablar con ella, de tocarla, de abrazarla con fuerza o tan solo rozarla, de pedirle perdón. Me he equivocado, perdóname, te lo ruego. Me inclino a sus pies, abrazo sus piernas, lloro infeliz por no haber sabido ser egoísta. Entonces respiro hondo, bebo un poco más de vino y miro a Renzi.

—Tal vez tengas razón tú. Piérdete en tu amor, derrúmbate, ahógate hasta

que no puedas más. No hagas caso de mis palabras de antes. Estaba borracho de racionalidad.

Levanto la copa y volvemos a brindar, bebemos y nos echamos a reír, como unos estúpidos.

Cuando todo parece tan condenadamente claro incluso sin todas esas inútiles palabras.

CIENTO TREINTA Y UNO

—¿Cariño? ¡He vuelto!

Entro en el salón y cierro la puerta.

—¡Estoy en la habitación!

Me reúno con Gin. Está cambiando a Aurora, que está tendida en la cama. La abrazo por detrás y le doy un beso. Se vuelve y me sonríe.

—Te hemos echado de menos.

—Yo también a vosotras. Mirad qué os he traído. —Dejo una bolsa a los pies de la cama.

Gin termina de ponerle el pantaloncito a Aurora y abre mi regalo.

—¡Qué bonitas! Gracias. —Dos camisetas de color azul cielo idénticas, pero de distinta talla, en las que pone «MATADOR» y aparece la imagen de un toro negro estampado—. ¡Ahora mismo me la pongo!

Una vez puesta, Gin me sonríe divertida.

—¿Qué tal me queda?

—Muy bien, estás guapísima… —Entonces veo que tiene la cara pálida—. ¿Te encuentras bien, cariño?

—Sí, ¿por qué?

—Estás algo pálida.

—Aurora ha tenido cólicos toda la noche, no me ha dejado pegar ojo; ¡has tenido suerte! ¿Qué tal en España?

—Estupendamente. Hemos firmado un contrato excelente por tres años. Ahora me daré una ducha y me iré a la oficina, hoy es un día muy importante. Nos jugamos la posibilidad de producir otra nueva serie para el año que viene.

—¿Esa que me dejaste leer, «En el fondo de mi corazón»? ¿La historia de dos enamorados de dos familias que se odian?

—Sí, un Romeo y Julieta moderno. No es nada nuevo, pero todo lo que sucede hace que sea apasionante, hay muchos cambios.

—Sí, ya te lo dije, me gustó muchísimo. Pues vamos a cruzar los dedos.

Voy al baño y me desnudo. Entonces me fijo en que hay varios frascos sobre la repisa del lavabo.

Voy a coger uno, pero entra Gin.

—¿Qué son?

—Nada, unas vitaminas. Me ha salido el hierro muy bajo, tengo que recuperarlo, será por eso que me ves un poco pálida.

—Dime si quieres que haga algo.

—No, cariño, no te preocupes. Has vuelto, eso es lo importante. A lo mejor esta noche, si todavía estoy muy débil, podrías darle tú alguna toma.

—Pues claro, me pondré el despertador, no hay problema, luego me lo explicas todo bien.

Y me meto bajo la ducha.

Cuando llego a la oficina, hay un montón de gente esperando fuera, en la puerta.

—Buenos días.

—Hola, buenos días.

Todos saludan diciendo algo mientras yo intento abrirme paso.

—Disculpad…

—Pase.

Al final logro entrar y me encuentro enseguida a Alice.

—Buenos días, ¿cómo estás?

—Estupendamente. Estamos organizando a los concursantes para los tres primeros programas de «Quién quiere a quién».

—Ah, claro, grabamos mañana y pasado, ¿no es así?

—Exacto. Hay un poco de lío por eso.

—No te preocupes. ¿Y Renzi?

—No está, ha ido a la reunión con dirección, pero antes me ha dicho que tenía una cita. Ha venido esta mañana, pero se ha ido enseguida, no ha especificado cuándo volverá.

—Está bien, voy a mi despacho.

Me encierro dentro, abro el correo, encuentro el contrato con Tele Tres y lo imprimo. A continuación, me siento en el sofá a leerlo. De vez en cuando hago

alguna anotación o pongo un interrogante en aquello que no me queda claro. Cuando termino, vuelvo a mi mesa y llamo al abogado.

—Buenos días, bufete Martelli; ¿con quién hablo?

—Quería hablar con el señor Ugo Tobazzi. Soy Stefano Mancini, gracias.

Espero unos segundos en línea, a continuación, me responde.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Cómo ha ido en España?

—Bien, gracias, precisamente por eso te llamaba.

Nos ponemos a charlar un rato sobre cómo están yendo las cosas.

—Me parece perfecto. Cuando puedas, pásate por aquí para firmar el contrato y mándame el nuevo con tus apuntes, así le echo un vistazo.

Cuelgo el teléfono y sigo mirando unos cuantos correos. Hemos recibido peticiones incluso de Holanda, Grecia y Alemania. Leo las ofertas que hacen y los años por los que quieren comprometerse con nosotros. Tenemos unos programas estupendos. Renzi ha sido muy hábil, y el Empanada, un estúpido presuntuoso por dejarlo escapar. Abro la carpeta que Alice me ha dejado sobre la mesa: hay varios formatos nuevos, algunos ya hechos en el extranjero y de los que se puede pedir una opción de compra para Italia; otros son proyectos inventados por jóvenes autores que todavía hay que desarrollar. Quién sabe si entre ellos hay otro Simone Civinini. Y Renzi tenía razón: le han hecho un contrato solo para quitárselo a la Rete, por ahora no ha salido su nombre en la nueva parrilla de Medinews. No aparecerá en televisión por lo menos durante todo el próximo otoño.

Quiero ver cuánto dura su historia de amor con Giovanna Segnato lejos de la televisión. Sigo leyendo nuevos proyectos, alguno es bueno, algún otro es demasiado rebuscado. Dos o tres pueden tenerse en cuenta y realizar un episodio piloto.

Cuando acabo de leer, me doy cuenta de que son las siete. Me levanto y abro la puerta. Ya no queda ninguno de todos esos concursantes.

—¿Alice?

—Sí, estoy aquí; ¿necesita algo?

—Nada, gracias. ¿Habéis terminado con la selección?

—Sí, ya está, los han fichado a todos. Hemos cubierto los cinco primeros programas.

—Perfecto. Y ¿de Renzi no se sabe nada?

—No, he intentado llamarlo, pero tiene el teléfono apagado. Si no me necesita, me iré a casa.

—Ya puedes irte, gracias, nos vemos el lunes.

—Buenas noches.

De modo que me quedo solo en la oficina. Me abro una cerveza y me pongo a ver un rato la televisión. Sigo distraídamente las noticias del telediario cuando oigo llegar un mensaje al móvil. Me levanto, lo cojo de la mesa y lo abro. Es de Achille Pani:

> Lamento muchísimo que no hayáis entrado en el concurso por no haber presentado los costes. En el fondo de nuestro corazón, era el favorito. Un saludo y hasta pronto.

Me quedo sin palabras. Agarro el móvil y llamo enseguida a Renzi. Nada, todavía está apagado.

Lo tiro sobre la mesa. Estará con esa inútil jovencita. Cómo no. No me puedo creer que hayamos perdido la posibilidad de producir una nueva serie por culpa suya, por no haber presentado todos los documentos necesarios a tiempo. Me termino la cerveza y abro otra. Voy a su despacho, veo que se ha dejado la cartera abierta y también las llaves. Tiene que venir aquí necesariamente. Bien, lo esperaré. Camino arriba y abajo por la oficina, en silencio, paseo pensando en cómo puede habérsele olvidado algo así, no logro hacerme a la idea. Dije que me alegraría de que cometiera un error que lo hiciera más humano, pero no una burrada como esta, que lo convierte en «subhumano». Entonces, de repente, oigo que alguien marca el código y el ruido de la cerradura al saltar. Voy al pasillo, es él.

Entra jadeante, va despeinado, parece bastante hundido. Quién sabe lo que habrá hecho con aquella.

Me ciega la rabia.

—¿Cómo puedes haber cometido una gilipollez así? Explícamelo, ¡dime qué tenías que hacer que fuera tan importante y tan urgente como para olvidar que debías enviar el plan de producción completo! Esa chiquilla te ha vuelto gilipollas. Si al menos valiera la pena…

Renzi se vuelve y me mira muy mal.

—Te estás pasando.

Me pregunto qué sucederá ahora. Pero a él no parece importarle en absoluto.

—Sobre todo, porque te estás equivocando.

—No lo creo. Dijiste que te ocuparías de todo. Tenías que enviar la

documentación con los costes hoy, y gracias a ti hemos quedado fuera del concurso.

—En efecto, así ha sido. Mira, no quería decirte nada, pero en vista de que me estás tratando de este modo, no me queda otra alternativa. —Deja una carpeta sobre la mesa delante de mí.

—¿Qué es esto?

—La razón por la que hemos tenido que retirarnos.

No logro entender de qué está hablando, de modo que la abro. Y me quedo con la boca abierta.

Hay fotos, muy diversas, muy explícitas, muy apasionadas entre Babi y yo. Instantes de nuestra vida durante esos meses, por la calle, en el portal, y, por si fuera poco, ese sucio objetivo ha conseguido incluso introducirse en la intimidad de nuestra terraza. Momentos robados que ahora han perdido esa delicada belleza, ese amor que recuerdo con nostalgia. Solo parecen uno de tantos, sucios, fugaces coitos. Renzi me mira incómodo.

—Lo siento. He tenido que retirar nuestro proyecto para la serie para quitar todo esto de en medio. Habría llegado a algún periódico y, sobre todo, a tu casa. También me ha dado esto.

Saca de una bolsa una botella de champán rosado sin etiqueta, ligeramente estropeada. Parece un regalo reciclado de una hipotética Navidad y lleva una tarjeta: «¡Celebradlo conmigo! Gennaro Ottavi». Es una tarjeta de visita con el nombre de su empresa y la dirección. No digo nada. Me quedo callado; a continuación, cojo la cazadora del perchero.

—Stefano, no sirve de nada, ahora ya está. Hemos perdido el trabajo. Cualquier cosa conllevaría un perjuicio. Ha querido vengarse y lo ha hecho de la peor manera.

—Será el primero en lamentar haber tenido estas fotos en sus manos.

CIENTO TREINTA Y DOS

Voy en la moto, conduzco como un loco, paso entre los coches como si fueran puertas de esquí, derecha, izquierda, otra vez a la derecha y luego giro a la izquierda. Acelero cada vez más antes de que el semáforo cambie de ámbar a rojo. Miro el cuentakilómetros: 80, 100, 120. Estoy en la recta de la orilla del Tíber. 130, 140. He visto la dirección, viale Trastevere, 100, no es difícil. Lo esperaré en el portal. En cuanto lo vea salir, primero «dormiré» a esa especie de guardaespaldas que lleva detrás y luego «charlaré» un rato con él. Nunca más va a tener ganas de reírse. Reduzco las marchas.

130, 120, 100. Estoy a punto de entrar en la curva que va de la orilla del Tíber hacia la Aurelia. Una señora que me parece mayor gira de repente, se ha asustado por algo, otro coche instintivamente da un bandazo a la derecha para esquivarla, otro hace lo mismo. Y, delante de mí, de repente, aparece una pared de coches. No puedo esquivarlos. Reduzco, freno, derrapo, pliego toda la moto para encontrar de forma desesperada un espacio por el que pasar, pero es demasiado tarde. Estoy llegando a ese muro de chapa a mucha velocidad, de modo que suelto la moto y me dejo caer. Luego, oscuridad.

Gin está cambiando a Aurora, le habla divertida, como si de hecho pudiera entenderla.

—Pero ¿cuánta caquita haces? No me lo estarás haciendo aposta… ¡Desde esta mañana que no hago otra cosa más que cambiarte! ¡Quieres mantenerme entrenada, ¿eh?!

Entonces suena el teléfono que ha dejado sobre la cama y, sin mirar la pantalla, responde.

—¿Diga?

—Gin, soy Giorgio Renzi. Perdona, pero tenía que llamarte. Step está en el hospital Santo Spirito. Ha chocado con la moto.

—Dios mío, ¿cómo ha sido? ¿Cómo está? ¿Qué ha pasado?

—No sé nada. A mí también acaban de avisarme, me dirijo al hospital.

—Nos vemos allí.

Gin termina de vestir rápidamente a Aurora y llama enseguida a casa de sus padres.

—¿Mamá, eres tú?

—Sí, soy yo, ¿qué ocurre?

Francesca reconoce de inmediato la voz sofocada de su hija.

—Step ha tenido un accidente, voy al hospital, te llevaré a Aurora.

—Sí, claro. Pero ¿cómo está Step?

—No sé nada. Ya voy.

—Está bien, pero no corras.

Giorgio Renzi coge todas las fotos, vuelve a guardarlas en la carpeta y las mete en la caja fuerte de su despacho. No debería habérselo dicho. Debería haber aceptado su enfado y todas esas palabras, fueran las que fuesen. Debería haber parecido un error suyo, a causa de la distracción del momento, de su arrolladora historia de amor con Dania Valenti, tal como pensaba Stefano. Pero no ha podido.

En esta ocasión, ha sido débil. Aunque habría resultado difícil hacerle creer que estaba tan distraído.

Si Stefano hubiera aceptado esa versión, se habría producido una fractura entre ellos. Renzi ha salido corriendo tras él, intentando detenerlo, pero no lo ha conseguido, lo ha perdido. Tenía el coche, podría haberlo alcanzado y haberlo detenido. Pero ha vuelto a la oficina y ha recibido esa llamada del hospital. No han querido decirle nada, solo «Está aquí».

Gin llega corriendo a urgencias, recorre el pasillo y encuentra a Renzi, que la está esperando.

—¿Cómo está?

—Ha sido un accidente feo, se ha roto el brazo y, por desgracia, se ha dado

un fuerte golpe en la cabeza. Está en observación. Tiene un hematoma, pero en la parte superior, la menos peligrosa.

Dicen que no saben lo grave que es, todavía no están seguros. Ya sabes cómo son los médicos, nunca se mojan.

—Pero ¿cómo ha ocurrido?

—No lo sé, tenía una cita de trabajo; por desgracia, llegábamos tarde y ha decidido ir en la moto.

Pero los detalles del accidente los desconozco. Está aquí, en reanimación, tal vez podamos verlo.

Hablan un rato con enfermeros y un médico y, al final, consiguen entrar. Step está en una cama con varios monitores al lado y lleva un gotero, el brazo izquierdo está inmovilizado, le han puesto puntos encima de la ceja derecha y tiene un derrame grande en la izquierda, además de un chichón.

No parece tan preocupante como se temían. Renzi le sonríe a Gin.

—No ha quedado muy mal.

—Alguna vez, cuando se divertía boxeando, lo vi peor…

—Es de complexión fuerte. Ya verás como se recuperará bien.

—Esperemos…

—¿Quieres ir a casa?

—No, me quedaré aquí, podríamos hacer turnos. He dejado a Aurora con mi madre, estoy tranquila.

—Pues voy a comer algo y luego vuelvo.

—Gracias.

—¿Quieres que avise a la familia?

—Esperemos, es inútil preocuparlos.

—Le han dado un calmante. Pero han dicho que es flojo, podría despertarse de un momento a otro. ¿Tienes mi número?

—Sí.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame.

—De acuerdo. Gracias.

Renzi se va. Gin se sitúa al otro lado de la cama, acerca una silla y se sienta a su lado. Luego le coge la mano y la sostiene en la suya. «No me lo puedo creer, precisamente ahora que estoy tan débil, precisamente ahora que te necesitamos, sobre todo Aurora, ni se te ocurra». A continuación agarra el móvil y llama a su madre, que le contesta enseguida.

—¿Cómo va?

—Bien, no me parece tan grave. Está descansando; se ha roto un brazo, el único problema serio es que se ha golpeado en la cabeza, y sobre eso todavía no se puede saber nada, pero lo mantienen controlado. ¿Cómo está Aurora?

—Muy bien, está durmiendo tranquilamente. La hemos puesto en tu cama, rodeada de almohadas; está segura.

—¿Le has dado la leche en polvo disuelta en el agua que te he llevado?

—Sí, Gin, lo he hecho todo tal como me has dicho. Han pasado muchos años, pero todavía me acuerdo de algo. Dentro de unas cuatro horas, en cuanto se despierte, volveré a hacer lo mismo.

—Gracias, mamá, si hay cualquier cosa, llámame.

—Sí, no te preocupes, quédate tranquila, y mantenme informada.

Gin cuelga el teléfono, lo pone en vibración y se relaja un poco. Le entran ganas de llorar, está tan cansada… El tratamiento que está haciendo la debilita y ahora solo faltaba este accidente.

Necesitaría tener fuerzas, sentirse guapa y no sufrir náuseas todo el tiempo. «He conseguido evitarlas durante el embarazo y me vienen ahora. —Se le escapa una sonrisa—. El doctor ha dicho que tengo que pensar en positivo: se me pasará, Step se pondrá bien y todo volverá a ser como antes, es más, mejor que antes». Y, con este último pensamiento, sujetando su mano, cansada como nunca ha estado, se queda dormida.

Tiene sueños intranquilos. Está en una playa, hace calor, pero no hay ninguna sombra, ni siquiera un parasol y, aunque parezca increíble, no es posible bañarse en el mar. Ni siquiera es posible acercarse, hay unas vallas. Le gustaría tener agua, refrescarse o al menos protegerse del sol, pero no puede ser. Algo más allá de donde está, en una cuna desguarnecida, sin una sábana siquiera, está Aurora. Entonces se le acerca, se pone delante del sol, haciendo de escudo con su cuerpo; intenta darle un poco de sombra, pero hace calor, siente que va a desmayarse, no sabe cuánto podrá aguantar.

Luego, de repente, oye un ruido y se despierta. Se le ha resbalado la mano, ha dejado caer la de Step y ha chocado contra la silla. A continuación, se levanta de golpe, preocupada por lo que puede haber ocurrido. Sin embargo, se vuelve loca de felicidad, ve que él abre lentamente los ojos, mira a su alrededor hasta que la encuentra, y luego sonríe.

—Bueno, no hagas bromas, ni lo intentes. Eres padre, no te lo puedes permitir, ¿entendido? —Y le acaricia la mano son suavidad, mientras algunas lágrimas resbalan silenciosas—. Te quiero tanto…

No vuelvas a darme un susto como este.

Step cierra los ojos, sintiéndose más culpable que nunca. «Debo dejar a un lado toda esta historia. Gin tiene razón, soy padre, ya no puedo permitirme nada de esto».

CIENTO TREINTA Y TRES

Gin espera la llegada de Renzi para dejar el hospital. Los médicos la han tranquilizado. El hematoma se ha reabsorbido en parte, sufrirá mucho dolor, pero ningún daño permanente. Tendrá alguna dificultad a la hora de moverse durante los próximos días y necesitará un largo período de reposo para volver a estar en forma. Gin sube al coche con una sonrisa. «Menos mal, una complicación de este tipo me habría hundido en un momento como este. —Conduce hacia casa—. Estoy cansada, agotada, son las seis de la madrugada, no es cuestión de despertar a mamá. Además, si ha seguido la pauta como espero, estará durmiendo. Iré a casa, me daré una ducha y dormiré un buen rato; cuando me despierte iré a recoger a Aurora». Pero cuando llega al portal se da cuenta de una cosa. Busca desesperadamente en los bolsillos de la chaqueta, en el bolso, en el asiento de al lado, detrás, pero nada, no están. Ha cogido la documentación, pero no las llaves. «No vale la pena volver al hospital, Step no llevaba nada consigo. De modo que lo mejor es que vaya a su oficina, allí tenemos un duplicado de las llaves».

Gin baja del coche. Es fácil encontrar aparcamiento a esa hora de la madrugada, no hay nadie por la calle. Saluda al portero, que está barriendo la acera de delante del portal abierto. Sube hasta la segunda planta y marca el código en el teclado. A continuación, entra en la oficina y va al despacho de Step. Se acerca a la caja fuerte y teclea la combinación. «Es la misma que tenemos en la caja fuerte de casa, nuestras fechas de cumpleaños, primero la mía y luego la suya». Se oye un chasquido y la caja fuerte se abre. Gin empieza a buscar el juego de llaves y por fin lo encuentra. Lo coge, pero cuando se dispone a cerrar la caja fuerte de nuevo, se fija en que no son las de casa. Hay una mucho más larga y otra para una puerta blindada. Mira con curiosidad el llavero, solo la

letra «S».

Entonces, debe de haber otro. Saca todos los documentos para ver si han ido a parar al fondo. Los deja en el suelo y al fin encuentra el juego de llaves de casa. Pero cuando se dispone a volver a guardar los documentos, se fija en un título: «Contrato de alquiler». Sigue leyendo. Entre Stefano Mancini y una tal Mariolina Cannetti de un ático en via Borgo Pio, 14. Gin continúa leyendo sorprendida y perpleja. «¿Un apartamento de alquiler? ¿Y no me ha dicho nada?». Hace algunas fotos al contrato con el móvil, luego lo guarda todo en la caja fuerte y sale con los dos juegos de llaves.

La ciudad poco a poco se va despertando, hay pocos coches circulando, algunas personas esperan soñolientas en las paradas del autobús. Gin conduce despacio, aunque su corazón está revolucionado. «¿Por qué tiene un contrato de alquiler?». Busca con desesperación algo que pueda tener que ver con ella, algo bonito. Y de repente sonríe. «Podría haber decidido que nos cambiáramos de casa, sabe cuánto me gusta esa zona… Y, además, un ático, quizá más grande y luminoso». Acelera un poco porque ya no cabe en su pellejo de tanta curiosidad. Cuando llega a la via del Mascherino, aparca y baja del coche. Empieza a caminar por Borgo Pio buscando el número.

Entonces la asalta una duda. Va a la galería de imágenes, busca las fotos que ha sacado, las abre y comprueba la fecha del contrato. «Hace seis meses que alquiló este sitio. ¿Por qué todavía no me ha hablado de ello? ¿Por qué no me ha dicho nada?». Y al final se abre en su mente una pequeña rendija, algo que le permita creer que esa casa es para ellos tres, para Aurora, para Step y para ella: «Quizá esté haciendo obras, la esté reformando y tal vez no hayan terminado hasta ahora, y quiere darnos una sorpresa». Y, de este modo, con esa esperanza optimista, llega delante del número 14. Encuentra la llave y abre el portal. Vuelve a cerrarlo. La gran puerta retumba en el silencio del edificio y ese eco la acompaña durante un momento. El vestíbulo es fresco gracias a las gruesas paredes. Una escalera de mármol sube al lado de un ascensor de hierro. Gin pulsa el botón y poco después el ascensor llega a la planta baja. Abre la puerta, seguidamente las dos portezuelas de cristal y, una vez que las ha cerrado todas, pulsa el número cinco. Cuando llega al último piso, sale del ascensor y vuelve a cerrarlo con delicadeza. Solo hay una puerta delante de ella, no puede equivocarse. De modo que mete la llave más larga en la cerradura e intenta girarla insegura. Oye el ruido que hace al abrirse, es esa. Entonces Gin abre despacio la puerta, casi temerosa de descubrir no sabe qué. «Tal vez viva alguien

aquí, quizá piensen que soy una ladrona y me disparen. “Muere mientras intentaba desvalijar un ático en Borgo Pio, 14”». Sonríe, pero, ante la duda, decide evitar ese artículo.

—¿Hay alguien?

Levanta un poco más la voz.

—¿Hay alguien aquí?

A continuación, al no recibir respuesta, entra y cierra con suavidad a su espalda. Enciende la luz.

El apartamento es bonito, está del todo decorado; ahí vive alguien, hay libros, lámparas, alfombras, sofás, un televisor de plasma, un marco con una foto dentro. Entonces, curiosa, se acerca para ver mejor quién es esa pareja. Y, cuando la contempla, está a punto de desmayarse. Step y Babi sentados en un muro, sonriendo. «Es una foto de hace muchos años, claro, pero ¿qué hace una foto así en esta casa? ¿Quién la ha puesto? ¿Qué significa todo esto?». Y, transportada por una repentina ansiedad, continúa su búsqueda. Frenéticamente, abre armarios, cajones, revisa el baño, pero no encuentra nada que pueda indicarle algo, un tiempo, una acción, que arroje alguna luz a ese extraño misterio.

Luego llega hasta la última habitación. Abre la puerta. Hay una cama hecha, sábanas de seda oscura y, en la librería, solo dos álbumes de fotografías. Los coge, los deja sobre la cama y abre el primero.

Aparecen las fotos de un niño, un guapo niño que crece año a año, y, debajo de cada una, un texto que indica lo que ocurre en cada momento: «Massimo cumple un año», «Massimo celebrándolo en el colegio con los amigos», «Aquí estamos en los caballitos», «Este es su primer partido de fútbol».

Gin pasa rápidamente las hojas del álbum. Solo hay indicaciones de los momentos más variados de la vida de ese niño, no dice nada más, nada, hasta la última foto. Hay muchísima gente y el niño está en el centro de la imagen. «Su primera vez en el escenario, ¡solo faltabas tú!». A Gin le da vueltas la cabeza. «¿Qué significa esa frase? Tú, ¿y por qué “tú”?». Así que, casi sabiendo que ahí descubrirá la verdad, coge el segundo álbum, se lo acerca y lo abre. Una tras otra, aparecen las fotos de ahora.

Step y Babi en varios momentos, en esa casa, en la cocina, sentados en el sofá, una serie de autoimágenes más o menos robadas de su vida juntos durante esos meses. Gin tiene lágrimas en los ojos, pero no deja de hojearlo y, a medida que avanza, página tras página, continúa llorando cada vez más, hasta morir de

dolor al verlos juntos en la cama.

«¿Cómo es posible? Tú eres el padre de mi hija. Eres el padre de Aurora, eres mi marido. No has muerto antes en ese accidente, pero has muerto ahora. ¿Por qué me has hecho todo esto? ¿Por qué has querido castigarme así?». Y sigue pasando las últimas páginas del álbum, sollozando, cegada por las lágrimas y el dolor. Hasta esa última página con la foto de ellos tres juntos: Babi, Step y ese niño.

Y esa frase escrita debajo: «Recuerda que tu hijo y yo te amaremos siempre. Aunque no estemos contigo, estarás cada día en nuestros corazones».

«¿"Tu hijo"? ¿Ese niño es hijo de Step?». Gin no puede más. Tiene la sensación de estar a punto de desmayarse, le da vueltas la cabeza, nota que le sube la bilis del estómago. Corre al baño, levanta la tapa, se dobla sobre el inodoro y vomita gritando.

CIENTO TREINTA Y CUATRO

Han pasado varios días. He vuelto a casa, todavía estoy dolorido, pero en realidad quien está peor en todos los aspectos es Gin.

—¿Necesitas algo? Voy a salir.

—No, gracias.

—¿Va todo bien?

—¿Por qué?

—Te veo rara.

—Solo estoy un poco cansada. Este accidente que has tenido me ha estresado terriblemente.

—No fue mi intención. Intenté evitarlo por todos los medios.

Me echo a reír, tratando de contagiarla de alguna manera, pero no lo consigo.

—Échale un vistazo a Aurora de vez en cuando. Aunque esté Mara, prefiero que lo hagas tú.

—Sí, claro.

Entonces se acerca, me da un beso ligero, como si no quisiera entretenerse demasiado, y justo después sale corriendo. Me alegro de haber tomado esta decisión. A pesar de que echo muchísimo de menos a Babi. No hay un instante en el que no piense en ella. La veo cada vez que cierro los ojos, cuando me relajo, cuando estoy a punto de dormirme, es como si ella, casi por derecho propio, ocupara mi mente. No he vuelto a acercarme a Gin, no soy capaz, me parecería que estoy engañando a Babi, pero sé que no podré seguir comportándome así. Tengo que conseguir olvidarla, pensaba que lo había logrado, pero es como si esta temporada que hemos pasado juntos me hubiera hecho entender, y aceptar para siempre, que eso no sucederá nunca.

—Tú ya eres mío —me dijo una vez—. Nunca te lo he dicho, pero soy una

bruja.

—¿En serio?

—Sí, te he tenido tres veces y ahora ya no te librarás de mí. Tres veces mío.

—Embrujado por Babi…

Y ahora, más que nunca, está conmigo. En mis silencios, en mis sueños, en mis sonrisas, en mi dolor por haber vuelto a perderla. Gin es estupenda, es perfecta, es dulce, es bella, es tierna, es mi esposa, es la madre de Aurora, es atenta, es inteligente, divertida. Pero… Existe un *pero*. Pero no es ella. Pero ya basta. No hay más que decir, no hay que darle más vueltas. Basta. Sería bonito que pudiéramos enamorarnos según nuestra voluntad, sería feliz con Gin, sería todo perfecto, pero no es ella. Y todo eso me destroza, frustra la decisión que he tomado; ¿por qué me siento tan impotente ante este amor?

Gin está sola, sentada en la sala de espera, cuando llega la enfermera.

—Pase, el doctor la está esperando.

De modo que la sigue por el pasillo hasta que se detiene delante de una puerta. La enfermera la abre y Gin entra en la consulta del doctor Dario Milani, que se levanta de inmediato al verla.

—Por favor, siéntese. —Entonces se da cuenta de que no hay nadie con ella —. ¿Es que ha venido sola?

—Sí.

El doctor está ligeramente afligido, si bien no lo deja entrever. Coge los resultados de los análisis, pero vuelve a dejarlos enseguida sobre la mesa. Sabe muy bien cuál es la situación.

—Deberíamos haber empezado el tratamiento mucho antes.

Gin permanece en silencio. «¿Por qué me repite esa información?».

Sin embargo, decide ser amable:

—Lo sé. Tomé una decisión.

—Comenzamos en un estadio dos y ahora estamos en el tres. Por mucho que le parezca que está llevando a la perfección los ciclos, no están dando resultado.

—Pero yo lo noto.

«Y no sabe cómo, doctor —le gustaría añadir—. Tengo un dolor que me está devastando, y no se trata del mal del que usted habla».

—No debe llevar todo este peso usted sola. Sé que está casada; ¿ha hablado con su marido?

—No.

—Pues hable con una amiga, con su madre, con un familiar, con alguien que pueda estar a su lado en este momento. No es bueno que se lo quede todo dentro; sé que tiene una hija preciosa, me lo dijo mi colega. Pero no puede estar sola. Debe buscar la tranquilidad para enfrentarse a esta situación con una correcta disposición de ánimo y de mente, con la misma serenidad con la que usted mira a…

¿Cómo se llama su hija?

—Aurora.

—Pues eso. Tenemos que hacer un milagro precisamente por Aurora.

Gin está sentada en la terraza del bar Due Pini, a una pequeña mesa. Ha tenido suerte, ha salido el sol. Lo mira casi con envidia y un sentimiento de total resignación la invade de repente. «¿Hasta cuándo podré sentir su calidez? Y lo que más me apena es que no oiré a Aurora pronunciar sus primeras palabras». Está a punto de llorar, pero es como si en su interior encontrara las fuerzas para frenar esas lágrimas, para recobrar el equilibrio. «No puedes tirar la toalla justo ahora, Gin, estás a la mitad del camino, todavía no está todo dicho; estás aquí, en la tierra, lúcida, consciente, fuerte, más o menos, pero, aun así, como eras antes. Solo se te ha caído algún cabello, pero nadie parece haberse dado cuenta». Entonces la ve llegar. Ele sonríe y la saluda desde lejos. Cierra el coche y se acerca con su acostumbrado paso increíblemente rápido. La besa y se deja caer en la silla que está frente a Gin.

—¡Oh, por fin! ¡Empezaba a pensar que había sido dama de honor de un fantasma! Ostras, las dos llevamos toda la semana persiguiéndonos.

—Tienes razón, perdóname. No he estado muy centrada. He tenido un problema.

—¿Qué problema?

—Step.

—¿Es que te has vuelto tonta? Ya me lo dijiste, tuvo un accidente, pero está bien, ¿no?

—Sí, se está recuperando. Soy yo la que está como si le hubiera pasado un tren por encima. He descubierto que ha alquilado un ático en Borgo Pio con Babi.

—¿Cómo? —Ele abre unos ojos como platos—. Pero a lo mejor te

equivocas; ¿cómo lo sabes?

Y entonces Gin le explica cómo lo descubrió todo.

—Bueno, como ves, no deja espacio a ningún tipo de error. Por desgracia, no puedo haberme equivocado, aunque me gustaría muchísimo.

Ele también está destrozada, y sacude la cabeza francamente apenada.

—Ostras. No es justo, de verdad que lo siento.

—Pues imagínate yo, estoy hecha pedazos.

—Bueno, pero también me has dicho que encontraste ese álbum en el que se entiende que entre ellos todo ha terminado, que han roto.

—Ya lo sé, pero nunca me ha dicho nada. Tiene un hijo con otra… ¿y no me dice nada? Ha vuelto a verla cuando me había jurado que nunca más lo haría. Y no es que la haya visto una vez para ir a tomar un café… ¡Ha alquilado un ático! ¡Más que un café, eso es como si el muy idiota se hubiera bebido toda la producción colombiana!

Ele se echa a reír.

—¡Gin, estás loca! ¡Qué cosas se te ocurren! ¿Estás viviendo un drama y tú haces bromas?

—¡Es la vida, que me parece que no me ha tomado en serio, si no, no me habría hecho esta jugarreta! Venga ya, él se pega un leñazo y, mientras yo estoy desesperada pensando que podría haberse hecho no sé qué daño, descubro todo esto… No es justo.

—Pero ¿tú lo amas?

—Muchísimo, pero lo odio. Me gustaría darle una paliza.

—¡Aprovecha ahora que tiene el brazo roto!

—Pues mira, en serio que lo haría…

—¿Qué nos tomamos?

Optan por dos cafés y siguen hablando.

—Y ¿no te ha insinuado nunca nada?

—No.

—Oye, ¿puedo decirte algo? Si tanto lo quieres y él la ha dejado…

—Sí, pero no sé por qué han terminado, quién lo ha decidido, no sé nada.

—Está bien, pero él o ella, qué más da, lo importante es que se ha terminado, ¿no?

—Sí, claro.

—Bueno, pues déjalo correr, sigue adelante, tenéis una hija preciosa, quizá no vuelva a ocurrir nunca más ni con ninguna otra. Esa era su única debilidad, tú

siempre lo has sabido, ¿no?

—Sí, pero me lo había jurado.

—Piensa en Aurora, haz que él vea que no se ha equivocado, que ha tomado la decisión acertada, que tú eres mucho mejor que ella…

—¡Es que yo soy mucho mejor que ella!

—Pues recuérdaselo. No hagas que cargue con este error. No pienses más en ella y piensa, en cambio, en todo el tiempo que podréis pasar juntos, tú y él, solo vosotros dos y Aurora…

—Bueno, con eso también hay un problema…

—¿Otro?

—Por desgracia, sí. No sé si tendré tanto tiempo.

Ele la mira descolocada, no sabe a qué se refiere.

—Acabo de salir de la consulta del oncólogo. Tengo un tumor.

A Ele le gustaría ser fuerte, pero no es capaz y empieza a llorar. La mira y llora en silencio, sin poder decir nada, ni una palabra. Al final, cuando se recobra un poco, solo consigue decir:

—Perdóname…

—No pasa nada. —Gin le sonríe—. Resulta que me ha pedido que hablara de ello con alguien, que escogiera a una persona entre las que más aprecio para no cargar con este peso yo sola, y te he elegido a ti. Aunque me parece que no he acertado con la elección.

Y Ele se echa a reír, llora y ríe a la vez. Coge un pañuelo de papel, que en realidad es una servilleta, y se suena la nariz.

—Uff, qué lata, no debería haber llorado, ostras, soy un desastre. Y yo que había venido a darte una buena noticia: Marcantonio me ha pedido que me case con él, y tú, como siempre, me estropeas la escena.

Esta vez es Gin quien se ríe.

—Qué bien, estoy supercontenta. Espero estar yo también ese día.

—Venga, no digas eso, que harás que se me terminen todas las lágrimas. Quizá no sea algo tan grave, ¿no?

—Bueno, no lo sé, pero creo que sí. Me ha preguntado si creo en los milagros.

CIENTO TREINTA Y CINCO

Estoy en el salón leyendo algunos correos en mi MacBook Air. Estoy mucho mejor. Renzi me ha dicho que he tenido mucha suerte, tanto por el accidente como por lo que podría haber pasado si hubiera encontrado al Empanada, en vista de la rabia que llevaba en el cuerpo.

—Ha sido mejor así. El Empanada nunca más hará algo parecido, se ha vengado principalmente porque fuimos nosotros quienes empezamos este juego, mejor dicho, yo. Sí, de alguna manera, la culpa es mía.

Le sonrío.

—Gracias, Giorgio.

Pero con eso no tengo suficiente. Sé cómo soy y no tomo parte en esa partida. No deberían haber hecho nunca esas fotos. Es cierto, estaba a punto de cometer un error, no volverá a suceder, pero tampoco tengo prisa.

Oigo que se abre la puerta.

—Cariño, ¿eres tú?

—No, soy un ladrón.

—Es verdad, me has robado el corazón.

Se echa a reír y deja el bolso sobre la mesa. Es nuestra frase recurrente. Luego se acerca y me da un beso.

—¿Cómo se ha portado Aurora?

—Muy bien. Hemos estado jugando, se ha quedado fascinada con mis dedos. Se los movía así, a la altura de la cara, pero no demasiado cerca, y al final me ha cogido un dedo y lo ha apretado. Te lo juro, ha sido increíble.

—Te habías lavado las manos, ¿verdad?

—Claro.

Me quedo un poco serio; luego, por desgracia, se me escapa una sonrisita.

—Se ve clarísimo cuándo mientes. Ya te dije que te lavaras siempre las manos.

—¡Me las he lavado esta mañana y no he salido de aquí, por tanto, no era una mentira!

Veo que Gin se vuelve y, por un instante, su mirada parece endurecerse, está a punto de abrir la boca para decirme algo, pero es como si cambiara de idea, lo deja estar y al final sonríe.

—Sí, está bien, no te lo tendré en cuenta. Pero, si sales, que no se te olvide nunca.

—No, por supuesto, te lo prometo.

Veo que contrae los hombros y, sin decir nada más, desaparece en el dormitorio. Qué raro, pienso para mis adentros, pero en el fondo es normal; ha parido hace poco, todavía está tensa.

Mientras Gin empieza a desnudarse, piensa en esas palabras: «Te lo prometo». «¿Ah, sí? ¿Me lo prometes como el hijo que tienes y no me has dicho que tenías, o me lo prometes como me prometes que no la volverás a ver nunca más y coges un ático en alquiler donde estuviste follando hasta anteayer? No, no, dime, explícate, ¿qué clase de promesa es esta vez? Mejor que le haga caso a Ele, tengo que olvidarme de esta historia por el bien de Aurora y también por el mío. Me hace demasiado daño, y más ahora que estoy tan débil, es lo peor que podía pasarme. Debo pensar que no ha ocurrido, que no he descubierto nada, que nunca ha existido, que no es un gilipollas, a pesar de que lo sea, y mucho». Y se mete debajo de la ducha intentando calmarse.

No mucho más tarde, Gin sale de la habitación vestida y maquillada. Lleva un pantalón negro y una blusa blanca. Está muy elegante y especialmente guapa. Cuando la veo, me quedo sorprendido.

—Eh, no me he cambiado, no me acordaba de que salíamos, ni siquiera ha llegado la canguro.

—Digamos que la canguro ha llegado hace rato porque eres tú…

—Ah, ¿soy yo?

—Sí. Nunca cogería una canguro con la niña tan pequeña. Ya me fío poco de mi madre, que ha sido una excelente enfermera, o de Mara, que nos ayuda en

casa desde hace tiempo; imagínate de una desconocida que quién sabe lo que le daría o qué le haría en caso de que Aurora se pusiera a llorar.

—Total, que me parece entender que sales tú sola…

—Pues claro, aprovecharé tu época de *mamaíto* forzoso. Y, quizá no te acuerdes, pero ya te dije anteayer que el viernes tenía una cena con los del bufete.

—Es verdad, ahora me acuerdo. Está bien, soy un *mamaíto* a todos los efectos, ya lo sabía y no puedo echarme atrás. ¿Adónde vais a ir a cenar?

—Creo que a Duke's o a Chez Coco, delante del viale Parioli. Me dijeron que la otra vez también fueron allí, pero yo no asistí; estaba ocupada con Aurora en un *tête-à-tête* especial. ¡Ella comía muy cómoda en mi tripa y yo vomitaba! En cambio, ahora que ya ha salido el pequeño alien, es justo que vuelva a tener libertad y que tú te ocupes de ella durante al menos nueve meses, así la cosa quedará equilibrada… ¡Has estado demasiado libre últimamente y demasiada libertad es mala!

—Y ¿eso quién te lo ha dicho? ¿El director de *12 años de esclavitud*?

—No, la madre de la monja de Monza.

—¡Eh, muy bueno! ¿Quién te lo ha soplado?

—Ha sido una regresión personal al colegio. —Hace una inclinación y me da un beso; a continuación, me sonríe—. Si tienes algún problema con Aurora, llámame. Pero estoy segura de que serás el *mamaíto* perfecto… Si te entra hambre, te he dejado algo de comer sobre la mesa de la cocina; si quieres calentarlo mételo en el microondas, si no, también está bueno a temperatura ambiente.

—¿Y…?

—Y la cerveza helada está en la nevera, sácala tú cuando quieras.

—De acuerdo. —Me quedo sin palabras—. Me lees el pensamiento, eres perfecta.

Gin sonríe y cierra la puerta.

En realidad, cuando llama el ascensor está llena de rabia. «Pues claro, te leo tan bien el pensamiento que no me he dado cuenta de que había otra. Y soy tan perfecta que has buscado la imperfección en otro sitio, casi con seguridad porque da más gusto, o porque te aburría. Bueno, yo también quiero conocer la imperfección. Quiero ver si me hará sentir mejor ser imperfecta como vosotros».

Cuando llega a la via Tunisi y encuentra aparcamiento enseguida justo a pocos pasos del restaurante, casi le parece una buena señal. Baja el parasol y abre el espejito. Se examina el maquillaje, se toca con el dedo derecho los ángulos de los ojos, y justo entonces lo ve salir de Il Bar Sotto Il Mare. De modo que baja del coche, lo cierra y camina sonriendo hasta que él la ve.

—Hola… No me lo puedo creer; ¿sabes que estaba convencido de que no ibas a venir?

—¡Bueno, si hubiera pensado hacer algo así, como mínimo te habría avisado; no quiero perder el trabajo!

Nicola se echa a reír.

—He reservado dentro, es mejor, ¿no? —Y le sonríe ligeramente malicioso. Entonces, en cierto modo, intenta justificarse—: Es que esta noche sopla un poco de viento de vez en cuando.

—Sí, dentro me parece perfecto.

Nicola va hasta la mesa, aparta la silla para que Gin se siente y luego se acomoda él también.

—Aquí preparan un marisco crudo estupendo, ahora que por fin puedes comerlo.

—Tengo que controlarme… ¡Me parece que la gente piensa que todavía estoy embarazada!

—Qué tonta eres por decir eso. No has aumentado casi nada de peso y, tengo que decírtelo, eres la mamá más guapa que he conocido nunca.

—¡Porque solo conoces a chicas sin hijos! ¡Es fácil hacerme un cumplido así!

—No es verdad, resulta que conozco a un montón de mamás. Tengo treinta años y muchas de mis compañeras de escuela tienen hijos, y no hay ni una que pueda competir contigo.

Gin le sonríe, ha sido muy amable dedicándole ese cumplido.

—Gracias.

—Imagínate, te estoy diciendo la verdad, de lo contrario, habría ido a cenar con una de ellas.

—¡Ah, claro!

Eso ha sido un poco menos bonito, pero no se puede tener todo.

Piden un gran plato de marisco, fritura variada, media carbonara de pez espada para cada uno y un filete de atún con costra de semillas de sésamo. La cena es perfecta, la comida excelente, y la acompañan con un sauvignon blanc

helado.

—Este vino es muy bueno. —Gin se lo bebe con gusto y con gran placer mientras va picoteando algún chipirón frito.

Nicola sigue llenándole la copa.

—Es cierto, entra que es una maravilla.

Gin le sonríe.

—No sabes cómo me gusta poder beber y comer sin reparos.

—No, no lo sé. Pero sé lo bonito que es estar cenando contigo. Es mi sueño desde siempre. Y tú lo sabes.

Gin sonríe; sin embargo, lo curioso es que no se sonroja. Es como si se sintiera segura, firme en sus propósitos, embravecida en su deseo de ser felizmente imperfecta, de engañar, en vista de que está tan de moda.

—No creía que fueras a aceptar mi invitación.

—¿Por qué?

—En el bufete siempre eres simpática y amable, pero uno ya nota cuándo una mujer te deja un poco de espacio. Y tú no permites que haya ni el más mínimo resquicio.

De nuevo, Gin bebe un poco más de vino. Nicola la mira con intensidad. Es un chico guapo.

Tiene los ojos de un verde profundo, el cabello oscuro, rizado, y un buen físico. Es el ideal para ser «felizmente imperfecta».

—¿Puedo tomar un poco más?

—Disculpa, no me había dado cuenta de que tu copa estaba vacía. —Nicola la llena.

La botella casi se ha terminado, y él tampoco es que haya bebido mucho.

Le sonríe.

—Recuerdo que en una película decían que siempre hay un momento en el que una mujer, por un motivo u otro, puede ceder.

—Y ¿tú crees que ha llegado ese momento?

—No lo sé. Yo solo tenía ganas de pasar un rato contigo. Lo que tenga que ser será. Un «No» dicho por ti puede ser más bello que muchísimos e inútiles «Sí».

Gin no dice nada, bebe un poco más de vino. Ahora ha estado mejor. Y continúan con unos estupendos sorbetes, frutas del bosque con helado y un *amaro*. Y, por si fuera poco, Nicola le propone un último brindis.

—¿Quieres subir a mi casa a tomar algo? Vivo aquí cerca.

Y Gin acaba ligeramente borracha en una terraza del piazzale degli Eroi.

—Mira, también se ve la cúpula de San Pedro.

—Sí, es preciosa, está toda iluminada.

«¿Cuántas veces la habrán visto ellos desde ese ático de Borgo Pio? No quiero pensarlo. Estoy aquí justo por eso». Y, mientras está mirando los tejados de Roma, Nicola la coge del brazo, hace que se dé la vuelta hacia él y la besa en la boca. Al mismo tiempo, le agarra la mano y se la lleva hacia abajo para hacerle sentir lo mucho que la desea. Es un instante, esa boca en la suya, la mano conducida hacia abajo… Un poco más abajo… «No, no puedo». Gin se aparta con rapidez de él.

—Perdóname. Yo… Yo solo quería… No, perdona.

Y, sin decir nada más, entra en el salón, ase su bolso y se va.

Poco después, está en casa. Entra en silencio, cierra la puerta sin hacer ruido. Step se encuentra en la cama durmiendo. Aurora está a su lado, también ella tranquila. Gin va al baño y se desmaquilla.

Entonces golpea el lavabo con el puño. «Muchas mujeres, después de ser infieles, después de haberse ido a la cama con alguien, estarían enfadadas por lo que han hecho o al menos las asaltaría un sentimiento de culpa, aunque solo fuera para justificarse. En cambio, yo estoy llena de ira por no haber sido capaz de hacerlo».

CIENTO TREINTA Y SEIS

Gin se ha despertado hace aproximadamente una hora, que es lo que había previsto desde la última toma, y le acaba de dar el biberón a Aurora. La tiene en brazos y da suaves golpecitos en la espalda esperando a que expulse el aire, y el bebé por fin lo hace. Las veo dibujadas en la ventana del salón, por la que entran las primeras luces de la mañana.

—¿Qué tal fue la cena?

Se vuelve sorprendida y a continuación me sonríe.

—No tan bien como pensaba. Pero mejor así.

Pasa por delante de mí y va a dejar a Aurora en la cuna, luego va al baño, se lava las manos, se pone la bata y se dirige a la cocina.

—¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

Poco después, regresa al salón y me trae la taza.

—Te he echado leche de soja, pero muy poca.

—Has hecho bien. Gracias.

Doy un sorbo al café. Al otro lado de la ventana, el cielo poco a poco empieza a matizarse, abandona el añil y va adquiriendo tonalidades más claras. Ahora es de un azul pálido y no hay ni una nube.

—Hoy hará un bonito día.

Gin mira en mi dirección.

—Sí. Hará sol, esperemos que no se estropee.

—Anoche llamó la ayudante del abogado Guarini, quería hablar contigo para decirte que no enviaras un email. Dijo que no hacía falta porque han retirado la denuncia. Se disculpó por llamarte a casa, pero tenías el teléfono desconectado. No sabía nada de la cena.

—¿Se lo preguntaste?

La miro, me quedo en silencio durante unos instantes, y decido contestar.

—No.

—No es lo que piensas.

La detengo antes de que prosiga:

—No me digas nada. No quiero saberlo. No he sido lo que tú querías, me he equivocado y lo siento. Pero me gustaría volver a empezar.

—¿Estás seguro?

—Sí, creo que tienes que saberlo.

—Algo sé…

—Tal vez te lo imaginas, pero quiero que lo sepas todo, si no, nunca podremos volver a empezar de verdad. Siempre me sentiría falso a tu lado. Creo que es el único modo. Luego, si quieres, me iré, pero tienes que escucharme. He tenido una aventura con Babi. La he estado viendo durante varios meses. Alquilé un ático en el que nos veíamos casi a diario, pero cuando nació Aurora, me avergoncé de todo ello. Siempre he pensado que podía ocurrirme cualquier cosa en la vida, recibir cualquier agravio, sabía que lo resolvería, que no me detendría ante nada. Pero ahora no puedo tomarla con nadie, el problema soy yo, ya no me gusto.

Miro a Gin, no responde, veo las lágrimas resbalar por su cara, pero no puedo callarme.

—He descubierto que el hijo de Babi es hijo mío. Así es. Sobre esto último yo no he tenido noticia hasta este año; debería habértelo dicho, pero me enteré el mismo día en que me dijiste que esperabas a Aurora. Lo habría estropeado todo.

Gin sonríe.

—No te preocupes, lo has conseguido de todos modos.

Trato de sonreír, pero sé el daño que puedo haberle hecho.

—No sé qué me pasó, Gin, te lo había prometido, no quería volver a decepcionarte, no quería hacerte sufrir. Lo intenté, me esforcé al máximo, de verdad, pero las cosas fueron así.

Entonces se enfada.

—No me digas eso. —Se levanta del sofá y se me acerca, pone la mano derecha como si fuera un pico y me golpea en el pecho—. No me tomes el pelo. Tú eres el hombre de las mil flexiones, de la rabia y la determinación. Tú no sentías dolor si decidías llegar hasta el final. Tu voluntad siempre ha sido más fuerte que tu cabeza y que tu corazón. Podrías haberlo evitado, no estabas

borracho, no estabas drogado, sabías lo que estaba pasando. No me digas que las cosas fueron así. Tú hiciste que fueran así.

—Tienes razón.

—Para mí no es suficiente tener razón. Quería que tu primera opción fuera yo. En cambio, me siento como un plan B, una rueda de repuesto; haces que me sienta como si, al no poder tenerla a ella, te hayas quedado conmigo solo para intentar conformarte. Pero así nunca serás feliz.

—No, no es verdad, quiero serlo, y quiero serlo contigo.

—Es cierto, y además se lo prometiste a Él; debías vivir conmigo, cuidarme, en la riqueza y en la pobreza, en la alegría y en las penas, en lo bueno y en lo malo. En cambio, has tenido suficiente con verla para dejar a un lado todo eso.

—Te lo ruego, Gin, no hagas esto, por favor. Te lo acabo de decir, me he equivocado, sucedió, pero se ha terminado, fin. Empecemos desde hoy mismo. Por favor. Mira, mira qué bonito… —Y le señalo la ventana. Al otro lado, los rayos del sol atraviesan algunas nubes lejanas, parecen las puntas de una corona, hacen que ese cielo sea único, casi sagrado—. Por favor, cariño, perdóname, no echemos todo lo nuestro por la borda, te lo he contado. Creo que he hecho muchas cosas buenas por ti y solo una mal, siempre la misma, es cierto, pero solo una.

—Pero ¿a ti no te parece que nunca podrás superar esa historia? El amor que todavía sientes por ella…, no logras dejarlo atrás. Todo esto es algo que supera mi capacidad de comprensión…

La veo cansada, como derrotada; sacude la cabeza, baja un poco los hombros, pero todavía quiere decirme algo.

—Tal vez es lo que quieres, pero no lo consigues, y siempre será así. Nunca serás completamente mío. ¿Entiendes que es algo que yo no puedo aceptar?

Permanezco un instante en silencio.

—Habría querido ser mejor.

Entonces me pone la mano en la cara.

—Lo sé, pero no puedes ser mejor conmigo cuando tu corazón le pertenece a otra.

—No es así, Gin, por favor, no te obsesiones, piensa en Aurora. Tenemos toda la vida por delante.

—Pues no, por desgracia, también eso es un problema. Y, en vista de cómo han ido las cosas, no creo que se produzca ningún milagro.

CIENTO TREINTA Y SIETE

En un instante, parece que la vida me ha vuelto la espalda, como si nos hubiéramos peleado. Solo ahora entiendo que todas las veces que me había parecido cansada no era por la llegada de Aurora.

Los pelos en el baño…, el cepillo del que tan orgullosa estaba es ahora la demostración de una vida que se está apagando.

—¿Cómo te encuentras?

—A medias.

—El médico ha dicho que hay un margen de mejora…

Gin me sonríe.

—Al médico le gustaría que el tratamiento funcionara, que la medicina fuera capaz de curarlo siempre todo, pero no es así.

—Todavía podemos intentar otras opciones.

—No creo que haya otras vías…

Gin está cansada, se sienta en el taburete, apoya un brazo en la mesa y, con el otro, mueve el cochecito adelante y atrás.

—Siempre había pensado cómo debían de ver la vida las personas que tienen esta enfermedad.

Es algo que no hace que mueras enseguida, no te arranca la vida, sino que te ofrece la posibilidad de tomarla en consideración, casi te obliga a mirarla con envidia, te hace entender lo estúpido y distraído que eras cuando no la amabas con toda tu alma.

Luego sonríe apenas.

—Es como todo: hasta que lo pierdes, no lo aprecias de verdad. Ahora entiendo lo bella que es la vida… y, sin embargo, para mí es como si estuviera empañada, como si la mirara desde detrás de un cristal que nadie ha limpiado.

Las cosas pierden nitidez, poco a poco ya no podré ver nada.

—Gin, no digas eso.

—Últimamente he pensado a menudo en Steve Jobs. Me gustaba mucho, fue capaz de inventarlo todo. Era brillante, tenía todo el dinero que quería, y parecía que eso no le importaba nada. Cuando se supo que tenía un tumor, todos pensaron que al final acabaría ganando él, que llegaría un médico con un nuevo descubrimiento, con uno de esos métodos que, de vez en cuando, hacen creer en los milagros. Durante un tiempo estuvo algo mejor, parecía que iba a lograrlo, sin embargo, luego ya no sucedió nada más. Ningún médico pudo vanagloriarse de decir que había salvado a Steve Jobs, él ya no está. Y, si él no lo consiguió, ¿cómo voy a poder yo?

A continuación, Gin mira a Aurora y luego se echa a llorar. Se cubre el rostro con las dos manos y solloza. Casi no logro entender lo que dice, habla en voz baja, sus palabras se entremezclan con los sollozos, se pierden en ese manifiesto dolor. Entonces me acerco a ella, la abrazo y ella me aprieta con fuerza. Y me susurra al oído:

—Tengo miedo. Tengo mucho miedo.

—Amor. Estoy a tu lado. Tranquila, ya verás como las cosas irán mejorando poco a poco, tienes que mantener la calma. Debes darle tiempo a tu cuerpo para que reaccione, no estresarlo; no tengas miedo, no sirve de nada, ni tampoco la ansiedad, déjate ir, relájate. Estoy seguro de que todo mejorará.

En este momento Gin deja de llorar, casi parece haberse rehecho, y me sonríe.

—Gracias, voy al baño.

—¿Necesitas pañuelos?

—No, voy a lavarme la cara.

Pero cuando cierra la puerta oigo que, por desgracia, está vomitando.

Consigo que me den cita para esa misma tarde, pero no le digo nada. Me invento la primera cosa que se me pasa por la cabeza:

—Hoy tenemos en la oficina a unos nuevos directores para los próximos programas. Debo pasarme aunque solo sea un momento, si no, podrían pensar que soy un maleducado.

—Claro, ve, no te preocupes.

—¿Necesitas algo?

Se queda callada; luego me mira y exhala un ligero suspiro que, sin embargo, significa un montón de cosas.

«¿Si necesito algo? ¿Sabes cuántas cosas necesitaría ahora? Tal vez una, más que cualquier otra: tiempo. Querría todo el tiempo posible para estar con mi hija, querría tener una decena de años, aunque solo fueran cinco, pero en cambio no la veré siquiera decir su primera palabra».

Todo eso he pensado que podría haber en ese suspiro ligero, y tal vez sea lo mismo que se le ha pasado por la mente. En cambio, Gin me dedica una bonita sonrisa.

—Sí, quiero que regreses cuando hayas terminado.

Vuelvo atrás y le doy un beso; a continuación, la abrazo con delicadeza.

—Estaré aquí lo antes posible.

Y, sin volverme de nuevo, salgo de casa.

He llorado en el coche. Imagino que alguien me ha visto mientras estaba parado en el semáforo, pero no me importa en absoluto. En este momento no me interesa el resto del mundo.

Ahora estoy sentado, esperando. No hay manera de tener la pierna quieta. Se mueve, doy golpes con el tacón sin parar, y puede que incluso tiemble un poco.

Por fin llega la enfermera.

—Mancini.

Me levanto.

—Por favor, sígame.

No saludo a ninguna de las personas que están en la sala de espera, camino en silencio detrás de esa mujer hasta que se detiene delante de una puerta abierta y me hace pasar. El doctor Dario Milani viene a recibirme.

—Buenas tardes, ¿cómo está? —Me estrecha la mano y me señala una silla —. Por favor, siéntese.

Luego da la vuelta, va hasta detrás de la mesa y se sienta frente a mí.

—He venido para comprender mejor cuál es la situación de Ginevra Biro, mi esposa.

—Sí, me lo comentó. —Abre la carpeta que tiene delante—. La situación, desgraciadamente, es muy clara; ni siquiera nos queda la posibilidad de un milagro. No puedo planteármelo, es algo que va a ocurrir. No creo que le quede ni un mes de vida.

Estoy desconcertado por la noticia.

—Pero ¿cómo es posible?

—Hace mucho tiempo que lo tiene. Lo dejó latente durante demasiados meses. Su mujer tomó una decisión, puso a Aurora por delante de todo, por desgracia, también por delante de ella misma, y digo «por desgracia» porque de este modo no hemos podido hacer mucho. Deberíamos haber atacado el tumor desde el principio, pero su mujer no quiso atender a razones. Yo en aquella época no la trataba aún, me lo contó su ginecólogo. Cuando llegó a mí, ya había superado el estadio tres.

Entonces me quedo callado, me avergüenzo, y estoy aterrorizado por lo que voy a decir.

—Dígame solo una cosa, doctor, y sea sincero, por favor. ¿Usted cree que un dolor, un gran disgusto puede haber hecho que las cosas se precipiten de esta manera?

Me mira en silencio, junta las manos y yo aguardo con desesperación su respuesta, porque podría hacerme sentir culpable durante toda mi vida. Luego, por fin, el médico me habla.

—No, no sé qué ha pasado, qué dolor considera que ha podido causarle a su mujer, pero no. Por supuesto, es cierta la relación entre el estado de ánimo y el tumor. Felicidad, tranquilidad y serenidad pueden ralentizar la evolución, pero no curar. Aunque usted hubiera sido perfecto, Ginevra habría tenido quizá un mes más, pero tal vez ni siquiera eso, se lo digo de corazón. Habría habido una diferencia mínima, puede que ninguna, y no se lo digo para que no se sienta culpable. Lo lamento, pero es la verdad.

—Así pues, ¿qué podemos hacer?

—Nada. Dele todo su apoyo. Es lo único que puede hacer. Y haga que su mujer se sienta amada como nunca se ha sentido.

CIENTO TREINTA Y OCHO

Cuando regreso, la casa está llena de gente. Gin ha llamado a su madre, a su padre y a Eleonora; han venido también su hermano Luke y su novia, Carolina. Francesca llora, Gabriele la consuela, Luke no dice nada, Carolina mira al suelo. Eleonora tiene cogida de la mano a Gin, que, cuando me ve, sonríe.

—Has terminado pronto.

—Sí, ¿quieres algo?

—Un poco de agua, por favor, y vosotros, ¿queréis algo?

Nadie tiene ganas de tomar nada. A todos se les ha cerrado el estómago. Solo Eleonora lo sabía, para los demás ha sido un mazazo.

—¡Bueno, no os pongáis así! —Gin bromea e intenta animarlos—. Parece que estemos en un funeral. Os estáis equivocando, ahora no es el momento oportuno. Ahora tenéis que fingir que sois fuertes.

Y, por muy duras que sean esas palabras, consigue descolocarlos, la situación mejora, la tarde transcurre tranquila. Gin también se encuentra un poco mejor. Salgo a comprar unas pastas, voy a Mondi, que sé que les gusta mucho a sus padres, y cuando vuelvo preparamos té. Estoy al lado de Gin, la abrazo mientras habla, está contando una película que ha visto y que le ha gustado mucho, pero no recuerda ni el título ni los intérpretes.

—Empiezo a degenerar.

Esta vez nadie entiende la broma. Pero, al final, después de que Gin haya explicado un poco el argumento, Eleonora cae en la cuenta.

—Ah, sí, es *Fracture*. Y él, el marido engañado que la mata, es Anthony Hopkins.

—Qué película tan buena, me gustó muchísimo. Además, el actor más joven es muy guapo y lo hace de miedo.

Eleonora se lo sabe todo.

—¡Es Ryan Gosling! Además, hizo *Drive* y *Los idus de marzo*, y luego también una película como director, ¡pero no me acuerdo del nombre!

—¡Ah! —Gin la regaña—. No te lo sabes.

Lo busco en mi móvil.

—¡Es *Lost River*, debutó como director en 2014!

—¡Bien dicho!

—¡Pues claro, con el móvil todo el mundo lo sabe todo!

E intentamos recordar otras películas que nos han gustado y también las que sabemos que están a punto de estrenarse. Francesca le hace un comentario a Gabriele:

—Hace mil años que no vamos al cine.

—Es que tú no quieres perderte ni un capítulo de «El secreto de Puente Viejo».

Gin y Eleonora se ríen.

—No me lo puedo creer… ¡Mamá!

—La veo cuando no sé qué hacer.

—Vale, pues entonces tendremos que organizar una noche de cine, podríamos ir a ver la nueva de *Ben-Hur*, que debe de ser buenísima.

Luego, cuando ven que Gin está cansada, se marchan todos juntos. Después de cerrar la puerta, me vuelvo hacia ella.

—Lo hemos pasado bien.

—Sí, mucho.

—Me alegro, porque te iba mirando y parecías tranquila, no has tenido dolores.

Gin niega con la cabeza.

—He aprendido a fingir muy bien, ¿verdad? Me voy a dormir, estoy hecha polvo. ¿Te levantarás tú para Aurora, por favor?

—Sí, por supuesto.

—Ya te lo he explicado todo.

—Sí, es fácil.

—Bien, gracias, cariño. —A continuación, me da un beso y se encamina al dormitorio. Está tranquila, la sigo.

Gin empieza a desnudarse.

—Step…

—¿Sí?

—Tendrás que acostumbrarte.

—Ya lo hablaremos otro día, ¿te parece?

—Está bien, solo dime una cosa. ¿Tan pesimista ha sido el doctor Milani?

—Ah, te has dado cuenta.

—Sí. No sabes mentir… Mejor dicho, has empeorado… —Se echa a reír, luego para—. Vale, perdona. Dime qué te ha dicho.

—Nada. Los médicos nunca saben nada, solo interpretan y punto. Nunca intentan tener una opinión personal, se atienen al día a día.

—Es cierto. Pero tú mañana vuelves al trabajo, no quiero que por culpa mía Futura se estanque o tenga problemas.

—Va todo muy bien, cariño. Ahora lo importante es que tú estés un poco mejor.

—Vale. Procuraré complacerte.

Y dormimos abrazados, como no hacíamos desde hacía tiempo. La siento temblar de vez en cuando, de manera que la estrecho más fuerte.

Me despierto a las tres, me escabullo con cuidado de la cama y hago todo lo que me ha dicho.

Consigo no hacer ruido, que Aurora se lo coma todo y que eructe. Después me meto de nuevo en la cama y la abrazo. Ella se despierta un instante y busca mi mano, la aprieta, su rostro parece sosegarse y, a continuación, vuelve a caer en el sueño.

Durante los siguientes días voy un rato a la oficina, pero casi siempre me quedo solo por la mañana.

Renzi está muy satisfecho.

—Hemos firmado un contrato para realizar una serie de ficción para Medinews, también han entrado Francia y Bélgica, ya hemos vendido en casi toda Europa. Creo que podrías empezar a cobrar un sueldo más elevado.

—¿Me estás ascendiendo, Renzi?

—Sí, te lo mereces.

—Gracias, te traeré un café.

—Te acompaño.

Nos quedamos al lado de la máquina, meto una cápsula y la pongo en marcha.

—¿Has visto? Simone Civinini ya no sale en ningún programa. —Giorgio

está más al día que yo—. Puede que le hagan hacer una especie de programa de entrevistas en horario *late night*, una mezcla entre David Letterman y «Che tempo che fa», al menos, eso es lo que me han dicho, aunque la verdad es que no sé muy bien qué significa.

—Tal vez haya un grupo musical o un espectáculo, además de las entrevistas.

—También ha querido incluir a una cómica que irá haciendo numeritos.

—¿Una mujer? Pues Giovanna Segnato estará contenta.

—Pues sí. Pero es raro, nunca habría pensado que consiguiera hacer pasar a una chica entre las afiladas redes de esa arpía.

—A lo mejor han roto.

—Las revistas todavía dicen que están juntos. Pero creo que es solo cuestión de tiempo…

De manera natural, le preguntaría cómo va su vida, qué ocurre con Dania Valenti. Ella también sale en las revistas, cada vez con un hombre distinto, más o menos guapo pero con una cosa en común con los demás: siempre es alguien famoso. Nos miramos un instante y los dos nos quedamos así, con el café en la mano. Luego Renzi sopla sobre el vasito.

—Quema un poco.

—Pues sí…

Pero no decimos nada más y regresamos a nuestros despachos.

—Da recuerdos a Gin de mi parte.

—Sí, gracias. Se los daré.

Seguimos vendiendo programas, unas veces por un beneficio mínimo, otras, excelente, pero como me ha enseñado Renzi, lo importante es darse a conocer e intentar que lo que vendemos siempre sea un éxito. El nombre de Futura está creciendo. El logo es el mismo, pero el que usaremos para las series de ficción se lo hemos encargado a Marcantonio, y debo decir que el distintivo ha mejorado mucho, ya es otra cosa.

Hace unas cuantas noches insistieron en venir a cenar a casa con nosotros, y encargamos unas pizzas para que Gin no se cansara. Las trajeron de la Berninetta con unas estupendas cervezas artesanales Baladin Nora. La verdad es que cenamos muy bien. Luego, al final, mientras preparaba el café, Marcantonio dio unos golpecitos con el cuchillo en la copa de cristal y se puso de pie.

—Bueno, noticia de última hora, y sois los primeros en saberlo: ¡Ele y yo

nos casamos!

Se sonríen. Marcantonio vuelve a sentarse y la besa, están verdaderamente enamorados. Los felicitamos y yo me hago el gracioso:

—¿Quién se lo ha pedido a quién?

Marcantonio casi se siente ofendido.

—Yo, y me puse de rodillas; no voy a decirte las palabras que utilicé…

Ele subraya:

—Preciosas.

—Pues sí. —Marcantonio enseguida se desata—. Y ahora tenemos que inventarnos una boda estrambótica y divertida, en la playa o en un barco solo para nosotros, y casarnos en alta mar, si no, todo el mundo empezará a compararla con la vuestra y perderemos de paliza, está claro…

—Sí, hombre. —Y entonces Gin, con su natural inocencia, pregunta—: Y ¿cuándo será?

Ele lo dice con gran ligereza:

—El 26 de junio.

Para cualquiera sería una pregunta normal, pero para todos nosotros al momento se convierte en atroz. Permanecemos un instante en silencio.

—Abro el helado que habéis traído, ¿de acuerdo?

—Sí, yo quiero un poco.

De modo que me levanto de la mesa mientras Gin bebe un poco de agua y a continuación mira de nuevo a Ele y a Marcantonio.

—Me alegro por vosotros.

Ele sonríe.

—Gracias. —Justo después, se le acerca y le aprieta la mano—. Es la primera fecha que he podido conseguir.

—No pasa nada.

Estoy en la cocina, pero esas palabras llegan hasta mí y se me encoge el corazón. Ha sido como si hubiera dicho: «Me habría gustado mucho asistir a vuestra boda, pero yo ya no estaré».

Y no quiero ni pensarlo. De modo que vuelvo a la mesa como si no hubiera oído nada.

—Aquí está, también he traído las copas. ¿Dónde lo habéis comprado? He probado un poco y me ha parecido de fábula.

—Lo hemos comprado en la heladería La Romana, en la via Cola di Rienzo; han abierto hace poco, pero es excelente. También tienen creps, granizados, y

además llenan las obleas de chocolate negro y blanco y encima te ponen nata; prácticamente es como tener un pastel en el helado. A mí eso de que te hagan pagar cincuenta céntimos por la nata, como hacen en Milán, siempre me ha fastidiado, ¿sabéis?

—¿Y si quieres doble ración?

—No sé, quizá un euro.

Y continuamos hablando de las cosas más estúpidas, y resulta que al final, cuando recuerdas una noche de estas, nunca sabes de qué estuviste hablando, sino cómo lo pasaste y, sobre todo, qué sentiste en realidad en el fondo de tu corazón. Como esas palabras de Gin en la puerta, despidiéndose de ellos a la hora de irse.

—Me alegro de que hayáis venido y me alegro de que os caséis. Hasta hoy estaba muy preocupada por Aurora, en cambio, ahora me siento mucho más tranquila. Por favor, venid a menudo.

Cierra la puerta y la abrazo, le acaricio la cara.

—Estaba rica la cena, ¿verdad?

—Riquísima. Y el helado me ha gustado muchísimo. Es increíble que se casen, ¿verdad?

—Sí.

Empezamos a recoger un poco, pero veo que está cansada.

—Cariño, déjalo, yo me ocupo.

—Gracias.

—No hay de qué. Aunque me parece que te encuentras un poco mejor.

Ella se vuelve y se echa a reír.

—¡Sí, como cuando me decías que no había engordado o que estaba bien sin maquillaje!

—¡No, no es cierto, y además eso lo pensaba en serio! Y esto también.

Pero, por desgracia, me estoy equivocando.

CIENTO TREINTA Y NUEVE

Es domingo por la mañana, son casi las nueve. Hay un cálido sol y Gin y yo, junto a Aurora en el cochecito, estamos dando un agradable paseo por Villa Glori. Se nota el olor de los caballos procedente de la hípica que está un poco más abajo, pero también el aroma de la lluvia que ha caído esta noche. Nos paramos en el pequeño bar y pedimos un capuchino para cada uno.

—¿No comes nada?

—No, gracias, no tengo hambre.

—Yo pediré un cruasán integral.

Seguimos caminando, Gin se vuelve hacia mí y me sonríe. Me doy cuenta de que tiene un poco de capuchino encima de la boca.

—Tienes bigote, espera.

Y le paso con delicadeza el índice sobre los labios. Ella detiene mi mano, cierra los ojos y la besa. Luego sigue apretándola contra sus mejillas y, al final, se la lleva de nuevo a la boca, abre los ojos, me sonríe y la suelta.

—Te he perdonado, ¿sabes?

Camino a su lado, sé que en este caso cualquier cosa que dijera sería un error. Decirle «Gracias» sería muy feo, así que me quedo callado. Ella, en cambio, prosigue.

—Me has dado la cosa más bella del mundo, lo que más deseaba, me has hecho el mejor regalo, y haberlo recibido de ti lo hace todavía más especial.

—Gin, yo…

—Chis. —Levanta la mano y cierra un instante los ojos.

A continuación, empuja el cochecito; lo hace lentamente, tal vez para no despertar a Aurora.

—Déjame hablar un poco más a mí. Tú tienes toda la vida por delante para

decir un montón de cosas. Hoy hablo yo y tú me escucharás… —Luego me sonríe—. Bueno, de vez en cuando también puedes decir algo, pero no me lleves la contraria, si no, me canso demasiado y encima tengo que rebatírtelo todo…

Seguimos caminando por el sendero interior de la villa. De vez en cuando pasa algún chico haciendo jogging, una mujer más mayor camina deprisa, en un banco hay un señor leyendo el periódico, un poco más allá, en la fuente, una señora le está dando de beber a su pequeño jack russell y, a continuación, abre una botellita para llenarla de agua fresca. Nos adentramos en el camino que lleva a la pequeña plaza que está sobre la colina, aquí ya no nos cruzamos con nadie, pero hace un sol precioso. Y, de repente, inspirada quizá por toda esta tranquilidad, Gin empieza de nuevo a hablar.

—Quiero que haga boxeo, que sea masculina y también femenina, elegante y deportiva, inteligente y divertida, que se parezca a mí… —Luego lo piensa mejor—. Que tenga algo de mí, algo que en algunas ocasiones te haga pensar en mí, quizá cuando estés solo, que te haga sonreír y apreciar todas mis cualidades a través de ella.

—Pero yo siempre las he apreciado.

—Sí, es cierto. Entonces digamos que en cualquier caso tiene que tenerlas, ¿de acuerdo? —Y se echa a reír—. Quiero que siempre estés disponible para ella, que no te pierdas ninguno de sus cumpleaños, que la riñas con amor, que todo el tiempo la hagas sentir capaz e importante, incluso cuando cometa sus primeros errores. Que confíes en la persona que tenga a su lado al cien por cien, sea quien sea. Me gustaría que fueras como Mel Gibson en esa película que vimos juntos, ¿*En qué piensan las mujeres*?, ¿la recuerdas?

—Sí, era verano, hacían un ciclo de películas suyas en el cine Tiziano.

—Él empieza a oír los pensamientos de las mujeres. Y ayuda a su hija, que se siente insegura ante la idea de ir a la fiesta de Nochevieja, y también cuando ella está a punto de acostarse con un chico por primera vez.

—¡De eso no me acuerdo!

—Mientes. Y, si no, tienes que volver a verla. Deberás estar presente también en esas ocasiones.

Deberás pensar en su amor, encarrilarla, pero sin obligarla. Aconsejarle, pero dejándole siempre libertad para que pueda decidir… Eso es.

Hemos llegado hasta la pequeña plaza. Gin se detiene al lado del banco y mira el cochecito.

Aurora todavía duerme. Mete la mano con delicadeza y arregla la sábana

ligera que la cubre. Yo también la miro. Tiene los brazos abiertos junto a la cara, como si alguien la hubiera descubierto y le hubiera dicho: «Arriba las manos», y Aurora obedece y sigue durmiendo dichosa. Tiene las mejillas sonrosadas, la boquita un poco entreabierta, y es preciosa. Entonces Gin se sube al banco y se sienta en el respaldo, quedando más alta que si se hubiera sentado normalmente en el asiento. Se arregla un poco el pelo.

—¿Qué tal estoy?

—Bien.

Sacude la cabeza.

—Y yo todavía sigo fiándome de ti…

Entonces coge su iPhone del bolso, lo prepara y me lo pasa.

—Un día, cuando te pregunte por mí, tú le mostrarás este vídeo que haremos ahora…

—Pero…

—Sin peros. Sé que es algo que ya se ha hecho, pero me da igual, no es una competición para ver quién es más original. Quiero que ella sepa algo de mí, que al menos me conozca un poco, que no solo vea fotos que no van a decirle nada. Quiero que oiga mi voz, que descubra mi risa, que pueda imaginar cómo era su mamá. Dime la verdad, ¿cómo estoy?

—Ya te lo he dicho: estás bien. Guapa como siempre, un poco cansada, pero cuando te enfoque no se va a notar.

—Vale, esa mentira es más aceptable.

Entonces hace una serie de inspiraciones, coge aire y luego lo suelta, como un submarinista listo para efectuar una de esas inmersiones que acabarán marcando un récord mundial. Pero ella no, ella solo lo hace para no sentir miedo, para tener más aliento para hablar, para hacer toda una tirada, la más larga posible y, sobre todo, sin llorar.

—¿Estás listo?

Asiento, estoy listo.

—Pues empieza a grabar.

Y, un instante después, Gin comienza a hablar.

—Hola, aquí estoy, soy tu mamá. Me habría gustado mucho estar cada día a tu lado, aunque de alguna manera lo estoy; quizá un poco lejana, pero estoy siempre contigo. Te he tenido en mis brazos durante todo el tiempo que he podido y nunca me he cansado de ti. Te he dado todo mi amor y he rezado cada día para que seas como eres, como te estoy imaginando, como me habría gustado

vivirte cada instante de tu vida. Bueno, tal vez hayas visto alguna foto, pero quiero contarte algo más sobre mí, algo que quizá no sepas. Yo de pequeña era tímida, mucho, y a pesar de que todos me decían que era guapa, a mí no me lo parecía en absoluto. Aunque tampoco es que la belleza sea tan importante. A tu padre le gustaban todos mis defectos, y tú también debes encontrar a un chico que le gusten los tuyos. Y, sobre todo, intenta ser siempre feliz. A veces no hay tiempo suficiente para saborear la felicidad, y entonces nunca lo somos lo bastante. —Y le cuenta alguna anécdota del instituto, le habla de algún noviete del que yo no tenía noticia y de lo raro que fue su primer beso, e incluso consigue hacerme reír. Sigue hablando tranquila, hasta que se levanta del banco y se acerca al cochecito. No dejo de grabar mientras se agacha y coge delicadamente a Aurora entre sus brazos—. Aquí estoy, amor mío, tú eres esta ahora… Y estamos juntas. —La muestra al móvil y le da un beso ligero en la mejilla—. Tú estás durmiendo y yo te estoy velando como haré siempre en cada instante de tu vida. —Luego se la acerca al rostro, cierra los ojos y la respira—. Te siento, estamos juntas, juntas, tal como me habría gustado que fuera siempre nuestra vida. Prométeme que serás feliz. Te quiero muchísimo.

A continuación, veo que asiente para indicarme que el vídeo se ha terminado, de modo que detengo la grabación. Gin deja con cuidado a Aurora en el cochecito, la cubre con la pequeña sábana y se vuelve hacia mí.

—Gracias.

No digo nada. Tengo ganas de llorar, pero consigo retener las lágrimas. Luego, por fin consigo hablar.

—Le gustará.

—Sí, estoy contenta de haberlo hecho.

Entonces me coge por debajo del brazo y apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Empujas tú el cochecito?

—Claro.

Empezamos a caminar hacia el largo paseo que baja hacia la salida de Villa Glori. En ese momento Gin me acaricia la mano.

—Te he amado muchísimo. Habríamos sido una bonita pareja. Lástima que no quede más tiempo.

Vamos ahora a casa de mis padres. Así dejamos a Aurora.

—Sí, de acuerdo.

—Y luego llévame al hospital.

CIENTO CUARENTA

He logrado que me dieran una habitación en la clínica Quisisana, la mejor que tienen: una pequeña suite con posibilidad de tener a Aurora en el cuarto de al lado. Al principio Gin estaba muy preocupada.

—Pero ¿cómo lo haré con los biberones y la leche? ¿Ya tenemos bastante? Hay que comprobar que sea la misma que toma ella, he visto que las otras le sientan mal. Y, más adelante, habrá que empezar con el caldo vegetal, los potitos, la harina de tapioca, la de arroz… Tenemos que preguntarle al pediatra cuáles van mejor…

—Cariño, he traído todo lo necesario, no te preocupes, ya nos iremos organizando.

—Yo no estaré, no estaré.

Y se echa a llorar, y yo la abrazo y la estrecho con fuerza, y la verdad es que no sé qué decirle, me siento tan impotente, tan inútil…

Luego Gin se tranquiliza.

—Perdona. Esto no está bien. Quiero dejarte un buen recuerdo de mí, no volverá a pasar.

—Cariño, hagas lo que hagas, no cambia nada. No te preocupes, sé tú misma, sé como te parezca, como siempre has hecho. Es algo que siempre me ha gustado mucho de ti. No cambies.

Entonces me sonríe y coge las llaves.

—Vamos a la habitación.

Durante los días siguientes van viniendo todos por turnos, en orden. Su padre, su madre, Eleonora, Ilaria, su hermano Luke con Carolina, otras amigas íntimas,

Angela, Arianna, Simona, la abuela Clelia, Ardisio, el hijo del tío Adelmo, y también Maria Linda, su compañera de universidad. El doctor Dario Milani viene dos veces al día, siempre tiene una actitud elegante y educada, pero es consciente de que no puede decirnos nada distinto de lo que, por desgracia, ya sabemos.

El lunes por la mañana, el médico se me acerca.

—Hemos tenido que aumentarle la morfina, así sentirá menos dolor; me parece absurdo hacerla sufrir.

No puedo decir otra cosa más que «Sí».

Por la tarde viene el padre Andrea.

—¿Cómo va, Stefano?

Pero no logro responder, me limito a bajar un poco la cabeza y me quedo así mirando al suelo.

Entonces él pone su mano sobre mi brazo.

—Lo siento mucho. Al parecer, el Señor tiene otros planes para ella.

—Sí.

Y me viene a la cabeza mi madre. Todo esto ya lo he vivido, pero solo al final, no sabía que en aquel caso también se trataba de una situación tan extrema.

—Aunque es una lástima que no nos sorprenda con algún milagro…

El padre Andrea me mira, pero no dice nada. Luego se encoge de hombros.

—Bueno, voy a verla. —Y entra él solo en la habitación de Ginevra y permanece allí más de cuarenta minutos.

Cuando sale, lo veo menos tenso que antes, incluso sonríe. A continuación, se me acerca y me abraza.

—Gin es más fuerte que todos nosotros. Ya me había sorprendido en el pasado, pero ahora me ha dejado descolocado. Es extraordinaria. Tengo que marcharme. Para cualquier cosa, nos llamamos. Y luego… Hazme saber cómo deseas que lo hagamos.

Se aleja. «Y luego…». ¿Dentro de cuánto tiempo será ese «Y luego…»?

Me levanto temprano y, después de darle el biberón a Aurora, entro en la habitación de Gin. Está despierta y desayunando en la cama.

—Buenos días, ¿has dormido bien?

—Estupendamente.

El médico dijo que al aumentar la dosis de morfina se sentiría mejor.

—Bien, me alegro. Lo lamento, pero esta mañana no puedo dejar de ir a trabajar. Renzi concertó una cita con el nuevo director de la serie para reunirnos en la oficina y luego ir a comer, y ¿sabes qué ha pasado al final? Pues que él, precisamente él, el «meticuloso». Renzi, ya tenía un compromiso y se le había olvidado.

—Eso significa que no es tan «meticuloso». Mejor, ¿no? Tú decías que a veces te parecía un marciano y resultaba inquietante…

—Es cierto.

En realidad, creo que otra vez es por culpa de los líos con Dania Valenti, pero no le he dicho nada; soy el último que debería hablar de ese tema, de lo que se puede llegar a hacer por amor.

—Bueno, me voy. De todos modos, llámame para lo que sea. He dicho a las enfermeras que te ayuden con Aurora si lo necesitas. Está Claudia, la enfermera de planta, que tiene dos hijos pequeños, es joven y estará encantada de hacerlo.

—¿Es mona?

—No, Gin, no es nada mona. Pero seguro que es buena, y encima le he pagado de más para que lo sea.

Me acerco a ella y la beso.

—Nos vemos luego.

—Sí.

Cierro despacio la puerta. Me ha hecho gracia que estuviera celosa. Ha sido una reacción espontánea. Solo me gustaría que fuera todo más sencillo, pero ¿cómo va a serlo? Subo al coche y voy a la oficina.

Gin se ha quedado sola. Envía un mensaje de móvil con todas las indicaciones oportunas. A continuación, se levanta y va a ver a Aurora. Duerme dichosa y tranquila, la temperatura de la habitación es perfecta. La situación de esa clínica es ideal. Se acerca a la cristalera y mira hacia abajo. Detrás del edificio hay una avenida, algunos setos, un jardín no muy grande pero con una pequeña rosaleda. Todo está muy bien cuidado, hasta el más mínimo detalle. Las enfermeras intentan por todos los medios que se sienta a gusto, que no haya ningún problema, que no se oiga ningún ruido. Tal vez sea por eso por lo que Aurora duerme tanto. Luego Gin vuelve a la habitación, va al cuarto de baño, se desnuda, se da una ducha y se viste. Intenta estar elegante con lo que tiene. Se maquilla mirándose al espejo. Está contenta de que no se le haya caído del todo

el pelo, aunque es más escaso comparado con como lo tenía antes.

Diez minutos más tarde, llaman a la puerta.

—¿Se puede?

—Adelante.

Gin le sonríe a Giorgio Renzi.

—He venido lo más rápidamente posible. Cuando me has enviado el mensaje diciendo que Stefano había salido, en realidad ya estaba en la calle, pero he encontrado un poco de tráfico en la piazza Euclide. Bien, cuéntame, ¿qué puedo hacer?

—Verás, es muy sencillo. —Gin empieza a explicarle lo que necesita, cree que es la mejor solución.

Renzi se queda sin palabras, nunca se lo habría esperado, y se encuentra en una situación un poco incómoda.

—Si estás convencida, lo haré. Aunque me hará falta tiempo.

Ella niega con la cabeza.

—A mí también me haría mucha falta…, pero por desgracia no lo hay. —Le pasa una hoja—. Aquí encontrarás todo lo que requieres para acabar antes.

Renzi lo coge, lee todo lo que hay escrito y se queda sorprendido. Entonces Gin le explica cómo lo ha hecho y él comprende que es imposible equivocarse.

—¿Necesitas algo más?

—No, gracias. Eres muy amable. Te espero aquí. Pero no tardes mucho.

—¿Y si no lo consigo?

Gin le sonríe.

—He acudido a ti porque has sido capaz de hacer cosas todavía más complicadas. Lo lograrás.

Renzi asiente y, a continuación, sale cerrando la puerta a su espalda. Entra en el ascensor. «Tiene razón, a veces he podido resolver situaciones más complicadas que esta. Gin sabe cómo motivar a la gente. Ahora veremos si yo también lo consigo».

CIENTO CUARENTA Y UNO

—Es usted Babi, ¿verdad?

¿Quién es ese hombre que la para así, delante del portal? Hoy Babi ha salido un poco más tarde de casa para ir a la oficina, pero no había quedado allí con nadie, ni siquiera esperaba la llegada de ningún correo. Ya ha entregado todos los trabajos más importantes. Está atravesando un momento tranquilo, o al menos lo era hasta hace un instante.

—Soy Giorgio Renzi. Mucho gusto.

Hace ademán de tenderle la mano, pero ella no se mueve.

—No lo conozco. Me parece que no nos hemos visto nunca.

—Sí, nos vimos una vez, una noche en el Goa, pero estaba lleno de gente y, además, yo acababa de tener una discusión. Es normal que no se acuerde… —Renzi le sonríe—. De todos modos, yo he oído hablar mucho de usted. Soy colaborador de Stefano Mancini. —Babi, de repente, se pone rígida. Renzi prosigue—: Step…

—¿Le ha ocurrido algo?

—No, él está bien. Pero la situación es complicada. Su mujer, Gin, está muy mal.

—Lo lamento, pero no entiendo qué quiere usted de mí.

Babi se pregunta qué sabe ese hombre de ella, qué puede haberle contado él en realidad, pero sobre todo por qué lo ha enviado a hablar con ella. Está a punto de preguntárselo cuando Renzi se le adelanta:

—Gin me ha enviado a hablar con usted. Le gustaría verla.

Babi palidece de golpe. «¿Qué, ella? ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha dicho Step? ¿Por qué quiere verme?».

—Esta hoja me la ha dado esta mañana.

Babi la coge. Hay una foto suya impresa, sus horarios, todos sus movimientos, incluso cuando va a recoger a Massimo. Ahora Babi se agarrota, se pone a la defensiva.

—¿Qué quiere de mí? ¿Qué le ha dicho? ¿Por qué desea verme? No me gusta que se haya metido en mis cosas, y aún menos en la vida de mi hijo. Con esta hoja podría denunciarla.

—Yo no creo que quiera discutir, solo le gustaría hablar. No tiene fuerzas, se está muriendo.

Entonces Babi se calma, le devuelve el papel. Renzi lo dobla y se lo guarda en el bolsillo.

—Si no piensa aceptar, la comprenderé perfectamente. Encontrarse cara a cara con el dolor es incómodo. Hace un rato también lo ha sido para mí. Pero ahora, estar aquí con usted, intentar convencerla, hacer algo por Gin, hace que me sienta mejor. Sé que es un planteamiento egoísta. Si usted fuera a verla, sería un gesto de amor con respecto a todos… A veces ser bueno hace que se borre un poco nuestro sentimiento de culpa. Al menos, eso es lo que me ocurre a mí. —A continuación, le sonríe—. Aunque yo tengo que seguir siendo bueno también en muchas otras ocasiones.

Gin tiene a Aurora en brazos cuando oye que llaman a la puerta.

—Adelante.

Renzi entra y cierra tras de sí.

—Ya estoy aquí.

Ella lo mira con curiosidad.

—¿Y qué?, ¿cómo ha ido?

—Bien.

Gin le sonríe.

—Estaba segura de que lo conseguirías. Pues hazla pasar y no dejes que me molesten por ningún motivo. Avísame cuando sepas que Step está a punto de llegar.

—No, estate tranquila, está ocupado.

—Bien. ¿Puedes esperar hasta que haya terminado? No tardaré mucho.

—De acuerdo. ¿La hago entrar?

—Sí.

Gin se queda sola. Se sienta en la butaca, se arregla un poco el vestido y

cierra un instante los ojos. Luego oye que llaman de nuevo a la puerta.

—Adelante.

Y Babi entra. Entonces se encuentran por primera vez la una frente a la otra. Gin la había visto a menudo, pero siempre de lejos. Babi, en cambio, solo en alguna fotografía. Se quedan mirándose durante un rato. A continuación, Babi le tiende la mano.

—Hola, soy Babi. Lamento que nos conozcamos en esta situación.

Gin mira su mano tendida a media altura hacia ella. Acto seguido, mira a Babi a los ojos y al final se la estrecha.

—¿Puedo ofrecerte algo?

—No, gracias.

—Esta es mi hija Aurora.

Babi se acerca al cochecito. La niña es avispada, se mueve, agita los brazos y las piernas y al final sonríe.

—Es preciosa…

—Gracias. Sé que tú también tienes un niño, Massimo; mejor dicho, para ser sincera, lo he visto en foto, él también es muy guapo, y lo sé todo. —Babi está a punto de decir algo, pero Gin la detiene—. No quiero discutir. He pensado en todo esto durante mucho tiempo. Es natural que esté enfadada con vosotros, contigo sobre todo, pero en realidad es porque cuando ocurren estas cosas uno no puede mirarlas desde fuera. Bueno, yo he intentado hacerlo y me he dado cuenta de que soy terriblemente culpable por haber querido a una persona que no era mía.

Babi la mira, pero no dice nada. Acepta en silencio su reflexión.

Gin se levanta y abre los brazos.

—Verás, he comprendido algo fundamental: pase lo que pase, aunque tú ya no lo ames, aunque no esté contigo, él será tuyo para siempre. Es un sentimiento que yo envidio muchísimo, pero sé que no puedo hacer nada por evitarlo; tampoco se trata de una derrota, es la naturaleza más bonita de las cosas, es justo lo que me habría gustado tener, es amor.

Babi se emociona, y le encantaría que no se le notara, casi se avergüenza al escuchar esas palabras, pero oye en esa descripción exactamente lo que siente por Step.

Gin le sonríe.

—Ya sé que es así, no tiene nada de malo, no te sientas culpable. Aunque parezca absurdo, ambos habéis intentado evitarlo…

—Sí.

—Pero ahora deseo que hagas algo importante para mí.

Babi la mira sorprendida, no se imagina qué puede querer pedirle Gin. Decide no decir nada, solo escucharla.

—Quiero que hagas feliz a Step, que llenes su vida de amor como yo no he conseguido hacerlo.

Querría veros juntos, como una bonita familia, sin sombras ni problemas, pero si eso no fuera posible, si no pudieras hacerlo, entonces no le hagas perder más el tiempo. Bueno, es todo lo que quería decirte.

Entonces Gin se sienta en la butaca.

—Perdona, pero estoy un poco cansada. Siéntate tú también si te apetece.

Babi se sienta en el sofá frente a ella. Gin coge el vaso de la mesa de centro y bebe un poco de agua.

—A lo mejor tú también tienes sed; te serviría yo misma, pero me fatiga, perdona.

—Ya lo hago yo, no te preocupes, no hay problema…

Babi coge otro vaso de allí al lado y lo llena.

—Me alegro de que hayas venido. Podrías haber dicho que no.

Babi bebe un poco de agua y, a continuación, deja el vaso sobre la mesa.

—Sí, podría haber sido una cobarde. Pero no soy así.

Gin le sonríe.

—Alguien podría pensar que es fácil hablar de este tema como he hecho yo ahora cuando se está a punto de morir. Pero no lo es. Lo pienso de verdad. Yo lo quiero muchísimo y no tiene nada que ver con cómo estoy. De todos modos, habría sido una egoísta queriendo retenerlo conmigo. Si amas mucho a una persona, ¿qué es lo que desean más que nada?

—Que sea feliz.

—Sí, exacto. Y él contigo puede serlo.

Se quedan un rato en silencio. Gin mira por la ventana, hace un bonito día, nota el sol caliente sobre las piernas. A Babi le gustaría decir algo, pero está sorprendida por sus palabras, esperaba algo muy distinto. Ahora incluso se siente incómoda.

—Podríamos haber sido buenas amigas.

Gin se vuelve hacia ella y le sonríe.

—No. Habríamos sido unas «enemigas amigas», por desgracia, igual que en las películas.

Entonces Babi mira a Gin y de repente siente que se le encoge el corazón, entiende lo especial que es esta chica, reconoce que no es como ella. «Yo nunca sería capaz de hablar así; yo estaría rabiosa, pensaría que hay una zorra que me ha quitado a mi hombre, y ahora me muero y me voy y esa va a hacer lo que le dé la gana sin que yo pueda hacer nada, sin que pueda luchar».

—Gin, lamento mucho haberte conocido en estas circunstancias, y también todo lo que ha pasado.

Perdóname. Yo nunca habría sido capaz de comportarme como tú, eres mejor que yo.

Gin sonríe.

—No lo suficiente para alguien. Pero está bien así. Ahora tengo que descansar un rato.

Babi se levanta y va hacia la puerta.

—Adiós. Gracias por haber venido. Y recuerda que me lo has prometido: hazlo feliz.

CIENTO CUARENTA Y DOS

Cuando, por la tarde, regreso a la clínica Quisisana, me encuentro con una bonita sorpresa. Llamo a la puerta.

—¿Puedo?

—¡Claro!

Gin está vestida y maquillada, jugando con Aurora encima de la cama.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Me encuentro bien, estoy mucho mejor, no noto ninguna molestia.

Y eso debería hacer esperar una mejoría, pero por desgracia no es así. Tan solo es la total anulación del sistema nervioso provocada por la morfina, la neutralización del dolor, pero no soluciona nada. Esta mañana, cuando me he topado con el doctor en el pasillo, me ha hecho una pregunta que lamentablemente me lo ha dejado claro:

—Volverá usted pronto, ¿verdad?

—Sí.

Gin está arreglándole a Aurora los pocos cabellos que tiene en la nuca. Me mira muy satisfecha.

—¿Has visto qué guapa es?

—Sí.

—En mi opinión, se te parece muchísimo.

—No es verdad, yo le veo mucho de ti.

—Sí, la forma de los ojos, pero la cara y la boca sin duda son tuyas.

—Tal vez sí.

—De vez en cuando, cuando te encuentres con su mirada, ¿te acordarás de mí?

—Lo haré incluso cuando esté en casa de alguna amiga suya.

Luego le acaricio suavemente la mano, apoyada sobre la colcha de la cama, y ella me sonríe.

—Tengo ganas de salir, he visto que el jardín de aquí atrás es muy bonito. ¿Te apetece llevarme?

De modo que llegamos al paseo. Hay silencio, el tráfico está lejos. Se oye algún pajarito y el sol empieza a declinar. Aurora duerme en el cochecito. Al llegar a un pequeño rosal, nos detenemos. Las paredes de los edificios de nuestro alrededor se tiñen de naranja. En alguna parte de Roma, el sol ya se está poniendo, pero nosotros no podemos verlo.

—Las puestas de sol más bonitas se ven desde corso Francia. —Ella ha tenido el mismo pensamiento que yo—. Cuántas veces los he visto detrás de ti en la moto. —Entonces arregla un poco la mantita de Aurora—. Con ella he conocido la felicidad, las emociones más fuertes, y todo ello, gracias a ti.

—No digas eso. Me he equivocado tanto…

—Sí, lo sé, pero luego rectificaste por ti mismo, ¿no?

—Sí.

Gin se acerca al pequeño rosal, coge con delicadeza una rosa con los dedos y se la aproxima a la nariz. Cierra los ojos e inspira.

—El perfume de las rosas siempre me sorprende. Es tan único…, me gusta muchísimo. Quiero que Aurora tenga un perfume de rosas.

—Lo tendrá.

—Y quiero que en su dieciocho cumpleaños lleve un vestido de color cereza y que ese día reciba un precioso ramo de rosas que tenga una joya con nuestros nombres grabados… —Entonces, de repente, se para—. Querría tantas cosas… Ahora es cuando aprecio todos esos pequeños detalles de la vida, y, sin embargo, estaban cada día delante de mis ojos.

—Cariño, pero si tú nunca has sido distraída, ibas un poco apresurada, sí, pero siempre has disfrutado de todas las cosas.

—¡Sí, sobre todo, cuando salíamos a cenar! —Gin se ríe, francamente divertida, con esa ligereza que tantas veces ha empleado en los momentos más hermosos que hemos vivido.

—Es cierto, era estupendo verte comer. Comes mejor y con más gusto que nadie en el mundo.

—¡Gracias! Esta vez me lo creo, y me lo tomaré como un cumplido.

A continuación, nos sentamos en un banco cercano y nos quedamos un rato en silencio.

—Hoy he visto a Babi.

Me quedo desconcertado. No me parece que esté bromeando.

—¿Cómo que la has visto? ¿A qué te refieres?

—Ha venido a verme.

—Pero yo no he vuelto a verla ni a hablar con ella, no tengo nada que ver.

—Lo sé. La he invitado yo. Pallina me ha ayudado a saber dónde podía encontrarla. Y luego Renzi la ha convencido para que viniera.

Me quedo callado. Me pregunto por qué. ¿Qué quería saber? ¿Por qué ha querido hacerse tanto daño? Pero Gin está serena, y al final me coge la mano y la acaricia.

—Creía que era conveniente que nos conociéramos. Al fin y al cabo, las dos amamos al mismo hombre, y puede que ese mismo hombre nos ame a las dos, aunque de distinto modo. ¿Te parece bien esa solución? —No digo nada—. De todos modos, me ha gustado. Mucho. Normalmente, cuando una mujer conoce a otra que ha tenido una relación con su hombre, no consigue explicarse qué ha podido ver en ella. Aunque parezca absurdo, se diluyen sus propias cualidades, o piensa: «Pero ¿por qué me ha elegido a mí si le gusta alguien como esa?». En cambio, yo no he tenido ese pensamiento. En el fondo, cuando estabais juntos, fui yo quien se interpuso en vuestra historia al enamorarme de ti. A pesar de que tú no lo sabías.

Gin se ríe.

—Fui yo quien quiso tenerte. Quería tenerte con locura y te tuve. Y compartimos una hija. Ahora solo te pido una cosa. Tal vez vuelvas con Babi o estés con otra chica, esa decisión es tuya, pero en cualquier caso quiero que seas tú quien críe a Aurora, tu amor por ella debe ir por delante del que sientas por nadie, porque dentro de ti estará también mi amor y, por tanto, deberás amarla por los dos. Y, si una mujer no quiere a Aurora como si fuera su hija, te lo ruego, no le permitas que la haga sufrir. Tú eres capaz de darte cuenta de ello, y tendrás que hacerlo por mí.

—Sí, tienes razón, así será.

—Prométemelo. Estoy convencida de que con esto no cometerás ningún error.

—Gracias. Te lo prometo, Gin.

Nos abrazamos y permanecemos callados en ese banco, y creo que ella no nota que estoy llorando. Pero me equivoco. Gin se aparta y me besa delicadamente en los labios y con los dedos me seca los bordes de los ojos.

—Tienes que ser fuerte. Yo seguiré siempre todos vuestros pasos.

—Sí.

—Pero ¿a ti te parece que tenga que ser yo quien le infunda valor a Step?

Y me echo a reír, pero en mi risa se oye el eco del llanto y del dolor.

—Ahora llévame a la habitación, por favor.

Nos quedamos uno junto al otro, tendidos sobre la cama durante toda la noche. Aurora ha dormido en el cochecito a nuestro lado. Cuando me despierto al amanecer para darle de comer, mi pequeña ya tiene los ojos abiertos, está bien despierta. Su mamá, en cambio, ya se ha ido.

CIENTO CUARENTA Y TRES

Giorgio, el padre de Stefano, está impaciente, parado en el umbral de su casa.

—Bueno, ¿qué?, ¿se puede saber cuánto te falta? ¡Nos están esperando!

—Sí, sí, ya casi estamos. —Kyra sale del dormitorio del final del pasillo con la niña en la silla de paseo y una bolsa grande en el brazo—. ¡Pero, si me ayudas, acabaremos antes!

Giorgio vuelve atrás, le coge la bolsa del brazo y camina de nuevo deprisa hacia la puerta de entrada. Salen de casa, cierran con llave y van hacia el ascensor. Él pulsa el botón.

—Aún tenemos que llegar hasta allí y vamos con retraso.

—Pero, perdona, ¿adónde quieres que vayan?

—No me gusta que luego Fabiola resople porque llegamos a las tantas. Ya sabes lo estricta que es.

—Bueno, y ¿qué quieres que haga?

Las puertas del ascensor se abren. Kyra entra con el cochecito, Giorgio la sigue, pulsa el botón de la planta baja y espera a que se cierren las puertas. Luego descienden. Dalina se despierta de golpe y empieza a llorar. Kyra le pone el chupete y la niña se calma. Llegan a la planta baja, salen del ascensor, abren la gran puerta del edificio y por fin salen a la calle. El Passat de Giorgio está aparcado allí cerca.

Al cabo de un rato están en casa de Paolo. Entran, saludan y enseguida se sientan a la mesa.

Fabiola ha cocinado algunos platos vegetarianos para Kyra, pasta *alla Norma* y también un poco de carne y patatas fritas para Giorgio, Paolo y los niños. Comen tranquilamente mientras charlan y, en un determinado momento, Dalina se pone a llorar.

Kyra se levanta.

—Es la hora de la papilla. —Coge una fiambrera de la gran bolsa—. ¿Puedo calentar esto?

—Por supuesto —dice Paolo.

—¡Eh, qué suerte tiene Dalina; ahora se come el puré de arroz, pero luego, durante el día, cuando vuelve a estar hambrienta, siempre tiene comida a su disposición! ¡Y, de verdad, qué comida! —dice Giorgio señalando los pechos de Kyra. Fabiola lo mira con mala cara. Giorgio prosigue—: Paolo, ¿te puedes creer que Dalina es la tía de Fabio, de Vittoria y también de Aurora? ¡Resultará que los sobrinos serán los encargados de darle el sobrecito con dinero a su tía por Navidad! ¿Te lo imaginas? —Y se ríe—. La verdad es que somos una familia extraña, pero muy bonita, ¿eh? ¡Al final siempre se arregla todo! —Y le da una palmada en el hombro.

—Sí, papá.

Realmente es así. Hay gente que siempre consigue simplificar incluso lo imposible.

—¡Cómo tira «Radio Love», ¿eh?! ¡Está consiguiendo unos resultados alucinantes, y a mí me está yendo realmente bien! ¡Y no me lo dicen solo mis amigas! Si sigo así, tendréis que darme un papel más importante.

Dania Valenti baja el sonido del televisor con el mando a distancia.

—Aunque ahora no voy a salir durante una buena temporada…

Renzi sonríe y, a continuación, bebe un poco de cerveza.

—Sí, la serie está funcionando muy bien. Oye, ¿dónde estabas anoche? Intenté telefonearte dos veces, pero no contestabas. Ni siquiera por WhatsApp.

Dania Valenti deja el mando a distancia sobre la mesa.

—Si ya te lo dije, salí con Asia y Gioia. Teníamos mesa en Duke’s para cenar. Tampoco es que me pase el rato mirando el móvil. —Renzi vuelve a beber un trago de Beck’s, que ahora ya no está tan fría. Dania pone las manos sobre las suyas—. ¿Sabes que Riccardo Cresti vino el otro día al plató mientras grabábamos? ¿Lo conoces? Es el director de «Un tuffo al cuore», esa serie sobre *Cielo*.

—Sí, sé quién es.

—Me dijo que soy increíble.

Renzi bebe un poco más.

—Anoche pasé por Duke’s, pero no os vi.

—Venga ya, tontín, ¿qué haces?, ¿me sigues?

—No, salí para una reunión, era solo para saludarte.

—Bueno, quizá ya nos habíamos ido.

Dania Valenti se levanta del sofá.

—Espérame, voy un segundo al baño. —Y desaparece detrás de la pequeña puerta corredera que está junto al televisor.

Nada más entrar, se saca el móvil del bolsillo de los vaqueros y abre WhatsApp. Le han escrito varias personas, pero al final encuentra lo que más le interesa, el mensaje de Riccardo Cresti:

> Anoche estuviste increíble. ¿Nos vemos?

Dania Valenti sonríe. Luego teclea veloz:

> ¡Claro! ¡Encantada!

Renzi se bebe el último trago de cerveza, se levanta y sale del apartamento. Empieza a bajar la escalera. «No. No os habíais ido ya. Es que no estuvisteis allí». Llega al portal, abre la puerta y cierra a su espalda. Y comienza a caminar en dirección a su coche.

Dania Valenti abre el grifo, deja correr un rato el agua y al final sale del baño. No ve a Renzi.

—Eh, pero ¿dónde estás? ¿Te has escondido en la habitación?

Abre la puerta, pero no hay nadie. Se encoge de hombros. Vuelve a coger el móvil y escribe un mensaje:

> Si quieres, quedamos esta noche.

Y se lo envía a Riccardo Cresti.

—Hola, perdone, quería reservar una mesa para esta noche a las nueve.

—Buenos días, por supuesto. ¿A qué nombre?

—Simone Civinini.

—Simone… Disculpe, ¿puede repetirme el apellido?

—Civinini.

—¿Puede decírmelo más despacio, que lo escribiré?

—Soy el presentador de «Lo Squizzone».

—¿Quién?

—Simone Civinini, de «Lo Squizzone».

—Ah, sí. Entonces, Ci… vi… ni… ni… Ya está. Pues está casi todo lleno… Si le va bien, queda una mesa al lado de la cocina.

—Ah, bueno, de acuerdo.

«Es verdad. Me habían dicho que en Cracco la gente reserva incluso con una semana de antelación. Pero por lo menos he encontrado una mesa. Tengo muchas ganas de celebrarlo». Simone Civinini sube a su Audi Q7 y, antes de arrancar, coge el móvil y busca un número en la agenda. A continuación, pulsa la tecla verde. Después de algunos tonos, contesta una voz femenina.

—¿Diga?

—Sí, hola, soy Simone Civinini; llamo para confirmar la cita con el señor Calemi, el director, hoy por la tarde.

—¿El director? Ah, ya, sí. Me ha dejado nota para que le diga que ha tenido que acudir a un compromiso urgente y que tal vez se vean más adelante. Le deseo que pase un buen día. Adiós.

La llamada se corta. Simone Civinini mira su iPhone. «Pero ¿cómo que “tal vez”? ¡Pero si habíamos concertado esta cita hace una semana! ¿Y ni siquiera me avisa? ¿Y ahora? Son las tres de la tarde. Evidentemente, es pronto para ir a cenar a Cracco. Bueno, ahora ya he reservado. Me apetece comer bien».

Daniela está ordenando las últimas camisetas de Vasco que ha sacado de la secadora. Ya ha vaciado las dos maletas y ha vuelto a guardar sus cosas tras regresar del viaje a Génova para visitar el acuario. Han estado muy bien los tres juntos. La verdad es que Sebastiano es increíble. Entonces mira a su hijo.

—Vasco, ¿has terminado de hacer los deberes?

—Solo me falta este ejercicio. —El niño levanta el libro para enseñarle la página.

—Bien, acábalo y luego podrás ir a jugar.

Él baja la cabeza y vuelve a ponerse a escribir. «Cuando hace eso, de perfil se parece muchísimo a su padre». Luego, Daniela oye el tono de aviso de su móvil. Lo coge, toca la pantalla y lee. Es Sebastiano.

¡Hola! ¿Te apetece ir al cine esta noche? Hacen Piuma en el Farnese. Me gustaría verla.

¿Es esa que va de dos chicos de dieciocho años y que ella se queda embarazada?

Sí, dicen que es muy dulce y bonita, y también simpática. Luego ellos salen adelante, viven juntos y son felices. ¿Se nos parecen un poco? ¿Te apetece?

Daniela sonríe. Siempre le inspira mucha ternura.

Está bien. Llamaré a la canguro.

En la via Giovanni Pittalunga hay el tráfico habitual de las seis de la tarde. Transeúntes, gente de color, algún chico montado en un monopatín y mucho ruido. Raffaella camina nerviosa un poco más adelante de Claudio. Dos personas lo saludan y él les corresponde. Inmediatamente después, Ambar, el dueño del minimarket indio, que está parado en la puerta con los brazos cruzados, lo ve.

—Eh, amigo, ¿cómo va?

—Todo bien. ¿Y tú?

—Bien. ¿Viste la Roma? Fuera de juego, ¿eh?

—Qué va, fue todo legal.

—¡Que no! ¡Yo lo vi! ¡Gol no bueno!

—¡Que sí! ¿No viste que la pelota…?

Claudio se dispone a pararse cuando Raffaella se vuelve.

—¿Qué haces? Tenemos que ir al supermercado. ¿Puedes darte prisa? A esta hora ya estará lleno de gente… —Y de nuevo empieza a caminar rápidamente.

—Sí, ya voy. Adiós, Ambar, hasta mañana.

—Adiós.

Ambar se queda en la puerta y lo ve alejarse.

Claudio alcanza a Raffaella.

—Es muy maja la gente aquí, en el Tiburtino, ¿eh? Son muy amables. ¿Has visto a Ambar?, se ha acordado de que soy seguidor de la Roma. En nuestro antiguo barrio nadie se había fijado. En el fondo, aquí tampoco se está tan mal, ¿no?

Raffaella sigue andando. Luego, de repente, se para. Se vuelve. Lo mira.

—Eres un verdadero gilipollas.

Teresa llega y aparca su coche no muy lejos de la puerta del restaurante. Renzi la ve y va a su encuentro. Ella le sonríe. Lleva consigo un maletín de trabajo.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

Se dan dos besos en las mejillas.

—¿Entramos?

—Sí.

Un poco más tarde están sentados a una mesa de Metamorfosi, en la via Giovanni Antonelli. Un camarero les sirve para picar unos bocaditos de pan de varios tipos con algunas salsas. Teresa coge uno y lo prueba.

—Madre mía, está riquísimo.

Renzi la mira.

—Estás muy guapa con el pelo recogido.

—¿Tú crees? Hoy estaba en el juzgado y me lo he recogido por comodidad. Iba tan mal de tiempo que he venido directamente desde allí.

«De modo que no ha pasado primero por casa. No ha vuelto para refrescarse un poco o cambiarse de ropa».

—Tú también estás bien. Solo pareces un poco cansado.

—Sí, tenemos mucho trabajo. Después sucedió todo lo de Gin, y Stefano ha estado ausente durante un tiempo.

—Sí. Qué tragedia. ¿Está mejor?

—Ahora sí. Ha sufrido mucho y ha revolucionado su vida.

—A veces, es el único camino.

Teresa está a punto de coger la botella de vino cuando Renzi se le adelanta; le sonríe y luego le sirve un poco de vermentino.

—Y ¿nosotros cómo podríamos revolucionar la nuestra?

Ella bebe un sorbo y lo mira.

—Pero si ya lo hemos hecho.

—Sí, me equivoqué.

—En realidad, si se deja pasar el tiempo necesario, las cosas se ven un poco distintas de como se veían al principio.

Renzi coge un bocadito y lo prueba. Es realmente sabroso.

—¿Estás intentando decir que has reconsiderado lo que sucedió entre nosotros?

—Lo he redimensionado. Y, de este modo, he comprendido algunos matices que no había tenido en cuenta. ¿Te acuerdas de la historia del ciego?

Él la mira con curiosidad.

—Depende. ¿Cuál?

—Esa de un hombre ciego que está pidiendo limosna.

—No.

—Pues hay un tipo invidente sentado con un cartel en el que pone «SOY CIEGO, AYÚDENME, POR FAVOR», y nadie se para a echarle monedas en su sombrero. Entonces pasa por allí un publicista, se agacha, deja algunas monedas y, a continuación, coge el cartel, le da la vuelta y escribe otra frase.

Poco después vuelve a pasar por allí y ve que el sombrero está lleno de dinero y sonríe.

—Y ¿qué había escrito?

—«HOY ES PRIMAVERA Y YO NO PUEDO VERLA».

Renzi se queda callado.

—Seguía diciendo también que era ciego, pero de otra manera. Y todo cambió.

—Teresa, me gustaría que tú y yo volviéramos a empezar…

Ella come un bocadito de pan y, acto seguido, lo mira fijamente a los ojos.

—Eres una persona especial y he estado muy bien contigo. Luego ocurrió lo que ocurrió y durante muchas semanas lo pasé muy mal. Me sentía inútil, equivocada, incluso desgraciada. Pero al final me sucedió como a ese ciego: vino alguien y cambió el texto. Y a partir de ahí todo fue distinto. Si tú no me hubieras dejado, tal vez nunca lo habría conocido. Lo siento, pero me estoy viendo con alguien y soy muy feliz.

Simone Civinini está sentado a la pequeña mesa de Cracco, al lado de la cocina. El restaurante está lleno. Él acaba de pedir. Coge el móvil y abre WhatsApp.

> Hola, tesoro; me han aplazado la reunión que tenía aquí, en Milán, pero he decidido quedarme a cenar en Cracco. Regresaré en cuanto termine, pero no llegaré a Roma hasta pasada la medianoche. Nos vemos entonces.

A continuación, lo envía. Espera a que ella lo vea. Pasan algunos segundos, pero nada. Simone Civinini va al baño a lavarse las manos. Cuando sale, comprueba el teléfono. Aparece el doble *check* azul, pero no ha contestado. Entonces añade:

> Pero ¿estás ahí?

Sin embargo, ese mensaje se queda pendiente, con tan solo un *check* gris al lado.

Sebastiano y Daniela están sentados en el cine. Acaba de empezar la segunda parte. «Es cierto —piensa ella—, la película es muy bonita y no se hace nada pesada». En un determinado momento, Sebastiano se vuelve y la mira.

—¿Sabes una cosa? Me has dado algo que ni siquiera sabía que me faltaba. Gracias —le dice en voz baja.

A continuación, se vuelve de nuevo hacia la pantalla y sigue viendo la historia de esos dos chicos, Ferro y Cate. Daniela observa su perfil. «Se parece tanto a Vasco… me parece estar viéndolo cuando escribe. Es tan especial… Tal vez le falta algo comparado con la gente que conozco o con la que me he relacionado. Pero, en realidad, sale ganando en muchas otras cosas». Entonces se acerca a su oído.

—Y tú, poco a poco, me llenas la vida… —responde, y le aprieta la mano.

Giovanna acaba de sentarse. Acto seguido, mira a su alrededor. Desde la terraza rodeada de cristal de la última planta del hotel de cinco estrellas Palazzo Manfredi se ve tanto el Coliseo como la cúpula de la basílica de San Pedro. Es una vista que quita el hipo. Algunas personas, discretas y silenciosas, están cenando. Al cabo de unos instantes vuelve a la mesa Mirko Guarini, cuyo

nombre artístico es Loks.

—Discúlpame, pero al menos quería saludar al productor y darle las gracias por la cena de esta noche. ¡No suele pasar todos los días que puedas cenar en el Aroma!

—No te preocupes, has hecho muy bien. La próxima vez podrías presentármelo.

—¡Pues claro! ¿Pedimos? Nos invita al menú degustación del chef Giuseppe Di Iorio. Es para celebrar el contrato.

—¡Mmm, estará de muerte!

Dos camareros empiezan a servir las primeras degustaciones.

—¡Madre mía, está todo riquísimo!

Y continúan cenando, hablando de esto y de aquello.

—¡Bueno, has estado increíble en este nuevo concurso musical! Para mí que vas a arrasar.

—Gracias; de hecho, como te decía, he firmado un nuevo contrato y me han pedido que presente otra temporada, y, además, en *prime time* en Medinews Uno los viernes.

—¡Qué bien! ¿Brindamos?

Poco después, Giovanna Segnato revisa el móvil. Ve los mensajes de Simone Civinini. Decide contestar.

Simone Civinini oye vibrar el teléfono. Lo coge contento porque al fin recibe una respuesta.

> Hola, lo siento, pero esta noche estoy ocupada. Quedamos tal vez otro día.

No es exactamente lo que estaba esperando. «¿“Tal vez”? Pero ¿cómo que “tal vez”? ¿Qué les pasa hoy a todos con tanto “tal vez”?».

Bunny la abraza.

—Venga, salgamos a cenar…

—Pero has dicho que estabas cansado; te preparo algo, tampoco tenemos que salir siempre.

—¿Estás segura?

—Claro.

Entonces Pallina oye el sonido de su móvil, se separa de él y lo coge. Lee el mensaje que le acaba de llegar y se lo muestra a Bunny.

—Mira.

Él se acerca y sigue las palabras con los ojos; a continuación, mira a Pallina.

—De modo que van a volver a verse.

—Parece que sí. Qué historia, ¿eh?

—Sí. —Bunny sonríe—. Cuando dos personas se encuentran de esa manera, nunca deberían dejarse. Es muy raro que suceda, que no te quepa ninguna duda.

Pallina lo mira, le han impresionado sus palabras, quién sabe si también hay un bonito plan diseñado para ellos. Por un instante le viene a la cabeza Pollo, luego Gin. Da miedo cómo la vida a veces te vuelve la espalda de repente. Pero no quiere pensar en ello, ahora no. Entonces lo abraza y no dice nada. Mejor dicho, solo una cosa:

—¿Te apetece un buen plato de pasta a la carbonara? Cocino yo.

—¡Sí, me apetece!

Pallina, en realidad, nunca ha sabido hacer ni siquiera un huevo frito. Y eso Bunny lo sabe.

—Pero me gustaría echarte una mano…

—Bueno, si tantas ganas tienes…

Y sonríen. Amor es hacer que al otro no le pese su total falta de destreza.

El padre Andrea está guardando las últimas cosas después de haber celebrado la misa de la mañana cuando ve unas rosas blancas en la esquina e inevitablemente le viene Gin a la cabeza y la conversación que mantuvieron la última vez que fue a verla al hospital.

—¡Padre Andrea! Qué bonita sorpresa…

La habitación es muy luminosa y acogedora. Le sonríe mientras se le acerca.

—Tenía ganas de venir a saludarte…

Ve la cuna de Aurora, echa un vistazo al interior. La niña está durmiendo. Es preciosa. Luego agarra una silla, se sienta al lado de la cama de Gin y le coge la mano.

—Escucharé con mucho gusto cualquier cosa que quieras decirme. O podemos estar callados, como prefieras… Si te apetece, podemos rezar.

Gin mira por la ventana.

—¿Has visto qué jardín más bonito hay aquí abajo? Las rosas son magníficas.

—Sí. Y además hace un día precioso.

—Pensaba en ese libro, *El principito*. ¿Lo has leído?

—Sí, es una bonita historia.

—¿Recuerdas cuando él se encuentra al zorro y él le dice que el tiempo que ha perdido por su rosa es lo que la convierte en algo tan importante, que es responsable para siempre de lo que ha domesticado y, por tanto, es responsable de su rosa?

El padre Andrea la mira y le aprieta un poco más fuerte la mano.

—Pues yo he tenido suerte. He tenido dos rosas en mi vida: Step y Aurora. Me he dedicado a ellos y ellos me han hecho feliz. Y precisamente por eso soy responsable de sus vidas.

Gin se vuelve y mira al padre Andrea a los ojos.

—De modo que velaré por ellos cada instante. Y tú puedes ayudarme.

—¿Cómo?

—Asegurándote de que en su vida siempre hagan lo necesario para ser realmente felices.

Intentando estar a su lado, aunque sea a distancia. Y, si notas que algo no va bien, podrías hablar con ellos, como hiciste aquella noche con nosotros antes de la boda.

El padre Andrea permanece callado.

—¿Me lo prometes?

—Está bien.

—Y, si vieras que Step está mal a causa de mi muerte, dile que él es mi rosa y que debe estar tranquilo, yo estaré siempre con él. Al igual que estaré siempre con Aurora.

A continuación, Gin se vuelve otra vez hacia la ventana.

—Una vez leí una frase preciosa: «La vida es como una bicicleta, para mantener el equilibrio es necesario pedalear hacia delante». La dijo Einstein. Pues bien, padre Andrea, cuando los veas en baja forma, diles eso.

El sacerdote se conmueve, pero intenta sonreír.

—¿Ahora querrías confesarme?

—Está bien.

De modo que el padre Andrea escucha a Gin y, al cabo de unos minutos,

hacen la señal de la cruz.

—Ahora tienes que perdonarme, pero me ha entrado sueño.

—Por supuesto, tranquila.

Gin cierra los ojos. El padre Andrea se queda mirándola. En silencio, levanta la mano derecha y la bendice. A continuación, se levanta, deja la silla donde estaba con cuidado de no hacer ruido, echa una última mirada a Aurora y sale de la habitación.

«Sí, una chica tan guapa y generosa…, sé que Tú has hecho que la conozca para enseñarme algo. Pero en este momento lo único que logro entender es que la echo de menos».

Eleonora coge el gran álbum encuadernado en piel de color marfil de la repisa de la librería del salón. Luego llama a Marcantonio:

—¿Has acabado?

—Sí, ya voy. —Marcantonio llega con una bandeja en la que lleva dos infusiones, azúcar moreno y unas galletas—. Ya estoy aquí.

Se sientan los dos en el gran sofá blanco. Y entonces Eleonora empieza a hojear el álbum. Van pasando una tras otra todas las imágenes de su boda. La iglesia, la ceremonia, el cura, el momento en que les lanzaron arroz y pequeños trocitos de papel en los cuales habían escrito frases de amor famosas, a continuación el jardín de la villa para hacer las fotos oficiales y, más tarde, la piscina con todos los invitados en traje de baño, novios incluidos, dentro del agua. Su recepción nupcial fue así, una gran fiesta informal con la posibilidad de darse un baño y estar relajados mientras nadaban. En una foto también se ve a Stefano Mancini levantando una copa y brindando en dirección al objetivo.

Pero no sonríe. Luego la cena, el bufet, los músicos y los regalitos para los invitados.

—Fue bonita, ¿verdad?

—Muchísimo.

—Solo faltaba ella…

—Solo falta en las fotos. Lo sabes: estaba y está.

—Sí.

Marcantonio abraza a Eleonora.

—¿Nos tomamos la infusión?

—Claro.

—¿Sabes una cosa? Tenemos que comprar otro álbum.

—¿Por qué? ¿Vamos a volver a casarnos?

—¡No, tonto! ¿Uno de esos con ositos o florecitas? No sé…

Marcantonio le da un sorbo a su infusión. Luego la mira con más atención. Eleonora pone una cara graciosa.

—¿Querrás o no hacerle muchas fotos a tu hijo?

Él para de beber, deja la taza sobre la mesa y vuelve a mirarla.

—¿De verdad?

—¡Sí!

Y se besan con alegría, felices y sorprendidos.

Entonces Eleonora se aparta y le hace un gesto con la mano para que se detenga.

—Pero tienes que prometerme una cosa importante.

—¿El qué?

—Que, si es niña, se llamará Ginevra.

CIENTO CUARENTA Y CUATRO

Ya han pasado muchos meses desde que Gin se fue. Siempre está en mi pensamiento. Esta vez mantendré mi promesa.

Hoy el mar está tranquilo. El antiguo propietario y su hombre de confianza se han marchado.

Camino por la casa, miro las pequeñas reformas que habrá que hacer; la decoración es la misma, unos preciosos sofás de piel, cuadros de todas las medidas que tienen como tema el mar y las embarcaciones. Hay algunos bonitos, otros divertidos; otros, en cambio, son tan solo tristes. Quién sabe cuántas cosas habrá visto esta casa, cuántas generaciones, cuántas noches de amor lícitas e ilícitas, precisamente como la nuestra. Hay un cuenco lleno de piedras, todas distintas entre sí, algunas redondas, otras de colores, incluso veo un cristal de alguna botella rota que el mar ha ido puliendo con el tiempo hasta que ha podido hacerse pasar por una piedra y vivir con tranquilidad junto a las demás. Ignoro quién debe de haberlas recogido. Tal vez una mujer. Un poco más allá hay un viejo reloj colgado en la pared; está parado, las manecillas se han detenido en las doce y cuarto de alguna fecha desconocida. Hay unas butacas claras cubiertas con sábanas celestes. En el centro del salón se encuentra una mesa grande. Me siento, enfrente hay una cristalera que da al mar. A la derecha puedo ver toda la Feniglia, en el centro, aunque un poco más lejos está Porto Ercole. Luego se abre un mar infinito, más adelante están Giglio, Giannutri y muchas islas más. Nunca habría pensado que pudiera permitirme una villa así, y menos aún que pudiera permitirme justo esta.

Entonces oigo un sonido, dos bocinazos, e inmediatamente después el portero automático. Voy a la cocina. Nada más entrar, a la derecha, hay un gran televisor de plasma dividido en nueve recuadros. En el primero de abajo, a la

derecha, está ella. Ya ha llegado. Levanto el auricular del interfono y pulso un botón. Lo he hecho de forma instintiva, pero he acertado. Veo abrirse la verja, ella sube al coche, espera a que acabe de abrirse y, a continuación, entra. Me quedo mirando cómo el coche recorre todo el sendero, lo sigo en las distintas cámaras hasta que lo veo llegar a la explanada que hay frente a la casa. De modo que cruzo el salón y salgo.

—Hola.

Baja y me sonríe.

—¡No te lo vas a creer, escucha!

Mete medio cuerpo por la ventanilla del coche y sube el volumen de la canción que están poniendo en la radio. «*Ancora tu. Ma non dovevamo vederci più? E come stai, domanda inutile. Stai come me…*». «Otra vez tú. Pero ¿no debíamos no vernos más? Y ¿cómo estás?, pregunta inútil.

Estás como yo»[57]. Luego la baja.

—¿No te das cuenta? Es una señal del destino. Esto es realmente absurdo.

—¡Sí, pensaba que la habías puesto tú!

—¡Qué va, ni siquiera sé qué emisora es! —Entonces mira a su alrededor—. Es preciosa. No recordaba que fuera tan bonita.

—Ven.

La cojo de la mano. Recorremos juntos el mismo camino que muchos años antes, cuando éramos más jóvenes, cuando no nos habíamos casado, cuando no teníamos hijos pero estábamos enamorados del mismo modo. Llegamos a la pequeña terraza que se asoma al mar.

—¿En serio la has comprado?

—Sí. Quería volver a romper la ventana, pero luego habría tenido que reparar los daños de todos modos, así que he hecho que me dieran las llaves.

Babi se echa a reír. Su rostro se ve fresco, sereno, y los reflejos del sol juegan entre sus cabellos.

No la quería más que a ella en mi vida, habría renunciado a todo por no perderla nunca. Intenté olvidarla con desesperación, enamorarme de nuevo, pero ahora ya basta, tengo que dejar el orgullo a un lado, debo aceptar que este amor es más fuerte que todo, que la voluntad, incluso que el destino que había decidido otra cosa para los dos.

—Babi, Babi, Babi.

—Sí, esa soy yo. —Se echa a reír.

—Lo repito tres veces porque quiero estar seguro de que no estoy soñando; tres veces tú.

—Sí, y te amo tres veces más que cuando estuvimos en esta casa por primera vez. Pensaba que ya no querías volver a verme. Te escribí cuando sucedió todo y tú solo me contestaste «Gracias».

—Sí, me sentía mal.

—Lo siento. ¿Sabes que quiso que nos conociéramos?

—Sí, me lo dijo, pero no me contó nada de vuestro encuentro.

—Me gustó muchísimo. Creo que yo, en su lugar, no habría tenido tanta fortaleza. Era mejor que yo, yo habría sido mala. Ella, en cambio, no, no lo fue, en absoluto. Me imaginaba cualquier cosa y, sin embargo, me pidió algo muy bello que de verdad confío en poder llevar a cabo.

—¿Qué era?

—Me pidió que te hiciera feliz.

Entonces me emociono. Me da por pensar en lo bella que es Ginevra, en lo grande y generoso que es su corazón y en cuánto me amaba para llegar a decir una cosa como esa.

—Necesitaba que pasara todo este tiempo, perdóname.

—No importa.

Y me besa delicadamente, me abraza y me estrecha con fuerza y me dice esas palabras que he esperado durante tanto tiempo:

—Te amo, Stefano Mancini.

Y no me parece real estar de nuevo junto a ella.

—Yo también te amo.

Nos quedamos abrazados, acariciados por el sol, con los ojos cerrados, respirándonos en silencio, dejando a un lado cualquier inútil pensamiento, saboreando este momento que la vida ha querido regalarnos de nuevo. Más tarde, entramos y empezamos a fantasear.

—Aquí me gustaría poner un televisor grande. Aquí, a mí me parece que quedaría mejor un sofá muy largo y otro delante para cuando invitemos a los amigos.

—¿A los míos o a los tuyos?

—A los nuestros.

Y decidimos el color de las cortinas y los cuadros tristes que queremos cambiar, y que el verano lo pasaremos aquí, con nuestros hijos, y que ella querrá muchísimo a Aurora.

—Será nuestra niña. Te ayudaré en todo y estoy convencida de que Ginevra estará orgullosa de su hija y de su mamá prestada.

Y Babi ha cambiado o, mejor dicho, es ella misma pero sin filtros ni miedos, y de este modo seguimos imaginando pequeñas o grandes modificaciones, los platos de la cocina, las toallas para el baño, las flores para el jardín, y lo más extraño de todo es que caminamos por el salón cogidos de la mano como si tuviéramos miedo a perdernos de nuevo.

AGRADECIMIENTOS

En ocasiones un libro te permite hacer balance de tu vida, por lo menos así es para mí.

Inevitablemente, y a veces incluso a traición, introduce algunos momentos de tu vida que habías olvidado o dejado a un lado.

Me divierte «decidir» lo que les ocurre a mis personajes a pesar de que puede ocurrir, y esto es quizá lo más bonito, que se me escapen y se inventen por su cuenta un pasaje de un capítulo, una frase, un comportamiento inesperado, provocando mi sorpresa. ¡Y luego, a veces, cuando los miro con más atención, de repente los identifico! Me doy cuenta de que en realidad, detrás de ese personaje, hay una persona que conozco… Entonces sonrío y comprendo lo mucho que la quiero o lo muy profundamente que paso de ella. Como de un modo o de otro han aportado todavía más vida a mi personaje, quiero dar las gracias a ambas, un poco más a la que aprecio, teniendo en cuenta que de la otra, simplemente, me he burlado.

Y ahora me gustaría pasar a los agradecimientos.

Un agradecimiento especial a todos los amigos de Planeta, a Elena Ramírez, a Maria Guitart (mi amiga «vale, vale»), a Sergi Álvarez, a quien he guiado (espero que bien) por Italia y a Maria Alier, Ana Jiménez y Míriam Vall que, junto con Giuditta Russo, han hecho un increíble trabajo de traducción y corrección hasta el último día posible, así como a Maria Cristina Olati por su ayuda.

Y también quiero dar las gracias a Laura Díaz y a todo el equipo de marqueting por su creatividad y su pasión.

Quiero dar las gracias a toda la agencia Pontas, a Anna Soler-Pont y a Maria Cardona, que me han permitido terminar este libro con serenidad, sin hacerme

sentir presionado a pesar de que la fecha de entrega se iba acercando, ¡las páginas crecían y el tiempo, en cambio, disminuía!

Un saludo a mi amiga Ked, Kylie Irina Doust, que a pesar de seguirme desde muy lejos, siempre me ha parecido tenerla cerca.

Una sonrisa para mi querida lectora Valentina, para Fabiana y para mi querida Luce.

Un agradecimiento especial para Giulia que, con enorme paciencia, me ha visto llegar tarde todas las noches con la esperanza de hacer un buen libro. ¡Gracias, amor!

Un saludo y una sonrisa a mi amigo Giuseppe que siempre está conmigo.



FEDERICO MOCCIA, (1963) nació en Roma. Trabaja como diseñador de escenografías para cine y teatro. Hasta el año 2008 ha publicado en italiano tres obras: *Tre metri sopra il cielo* (*Tres metros sobre el cielo*), *Ho voglia di te* (*Tengo ganas de ti*) y *Scusa ma ti chiamo amore* (*Perdona si te llamo amor*), de las cuales ha vendido más de tres millones de ejemplares.

Su primera novela *Tre metri sopra il cielo* (*Tres metros sobre el cielo*) fue rechazada por todas las editoriales, por lo que Federico Moccia decidió publicarla por su cuenta, en 1992, en una edición mínima pagada por el propio autor y que se agotó inmediatamente, fue fotocopiado una y otra vez, y circuló de mano en mano hasta que se reeditó en 2004, cuando una gran editorial apostó por el autor y lo catapultó a la fama, convirtiendo su obra en un espectacular éxito de ventas.

Es uno de los fenómenos editoriales más asombrosos de los últimos tiempos. Sus cuatro novelas se han convertido en referente indiscutible para el público joven, que se ha visto reflejado en las historias y ha sentido su autenticidad, la conexión que guardan con la realidad social del momento. Roma tiene ya la «ruta Moccia», las frases de sus libros se escriben en las paredes de la ciudad y, como sucede con los protagonistas de su segunda novela, miles de jóvenes italianos

sellan su amor atando un candado en las farolas del puente Milvio.

Notas

[1] (fragmento de): © *La canción del sol*, 1998 DV More, interpretada por Lucio Battisti. <<

[2] © *Semplicemente*, 2007 BARAONDA S. r. l., interpretada por Zero Assoluto.
<<

[3] (fragmento de): © *Mille giorni di te e di me*, 2016 F&P Group S. r. l., interpretada por Baglioni. <<

[4] Ver la nota anterior. <<

[5] © *Up&Up*, 2016 Parlophone Records Limited, a Warner Music Group Company, interpretada por Coldplay. <<

[6] © *Come*, 2015 Spookland, interpretada por Jain. <<

[7] © *Isole negli occhi*, 2011 EMI Music Netherlands BV, interpretada por Tiziano Ferro. <<

[8] © *Certe notti*, 1995 Warner Music Italia S. r. l., interpretada por Ligabue. <<

[9] © *Orgoglio e dignità*, 2013 Smilax Publishing S. r. l., interpretada por Lucio Battisti. <<

[10] © *The Look of Love*, 2006 EMI Music Netherlands BV, interpretada por Burt Bacharach. <<

[11] © *Relax, Take it Easy*, 2007 Casablanca Music, LL. C., interpretada por Mika. <<

[12] © *Neanche il mare*, 2007 Sugar S. r. l., interpretada por Negramaro. <<

[13] © *Più bella cosa*, 1997 BMG Ricordi SpA., interpretada por Eros Ramazzoti.
<<

[14] © *Born in the USA*, 1984 Columbia Recods, interpretada por Bruce Springsteen. <<

[15] © *She*, 2012 Universal Music Enterprises, interpretada por Elvis Costello. <<

[16] © *A Love Supreme*, 2011 The Verve Music Group, interpretada por John Coltrane. <<

[17] (fragmento de): © *Prendila così*, en *Una donna per amico*, 1978 Numero Uno, interpretada por Lucio Battisti. <<

[18] © *The Blower's Daughter*, 2002 DRM, interpretada por Damien Rice. <<

[19] © *Certe notti*, 1995 Warner Music Italia S. r. l., interpretada por Ligabue. <<

[20] © *Ti vorrei sollevare*, 2009 Sugar S. r. l., interpretada por Elisa. <<

[21] © *Gelato al cioccolato*, 2010 Replay Music, interpretada por Pupo. <<

[22] (fragmento de): © *Una donna per amico*, 1998 DV More, interpretada por Lucio Battisti. <<

[23] © *Happy*, 2013 Back Lot Music, interpretada por Pharrell Williams. <<

[24] (fragmento de): © *Perchè no*, 1998 DV More, interpretada por Lucio Battisti.
<<

[25] © *I Got You (I Feel Good)*, 1966 Universal Records, interpretada por James Brown. <<

[26] © *Meraviglioso*, 2012 Sugar S. r. l., interpretada por Negramaro. <<

[27] (fragmento de): © *Mi ritorni in mente*, ROADHOUSE, interpretada por Lucio Battisti. <<

[28] © *Certe notti*, 1995 Warner Music Italia S. r. l., interpretada por Ligabue. <<

[29] © *Love Theme*, 2012 W. C. D. A., canción de la banda sonora de *Blade Runner*. <<

[30] © *Roxanne*, 1999 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por George Michael. <<

[31] © *L'amore è un'altra cosa*, 2012 Warner Music Italia S. r. l., interpretada por Arisa. <<

[32] © *Through the Barricades*, 2016 Funky Voices (Children In Need), interpretada por Spandau Ballet. <<

[33] © *Fast Love*, 2008 Sony BMG Music Entertainment UK Limited, interpretada por George Michael. <<

[34] (fragmento de): © *Un sabato italiano*, 1983 CGD East West S. r. l., interpretada por Sergio Caputo. <<

[35] © *Y. M. C. A.*, 1978 Can’t Stop Productions NYC 1978, interpretada por Village People. <<

[36] © *Sailing*, 1979 Warner Bros Records Inc., interpretada por Christopher Cross. <<

[37] © *September*, 1978 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Earth, Wind and Fire. <<

[38] © *Let's Groove*, 1981 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Earth, Wind and Fire. <<

[39] © *Celebration*, 1980 The Island Def Jam Music Group, interpretada por Kool & the Gang. <<

[40] © *Stayin' Alive*, 1983 RSO Records, interpretada por Bee Gees. <<

[41] © *Dancing Queen*, 2014 Polar Music International AB, interpretada por ABBA. <<

[42] © *Do You Think I'm Sexy?*, 1978 WEA Records B. V., interpretada por Rod Stewart. <<

[43] © *Daddy Cool*, 2000 BMG Berlin Musik GmbH/MCI, interpretada por Boney M. <<

[44] © *Wake Me Up Before You Go-Go*, 1984 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Wham! <<

[45] © *Y. M. C. A.*, 1978 Can’t Stop Productions NYC 1978, interpretada por Village People. <<

[46] © *I Will Survive*, 1982 Dessca Entertainment Company, interpretada por Gloria Gaynor. <<

[47] © *Kiss*, 1986 Paisley Park, interpretada por Prince. <<

[48] © *Brooklyn Baby*, 2014 Polydor Ltd., interpretada por Lana Del Rey. <<

[49] © *Voglio una vita spericolato*, 2013 Carosello C. E. M. E. D, interpretada por Vasco Rossi. <<

[50] © *Can't Stop the Feeling*, 2016 RCA Records/DreamWorks Animation LLC., interpretada por Justin Timberlake. <<

[51] © *Meraviglioso*, 2012 Sugar S. r. l., interpretada por Negramaro. <<

[52] (fragmento de): © *Un senso*, 2004 The EMI Music Italy SpA, interpretada por Vasco Rossi. <<

[53] (fragmento de): © *Sere nere*, 2014 Universal Music B. V., The Netherlands, interpretada por Tiziano Ferro. <<

[54] © *Le cose che pensano*, en *Don Giovani*, 1986 Numero Uno, interpretada por Lucio Battisti. <<

[55] (fragmento de): © *Io vorrei… non vorrei… ma se vuoi*, 1998 DV More, interpretada por Lucio Battisti. <<

[56] © *Orgoglio e dignità*, 1980 Numero Uno, interpretada por Lucio Battisti. <<

[57] © *Ancora tu*, 1998 DV More, interpretada por Lucio Battisti. <<